

GREG BEAR



LEGADO

«Maravilloso... El verdadero modelo de un moderno escritor de ciencia ficción hard, creador de visiones de un tipo que nunca se ha conocido»

INTERZONE


NOVA
ARTE

Lectulandia

Desde el asteroide-nave Thistledown, la Vía permite llegar a un multiuniverso de muchos mundos. Lamarckia, cuya biología permite la herencia de los rasgos adquiridos, hace realidad la interpretación evolutiva de Lamarck (1744-1829) a la que se opusiera Darwin (1809-1882). La llegada de los humanos a un mundo así plantea con crudeza un angustioso interrogante: ¿Cuál puede ser el legado de la humanidad en tales condiciones?

Enviado por el Hexamon de Thistledown para espiar a los heréticos y tecnófobos «divaricatos» que han huido por una de las puertas de la Vía, el joven ser Olmy descubre el extraño mundo de Lamarckia, sus rencillas y enfrentamientos sociales y, sobre todo, sus misteriosos y sorprendentes «ecoi» que emiten vástagos exploratorios y parecen copiar todo aquello que perciben.

Embarcado en el Vigilante a la busca del conocimiento y la información, cual nuevo Darwin en un nuevo viaje del Beagle, ser Olmy recorre la tortuosa y agradecida senda del descubrimiento científico. Encontrará también el amor y la serenidad ante el futuro, mientras desarrolla su labor de espía entre las facciones políticas en que se ha dividido la sociedad de los «divaricatos» cercana a desencadenar una terrible guerra y, tal vez, un definitivo desastre ecológico.

Lectulandia

Greg Bear

Legado

(Thistledown I)

ePUB v1.0

Rov 07.07.11

más libros en lectulandia.com

*Para Bertha Merriman,
una pionera que vivió en tiempos más difíciles...
con el amor de un nieto.*

Título: Legado
Título original: *Legacy*
Serie: Thistledown I
Colección NOVA Éxito nº 10
Traductor: Carlos Gardini
© 1995; Greg Bear
© 1996; Ediciones B
ISBN:84-406-6670-5
Depósito legal 1.258-1996
Edición digital de Elfowar.
Corrección de Umbriel. Marzo de 2003.
Versión en ePub: Rov, Julio 2011

PRESENTACIÓN

Aunque no es ésta la razón por la que he seleccionado LEGADO para Nova éxito, les diré que esta novela forma parte de una curiosa trilogía. Primero se publicó EÓN (1985), una sorprendente especulación matemático-físico-cosmológica sobre el descubrimiento de un misterioso asteroide-nave llamado Thistledown, cuya Vía y sus puertas representan el posible camino de acceso a un multiverso de mundos. Con toda seguridad fue la obra que lanzó definitivamente a la fama a un autor hoy indiscutible como Greg Bear.

Más tarde, Bear escribió una interesantísima continuación, «sequel» para los ingleses, que tiene muy poco que envidiar al original. Se tituló ETERNITY (1988). Aunque «secuela», palabra derivada del latín «sequela», existe en castellano con el significado de «consecuencia o resulta de una cosa», es un sustantivo que no suele gustar a los correctores de estilo. Por eso he usado el término «continuación».

Pero en 1995, Bear rizó el rizo y publicó lo que se ha etiquetado en el mundo anglosajón como una «prequel» de EÓN. Se trata de este LEGADO (1995) que hoy presentamos en nuestra colección Nova éxito. Bueno, es lógico, si «secuela» no gusta a los correctores de estilo, imaginen qué va a ocurrir si intento hablar de una «precuela». Seguro que no cuela...

Si me han perdonado ya el fácil juego de palabras, les diré que una «prequel» como LEGADO es una novela que recupera elementos de EÓN y ETERNITY, pero que se ambienta en un tiempo previo. En cierta forma, aunque escrita después, ocurre antes. El mismo Thistledown y su Vía y puertas de que se habla en EÓN y ETERNITY son el punto de arranque de una novela que, en su gran ambición especulativa, resulta estar centrada en un tema, la biología, un tanto al margen de la serie formada por EÓN y ETERNITY.

En cualquier caso, LEGADO nos ha brindado la oportunidad de publicar la trilogía completa en nuestras colecciones. Hemos empezado con LEGADO, en el número 10 de la colección especial Nova éxito. Seguiremos con el elemento central de la trilogía, ese EÓN que, si los duendes de la imprenta no lo impiden, se convertirá a principios de 1997 en el número 91 de la colección NOVA ciencia ficción. Finalizaremos con la secuela explícita de EÓN, ETERNITY, que, si todo va bien, será el número 12 en la colección NOVA éxito.

Personalmente lo que más me interesó de LEGADO es su novedad como especulación en torno a la biología. Esa es una, temática no muy habitual en la

ciencia ficción pero que parece interesar mucho a Greg Bear. Así ha sido por lo menos desde el relato «Blood Music» (1983), que le supuso su primer doblete al conseguir los premios Hugo y Nébula.

En ese relato, posteriormente convertido en novela, Bear abordaba un tema de biotecnología con la presencia de células capaces de pensar y que componen una especie de ordenador biológico capaz de reconstruir a la humanidad.

Parte del interés de Greg Bear por la biología se percibe también en su más reciente novela, MARTE SE MUEVE (1993, NOVA ciencia ficción, número 82). En ella se hablaba ya de un hipotético pasado de Marte con una vida organizada en torno a una biología distinta: los «ecos» (plural «ecoi»), una nueva forma de vida perteneciente al pasado que Bear imagina para Marte. Esos mismos «ecoi» representan la gran riqueza especulativa de LEGADO, una biología distinta y, además, son los extraterrestres más radicalmente distintos que ha imaginado la ciencia ficción en toda su historia.

Desde el asteroide-nave Thistledown, la Vía permite llegar a un multiverso de muchos mundos, uno de los cuales resulta particularmente sugerente.

Se trata de Lamarckia, cuya biología permite la herencia de los rasgos adquiridos, y en donde se hace realidad la interpretación evolutiva de Lamarck (1744-1829) a la que se opusiera Darwin (1809-1882). La llegada de los humanos a un mundo así plantea con crudeza un angustioso interrogante: ¿Cuál puede ser el verdadero LEGADO de la humanidad en tales condiciones?

Enviado por el Hexamon de Thistledown para espiar a los heréticos y tecnófobos «divaricatos» que han huido por una de las puertas de la Vía, el joven ser Olmy (destacado personaje «después» en EÓN y ETERNITY J descubrirá el extraño mundo de Lamarckia, sus rencillas y enfrentamientos sociales y, sobre todo, sus misteriosos y sorprendentes «ecoi», que emiten vástagos exploratorios y parecen copiar todo aquello que perciben.

Embarcado en el Vigilante en busca del conocimiento y de la información, cual nuevo Darwin en un nuevo viaje del Beagle, ser Olmy recorre la tortuosa y agradecida senda del descubrimiento científico. Encontrará también el amor y la serenidad ante el futuro mientras desarrolla su labor de espía entre las facciones políticas en que se ha dividido la sociedad de los «divaricatos», cercana ya a desencadenar una terrible guerra y, tal vez, un definitivo desastre ecológico.

Si EÓN es un prodigio de misterio y de especulación matemático-físico-cosmológica, LEGADO resulta aún más sorprendente: una rara especulación sobre la herencia y la evolución, al tiempo que nos muestra un curioso viaje iniciático por los duros senderos de la vida, el amor, la guerra y el conocimiento científico.

LEGADO es, pues, una novela en la que se aúnan de forma sorprendente los que suelen considerarse los dos ejes centrales de la mejor ciencia ficción: la

especulación inteligente y el verdadero «sentido de lo maravilloso». Porque especulación es la concepción de la compleja biología de un mundo nuevo como Lamarckia, una biología que parece apartarse de las soluciones de la biología terrestre centrada tal vez en esa maravilla de complejidad y diversidad morfológicas que constituye la célula.

Lamarckia parece organizada en torno a una biología diversa, y el viaje de ser Olmy es, en el fondo, el viaje del descubrimiento científico y de la búsqueda del conocimiento. La especulación biológica, como era lícito esperar de Bear, es sólida e interesante.

Pero no sólo de especulación vive la ciencia, ficción. LEGADO nos muestra también la maravilla de un mundo distinto, del conocimiento de una biología distinta en la que, como tantas veces se nos dice, está ausente el verdor tan típico de la Tierra. Ése es otro de los grandes elementos de esta novela, la sorprendente vida autóctona de Lamarckia que, en el clímax del viaje, nos llega incluso a mostrar una tormenta marina que es a un tiempo meteoro físico y sorprendente criatura viva. Un ejemplo impresionante del verdadero «sentido de lo maravilloso» tan típico de la mejor ciencia ficción.

Y junto a esos elementos tan clásicos, LEGADO nos muestra, como ya suele ser habitual en las últimas obras de Greg Bear, la complejidad político social de un mundo distinto y, ¿cómo no?, la evolución y el interesante proceso de maduración de un personaje, ser Olmy, que se ha de convertir en central en el resto de la serie.

No voy a decir más. De momento, disfruten con una especulación diferente y muy original en torno a una biología realmente diversa, y con el curioso legado de la humanidad a un mundo extraño en donde se siguen las leyes de la herencia y la evolución lamarckianas.

Bear es siempre un autor seguro al que se ha galardonado repetidas veces con los premios Hugo y Nébulas, y LEGADO sorprende como la obra impresionante que es, un nuevo hito en la moderna ciencia ficción.

No todos los autores actuales son capaces de especular con tanta seriedad y amenidad como hace Bear en esta brillante novela. Que ustedes la disfruten.

MIQUEL BARCELÓ

Prólogo: año de viaje 753

Yo estaba en el borde del conducto sur, aferrando una línea, y por primera vez en mi vida miré las estrellas que se extendían más allá de la masa de Thistledown. Cubrían el espacio profundo como una nube de nieve cristalina contra ónix negro. Constelaciones desconocidas giraban con prisa majestuosa, delatando la rotación del asteroide en torno a su largo eje.

El traje realizaba sus tareas en silencio, y por un tiempo también yo fui un punto de cristal en el centro de ese empíreo de cristal, sintiéndome en paz. Busqué dibujos en las estrellas, pero mi compañera me interrumpió antes que pudiera hallar ninguno.

—Olmy —dijo, y se acercó flotando por la línea.

—Un momento.

—Hemos terminado aquí. Nos esperan fiestas, Olmy. Parranda y diversión... pero tú estás vinculado, ¿verdad?

Sacudí la cabeza con fastidio.

—Cuesta creer que algo tan enorme como Thistledown se pueda reducir a un punto —dije.

Ella escrutó las estrellas con una expresión que mezclaba la preocupación con el disgusto. Kerria Ap Kane había sido mi compañera en Defensa de la Vía desde el curso elemental; una buena amiga, aunque no precisamente un alma afín. Yo tenía pocas almas afines. Ni siquiera mi mujer vincular...

—Dame un minuto, Kerria.

—Quiero regresar. —Kerria se encogió de hombros—. De acuerdo. Un minuto. ¿Pero por qué mirar afuera?

Kerria nunca lo habría comprendido. Para ella ese asteroide, nuestra nave estelar, lo era todo, un mundo de infinitas oportunidades sociales: trabajo, amistades, incluso la muerte por Defensa de la Vía si era necesario. Las estrellas eran el exterior, el «lejano sur», y no significaban nada. Sólo la emocionaba la limitada infinitud de la Vía.

—Es bonita —comentó—. ¿Crees que alguna vez llegaremos a Van Brugh?

La estrella de Van Brugh, a cien años luz de distancia, había sido el objetivo original de Thistledown. Para la mayoría de la población naderita de la nave —incluida mi familia— era el sentido de nuestra existencia, un destino sagrado, y lo había sido durante setecientos años de viaje.

—¿Crees que podemos verla desde aquí?

—No —dije—. Este año es visible desde la mitad de la línea.

—Qué lástima —dijo Kerria, chasqueando la lengua.

Antiguamente, el cráter de diez kilómetros de diámetro del polo sur de Thistledown desviaba y dirigía las pulsaciones de los motores Beckmann. Los

motores no se habían activado desde hacía cuatro siglos. Eché un último vistazo más allá del conducto, oteando la curva del hoyuelo del centro del cráter. Enormes y negros robots de muchas extremidades aguardaban en el borde, preparados desde horas antes para nuestra inspección.

—Está bien —dije a los robots—. Os podéis ir. —Apunté el repetidor y las máquinas retrocedieron, aferrando la cuesta redondeada con ganchos y zarpas, para regresar a sus deberes en la superficie del asteroide.

Descendimos por la línea del conducto, hacia el cruzatubos. Una oscuridad líquida cubría la oscura roca y la pared de metal. Más allá del cruzatubos se extendía la maciza dársena principal, un cilindro dentro del conducto diseñado para la contrarrotación y el acceso de los vehículos de carga. Decenas de kilómetros más al norte brillaba un punto de luz: la entrada de la primera cámara. Subimos al cruzatubos, presurizamos la estrecha cabina y nos quitamos el traje.

Kerria emitió una señal hacia la boca del conducto. Dos enormes puertas se deslizaron, cerrándose como fauces de labios negros, ocultando las estrellas.

—Limpio y despejado —dijo ella—. ¿De acuerdo?

—Limpio y despejado —respondí.

—¿De veras los generales creen que los jarts saldrán de la Vía y nos atacarán por la espalda? —preguntó Kerria jovialmente.

—Nos sorprendieron una vez. Podrían hacerlo de nuevo.

Kerria sonrió dubitativamente.

—¿Te dejo en la sexta cámara? —preguntó, elevando el vehículo.

—Primero debo hacer algunas cosas en Ciudad Thistledown.

—Siempre tan misterioso —dijo Kerria.

Ella no tenía ni idea de cuánto.

Nos dirigimos al norte por el túnel. Los kilómetros pasaban deprisa. La entrada de la primera cámara se ensanchó, y entramos en la brillante luz del tubo.

Con sus cincuenta kilómetros de diámetro y sus treinta de profundidad, la primera cámara parecía, después de mi reciente perspectiva interestelar, el interior de un gran tambor achatado. La lentitud de nuestro cruzatubos enfatizaba su verdadero tamaño.

Veinticinco kilómetros más abajo, las nubes cubrían el suelo de la cámara. La atmósfera de la cámara tenía un espesor de veinte kilómetros; un mar de fluido revestía el tambor. Vi que una pequeña tormenta se preparaba en el piso de arriba. Ninguna tormenta podía alcanzarnos en el eje, pues navegábamos en un vacío casi perfecto.

La primera cámara se mantenía casi desierta, en prevención de cualquier fisura en las paredes del asteroide, relativamente delgadas en su extremo sur.

Avanzamos por la luz del tubo, un cilindro traslúcido de plasma reluciente de cinco kilómetros de anchura y treinta de longitud entre el casquete de la cámara norte

y el de la cámara sur. Podíamos ver rápidas pulsaciones de luz desde nuestra posición en el eje, pero en el suelo de la cámara el tubo presentaba un fulgor amarillento constante, día y noche. Así era en las seis primeras cámaras.

La séptima cámara era diferente.

El conducto parecía un pinchazo en la pared curva y gris.

—¿Paso a manual y entro? —preguntó Kerria, sonriendo burlona.

Le sonreí a mi vez, pero no respondí. Ella tenía habilidad suficiente para hacerlo. Había pilotado muchos tipos de nave por la Vía.

—Será mejor que me relaje —continuó, ante mi silencio—. Te niegas a dejar que me luzca. —Cruzó los brazos detrás de la nuca—. Además, ha sido un día largo, podría errar.

—Nunca yerras.

—Te equivocas.

La ley del Hexamon exigía dos inspecciones por año. Defensa de la Vía había elevado su número a cuatro por año, con especial énfasis en la seguridad de la sexta cámara, la inspección de las baterías de reserva en las frías paredes exteriores de la nave, y el mantenimiento del conducto sur y los monitores externos. Esta vez Kerria y yo habíamos recibido órdenes de inspeccionar el lejano sur. Luego teníamos treinta días libres, y Kerria se consideraba afortunada. El vigésimo quinto aniversario de la Vía acababa de empezar.

Pero a mí me aguardaba una tarea desagradable: la traición, la separación, la conclusión de relaciones en las que ya no creía pero de las que no estaba dispuesto a burlarme.

El casquete cubrió nuestra visión frontal y el segundo conducto nos engulló. A kilómetros de distancia, la entrada que conducía a la segunda ciudad, Alexandria, era otro punto brillante contra la opaca negrura del túnel.

—¿Ascensor? ¿O prefieres que descienda y te deje en alguna parte?

—Ascensor.

—Cielos —cloqueó Kerria—. ¿Malhumorado?

—Pareces una gallina.

—Jamás has visto una gallina viva. ¿Cómo puedes estar de mal humor con tanta libertad por delante?

—Aun así.

Entramos en la segunda cámara, del mismo tamaño que la primera, pero cubierta por la ciudad más antigua de Thistledown. Alexandria cubría dos tercios de la segunda cámara; tres mil cien kilómetros cuadrados de gloriosas torres blancas, doradas, bronceas y verdes dispuestas en espirales y filas escalonadas, paredes de cubos negros y dorados, suntuosas esferas que se elevaban desde cunas macizas, también llenas de colores y habitantes. Entre la ciudad y el casquete sur se extendía

un «río» azulado de un kilómetro de anchura y varios metros de profundidad, que fluía bajo los elegantes puentes colgantes dispuestos en los cuatro cuadrantes del suelo. En los diseños originales de Thistledown, los parques de la ribera no existían; en su lugar se había levantado una barrera de «lodo» cien metros más alta que la ribera opuesta para mitigar los efectos de la aceleración de la nave. Pero en los primeros días de la construcción de Thistledown, ese problema se había resuelto mediante la maquinaria de amortiguación inercial de la sexta cámara. La misma maquinaria había permitido que Konrad Korzenowski concibiera la creación de la Vía siglos después. El suelo de la cámara era llano, no curvo; el parque y el río formaban franjas verdes y azules en torno al extremo meridional de la cámara.

Parques y bosques cubrían los espacios abiertos que separaban los vecindarios. En parcelas diseminadas en torno a la ciudad, trabajaban robots que levantaban estructuras destinadas a absorber la creciente población. Thistledown era joven.

Al cabo de siete siglos, los habitantes del asteroide sumaban setenta y cinco millones. Al principio de la travesía eran cinco millones.

Kerria volvió a cloquear y sacudió la cabeza. Sobrevolamos Alexandria y entramos en el tercer conducto. Cerca de la abertura norte, Kerria redujo la velocidad y se aproximó a una entrada elevada. Un pasaje de transferencia se extendió hacia la puerta del cruzatubos y desembarqué. Saludé a Kerria y entré en el gran ascensor verde y plateado. El aire olía a humedad y a gente, el limpio pero inconfundible perfume humano de la ciudad donde yo había pasado dos años enteros de mi juventud.

—¿Te veré dentro de pocos días? —preguntó Kerria, mirándome con cierta preocupación.

—Sí.

—¡Ánimo!

Incliné la cabeza para despedirme.

Durante el descenso, ordené a mi uniforme que se convirtiera en ropa civil, vestimenta diurna estándar estilo uno, levemente formal. No quería llamar la atención como miembro de Defensa de la Vía, un puesto que no era común en la comunidad naderita.

El ascensor tardó nueve minutos en llegar al suelo de la cámara. Salí y recorrí el pasillo que conducía a la cámara.

Crucé el puente Shahrazad, escuchando el murmullo del poco profundo río Ra y el susurro de los miles de cintas rojas que ondeaban en los cables bajo la suave brisa del casquete sur. Este mes algún vecindario había escogido aquella decoración para el puente; otro mes tal vez estuviera repleto de robots diminutos y relucientes.

Ciudad Thistledown había sido construida durante los dos primeros siglos que siguieron a la partida de la nave estelar. Con sus cables concatenados que iban de un

casquete al otro y de los que pendían esbeltos edificios blancos, parecía mucho más vasta que Alexandria. Era típicamente geshel. Aun así, en los conflictos más graves entre geshels y naderitas a bordo de la nave, después de la inauguración de la Vía, muchos naderitas conservadores y radicales habían tenido que abandonar sus hogares de Alexandria para instalarse en Ciudad Thistledown. Todavía existían importantes vecindarios naderitas cerca del casquete sur. También aquí había nuevas construcciones en proceso, con arcos paralelos a los casquetes, el más grande de los cuales estaba previsto que tuviera diez kilómetros de longitud.

Un breve paseo me llevó al alto edificio cilíndrico donde había pasado mi infancia. Atravesando pasillos redondos y bañados de luz, mientras mi silueta creaba y disolvía arcos aleatorios alrededor, regresé a nuestro viejo apartamento.

Mis padres estaban en Alexandria, para escapar de las celebraciones. Yo lo sabía antes de ir allí. Entré en el apartamento, cerré la puerta, me acerqué a las placas de memoria de la sala de estar.

Durante veinticuatro años yo había guardado un importante secreto, conocido por mí y tal vez por otra persona: el hombre, la mujer o criatura que había puesto al viejo amigo en este edificio sin pensar que un niño curioso podía toparse con él accidentalmente. Yo estaba ahí para visitar a un amigo que había muerto antes de mi nacimiento y cerciorarme de que todavía estaba oculto e intacto en su perfecto escondrijo.

Yo conocía —y también esa otra persona, estaba convencido— el lugar de reposo final del gran Konrad Korzenowski; no la tumba de su cuerpo, sino de lo que restaba de su personalidad después de que lo asesinaran naderitas radicales.

Me conecté con la memoria del edificio, usé un agente ratón para sortear centinelas personales, como había hecho décadas atrás y al menos una vez al año desde entonces, y penetré en la memoria encriptada.

Hola, dije.

La presencia se movió. Aun sin cuerpo parecía sonreír. Ya no era humano, pues habían destruido la mitad de su carácter, pero todavía podía interactuar y compartir cálidos recuerdos. Lo que restaba del gran Korzenowski era vulnerablemente cordial. Su cautela eliminada, su autoprotección destruida, no podía ser más que un amigo generoso y a veces brillante, ideal para un niño solitario e inseguro de sí mismo. Yo guardaba el secreto por un motivo: las personalidades dañadas no podían repararse, de acuerdo con la ley naderita. Si descubrían lo que restaba de Korzenowski, lo borrarían por completo.

Hola, Olmy, respondió. ¿Cómo está la Vía?

Una hora después crucé la ciudad para dirigirme a los vecindarios «progresistas» mixtos, de geshels y naderitas, frecuentados por estudiantes y defensores de la Vía. Allí, en mi pequeño apartamento, me conecté con la memoria de la ciudad, comuniqué al comandante del cuerpo los lugares donde planeaba estar en los próximos días y transformé mi uniforme mudable en ropa civil apropiada para la celebración: pantalones azules, chaleco pardo, chaqueta verde y botas ligeras.

Regresé a la estación de tren.

Al sumarme a la muchedumbre que aguardaba en el andén, busqué rostros conocidos y no encontré ninguno. Mis cuatro años de servicio de custodia contra los jarts en las fronteras extremas de la Vía, cuatro mil millones de kilómetros al norte de Thistledown, habían dado a mis conocidos geshels de la universidad tiempo para cambiar no sólo de pareja y filosofía, sino también de forma corporal. Si alguno de mis compañeros de estudios se encontraba entre la multitud, tal vez no lo reconociera. No esperaba encontrar a muchos defensores aquí.

Salvo por mis franjas azules de mapache en torno a los ojos, todavía era físicamente igual que hacía cuatro años. Arrogante y engreído, terco y a veces insensible, considerado brillante por muchos de mis pares y melancólico por muchos más, atractivo para las mujeres en ese extraño sentido en que las mujeres sienten atracción por quienes pueden causarles daño, hijo único de padres muy refinados, alabado con frecuencia y castigado raras veces, yo había llegado a los treinta años convencido de una valentía que rara vez había puesto a prueba, y aún más convencido de que el destino me deparaba pruebas más duras. Había abandonado la fe de mi padre y nunca había comprendido la fe de mi madre.

Thistledown, inmensa como era, parecía pequeña para mis ambiciones. Yo no me consideraba joven, y no me sentía en absoluto inexperto. A fin de cuentas, había servido cuatro años en Defensa de la Vía. Había participado en lo que en ese momento parecían importantes campañas contra los jarts.

Pero ahora, en medio de la multitud que celebraba las bodas de plata del enlace de Thistledown con la Vía, yo me sentía como una burbuja anónima en un arroyo, más pequeño de lo que me había sentido entre las estrellas. Lo que estaba a punto de hacer me producía consternación.

La música y las imágenes flotaban sobre una multitud mayoritariamente geshel, y unas voces narraban los detalles que todos conocíamos de memoria, naderitas y geshels por igual. Veinticinco años antes, Korzenowski y sus asistentes habían completado, conectado e inaugurado la Vía. Desde mi infancia, la Vía me había atraído. Era el único lugar —si así podía llamarse— donde yo podría afrontar las pruebas que anhelaba.

En la historia de la humanidad, ¿hubo alguna vez algo más audaz? La Vía, que parte de la séptima cámara de Thistledown y es el interior (no hay «exterior») de un

infinito tubo inmaterial de cincuenta kilómetros de diámetro, con una superficie lisa y árida del color del bronce recién fundido, es un universo vuelto de dentro hacia fuera, atravesado por una singularidad axial denominada «la falla».

Aberturas potenciales a otros tiempos y lugares, historias y realidades, jalonan como cuentas la superficie de la Vía...

Mis padres —y la mayoría de mis amigos de juventud— eran nádenlas devotos, de esa secta semiortodoxa conocida como «los viajeros». Creían que era destino de la humanidad haber abierto siete cámaras en el asteroide Juno, haberle añadido motores Beckmann y haber convertido ese enorme planetoide en una nave estelar, bautizada como Thistledown. Creían —como todos, salvo los naderitas extremos— que era correcto y justo transportar a millones de personas por el vacío interestelar para colonizar nuevos mundos. Nuestra familia había vivido durante siglos en Alexandria, en la segunda y tercera cámaras. Todos habíamos nacido en Thistledown. No conocíamos otra existencia.

Ellos no creían en la creación de la Vía. Casi todos los naderitas convenían en que aquello había sido una abominación de Korzenowski y de los ambiciosos geshels.

Al desvincularme de la mujer que habían escogido para mí en mi juventud, en mi Maduración, yo pondría fin a mi vida como naderita.

Los trenes llegaron festivamente mientras láminas rojas y blancas se arqueaban sobre la estación. La muchedumbre rugió como una bestia monstruosa pero feliz y me empujó por el andén hasta las puertas abiertas de par en par para recibirnos. Yo estaba perdido en un mar de rostros risueños y de gente que procuraba mantenerse erguida entre los empellones.

Íbamos tan hacinados que apenas podíamos movernos. Una joven se aplastó contra mí, me miró, se sonrojó. Sonreía feliz, pero un poco asustada. Vestía a la moda geshel, pero por el corte de cabello se veía que era de familia naderita. Se rebelaba, sumándose a la muchedumbre geshel en esta celebración non sancta, tal vez sin ningún interés por el motivo de la celebración.

—¿Cómo te llamas? —preguntó, mordiéndose el labio como si esperase un reproche.

—Olmy —respondí.

—Estás atractivo con esa máscara. ¿Tú mismo la hiciste?

Le sonreí. Tendría cinco años menos que yo, que ya había celebrado mi Maduración y era todo un adulto. Naderita o geshel, pero fuera de lugar. Se frotó contra mí en el tumulto, medio a propósito. Me atraía poco, pero me preocupaba.

—¿Vas a ver la Vía? ¿A visitar Ciudad de Axis? —pregunté, inclinándome para susurrárselo al oído.

—Sí —respondió con los ojos brillantes—. ¿Y tú?

—Más tarde. ¿Te espera tu familia?

Se sonrojó.

—No.

—¿Tu vincular?

—No.

—Yo me lo pensaría dos veces. Los geshels pueden descontrolarse cuando están de fiesta. La Vía los embriaga.

Ella pestañeó cautelosamente.

—Es mi cabello, ¿verdad? —dijo, frunciendo los labios. Procuró alejarse de mí, abriéndose paso entre la multitud, mirando con rencor por encima del hombro.

Para los jóvenes —y a los treinta años, en una cultura donde se podía vivir siglos, yo sólo podía considerarme muy joven— ser geshel era mucho más interesante que ser naderita. Todos vivíamos dentro de un milagro tecnológico, y parecía que el alma de Thistledown se había cansado del encierro. Los geshels, que abrazaban los cambios y tecnologías más extremos, contraponían el atractivo de la aventura en la Vía a la aburrida certidumbre de varios siglos más en el espacio, viajando con Thistledown en busca de planetas desconocidos en torno a una estrella distante.

Habíamos superado las metas de nuestros antepasados. A muchos nos resultaba irracional aferrarnos a una filosofía pasada de moda.

Pero algo me molestaba, la pérdida de bienestar y certeza...

El tren atravesaba la roca del asteroide, por debajo de Ciudad Thistledown, y más noticias sobre la celebración se proyectaron sobre el rostro de los pasajeros. Canciones e historias flotaban sobre nosotros.

Durante veinticinco años, la Vía, una frontera infinita llena de misterio y peligros inagotables, ha fascinado a los pioneros. Aunque creada por los ciudadanos de Thistledown, ya antes de su inauguración la Vía fue utilizada por inteligencias violentas e ingeniosas: los jarts. Ahora que la influencia jart ha sido desplazada más allá de los dos primeros miles de millones de kilómetros de la Vía, se han abierto puertas y se han descubierto nuevos mundos...

Me abrí paso entre la multitud y bajé del tren en la cuarta cámara. En el andén al aire libre había pocos curiosos, la mayoría naderitas que huían a los bosques, cauces acuáticos, desiertos y montañas para escapar de la celebración. Pero incluso allí el cielo que llenaba la cámara cilíndrica titilaba con colores brillantes. El cilindro de luz amarillenta que atravesaba el eje de la cámara se había transformado en una palpitante obra de arte.

—Están exagerando —gruñó un anciano naderita en el andén, dignamente ataviado con túnica gris y azul. Su esposa asintió.

La luz verde y roja chispeaba a veinte kilómetros de altura. Líneas intensamente blancas serpenteaban dentro del fulgor.

Había bosques alrededor de la estación y de los hoteles. Desde el suelo, la

inmensidad de la cámara se revelaba gradualmente, de manera ilusoria. A lo largo de cinco kilómetros a ambos lados, paralelamente a las chatas paredes grises de roca y metal que cerraban el cilindro, el paisaje parecía plano, como habría parecido en la Tierra. Pero la curva del cilindro formaba un puente de tierra que se cerraba por encima de la cabeza de uno, a cincuenta kilómetros de distancia, con bosques, lagos y montañas suspendidos en una atmósfera brumosa, transfigurada por la luz inusitadamente alegre.

En otros tiempos, las cámaras se llamaban «jaulas de ardilla». Aunque inmensas, tenían aproximadamente las mismas proporciones. Toda la nave giraba sobre su largo eje, y la fuerza centrífuga presionaba las cosas contra el suelo de las cámaras con una aceleración equivalente a seis décimos de la gravedad de la Tierra.

El corazón me pesaba como plomo.

El andén estaba a pocos kilómetros del bosque de Vishnu, donde me aguardaba mi vincular.

Caminé, contento con el retraso y el ejercicio.

Uleysa Ram Donnell estaba sola junto al raíl externo, bajo el pabellón donde antaño habíamos celebrado juntos nuestra Maduración. Entonces teníamos diez años. Estaba apoyada en la baranda de madera, frente a gigantescos pinos tan viejos como Thistledown, una pequeña silueta negra en la pista de baile desierta. La alta cúpula blanca la protegía de la luz irisada del tubo. Subí la escalera despacio, y ella me esperó con los brazos cruzados. Su placer de verme se convirtió en preocupación. Habíamos pasado bastante tiempo juntos preparándonos para ser marido y mujer, y nos conocíamos lo suficiente para percibir nuestros estados de ánimo.

Nos abrazamos bajo la alta cúpula de pino blanco.

—Me has descuidado —dijo Uleysa—. Te he echado de menos.

Uleysa era tan alta como yo y después de besarme me miró fijamente con sus grandes ojos negros un poco entornados, con suspicacia. Tenía un rostro adorable, marcado por la inteligencia y la preocupación, nariz levemente curva, barbilla redonda y retraída.

Nuestro vínculo era muy especial para nuestros padres. Esperaban una fuerte unión naderita que nos abriera las puertas de una carrera política en la ciudad y tal vez en toda la nave. Sus padres habían mencionado que quizá llegáramos a ser representantes del Hexamon, administradores conjuntos, parte del resurgimiento del liderazgo naderita.

—Has cambiado —dijo Uleysa—. Tus cartas...

Por un instante vi en sus ojos algo parecido al pánico.

Dije lo que tenía que decir, sin orgullo y sin prisa. Mi aturdimiento se convirtió en parálisis.

—¿Adonde irás? —preguntó ella—. ¿Qué harás?

—Otra vida.

—¿Tanto te aburro?

—Nunca me has aburrido —protesté—. Los fallos están en mí.

—Sí —dijo ella, entornando los ojos, apretando los dientes—. Creo que tienes razón.

Yo quería besarla, agradecerle el tiempo que habíamos compartido, el crecimiento, pero tendría que haberlo hecho antes de hablar. Ella me apartó con brusquedad y violencia.

Salí de aquella cúpula sintiéndome desdichado y libre a la vez.

Al regresar a la sexta cámara en otro tren atestado, me sentía vacío.

Uleysa no había llorado. Yo no esperaba que lo hiciera. Era fuerte y orgullosa y no le costaría encontrar otro vincular. Pero ambos sabíamos una cosa. Yo la había traicionado, y había traicionado los planes de nuestras familias.

Me proponía entregarme sin reservas a la celebración. Al bajarme en la sexta cámara, aguardé en el centro Korzenowski con otros que esperaban que los coches de construcción los llevaran a la séptima. Caían goterones de lluvia de las espesas nubes que tapaban el techo transparente.

Casi siempre llovía en la sexta cámara. La maquinaria que cubría casi toda la cámara, transfiriendo y modelando fuerzas que escapaban a mi comprensión, generaba un calor que era preciso expulsar, y aquel antiguo método había resultado ser el mejor.

Pensé en el rostro de Uleysa, en sus ojos entornados, y sentí una inesperada punzada de dolor. Mi conciencia de quién era y dónde estaba se encogió como los cuernos de un caracol. Los implantes no me impedían tener emociones negativas, y no intenté suprimirlas. Uleysa no tenía controles de afecto. Yo merecía mi propia cuota de sufrimiento.

Alguien me tocó, y por un instante pensé que me interponía en su camino hacia los coches. Pero los coches aún no habían llegado. Al darme la vuelta vi a Yanosh Ap Kesler.

—Parece que te hubieran zurrado —comentó—. Sólo te faltan las magulladuras.

Sonreí con desgana.

—Es culpa mía —dije.

Yanosh llevaba en torno al cuello el píctor que estaba de moda, aunque no me hablaba en picts. Por lo demás, su atuendo era del estilo llamado atómico, un tanto conservador, azul y beige en la cintura, perneras negras, zapatillas grises, telas lisas sin imágenes incrustadas.

—Sí... Bien, hace dos días que te busco.

—Estaba de servicio —dije.

Yanosh era un viejo amigo. Nos habíamos conocido cuando éramos jóvenes en el colegio naderita de Alexandria. Yo le había hecho algunos favores fáciles que habían ocultado sus aventuras menos discretas. En general, era mejor juez de circunstancias y caracteres que yo, y había ascendido en su carrera más pronto. Pero yo no estaba de humor para tener compañía, ni siquiera la suya.

—Así fue como te localicé. Convencí a alguien de que necesitaba conocer tu paradero... desesperadamente.

—El rango tiene sus privilegios.

Frunció el ceño y torció el cuerpo antes de recriminarme.

—Deja de ser tan obtuso. ¿Adonde vas?

—A la séptima cámara.

—¿A Ciudad de Axis?

—Luego.

—Ven conmigo. No tendrás que hacer cola.

Hacía cuatro meses que habían nombrado a Yanosh tercer administrador de la séptima cámara y de la Vía. Había llegado a ese centro de poder y actividad desde una familia similar a la mía. Hijo de naderitas devotos, se había pasado a los geshels poco después de la inauguración de la Vía, como muchos otros.

Todos respetábamos la filosofía del Hombre Bueno, cruzado y crítico cauteloso de esa tecnología que había sido causa de Muerte; pero eso había sucedido diez siglos atrás.

—¿Más privilegios? —pregunté.

—Sólo amistad —dijo Yanosh.

—Hace un año que no me hablas.

—No has estado muy a mano.

—Tal vez ahora prefiera las multitudes.

—Es importante —dijo Yanosh. Me cogió del brazo. Traté de zafarme pero él insistió. En vez de dejarme arrastrar, cedí y caminé junto a él. Apoyó la palma en una puerta de seguridad y recorrimos un frío corredor que conducía a un conducto de mantenimiento. Una hilera de luces se perdía en la oscuridad de un túnel ancho y largo.

—¿Qué es tan importante?

—Puedes escuchar algo increíble, como un favor —dijo Yanosh—. Y tal vez consiga salvar tu carrera.

Silbó y un reluciente taxi con distintivo del Nexo salió de las sombras, flotando a pocos centímetros del suelo negro.

—Los naderitas te están investigando —me dijo Yanosh mientras el taxi atravesaba el túnel que conducía de la sexta a la séptima cámara.

—¿Por qué? —pregunté, sonriendo irónicamente—. Estoy en Defensa de la Vía. Acabo de distanciarme del último ritual naderita de mi vida...

—Lo sé. Pobre Uleysa. Yo que tú habrías intentado convencerla de que me siguiera. Es una buena mujer.

—No le haría eso —dije, mirando las relampagueantes luces de mantenimiento por la ventanilla. Oscuros robots se apartaron para cedernos el paso—. Ella toleraba mis defectos, pero no estaba de acuerdo con ellos.

—Aun así, le habría gustado que la tentaras. ¿Debería ir a buscarla para ofrecerle consuelo? Es hora de que funde una tríada familiar.

Me encogí de hombros, pero un tic mío le hizo sonreír.

—Por mucho que necesite renovar mis contactos con los viajeros, no sería tan bruto. Los naderitas buscarán obtener el control del Nexo dentro de pocas semanas. Tal vez lo obtengan. El coste de la lucha contra los jarts está provocando conflictos incluso entre los administradores geshels más recalcitrantes. Si los naderitas ganan, el Nexo cambiará de rostro... y los jóvenes quedaremos relegados durante una década. Mi carrera de administrador pende de un hilo. Y, de paso, la Vía puede correr peligro.

Lo miré con verdadera sorpresa.

—No podrían formar la coalición necesaria para eso.

—Nunca subestimes a la gente que nos creó.

El taxi cogió por una autopista recta bajo una luz brillante y perlada. Había arena de color tostado a un lado y blanca al otro. Estábamos a cinco kilómetros del acceso público a la séptima cámara. A nuestras espaldas retrocedían las grises alturas del casquete meridional de la séptima cámara, un inmenso acantilado.

Delante no había casquete. No había final.

La Vía se extendía para siempre, o al menos hasta distancias incomprensibles e inconmensurables. Éste era el logro de Korzenowski: conseguir que Thistledown fuese más grande por dentro que por fuera y abrir un infinito potencial para la aventura y el peligro; por eso lo habían asesinado poco después de la inauguración de la Vía.

El no podía haber previsto la existencia de los jarts.

—Es una cuestión de estabilidad económica —dijo Yanosh—. Pero las pasiones se han inflamado durante los últimos veinticinco años.

—Se están abriendo puertas. Algunos naderitas se están inscribiendo para inmigrar.

—La política no es un arte racional, ni siquiera en Thistledown. Llevamos mucho de la Tierra en nosotros.

Miré hacia arriba. En el centro de la luz que brotaba del casquete sur, una línea delgada se hacía visible como una ausencia perturbadora. La creación de la Vía, por una necesidad metafísica que yo comprendía sólo a medias, había generado una

singularidad que iba a lo largo del universo premodelado de Korzenowski: la falla. Encaramada sobre la falla, a sesenta kilómetros del conducto del casquete sur, se estaba construyendo por tramos una ciudad colgante.

Hacia el eje, una sección nueva se extendía sobre la arena blanca cubierta de robots que parecían hormigas sobre una torta de azúcar. Se convertiría en la mitad de Axis Nader que faltaba, una concesión a aquellas fuerzas que ni siquiera creían en la Vía. Sobre nosotros ya flotaban tres sectores colgantes de Ciudad de Axis: blancos, acerados y grises; grandes monumentos cilíndricos tachonados de torres que se elevaban un kilómetro o más sobre sus cuerpos principales. La ciudad relucía diáfana en la delgada atmósfera que cubría el suelo de este sector de la Vía. Al final de la autopista, a sesenta kilómetros del casquete sur, un cable privado colgaba de la ciudad de arriba. El coche se detuvo junto a la góndola del cable.

—¿Qué creen que he hecho? —le pregunté a Yanosh.

—No sé. Nadie lo sabe. Es algo que ni siquiera el primer administrador de Alexandria está dispuesto a decir.

—Soy un soldadito de un ejército enorme. Apenas tengo rango siete. No merezco tanto alboroto.

—Eso dice la gente sensata... este mes. Acusaciones secretas demasiado graves para ser mencionadas entre extremistas que presuntamente ni siquiera ejercen influencia sobre los sectores radicales. —Se volvió hacia mí mientras se abría la puerta de la góndola—. ¿Tiene sentido?

Lo tenía, pero yo no podía decírselo a él ni a nadie. Teóricamente, era posible revivir a Korzenowski si los geshels cambiaban las leyes. Podía convertirse en un símbolo muy poderoso. Tal vez la única otra persona que lo sabía había cambiado de parecer, o había sido indiscreta.

—No —dije.

—Seguiremos hablando en mi oficina.

La oficina de Yanosh daba a una pared externa del primer distrito terminado de Axis Naden. Las oficinas del Nexo se apiñaban como cristales de cuarzo en este barrio exterior.

—Refutaré un absurdo con otro —dijo Yanosh—. Éste es mucho más importante. ¿Has oído hablar de Jaime Carr Lenk? —Se apoyó en el borde de su reducido tablero de trabajo. Detalles de la construcción de Ciudad de Axis titilaban alrededor de Yanosh.

—Encabezaba un grupo de naderitas radicales que se hacían llamar divaricatos. Desapareció.

—Sabemos adonde ha ido. Reunió a cuatro mil adeptos divaricatos, y algunas humildes máquinas y se fue a construir Utopía.

Me pregunté si Yanosh bromeaba. Adoraba las historias acerca de la locura humana.

—¿Adonde? —pregunté.

—Pregunta errónea —dijo Yanosh, estudiándome el rostro.

Los límites de Thistledown eran bien conocidos. Existían escondrijos, pero no para tanta gente. Entonces me di cuenta de la enormidad de aquello, tanto por el número de desaparecidos, cuatro mil ciudadanos, como por el hecho de que su desaparición había pasado inadvertida y no se había difundido la noticia. Sentí una gran curiosidad, pero obré con cautela.

—¿Como, entonces? —pregunté.

—La devoción de esa gente por Lenk era total. Incluso adoptaron su nombre y le aplicaron honoríficos, como al propio Nader. Todos ocultaron sus huellas. Individualmente, o como familias o grupos, alegaron estar en un retiro consagrado al conocimiento, en una u otra cámara, en una u otra ciudad. Según las leyes de la coalición, los organismos del Nexo no debían buscarlos ni interrogarlos hasta que regresaran a la vida secular. Lenk escogió familias enteras, maridos con sus mujeres, padres con sus hijos; no elementos sueltos, sino tríadas. Desaparecieron sin dejar rastro hace cinco años. Sólo se anunció la desaparición de Lenk. Los demás...

—¿Adonde los llevó?

—Vía abajo. Con la complicidad de dos aprendices de abrepuestas, creó un pasaje ilegal en una pila geométrica.

—¿Nadie lo sabía?

Mi asombro se convirtió en incredulidad. Me aliviaba no tener que pensar en mi otro problema, siempre que fuera tal problema y no una falsa alarma.

—Fuimos víctimas de una maniobra, claro, pero eso no es excusa. Escogieron una región próxima a la frontera, cerca de los límites jarts. Usaron el conflicto del 748 como tapadera. Se escabulleron detrás de las fuerzas defensivas, disfrazándose de unidad de soporte. Nadie los detectó. Contaron con ayuda... todavía lo estamos investigando. Parece que Lenk tenía contactos. Alguien le habló de Lamarckia.

—¿Lamarckia? —El nombre sonaba exótico.

—Un secreto muy bien guardado.

—¿El Nexo guarda secretos? —pregunté irónicamente.

Yanosh ni siquiera pestañeó.

—Hace doce años los primeros prospectores de puertas descubrieron un mundo extraordinario. Muy terrícola. Lo llamaron Lamarckia. Había poco tiempo para explorar, así que después de realizar una breve investigación cerraron la puerta, marcaron un nódulo y lo reservaron para su posterior estudio. Todos esos descubrimientos se han mantenido en secreto, para impedir episodios de este tipo.

—¿Cómo es posible que se sepa algo sobre Lenk después de tanto tiempo?

—Un inmigrante regresó. Robó una de las dos clavículas que poseía Lenk y regresó por entre una maraña de mundolíneas de la pila. Una fallonave de defensa lo encontró medio muerto en un traje de presión agotado. Lo trajo aquí.

A través del suelo transparente, Yanosh miró las inmensas grúas y las telarañas de cables y los líquidos campos de tracción rojos y verdes que alzaban piezas del nuevo distrito desde el suelo de la Vía.

—Algunos dicen que quizá nunca podamos regresar a Lamarckia, por culpa de lo que ellos han hecho. Otros, en quienes confío más, dicen que puede ser difícil, pero no imposible. Los abrepuestas temen que una clavícula caiga en manos de los jarts... si tienen manos. Podríamos perder el control de esa región en cualquier momento. El Nexo ha convenido en enviar un abrepuestas de rango medio para revisar los daños. Ha pedido que lo acompañe un investigador. Se mencionó tu nombre. Y no fui yo quien lo mencionó.

—¿No? —Sonreí con incredulidad. Él permaneció serio.

—Tal vez sea el mundo más bello que hemos descubierto. Algunos geshels sugieren que Lamarckia podría convertirse en nuestro refugio si perdemos la guerra. —Enarcó las cejas críticamente—. Es el más terrícola de los diez mundos que hemos tenido tiempo de abrir.

—¿Por qué no lo hemos desarrollado?

—¿Podríamos haberlo conservado, en tal caso? Los jarts nos han expulsado de esa pila, y nosotros a ellos. Y eso se ha repetido tres veces desde el descubrimiento.

Se sabía poco o nada sobre la anatomía, la psicología o la historia de los jarts. Se sabía aún menos sobre el modo en que habían construido su puerta inversa después de la creación de la Vía, y antes que se inaugurase y se conectara con Thistledown.

Los jarts habían lanzado una feroz ofensiva sorpresa en el momento de la inauguración, matando a miles de personas. Desde entonces, ambos bandos habían librado una guerra sin cuartel, recurriendo a todas las armas disponibles, incluida la física de la Vía. Sus constructores, y los que tenían acceso a sus muchas realidades, podían convertir vastos tramos de la Vía en lugares inhóspitos para cualquier criatura viviente.

Yanosh me miró desafiante.

—El Nexo desea que alguien viaje a Lamarckia y recobre la otra clavícula. Mientras esa persona esté ahí, también puede estudiar mejor el planeta. Sabemos poco, sólo contamos con un breve informe. Lamarckia parece ser un paraíso, pero su biología es insólita. Necesitamos saber qué daños ha causado Lenk.

—¿Y no me propusiste inmediatamente?

Yanosh sonrió. Sacudí la cabeza dubitativamente.

—Tengo fama de ser terco y desobediente, aunque capaz. Dudo que mis comandantes de división me recomendaran.

—Me preguntaron por ti, y dije que podías hacerlo, que incluso podías disfrutar haciéndolo. Pero, con franqueza, no es la misión que encomendaría a un viejo amigo.

Yanosh sospechaba que yo me aburría siendo un mero soldado y que necesitaba una oportunidad para descollar; sabía, sin que yo se lo dijera, que mi personalidad no encajaba en Defensa de la Vía. La situación con los jarts se había estabilizado por el momento en un tenso empate. Una misión del Nexo —una misión difícil— me garantizaría un ascenso rápido, si tenía éxito.

Yanosh sabía que en otra época yo había tenido tratos con divaricatos. Mis padres habían conocido a varios. Quince años antes yo había conocido a Jaime Carr Lenk. Conocía sus costumbres.

—Los líderes geshels del Nexo me han encomendado resolver el problema de Lamarckia —dijo Yanosh—. Es mi propio bautismo de fuego. Y una prueba. Si aceptas y triunfas, ambos saldremos ganando... Así que respondí que preguntaría, pero no te respaldé específicamente.

—¿Y los inmigrantes?

—Traerlos de vuelta será políticamente conflictivo. Los divaricatos tienen una actitud muy especial hacia la Vía. La aborrecen, pero creen que pueden usarla. Siempre han hablado de una patria alejada de Thistledown y los geshels. Una nueva Tierra. Pero a decir verdad, por el momento los geshels siguen gobernando el Nexo, y el planeta nos interesa más que la gente. Si han interferido (y parece inevitable que lo hayan hecho, siendo como son), los traeremos de vuelta y Lenk irá a juicio. Eso ensuciaría la fama de los grupos radicales.

—Una perspectiva sombría.

Yanosh no afirmó lo contrario.

—Es una misión grandiosa —dijo—. Un planeta entero a tu disposición. No será fácil, pero debo admitir que en cierto sentido te va que ni pintado, Olmy.

Me pregunté si no estaría siendo un tanto paranoico con lo de mi secreto. No había pasado los últimos cinco años haciendo sólo de soldado, y Yanosh, o sus superiores, no eran los primeros que me consideraban útil fuera de Defensa de la Vía. Sin embargo, aquello iba más allá de mis aptitudes conocidas.

—¿Y me han escogido por alguna otra razón? —pregunté.

—No sé qué has hecho para molestar a los naderitas, pero esto te deja fuera de la guerra política. Esta misión podría servirte de celda, de lugar donde nadie podría alcanzarte hasta que resolvamos la situación política. No sé en qué estás metido.

—Siempre he sido leal al Hexamon.

—También el Nexo valora la lealtad.

—Haces distinciones muy sutiles. El poder viene y va. Doy al cesar lo que es del cesar.

Yanosh apartó los ojos, entornándolos con repentina fatiga.

—Te has convertido en un enigma para la mayoría de nuestros amigos. ¿A quién eres leal? ¿A los geshels o a los naderitas?

—Korzenowski era naderita y construyó la Vía.

—Pagó por su arrogancia.

—Y tú... ¿a quién eres leal?

—No has respondido a mi pregunta.

—Afortunadamente para todos, no tenemos que revelar a quién somos leales para servir en Defensa ni en el Nexo. Durante años he servido a los intereses de los geshels.

—Pero Uleysa... —Yanosh enarcó las cejas, aludiendo tácitamente a muchas cosas, a todo lo sucedido desde nuestro último encuentro. Desde que éramos amigos, la capacidad perceptiva de Yanosh me había irritado más de una vez.

—Un error. No político. Personal. Pero si el Nexo quiere que se realice una tarea... ¿por qué envía sólo a una persona?

Yanosh me miró intensamente, como si viera a través de mí.

—Tu rostro. Tus ojos. Nunca has tratado de adaptarte, ¿verdad?

—Nunca lo he necesitado.

—Es más que eso. —Yanosh sacudió la cabeza—. No importa. —Suspiró—. Ojalá hubiera nacido antes de que el Hexamon inaugurase la Vía. Las cosas eran mucho más simples.

—Y más aburridas. Me pregunto hasta qué punto confías en mí.

—Para serte franco, no he tenido más remedio que entrevistarte. Me pusieron en esta situación las artimañas de tácticos cuyas motivaciones nunca son del todo claras. Te creo capaz de cumplir la misión, naturalmente, y no creo que sea mi pellejo el que está en juego. Y si aceptas, sería para mí un alivio.

—Alguien valora mucho Lamarckia.

—La ministra presidencial en persona. Eso me han dicho. Quiere saber más acerca de Lamarckia, pero no puede organizar una gran expedición por el Nexo en este momento. Los jarts deben ser nuestra principal preocupación. En cierto modo, eres una ficha en una enorme apuesta. La ministra presidencial apuesta a que pueden ponerte solo en Lamarckia para que recabes información y juzgues la situación. Cuando convenza al Nexo de que es preciso enviar una expedición de más envergadura, dicha expedición tropezará con menos contratiempos. Se pondrán en contacto contigo, tú los pondrás al corriente y, todos juntos, reclamaremos Lamarckia.

—Entiendo.

—Creo que ella ganará la apuesta, aunque los naderitas lleguen a controlar el Nexo. Sus argumentos son irrefutables. Dentro de semanas o de meses, si la pila geométrica colabora, tendrás mucha compañía.

- ¿Y si no obtienen aprobación del Nexo, y no es posible abrir la puerta?
- Tendrás que encontrar la segunda clavícula de Lenk y abrir tu propia puerta.
- Eso sí que me suena a celda.
- Nadie cree que la misión sea fácil o segura.

Para mí aquello representaba un reto, al igual que el inconstante entusiasmo de Yanosh.

—Perfecto —dije. En esa pequeña oficina de vistas espectaculares, atestada de las perspectivas de futuro de Ciudad de Axis, le sonreí a mi viejo amigo—. Me interesa, desde luego.

—Me temo que con tu interés no basta —dijo Yanosh, retrocediendo y entrelazando las manos—. Necesito una respuesta. Pronto.

El instinto me aconsejaba rechazar la misión. A pesar de los contratiempos recientes, yo tenía planes bastante atractivos. También tenía responsabilidades, las cuales me convertían en alguien mucho más importante y valioso de lo que parecía, más de lo que Yanosh o la gente del Nexo podían sospechar.

Pero también tuve en cuenta mi inexperiencia. El tiempo que había pasado en Defensa de la Vía había sido un desperdicio. No seré nada a menos que me temple en una prueba. La refutación de este argumento era mucho más convincente: No serás nada si estás muerto, o perdido y olvidado en un mundo aislado de la Vía.

La voz de la razón estaba a punto de prevalecer. Pero otra voz se interpuso y respondió por mí, la voz sobre la cual mi padre me había advertido y que mi madre había deplorado.

—Iré —dije.

Yanosh me miró socarrón, luego me aferró el hombro con firmeza.

—ímpetu y gallardía. Es lo que esperaba.

Yo era bastante cínico en lo concerniente a mis lealtades. Ya no sabía quién era. Largarme —largarme del todo— parecía una buena solución. Mi secreto estaría a salvo, pensé, si me marchaba.

Así se escribe la historia a veces. Contactos simples y decisiones simples; consecuencias imprevisibles.

Estudí el informe secreto Dalgesh, preparado por tres topógrafos poco después del descubrimiento de Lamarckia. Lamarckia era el segundo planeta de un sol amarillo, nacido en una región galáctica relativamente pobre en metales sin relación con ningún lugar conocido de nuestra propia galaxia. Los topógrafos habían tenido dos días escasos para realizar su trabajo antes de que se cerrara la puerta, así que sus hallazgos eran incompletos. Habían dejado tres monitores en el continente más vasto,

pero no habían lanzado satélites. Las fotos y grabaciones mostraban un mundo familiar y extraordinario a la vez.

Me interesaba particularmente la planificación logística de Jaime Carr Lenk. El Buen Lenk había abandonado selectivamente las restricciones de los divaricatos para posibilitar la inmigración. En Lamarckia no había sustancias alimenticias nativas probadas y confirmadas, y tampoco había soporte para nuestras máquinas al margen de aquello que pudieran transportar los inmigrantes. Los expedicionarios llevaban comida para seis meses y sistemas personales de purificación de agua. También se habían llevado semillas tradicionales selectas: granos, frutas, árboles madereros, hierbas, plantas ornamentales. Aunque Lamarckia carecía del complejo ecosistema de la Tierra para permitir la agricultura, los humanos habían diseñado monocultivos que sólo necesitaban las sustancias químicas que proporcionaban los humanos. De hecho, los humanos constituían su ecosistema esencial. Las sustancias químicas, creían los inmigrantes, se podían encontrar o sintetizar en Lamarckia.

Los inmigrantes no se llevaron animales. Transportaron tres pequeñas factorías para fabricar herramientas y componentes electrónicos para las máquinas, y veinte tractores, todos con capacidad de autorreparación.

En cierto sentido, Lenk se había atenido a sus creencias divaricatas. Los inmigrantes se habían negado a llevar nutríforos, sustancias orgánicas artificiales de alta eficiencia que los podrían haber alimentado indefinidamente. Pero los nutríforos no existían en tiempos de Nader, y el Hombre Bueno desconfiaba de la ingeniería genética.

Yanosh me acompañó a las cámaras de Axis Nader donde residía el informador. Se llamaba Darrow Jan Fima. Era un hombre menudo y huraño, vestido con ropa sencilla de color marrón. Ahora que había recobrado la salud —en un entorno médico avanzado contrario a las creencias divaricatas— ansiaba contar de nuevo su historia, exponer todos los detalles que conocía.

Nos habló acerca de Claro de Luna, la aldea y puerto de embarque cercano a su punto de salida, el lugar más probable para el surgimiento de una nueva puerta; acerca de las ciudades y las rutas fluviales y marítimas; acerca de la breve historia de los inmigrantes, con sus privaciones, sus conflictos sobre la planificación de aquel viaje sin retorno, las rivalidades entre facciones, las inevitables maniobras políticas en cualquier grupo de gente de ese tamaño. Y también nos habló acerca de la biología de Lamarckia, de lo poco que los inmigrantes habían llegado a comprenderla.

Al final, contrito, lloriqueando, presa de la emoción, el informador nos habló de los adventistas, un grupo de oposición al liderazgo de Lenk. Nunca habían sido muy eficaces; esperaban que el Hexamon enviara a gente para devolverlo a Thistledown. En cada ciudad, dijo, habían dispuesto un operativo para allanarle el camino al

Hexamon. Los rumores relacionados con los investigadores del Hexamon habían ascendido a la categoría de mitos populares. Pero nadie había ido.

Darrow Jan Fima había reñido con sus compañeros adventistas, había desertado, y fingió servir a Lenk. Trabajó durante un año para ser aceptado en el consejo de Lenk.

Entonces robó la clavícula.

—¿Por qué tardasteis tanto? —se quejó—. Tuve que mentir, tuve que cometer muchas ruindades. —Al fin confesó en un susurro los pecados de su gente—: Nos hemos apartado de las madres de la vida. —Y añadió, sonriendo como si me diera un regalo—: Lamarckia no es mal lugar para morir...

No le creí. A fin de cuentas, él se había ido de allí.

Inicié mi adiestramiento. Yanosh me dio todos los recursos que necesitaba. Concerté citas para hacerme quitar todos mis suplementos.

Eso habría complacido a mi madre pero, por supuesto, no se enteraría.

La plateada y ahusada fallonave recorría el centro de la Vía a trescientos kilómetros por segundo. Yo iba en uno de los dos mullidos y blancos asientos de proa, escrutando ese resplandor cóncavo que parecía preñado de inquietantes promesas. Estaba atrapado entre el aturdimiento, la exaltación y el terror.

Me palpé las manchas rosadas del cuello y la muñeca, sintiendo una nueva soledad. Desde la muerte de mi padre, me había sometido a una serie de mejoras mentales que él no aprobaba: diminutos ingenios en la cabeza y el cuello que aceleraban los pensamientos, mejoraban la memoria, me daban ciertas aptitudes y bases de conocimientos y también establecían contacto directo con Memoria de la Ciudad, con millones de individuos y miles de bibliotecas.

Para pasar inadvertido entre los divaricatos de Lenk, que no llevaban esos implantes, me habían despojado de mis voces, ojos y mentes adicionales. Dentro de mis pensamientos ahora había un solo yo. Sentía una extraña vergüenza. Estaba desnudo de un modo que nada tenía que ver con ir en cueros.

La fallonave inició su larga y lenta desaceleración. A sólo cuatro metros de mí, la falla emitía su fulgor rosado, que relampagueó con la presión de las grapas de la nave. La fallonave no se detenía por fricción, sino introduciendo las grapas en una región prohibida del espacio-tiempo.

—Salud, ser Olmy Ap Sennon. —El abrepuestas Frederik Ry Ornis, alto y delgado como una mantis religiosa, se acomodó en la cabina, se estiró en el asiento y dejó que los cojines blancos le envolvieran las caderas y el pecho—. ¿Cuánto hace que no abrazas la falla?

A pesar de mis concesiones a las modas y la tecnología geshels, al menos había conservado la estructura natural de mi cuerpo. Ry Ornis pertenecía a esa nueva raza que exploraba formas más radicales.

—Hace unos años. Y nunca llegué tan al norte.

—No muchos han llegado tan al norte —dijo Ry Ornis con expresión contrita—. No recientemente. Los jarts están a menos de un millón de kilómetros de aquí. —Estiró un largo dedo de cinco articulaciones y señaló hacia delante con elegancia.

Los abrepuestas como Ry Ornis habían adquirido un poder y un prestigio inmensos. Sentí cierta envidia.

—Tardaremos una hora en llegar a la pared —dijo—. No estoy demasiado entusiasmado.

—¿Porqué?

Ry Ornis me miró con escepticismo.

—¿Ansioso de iniciar tu primera misión? —preguntó.

—Supongo —respondí con una sonrisa cauta.

—¿Dispuesto a demostrar tu lealtad al Nexo del Hexamon, preparado para la aventura?

Mi sonrisa se borró. Hice un gesto de indiferencia.

—No hay que descubrir este lugar —se quejó Ry Ornis con una mueca de disgusto—. Ya lo han visitado aficionados. Me imagino lo que hicieron para aislar la mundolínea correcta. Tal vez hayan desquiciado la puerta embriónica, reduciendo nuestros accesos a tres o cuatro, a lo sumo. Así que no tengo margen de error. Si desbarato algunas mundolíneas, tu viaje será sólo de ida, y Lamarckia no le servirá de nada a nadie.

No me caía bien Ry Ornis. La mayoría de los abrepuestas me ponían nervioso. Sus talentos pertenecían a un plano diferente, y sus personalidades eran radicalmente opuestas a la mía.

Los minutos se sucedieron. Ry Ornis parecía hipnotizado por el infinito espectáculo que veíamos en el exterior. Se inclinó en el asiento.

—Francamente, los miembros del consejo y los administradores tienen muchas cosas en la cabeza. Si Lamarckia fuera importante de veras, ¿no crees que le habrían consagrado más esfuerzos, en vez de enviarte sólo a ti?

Mis emociones estallaron en una seca carcajada.

—He pensado en ello —admití.

—¿Por qué aceptaste hacer esto?

—Este trabajo me va. ¿Por qué aceptaste tú?

Ry Ornis hizo otra mueca, torciendo el rostro como una máscara de circo.

—Entre los abrepuestas, el ascenso se obtiene al precio de la obediencia. ¿Pasa igual en Defensa de la Vía?

—No sé —dije, sin demasiada sinceridad—. Soy un simple grado siete.

Ry Ornis me miró fijamente.

—Aun así —insistió.

—¿Puedes llevarme a Lamarckia?

—Las preguntas directas merecen respuestas directas —dijo, y suspiró—. Lamentablemente, no lo sé. —La fallonave ya sólo navegaba a miles de kilómetros por hora. Pronto nos detendríamos—. No es una ciencia exacta. Cada abrepuestas tiene ilusiones. Mi ilusión es que, cuanto más sé acerca de un lugar, mejor puedo detectar sus mundolíneas.

—En ciertos sentidos, se parece a la Tierra.

—He leído el informe Dalgesh. Conozco su tamaño y sus características generales. Te estoy pidiendo una opinión personal. ¿Por qué es tan interesante?

Yo no entendía adonde quería ir a parar.

—Hay humanos allí...

—El rumor de que podemos olfatear la vida humanoide es totalmente falso. Eso no es lo que busca un abrepuestas. Buscamos algo interesante.

—¿Y qué te resulta interesante?

Ry Ornis ladeó la cabeza. Los campos de tracción se habían retirado. Nos desplazábamos a menos de cien kilómetros por hora y la falla ya no relucía.

—Lamarckia pone en tela de juicio todo lo que hemos aprendido acerca de la evolución y los orígenes de la vida.

—El informador parece pensar así. Lo llamó una «Nueva Madre». Pensaba que los inmigrantes lo destruirían.

—Bien, eso sí que me interesa —declaró Ry Ornis con aprobación—. Los grandes acontecimientos marcan las mundolíneas. Si la gente de Lenk se propone modificar la historia de un planeta... te llevaré allí.

La piloto de la nave asomó la cabeza.

—¿Disfrutáis del paisaje? —preguntó.

—Inmensamente —dije yo.

—Ambos estamos nerviosos —dijo Ry Ornis.

La piloto torció los labios y ladeó la cabeza con expresión compungida.

—Bien, esto no os tranquilizará. Los jarts saben que estamos aquí, lo cual no me sorprende, y tendremos unos treinta minutos para investigar. Aquí las fronteras son flexibles. —Nos evaluó con la mirada—. Supongo que no es una misión de prioridad uno, ¿verdad?

Me levanté del asiento y fui a popa. Ry Ornis me siguió, mirando a la piloto con aire ofendido.

—Algunos podríamos disentir —declaró con orgullo.

Su reacción me pareció una payasada. Tal vez yo merezca la misma calificación. A fin de cuentas, somos instrumentos de una respuesta calculada, de una apuesta. No somos prioritarios.

Ry Ornis y yo descendimos de la fallonave en un pequeño vehículo de transferencia. El viaje duró menos de diez minutos. El vehículo deltoide maniobró describiendo una cauta espiral. Cuanto más se acercaba a la pared, más peso adquiría. Y a pesar de su nombre, la pared se comportaba como el suelo, como una superficie gravitatoria. La nave se posó sin sobresaltos.

Ry Ornis y yo nos pusimos los trajes de presión. Él recogió una caja del tamaño de su cabeza y se la calzó bajo el brazo. Dirigimos un gesto de aprobación a un ojo que enviaba nuestra imagen a la piloto que aguardaba en la fallonave, luego salimos.

Bajo nuestras botas, la pared era dura como roca. Ry Ornis echó a andar por la superficie bronceada, y sus largas piernas le permitían avanzar dos metros con cada zancada. Sacó una clavícula de la caja, soltó la caja y aferró las varillas del aparato, meciéndolo delante de él. Yo había leído acerca de las varas de los antiguos zahoríes, antaño de moda en la Tierra. Ry Ornis empuñaba su clavícula como un antiguo buscador de agua.

Debajo de nosotros se extendía una de las legendarias y terribles regiones conocidas como pilas geométricas, donde la física de la Vía cambiaba imprevisiblemente. A veces las comparaban con una arruga en la piel de un gusano multidimensional. No me agradaba la comparación.

—Toda esta región es nudosa —dijo el abrepuestas con voz áspera, entre la admiración y la repulsión—. ¿De qué color es? Por Dios, ¿a qué huele?

Intrigado por las preguntas, guardé silencio. Decidí que era mejor no interrumpir.

—¿Sabes que una pila geométrica duele? —continuó Ry Ornis—. Cuando la buscamos, nos provoca jaquecas colosales que son difíciles de aliviar. Pero es evidente que alguien estuvo aquí antes que nosotros. Han dejado sus sucias huellas dactilares: bultos, mundolíneas desplazadas, accesos estropeados. Por Dios, vaya pandilla de aficionados.

Lo seguí a paso medido. Yo no llevaba nada. No podía llevar nada conmigo, salvo la ropa que tenía debajo del traje de presión. Todo mi equipaje era interno: semanas de adiestramiento y educación, la transferencia de conocimientos de mis suplementos a mi memoria biológica.

La voz de la piloto sonó en nuestros cascos.

—Los jarts nos han localizado. Me gustaría largarme de aquí.

—No puedo garantizar que te dejaré en Lamarckia en una época determinada —dijo Ry Ornis de mal humor—. Será muy difícil situarte a una década de la época en que el informador abrió su puerta temporal. Lenk debe haber dejado un nódulo, pues de lo contrario el informador no habría regresado. Pero ha desaparecido.

El abrepuestas se irguió; su alta y demacrada figura y su traje blanco contrastaban con nuestro entorno. La luz era engañosa en aquel inmenso tubo liso y sin sombras. La distante curva de la pared que se elevaba hasta formar un arco en lo alto me

desorientaba aún más. Miré el tubo de plasma con los ojos entornados. Seguía la falla hacia el sur, hasta un deslumbrante resplandor, iluminando la Vía a lo largo de millones de kilómetros. Pero terminaba al norte, a poca distancia de nosotros, dejando a los jarts en su propia oscuridad.

Bajé la vista para no marearme. Mi cuerpo no contaba con ayuda para superar la sensación de vértigo. Estaba desnudo por dentro.

El abrepuestas se agachó, aferrando las varas de la clavícula, pasando su cabeza esférica a pocos centímetros de la superficie.

—He encontrado algo —anunció—. Nudos atados de nuevo. Aparentemente un intento de normalización, de curación.

—¿Curación?

Ry Ornis no me oyó, o simplemente me ignoró.

—La mayoría de estas líneas desemboca en una extensión vacía. Hay mucha desolación, inmensidades sin interés. Nos causa una gran sensación de soledad. Aquí una estrella solitaria, allá una esfera de roca sin aire. Es muy fácil sentir atracción por mundos falsos, por sueños de futuros todavía inaccesibles, todavía irreales. No garantizo que te dejaré en un momento previo a la llegada de los inmigrantes de Lenk. No querría eso. Y no hay manera de regresar, para ninguno de vosotros... debo procurar que queden algunos accesos más.

—Por favor —solicité, temblando. Había imaginado este momento como un tranquilo interludio, un breve instante en que observaría el trabajo minucioso e incluso inhumano de un abrepuestas experto. En cambio, los asistentes de la ministra presidencial me habían designado este sujeto esmirriado y parlanchín, este hombre insecto de largo rostro. Tal vez realmente quieran perderme.

—Encontré algo. Ven aquí, ser Olmy.

Ry Ornis me indicó que me acercara. Caminé hacia él y miré las crípticas imágenes que oscilaban entre las barras de la clavícula.

Ry Ornis extendió el dedo enguantado sobre los colores de la pantalla.

—¿Ves esto? —Yo sólo veía líneas tortuosas, relampagueantes franjas verdes y azules—. Un acceso. Esto me indica que es un lugar de sumo interés. No hay nada en derredor... Sin duda eso es Lamarckia. Y sigue cronológicamente lo que debe ser el acceso de Lenk. ¿Pero dónde lo modifico? ¿En qué punto de la mundolínea de Lamarckia debo dejarte? De aquí a aquí, relativo tedio, tedio, nada... pero aquí... —Vi una sonrisa radiante detrás del visor—. Estos lugares son exquisitos. Busco cosas de interés para los humanos, ser Olmy, y las encuentro. Si Lamarckia es interesante en sí mismo, entonces estos puntos de su línea son aún más interesantes para nosotros. Para ti y para mí. ¿Entiendes?

—No —dije.

Ry Ornis movió de nuevo el dedo, meciendo suavemente la clavícula.

—Lugares de grandes acontecimientos humanos. Lamarckia es un gran acontecimiento en el trasfondo, algo desconocido... Pero sin duda preparado para cambiar. ¿Te coloco en uno de los lugares más fascinantes, ser Olmy?

—Simplemente haz que llegue allí —dije, mordiéndome el labio para aplacar mi angustia. La valentía parecía una lamentable abstracción.

—Más o menos a una o dos décadas del acceso de Lenk. No puedo estar seguro. No puedo ofrecer nada mejor.

—Hazlo, por favor. Tan sólo hazlo. —Yo ya había deshonrado a mi familia y la memoria de mi padre al sumarme a los progresistas geshels y ponerme implantes antinaturales en el cuerpo, al alistarme en Defensa de la Vía, al rechazar a la mujer con la que estaba comprometido. No quería deshonrarme nuevamente con un fracaso.

—No hay motivos para estar nervioso. No se abrirá ninguna puerta si no puedo colocarte en un lugar realmente interesante.

Sentí ganas de pegarle.

—Así que extendo mi alfombra aquí y llamo a esta puerta la número treinta y dos de la región doce... —Ry Ornis trazó una fulgurante línea roja en la pared con la esfera de la clavícula—. Apártate.

Me aparté.

Un bulto de cinco metros de anchura con un hoyuelo en el centro creció en la superficie de la Vía. Líneas rojas y verdes bailaron sobre su tersa superficie, vibraron rápidamente y adquirieron el familiar color de bronce recién fundido. Ry Ornis lo extendió retrocediendo, arrastrando la clavícula consigo. Un dosel en forma de disco creció sobre la nueva puerta.

Con la boca seca como el yeso, la cabeza fría como el hielo, trepé con manos y rodillas por el costado del bulto, me encaramé al borde del hoyuelo y vi una tormenta de líquida oscuridad.

—Te llevará a donde necesitas ir —dijo Ry Ornis—. Y después desaparecerá.

Me erguí en el borde de la puerta, impulsado por la poca valentía que me quedaba. Echaría a andar en línea recta y saldría al lugar desde donde el informador se había ido de Lamarckia.

—Limítate a caminar —dijo el abrepuertas, y su voz sonó hueca en mi casco—. No te olvides de quitarte el traje a mitad de camino. En ese punto habrá aire de Lamarckia en la puerta.

—De acuerdo.

—Sólo quedan dos accesos más, creo. No sé cómo regresarás. Buena suerte.

Miré por encima del hombro, vi aquella silueta esquelética de traje blanco, la vertiginosa uniformidad por todas partes, me volví y me enfrenté a otra clase de ilusión, aún más extrema.

Allí no había líneas rectas. En la puerta yo pasaría por un agujero abierto a todos

los mundos posibles, una fístula entre la Vía y otra parte.

Tenía que confiar en Ry Ornis. Mi cuerpo no lo consideró prudente. Apreté los dientes, adelanté una pierna y luego la otra. Sentí que la presión crecía a mi alrededor. Me quité el traje y lo dejé detrás de mí, en la cuesta de la puerta. Ahora sólo llevaba la ropa que podía usar un inmigrante de Lenk.

Ya no veía la Vía ni a Ry Ornis.

—La puerta está presurizada. Date prisa. —La voz del abrepuertas reverberaba como el zumbido de un insecto, saliendo del traje. Delante vi un remolino rojo y franjas negras y azules, y un brillante arco anaranjado: mi destino, visto a través de la lente deformante de la puerta.

Cerré los ojos, extendí los brazos, di un último paso hacia delante.

Y aterricé en un suelo húmedo que me salpicó las botas y los pantalones marrones. Por un instante creí que echaría a rodar. Extendí las manos, me arrodillé con las botas hundidas en el lodo y recobré el equilibrio. A mi espalda, la arremolinada oscuridad se redujo a un punto, tironeó de la tela de mi chaqueta y me abandonó con un diminuto remolino de aire.

1

El sol colgaba sobre el horizonte. No pude distinguir si amanecía o por el contrario anocheía. Estaba en la cima de una colina, entre troncos gruesos y negros, lisos, como de vidrio. A mis espaldas, un tupido bosquecillo de más troncos negros. Delante... los detalles me marearon. Los asimilé con frenético afán.

Un bosque rojizo se extendía sobre colinas cuadrangulares, disolviéndose en tonos rosados y lavandas hacia el horizonte. Lo cubrían rizos de niebla lánguida. Como esqueletos de torres catedralicias, árboles inmensos puntuaban el bosque cada varios cientos de metros, con copas rosadas que se alzaban sobre cuatro enormes patas abovedadas, irguiéndose sobre el resto de la arboleda. Sobre las colinas se extendía un cielo azul y cristalino, con retazos rojizos que parecían reflejar el bosque. De hecho, el bosque también habitaba el cielo: globos cautivos llenos de gas ascendían desde arboledas distantes hacia las deshilachadas nubes.

Todo resplandecía con una apacible luz amarilla y una brillante vida color sangre. Todo se relacionaba. Pues hasta donde alcanzaba mi vista, lo que Darrow Jan Fima había llamado la Zona de Elizabeth era una misma criatura, una sola cosa.

Desde la loma donde yo estaba, frente al ancho y oliváceo río Terra Nova, Lamarckia parecía virgen. Ni un humano a la vista, ni una voluta de humo, ni un edificio. Allá abajo, entre la maraña de lisos troncos negros, enormes hojas redondas y abanicos purpúreos, debía estar el fondeadero, y tierra adentro, por un camino de tierra y gravilla, el poblado de Claro de Luna, ambos ocultos por la espesura.

Me toqué la ropa con aprensión. ¿Parecería muy fuera de lugar?

Noté que contenía el aliento. Inspiré profundamente. El olor era dulzón y sorprendente. El aire olía a agua fresca, uvas, hojas de té y diversos perfumes que sólo puedo describir como almizclados. Los brotes cercanos, que semejabán anchas flores purpúreas con centros carnosos, despedían un penetrante aroma. Olían a plátano y canela. Los brotes se abrían y cerraban, con un temblor al término de cada ciclo. Al fin se contrajeron del todo con un gorjeo agudo.

Extendí la mano para acariciar la curva lisa y negra de un tronco. Cuando la toqué, la corteza se entreabrió para formar una especie de estoma en cuyo interior había una pulpa roja y rosada. Una gota blanca y translúcida brotó del tajo, que se cerró en cuanto saqué la mano.

—No es un árbol —murmuré.

El informe Dalgesh, obra de los primeros topógrafos, los definía como «vástagos arbóridos». Y esto no era un bosque, sino una silva.

En Lamarckia no había plantas ni animales en cuanto tales. Los primeros topógrafos, en el único día que habían pasado en el planeta, habían determinado que en ciertas zonas todos los organismos aparentemente individuales, denominados

«vástagos», formaban parte de un organismo más vasto que ellos habían denominado «ecos». Ningún vástago podía reproducirse por sí solo; no actuaba de forma autónoma. Un ecos era un organismo genético que contenía las diversas partes de un ecosistema y que se extendía por vastas superficies, llegando a dominar incluso continentes enteros.

Según una teoría de los topógrafos, cada ecos estaba regido por lo que denominaban «madre seminal» o «reina». Los topógrafos nunca habían visto semejante reina, y tampoco los inmigrantes, según Jan Fima, pero la comprensión de la biología lamarckiana, y la ciencia planetaria en general, todavía estaba en pañales entre los inmigrantes cuando se fue el informador.

Arriba los troncos negros extendían redondas hojas con forma de quitasol, del diámetro de un brazo extendido, grises en los bordes, rosa y rojo sangre en el centro. Los quitasoles se frotaban en una brisa susurrante que evocaba una madre calmando a su bebé. Un polvo negro y grueso caía en ráfagas sobre mi cabeza. No era polen, y sin duda no era ceniza. Froté un poco entre los dedos, lo olí, pero no lo probé.

La última luz del sol anaranjado me entibió el rostro. No era el amanecer, pues, sino el ocaso. El día terminaba. Disfruté de aquel fulgor. Me producía una sensación maravillosamente familiar, aunque era la primera vez que yo probaba directamente la luz del sol. Hasta entonces había pasado toda mi vida dentro de Thistledown y de la Vía.

Mi terror se convirtió en éxtasis. La sensación de novedad, de exótica belleza, surtió en mí el efecto de una droga. Estaba caminando por un planeta, un mundo semejante a la Tierra, no dentro de una roca ahuecada.

A regañadientes, abandoné el calor del sol y me interné en la sombra de un sendero cubierto de maleza. Si había aterrizado en el lugar correcto, ese sendero me llevaría al río Terra Nova y al fondeadero de la aldea de Claro de Luna. Allí, me habían dicho, podría tomar una embarcación y viajar a Calcuta, la mayor ciudad del continente Tierra de Elizabeth.

Me pregunté con qué clase de gente me encontraría. Imaginé que serían criaturas primitivas, insociables, apiñadas en oscuros villorrios, dominadas por la superstición. Luego lamenté ese pensamiento. Tal vez había pasado demasiado tiempo entre los geshels, sintiendo demasiado poco respeto por los de mi especie. Pero los seguidores de Lenk habían ido mucho más allá que los de mi especie. Yanosh los había definido como fanáticos.

El aire húmedo del valle suspiraba como una inundación invisible y helada. Pisando con cuidado, sorteando las hileras de gusanos coronados por crestas de plumas azules, escuché con atención, pero sólo oí el siseo sedoso del aire y el murmullo líquido del río.

Por lo menos una vez, seres humanos habían recorrido aquel sendero. Entre los

troncos, en una maraña de «raíces» duras como piedra, encontré un trocito de plástico arrugado y me arrodillé para recogerlo. Lo abrí con los dedos. Era la página en blanco de una libreta borrable.

Comprendí con alivio que al menos no había llegado antes que los intrusos humanos. Eso habría significado que estaba atrapado allí, sin posibilidad de regresar hasta que ellos llegaran o el Hexamon enviase a alguien a rescatarme.

Me guardé el trozo de plástico. Todavía no sabía cuánto tiempo había pasado desde la llegada de Lenk y sus seguidores.

Cuatro mil ciento catorce inmigrantes ilegales, y podían mediar hasta tres décadas entre mi llegada y la suya. ¿Qué podían haberle hecho a Lamarckia en ese lapso?

Me abrí paso por entre una maraña de hojas helicoidales. Hundí los pies en un humus granulado y pantanoso, cubierto de conchas rosadas y guijarros. No había a la vista ningún fondeadero, ninguna luz, ninguna señal de tráfico fluvial. Me agaché para hundir los dedos en el suelo. Era pedregoso y blando, granos de arena y cubos esponjosos de medio centímetro de lado estaban suspendidos en una especie de anilina que formaba grumos entre gotas de agua clara. Parecía tierra preparada por un jardinero y mezclada con tinta viscosa.

Recogí una concha rosada. Plana, de forma espiral como una antigua amonita de la Tierra, medía cuatro o cinco centímetros de diámetro. La olfateé. Era diáfana y dulce, de perfume acuoso y polvoriento, olía a rosas y plátanos. La palpé con el dedo. Se quebró.

Más polvo negro caía en las cercanías en telones delgados. Miré hacia arriba y vi algo que parecía una inmensa culebra rojiza con franjas azules, de varios metros de longitud y con el grosor de mi cuerpo, enroscada a los árboles y las hojas. Se contorsionaba con movimientos peristálticos lentos; le veía la cabeza, pero no la cola. Con una sensación de opresión en la garganta y el pecho, eché a trotar por el sendero, tratando de alejarme de la serpiente.

El sendero se pobló de más maleza, de formas rojizas y vegetales, filiaos entre los arbóridos. Me perdí y tuve que escuchar el murmullo del río para orientarme.

A los pocos minutos noté un olor extraño, intenso. Durante mi caminata no había notado olor a moho ni a metano, ni el tufo de la vegetación muerta. Las plantas y los árboles —por usar términos inexactos— brotaban de un suelo que parecía preparado por jardineros pulcros y diligentes. Sólo las conchas rosadas, atascadas en el lodo, indicaban que allí vivía y moría algo, y que al morir dejaba restos.

Y aquel olor a descomposición...

Me dirigí nuevamente hacia la ribera y escruté el negro perfil de la margen opuesta, más allá de las aguas parduscas. Fogonazos azules asomaban entre los árboles de la otra margen del río. Chisporroteaban y se apagaban. Ni siquiera estaba seguro de haberlos visto. De pronto, en lo alto, la parte inferior de los anchos

quitasoles emitió un centelleo azul. Oí un silbido agudo. Un aleteo bajo los quitasoles: criaturas oscuras y aladas llevando jirones fibrosos. Algo pequeño y rojo pasó frente a mi rostro con un bufido audible.

El viento cesó. El aire nocturno se aquietó. La niebla bailaba en medio del río. Con el silencio llegó otro olor a descomposición. Carne putrefacta. De eso estaba seguro.

Seguí el olor. Río arriba, pisando con cuidado en medio de plantas rastreras rojas, guiado por tenues relámpagos azules entre las matas, encontré los restos del sendero.

Algo emitió un sonido, una especie de suspiro crujiente, y se escurrió con tres patas bajo las matas. Era una criatura blanca del tamaño de un perro pequeño, de forma triangular. Se paró junto a un tronco negro y me miró con ojos pacientes y vacíos montados sobre una línea roja central. Palpitaba y emitía sonidos sibilantes. Le temblaba la piel en lo que interpreté como aversión a mi presencia. Pero al parecer esa aversión era mera reprobación, u otra cosa, pues no retrocedió. Trepó a rastras por un tronco, abrió un estoma con su pie-cola puntiagudo y se puso a succionar el líquido lechoso. Observé fascinado cómo se hinchaba su cuerpo blanco. Luego, más gorda que antes, la criatura cayó del tronco, aterrizó en el suelo con un ruido gomoso y se alejó zigzagueando.

El ocaso lo oscurecía todo. Un doble arco de estrellas asomó entre las delgadas nubes. Delante, una fluctuante luz naranja me llamó la atención: una antorcha o una llamarada. Enfilé hacia la luz naranja y descubrí el fondeadero y el camino de tierra que conducía a Claro de Luna.

El fondeadero comenzaba como una plataforma ancha al final del camino, y se angostaba hasta convertirse en un largo muelle. En la plataforma había una silueta acucillada junto a un farol: humana, pequeña. Otras siluetas oscuras estaban tendidas de espaldas o de bruces en el fondeadero y el muelle.

En la extensa mancha de luz estelar y al tenue fulgor del farol, vi que las formas oscuras también eran humanas, y estaban quietas. Esa quietud y cierto aire indolente me indicó que no estaban vivas. Hacía tiempo que estaban muertas. Tendidas en charcos de sangre seca, se habían hinchado al sol y la ropa les quedaba estrecha, como si hubieran sucumbido a una orgía de violencia.

Las lágrimas me empañaron los ojos. Había esperado cualquier cosa menos aquello.

La silueta que estaba cerca del farol llevaba una camisa raída y embarrada y una falda larga. Ladeaba la cabeza y respiraba entrecortadamente.

Hice un ruido al pisar la plataforma. La silueta se volvió rápidamente, con asombrosa agilidad, y alzó una pistola negra de cañón largo. Era una mujer, con el rostro moreno enlodado y arrugado, los ojos entornados. Tal vez la deslumbrara la luz del farol. Sólo podía ver mi contorno.

—¿Quién eres? —preguntó con voz trémula.

—He venido para tomar la embarcación —dijo con voz estridente—. Por los astros, los hados y el pneuma, ¿qué ha sucedido?

La mujer rió amargamente y me apuntó al pecho con la pistola.

—Mi esposo —dijo—. Se fue con Beys.

—Por favor, cuéntame qué sucedió.

—¿Le conoces? ¿Janos Strik? ¿Mi esposo? ¿Conoces a Beys?

—No —dije. Ninguno de esos nombres figuraba en la lista de inmigrantes.

—¿Cómo es posible que no conozcas a mi esposo? Era muy importante aquí.

—Estoy asustado —dije, buscando su compasión—. No sé qué ha sucedido aquí.

—Nos matarán a todos. —Se irguió despacio, tocándose la rodilla con una mano, como si le doliera. No dejaba de apuntarme con el arma. Tenía los ojos desorbitados, grises tal vez, amarillos a la luz del farol. Parecía una anciana, el rostro demacrado de dolor, sucio de lágrimas, lodo y sangre seca—. Debes ser uno de ellos —exclamó, amartillando el arma.

—¿Uno de quiénes? —pregunté suplicante, sin necesidad de esforzarme para demostrar temor. Todo podía terminar en ese instante, antes de empezar. Todo podía terminar.

—Te mantendré aquí —dijo la mujer con fatigada determinación—. Alguien vendrá pronto del norte. Se llevaron nuestras radios.

Los divaricatos no se habían llevado armas, según el informador, pero aquella pistola era de metal, pesada, y fabricada con precisión, a juzgar por el chasquido. Tal vez las balas estuvieran cargadas con pólvora explosiva. Un arma primitiva pero muy eficaz. El idioma que ella hablaba parecía ser comercial del siglo I, común en Thistledown, pero con un acento particular.

Mantuve las manos a la vista. La mujer movía los pies, forzaba la vista para escrutar la oscuridad.

—¿Quién los mató? —pregunté.

—Los brionistas —dijo—. Y tú te vestes como ellos.

—No soy uno de ellos. He estado en el bosque estudiando la Zona de Calder, al sur de aquí. La zona dos. No sabía nada sobre esto.

La mujer levantó el arma.

—No seas idiota —dijo.

Me encogí de hombros intentando parecer amigable, un forastero ignorante, si es que era posible ser amigable en aquellas circunstancias. La mujer era más que suspicaz: había pasado las de Caín, y se requería cierta firmeza de carácter —o una profunda aversión a hacerse cómplice de la matanza— para no apretar el gatillo y matarme, y así al menos no tener que pensar.

—Hace años que no oigo hablar de la Zona de Calder —dijo—. Se entregó a la

Zona de Elizabeth. Sexearon y fluyeron cuando yo era niña.

Habían transcurrido años, tal vez décadas. Mi información estaba muy desfasada.

—¿Eres bióloga? —pregunté. No parecía tan cansada ni tan torpe como para errar en sus disparos, y yo no disponía de maquinaria médica con la que salvarme si me acribillaba a balazos, ni siquiera tenía un paquete de memoria para almacenar mis pensamientos y mi personalidad.

—No soy bióloga, y tú tampoco. Y tu modo de hablar es muy raro. ¿Por qué dices que es un bosque? —Sus ojos titilaron a la luz del farol. Bajó el arma unos centímetros—. Pero no creo que seas brionista. Dices que has estado en la silva... ¿mucho tiempo?

—Dos años.

—¿Estudiando?

Asentí.

—¿Eres investigador?

—Aspiro a serlo.

—¿No luchaste cuando ellos vinieron?

—No vi nada de eso. No sabía lo que ocurría.

—Los mejores lucharon. Eres un cobarde. Te quedaste en la silva. —Sacudió la cabeza lentamente—. Ésa es mi prima, Gennadia. —Señaló un cadáver con dedo trémulo—. Y ése es Johann, su esposo. Aquél es Nkwanno, el sintetista de la aldea. Janos se fue a Calcuta y cruzó a Naderville para unirse a los brionistas. Me abandonó aquí. —Se frotó la nariz y se inspeccionó el dorso de la mano—. Les dijo que teníamos magnesio, estaño, cobre y un poco de hierro. Vinieron a ver. Janos regresó con ellos. Ni siquiera se dignó mirarme. Les dijimos que teníamos que consultar con Hábil Lenk.

Pensé que Lenk habría tenido un hijo, hasta que comprendí, por el tono, que el nombre era en realidad un honorífico.

—Dijeron que no podíamos negarnos. Nos quitaron las radios. Dijeron que Beys tenía órdenes. El alcalde les ordenó que se marcharan. Mataron al alcalde, y algunos hombres intentaron luchar. Los mataron... a todos, excepto a mí. Me oculté en la silva. Pronto regresarán y se adueñarán de todo. —Se rió con alegría infantil—. Yo también soy cobarde. No queda mucho.

—Terrible —dije. Nkwanno... ese nombre figuraba en la lista. Yo había conocido al erudito llamado Nkwanno, un devoto estudioso naderita discípulo de mi tío.

La mujer alzó el farol sobre su cabeza, acercándose. Alumbró mi ropa.

—Sólo has estado en la silva unas horas. Elizabeth cubre de polvo a todos sus visitantes. Pero los barcos partieron hace días. Casi no estás negro. —Sus ojos brillaron—. ¿Eres real?

—Me bañé en el río —dije.

Ella soltó una carcajada histérica, alzó el arma como si quisiera disparar al aire, apretó el gatillo. El percutor cayó sobre una recámara vacía. La mujer soltó el arma, que golpeó los tablones con un ruido seco. Cayó de rodillas.

—No me importa —dijo—. No me importa morirme. El mundo entero es una mentira. Lo hemos convertido en una mentira.

Se estremeció, se acostó en posición fetal, cerró los ojos.

Aguardé un instante, el corazón palpitante, la boca seca, sin saber por dónde empezar.

Al fin caminé hacia la mujer y me arrodillé junto a ella. Parecía dormida. Yo estaba tenso después de haberme sentido amenazado por un arma. Por aquella prueba de debilidad —había estado a punto de morir a los pocos minutos de mi llegada— me enfurecí conmigo mismo, con todo.

Apretando los dientes, recogí el arma, me la calcé en el cinturón y fui a examinar los cadáveres. Dos hombres y una mujer. El olor me resultó extraño y ofensivo. Nunca había olido cadáveres en descomposición salvo en entretenimientos y ejercicios de entrenamiento; el conflicto con los jarts en la Vía no presentaba estas crudezas.

Sospeché que la descomposición había avanzado de maneras desconocidas. No había bacterias externas, pensé, sólo internas, y sólo aquellas seleccionadas cuidadosamente siglos atrás para los pobladores de Thistledown. Un modo bastante artificial y antinatural de regresar al polvo, si es que podía decirse que Lamarckia tenía polvo.

Examiné primero a Nkwanno. Un hombre alto y moreno, el rostro casi irreconocible; pero en sus rasgos pálidos vi una cierta semejanza con el joven y vital estudiante que había trabajado con el hermano de mi padre en Alexandria. Aunque aquel hombre era mucho mayor que el Nkwanno que yo había conocido...

La puerta abierta apresuradamente me había llevado décadas adelante en la mundolínea de Lamarckia.

Durante un buen rato estuve confuso. Luego recobré la determinación y registré los bolsillos del cadáver. Encontré unas monedas y una bolsa que contenía billetes, una pizarra de diseño elegante, un trozo de pan rancio. Examiné el dinero, se lo devolví al cadáver.

Los divaricatos preferían modalidades de intercambio económico propias del siglo XX. Yo llevaba en el bolsillo dinero copiado de muestras que nos había dado el informador. Mi dinero se parecía poco al que tenía Nkwanno. Lo más probable era que no me sirviera de nada.

No podía robarle dinero a un cadáver. La pizarra era otra cuestión. Necesitaba información desesperadamente. Me la guardé en el bolsillo de los pantalones.

Me senté junto a la mujer dormida, para pensar. La brisa se había calmado y la

cruda y dulzona pestilencia de la muerte flotaba en el aire. Cerré los ojos, me tapé la nariz.

Jan Fima había dicho que él formaba parte de una facción que se oponía a la política de Lenk. Esa facción lamentaba la decisión de Lenk de emigrar ilegalmente, con recursos limitados, y pronosticaba muchos problemas para el futuro. Al parecer esos problemas habían comenzado, quizás hacía ya mucho. Jan Fima suponía que en Claro de Luna habría un sujeto esperando para proporcionar provisiones e información a un representante del Nexo. ¿Pero cuánta paciencia tendría ese sujeto?

Maldije entre dientes, me restregué los ojos. Despuntaron dos pequeñas lunas de un cuarto de grado de anchura, y se persiguieron lentamente por el cielo. Su luz trazaba caminos trémulos sobre las plácidas corrientes del río.

Moles oscuras se elevaron en el río, a varios metros de la orilla. El claro de luna bailaba sobre ellas en chispas fantasmales. Yo ignoraba qué eran esas moles. Tu ignorancia te matará. Y todo podría terminar aquí.

La mujer dormía profundamente, como una niña. Yo era reacio a abandonarla, pero no parecía haber más problemas a la vista. Sin embargo, no podía dejarla en el muelle. La alcé y la alejé de los cadáveres, apoyándola suavemente en el suelo, junto al fondeadero. Me quité la chaqueta y le preparé una almohada. Ella gruñó, se movió y se acomodó, aferrando la chaqueta plegada con unos dedos largos y sucios.

Lo tenías todo y no te bastaba. En tu inquieto afán lo perdiste todo. Acudiste a los geshels, te entregaste a su poder. Suplicaste una misión. La gloria de luchar contra los jarts. Luego te enviaron aquí. Una misión grandiosa, dijo Yanosh. Todo un mundo para ti, y tuya toda la gloria. Pero una especie de mazmorra. Un mero camino lateral en tu carrera.

Para acallar esa voz quejumbrosa, saqué la pizarra de Nkwanno de mi bolsillo. Era un anacronismo, un diseño de fines del siglo XX del gusto de los divaricatos, que evitaban toda la tecnología posterior.

Me senté. La pantalla iluminada proyectó sobre mi rostro un fulgor similar al de las lunas. Buscando en la memoria, encontré varios archivos personales de Nkwanno, algunos extensos, pero todos bloqueados. Busqué en la biblioteca de la pizarra, y encontré un directorio con archivos creados en Lamarckia y fechados según un calendario instituido después de la inmigración.

Un estudioso llamado Redhill había iniciado la redacción de una enciclopedia local bastante extensa, y en una hora pude aprender bastante sobre aquella región de Lamarckia. Leyendo, cambiando de pantalla y reproduciendo vídeos, me sumí en ese nuevo conocimiento y empecé a recobrar la confianza.

Habían transcurrido treinta y siete años lamarckianos desde la llegada de los inmigrantes. Los abrepuestas se habían equivocado más de lo que creían. Era posible que yo jamás regresara a la Vía aunque localizase la otra clavícula, y que nadie en la

Vía volviera a encontrar Lamarckia en la pila.

Las moles del río se hundieron gorgoteando. Según la enciclopedia eran bejucos de río; eran intrusos de la zona cinco, la Zona de Petain, vástagos de otro ecos. La zona uno, la Zona de Elizabeth, que aparentemente no gustaba de los entornos ribereños o pelágicos, utilizaba poco el río.

Tanto por aprender. Busqué con nostalgia los elementos que antes realizaban y aceleraban mi mente. Los huecos que había dejado su extracción eran como extremidades amputadas, y aún sentía el fantasma de su presencia. Pasaba de la euforia a un miedo rayano en la desesperación. En mi espanto acechaba un fuerte deseo sexual. Mi erección parecía más que inadecuada en aquel lugar. Con el olor de la descomposición, esa reacción me pareció obscena.

Fruncí el ceño y aplaqué mi deseo. Otros habían mencionado que el peligro provocaba esa reacción. Todavía no tenía motivos para avergonzarme.

Me calmé, recobré el aplomo. Estaba bien entrenado y bien educado para la misión. Basándome en los datos del informador, me había hecho una idea de los talentos necesarios para sobrevivir en Lamarckia y viajar por aquel mundo: tecnología, actitudes, recursos idiomáticos.

Pero nadie había esperado una matanza, una guerra desatada.

Una niebla fina cruzaba el río, algo impropio dadas las condiciones. Luego comprendí que la niebla era un rocío perfumado, no sólo vapor de agua: algo del ecos que comunicaba información a otra cosa. Imaginé toda la zona uno, toda Elizabeth, como un procesador orgánico, un vasto organizador sensible, no tan primitivo como una colmena, no tan rápido ni conectado como una mente, pero consciente de todas sus formas diminutas a las que enviaba mensajes por vientos químicos; una enorme madre dirigiendo a miles de millones de hijos.

Redhill me puso al corriente de los progresos que se habían realizado en el estudio de Lamarckia a lo largo de casi cuatro décadas. Según la enciclopedia, la vida había surgido en Lamarckia trescientos millones de años atrás. La estrella era joven, de apenas cuatro mil millones de años; el planeta aún conservaba mucho de su calor, lo cual suplía la insolación relativamente débil de la estrella.

En toda Lamarckia, sólo se habían descubierto ciento nueve organismos genéticamente diferenciados, todos ecoi, siete de ellos en Tierra de Elizabeth. Los ecoi de las diferentes zonas rara vez atacaban a los vástagos de otros ecoi, pero con frecuencia los observaban y copiaban, o los capturaban para un estudio más detallado. Los ecoi enviaban reconocedores, a veces llamados espías o ladrones — vástagos volantes, ambulantes o nadadores— para recuperar y devolver trozos de tejido o vástagos enteros. Si los diseños eran útiles, los ecoi los incorporaban, modificando algunos o todos sus vástagos o reemplazándolos por formas nuevas. Los rasgos observados, robados y copiados pasaban a las generaciones siguientes, al igual

que los heredados.

Hacía casi novecientos años que el biólogo francés Jean Baptiste de Lamarck había postulado la herencia de los rasgos adquiridos, una teoría totalmente desacreditada acerca de la evolución de la Tierra.

Por eso los primeros topógrafos originales habían bautizado el planeta con su nombre.

Cuando llegaron los inmigrantes, la silva de Elizabeth era naranja y gris. La enciclopedia decía que un ecos podía «fluir», alterar repentinamente su carácter, en sólo dos días. Durante un flujo, absorbía y reciclaba sus vástagos, imponiéndoles un nuevo diseño. Esto había sucedido por última vez en la zona dos hacía veintiocho años, como había dicho la mujer. La Zona de Calder se había «sexeadado», es decir, se había vuelto receptiva a una fusión genética total. La Zona de Elizabeth había aceptado esta propuesta. Las dos se habían fusionado, reuniendo todos los vástagos de ambos ecoi. El nuevo ecos había «fluidido» luego, recreándose a sí mismo.

Había sido una época muy difícil para los inmigrantes.

La Zona de Elizabeth había prevalecido sobre la Zona de Calder, y ahora ocupaba una franja de Tierra de Elizabeth, desde el centro hasta la costa norte, con dos mil kilómetros de anchura máxima de este a oeste. En los límites con otras zonas —la tres, la cuatro, la cinco y ahora la seis— áridas «líneas de tregua» formaban blancas barreras, como las líneas de un mapa. En aquellos momentos había un total de cinco zonas en el continente Tierra de Elizabeth.

Supe que en el sur existía un grupo de grandes islas, en un atestado mar limitado por el cabo Magallanes, y que en esas islas, las zonas tres y cuatro compartían el territorio. Una de las islas estaba ocupada por una zona mucho menor, poco explorada y conocida simplemente como zona siete.

La zona cinco, llamada Zona de Petain, se hallaba al este de la Zona de Elizabeth y a lo largo de la costa este. Era una zona pelágica adaptada. Antes era oceánica y hacía un millón de años se había adaptado a tierra. Pocas zonas ocupaban grandes superficies en el mar y en la tierra. Los enormes bejucos de la zona cinco eran los que emergían tres veces por día en el río que pasaba frente a Claro de Luna.

Me tapé la nariz y apagué la pizarra. Había usado aquellos aparatos primitivos para entrenarme y los manejaba con habilidad, pero seguían haciendo que me dolieran los ojos.

Pasé unos minutos oyendo el chapoteo del río contra los pilotes del muelle y la respiración de la mujer, luego activé de nuevo la pizarra.

Encontré una lista de ciudadanos confeccionada dos años atrás. Busqué la aldea de Claro de Luna y encontré la foto de la mujer y su nombre: Larisa Cachemou, hija de ser Hakim Cachemou y de ser Belinda Bichon-Cachemou, nacida hacía treinta y dos años. Se había casado con Janos Strik, miembro de la tríada Strik. En la sociedad

divaricata, y en la mayoría de los matrimonios naderitas ortodoxos, las familias triádicas no cambiaban de pareja —la norma era la monogamia— pero las familias compartían sus finanzas y la crianza de los hijos.

Larisa Strik-Cachemou no era mucho mayor que yo. La tensión y la calamidad la hacían parecer más vieja.

Me guardé la pizarra en el bolsillo y cogí el farol de la mujer. Era hora de averiguar qué había sucedido en Claro de Luna, de cumplir con mi tarea, por ingrata que fuese.

2

El camino que partía del fondeadero estaba pavimentado irregularmente con grava y adoquines. Había huellas recientes de ruedas anchas en la grava. Las salpicaduras de lodo del muelle podían proceder de aquellas ruedas. Llegué a la conclusión de que alguien había llevado equipo pesado hacia el fondeadero por ese camino.

Alumbrando con el farol, vi agujeros y tajos en el tronco de algunos arbóridos que bordeaban el camino. Metí el dedo en un agujero y noté un objeto duro en el fondo: una bala. Miré los cadáveres del fondeadero, tratando de ordenar estos datos.

Descarté la posibilidad de que Larisa hubiera matado a aquella gente. Por el momento, eso no tenía sentido. La única conclusión posible era que les habían disparado desde el río.

Tubos finos montados sobre barras de hierro jalonaban el camino. Me agaché para examinar los tubos, noté que goteaba humedad de su mitad inferior. Los tubos tenían agujeros diminutos que apuntaban a la silva. Olí una gota que recogí con el dedo. El líquido despedía un olor agrio. Supuse que los tubos esparcían algo que resultaba desagradable para los vástagos; eran un modo de impedir que la «maleza» invadiera los caminos y la aldea.

Una cosa grande y borrosa movía los troncos y emitía ruidos de succión entre las matas. Contra las brillantes estrellas, dos cuellos o dos brazos largos y sinuosos se perfilaron contra los arbóridos, picoteando los quitasoles y abanicos, no paciendo, sino susurrando y podando con dientes azules luminosos y tenues. Alcé el farol, pero el haz difuso reveló poco. Cada brazo se elevaba desde un oscuro cuerpo central y se extendía seis o siete metros por encima de mi cabeza. El conjunto alcanzaba el tamaño de dos jirafas adultas.

Apresuré el paso con la piel de gallina.

El camino se ensanchaba hasta llegar a una torre redonda de piedra ocre que sobresalía de la silva. Allí se bifurcaba y bordeaba el linde de un claro. En el claro se hallaba el centro de la aldea de Claro de Luna. Edificios cuadrados de piedra, idénticos y de dos pisos, con tejado de pizarra a dos aguas, flanqueaban el cuadrilátero al norte de la torre.

Crucé aquel cuadrilátero, alumbrando a izquierda y derecha con el farol. Había más cuerpos en él. En el centro me detuve frente al cadáver de una mujer de edad indeterminada, con un balazo en la frente. En un cuarto de hectárea conté sombríamente veintidós cadáveres. A todos les habían disparado con armas cinéticas de poco calibre, un poco menos potentes que la que yo mismo llevaba en la cintura.

Me detuve en el centro del cuadrilátero, procurando conservar la calma. Un viento suave, el rechinar de una puerta. Aire fresco y húmedo, cuerpos, silencio, un

brillante arco doble de nubes estelares y la luz de estrellas más luminosas. Todo me causaba vértigo. Controlé eso rápidamente, pero me costó más apagar la llama de la furia.

Lejos de siglos de cultura y experiencia política, lejos de las restricciones y las normas que regían a decenas de millones de conciudadanos, los inmigrantes habían involucionado. Se había reiniciado la vieja conducta humana del conflicto violento. Pero mis instrucciones nada tenían que ver con la salvación de los inmigrantes divaricatos.

Mi principal objetivo era Lamarckia. No he venido aquí para enzarzarme en una estúpida guerra.

Crucé el terreno cuadrado en diagonal y llegué al extremo norte del dormitorio más cercano. Subí la escalinata en silencio y me asomé a la puerta abierta. Palpé con los dedos el fuerte y liso material de la puerta mientras mecía el farol en la habitación oscura y desierta. Según la enciclopedia de Redhill, el «árbol» más común de la zona uno se llamaba «lizbú», el «bambú de Elizabeth». La puerta estaba hecha de «xyla», palabra con la que los inmigrantes designaban la madera de los arbóridos. En este caso se trataba de corteza de lizbú, arrancada del brote en espiral. Bastaba con talar el tronco, seccionar la copa y los quitasoles más bajos, aferrar el borde del lizbú con las manos y tirar.

Sacudí la cabeza. Viejos hábitos. La mente se complacía en desplegar nuevos conocimientos, como un escudo.

Entré en el edificio. No buscaba cadáveres —aunque encontré una docena más— sino información. Los edificios tenían instalación eléctrica. Revisé escritorios y cómodas sin llevarme nada. Hurgué en los bolsillos y entre las pertenencias de los cadáveres, disgustado por esa tarea truculenta, ansiando encontrar más pizarras. No encontré ninguna.

Robar las posesiones de los cadáveres no formaba parte de mis instrucciones, pero no era del todo deshonesto en aquellas circunstancias. En la planta superior entré en la oficina del alcalde y encontré una primitiva cartelera cubierta con datos de la aldea. Gráficos sobre el monocultivo y el rendimiento de las cosechas, un gráfico de la población de la aldea durante los últimos veinte años —con una marca en el pico más alto, ciento cincuenta habitantes el año anterior— y un mapa de Claro de Luna. Toqué los alfileres que sostenían el mapa y noté que alguien había arrancado un mapa más reciente, del que quedaban algunos trozos, dejando al descubierto el mapa más viejo, lleno de trazos en lápiz.

Salí del edificio y miré el cielo oscuro. Había nubes, delgadas líneas paralelas y algodonosas sobre las estrellas. Ambas lunas se habían ocultado.

Pronto amanecería.

Antes de inspeccionar el siguiente dormitorio, me dirigí más allá de la planta de

agua, hacia los invernaderos y las parcelas del norte. Dos tubos de cerámica blanca llevaban agua desde el río hasta la planta, donde la filtraban sin hervirla ni tratarla químicamente. Lamarckia no tenía microbios propios que pudieran molestar a los humanos. Los microbios portados por los humanos (los pocos que habían sobrevivido a la purga y el traslado a Thistledown) no parecían medrar en Lamarckia. Los nichos biológicos eran demasiado restringidos, o ya estaban ocupados.

La planta energética utilizaba tecnología sencilla. Habían talado y despejado dos hectáreas de silva y unos troncos de lizbú soportaban láminas de membrana electrolítica. La luz solar permitía extraer rápida y eficientemente el hidrógeno, que se almacenaba en células electrógenas. Las láminas también generaban directamente electricidad. Una tecnología de doble uso, sencilla de fabricar a partir de materia prima orgánica.

Alcé el farol, lo olí. No era de aceite ni de combustible líquido, consistía en una serpentina de descarga iónica que fluctuaba como una llama. El líquido era una solución química supercargada. Bonito, pero no eficiente. Tal vez había colgado como adorno en una casa. Yo no había visto otros faroles y la energía de la aldea estaba cortada desde su fuente: la célula electrógena y el cobertizo del transformador. Se habían llevado células, generadores y el resto del equipo.

También se habían llevado, al parecer, a los niños de la aldea. No encontré cadáveres de habitantes menores de veinte años.

Conque habían robado el equipo y a los hijos. Quizá los hubieran llevado río abajo. Los saqueadores —brionistas, los llamaba la mujer— estaban hambrientos de metal. Lamarckia carecía de filones de metal de alta calidad, y los inmigrantes evidentemente no se habían dedicado a la minería en gran escala ni a las grandes fundiciones.

El centro de comunicaciones ocupaba una casa pequeña situada treinta metros al oeste de la planta de energía. El equipo —sencillas radios, a juzgar por las marcas y los pocos utensilios que habían dejado— ya no estaba allí. Había tres cadáveres en el porche.

Estudí el oscuro invernadero y los sembrados, cien hectáreas de tierra cultivada ganadas a la silva. Los atacantes habían dejado varias carretas pero se habían llevado los tractores eléctricos de la aldea. Eso explicaba las huellas de ruedas en el camino de grava. Tal vez hubieran usado los tractores para arrastrar los transformadores, generadores y los otros bienes arrebatados a la aldea.

Me imaginé una carreta llena de niños llorando aterrorizados. Apretando los dientes, caminé hacia el segundo dormitorio.

Las habitaciones estaban abarrotadas de cadáveres. Regueros de sangre en los pasillos y las escaleras mostraban el modo en que se había realizado el ataque contra Claro de Luna. Era evidente que los atacantes se habían propuesto incendiar el

edificio con todos los pobladores dentro. Por alguna razón no habían logrado concluir esa tarea, y habían dejado los cuerpos en el cuadrilátero, en el otro dormitorio, y quizá también en las casas. Al parecer alguien había decidido que era más urgente llevarse el equipo y los niños y largarse antes de que llegaran otros.

Balas en los árboles.

Tal vez algunos —Larisa, su prima, Nkwanno y otro— habían sobrevivido al ataque e ido al fondeadero. Me imaginé un barco solitario esperando para abatir a los supervivientes cuando salieran de la jungla.

O tal vez hubiesen sido los primeros en morir, cuando llegaron los barcos.

Pensé en la pizarra de Nkwanno. Allí las pizarras tenían que ser valiosas. Yo no había encontrado otras entre los cadáveres, pero habían dejado aquélla. Eso me convenció de que Nkwanno, Gennadia y el otro habían sido los últimos en morir.

Aquel grado de violencia era algo nuevo en Lamarckia.

Me abrí paso entre los cadáveres del final del pasillo, alzando el farol, hundiendo las botas en la carne blanda, apartando brazos, piernas y torsos. Los pechos exhalaban un gemido estremecedor al moverse. Me negué a mirar aquellos rostros como frutas podridas. Ya tenía los ojos llenos de lágrimas y contracciones en el estómago por culpa del tremendo hedor. Nunca en mi vida había presenciado la muerte de forma tan próxima y tan concentrada. Subí al segundo piso y me apoyé en una pared. No recordaba la última vez que había tenido ganas de vomitar.

La sensación pasó. Me erguí de nuevo.

Oí un ruido en una habitación lateral. Me detuve, escuché, golpeé la pared con los nudillos.

—¿Quién eres? —respondió una débil voz de hombre—. Oh, mátame y al demonio contigo.

—¿Estás armado? —pregunté.

No hubo respuesta. Me apoyé en manos y rodillas y puse el farol en el umbral. Nadie le disparó. Me asomé, vi una habitación llena de cajas de embalaje, un hombre contra las cajas. Desde mi posición sólo le veía las piernas: pantalones desgarrados, empapados de sangre seca. Me incorporé y entré despacio.

El hombre yacía con los brazos extendidos sobre un montón de libros y papeles, mirando al techo. Aparentaba setenta y cinco u ochenta años; tenía el pelo blanco y el rostro demacrado no sólo por la edad. Aferraba una botella de agua y un trozo nudoso de algo, tal vez pan. Me acuclillé junto a él. El hombre miró el haz del farol, entornó los ojos.

—¿Los has traído?

—Estoy solo.

El hombre alzó el brazo y me tocó la manga.

—Nos dejaron aquí —dijo—. ¿Eres un...? —No pudo pronunciar la palabra.

—Soy un investigador. Acabo de llegar.

—¿En barco?

Negué con la cabeza.

—¿No hay más barcos? ¿No ha venido el disciplinario?

—Todavía no. ¿Estás malherido?

—Bastante mal. Voy a morir. Necesito morirme.

Le habían disparado en el pecho y un brazo y le habían hecho cortes en ambos brazos y el pecho con cuchillos. No podía hacer nada por él. No quedaba agua en la aldea, ni electricidad. Ni medicamentos. Le pregunté si podía describir a los atacantes.

—Todo lo que habíamos predicho —murmuró el hombre, zafándose de mis dedos—. Todo lo que yo les dije. —Movi6 nuevamente los labios en busca de esa palabra—. Brionistas, claro. El general Beys. ¿Quién más iba a ser?

—¿De d6nde vinieron?

—De las cercanías. Beys zarp6 de Naderville, en Hsia, y fund6 una base. Sus naves envían botes río arriba por la noche. De día se ocultan. Buscan metal y máquinas. Todo va al este, a Hsia. —Hsia era un vasto continente situado al noreste de Tierra de Elizabeth, a unos dos mil kilómetros de distancia cruzando el Mar de Darwin.

—¿Los niños? —pregunté.

El hombre contrajo el rostro con angustia.

—Todos —dijo el hombre—. Beys los quiere a todos para Brion.

—¿Cómo te llamas?

—Fitch. —Se relami6 los labios—. Sander Darcy Fitch. Soy médico. Se han llevado todos los medicamentos, todo el equipo.

—¿Por qué mataron a tantos?

—Excepto a mí.

—Y a una mujer.

—¿Quién?

—Larisa Strik-Cachemou.

Aun en su dolor, logró hacer una mueca.

—Una zorra lunática. Su esposo pensaba que podíamos entendernos con los brionistas.

—¿Por qué mataron a todo el mundo?

—Oh, habrá mansiones y riquezas y Lamarckia se someterá a su voluntad —canturre6 el hombre. Cerrando los ojos, se balance6 de un lado al otro, haciendo crujir la caja donde se apoyaba. De pronto tuvo una convulsión, abri6 los ojos y extendió los brazos.

—Secreto —dijo—. Muy secreto.

—¿Qué?

—El Hexamon vendrá. ¿Lo crees?

—Es inevitable.

—Tengo disfraces y provisiones. Ropa vieja, de desecho. Aquí. Me encargo de las donaciones. Por eso me oculté en vez de pelear. Pensé que vendrían al ver esto. Podrán escoger a gusto. Claro que si envían a millares... no bastará.

—¿Estabas esperando?

—Hace treinta y siete años que se fue —dijo Fitch—. Se llevó la clavícula y se fue. Tal vez no logró llegar. —Fitch tosió y se estremeció—. Huele tan mal... El secreto. Por favor, debo decirlo ahora.

—Está bien —dije.

El hombre alzó las manos, me tocó la cara con sus dedos mugrientos.

—No te conozco, ni conozco a nadie parecido a ti —dijo, mirando mi camisa delgada y mis abolsados pantalones—. Te vistes al viejo estilo, como cuando llegamos. Y tienes un aspecto diferente. —Se le iluminaron los ojos. Abrió la boca—. Coge esta ropa. La que vistes llamará la atención. Por el Hombre Bueno, ¿has salido del aire?

Sacudí la cabeza. El intentó levantarse pero se desplomó, moviendo las piernas como palos.

—Astros, hados y hálito —graznó, relamiéndose los labios—, sed benévolos conmigo. Estrella, fuente de toda vida, a la cual regresaré para ser rehecho, borra mis pecados...

Se me humedecieron nuevamente los ojos al oír esa vieja plegaria, y repetí las palabras del viejo. Juntos recitamos:

—... y purifica, vincula mis átomos con algo más elevado, envía mi luz a otros que vean de veras. En los brazos de las grandes galaxias reside la salvación, y allí iremos, para danzar con alegría inacabable la inocente danza, libres de la mano. —El viejo calló, y yo concluí—: En nombre del Hombre Bueno, los secretos del Logos, del Hado, del Hálito y del Alma, así sea por siempre en el tiempo profundo.

Fitch me aferró el brazo débilmente.

—¿Estás solo?

Las lágrimas me humedecían las mejillas.

—Sí —respondí.

—Llévate esta ropa. Sávanos de lo que hemos hecho. Que el recuerdo del Hombre Bueno te ayude.

Dejó de respirar. Había muerto. La botella de agua rodó y su contenido se derramó. La levanté, rocié el rostro del anciano. Libre de la mano y sus trabajos. Absolución. Me arrodillé junto al cuerpo, apretando los labios.

Al cabo de unos minutos me levanté. Era un manojito de nervios. Como Fitch

había sugerido, busqué en las cajas ropa vieja y bienes desechados. Cambié mi ropa nueva por unos pantalones y una camisa resistentes, aunque raídos, pero conservé las botas. Una mochila de cuero me serviría para llevar la pizarra y algo más de ropa.

Fuera, en el patio, lejos de los rastros de sangre, embadurné las botas con barro. Luego regresé al río.

3

El sol amarillento asomó por el este entre inmensos troncos, quitasoles y abanicos, por detrás del fondeadero. La mujer se movió. Abrió los ojos, me vio y los cerró de nuevo con resignación.

—No ha venido nadie —murmuró.

—Todavía no. ¿Te sientes mejor?

—Hace días que no como.

—También yo tengo bastante hambre. ¿Hay comida en alguna parte?

Negó con la cabeza.

—Saquearon la aldea.

—Los brionistas.

—Sí.

—Esperas que llegue alguien, un bote.

—No sé si queda alguien vivo. Beys envió grandes botes llenos de tropas. Quizá también hayan tomado Calcuta. Dispararon... cuando vinieron Nkwanno, Gennadia y Ganna... —Irguió la cabeza, estremeciéndose al recordar—. Conmigo fallaron.

—¿Hay botes en las cercanías? ¿Otra aldea? —pregunté.

Señaló río arriba con la nariz.

—Tendrían que haber llegado ayer. Esperé y no vinieron. —Caminó hacia la costa. La seguí. Ella miró por encima del hombro—. Lárgate, seas quien seas. Estoy cansada. Estoy muerta.

—¿Cómo te llamas? —pregunté, aunque ya lo sabía.

—Larisa —respondió la mujer, deteniéndose de nuevo, encorvando los hombros como si yo fuera un insecto zumbón que podía picarla.

—Yo me llamo Olmy —dije—. Soy de la familia triádica de Datchetong.

—He oído hablar de ellos. Lenk los expulsó. —Se frotó la nariz y alzó los ojos—. Sé que eres un embustero. Tal vez la silva te creó.

Negó con la cabeza.

—Ahora creo en cualquier cosa. Nada me importa —dijo. Sacudiendo la cabeza, me condujo lejos del río, de vuelta a la aldea.

Caminé junto a ella. Pisaba con sumo cuidado, obligándose a avanzar. Movía los labios en silencio.

—Falta poco —dijo.

Los anchos abanicos rojos y los troncos negros se cerraban en lo alto. Nos internamos en la penumbra. Algo —una citilla— voló frente a mi rostro, onduló, me picó en la mejilla, se alejó antes que pudiera tocarla. Larisa me miró impassible.

—Los reconocedores sólo muerden una vez. Luego Liz te conoce.

Me enjuagué una pequeña mancha de sangre de la mejilla.

Larisa reanudó la marcha.

—¿Cuándo te mordieron a ti? —pregunté.

—Cuando era niña, creo. Lo he olvidado.

Nos aproximamos a la torre. Desde el río llegó ruido de motores. Larisa avanzó más despacio, los ojos desorbitados, el aliento entrecortado. Me detuve y la cogí del brazo. Ella me miró como una niña.

—Han regresado —dijo.

—Quédate aquí. Echaré un vistazo —le dije. Le sostuve los hombros como para plantarle los pies en el lugar, pero estaba seguro de que en cuanto me fuera correría a ocultarse. Regresé por el sendero, miré por encima del hombro, la vi de pie junto a la torre, como un animal aturdido.

Junto al fondeadero, me oculté detrás de un grueso tronco de lizbú y miré río abajo. Cuatro botes pequeños avanzaban despacio contra la corriente, blancos contra el gris azulado del río. Cada bote llevaba una docena de pasajeros, todos de uniforme. Fruncí el ceño. Un polvo negro caía desde arriba como hollín. Lo froté distraídamente entre los dedos. Era fino como colorete y se adhería a la piel. Hubo un alboroto en los botes. Oí voces airadas y preocupadas. Los botes estaban a cien metros del fondeadero y los observadores de proa ya habían visto los cadáveres. Apagaron los motores y se aproximaron a la orilla. Empuñaban rifles.

No parecían soldados invasores. Lo más probable era que fueran policías —un disciplinario y algunos oficiales— de Calcuta. Me pregunté si debía salir a su encuentro allí o en la aldea.

Larisa decidió por mí. Se me acercó por detrás y caminó hacia el fondeadero. Sus pisadas hicieron crujir los tablones en la quietud de la mañana.

—Llegáis tarde —gritó.

Un hombre corpulento y calvo con una perilla pulcramente recortada iba en la proa del primer bote.

—¿Quién eres? —respondió.

Le arrojó una soga y ella la atrapó y sorteó el cadáver de su prima para amarrarla. Se sacudió el polvo negro de las manos y dijo con voz clara .y en tono acusador:

—¿Por qué no vinisteis antes?

Salí de atrás del tronco y me quedé en el fondeadero. Los hombres y mujeres nos miraron con cautela. Todos iban de uniforme, pero cada uno lo llevaba de un color distinto, y algunos estaban mal cortados. Caseros, pensé, cosidos a mano.

El hombre calvo y barbudo bajó del primer bote.

—No recibimos llamadas de radio durante un día y medio. Vimos botes desconocidos río arriba... invasores. Brionistas, supusimos. La junta de ciudadanos pensó que un disciplinario debía echar una ojeada. —Se aproximó, entornando los ojos—. Eres Larisa, ¿verdad? ¿Larisa... Strik-Cachemou? ¿Qué ha sucedido aquí?

—Nos mataron —respondió ella—. Luego vino él.

Me señaló. Avancé y me saqué la pistola del cinturón, sosteniéndola por el cañón.

—Es de ella —dije. El hombre calvo cogió la pistola y se la entregó a un oficial, que la guardó en un saco de tela—. Mi nombre es Olmy Ap Datchetong.

—Blevi Yar Thomas. Disciplinario de Calcuta. —No me ofreció la mano—. No te reconozco. ¿De dónde eres?

—Estaba en la silva, viajando y estudiando. Acabo de llegar.

—Es un embustero —declaró Larisa, como para congraciarse con el hombre.

Él la miró con cautela, intuyendo que algo no encajaba.

—¿Viste lo que sucedió? —me preguntó.

—No.

Todos salvo tres de los hombres y mujeres de gris fueron por el sendero hasta la aldea. Un hombre con un rifle de cañón largo se quedó montando guardia junto a los botes. El disciplinario examinó los cadáveres del fondeadero. Una mujer baja y robusta, de pelo castaño corto y gorra gris, sacó lonas de los botes y cubrió los cuerpos.

—No traemos médico —le recordó a Thomas.

Él no podía apartar la vista de los cadáveres. Su cara ancha y carnosa mostraba tensas arrugas.

—¿Por qué, en nombre del Hombre Bueno?

—Pasión —murmuró Larisa con odio—. Tienen mucha pasión.

En el refectorio de la aldea desierta, donde todos los habitantes de Claro de Luna se reunían en comunión para el almuerzo y la cena, el disciplinario le dio la vuelta a una silla y se sentó apoyando los brazos en el respaldo. Yo me senté enfrente, al otro lado de una mesa redonda.

—Tuviste suerte de no estar aquí, ¿verdad? —Thomas no esperó mi respuesta—. En esta aldea tenían a lo sumo tres armas de fuego. Aquí vivieron apaciblemente durante treinta y nueve años. Había veintisiete niños. Todos han desaparecido. No hemos encontrado ni uno. —Se rascó la nariz reflexivamente—. He oído decir que Beys se lleva a todos los niños, que los brionistas quieren criarlos como creen que debe hacerse. Espero que sea verdad. No los matarían, ¿verdad? No se los llevarían para matarlos.

Sacudí la cabeza, sin saber qué responder.

—¿No puedes decirme nada? —murmuró.

Evalué rápidamente a Thomas: elegido por la junta de ciudadanos y los jefes de las familias triádicas de su distrito para que actuara como disciplinario en jefe, una especie de alguacil. El disciplinario nombraría nuevos alguaciles cada tres años, una tradición en las comunas divaricatas. Había llegado tarde, juzgué, porque no había nada que pudiera hacer. Había visto los botes, sabiendo quiénes eran sus ocupantes,

y...

O quizá yo lo juzgaba mal.

—Llegué a la aldea ayer por la tarde —dije—. Larisa comentó que había una disputa por los minerales.

—¿Qué les falta en su zona? Una aldea sin importancia. No había motivo para esta carnicería. Ciento veinticuatro muertos. —Thomas contrajo el rostro como si fuera a escupir—. En Lamarckia no hay muchos filones abundantes al descampado. Aquí hay uno pequeño... Diez kilómetros silva adentro. Estábamos pensando en explotarlo. Brion busca metal, y lo desea tanto como para matar por él. ¿Qué podemos hacer? Tenemos pocas armas. Nos limitaremos a sepultar los cuerpos. —Se inclinó hacia delante—. Esa mujer te llama embustero. Algo te ha mordido la mejilla. ¿Un reconecedor?

Yo había esperado contar con más tiempo para adaptarme. Sólo podía atenerme a mi historia, por dudosa que fuera, con la esperanza de escaparme en Calcuta.

—No era la primera vez que me tomaban una muestra —dije—. Descubrí una subzona y pasé un tiempo allí, buscando indicios de un nuevo flujo.

Las subzonas, según la enciclopedia de Redhill, eran regiones muy especializadas dentro de un ecos, donde a veces surgían los vástagos de características peculiares. Algunos estudiosos sospechaban que los cambios de las subzonas podían preludiar flujos. Otros sostenían que las subzonas eran pequeños ecoi autónomos, que satisfacían necesidades específicas de las zonas más grandes en una relación simbiótica.

Yo esperaba que la enciclopedia no estuviera totalmente desfasada.

Thomas meditó aquella respuesta, se encogió de hombros.

—Procuro mantenerme apartado de los estudios zonales. Me interesa la gente. —Alzó su pizarra—. No tengo datos sobre ti. El censo es de hace cinco años. Veintidós mil personas en Lamarckia, diez mil en Tierra de Elizabeth. No tengo registrado el nacimiento de un hombre llamado Olmy de los Datchetong. Sí tengo registrado un Darrow Jan Fima, de la tríada extendida de los Datchetong. Robó algo bastante importante, aquí no figura qué, hace treinta y siete años. No lo capturaron. El caso quedó sin resolver.

Mi respeto por el disciplinario aumentó varios puntos. Darrow Jan Fima era el informador que había regresado de la Vía. De repente asocié su robo de una clavícula con el comentario de Larisa acerca de la proscripción de los Datchetong. Mala elección del apellido, pensé. Proscribieron a toda la tríada.

Thomas se balanceó en la silla, se levantó, se guardó la pizarra en el bolsillo.

—Conocía bien a Nkwanno. Un hombre inteligente, bondadoso. Hace unos meses vino a Calcuta a dar clases. Hemos encontrado el cuerpo del enciclopedista, Redhill en persona. ¿Sabías que vivía aquí? Puso Claro de Luna en el mapa, como quien dice.

Le dispararon en la cabeza. —Thomas me miró a los ojos—. Ciudadanos muy distinguidos para una aldea tan pequeña.

Lo miré atentamente en silencio.

—Se acabó. Sepultaremos los cuerpos y nos iremos. Hemos grabado la escena. Por el momento no puedo hacer nada más.

—La silva se adueñará de todo en una semana —dijo Bruni, la lugarteniente de Thomas, aquella mujer de cara tosca y cuerpo fornido. De pie junto a la torre, escrutaba los troncos de lizbú y el pie de un árbol-catedral. Movié reflexivamente los párpados. Me miraba con curiosidad, pero dejaba que Thomas se encargara de hacer las preguntas.

Acompañé a Thomas y a otros cuatro río abajo. Yo cogí un extremo de una camilla, Thomas el otro, y sacamos del muelle el cadáver de Nkwanno, el último. Larisa nos miró mientras nos acercábamos a los otros cuerpos alineados en el cuadrángulo.

—Gracias al Logos no tengo hijos —murmuró, siguiéndonos.

Cavamos cuatro tumbas en el duro suelo del cuadrángulo, muy diferente del fértil cieno de la silva. Las palas mordieron la tierra muerta y seca con ladridos cantarines.

Antes de mi llegada a Claro de Luna, nunca había visto de una forma tan cruda la muerte humana. Nunca había sepultado a nadie. Los conflictos con los jarts en la Vía eran rápidos y mucho más letales, pero dejaban pocas huellas.

Los jadeos de los hombres y mujeres que trabajaban a mi alrededor con expresión individualista y desafiante, despertaban en mí emociones inquietantes de horror mezclado con orgullo.

Cavé con empeño.

Una mujer se detuvo para enjugarse las lágrimas. Un hombre se unió a ella, pala en mano, rodeándole el hombro con el brazo, y le ofreció un pañuelo.

Terminamos una tumba destinada a treinta de los muertos. El primero era un cuerpo menudo y delgado. Le quitamos la lona y vi una mujer de sesenta o setenta años. Años naturales, vividos sin cuidados médicos extraordinarios ni rejuvenecimiento. Le habían disparado en el pecho y en el cuello con un arma de proyectiles. Las heridas estaban rojas e hinchadas como carne rancia. En eso se había convertido. El rostro hinchado y amoratado tenía un aspecto tosco y desdeñosamente apacible.

Observé a los que cavaban conmigo: un joven fuerte de hombros cuadrados y mejillas regordetas, la fornida Bruni con su cabello rojizo, un hombre maduro y esbelto de expresión adusta, una joven cuyo rostro permaneció demudado mientras cavábamos. Individualidad. No había concesiones a la belleza artificial ni a la reconstrucción. El joven de hombros anchos dejó la pala y miró el cadáver de la

mujer. Parecía reacio a hacer lo que tenía que hacer.

Me agaché y cerré los ojos de la anciana con los dedos. Había visto eso en un entretenimiento relacionado con el pasado de la distante Tierra. El contacto de esa piel fría y húmeda, y el pegajoso deslizamiento de los párpados sobre los ojos hundidos, me puso la carne de gallina. El joven cabeceó con aprobación, agradecido. Nuevamente cubrimos a la mujer con su mortaja, la sujetamos con cuerdas y la bajamos a su tumba. Otros trajeron más cuerpos: jóvenes, viejos, dos ancianas más. Bajaron esos cuerpos a la fosa. Trabajando en conjunto, llenamos la tumba. Observé los rostros que me rodeaban, sombríos, desencajados; un sueño moría en su interior.

El ocaso. Una nube que reflejaba el sol tino el cuadrángulo con una espléndida luz anaranjada.

Cuando terminamos, anochecía.

Thomas pronunció unas palabras de la Oración del Lugar Común frente a las hileras de tumbas. Otros terminaron listas y mapas de lo que quedaba de la aldea. Una oficial deliberó con Thomas acerca de una lista de niños desaparecidos, tomada de registros de la oficina del alcalde.

Luego Thomas me llevó de vuelta a la torre. Sacó un chicle del bolsillo de la chaqueta, lo partió en dos, me ofreció la mitad. Acepté, pues me interesaba mantener una relación amistosa con aquel hombre.

Subimos a la torre y miramos la silva y la aldea, los edificios, las casas vacías, la cicatriz de las tumbas nuevas en el cuadrilátero, el pequeño invernadero y los grandes tanques, los canaletes inmóviles en el albañal, pues los desechos ya no se convertían en alimentos. Yo no veía el fondeadero, pero sí la otra margen del río. Los quitasoles y abanicos se plegaban y ondulaban, encogiéndose con la llegada de la noche. Una nube de polvo negro brotó de la silva a cien metros, echó a volar. Olía a cítricos y especias.

—Cuéntame más sobre tu presencia aquí —dijo Thomas.

—Vine aquí para tomar un bote. He pasado los últimos años a solas en la silva. No estoy habituado a la violencia. No sé qué más puedo decir o hacer.

Thomas se frotó la calva con la mano blanca.

—Hace años dije que los ciudadanos tendrían que llevar documentación. —Enarcó las cejas y escrutó el horizonte—. No, eso no —añadió, parodiando voces de protesta—. En este lugar todos podemos ser libres. Te llevaremos a Calcuta. Diremos lo que sabes a la junta de ciudadanos. Si eres brionista y te dejaron aquí por accidente, o corno espía, me encargaré personalmente de que te sometan a un juicio de ciudadanos plenos en Athenai.

No pude responderle nada.

Todavía no necesitaba dormir. Nadie quería dormir en los edificios. Me quedé con

los demás en una esquina del cuadrilátero donde no había caído ningún cuerpo y el suelo no estaba manchado de sangre, bajo el cielo ancho y diáfano, buscando dibujos de estrellas. No se veía el doble arco. Volutas de colores claros, rojos y rosados, cruzaban el cielo. Mortajas de soles muertos. Tuve un momento de total desorientación. Esas estrellas tal vez pertenecían al mismo universo, pero no necesariamente a la misma galaxia, ni siquiera al mismo período de tiempo. En la geometría de las pilas de la Vía, la distancia y el tiempo podían enmarañarse como hebras en una caja.

Yo estaba entre humanos, pero eso no era un gran consuelo. Si moría allí, ¿quién me conocería lo suficiente como para conectar la hebra de mi pneuma a un pasado comprensible?

El entierro y la ceremonia me habían conmovido más de lo que esperaba. Había abandonado en gran parte mis creencias espirituales desde mi ingreso en Defensa de la Vía, y me había concentrado en otra clase de evolución personal: la devoción por el concepto, por los grandes problemas sociales y no por los metafísicos. Dedicación a la lucha contra la amenaza de los jarts, demonios inconcebibles para los humanos antes de la inauguración de la Vía.

Ahora me enfrentaba a un problema mucho más pequeño, pero más personal, y tan abrumador que mi derrota parecía segura. Veía en las estrellas el rostro de mis padres, todo lo que ellos representaban, y de pronto parecía enfermizo, erróneo.

Pocos durmieron esa noche, a pesar de la fatiga.

Los botes se dispusieron a zarpar al alba. Avanzarían a mayor velocidad con la corriente del río a favor, pero aun así tardarían un día en regresar a Calcuta. Escuché las conversaciones de los oficiales. Me habían segregado, dejándome en la popa de la última embarcación como si fuera un paria. Sin familia, origen desconocido. Los rumores se multiplicaban. Monos refugiándose en el árbol comunitario, apartándose del forastero. Sentí un arrebató de cólera al ver su estupidez, luego me pregunté qué haría yo en su lugar.

Sin embargo, antes de que Thomas ordenara zarpar, oímos el ruido distante de un motor pequeño. Larisa lanzó un gemido y se abrió paso entre los sorprendidos hombres y mujeres que la rodeaban. Saltó a la orilla con asombrosa agilidad y corrió por el camino de la aldea.

Los pocos alguaciles que tenían rifles los empuñaron, apuntando río arriba, hacia el lugar de donde venían los ruidos. Una lancha de ocho metros bogaba río abajo por la corriente. El motor de combustión interna ronroneaba, la proa hendía jirones de niebla. Dos hombres iban sentados en ella, uno a proa y el otro a popa; observaban los cuatro botes amarrados al fondeadero y la costa. Según parecía, ninguno iba armado.

El disciplinario fue a popa y se paró junto a mí para echar un vistazo a la lancha.

—Es Randall —dijo—. Erwin Randall y alguien más, Matthew Shatro, creo. — Thomas parecía conocer a todos en el río. Ordenó que bajaran los rifles—. No son brionistas. Son investigadores. —Y gritó a los tripulantes del segundo bote—: Traed a esa mujer, maldita sea.

La lancha se aproximó y un hombre alto y ágil de rostro delgado, nariz larga y ojos castaños saludó a Thomas y a los demás.

—¿Qué ha pasado aquí? —preguntó.

—Han muerto —dijo Thomas.

—Hado y Hálito —exclamó Randall.

Shatro, a popa, frunció el ceño y se subió el cuello de la chaqueta.

—¿Todos?

—Todos salvo los desaparecidos —dijo Thomas.

—Hay siete embarcaciones río arriba —dijo Randall, señalando—. Deben ser ellos. Tres chalanas. Ni siquiera se molestaron en dispararnos.

—Me alegro de ver que estáis bien —dijo Thomas sin ironía.

—He enviado un mensaje por radio a Calcuta —dijo Randall. Se pasó la mano por el cabello espeso y amarillo—. Conoces a Matthew Shatro, mi asistente. Hemos explorado Liz hasta el lago Mareotis.

Thomas no las tenía todas consigo, como si le molestara haberse encontrado con aquellos hombres. Apoyando el pie en la borda del bote principal, me miró con desconcierto y luego miró a su gente.

—Pasaron frente a Calcuta de noche. Deben tener una base. Deberíamos perseguirlos.

—Pasamos frente a un campamento al venir. Ellos están a treinta kilómetros río arriba, y el campamento está desierto. No han dejado nada. Creo que dentro de pocos días harán una incursión río abajo.

—Si sabemos dónde están, debemos hacer algo —declaró Thomas con voz afligida.

Randall estuvo de acuerdo.

—Van armados, y son más de cincuenta hombres y mujeres. Iremos contigo. — Mostró los brazos vacíos—. Pero sin armas no serviremos de mucho.

—Eso no es necesario —dijo Thomas—. Aquí hay dos personas que necesitan ir río abajo. Este hombre, que se llama Olmy Ap Datchetong, y una mujer de la aldea. Ella ha sufrido mucho y es muy asustadiza. Se llama Larisa Strik-Cachemou.

—La conozco —dijo Randall. Me saludó con un cabeceo, mirándome de hito en hito. Todos se conocían, y yo era un extraño.

—¿Puedes llevarlos a Calcuta y entregarlos a la junta de ciudadanos para que presten declaración?

Los ojos de Randall parecían empeñados en registrar todos los detalles importantes.

—Desde luego —dijo.

Shatro, un sujeto bajo y musculoso de tez pálida y cabello rubio, se puso a reordenar cajas y costales en la lancha.

Randall y Thomas permanecían cada uno en su barca; la situación era embarazosa, ambos comprendían que la noticia había puesto a Thomas y a sus alguaciles en un mal trance. Como disciplinario, Thomas tenía el deber de enfrentarse a los atacantes; pero una partida tan pequeña, armada sólo con ocho rifles y algunas pistolas, no llevaba precisamente las de ganar. Randall tartamudeó, ruborizándose.

—No creo que sea buena idea que te enfrentes a ellos.

Thomas carraspeó y agitó la mano.

—Es decisión mía —declaró—. Iremos río abajo y pediremos más botes, y a los ciudadanos que estén alerta. Nadie quiere que se vayan impunemente después de lo que han hecho en la costa norte. No podrán pasar tantas embarcaciones si vigilamos día y noche.

—Pueden dividir sus fuerzas y enviar primero lo que han robado —dijo Randall—. Una de las chalanas iba muy cargada.

—Llevaría tractores y metales —supuso Thomas. Sacudió la cabeza, pues no quería oír noticias que lo enfurecieran más o que lo aferrasen aún más a su deber—. Acerca esa lancha y llévate a esta gente, así nos pondremos en camino.

Larisa regresó al muelle sostenida por los firmes brazos de dos mujeres. Thomas le explicó la situación, y ella escuchó, asintiendo en silencio con los ojos desorbitados. Subimos a la lancha de Randall y le agradecí a Thomas todo lo que había hecho.

—No lo he hecho por ti —di) o Thomas con cierta frialdad—. Cuando llegues a Calcuta, cuenta la verdad, y cuenta lo que estoy haciendo aquí. Si nadie envía ayuda, tal vez no regresemos. Y tal vez no regresemos aunque envíen ayuda. No quiero que me compadezcas. Es la pura verdad.

Los alguaciles de los botes nos miraron con los ojos entornados mientras nos alejábamos río abajo. Shatro desplegó una manta tosca para Larisa, y Randall cogió el timón, llevándonos hacia el centro de la corriente, esquivando unos bejucos de río. En el fondo de la lancha había cajas llenas de frascos de vidrio. Los frascos contenían trozos abigarrados de tejido: especímenes.

—¿Entonces no estabas en Claro de Luna cuando esto sucedió? —preguntó Randall.

Sacudí la cabeza. Larisa se puso a parlotear nerviosamente, contando a los dos hombres lo que ya nos había contado a Thomas y a mí, y añadiendo su sospecha de que yo mentía.

Randall escuchó atentamente, pero no parecía compartir su preocupación ni su reprobación.

Las orillas del río revelaban una silva inmensa y monótona, con pocos cambios de color o de altura. Rojo y negro, pardo y púrpura, nunca verde. A decenas de kilómetros de la orilla se elevaban montañas, y los globos de la silva se apiñaban al pie de las montañas, pero desde esta distancia, a cien metros de cada orilla, no veía más que troncos negros, quitasoles y abanicos, y las patas y copas rosadas de los árboles-catedral.

El río olía a agua fresca y pura, un aroma suave pero estimulante. Escrutando la penumbra, vi borrones plateados que se desplazaban con rapidez. La enciclopedia de Redhill decía que las criaturas de la zona de Petain, la zona cinco, dominaban el Terra Nova hasta sus fuentes, en Tierra de Elizabeth.

Algunos vástagos ribereños eran grandes como ballenas, capaces de tumbar un bote. En una foto se veía un sinuoso monstruo de veinte metros de longitud, de ojos toscos dispuestos en cruz sobre una frente chata, colmillos romos montados sobre la nariz, sin boca. Se desconocía cuál era su función dentro del río, su uso para el ecos de la zona cinco.

Me imaginé semejante criatura deslizándose bajo la lancha en las profundas aguas azules y disfruté del escalofrío que sentí. El temor reverencial que me inspiraba la naturaleza era una emoción mucho más sana que las que sentía últimamente.

Larisa se durmió, cabeceando con la boca abierta. Randall se sentó junto a mí, dejando el timón en manos de Shatro, y me ofreció un chicle. Mascar chicle parecía ser una costumbre del lugar.

—Ser Cachemou es conocida a todo lo largo del río —murmuró—. Una mujer parlanchina y tonta. Si su esposo la abandonó para ir a Hsia, quizá tuviera mejores razones que la mayoría —añadió con una sonrisa confidencial—. ¿Qué hacías en la silva?

—Siempre he querido investigar —dije. Los divaricatos rara vez usaban la palabra «ciencia»—. Me he pasado dos años estudiando por mi cuenta. —Me sentía muy vulnerable al lado de aquel hombre. Tal vez sabía más sobre la silva que cualquier otra persona del río, y sin duda sabía más de lo que yo podía haber sacado de Fima, el informe Dalgesh y la enciclopedia de Redhill—. No ha sido fácil. Tendría que haber estudiado más antes de internarme en la silva.

Randall rió entre dientes.

—Es muy probable. ¿De veras te tomaron una muestra?

La pequeña mancha de mi barbilla casi había sanado.

—Ella dice que sí. Una criatura volante me picó en la oscuridad y me extrajo sangre, pero Liz no hace eso dos veces, ¿verdad?

—No —dijo Randall. Sonrió y fue a popa a instalar un toldo para la mujer.

A solas, sin nada que hacer salvo observar el río y la silva interminable, cogí la pizarra de Nkwanno y me puse a estudiar. Aún no tenía acceso a los archivos personales del estudioso pero, a juzgar por las pistas que Nkwanno había dejado en vanos archivos de libre acceso, él usaba algunas claves que cambiaba cada pocos meses. Esa precaución me intrigó. Lo cierto era que aún no podía ordenar bien las claves, pero podía abrir todo el material público.

Mientras bogábamos río abajo, busqué trabajos de historia y encontré varios, todos inconclusos, todos con la huella de los aficionados entusiastas.

Los inmigrantes habían llegado hacía treinta y siete años lamarckianos por una puerta cercana a la actual Calcuta. Lenk bautizó el lugar de aterrizaje (cuyo tamaño entonces se desconocía) con el nombre de su esposa, Elizabeth. Estaban pésimamente preparados. Tardaron meses en evaluar las posibles aportaciones de Lamarckia a su alimentación y las necesidades de materia prima. Durante los primeros diez años el hambre fue un problema grave.

Examiné gran cantidad de fotos de colonos flacos y ojerosos que desbrozaban vástagos de lizbú, plantaban granos, árboles frutales y viñas, talaban árboles-catedral para aprovechar sus troncos fuertes y ligeros. Los ayúdales de Lenk filmaron vídeos de padres que llevaban en brazos a los primeros niños nacidos en Lamarckia; bebés envueltos en tela raída, padres harapientos.

Entre los dos mil colonos había siete médicos; tenían menos de una tonelada de medicamentos, pocos de ellos avanzados. En aquel aspecto, Lenk había insistido en atenerse a la doctrina. Al parecer, algunos habían ignorado o interpretado a su modo las órdenes, pero no tanto como para evitar graves problemas de salud, entre ellos reacciones alérgicas fatales a ciertos vástagos. Gente hambrienta y desesperada había comido muchas cosas sin tomar las precauciones necesarias.

Los rostros de esas películas y fotos me impresionaron: enjutos y asustados pero firmes, seguros de sí mismos. Todos los ciudadanos de Thistledown se consideraban pioneros y exploradores, pero la gente de Lenk se había embarcado en una aventura muy diferente del viaje de Thistledown, y con menos probabilidades de éxito.

En ambos márgenes, tubos negros y pardos de varios metros de diámetro llegaban hasta el río, las bocas medio sumergidas. Se oían ruidos de succión; las enormes bombas orgánicas estaban en funcionamiento para extraer agua del río y transportarla tierra adentro. Pasábamos frente a tubos como aquellos cada pocos kilómetros; formaban parte del inmenso sistema hidráulico de Liz, que hacía circular agua para todos sus vástagos.

A las diez horas de viaje, Randall dividió una hogaza entre los cuatro.

—¿Vino? —preguntó, ofreciendo una pequeña jarra de cerámica.

Larisa se comió el pan con delicados mordiscos, mirando la costa distante, pero rechazó el vino y bebió agua del río.

Acepté una copa. El vino era espeso y dulzón, con un regusto amargo. Me esforcé para no hacer una mueca. Randall estudió mi reacción; quedó insatisfecho.

—No has dicho dónde estudiaste... aunque supongo que en Jakarta, pues allí han vivido la mayoría de los Datchetong desde que Lenk nos trajo aquí.

—Estudié por mi cuenta —respondí.

Randall entornó los ojos.

—Me gusta Liz, pero no me imagino viviendo a solas durante años en la silva. Me volvería loco. ¿Cómo fue esa experiencia?

—Difícil —sonreí—. Estuve a punto de volverme loco.

—Eres un hombre cauto, ser Olmy.

—Un efecto de la soledad.

Randall se cubrió los ojos, escrutando las orillas.

—Por aquí hay un par de campamentos. Exploradores, granjeros, recolectores. Personajes. Prometí visitar a uno de ellos. Se llama Kimon Giorgios. A él también le gusta la soledad.

Seguí la mirada de Randall hasta la margen oeste. Los arbóridos lizbú estaban cubiertos de vainas alargadas y anaranjadas de hasta dos metros de longitud, que colgaban sobre el agua como borlas. Por entre esas borlas vi una mancha pardusca oculta entre los troncos negros y relucientes.

—¿Es una casa? —pregunté.

Randall se acuclilló, las manos en las rodillas.

—Sí —murmuró—. Tienes buena vista, Olmy.

La lancha se internó en una rama angosta del río principal. Entre lizbúes y espesos bosquecillos de fítidos, cinco árboles-catedral rodeaban un reducido claro ocupado por una casa pequeña y elegante. Unas persianas montadas sobre estacas clavadas en el suelo le daban la apariencia de un pájaro viejo y tullido tratando gallardamente de remontar el vuelo.

Ásperos silbidos sonaron en la margen opuesta, y la silva que rodeaba la casa los repitió. El sonido no molestó a Randall ni a Shatro, así que actué como si tampoco yo me hubiera sorprendido.

Randall llamó, y nadie respondió. Le indicó a Shatro que nos acercara más. Nos aproximamos a la orilla, junto al claro.

—Giorgios ha recorrido este río durante años —dijo Randall—. Lo conoce mejor que nadie. Si alguien busca un guía, como Janos Strik...

No concluyó la frase. Bajamos del bote y caminamos orilla arriba, escuchando el eco de los silbidos que resonaban en las profundidades de la silva. Larisa permaneció bajo el toldo que Randall le había preparado, mirándonos como un animalillo

asustado. Randall y Shatro rodearon la casa. Randall llamó a Giorgios sin recibir respuesta.

Randall entró en la casa. Soltó una maldición, se echó a reír. Un vástago del tamaño de un gato, un cuerpo rojo y tubular con tres patas largas y delgadas, entró por la puerta con lenta dignidad, movió lo que parecía ser la cabeza hacia la costa y el bote, y regresó a la jungla.

Randall salió de la casa sacudiendo la cabeza.

—Hace días que se ha ido. Liz comienza a invadir la casa.

Subió a la lancha. Shatro y yo la alejamos de la orilla y también subimos. Randall cogió el timón y nos llevó hacia el centro del río.

Cabeceó como siguiendo el ritmo de una melodía interior.

—Si se hubiera ido voluntariamente, habría cerrado la casa. Nunca la dejó abierta para que entraran los patilargos. Es muy conocido en el río. Todos saben que es el mejor guía.

—¡Se lo llevaron! —exclamó Larisa. Su voz reverberó en el río y provocó más silbidos en las orillas.

—Si son listos, tal vez lo hicieron —dijo Randall.

Shatro se sentó a proa. No decía nada, pero escrutaba el río continuamente.

A doce kilómetros de Calcuta, las orillas del Terra Nova fueron elevándose y estrechándose hasta formar una garganta de sólo cincuenta metros de anchura. La lancha se deslizaba por la garganta con asombrosa celeridad. Randall cogió el timón, y esquivamos las escasas rocas y los rápidos y anchos remolinos sin contratiempos.

Grandes quitasoles rosados se agitaban como manos en los bordes de la garganta. Trepadoras negras y azules colgaban de las verticales y húmedas paredes, palpitando mientras bombeaban agua del río hacia la silva de más arriba. Al cabo de varios kilómetros, la altura de las paredes volvió a disminuir y atravesamos una campiña baja y llana, poblada de tupidos doseles de lizbú y de árboles-catedral, presentes en todas partes.

—¿Has visto heliófilas tan al sur? —me preguntó Randall.

Como guardábamos silencio desde que habíamos dejado la cabaña desierta, él quería combatir nuestro abatimiento. Yo no sabía qué eran las heliófilas, así que negué con la cabeza.

»Algunos años viajan al sur de Claro de Luna, pero no las he visto recientemente. Creo que tienen una nueva función en el plan de Liz. Te habrás alimentado de dióspuros.

—Me ayudaron mucho a sobrevivir —dije. Los dióspuros, dulces y carnosos, que puestos en remojo y cocidos eran comestibles, contenían gran cantidad de proteínas y azúcares aprovechables, y se contaban entre los primeros fítidos que se habían podido

utilizar como alimento. Si Randall me ponía a prueba, pronto me vería en aprietos.

—¿Viste sombreros blancos alimentándose de dióspuros?

—No. Los vi chupando lizbúes.

—Es su costumbre tan al norte. Al sur de aquí, donde no hemos acabado con ellos, prefieren los dióspuros.

Randall quedó satisfecho con esto, y guardó silencio los siguientes kilómetros.

El sol me entibiaba agradablemente la mano que apoyaba en la borda. Casi siempre el cielo estaba velado por nubes delgadas de cristal de hielo, que transformaban el caliente disco solar en una perla incandescente. Me recosté, cerrando los ojos ante aquel resplandor lechoso. Algo me agarrotaba los músculos del cuello. La tensión, supuse. No recordaba haber estado tan tenso desde hacía años. Los implantes y suplementos a los que había renunciado por esta misión habían calmado muchas reacciones básicas de mi cuerpo. Era como si experimentara una nueva clase de existencia, o al menos una existencia largo tiempo olvidada.

Mi visión se oscureció y me adormilé, también una experiencia nueva.

Desperté sobresaltado y levanté la cabeza, pestañeando ante la sombra que se erguía sobre mí.

Shatro me dio una lata con bizcochos.

—Dentro de una hora llegaremos a Calcuta —murmuró.

El río se ensanchó y la corriente perdió velocidad. Larisa salió de debajo del toldo y se sentó lejos de mí, mirando más allá del bote, frunciendo los labios y levantando las cejas con expresión atónita. En Thistledown, su familia la habría sometido a un refresco mental. Hasta los divaricatos reconocían el desvarío mental.

Randall se reunió conmigo. Traía sus propios bizcochos.

—Entonces no has oído muchas noticias recientes.

Me agradaba Randall, me parecía buena persona, pero no tenía ganas de conversar. Necesitaba estudiar más, para que no me pillaran por culpa de errores estúpidos.

—Así es —dije—. Me disculpo por mi ignorancia.

Él sonrió y sacudió la cabeza.

—La situación política ha cambiado desde que te fuiste de... ¿Calcuta?

—Calcuta.

—Pasaste por Claro de Luna.

—Al ir río arriba, sí.

—Brion envió sus perros para saquear la costa norte el año pasado. Atacaron siete aldeas y robaron todo lo que pudieron, niños incluidos.

—¿Por qué se llevan a los niños? —preguntó Shatro—. No lo entiendo. Una comunidad hambrienta robando niños.

—Ya no deben tener hambre, a juzgar por los rumores. Ahora no hablamos

mucho con Naderville —dijo Randall—. En Naderville alguien debió hacer cálculos y comprendió que en la próxima generación los superaremos en población e influencia. Sus mujeres están agotadas y no pueden hacer funcionar sus máquinas de bebés. Robar niños en poblaciones pequeñas como la nuestra tiene sentido, si puedes alimentarlos y criarlos.

Yo no había oído hablar de las máquinas de bebés. Los apuntes de Nkwanno tampoco las mencionaban. Los divaricatos no creían en la gestación y el nacimiento ex útero.

—¿Nadie se resistió? —pregunté.

Randall me evaluó con la mirada.

—Lenk no tiene estómago para la guerra. Creo que espera que Naderville simplemente desaparezca. Pero se fortalecieron mucho el año pasado. Cuando se comunican con nosotros, denuncian públicamente al general Beys, pero aun así él entrega sus mercancías en Naderville.

Guardamos silencio un instante.

—¿Tienes dónde alojarte en Calcuta? —preguntó Randall.

—Un hospicio. No tengo dinero.

—No es preciso que te alojes en un hospicio. ¿Por qué no te quedas con mi familia mientras esperas para testificar? Tal vez un par de días.

—Gracias. No estoy muy presentable. He pasado mucho tiempo a solas.

—Nosotros hemos pasado estas dos semanas en el Terra Nova. Sin duda has visto cosas interesantes, aunque no sepas cómo interpretarlas. En este planeta escasean los investigadores, y no podemos permitirnos el lujo de no conversar.

A seis kilómetros de Calcuta, el terreno cambiaba abruptamente. La tierra se volvía desigual y escabrosa. La silva raleaba, y los árboles-catedral y algunos lizbúes eran hitos en una ondulante moqueta púrpura y azul. Cerros de granito gris se elevaban al oeste, coronados por fítidos tupidos y violáceos.

—Mira el color de los cerros esta primavera —dijo Randall—. El más vivo que he visto en muchos años. Me pregunto si Liz no habrá cambiado un par de especificaciones.

Shatro examinó los cerros con unos prismáticos. Notó mi interés y me los prestó. Miré los cerros, un bosquecillo de lizbú que había a doscientos metros de la orilla, y vi un grupo de limpiadores de dos cuellos trabajando en los quitasoles y abanicos de los arbóridos. Sus cabezas sin ojos iban de hoja en hoja con movimientos lentos y seguros que me recordaban tanto los dinosaurios como los diminutos tardígrados. Le devolví los prismáticos a Shatro.

—Ser Randall y yo encontramos siete variedades más de lizbú, cada una especializada en determinadas condiciones minerales —dijo Shatro—. Hemos medido la producción de oxígeno en la silva profunda.

—Impresionante —dije.

—Elemental, de hecho —dijo Randall—. Lenk nos encargó que verificáramos si Liz no se prepara para otro flujo. La silva no es una fuente importante de oxígeno. Más aún, su producción es desdeñable. La mayor parte viene de los mares que bañan la costa. Por disociación del agua, suponemos, aunque no lo sabemos. Pero los niveles de oxígeno de la silva podrían indicar cambios en la mezcla de vástagos. Es un trabajo importante, pero tedioso.

Empecé a preguntarme hasta cuándo podría mantener una conversación, como huésped en casa de Randall, sin desenmascaramme.

Me pregunté cuándo regresarían los brionistas a Claro de Luna para afianzar su posición. ¿El disciplinario y los ciudadanos de Calcuta se les opondrían? Traté de imaginar a Brion, a quien Redhill no mencionaba. Un tiranuelo ambicioso, supuse, vestido con un uniforme ridículo.

Shatro apagó el motor y la lancha avanzó con la corriente. En la brisa flotaban aromas poco comunes: zumo de tomate, jengibre.

Desde el sur, río arriba, oí el gemido de más motores. Tres grandes chalanas nos alcanzaban. Aferrando un bizcocho a medio comer, Randall fue a popa para observarlas. Disgustado, aplastó el bizcocho y lo arrojó entre los bancos.

—Aquí vienen esos desgraciados hijos de perra —gruñó.

Pronto las tres chalanas estuvieron a menos de cien metros. Hombres uniformados llenaban sus cubiertas, tal vez cien en total. Cada chalana medía quince metros de eslora y seis o siete de manga, y todas tenían la cubierta baja y una cabina lo suficientemente grande como para almacenar equipo agrícola y de otras clases. No había mujeres a la vista. Estarían en casa, pensé, criando más hijos para Brion.

Los hombres que rodeaban las cabinas eran morenos, a excepción de algunos negros y blancos: la típica mezcla de Thistledown. Usaban pantalones tostados y camisas blancas y holgadas. La mayoría empuñaba grandes rifles. Algunos sonrieron y murmuraron mientras las chalanas pasaban frente a la lancha. Los demás callaban y nos miraban, rifle en mano.

—¿Qué sabéis sobre una aldea que hay río arriba llamada Claro de Luna? —preguntó Randall, y se ruborizó al no recibir respuesta.

Larisa se ocultó bajo el toldo y se recostó, cubriéndose el rostro con las manos.

Reinaba cierta inquietud en las chalanas. Estábamos muy cerca. Podían matarnos a todos si querían.

—¿Qué hay de un ciudadano llamado Giorgios? Kimon Giorgios.

Las chalanas continuaron su marcha. Los hombres que iban a popa nos miraron con indiferencia.

—¿Dónde está el resto de vosotros? —gritó Randall, a mi juicio imprudentemente.

Nos quedamos aguardando una respuesta, pero nadie respondió con palabras. En cambio, los hombres de las chalanas alzaron los rifles y apuntaron justo encima de nuestras cabezas, sonriendo detrás de los relucientes cañones negros. Un grito estridente salió de las chalanas. Los hombres alzaron las manos y los rifles y cantaron de nuevo. Sus voces resonaron en los lindes de la silva. El gemido eléctrico de las chalanas sonaba a mofa añadida.

—Pasarán por Calcuta a plena luz del día, y delante de nosotros —dijo Shatro.

—Estamos seis kilómetros al sur de Calcuta —dijo Randall—. Y ni siquiera nos dirigen la palabra. Un desprecio total. Hijos de perra.

La silva volvía a ser exuberante; lizbúes orlados de vainas se apiñaban en ambos márgenes. En la orilla norte, una reluciente playa de arena negra bordeaba la silva. Unos excursionistas comían tranquilamente, mirándonos. Los hombres saludaron cortésmente. Quizá también hubieran saludado a las chalanas. No parecían preocupados. Tres niños desnudos chapoteaban en el río, y sus gritos melódicos se elevaban por encima del ruido líquido del agua que lamía el casco. Me pregunté si habrían escondido a los niños al paso de las chalanas.

Todos parecían tranquilos, despreocupados.

Bajé una mano y me mojé los dedos. El agua estaba fría, pero no helada. Antes de que pudiera reaccionar, una criatura plateada del tamaño de una trucha surgió de las profundidades y me clavó algo afilado en el pulgar. Con un grito de sobresalto, alcé la mano, me sorbí una gota de sangre y me enjuagué el pulgar en los calcetines oscuros. Una mordedura, nada más. Nadie lo había notado. También el río me conoce ahora, pensé.

El cielo brillaba como plata bruñida en el cenit, y sólo era azul por encima del horizonte. Río abajo, aparecieron edificios en nuevos claros, rodeados de lizbúes: cobertizos para embarcaciones, una pequeña fábrica de cuya chimenea salía una delgada voluta de humo negro, hombres en delantal negro moviéndose por un claro, cargando carretas. Vi pocos tractores, y naturalmente no había caballos ni bueyes. Los del grupo de Lenk no se habían llevado animales.

Una pequeña granja se recostaba entre muros de lizbú como un sello marrón sobre rojo y negro. Silos, pero no establos. Fuera de lugar, decía mi mente, pero encantador, entrañablemente familiar, aunque yo nunca había visto nada semejante. Me imaginé parcelas cultivadas —cereales y hortalizas, estanques de biomasa— tierra adentro, lejos del río, tal vez desperdigadas entre las mesetas bajas del noreste de Calcuta, como describía Redhill: intrusiones humanas que Liz aparentemente toleraba. Al pasar frente a la granja, un joven con ropa azul y marrón —un mono de

corte antiguo— caminó hasta un muelle y nos saludó con la mano. Randall y Shatro devolvieron el saludo.

—Hay una recepción río abajo, más allá de Calcuta —gritó el joven, con voz cascada de entusiasmo—. Yo atracaría y esperaría.

—¿Qué clase de recepción? —preguntó Randall.

—Ya he dicho suficiente. Podéis ser espías.

Randall sacudió la cabeza y le agradeció la ambigua advertencia con un gesto, pero no atracamos.

—¿Recepción? —preguntó nerviosamente Shatro.

—Creo que quiere decir que en Calcuta no dejarán pasar esas chalanas —dijo Randall.

—¿Qué pueden hacer?

—Me gustaría averiguarlo.

Shatro iba a hacer una objeción, pero optó por callarse y agachar la cabeza. Randall permaneció en la proa, mirando río abajo. Todos escuchábamos. Larisa gemía bajo el toldo.

—Deberíamos dejar a esa mujer en tierra —dijo Shatro.

Randall no pareció oírle.

—Tal vez ser Olmy también desee bajar —añadió Shatro.

Sacudí la cabeza. Sentía tanta curiosidad como Randall por saber qué clase de respuesta organizaría la ciudad.

Río abajo sonaron estampidos. Todos nos sobresaltamos.

Randall le dijo a Shatro que redujera la velocidad del motor, para que la corriente nos arrastrase más despacio. Una isla cubierta de lizbúes negros dividía en dos el Terra Nova medio kilómetro más adelante.

—Allí es donde yo lo haría —dijo Randall—. Pero, ¿hacia qué lado? ¿Izquierda o derecha?

—Yo llevaría mis chalanas por ambos lados —dije.

—Ambos lados son profundos. Pero el mejor lado es el este, a la izquierda. Es el más ancho. Un piloto perezoso y confiado iría a la izquierda. Y allí es donde yo apostaría mis piquetes y tendería mi emboscada. Los brionistas son arrogantes, ser Olmy. Creen saber más que nosotros. Creen que nos hemos convertido en ovejas.

Más disparos, luego una serie de tabletees, gritos frenéticos, una detonación. Una humareda se elevó sobre los árboles.

—A la izquierda —gritó Randall, y Shatro movió el timón para pasar por el este de la isla.

En la silva de la orilla izquierda, hombres y mujeres miraban río abajo, hablando. Algunos gesticulaban y sonreían como tontos al vernos pasar. Otros gritaban advertencias.

—¡Hay una emboscada allí delante! ¡Regresad!

Randall los ignoró. Shatro estaba cada vez más alarmado, y tenía el rostro pálido perlado de sudor. Miró hacia delante con ojos atemorizados.

Rodeamos un bosquecillo de lizbúes que cubría un estrecho banco de arena. Randall aumentó la velocidad. A menos de un kilómetro por hora, nos aproximábamos a las tres chalanas brionistas. Habían tendido redes y cuerdas sobre el río y las chalanas estaban atascadas. Algunos hombres habían caído al agua y nadaban en torno a las embarcaciones, flotando en la corriente. Un hombre colgaba de una cuerda, los pies en el río, muerto. Desde la orilla este les disparaban hombres protegidos por las chozas y los troncos de lizbú. Los tripulantes de las chalanas respondían al fuego, pero estaban expuestos, e iban cayendo al agua uno tras otro. Los alaridos llenaban el aire.

Desde la costa llegaron gritos de guerra y más disparos. Una bomba chisporroteante voló sobre el río, rebotó en la cubierta de la chalana que estaba más a la izquierda, cayó al agua y estalló levantando un penacho de espuma. Otra aterrizó en la cabina, rodó a estribor, explotó arrojando una nube de astillas. Una tercera cayó en la chalana del centro y un hombre la cogió para arrojarla lejos. Le estalló en la mano y le arrancó el brazo y la cabeza. En la costa saludaron este espectáculo con gritos de horror y ovaciones, y hubo más ovaciones cuando el cuerpo decapitado se desplomó.

Sentí una mórbida excitación. Tenía el estómago tenso, y las manos sudadas. Olí la pólvora, las llamas y algo más. Supuse que era sangre. Ante la idea de aspirar el vapor de la sangre de otro, sentí un escalofrío en la piel, un nudo en la garganta, una asfixia.

Las tres chalanas estaban atrapadas. Ahora los tripulantes intentaban rendirse, y algunos alzaban las manos y arrojaban las armas al agua.

—¡Sin cuartel! —gritó alguien en la costa, sin duda un estudiante de historia. Los disparos continuaron, pero eran menos. La chalana de la derecha estaba anegada y escoraba. Oímos otros sonidos apagados, como gritos de animales atrapados. Randall se irguió, frunciendo el ceño.

—Por el Hado y el Hálito —exclamó—. En esa embarcación hay prisioneros.

Caminó a popa, le arrebató el timón a Shatro, hizo virar la lancha y nos llevó a toda velocidad río abajo, enfilando hacia el combate. Shatro retrocedió hacia el centro de la barca.

—¿Adonde vamos? —preguntó.

—Esa embarcación se está hundiendo —dijo Randall.

Shatro se sentó junto a Larisa, que miraba hacia delante como una muñeca, muerta de miedo.

Los gritos procedentes de la chalana se intensificaron. Algunas balas silbaron

cerca de nosotros hasta que en las orillas unas voces dieron aviso de que no éramos brionistas. El río se arremolinaba detrás de las chalanas, a quince metros, y comenzamos a girar en una turbulencia. Randall aprovechó la turbulencia para tomar hacia la derecha. En la chalana de aquel lado, escorada a estribor, de pronto se abrieron las escotillas de la cabina, como en una erupción. Cabezas, brazos y piernas salieron a cubierta. Niños, noté, una veintena de ellos.

No pude contener un grito; Randall cabeceó sombríamente, dos lágrimas le caían por las mejillas. Los niños saltaron al agua desde la cubierta inclinada. Un hombre que llevaba a dos bebés perdió el equilibrio y también cayó. Por un instante sostuvo a los bebés, luego los soltó y nadó para salvarse.

Pensé en hormigas cayendo de una hoja a la deriva.

El agua estaba llena de cabezas. Algunas eran de soldados brionistas, pero la mayoría eran de niños de todas las edades. Nuestra lancha avanzó entre ellos y de inmediato Shatro y yo procuramos aferrar brazos, piernas, cabezas, subiendo niños al bote, cinco, seis, ocho, nueve, perdí la cuenta. Larisa permaneció en su asiento, mirando a izquierda y derecha como un juguete mecánico. Una niña de pelo húmedo se abalanzó hacia ella, gritando «¡Te conozco, te conozco!» y tratando de abrazarla. Larisa la apartó con atemorizada repulsión.

Más embarcaciones se aproximaban. Chalupas, queches, canoas. El río se llenó de embarcaciones.

Un soldado de la chalana apuntó y disparó contra los grupos de rescate. Como en un sueño, le vi apuntar, disparar. Me volví para ver un chapoteo junto a un bote cuando un hombre gritó, se aferró el pecho y cayó hacia atrás. El soldado tenía una expresión indiferente, serena. Lo miré durante lo que me parecieron minutos pero que sólo pudieron ser segundos.

Randall rescató un cuerpecito del agua y me lo entregó. Yo lo apoyé en el banco e inicié la respiración boca a boca. Era un chiquillo. Tenía la piel tibia y los ojos abiertos. Temí que ya hubiera muerto, pero tras insuflarle unas bocanadas abrió los ojos, expulsó agua y vomitó, y se puso a respirar, y luego a gritar y patear. Escupí para quitarme el agrio gusto del vómito de la boca y encomendé el niño a otro mayor, que lo sentó en sus rodillas esqueléticas.

Shatro me entregó otro niño, y otro, y vimos que nuestra lancha estaba repleta y corría peligro de volcarse. Habíamos dejado atrás las chalanas. Algunos hombres todavía permanecían en cubierta, pero la mayoría se habían refugiado en las cabinas.

El soldado del rifle había caído y yacía sobre la borda; manaba sangre de su cabeza destrozada.

Aún sonaban algunos disparos, en las chalanas y en la costa, pero los niños constituían la principal preocupación de la mayoría de los ciudadanos.

Randall entregó el timón a Shatro y le gritó a Larisa que ayudara a calmar a los

niños. Ella no se movió. La lancha llevaba unos veinticinco niños, los menores de sólo dos años, los mayores de doce o trece, todos aterrados, pálidos de espanto. Un chiquillo estaba tendido en cubierta con la mirada vacía de los muertos. La lancha olía a miedo, orina y vómito.

—Dirígete hacia la costa —le dijo Randall a Shatro—. Olmy, ayúdame a llevar a estos niños a babor... a la izquierda.

Le ayudé, empujando a los niños si estaban demasiado aturcidos o atemorizados para reaccionar.

La lancha llegó a una playa de arena negra, y casi me derribó. Una niña alta y delgada cayó al agua y alcanzó por su cuenta la costa, el cabello chorreando agua y arena, en el rostro la ceñuda determinación de salvar el pellejo y alejarse de aquella locura.

Tres mujeres y dos hombres salieron de la silva y nos ayudaron a bajar a los niños a tierra.

—¿De dónde son? —preguntó una matrona de cabello gris. Cogió a dos niños por los brazos. Uno pateó el agua y rompió a llorar.

—No sé —respondió Shatro.

—Tal vez de Claro de Luna —sugirió Randall.

¿En cuántas aldeas habían robado niños?

Un hombre que llevaba pantalones marrones y camisa blanca nadó hacia la playa y se quedó en la orilla. Nos miró, vio que estábamos ocupados atendiendo a los niños y trató de correr hacia la silva, pero dos jóvenes con porras lo detuvieron.

—¿Quién eres? —preguntó uno.

—Me rindo —jadeó el hombre.

Se lo llevaron, dándole puñetazos en el hombro y en la espalda.

Llevaron a los niños a la silva; la lancha cabeceaba suavemente ahora que llevaba menos carga, y comenzó a alejarse de la playa. A bordo quedaba un niño de cinco o seis años. Aferraba la borda con ambas manos y me miraba por encima del hombro.

—Mi nombre es Daniel Harrin —dijo—. Mi familia ha muerto. ¿Adonde voy?

De nuestra carga sólo quedaban él y el niño muerto. Me senté a su lado y le apoyé el brazo en el hombro.

—Te encontraremos un sitio, Daniel —dije.

Larisa había logrado llegar a la costa; se acuclilló en la arena, inútil como siempre. Sentí por ella una mezcla de odio y piedad. Cuántas emociones primitivas en una hora. Estaba agotado.

Randall aseguró la lancha con amarras y un ancla, y se quedó junto a nosotros, mirándonos al niño y a mí.

—¿Cómo hemos llegado a esto? —preguntó.

4

Calcuta se erguía sobre las lomas y caletas de la costa oeste como un magnífico castillo de naipes, más encantadora de lo que yo esperaba. Muros blancos y amarillos sobresalían de la silva roja y negra. El sol del atardecer bruñía como oro blanco las azoteas de los edificios bajos, planos y angulosos. Los muros se fundían con las escaleras que descendían a los parques y almacenes de la ribera.

Mientras la lancha recorría las afueras de la ciudad —si se podía llamar ciudad, pues tenía menos de cinco mil habitantes— vi que la mayoría de los edificios eran de xyla pintada, probablemente de lizbú o árbol-catedral. Los cimientos y parapetos eran de cemento y granito. Vi poco acero y plástico. Anchas ventanas de vidrio miraban hacia el este y al río. Eso significaba que había hornos y manufacturas.

La lancha se cruzó con otras embarcaciones. Shatro y Randall iban a popa, Larisa debajo del toldo, y yo estaba sentado cerca de la proa. Nos habíamos deshecho del niño muerto, y habíamos limpiado el fondo de la lancha con cubos de agua y trapos.

No podía quitarme los ruidos y olores de la cabeza. El vómito del niño que había reanimado me manchaba la camisa y los pantalones. Una parte de mí aún veía y analizaba, pero el centro de mis pensamientos era un aturdimiento gris. Aún no podía dormirme, pero quería dormir. A lo sumo podía permanecer sentado mirando el vacío, tratando de no recordar con demasiada claridad.

Nunca había sentido un instinto paternal fuerte hasta que vi a los niños en el agua. Ahora, debajo de mi aturdimiento, como relámpagos detrás de las nubes, había fogonazos de horror y amor incondicional por los niños, y un odio animal, el afán de estrangular a los brionistas.

Tendría que esforzarme para conservar la objetividad. Mi misión era estudiar Lamarckia, no liarme en los problemas políticos de los inmigrantes.

El edificio más alto se elevaba sobre una loma en el centro de la ciudad; cuatro pisos redondos, excéntricos respecto de un eje central, bajo techos de pagoda, y porches que me parecieron atractivos aunque antiguos. Frank Lloyd Wright, Richard Neutra, un toque del Tibet, Shangri-la, pensé tratando de recordar fragmentos de la historia del arte terrícola que había estudiado antes de que me extrajeran todos mis suplementos de memoria.

La información perdida me molestaba. Me estremecí al tropezar con una laguna en mis conocimientos personales, basados en una memoria que ya no era accesible, como una muela arrancada. Odiaba esa sensación. Me sentía disminuido, inepto. Me restaba confianza. ¿Y si me topaba con una laguna durante una emergencia?

Pero nada de esto tenía importancia frente a lo que acabábamos de experimentar.

La lancha entró en el amarradero protegido del muelle municipal. Mientras Shatro aseguraba las amarras, bajé de la embarcación e inspiré profundamente. Al volverme

me encontré con la mirada de Randall. Sonrió con expresión lobuna.

—Hemos hecho un bien allá atrás —dijo—. Mañana iremos al tribunal para informar de que estás aquí. Esta noche puedes alojarte con mi familia.

Larisa salió de debajo del toldo, rígida de orgullo, o tal vez de agotamiento. Apenas nos miraba.

—Tengo familia aquí —dijo—. No necesito ayuda.

—Thomas quiere que vayas al tribunal —le recordó Randall.

Ella asintió.

—Allí estaré. —Me miró ceñuda, con un rostro lleno de odio—. No necesito tu ayuda.

Caminamos por el centro de Calcuta hasta la casa de Randall. Shatro se despidió y se fue a la suya. No estaba vinculado, según me explicó Randall, y vivía con un hombre y una mujer de edad en el barrio de Karpos.

—Allí cultivan fruta. Las peras y manzanas crecen bien si uno tritura los quitasoles de lizbú para usarlos como fertilizante; contienen los nutrientes naturales más adecuados para esos árboles. Es un cultivo de lujo, pero eso no es un inconveniente.

El tribunal, centro de los procedimientos judiciales del distrito, se erguía a la sombra de la elegante torre de la loma más alta de Calcuta. Subimos por una tortuosa escalinata bordeada de casas y comercios. La torre, me explicó Randall, era el Cubo de Lenk, sede del gobierno del distrito y residencia de Lenk cuando escogía visitar Calcuta.

—Es una residencia muy austera para un hombre tan magnífico —dijo Randall.

—¿Le conoces? —pregunté.

—A través del capitán Keyser-Bach.

Los anchos escalones estaban envueltos en las sombras de la tarde, doradas bajo el cielo plateado. La ciudad olía a comida, a pan y levadura y melaza, a la polvareda que levantaban los carros en la atareada calle, a naranjas, tomates y especias de la silva. Niños de varias edades, vestidos con pantalones rojos y chalecos blancos con franjas verdes verticales, corrían riendo y gritando por la escalinata cuidados por un joven risueño, sin duda el esposo menor de una tríada. Por lo demás, las calles eran apacibles, los ciudadanos corteses, los trajes discretos —en general marrones, grises o verdes, aunque todos con el toque de color de una bufanda, una faja o un cinturón—, solemnes dentro de la alegría de vivir. Estas tradiciones sí que se habían conservado en Lamarckia.

Me aliviaba que no todo se hubiera hundido en el caos. Después de todo lo que había oído decir sobre hambrunas y penurias, me sorprendió que Calcuta tuviera un aspecto tan próspero y que sus habitantes estuvieran tan bien alimentados.

Al final de la escalera, desde un patio sombrío donde había un único árbol terrícola —un fresno, pensé, de ramas desnudas y no demasiado sano—, entramos en un callejón estrecho. Las casas de ambos lados eran de lava rojiza unida por argamasa gris. Una puerta similar a las demás se abrió con un crujido respondiendo a un empujón de Randall, y entramos en una penumbra fresca.

—¿Randall? —preguntó una mujer—. Erwin, ¿eres tú?

—Soy yo —dijo Randall, sonriendo tímidamente—. Es mi esposa, Raytha. La cabeza de familia. Aquí yo soy un añadido infrecuente.

La familia de Randall se componía de siete personas: cuatro hijos de dos a doce años de edad, dos niñas menores y dos varones mayores, que lo perseguían con sonrisas y ojos vivaces; su esposa Raytha, una bonita y regordeta mujer de la misma edad que él, y la madre de ella, Kaytai Kim-Jastro. Ser Kim-Jastro era alta e imponente, y no abrazó a Randall, sino que le estrechó la mano y le dio la bienvenida con profunda gravedad.

Los niños se reunieron alrededor de mí cuando terminaron de saludar a su padre. Me preguntaron de dónde era, si estaba casado, si tenía hijos, por qué su padre me había llevado a su casa. Randall respondió a esta última pregunta.

—Es un investigador y es nuestro huésped. No está acostumbrado a tener compañía, así que por favor dejadlo en paz hasta después de la cena.

Los dos niños mayores se quedaron para escuchar las anécdotas de Randall, pero las niñas se fueron con la madre y la abuela a otra habitación. Oí otras voces en esa habitación: una cocina comunitaria. Hoy cocinaban hombres de otra familia de la triada.

—Platos sencillos —dijo Raytha, recorriendo el pasillo seguida por las niñas—. Pero es comida.

—Más píscidos grises y pasta vegetal —dijo Randall cuando ella se marchó, con una sonrisa cómplice.

Me condujo a una habitación que, según dijo, le pertenecía, pero no opuso objeciones cuando los niños lo siguieron. El cuarto tenía una ventana alta que daba al exterior, por donde entraba una fresca brisa nocturna.

Un pequeño farol eléctrico colgado en un rincón arrojaba una luz amarillenta sobre estantes abarrotados de libros toscamente encuadernados.

—Padre, ¿qué sucedió en el río? —preguntó el niño mayor mientras nos acomodábamos en sillas de fibra tejida—. Hoy el maestro dejó que nos fuéramos temprano y se marchó al río... Dijo que se reuniría con un comité.

—Hubo un combate —dijo Randall, con arrugas en el rostro. No le gustaba describir la escena a sus hijos.

—¿Murió alguien? —preguntó el hijo menor.

Me recordaba al niño a quien yo había salvado haciéndole el boca a boca. Sus ojos revelaban un intenso interés. Sentí un nudo en el estómago al recordar mi amor y mi odio.

—Muchos murieron, sobre todo piratas —dijo Randall. No mencionó a los niños de las chalanas.

Una campana sonó cerca de la puerta de la calle y Randall fue a abrir. Regresó tras mantener una conversación de varios minutos, en la que los niños permanecieron conmigo en la habitación, mordiéndose el labio y buscando mutuo apoyo pero sin decir nada.

—Un representante de la junta de ciudadanos me daba la bienvenida —añadió Randall—. Thomas habló por radio desde río arriba. Nos esperan mañana.

—¿Más noticias? —preguntó el hijo mayor.

—Ser Olmy, permíteme presentarte a estos niños parlanchines —dijo Randall, palmeándoles la cabeza—. Éste es Nebulón, y éste es Cari. Cari es un año y medio menor que su hermano.

—Yo le causé problemas de salud a mi madre —dijo Cari—. Por eso nuestras hermanas son tan pequeñas.

—Hay más noticias, sí —dijo Randall, agotado—. Id a ayudar a vuestra madre y vuestra abuela. Os lo contaré más tarde.

—¡Ahora! —insistió Cari, pero Randall los echó amablemente de la habitación y corrió las cortinas cuando se fueron.

—Había treinta y siete niños en esa chalana —dijo Randall—. Treinta se salvaron. La mayoría estaba en nuestra lancha. Doce brionistas murieron y veinte resultaron heridos. Hay sesenta prisioneros. Nadie sabe qué hacer con ellos. Tal vez los envíen a Athenai para que Lenk decida. No podemos mantenerlos aquí. —Suspiró, alzó los brazos—. Perdón, actúo como si fuéramos viejos amigos.

—Hemos compartido muchas cosas —dije.

—Pero no te conozco. Eso es raro por estos lares. La mayoría de la gente del Terra Nova se conoce.

—He pasado casi toda mi vida en soledad.

—¿Porque tu familia fue proscrita?

Fingí ignorar esto, y Randall entendió que había tocado un tema delicado.

—Demostraste gran valentía en el río. Aún más que Shatro. Pareces acostumbrado a estos episodios.

—No lo estoy —dije con franqueza—. Y no lo llamaría valentía.

Randall murmuró algo y se sentó en su silla, estirando las piernas en aquella habitación pequeña, estrecha, parda y sombría.

—Aun así me impresionaste, ¿Qué perspectivas tienes, qué otros planes, si puedo continuar con este ingrato interrogatorio?

—Debo llegar a Athenai en algún momento.

—¿Cuándo?

—No estoy seguro.

—Te lo pregunto porque mi socio, el capitán Keyser-Bach... —Hizo una pausa para ver cómo reaccionaba yo al oír ese nombre. Fruncí los labios y abrí los ojos, y eso pareció satisfacerlo—. El capitán y yo estamos a punto de emprender un ambicioso viaje por mar. Hemos superado muchas dificultades e inconvenientes para conseguir financiarlo, para que fuese aprobado y para encontrar a la gente adecuada.

Noté que mencionaba al capitán Keyser-Bach para impresionarme, pero yo no sabía nada sobre su persona, aunque ya se había referido a él antes. Decidí comportarme como si me sintiera halagado.

—¿Un viaje adonde? —pregunté.

—Una circunnavegación. Esperamos terminar la travesía que Jiddermeyer, Baker y Shulago no pudieron completar. Primero iremos a Jakarta, luego a la estación Wallace para recoger a ser Mansur Salap y a otros investigadores. Luego viajaremos hacia el noreste por el mar de Darwin hasta la isla de Martha. Eso es sólo el comienzo. Una circunnavegación, de este a oeste. Terminaremos en Athenai, pero podemos tardar tres años.

Sentí una opresión en el pecho.

—Es un viaje ambicioso —dije—. ¿Una expedición científica?

Randall hizo una mueca, y demasiado tarde comprendí mi error.

—El capitán usa esa palabra con demasiada frecuencia, y ante quien no debe —dijo—. Para nosotros se trata de una investigación, y nos consideramos investigadores. Pero a fin de cuentas es lo mismo. Ya hemos estudiado bastante Liz. Es un ecos maravilloso, apacible y maternal una vez que se conocen sus costumbres, pero es un poco insípido y uniforme para nuestro gusto. Es hora de establecer comparaciones y llegar a conclusiones generales. De lo contrario, según creemos el capitán y yo, Lamarckia nos matará con el tiempo. —Bajó la voz—. Vinimos aquí en la ignorancia y mal preparados, y hemos tardado décadas en empezar a salir de ese agujero.

Me miró con ojos líquidos, grandes y penetrantes.

—¿A quién presentaréis vuestro informe al final del viaje? —pregunté.

—Al mismísimo Hábil Lenk.

Me miré las manos, demasiado fatigado y aturdido para comprender mi buena fortuna. Ry Ornis me había puesto en un lugar realmente interesante.

—Si esto concuerda con tus planes, puedes hablar con el capitán, y contarás con mi respaldo. Pero no es preciso que respondas de inmediato. Ambos necesitamos descansar. Y mañana debes prestar declaración.

—El ofrecimiento es sumamente interesante.

—Por ahora con eso basta —dijo Randall, alzando las manos—. Debemos lavarnos para la cena. Nos merecemos una buena comida y unas copas de vino.

Me enjuagué la cara con el agua de un cuenco de cerámica en un baño estrecho. Recordaba claramente al soldado brionista que apuntaba cuidadosamente a los que acudían al rescate en canoas y chalupas. Su expresión me obsesionaba aún más que su muerte, de la cual no fui testigo. Parecía feliz de matar gente, aun a personas que no pretendían atacarlo. Cerraba un ojo y apuntaba aquel rifle lamentable como si fuera el arma más potente del universo.

Y para la gente que mató, lo era.

Pero yo había visto armas que podían devastar un millón de hectáreas y reducir la materia a plasma violáceo.

Miré el espejo sin marco de la pared y me pregunté por qué se me había ocurrido esa reflexión. El soldado se había convertido en herramienta, y se alegraba de ser una herramienta. No se preguntaba si estaba bien o mal disparar contra hombres y mujeres que trataban de salvar niños que él había secuestrado.

Me pregunté si no habría un poco de él en mí. ¿Qué haría yo con esa furia, ese deseo de estrangular a ese hombre, de ver cómo esos ojos satisfechos perdían el brillo como los ojos del niño que yacía en la cubierta de la lancha?

—No es asunto tuyo —le susurré a mi reflejo; pelo negro, ojos penetrantes, nariz afilada, grandes labios que aun a mí me parecían un poco insolentes—. Sólo aprende lo que puedas, consigue la clavícula, regresa a casa.

Los ocho estábamos sentados a una larga mesa de lizbú donde nos servíamos porciones de pasta vegetal y píscidos horneados procedentes del río. Eran criaturas grises y sin boca parecidas a peces, con una cola traslúcida y alechugada, tres ojos, y un cuerpo de veinte centímetros de longitud; todo proteínas viscosas, nutritivas pero insípidas. Diversas salsas preparadas con hierbas añadían sabor a una comida sosa.

Pronto tuve claro que ser Kaytai Kim-Jastro se consideraba la cabeza de esta rama de la tríada. Randall y su esposa la trataban con serena deferencia, y los niños hacían lo mismo, pero era evidente que nadie la trataba con el respeto que ella creía merecer. Cuando nos sentamos a la mesa, comió cogiendo la comida con melancólica dignidad, como una reina depuesta evocando festines pasados. Esto no parecía molestar a Raytha, ya que ese día no había cocinado; los platos procedían de la cocina comunitaria.

Se habló poco de lo sucedido en el río. Raytha se interesó por el viaje río arriba de su esposo y por sus descubrimientos. Randall le describió doce vástagos no catalogados.

—No son nuevos, pues no tienen las características de los prototipos o los ejemplares de prueba, pero nunca los hemos observado y registrado al mismo tiempo. Hicimos muchas mediciones del oxígeno. No hay indicios de flujo.

—¿El viaje valió la pena? —preguntó Raytha.

—Creo que sí. No tanto como el gran viaje, claro... pero ha sido un buen ejercicio.

—Mi esposo está inquieto si pasa en casa más de unos días por mes —me dijo Raytha jovialmente.

Randall sonrió e inclinó la cabeza, como demostrando modestia ante un cumplido.

—Mi esposa se inquieta si estoy aquí —respondió.

—Nos gusta que papá esté en casa —dijo Cari, el menor de los varones. Cari comía muy poco. La cara de los niños me resultaba fascinante. Las niñas, sobre todo, eran encantadoras, pequeñas imitaciones de las mujeres adultas, de voz susurrante y melodiosa. Los niños del río me habían afectado más de lo que creía.

—¿Por qué nos miras? —preguntó Sasti, la mayor de las niñas, al cabo de unos minutos.

—He estado tanto tiempo en la silva... —dije—. Allí no hay muchos rostros jóvenes y hermosos.

—Nuestros hijos son muy atractivos —dijo Raytha con orgullo—. No siempre bien educados, pero atractivos.

—Gracias, mamá —murmuró Sasti.

—¿Sería descortés preguntarte por tu trabajo? —me dijo Raytha.

—Se parece mucho al de ser Randall, pero lo he enfocado mal. A decir verdad, he perdido dos años.

Randall dirigió a Raytha una mirada de advertencia, y ella decidió preguntarme otras cosas.

—¿Y tus planes actuales?

—Necesito encontrar trabajo. Pensaba ir a Athenai.

La madre de Raytha sacudió la cabeza.

—Una ciudad engréida donde todos se inclinan ante Hábil Lenk. Vine aquí desde Athenai con mi hija cuando nacieron sus hijos, mi esposo sigue allí.

—Las opiniones de Kaytai son un poco contundentes —dijo Raytha—. Vivió demasiado tiempo cerca del trono.

—Sé amable —murmuró Randall—. Recuerda que hemos obtenido la financiación y la aprobación.

—Sí, el Buen Lenk tardó siete años en otorgártela —dijo Kaytai—. No temo a los espías. Sé que Lenk no los tolera, por lo pronto. No vivimos en un estado policial, y sé que se lo debemos a él. Además, ser Olmy no tiene aspecto de informador.

—No sabría con quién hablar —dije—. No sé mucho sobre la política de Athenai.

—Es una ciudad política, pero eso no es de extrañar —continuó Kaytai—. Pocos critican al Buen Lenk, aunque hay mucho que criticar. Si se hubieran hecho más críticas al principio, tal vez no habríamos pasado tantas penurias y tragedias.

—El cruce de la Vía fue muy difícil —dijo Raytha con mayor mesura—. Eso me han dicho, desde luego. Yo no había nacido.

—Háblanos más sobre Thistledown y la Vía, abuela —pidió Nebulón, pero ella lo ignoró.

—Yo era adulta —dijo Kaytai—. Debí saber en qué me metía. Pero la vida en Thistledown era un sueño de lujo y no estábamos preparados. Nadie sabía qué esperar. Y naturalmente no sabíamos que nos convertiríamos en máquinas de bebés.

De nuevo esa expresión.

—Es la ley de la naturaleza —dijo secamente Randall.

—Para los hombres es fácil decirlo —continuó Kaytai, entusiasmada con el tema—. Y para Lenk era fácil exigirlo de nosotras. Y dimos nuestro consentimiento. La idea de ser madres de una sociedad nueva y más limpia era emocionante y atractiva. ¿Pero qué ha sucedido hoy en el río...? ¿Eso ha sido limpio u honorable?

—Lo que hicieron los defensores ha sido honorable —intervino Raytha, encendida. Miró de soslayo a Randall, pero al parecer él estaba acostumbrado a su suegra y se empeñaba en no ofenderse.

—¿Tú viste sólo valentía y nada de necedad, ser Olmy? —preguntó Kaytai.

—Vi valentía y mucha necedad.

—Mucha necedad, eso es cierto. Necesitamos ser valientes con tanta necedad.

Guardó silencio un rato, y terminamos la cena en medio del parloteo de los niños.

Nebulón me describió Thistledown y la Vía, y Cari añadió detalles reveladores. Pensaban que era un lugar fabuloso, lleno de máquinas frías y gente que ya no tenía aspecto de gente.

Kaytai retomó la palabra mientras servían un té de hierbas.

—Recuerdo Thistledown. Aquí nadie más lo recuerda.

—Yo tenía tres años —dijo Randall—. No tengo recuerdos muy precisos.

—No era lo que describe Lenk, ni lo que inventan Cari y Nebulón. No era un lugar de corrupción ni de soberbia tecnológica. Era maravillosamente cómodo y satisfactorio. Yo no me daba cuenta entonces, era una joven idealista. Mi esposo era un devoto seguidor del Buen Lenk. Y yo creía todo lo que creía mi esposo. Y por él realicé el cruce. Tres hijos míos murieron durante los primeros tres años. Parí esos hijos con sufrimiento y dolor, y muñeron. En Thistledown el parto habría sido mucho más fácil, y no habrían muerto...

—Pagamos un alto precio —murmuró Raytha, bebiendo té—. Pero hemos ganado un bello mundo, un mundo joven.

Parecía avergonzada por las palabras de su madre, pero no quería interrumpirla. Me pregunté si le daría la razón... y si Randall le daría la razón. Me pregunté cuántos inmigrantes estaban resentidos a causa de las dificultades de las últimas décadas.

—¿Cuántos mundos habrá abierto la Vía a estas alturas? ¡Casi cuarenta años! Cada cual pudo hallar su propio paraíso.

Kaytai pensaba que en Thistledown el tiempo transcurría igual que allí.

—Pero odiábamos la tecnología. La temíamos. La temíamos tanto que no trajimos nada, ni siquiera las máquinas que habrían mantenido con vida a nuestros hijos. Todo recayó sobre las mujeres. Engendrar hijos y verlos morir. Todos olvidamos las viejas costumbres. Recuerdo que no estábamos preparados para ello.

—La Vía era monstruosa —dijo Raytha.

—Lenk usó la Vía, ¿o no? —replicó Kaytai.

—Madre, nuestro huésped ha tenido un día difícil. Y también Erwin. Deberíamos hablar de otros temas.

—Las dificultades del día son parte de aquello que... ni siquiera sé expresar. Un día todo se enderezará, aunque no sé cómo. Me disculpo, ser Olmy, si te he molestado.

—En absoluto —respondí.

Kaytai me dedicó la primera sonrisa que le había visto.

—Alguna vez me gustaría hablarle de Thistledown —dijo—. Tú eres demasiado joven para recordar, y los hechos se han distorsionado mucho. Yo recuerdo cómo eran las cosas. Cuando era joven, antes de conocer a mi esposo...

Randall y Raytha me prepararon una litera en el estudio.

—No dudes en consultar los libros si quieres —dijo Randall.

—A menudo vienen estudiosos a alojarse en esta casa —comentó Raytha—. Randall se enorgullece de su biblioteca.

—No las hay tan buenas fuera de Athenai o Jakarta —dijo Randall—. Casi todo lo que se sabe sobre Lamarckia. —Suspiró—. Obviamente, nos queda mucho por aprender.

La familia se retiró poco después, y el apartamento quedó en silencio. Se me había pasado el agotamiento, y me quedé sentado en la litera, totalmente despejado. Tenía toda la noche por delante mientras la familia dormía.

Sonó un golpe ligero en la jamba, junto a la cortina corrida. Aparté la cortina. Kaytai estaba en el pasillo, los dedos en los labios, los ojos grises brillando en la oscuridad.

—Tú pareces comprensivo —dijo—. Aquí recibo muy poca comprensión. Mucho amor, sí, pero nadie me comprende.

Me irritaba que esa mujer me robara tiempo para estudiar la pizarra o los libros,

pero abrí la cortina y la invité a entrar.

—Me siento obligada a contarte algo —dijo, mirando las paredes de libros sin el menor interés—. Mañana te irás con Erwin y tal vez no tenga otra oportunidad.

»Has pasado dos años en la silva. Sin duda la encontraste fascinante y hasta bella. Es bella, innegablemente. Pero en Thistledown hay cámaras llenas de bosques terrícolas, animales, insectos... Ricos, tupidos y completos. Cuando yo era joven pasábamos semanas en los bosques, y si no mirábamos el cielo podíamos creer que estábamos en la Tierra... Lugares encantadores, encantadores.

»Mi esposo me dijo que Lamarckia sería un paraíso. Me aseguró que Lenk lo sabía todo, y que viviríamos en vergeles prístinos jamás hollados por los humanos. Creo que ni siquiera él comprendió lo que eso significaría. Lenk nos exhortó a la procreación. Aquí me pasé los diez primeros años teniendo hijos y viendo cómo la mayoría de ellos morían. Raytha fue mi cuarta hija, y la primera en vivir. El suelo era pobre en cobalto, selenio y magnesio. Nuestros cultivos no crecían bien. No sabíamos qué comer en Lamarckia. Los alimentos no eran apropiados. Los adultos enfermaban, aunque no tanto como los niños. Sus cuerpecitos ni siquiera sabían cómo adaptarse. Fueron tiempos terribles... Sufrimos enfermedades desconocidas en Thistledown. No estábamos preparados.

Raytha se detuvo en el umbral.

—Madre —murmuró—. Por favor, nuestro huésped está cansado.

—Sólo quería contárselo —dijo Kaytai.

—Lo lamento, ser Olmy —se disculpó Raytha, rodeando el hombro de su madre con el brazo—. No es que no esté de acuerdo con ella, pero hay mejores momentos para hablar. Y ni siquiera sabemos qué piensas.

—El es joven —dijo Kaytai—. Hay que decírselo. ¿Quién se lo contará?

Raytha cerró la cortina y el apartamento quedó de nuevo en silencio.

Saqué la pizarra de Nkwanno de la mochila. Las paredes cubiertas de libros me intimidaban demasiado. Textos especializados, monografías escritas por investigadores para otros investigadores. Tenía que adquirir conocimientos básicos antes de abordarlas. Pero por la mañana tendría que estar preparado para entablar nuevas conversaciones con Randall y su amigo, y el importante y famoso capitán Keyser-Bach.

Estudié de nuevo los archivos personales de Nkwanno, tratando de combinar las claves para descifrar el código. Había muchas marcas en textos de Henry David Thoreau, con citas intercaladas de Henry Place, el jefe de ecólogos durante la construcción de Thistledown. Probé con combinaciones de estos nombres y de varios títulos, sin éxito. Luego, casi por accidente, encontré un pasaje subrayado de Thoreau:

¿ Qué es un campo sin conejos y perdices? Se cuentan entre los animales indígenas más sencillos; de especies antiguas y respetables, tan conocidas en la antigüedad como en los tiempos modernos; la auténtica sustancia de la naturaleza, los mejores aliados de las hojas y del suelo.

Después de la cita, una nota de Nkwanno: « Thoreau contiene la Tierra. "Si no sabes dónde estás, no sabes quién eres."» Lugar, pensé. Conejos, perdices, lugar... Campo, Thoreau, conejos.

Thoreau contiene la Tierra. No contenía, sino contiene.

Tamborileé con la pizarra sobre mi rodilla, cada vez más irritado. Lo tenía delante de las narices. Lo sabía.

Tierra. Thoreau.

Vi las letras, y las comparé una por una. Thoreau contenía Tierra, Earth; sobraban la O y la U. UO. OU. Ou. Consulté los diccionarios de la pizarra, buscando O con U y U con O. Ou, según la pizarra, era «dónde» en francés. «Si no sabes dónde estás, no sabes quién eres.» Era una cita de un autor del siglo XX llamado Wendell Berry, a menudo utilizada por los ciudadanos de Thistledown.

El sencillo ordenador de la pizarra estaba realizando la búsqueda. Apareció un pequeño icono. Tuve la sensación de que Nkwanno miraba por encima de mi hombro mientras yo resolvía su acertijo.

Tecléé: «Tierra. Dónde. Lugar. Thoreau. Berry.»

Un cuadro de diálogo apareció en la pantalla de la pizarra. «¿Sabe usted en qué lugar está sepultado Thoreau?» «Tierra», tecléé.

En el recuadro apareció un nuevo texto: «Thoreau está en la Tierra. La Tierra está en Thoreau. ¿Pero dónde está sepultado Thoreau?»

Acudí a la vieja Gran enciclopedia estelar que iba incluida en la entrega de las pizarras —reproducciones de antigüedades del siglo XX— fabricadas para los divaricatos de Thistledown. La pizarra había durado todos esos años. Me pregunté cuántas pilas del siglo XX se habrían llevado los inmigrantes para sus humildes pizarras, pero no encontré ningún sitio en el aparato donde meterlas. Al buscar en la enciclopedia datos sobre Thoreau, comprendí que las pizarras debían estar equipadas con fuentes energéticas contemporáneas, que podían durar siglos.

Los divaricatos a menudo tomaban esa decisión, tras consultar con sus líderes filosóficos. Las concesiones a la tecnología moderna se hacían después de pronunciar la frase: «El Hombre Bueno lo habría aprobado, pues es un instrumento humano que no nos hace menos de lo que somos.»

Estaba de acuerdo en que la pizarra de Nkwanno era un instrumento humano.

No encontré el lugar concreto donde estaba sepultado Thoreau, ni en la enciclopedia ni en ninguna otra parte, pero se decía que había vivido en Boston. Tecleé: «Boston, Massachusetts.»

Acceso concedido, respondió la pizarra.

Ahora tenía ante mí el diario personal de Nkwanno. Recordé su conversación suave y melodiosa; lo había conocido siendo niño en Thistledown. Ya entonces su inteligencia penetrante me había impresionado. Sabía que encontraría los puntos de vista y las claves que necesitaba.

Comencé con anotaciones de hacía más de treinta años lamarckianos.

Cruce 4, otoño 67

Hoy discutimos mucho acerca del plan de Lenk para formalizar nuestra búsqueda de vástagos comestibles. En su sede de Jakarta, Lenk escucha a sus lugartenientes y de pronto comprende lo hambrientos que estamos en los lindes de los territorios humanos... Todos padecen hambre. Nuestros cultivos no crecen con la rapidez ni en la cantidad necesarias. Las cosechas son magras. El suelo es pobre en metales, y eso incluye los minerales. En nuestra desesperación comemos vástagos, y algunos han enfermado y muerto. Sabemos que los sombreros blancos —así hemos denominado a esos vástagos lentos y gordos de tres picos que caminan sobre sus puntas invertidas— no son comestibles, pero dos niños de Claro de Luna murieron la semana pasada tratando de comerse uno.

Algunos éxitos. Durante mucho tiempo hemos extraído fibras de los epidéndridos con forma de abanico que medran cerca de Claro de Luna, y los usamos como una especie de té y para fabricar tela. Masticarlas produce cierto placer —contienen un estimulante suave que nuestros químicos aún no han aislado— pero son poco nutritivas. El mejor alimento que hemos descubierto hasta ahora es una pasta pulposa a base de piel gruesa de zarcillos rojos y aquello que llamamos espárrago fítico. La piel vuelve a crecer rápidamente, la pasta sabe a pescado y contiene proteínas sustanciosas. Nadie ha analizado aún todos los fítidos, y es probable que algunas cosas que comemos nos hagan daño más adelante. Pero por ahora el hambre manda, sobre todo en sitios como Claro de Luna, en los límites del dominio de Lenk.

Cruce 7, primavera 78

Recuerdo que la silva cantaba cada noche durante los dos primeros años de nuestra estancia en Lamarckia. Cantaba una canción susurrante y rítmica; los arbóridos aspiraban aire por las ranuras de sus quitasoles, y otros vástagos creaban sus propios sonidos, como los instrumentos de una orquesta. Nadie sabía por qué

cantaba la silva, y lo aceptamos, y nos acostumbramos.

Pero con el paso de los años, la canción nocturna se fue silenciando. Algunas noches la silva sólo emitía sonidos aislados, fascinantes y solitarios. Otras noches no había canto. Ahora la silva canta una vez cada diez días. Creo saber por qué canta, pero no sé por qué lo hace con menor frecuencia.

El ecos debe tener muchas maneras de mantenerse en contacto con sus vástagos. Hemos visto corredores semejantes a galgos de tres patas en senderos de la silva, trajinando entre los fítidos y arbóridos a velocidades de hasta treinta kilómetros por hora. Conocemos el itinerario de algunos planeadores y ávidos que revolotean por la silva. Creo (y no soy el único) que estas criaturas desempeñan un papel en la comunicación interna del ecos. Como mensajeros, llevan información, tal vez acerca de las condiciones del sur o del norte, acerca de las intrusiones de otras zonas, o sólo transmiten chismes generales. Llevan información a alguna parte, alguien escucha, medita, contempla.

O eso espero. Me gustaría conocer el corazón y la mente de un ecos. Tengo muchas preguntas que hacerle.

Cruce 8, primavera 43

Hoy hemos visto un rebaño de limpiadores de quitasoles, semejantes a grandes jirafas bicéfalas, que se internaban en la silva a medio kilómetro de Claro de Luna y a pocos metros del río. Rara vez se los ve a la luz del día, y nunca son tantos ni tan grandes. Uno era tan alto que tocaba los cepillos de un árbol-catedral. Me pregunté si el eco los estaría trasladando a otra región. Se mueven sobre tres guías paralelas, como pies de babosas. Una inspección más atenta (una noche que Hilaire mató a un ejemplar pequeño por accidente, con un tractor) me permitió notar que cada «oruga» es una sucesión de miles de patas con ventosas, cada una de poco más de dos centímetros y medio de longitud, capaces de soportar el peso de estas criaturas grandes como dinosaurios de la Tierra... con los que guardan cierta semejanza.

No ingieren (titubeo en usar la palabra «comer») los quitasoles o abanicos a menos que los tallos hayan sido dañados por el viento o no funcionen por alguna otra causa. Cuando llegamos, algunos pensábamos que eran herbívoros, como podríamos esperar en una sabana de la Tierra o en una jungla. Ahora sabemos mucho más sobre ellos, aunque no lo suficiente.

Hoy también hemos visto muchos sombreros blancos alimentándose de un lizbú, como áfidos en el tallo de un rosal. Permanecieron allí durante horas, cuando normalmente se alimentan unos segundos y se marchan. Nadie sabe qué función cumplen los sombreros blancos.

Hemos recibido un paquete de documentos de Jakarta. En la convención sobre pautas de investigación se han establecido las clasificaciones y la nomenclatura de

la biología lamarckiana. Debemos apartarnos bastante de las pautas terrícolas, por razones obvias.

No parece existir un nivel superior al de un ecos. Los ecos se describirán y definirán por su posición geográfica o por el nombre del descubridor, y por el número de zona (por ejemplo, Zona de Elizabeth o Zona Uno). La determinación de los límites y la prueba de relación con un ecos dependerá de las observaciones y del análisis genético, que todavía es rudimentario e inexacto. La observación parece ser el método básico y más de fiar por el momento.

A continuación vienen los grupos: arbóridos, fítidos, anúlidos, pohgónidos, etcétera. Luego vienen los vástagos o las formas emparentadas, que varían poco por región. Así, los sombreros blancos se clasifican como Elizabethae Polygonon Trigonichos.

Sin duda las clasificaciones y la nomenclatura cambiarán y mejorarán, pero al menos hemos llegado a un acuerdo sobre cómo empezar.

Di un salto, pasando rápidamente cientos de páginas de texto.

Cruce 22, invierno 34

Mi esposa falleció hace casi veinte años y no he vuelto a casarme. Empecé este diario cuando ella murió. Las mujeres han soportado la parte más difícil de nuestro traslado a Lamarckia. Ahora vivimos nuestra filosofía hasta las últimas consecuencias, y las heridas y lamentaciones son profundas. Algunos dicen que las satisfacciones son aún más profundas. Pero yo recuerdo a mi esposa, y su dulzura, y la consternación ante el dolor de dar a luz a nuestro primer hijo. Yo mismo sentí dolor, porque mi deseo y mi insistencia la habían puesto en aquel trance. Cierto es que después vinieron la recuperación y la alegría... Pero no puedo evitar la sensación de que las mujeres recuerdan nuestra época en Twistledown y añoran lo que hemos abandonado. No se quejan más sólo porque son muy valientes.

A mi esposa le llegó la hora demasiado pronto. Algo falló dentro de ella, y se murió. La muerte puede llegar como una amiga para quienes mueren. Nunca es sencilla para quienes sobreviven.

Cruce 23, verano 7

Con los niños de la escuela Lenk he recorrido la silva. Hemos capturado vástagos y los hemos llevado a la escuela para estudiarlos; siempre los soltamos al cabo de varias horas. Para mí la captura más interesante fue la de la semana pasada. William Tass Fenney, de ocho años, encontró un pequeño transportador

hexápodo con siete jóvenes filiaos. En su etapa inicial, los fítidos de Elizabeth — sobre todo los más pequeños, los que llamamos brotes— son meras manchas de gelatina gris o roja del tamaño de un dedo, < atravesadas por diminutas hebras blancas. William llevó el transportador a nuestra escuela en un carro. Miramos aquel cuenco sinuoso de cubierta correosa, y los jóvenes fítidos de su interior, y tomamos notas. Le dije a William que lo devolviera al lugar donde lo había encontrado y él dijo: «Si no recuerdo dónde estaba.»

Tratamos de regresar por un sendero de la silva, pero William había dejado pocas marcas, y las huellas de su carro se habían borrado en el suelo esponjoso. Al fin, como había pasado mucho tiempo y debíamos estudiar otro tema, depositamos el transportador y su cargamento en el suelo de la silva. Giró en círculo varias veces, suspiró y se desplomó. Volcó su cargamento de fítidos. Parecían gusanos del tamaño de un dedo, contorsionándose en el suelo grumoso y oscuro.

Angela nos llamó desde la escuela, así que llevé a los niños de regreso, aunque juré regresar en cuanto pudiera. Pocas horas después encontré el transportador enfermo, y los jóvenes fítidos reseco y cuarteados.

Habíamos interferido las sencillas instrucciones del transportador, o lo habíamos alejado de una senda establecida de antemano al devolverlo a un lugar equivocado.

Pienso a menudo en ese transportador. ¿Qué será de nuestros propios hijos, apartados de su senda?

Cruce 25, invierno 15

Joseph Visal nos visita de nuevo desde Calcuta. Llegó a Calcuta procedente de Athenai ayer mismo y salió para Claro de Luna en el bote de los miércoles. Hemos pasado muchas horas de estas dos noches poniéndonos al corriente. De día viaja con sus investigadores más al sur, y regresan al atardecer. Me temo que todos sean meros aficionados. Pero disfrutan de sus pequeños descubrimientos, y algunos pueden ser valiosos.

Nos ha dado más detalles sobre el intento de asesinato de Hábil Lenk, noticia que nos horrorizó hace dos semanas, cuando nos enteramos por radio. El culpable pertenece a los gaianos, un grupo sobre el cual corren muchos rumores y se tienen pocos datos precisos, lo que me hace sospechar que se trata de una leyenda; pero el atacante, Daw Tone Kunsler, a quien desconozco, alega pertenecer a él. Joseph me cuenta que los gaianos operan en todas partes y que se reconocen mediante señas secretas.

Es curioso. Abandonamos Thistledown para crear un nuevo paraíso, y en cambio nos encaminamos hacia, viejos e insípidos infiernos.

Joseph también me comunica que Lenk aprobará un nuevo programa de investigación, a despecho de sus consejeros, sobre todo de Allrica Fassid, una mujer

menuda que es un adversario temible. Esta vez Lenk se niega a escucharla. El programa se llamará Año Lamarckiano, y participarán en él todas las comunidades, por lo que deberán asignar recursos a un punto central de distribución. Habrá muchas protestas. Nuestros recursos todavía son escasos, aunque haya pasado la hambruna.

Supongo que podemos sacrificar un tractor y enviarlo a Athenai.

Partirá una nueva expedición encabezada por Bakery Shulago, dos ex alumnos míos de Jakarta. Son brillantes pero belicosos y me temo que no son buenos líderes.

Tras leer algunos párrafos del diario de Nkwanno, fui a los estantes y escogí dos volúmenes gruesos: textos elementales que no estaban plagados de vocablos técnicos ni de palabras que no pudiera consultar fácilmente. Me servirían como introducción a aquello que los inmigrantes sabían sobre Lamarckia, o al menos sobre Liz.

Leí toda la noche, hasta poco antes del alba, cuando me sentí inquieto y entumecido. Al igual que en Thistledown, no había cerraduras en las puertas. Me fui sigilosamente y caminé por el callejón. Necesitaba ver Calcuta a solas y reflexionar sobre lo que había leído.

No había contado con la profunda oscuridad de la madrugada de Calcuta. No había farolas eléctricas encendidas en el callejón ni en las calles, y sólo se veían unas cuantas luces en las colinas de abajo. Las nubes habían avanzado sobre el delta del río y ni siquiera la luz de las estrellas ayudaba. Caminé a tientas por el callejón, contando puertas, palpando con los dedos los toscos ladrillos de lava y la textura del lizbú en las puertas y jambas, hasta llegar a lo que me pareció la casa de Randall.

Con cierto alivio, me acosté en mi litera y pensé en todas las cosas sencillas que tendría que aprender.

5

Randall me acompañó el medio kilómetro que separaba su casa del tribunal, situado bajo el Cubo de Lenk. Atravesamos una muchedumbre de ciudadanos airados. Algunos nos reconocieron por el combate del río y nos palmearon la espalda, expresando su agradecimiento y sus felicitaciones. Llegamos a un cordón de guardias de seguridad, y el oficial al mando comprobó nuestros nombres y nos dejó pasar.

Fuera de la sala principal, cinco ciudadanos, dos ancianos de rostro adusto y tres mujeres maduras, nos saludaron estirados. Antes de oír nuestro testimonio, se tomaron un breve descanso en el anexo, de pie con sus túnicas grises, bebiendo té de fibra. Habían trabajado desde el amanecer para decidir cómo y cuándo enviar a los brionistas capturados a Athenai para ponerlos a disposición de Lenk.

Larisa Strik-Cachemou estaba sentada en un banco cercano, sola y silenciosa.

Los últimos brionistas a quienes se procesaría ese día salieron de la sala cuando llegamos; eran siete hombres y una mujer, todos con la ropa que usaban el día anterior, aunque seca y limpia, todos unidos por el cuello y los pies con gruesas sogas. El hierro y el acero eran demasiado valiosos para fabricar cadenas, y sospeché que había poca necesidad de cadenas en Calcuta.

La muchedumbre de afuera estalló en gritos y abucheos cuando los prisioneros salieron. Los guardias se los llevaron por un callejón, alejándolos del complejo.

A los pocos minutos, el disciplinario Elevi Bar Thomas y dos alguaciles entraron en el anexo. Thomas nos saludó y se nos acercó.

—He sabido que ambos grupos hemos tenido una escaramuza —dijo—. Encontramos las tres chalanas capturadas antes de Calcuta.

Nos adelantaron río arriba. Hubo algunos disparos, pero sabíamos que no podíamos detenerles.

—¿Esperaste las otras chalanas? —preguntó Randall.

—Hasta anoche. Pero luego pensé que era inútil y regresamos a Calcuta.

Randall no quedó muy convencido con la historia, pero no puso ningún reparo.

—Los ciudadanos se las arreglaron bien —dijo Thomas—. Ojalá hubiera estado aquí para ayudarles.

Al cabo de cinco minutos, el ujier anunció que la junta de ciudadanos volvería a reunirse. Randall se excusó y me invitó a ir después al puerto, al Vigilante, para conocer al capitán Keyser-Bach. Los demás entramos en una sala sin ventanas, iluminada por bombillas eléctricas incandescentes. Los olores de la ciudad se disolvían en el aire mohoso y rancio. Los miembros de la junta de ciudadanos ocuparon cinco sillas en una tarima baja. Thomas se situó junto a ellos, frente a Larisa y a mí. Larisa se levantó del banco y se sentó en una silla.

—¿Qué heridas ha sufrido? —preguntó la mujer mayor, comprensiva. Se llamaba

Sulamit Faye-Chinmoi. Menuda y delgada, de manos arrugadas y huesos que sobresalían bajo la tez marfileña, concentró su atención en Larisa, la frente fruncida de preocupación.

—Aflicción y conmoción —respondió Larisa—. Traición.

—Agotamiento —añadió Thomas—. Días sin comida.

—¿Tienes fuerzas suficientes para contar tu historia?

Larisa puso los ojos en blanco y apretó la mandíbula.

—Ya la he contado. Me duele repetirla una y otra vez.

—Lo comprendemos —dijo la mujer mayor—. ¿Me reconoces, Larisa Strik-Cachemou?

—No.

—Yo te casé con tu esposo hace diez años.

—Entonces te maldigo.

La mujer se quedó de una pieza.

—Deberíamos presentarnos formalmente —dijo. Uno por uno, los miembros de la junta de ciudadanos dieron su nombre y domicilio. El varón más joven, un hombre de caderas anchas y hombros estrechos, rostro arrugado de nariz grande y ojos profundos y penetrantes, dijo que era de Jakarta, servidor de Calcuta por intercambio. Se llamaba Terence Ry Pascal, y parecía particularmente interesado en mí.

—Por favor, cuéntanos tu historia —dijo un hombre alto de dedos largos, cabello espeso y negro y grandes ojos azules, Kenneth du Chamet, un granjero del sur de la ciudad—. Y recuerda que, según el credo del Hombre Bueno y la ley de Lenk, todo ciudadano que habla ante una junta legítimamente reunida se encuentra bajo juramento sagrado.

Una vez asumido el juramento, nadie se sentirá libre de mentir, recordé. Sentí una imprevista punzada de consternación ante la certeza de que violaría ese juramento.

Larisa presentó su testimonio lenta y dolorosamente. Se irguió varias veces en la silla mientras contaba que su esposo se había reunido con los brionistas y se había marchado con ellos dos temporadas antes. Habló de los botes que habían regresado y de los soldados brionistas —usó el viejo término despectivo, «soldaters», acuñado poco después de la Muerte, diez siglos atrás— y sus palabras silbaron como el aire de un globo que se desinfla. Débil y agotada, se derrumbó en la silla, el rostro demacrado y cubierto de lágrimas.

—El alcalde rechazó al representante del general Beys. Yo me oculté cuando vinieron. Sabía que harían cosas terribles.

Irguiéndose, contó que había registrado la aldea sin encontrar ningún superviviente, que se había vuelto a esconder, y que había ido hacia el río a esperar embarcaciones. Allí había encontrado a las últimas víctimas: Nkwanno, su prima Gennadia y los otros dos. Describió mi aparición en el muelle.

—Apareció de golpe. Todo lo que decía era mentira.

Preguntó con rabia por qué los botes no habían llegado antes.

—Porque sólo nos alarmamos cuando pasó un día y medio sin que tuviéramos respuesta a nuestros mensajes por radio —dijo Faye-Chinmoi con voz hueca—. Normalmente nuestros barcos van allí cada cinco días.

—Ya se lo hemos explicado —murmuró Thomas.

—¡No me tratéis como a una chiquilla! ¡Soy un ser humano pensante! —estalló Larisa.

Yo aparté los ojos, sonrojándome. Me mortificaba su angustia, todo aquel procedimiento. ¿Por qué esta gente me afectaba tanto? Me sentía como si estuviese asistiendo a la Recuperación, viendo una época pasada de la historia: la adolescencia de la humanidad con todas sus trampas y celadas.

—¿Y tu historia, ser Olmy? —preguntó Kenneth du Chamet—. Tu nombre y domicilio, por favor. Y recuerda...

—Asumo el juramento —declaré—. Mi nombre es Olmy Ap Datchetong, nacido en Jakarta.

—¿Y cómo llegaste a Claro de Luna?

—Caminé. Estuve estudiando en la silva.

—Ser Thomas indica en su informe que afirmas haber estado dos años en la silva. ¿Es correcto?

—Sí.

—¿Enviado por qué institución?

—Fui por mi cuenta.

—¿Y estabas cualificado para llevar a cabo esa investigación? —preguntó Faye-Chinmoi.

Puse cara de desconcierto. No quería responder preguntas innecesarias.

—Tu educación.

—No veo qué importancia tiene.

La mujer miró a sus colegas, se inclinó hacia delante.

—Debes haber asistido a alguna institución después de la escuela Lenk.

—No. Soy independiente.

Pisaba terreno inseguro. ¿Cuánto había cambiado la sociedad divaricata desde la inmigración? ¿Aún eran tolerados los independientes, los que optaban por rechazar la educación formal?

—¿Presenciaste el ataque? —preguntó Faye-Chinmoi.

—No.

—¿Oíste lo que sucedía?

—Yo estaba a varios kilómetros del río.

Larisa se incorporó, y un mechón de pelo le cubrió los ojos.

—Estuvo en la silva unas horas como mucho. Vi que un reconocido le tomaba una muestra. Y la llamó «bosque».

Du Chamet miró el cielo raso con exasperación.

—Debemos centrarnos en la aldea y en los episodios relacionados con el ataque —dijo.

Me interrogaron durante una hora más. Thomas escuchó atentamente mis respuestas, sin duda cotejándolas con las que le había dado a él.

—Tengo la sensación de que no nos dice toda la verdad —declaró Faye-Chinmoi al final—. Sin embargo, no existen pruebas que incriminen a nadie salvo a esos renegados, sean brionistas o no, y la única testigo ocular en ese sentido es ser Larisa Strik-Cachemou, y tal vez el tal Kimon Giorgios, si podemos encontrarlo. Entiendo que ser Olmy participó en la escaramuza habida con las naves brionistas, y que ayudó a salvar a la mayoría de los niños de la chalana que se hundía. Te expresamos nuestra gratitud, ser Olmy. Eres libre de irte, pero te pedimos que permanezcas en Calcuta y estés disponible para prestar testimonio nuevamente, hasta que te liberemos de esa obligación. Debemos mandar un informe por radio a Athenai y Jakarta. Estamos muy desperdigados en este planeta, en lo que a burocracia se refiere.

Larisa no me quitaba los ojos de encima.

—Creo —dijo Du Chamet— que tendremos que lograr ser más eficientes, y pronto. Éste es el noveno ataque contra Tierra de Elizabeth, y sin duda el más devastador, aunque el primero en nuestro distrito. Las ciudades de la costa norte han sufrido las incursiones más violentas. Son más accesibles que las ciudades y aldeas del Terra Nova.

Sulamit Faye-Chinmoi concluyó:

—Por primera vez tenemos prisioneros y podremos usarlos para negociar. No sé en cuánto nos beneficiará eso, pero si el general brionista Beys necesita niños tan desesperadamente, aún más debe necesitar soldados.

—¿Quién se quejará ante los brionistas? —preguntó Thomas.

Los ciudadanos se miraron, y al fin Du Chamet dijo:

—Me pondré en contacto con el administrador de distrito por medio de la radio del alcalde. Mañana embarcaremos a los prisioneros hacia Athenai.

Thomas me siguió hasta el pie de la escalera y la calle Mayor, que iba desde el río hasta el oeste de Calcuta. Vi postes altos en dirección al río, elevándose en una brecha entre una hilera de tiendas. Travesaños y cordajes cruzaban los postes. Comprendí que eran mástiles. Veleros en el puerto principal. Una cantidad bastante grande, a juzgar por el número de mástiles. Allí debía encontrarme con Randall. Por algún motivo desconocido aún para mí, algo instintivo, no quería explicárselo a Thomas.

—¿Adonde vamos ahora, ser Olmy? —preguntó.

—Se supone que debo quedarme aquí. Esa ha sido mi impresión.

Thomas cerró un ojo y se alisó la barba corta con su manaza.

—¿Pero qué harás aquí?

—Cuando esté libre, continuaré con mis estudios.

—¿Esperarás? ¿No desaparecerás en la silva?

—Pareces no estar satisfecho conmigo, ser Thomas, y no eres el único. Mi pobre madre tenía mayores aspiraciones para mí.

Thomas respondió a la ironía con una parca sonrisa.

—Mi madre quería que fuera granjero. Yo prefería cuidar a la gente, cerciorándome de que estuviera bien. Recientemente no lo he hecho. A decir verdad, ser Olmy, has demostrado más valor que yo. —Thomas se irguió y entrelazó las manos, estiró los brazos y se encogió de hombros—. Pórtate bien, ¿eh? Es todo lo que pido mientras estés aquí.

Le sonreí y le ofrecí la mano. Tal vez Thomas me gustaba por su suspicacia. Me recordaba a los instructores que había tenido en la Escuela de Defensa. Me estrechó la mano con firmeza.

—Me portaré bien —dije.

Thomas me siguió con la mirada. Cuando me había alejado unos metros, murmuró:

—No eres lo que dices ser, Olmy. No sé qué te propones, pero lo averiguaré.

Quería conocer mejor Calcuta antes de reunirme de nuevo con Randall. No creía que pudiera perderme en pleno día. Anduve por las calles adoquinadas, entre tiendas y casas pintadas de blanco, gris claro y amarillo, oliendo el polvo y el aroma de jengibre del lizbú. Caminé junto a una carretera larga y recta flanqueada por casas, estructuras bien mantenidas cuyos porches y terrazas habían adquirido el color del trigo a la intemperie, con capas de lizbú incrustadas en sencillos diseños florales.

No había indicadores ni mapas. Calcuta no estaba construida para forasteros. Almorcé en un restaurante pequeño y oscuro al final de la calle Mayor. La cocinera y camarera, una joven delgada que se contemplaba en la pequeña luna del establecimiento, me describió el menú: tres clases de pan que habían horneado esa mañana, cerezas de Liz y pasta de bejuco —ambas de epidéndridas, formas adenopora y ampelopsis— y buñuelos fritos de algo que llamaban velloso. Pedí buñuelos y pan y una cereza de Liz. Ella estudió mi billete un buen rato, frunció el ceño y fue a buscar mi comida.

El pan era como una esponja, pero sabía bien. La cereza de Liz era demasiado picante, con ese gusto agrio propio de todos los frutos de fítido. Algunos fítidos creaban paquetes nutritivos para los vástagos móviles en sus viajes largos, y solían tomarse como fruta en la Zona de Elizabeth. Las cerezas de Liz se contaban entre las

más comunes. No eran muy nutritivas, pero contenían azúcares aprovechables, algunas vitaminas y pocos alérgenos y toxinas.

Después de comer me detuve en un pequeño parque a orillas del río y me senté en un banco de piedra. Saqué la pizarra de Nkwanno y regresé a la historia de los años posteriores al Cruce.

La historia continuaba:

Algunos de los que vinieron con Lenk a Lamarckia empezaron una importante conspiración. No se sabe cuándo comenzó, ni qué dimensiones tenía, pero se supone que se originó en Thistledown, y que quizá varios cientos de conspiradores se sumaron a la expedición secreta de Lenk. Veían Lamarckia como una oportunidad para ellos. Seguirían a Lenk, fingirían lealtad, pero tenían sus propios planes y objetivos.

Al llegar a Lamarckia, la conspiración no tenía fuerza. Sus miembros y facciones no se ponían de acuerdo sobre metas específicas. Pensaban que Lamarckia les pertenecería, pero nadie podía decidir de qué injerto nacería el nuevo árbol. Lo que se decidió desde un principio, al parecer, fue que Lenk no era adecuado para gobernar.

A los pocos años del Cruce, la mayoría de las ramas desistieron de sus ambiciosos planes, desalentadas por la extrema dificultad de mantener conspiraciones dentro de una conspiración mucho más amplia y dividida.

La última rama, y la más persistente, fue la más clandestina. Pues pronto surgió una facción que no tenía la menor inclinación naderita. Tecnófilos y aristocráticos, los urbanistas siguieron a una persuasiva mujer llamada Hezebia Hoagland, la cual profesaba en secreto creencias geshels. Hoagland creía en la necesidad del control femenino de la tecnología. «Sólo por medio del conocimiento pueden las mujeres elevarse sobre el patriarcado», proclamó. «Los naderitas, y sobre todo los divericatos de Lenk, han tratado de devolvernos a la servidumbre patriarcal, de mantenernos continuamente encintas para poblar un nuevo mundo con bebés en las condiciones más primitivas imaginables, lo que va totalmente en contra de aquello que postulaba su presunto mentor, el Hombre Bueno Nader. Nader era, por supuesto, un hombre...”

Hoagland, con setenta, y siete seguidores —veinte hombres y cincuenta y siete mujeres—, cruzó a Hsia por el Mar de Darwin. Allí, en una costa escabrosa, hallaron una bahía relativamente segura y fundaron un asentamiento en condiciones mucho más toscas y primitivas que las de Jakarta o la recién fundada Calcuta. Al principio el asentamiento se llamó Godwin.

En Godwin las condiciones mejoraron rápidamente, y la tasa de crecimiento de la población dobló la de los asentamientos de Tierra de Elizabeth. Algunos han dicho que los godwinianos se adueñaron de equipo médico avanzado que había entrado de contrabando —o de los recursos para construir dicho equipo—, lo cual permitía la

gestación ex útero.

Pronto las esperanzas de muchos desesperados se volcaron hacia Godwin, una tierra dorada allende los mares, donde las condiciones —se decía— eran ideales, donde nadie moría de inanición, y donde la armonía tecnológica con los vástagos de Hsia se había logrado sin depredar los vástagos. Se sostenía que vastas extensiones de tierra no usadas por los ecoi eran «cedidas» para el cultivo humano, y «sembradas» con cereales de crecimiento rápido.

En esa época se habían desbrozado sembrados en Tasman, y Hábil Lenk había desplazado su gobierno al recién fundado puerto de Athenai para supervisar la producción de alimentos. Pero el atractivo de Hsia y Godwin era inmenso. Cuatrocientas cinco mujeres y noventa y tres hombres surcaron el Mar de Darwin, lo que causó una crisis en Calcuta y Jakarta.

Las ramas restantes al fin se unieron al mando de un líder fuerte y capaz nacido en Lamarckia, llamado Emite Brion. Ex ecólogo con formación agrícola, Brion demostró desde su juventud un notable talento para convencer y organizar. Esto llamó la atención de los asistentes de Lenk, quienes sin embargo no pudieron conquistarlo para la causa de Lenk. Algunos dicen que presionaron a Brion y que provocaron su resentimiento.

A los veinte años lamarckianos, Brion viajó secretamente (algunos dicen que disfrazado de mujer) a Godwin.

Aparté los ojos de la pizarra y miré a una familia triádica que paseaba por el parque: dos padres con sus respectivas esposas, tres niñas y dos chiquillos, y dos adolescentes, un varón y una muchacha. La mayoría de los adultos llevaba prendas de colores apagados con fajas o bufandas llamativas, y la mayoría de los niños llevaba ropa de juego alegre y raída.

Sentí añoranza de los parques de Thistledown, y me pregunté si alguna vez sería padre en una tríada, o si tendría hijos.

Uno de los padres, el más joven, cojeaba. Se apoyaba sobre una pierna con un balanceo que demostraba que la tenía un poco más corta. Se había lesionado y la lesión se había curado de manera imperfecta.

La familia siguió de largo sin fijarse en mí. El hombre que cojeaba había superado la lesión y se había adaptado a ella. Tal vez sólo tomaban aquellos últimos años de paz como una distensión entre los desafíos, un tiempo para caminar por los parques y criar hijos. La vida estaba hecha de desafíos y distorsiones.

Lo que Brion y sus acólitos sembraron en la secreta y cerrada sociedad de Godwin fue el caos. Por decisión de Hoagland, habían nacido más mujeres que

varones. Hoagland creía que una sociedad en la que hubiera nueve mujeres por cada hombre sería ideal. Escribió que las mujeres que vivieran juntas en armonía podían apañárselas muy bien con menos hombres. Curiosamente, la mayoría de los hombres de Godwin no ponían reparos.

Al cabo de cinco años de relativa paz, el plan se fue al traste cuando varios centenares de mujeres jóvenes, encabezadas por una joven ingeniera llamada Caitla Chung, formaron un grupo político propio: las Hermanas Verdaderas. Las Hermanas Verdaderas iban en contra de lo que ellas consideraban un matriarcado; afirmaban que reducía a todas las mujeres a la condición de operarias y que no les dejaba margen para formar el carácter de los hijos que criaban, ni desde luego para ejercitar ciertos impulsos y deseos naturales.

Se produjo una especie de rebelión religiosa instigada por las Hermanas Verdaderas, todas menores de dieciocho años, quizá con la ayuda de Brion. Hoagland se suicidó, aunque algunos sostienen que la asesinaron. Hombres y mujeres dismantelaron —destruyeron, según algunos— las máquinas avanzadas, y quizá también las fábricas en miniatura que se podían usar para fabricar más máquinas.

Los campos quedaron sin cultivar, y el hambre se extendió por aquella tierra de presunta abundancia.

Me froté la nariz y los ojos, me acerqué a una fuente de piedra y bebí agua. Tenía un sabor puro y dulzón. Aunque hubiera contaminación de sumideros humanos, no importaba. Todas las enfermedades humanas se habían erradicado de Thistledown durante los primeros años del viaje, mucho antes de mi nacimiento. La posibilidad de mutación de los microorganismos hacia formas potencialmente nocivas se había eliminado mediante suplementos implantados en todos los niños, incluso los niños divaricatos, durante la primera infancia. El Hombre Bueno nunca se había opuesto a la inmunización, y aquellos suplementos eran, según dictaminaron los naderitas ortodoxos, sólo formas complejas de inmunización.

Las mutaciones de bacterias y virus que se hubieran producido en una población pequeña como la de Lamarckia eran fáciles de controlar con estos suplementos y las defensas naturales. Aún se ignoraba si las formas vivientes de Lamarckia padecían enfermedades o si podían ser infectadas por patógenos humanos, pero la mayoría de los expertos lo consideraba improbable.

Los patógenos humanos de Lamarckia eran culturales y filosóficos, no biológicos.

Busqué en la pizarra, tratando de hallar actualizaciones de los últimos diez años, pero no había nada más sobre Brion y Hsia. Al parecer Brion había rebautizado Godwin con el nombre de Naderville.

Mi ignorancia era como una picazón mortal. No atinaba a rascármela con suficiente rapidez.

Caminé hasta un terreno donde se erguía un olmo medio muerto. Hundí los dedos en el suelo apisonado, miré el terrón que recogí; encontré en él trozos de fibra, granos de arena negra, un polvo oscuro y seco, pero no la vibración vital del suelo de la silva.

Sin duda era suelo humano.

Por la tarde el cielo volvió a encapotarse y comenzó a lloviznar.

Los chaparrones cesaron y las nubes se alejaron lentamente hacia el este. Paseé por la orilla, frente a dársenas, almacenes y escalinatas de cemento y piedra.

Me eché la mochila al hombro y caminé junto al murallón de ladrillo y piedra. Cada cincuenta metros había escaleras que descendían al agua. En un pequeño edificio cerca de los almacenes principales, unos adolescentes de uniforme, negro y mal confeccionado formaban filas y escuchaban a un hombre corpulento de brazos carnosos y puños nudosos, que daba explicaciones sobre conducción de embarcaciones fluviales y veleros. Siete botes pequeños y un yate de diez metros estaban amarrados cerca del edificio, junto a cortos muelles flotantes. Me detuve a escuchar, hasta que el hombretón notó mi presencia y continué el paseo.

Estaban cerrando un mercado. Algunos hombres con una carreta trocaron sus últimos productos con un vendedor que limpiaba un puesto.

Vi productos del río en los cubos y en las mesas cubiertas de hielo prácticamente derretido: plateados «píscidos» de la zona cinco; apio de río, tubos rojos gruesos como mi brazo; montones de esferas relucientes del tamaño de manzanas y del color del pan sin hornear, llamados bastante apropiadamente patatas bulbosas. Por mis lecturas sabía que las obtenían de ciertos vástagos que recorrían largos tramos de Liz con propósito desconocido, pero que se aprovisionaban de patatas bulbosas durante la marcha. No se sabía con precisión si las patatas procedían de algún lado o si los vástagos las fabricaban.

Al llegar a orillas de la bahía, separada del Terra Nova por un espigón curvo, vi las dos chalanas brionistas amarradas. Descargaban tractores y otros equipos por rampas y con pequeñas grúas. Más allá estaba el mayor buque del puerto; un velero de cuarenta metros de longitud, con tres mástiles y dos molinos de viento para generar energía. Dos pasarelas unían el buque con el muelle, y había hombres subiendo cajas por ellas y cargándolas en la nave. Había otros veleros anclados: corbetas, barcazas, un esquife; todos con proas afiladas y elegantes. Uno de esos buques, un lanchón con un solo molino de viento a popa, relucía con cientos de bombillas eléctricas colgadas de los aparejos y la borda y, como si no fuera suficiente, otros faroles de gas siseaban a babor y estribor.

Mientras yo miraba desde la orilla, una marinera se aproximó por la cubierta, apagando los faroles. Se dirigió a popa, metió la mano en una caja y apagó las luces.

Sonreí satisfecho. Aquí había al fin algo que yo podría manipular con

competencia. Había navegado muchas veces por los cauces de agua de la cuarta cámara de Thistledown, y había estudiado bastante los veleros para aquella misión, guiándome por las descripciones de los viajes y el comercio que había hecho el informador. Conocía los términos náuticos, aunque ignoraba qué términos habían conservado los inmigrantes en las décadas transcurridas desde que el informante se había marchado por su puerta, y qué otros habían añadido. La pizarra de Nkwanno no decía mucho sobre los barcos o la navegación en Lamarckia.

Caminé varios metros por el muelle hasta la siguiente nave, un velero. Había un hombre larguirucho y enclenque de aspecto tristón junto a un montón de cajas envueltas en redes, a la espera de que una grúa las alzara para trasladarlas a la bodega del barco. Me acerqué.

—Quisiera encontrar la nave de Erwin Randall... es decir, la nave del capitán Keyser-Bach.

El hombre me miró de mala gana.

—Soy el ayudante del abacero —dijo—. Éste es el Vigilante.

—¿De Keyser-Bach? —insistí.

—Él es el capitán, sí.

—¿Dónde está ser Randall?

El hombre tristón curvó los labios.

—Yo no soy del barco, hombre. Me encargo de las provisiones.

—¿Con quién debo hablar?

—No quiero juzgarte pero, por tu vestimenta, veo que no has trabajado desde hace tiempo. —Rió entre dientes y sacudió la cabeza—. Es un barco poco común, el Vigilante. Va corto de tripulantes, pero no tienes pinta de serlo. —El hombre ahuecó las mejillas—. No me gustan las habladurías, pero el capitán Keyser-Bach no es un sujeto con quien quisiera navegar. Un hombre pensante es un hombre pensante, y no sirve para marino, con sus mapas y estudios. —Se tocó la cabeza significativamente.

Le di las gracias y esperé a que alguien desembarcara del Vigilante. Al cabo de unos minutos, un hombre de mediana edad que llevaba pantalones marrones y una chaqueta ligera, con el pecho desnudo entre dos tirantes, se abrió paso con agilidad por la pasarela.

—Estoy buscando a ser Randall.

—Éste no es un buque de pasajeros —dijo el hombre, mirándome con curiosidad—. No te conozco. —Estuvo parado un momento y luego empezó a alejarse—. No conozco a todos aquí.

—Ser Randall me dijo que me presentara al capitán Keyser-Bach.

El hombre dio media vuelta y me estudió.

—Me apellido French. Navegación y meteorología. Randall aún no ha regresado. He aquí lo que harás. Preséntate al encargado de investigaciones. Está en aquel

cobertizo con la franja negra. Ha visto a Randall recientemente y tal vez sepa algo. Pero ten cuidado. Está discutiendo con el abacero y se encuentra de pésimo humor.

Fui hasta el cobertizo y entré. Unas bombillas oscuras arrojaban un fulgor amarillento sobre un escritorio lleno de polvo. Dos hombres discutían, uno sentado al escritorio en un taburete maltrecho, el otro, un rubio fornido, de pie, apoyado en el escritorio con sus brazos robustos. Era Shatro. Se sorprendió al verme. El hombre sentado al escritorio clavó en mí sus ojos azules.

—¿Nave? ¿Necesidades?

Su rostro angosto y sus mejillas delgadas le daban una apariencia esquelética.

—Randall dijo que me presentara en la nave —le expliqué a Shatro.

—Yo soy el abacero —dijo el hombre sentado, exhibiendo una sonrisa ancha pero poco convincente—. ¿Conoces a...?

—Conozco a este hombre —dijo Shatro—. ¿Por qué te dijo que vinieras aquí?

No quería explicarme ante Shatro y no entendía por qué me hacía la pregunta.

—Eso me dijo, y aquí estoy. ¿Dónde está ser Randall?

—Aún no se ha presentado —dijo Shatro. Me indicó que me fuera, pero me quedé donde estaba. Él se volvió hacia el abacero como si le hubieran añadido otro peso sobre los hombros.

La discusión continuó. Según Shatro, los precios del abacero habían subido dos veces el año anterior, contra las recomendaciones económicas de Lenk. El abacero respondió serenamente que, habiendo perdido siete naves aquel año y dada la escasez de metal, era razonable que el equipo fuera caro, sobre todo el equipo de investigación.

—Las jarras de buena calidad y los recipientes de acero tienen mucha demanda —alegó.

Shatro me miró exasperado.

—Mañana la espuma empapará nuestras barbas, pero a este... hombre... no le importa la ciencia. —La discusión, sin embargo, parecía haber perdido el ímpetu. Shatro suspiró y se alejó del escritorio—. No puedo creer que ser Randall te haya dicho semejante cosa —rezongó—. Nuestra tripulación es selecta. Alumnos de la escuela Lenk con una sólida formación secundaria y, a ser posible, con experiencia marítima. Perdóname, pero no encajas.

—Tengo muchas aptitudes. Poseo formación técnica y experiencia. Y soy fuerte.

El abacero nos miró con aire divertido.

—Ahora todos son fuertes —dijo con una risotada—. Pero hace pocos años...

—¿Has navegado? —preguntó Shatro.

Asentí.

—Pues no lo parece —comentó el abacero, sacudiendo la cabeza.

—Quiere que trabajes como tripulante, ¿verdad? —preguntó Shatro—. Nos hacen

falta tripulantes, pero no hasta tal punto. Excúsame, ser Costa —le dijo al hombre del escritorio—. Cobra lo que te dicte tu conciencia. Puedes servir al conocimiento, dar honor a tus hijos y compartir la aventura, o puedes prosperar a costa de nuestra hambre.

El abacero recibió estas palabras con una ancha sonrisa.

—Confío en que la próxima vez que navegues, si la hay, me vengas con mejores argumentos. —Giró en el taburete para mirarme—. Te sugiero que te busques una nave menos pretenciosa.

Shatro salió del cobertizo y echó a andar por el adoquinado. Lo seguí, y a mis espaldas el abacero se echó a reír.

—Debes haber interpretado mal a ser Randall —dijo Shatro—. Él es primer oficial del Vigilante, pero el capitán escoge a la tripulación. Hace seis meses que esperamos fondos de Athenai para organizar un equipo científico. ¿En qué puedes ayudarnos?

Yo traté de seguirle el paso a trompicones, pero hablé con firmeza, tratando de parecer tan respetuoso como seguro. Juzgué que Shatro carecía de la más mínima confianza en sí mismo. En cierto modo yo suponía una amenaza para él.

—Conozco física y los principios de la meteorología. Conozco los rudimentos de la navegación. Y soy rápido para aprender.

Shatro se detuvo, alzó las manos.

—Déjame completar la mala descripción que hizo el abacero de nuestro itinerario.

—Ser Randall me explicó...

—Dudo que te haya explicado todo el itinerario. Será un viaje difícil, cuando menos. Iremos al este por la costa de Sumner, viraremos al sur-sureste en el monte Pascal, entraremos en Jakarta para recoger a unos investigadores, iremos a la Estación Wallace, al sur, para buscar a más investigadores. En el camino tal vez estudiemos los fosos del desierto de lava de Chefla; luego navegaremos hacia la isla de Martha. Un viaje de ocho mil millas náuticas, catorce mil ochocientos kilómetros para ti. Después de la isla de Martha, iremos al cabo Magallanes, donde nos instalaremos para estudiar la zona seis; luego rodearemos el cabo e iremos al oeste con la corriente de Kangxi, si existe, hasta el lado desconocido de Lamarckia. Esperamos llegar a Basílica y Nihon, si existen, y tocar Hsia desde el lado este. Luego entraremos por el estrecho de Cook. Eso son otras doce mil millas náuticas. Y todavía no habremos regresado. Cruzaremos el Mar de Darwin por las longitudes más bajas, y nos dirigiremos hacia Tierra de La Perouse. Sólo entonces iremos al norte, hacia Athenai, si nuestra nave ha resistido. Así que, aspirante a marinero, ¿cuántos días nos quedan para aprovechar los vientos de primavera y el viento que sopla desde los Bastones?

—No lo sé.

—Exacto —dijo él, sus sospechas confirmadas. Se volvió para subir al barco—. Ser Randall llegará en cualquier momento. El capitán y él decidirán.

Suspiré y pasé veinte minutos sentado en un banco del muelle donde estaba atracado el Vigilante, observando el ir y venir de hombres y mujeres. Un pequeño tractor eléctrico arrastró una carreta de comida en barriles y cajas hasta el costado del buque. La dejó allí para que la cargaran más tarde.

Randall llegó al puerto con varios hombres. Me vio sentado en el banco, me saludó con un cabeceo y continuó con sus cosas, caminando por el muelle, examinando el Vigilante, intercambiando observaciones con sus compañeros. Había visto hacer aquello en todas partes; un ritual de revisión, para medir y asegurarlo todo, generosamente acompañado de gestos.

Cuando los hombres se marcharon, hablando y señalando, Randall me llamó desde la pasarela.

—¿Aún no tienes equipaje, ser Olmy? —me preguntó—. Thomas pensará que eres un hombre sin raíces.

—Lo soy.

—Lamento haberte hecho esperar. ¿Ha sido mucho tiempo?

—No mucho. He tenido una charla con ser Shatro.

—¿Sí?

—Creo que él no aprueba mi presencia aquí.

Randall sonrió.

—El capitán escoge —dijo.

—Eso me dijo ser Shatro.

—¿Seguimos adelante? —preguntó Randall.

Cruzamos la pasarela y subimos al barco.

El capitán Keyser-Bach, un hombre menudo y nudoso de ojos penetrantes, dedos delgados y frente alta coronada por una mata de pelo rojo, me miró con preocupación. El segundo oficial y Shatro entraban y salían del camarote, trayendo formularios para firmar, un periódico impreso (yo nunca había visto uno), una caja de manuales y textos, también en papel. Mientras firmaba papeles con una pluma, el capitán dijo:

—Supongo que el respetable primer oficial te habrá dado una idea de a qué nos enfrentamos.

—Sí, ser.

—Capitán —puntualizó Randall.

—Capitán.

Examiné el camarote: paredes de árbol-catedral pintadas de blanco, con molduras

de lizbú; suelo de xyla con cornamusas de bronce; conductos de cerámica bajo una pequeña mesa de laboratorio; una pared cubierta de mapas enrollados y una caja llena de gruesos libracos. Una pizarra colgaba del mamparo, junto a la estrecha litera del capitán. El aire olía a etanol y a otros productos químicos que ocupaban una mesa junto con el microscopio óptico. El microscopio era el foco de la habitación, como un icono; sin duda esos instrumentos eran mucho más raros que las pizarras, y Randall y el capitán habían luchado para obtener autorización para llevar uno en la travesía.

Había trozos de un vástago no identificado pinchados en una tabla y etiquetados.

Salvo por la ropa —camisas largas ceñidas con cinturón, pantalones holgados y sandalias— podríamos haber estado en un laboratorio de la Tierra de fines del siglo XIX.

—En Athenai nadie siente entusiasmo por esta expedición. Algunos nos demuestran su interés, otros nos dan ánimos, pero nadie está entusiasmado. El propio Lenk duda de su utilidad. —El capitán terminó de firmar y cogió el periódico—. Algunos, al menos, hemos redescubierto la ambición. ¿Cuál es tu ambición?

—Aprender acerca de los ecoi y del lugar que ocupamos en ellos, capitán.

—Si el primer oficial te considera adecuado, yo no pondré objeciones. Aún nos faltan tres personas... diez, si contamos a los tripulantes. El Hado y el Logos mediante, zarparemos. —Arrancó una hoja de la carpeta y se la mostró a Randall—. Recibimos esto mientras estabas en el Terra Nova. El permiso del administrador de Ciencia y Metalurgia de Athenai. Tendría que haber llegado hace tres meses. Nos prohíbe «arriesgar innecesariamente la nave Vigilante, ya que contiene metales, e informar sobre los hallazgos a nadie que no sean los funcionarios y ministros de Lenk». Ciencia y Metalurgia, ya lo creo. Como si el metal de la nave fuera más importante que los tripulantes o que la misión... —El capitán metió el permiso dentro de la carpeta. Agitó el periódico y le mostró los titulares a Randall, que se inclinó para leer—. Aldeas atacadas en la costa norte y Jakarta, y río arriba lo de Claro de Luna. Naves capturadas. Tripulaciones abandonadas en botes o balsas. —Hinchó los carrillos, entornó los ojos, se pasó la lengua por los dientes. Luego se irguió y alzó una mano como si nada de aquello le importara.

—Yo siento hambre de conocimiento —dije—. Necesito adquirir experiencia. También necesito llegar a Athenai. Eso es todo. Mis padres me dijeron adonde ir para recibir educación. Para aprender.

—¿Qué edad tienes? —preguntó el capitán. Tenía la curiosa costumbre de tocarse la prominente barbilla con los dedos y de tirar de ella hasta dejar un espacio de un par de centímetros entre los dientes, mientras mantenía los músculos de la mandíbula tensos, como en un desafío.

—Veinte años.

—¿Familia?

—Datchetong. Una rama no reasignada.

—¿Conque proscrito y sin educación?

Aparenté incomodidad, asentí.

—¿Vinculado o ligado?

—No pertenezco a una tríada. He pasado en la silva un par de años, a solas. Tratando de estudiar.

—Entonces al menos tienes aptitud para la supervivencia. ¿Debo consultar al disciplinario para cerciorarme de que no huyes de su ira?

—Ambos hemos visto al disciplinario —comentó Randall.

El capitán me estudió con ojos penetrantes.

—¿Sabes algo sobre nuestra expedición?

—Más de lo que sabía hace unos días —admití.

—Dos años en la silva... en la Zona de Elizabeth. Por el Hábito del Logos, eres un hombre misterioso. ¿De Claro de Luna? —Se volvió para mirar a Randall—. No me contaste eso, Erwin.

—No quería que tuvieras prejuicios. Regresamos de allí juntos.

—Debí adivinarlo. ¿Y el disciplinario lo aprueba?

—Hasta ahora —dijo Randall.

Keyser-Bach se acarició enérgicamente la barbilla.

—Dicen que los brionistas y el general Beys están operando en vanas rutas marítimas, requisando naves. No lo creo. Creo que a los brionistas les echan la culpa de demasiadas cosas. Pero no podemos permitirnos el lujo de no ser...

—Cautos —dije.

A Randall le gustó mi descaro, al capitán no tanto.

—Hace diez años que estamos organizando esta expedición, y comienza sin el respaldo entusiasta de ningún poderoso. Zarpamos con fe, mucha voluntad y nada más. —Hincho los carrillos—. Te sorprenderás de nuestros jóvenes, y de la valentía de nuestros marinos.

»Pero si el primer oficial te juzga apropiado, te tomaremos como aprendiz. No esperes consagrarte mucho a la ciencia. Espera callos y gritos.

Antes de que se reuniera la tripulación, recorrí la nave para hacer mi propia evaluación. En las décadas que habían pasado en Lamarckia, los inmigrantes que habían explorado aquellos mares habían modificado algunas palabras del vocabulario náutico, añadiendo, suprimiendo y abreviando, pero en general la mayoría era reconocible. También era familiar el diseño del Vigilante, un navío de cuarenta metros y tres mástiles fabricado principalmente con xyla, con rebordes de acero y bronce. Algunos detalles habrían sorprendido a los marinos de la Tierra (o de la cuarta cámara de Thistledown, donde la réplica de un clíper había surcado alguna vez el lago de los Vientos): ancho de manga, castillo de proa prominente, proa afilada

pero con una protuberancia bulbosa en la línea de flotación. Visto desde arriba, el buque habría parecido un cincel corto con una gota de pintura colgando del extremo en punta. A popa, dos molinos de viento con aspas de lona se inclinaban fuera de borda; sus rotores estaban conectados a generadores instalados dentro del casco.

Por lo que yo sabía del Cruce, Lenk había puesto trabas deliberadas al escoger a los naderitas más radicales para que evitaran la refinada tecnología del Hexamon. Los divaricatos aceptaban por decreto ciertos instrumentos y tecnologías que no existían en el siglo XX (como las baterías de las pizarras). Pero, salvo las señaladas excepciones que mencionaba el relato de la pizarra de Nkwanno, los inmigrantes habían llegado a Lamarckia careciendo de los conocimientos más elementales en materia de ingeniería, matemática y física.

Tal vez la ingeniería náutica aún no se había recobrado de las decisiones de Lenk. Con viento fuerte, teniendo un castillo de proa alto y una toldilla elevada, el Vigilante tendería a volcar. Los molinos parecían estar soldados, y navegando contra el viento, o con viento de estribor o babor, desviarían la nave.

La escasez de hierro era evidente. El casco de xyla del Vigilante era sólido, pero tenía muy pocos componentes de hierro o acero; el aluminio, el bronce, el estaño y el cobre se usaban con medida. Las velas y los mástiles se sostenían con una mezcla de sujetadores de sogas y alambre; los obenques alternaban la soga con el alambre, y todas las flechaduras eran de soga o lizbú. La soga y el alambre parecían usarse caprichosamente, pues la burda principal era de soga y el estay de trinquete era de alambre, pero la burda recibía el impulso del viento. Súbitamente sentí preocupación. Esperaba equivocarme, pero sospechaba que el Vigilante tendría muchos problemas en alta mar.

Lo cual podía explicar la pérdida de tantos barcos. En cuanto a la tripulación: treinta y un hombres y doce mujeres, los aprendices jóvenes entregados por sus triadas para un bautismo en el mar, tal vez por haber fracasado en la escuela Lenk (a pesar del discurso que me había endilgado el capitán); los mayores eran marineros, contratados entre los rechazados por las poco numerosas flotas mercantes. Aun con veinte mil habitantes, el comercio era lento, los viajes por mar precarios y peligrosos.

Entendí por qué el capitán me había aceptado con tanta facilidad.

El sol colgaba a poca distancia de los cerros de Calcuta. Una vez que terminaron de cargar y estibar los alimentos y el equipo en la bodega, el segundo oficial, un cuarentón fornido y rubicundo con el propicio nombre de Salvator Soterio, reunió a la tripulación en cubierta, delante de la timonera. Randall iba sentado en el cabestrante, los brazos cruzados, un rollo de quitasol de lizbú bajo un brazo. El ocaso arrojaba un fulgor resplandeciente sobre la nave, la tripulación, el puerto y los almacenes; el viento arrastraba hacia el mar el polvo negro de las silvas, realzando los colores del

poniente.

Esperando al capitán, permanecí entre los aprendices y marineros. Los que se conocían murmuraban e intercambiaban gestos cómplices, pero en general me ignoraban salvo por miradas de soslayo y algunos consejos roncós; uno de ellos: «Observa las maneras ajenas y observa las tuyas. Aprende y mézclate.» Lo cual significaba que siguiera el ejemplo de los tripulantes experimentados y me adaptase a las costumbres de a bordo.

El segundo oficial nos pidió atención. El capitán salió de sus aposentos y miró el sol poniente con los ojos entornados, como si fuera un insecto saliendo de debajo de una roca. Echó una mirada a la tripulación.

—Hemos recibido las órdenes y nuestra misión está confirmada —declaró Keyser-Bach—. Mañana zarparemos con las primeras luces. La mayoría sois nuevos en el Vigilante. Nuevos para mí y también para el primer oficial. Procedéis de naves que transportan cereales de Tasman y de barcos mercantes, y algunos de yates de placer, y debéis saber que el Vigilante sigue otros rumbos. Nos interesa el conocimiento, no el comercio. Circunnavegaremos Lamarckia por la gloria del conocimiento.

»Estudiaremos la vida de Lamarckia en sus formas más extremas. Se ha intentado antes... Dos misiones, cuatro barcos, dos de ellos hundidos. Que el Hado sea benévolo y los vientos propicios. Hay muchos peligros allá adonde vamos, algunos conocidos, otros no.

»Somos como niños sobre la faz de Lamarckia. Hemos pasado veinte años en estos mares y aún los conocemos muy poco. Y nos queda por ver la mitad del mundo. La suerte de este viaje depende de que todos nos mantengamos alerta.

»Como lo que se enseña en las escuelas Lenk, aun en las de secundaria, es tan poco, entiendo que es mi deber inculcaros una mejor comprensión de la naturaleza. Por ello este barco no es sólo una nave de investigación y exploración, sino un buque-escuela.

»Algunos pensarán que soy un excéntrico. Y si mis excentricidades provocan comentarios a bordo y me convierten en vuestro hazmerreír, así sea.

»Todos conocéis mi estilo. La justicia sigue al rendimiento. Todos haremos historia, si prestamos atención al tiempo y mantenemos los ojos abiertos.

El desánimo de los últimos días se disipaba. Miré a los tripulantes, a Randall. El rostro del primer oficial parecía cobrar una nueva luz, como si superase su fatiga.

Aquí vivían la época de empezar a explorar, los riesgos eran suficientes para cualquier aventurero. Miré el Vigilante, con todas sus rarezas y carencias, con creciente afecto.

Yo era el último de la nueva tripulación. El navegante y encargado del

aprovisionamiento, French, a quien había conocido antes, me incluyó en la lista de tripulantes y de provisiones, me dio un grueso chaquetón de hule, unos pantalones, un par de botas más apropiadas para estar a bordo, y me llevó a mi puesto en el castillo de proa.

Soteno, el segundo oficial, un hombre de mandíbula fuerte, mejillas mofletudas, hombros enormes y ojos despiadados, reunió a la tripulación antes del ocaso en cubierta. Randall observaba displicente desde estribor. Ocupé mi lugar entre los aprendices, sujetos esmirriados, poco más que muchachos boquiabiertos e inquietos.

—Buenas noches —dijo Soterio, con una sonrisa forzada.

—Buenas noches —murmuramos.

—Y también podríamos decir gloriosas noches —declaró, aunque sin mayor entusiasmo—. Pero dejaré los discursos sobre el orgullo y la gloria para el primer oficial y el capitán. Soy un hombre práctico a quien sólo le interesan su pellejo, su nave y su tripulación, en el orden que más os guste. —Hinchó los carrillos y sacudió la cabeza—. Pero hay reglas que fijaremos aquí y ahora.

Se paseó delante de nosotros, los gruesos brazos sobre el pecho, la mandíbula hacia delante.

—Yo cumplo las órdenes del primer oficial, y vosotros las mías. Sin remilgos ni titubeos. A la menor protesta, me tendréis encima. En este mundo no hay barco que se conduzca solo, y no hay ninguno que sea tan complicado como para que un tonto no pueda aprender a tripularlo. Pero debemos aprender. Esto no es un yate, así que olvidad vuestros días en la escuela Lenk o lo que fuere. El Gran Darwin no es un lago, sino un mar espumoso y rugiente, y tan despiadado como cualquiera que un hombre o mujer haya recorrido en cualquier mundo. —Nos miró con sus ojillos fríos.

—Sí, ser —respondimos.

—Y cuando comience el viaje, no seré «ser». Seré «señor», como exige la tradición marina, y no por cortesía.

—Sí, señor.

—Algunos habéis navegado, la mayoría no. Algunos habéis navegado al mando del primer oficial y del mío. Pero todos me seguiréis por cubierta esta noche y aprenderéis a conocer esta nave.

Soterio nos condujo por la nave, de proa a popa, hablando rápidamente durante una hora. Con lo que yo había estudiado sobre buques y navegación de cara a la misión, estaba apenas preparado para los cambios idiomáticos, para la inventiva de los inmigrantes. Muchos términos que usaba el segundo oficial me resultaban familiares, pero los inmigrantes habían construido sus buques sin la ventaja de la experiencia, y sólo usaban la terminología que encontraban en las pizarras que habían llevado consigo. Había diferencias, y mezclas de términos de varios siglos.

El Vigilante era un velero de tres mástiles, pero aquí lo llamaban un «triarbolado con cangreja». Los mástiles, en la jerga del segundo oficial, eran «árboles»; los llamaba «árbol de proa», «mayor» y «de mesana». Los nombres de las velas principales eran bastante fáciles de aprender. Las más bajas se llamaban «cursores» y, según el árbol, cursor de proa y cursor mayor. La vela principal de mesana se llamaba «cristiana». El próximo par lo formaban la «gallarda» y la «gallarda alta»; por encima de ellas, las gavias se convertían en «gaviera» superior e inferior. Los focos del bauprés y el botalón del trinquete se llamaban «vientres», el más externo el vientre volante (sin que esto arrancara la menor sonrisa a los aprendices). Los poco usados sobre-juanetes se llamaban «celámenes». Los estayes que sujetaban los mástiles seguían llamándose «estayes», y las velas que a veces colgaban de ellos velas de estay. Sin embargo las velas de cuchillo se llamaban «alas», sujetas a extensiones de las vergas llamadas «cepillos».

—Así son las cosas —dijo el segundo oficial—. Cuando el Vigilante corra con el viento en el trasero, batimos las alas con el vientre al aire, ¿de acuerdo?

Desafió a alguien a sonreír.

Las drizas, brazas, escotas y otros cabos reflejaban estos cambios. Me esforcé por memorizarlos, y por olvidar ciertas cosas que había aprendido en el lago de los Vientos.

Afortunadamente, en las cubiertas superiores e inferiores, los nombres habían cambiado poco. Aún se hablaba de popa y proa, de castillo de proa, cubierta de proa, cubierta principal y alcázar a popa del árbol mayor, pero la toldilla que estaba detrás de la mesana había vuelto al latín original, puppis. A la larga superestructura que había sobre el puppis, que me parecía demasiado pesada, la llamaban afectuosamente «castillo de pup». El capitán, el primer oficial, el médico y los investigadores del Vigilante se alojaban allí, y los dos laboratorios también estaban en el castillo de pup.

Los «artesanos» de a bordo —Story Meissner, el oscuro y sepulcral velero; la menuda y agria carpintera Varia Gusmao; William French, el navegante; el encorvado, barbudo y arrugado Pyotr Khovansk, maquinista; y Shatro, el único investigador que ya estaba a bordo— se alojaban también en el castillo de pup, en un camarote común o en uno contiguo a las cabinas de trabajo. Los marineros y aprendices (a veces llamados «monos», puesto que pasaban tanto tiempo en los árboles) tenían una litera en el castillo de proa.

Todos los que estaban por debajo de ese rango montaban guardia, haciendo turnos de cuatro horas con otras cuatro horas de descanso, repartidos entre babor y estribor. Cada artesano, marinero y aprendiz recibía tres comidas diarias. Cereales de Jakarta y Tasman, con harina de vellosa. El plato principal era masoja, una pasta de soja y vellosa, frita o al horno, o amasada como pan. El apio de río y los dióspuros secos en conserva aportaban a la dieta las vitaminas esenciales. La fruta y las verduras

terricolas cultivadas en las plantaciones de Calcuta se tomaban como postre. Los marineros no eran muy amantes de los frutos de vástagos como las cerezas de Liz, y los vástagos marinos rara vez eran comestibles, a diferencia de sus versiones ribereñas, que a veces podían ser nutritivas sin amenazar el sistema inmunológico.

Había planes (nos confió sombríamente Soterio) para alimentar de vez en cuando a la tripulación con vástagos de tierra que el cocinero considerase comestibles, previa aprobación del capitán y el jefe de investigación. Obviamente esto disgustaba a los tripulantes más experimentados, pues casi todos —según los rumores— habían probado algún vástago no procedente de Liz, y no les había gustado.

El paseo terminó con un breve sermón de Soterio sobre la disciplina.

—Se espera que cada cual haga su trabajo. El favoritismo de cualquier clase se considera «remoloneo».

Para el segundo oficial, remoloneo era cualquier cosa que se opusiera al orden de a bordo. Frunció las cejas y torció la boca como si recordase un gusto amargo.

—No habrá relaciones sexuales entre los tripulantes en alta mar.

No necesito explicar por qué. Aquí todos somos igualmente valiosos, y esas cosas ocasionan graves disputas. El médico les puede administrar filácticos. —Se refería a drogas destinadas a adormecer el impulso sexual, un interesante uso erróneo de la palabra.

El segundo oficial concluyó su sermón enumerando diversos castigos.

—A la primera infracción, cuatro horas en el celamen superior. A la segunda, confinamiento en la antecámara del almacén por el tiempo que el capitán y el primer oficial consideren oportuno. A la tercera, dejamos al infractor en el próximo asentamiento de tierra y contratamos a alguien más adecuado.

Envío a los tripulantes a ordenar sus efectos personales. Esa noche no se serviría la cena a bordo. Los tripulantes podían pasar su última noche en la ciudad.

En el castillo de proa, todos habían recibido un número de litera, pero los marineros, tranquilamente y con pocas trabas, se cambiaron de lugar con otros hasta colocarse a su manera. Esta toma de posiciones se organizó en unos diez minutos, con los desconcertados aprendices un paso atrás, perplejos.

Talya Ry Diem, la marinera más veterana, una mujer fornida de brazos y piernas musculosos y cara de bulldog, se tomó la molestia de explicarlo.

—Hay rangos y categorías incluso en una nave de ciudadanos libres. Más experiencia, más tiempo en el mar, más privilegios. Los marineros saben cómo evitar que os matéis. Es justo. Más aún, a mí me permite conseguir una litera mejor.

Colgaron una cortina que hacía las veces de biombo para las doce mujeres. Todas las mujeres eran marineras; ocuparon una parte de la sección de la élite y marcaron su territorio con la cortina. Como no había aprendices mujeres, no podíamos dividirnos más, y recibimos las literas peores. Entre ellas había tan pocas diferencias que no

valía la pena discutir.

Todos dieron su nombre para beneficio de los nuevos tripulantes. Estreché la mano de mis compañeros, pusieron a hervir té de Tasman y Ry Diem repartió bizcochos dulces.

—Éstos son especialmente para los nuevos, que no saben cómo funciona este tipo de nave —dijo—. Todos debemos tratar de entendernos de una manera especial, a la manera de los marineros, que permite convivir durante meses o años sin que haya muchas peleas. Si tenéis problemas o preguntas, acudid a mí o a ser Shankara. O a Meissner, el velero. Es un buen hombre. He navegado antes con él.

Los aprendices, tras resignarse a estar más cerca de la proa, en los lugares más estrechos y con las literas más pequeñas, se pusieron a ordenar sus pocas pertenencias valiosas, para que todos supieran quién podía haberle robado qué cosa a quién. Ya habían señalado a dos personajes como posibles ladrones: los más jóvenes y flacos, ambos de rostro estrecho y extraño, Uwe Kissbegh y Uri Ridjel, que siempre ponían cara de inocentes.

Un muchacho alto de dieciocho años, con una tupida cabellera castaña rasurada sobre las orejas, me estrechó la mano con suma convicción.

—Me llamo Algis Bas Shimchisko. Es mi primera nave. ¿También la tuya?

Asentí con una sonrisa.

—Los aprendices deben protegerse. De lo contrario nos dominan los marineros. ¿Eres de Calcuta?

—Jakarta.

—Te presento a Miszta Ibert —dijo Shimchisko, rodeando con el brazo el hombro de un chico delgado de dieciséis o diecisiete años, con cara de ratón y pelo corto. Ibert sonrió—. Nos enrolamos juntos. Ambos hemos estudiado ciencia en las escuelas Lenk. Pasamos cinco meses en el corazón de Liz.

—Tierra adentro desde el cabo Zhuraitis —dijo Ibert—. Creemos conocer bien a Liz.

—¿Qué piensa ella de vosotros? —pregunté.

Ambos se echaron a reír. Shimchisko se palmeó la rodilla.

—Creemos que le gustamos, como a todas las mujeres.

Entre los demás rostros, presté inmediata atención al marinero Ellis Shankara, un hombre callado de tez morena y ojos risueños, grandes y penetrantes, pero de boca severa. La expresión atenta y tranquila de Shankara me impresionaba. Pasé unos minutos observando a una marinera de piernas cortas y cara redonda, de movimientos rápidos y nerviosos, que me resultaba extrañamente atractiva, pero cuyo nombre no había oído.

Kissbegh y Ridjel se encargaron de gastar una broma inoportuna mientras guardábamos nuestras pertenencias en cajones junto a las literas. Kissbegh se puso a

brincar como si ejecutara una danza para despedirse de la tierra firme. Ridjel lo seguía pedorreando con la boca. Como por accidente, tropezó con la cortina que nos separaba de las mujeres. La enfurecida Talya Ry Diem le propinó un par de golpes en la mandíbula y las orejas y lo empujó contra un armario.

—Hoy seré amable, pero si no te portas como un hombrecito te patearé el trasero —gruñó.

Sin añadir palabra, lo dejó allí; se le había borrado la sonrisa.

Aquello me gustaba. Parecía un ambiente vital y pendenciero. Tal vez pudiera adaptarme sin problemas a la cultura de los inmigrantes.

A pesar de mis aprensiones, y al margen de sus aptitudes, y a despecho de su aislamiento, aquella gente parecía decente y trabajadora. Todos deseaban aprender lo que podían, y estaban dispuestos a correr riesgos para conseguirlo.

Podía hacerme alegremente a la mar con aquellas personas, trabajar con ellas, aprender lo que pudiera. Podía olvidar, de momento, cuál era mi misión.

Antes de que terminaran las presentaciones, regresó el segundo oficial.

—Durante varios años veréis cada detalle de esto —rezongó—. Id a la costa una noche más.

Todas las mujeres salvo una optaron por permanecer a bordo, hirviendo masoja en un hornillo, colgando sogas de fibra para orear la ropa. La mayoría de los marineros y aprendices varones, y varios artesanos, bajaron del Vigilante poco antes de anochecer y tomaron por la Cuesta Empinada, enfilando hacia esa parte de Calcuta donde se suponía que iban los marineros.

La vida nocturna de Calcuta se concentraba en un distrito de la ciudad alejado del centro y rodeado por altas murallas de piedra, un húmedo conjunto de callejones y edificios derruidos del color del polvo. Había baches, ventanas rotas, letreros caídos, alcantarillas sucias. Los tripulantes de varias naves, la mayoría varones, recorrían esas calles. Sin mujeres, los hombres se ponían nerviosos; miraban las ventanas, hacían comentarios estúpidos, ensayaban su andar de marinero dando zancadas anchas y meciendo los brazos, tropezando entre sí, buscando alegría y algo que les levantara el ánimo para la próxima ausencia. Encontraban poca alegría y apoyo.

La breve llamarada del ocaso tino de naranja los edificios bajos. Pronto siguió un crepúsculo gris y sombrío. La precaria iluminación de farolas débiles sobre postes de xyla en las esquinas, nos convertía en sombras. Tres grupos desperdigados —veinte personas en total, entre ellas ocho del Vigilante, incluidos Shimchisko e Ibert, Shankara, el mayor de nosotros, y la joven aprendiz de cara redonda, Shirl o Shirla— fuimos de un pequeño bar con cinco taburetes y dos mesas, donde servían ron

amargo, pasando por un establecimiento mayor de comidas, hasta un lugar más grande, que los hombres más experimentados parecían eludir con rostro sombrío. Pero en ese lugar llamado el Mar Sin Peces fue donde recalamos.

Allí tenían los entretenimientos perversos (y en consecuencia atractivos) que podía ofrecer la ciudad divaricata. Media docena de mujeres de cara inexpresiva y algunos hombres pálidos se ofrecían para conversar, bailar o turnarse en las habitaciones de arriba. Era un ritual aceptado; los divaricatos no se caracterizaban por su mojigatería. Pero algo más flotaba en la atmósfera del Mar Sin Peces, una ansiedad culpable hecha de espanto y curiosidad. El mejor entretenimiento de este local, decían los entendidos, lo ofrecía Lamarckia misma.

Shankara nos condujo atravesando unas puertas gruesas de xyla hacia el aire fresco de una oscura habitación del fondo. Los sonidos de la cocina llegaban desde la izquierda. El ron surtía su efecto en mí, produciéndome una sensación nueva y nada desagradable.

Me senté con mis compañeros ante un escenario pintado de negro. Una mujer baja y esbelta de cabello castaño largo y mirada fija, que según algunos era la dueña, salió al escenario y se detuvo bajo una luz brillante. Hablaba con voz profunda y arenosa, sin mirar al público.

Algunos mascaban fibra, sin sabor pero aromatizada con edulcorante y ajo y rellena con un estimulante suave, y otros bebían más ron. La joven marinera de cara redonda se sentó junto a Shankara y se puso un plato de melaza en el regazo; comía despacio, mirando con ojos dubitativos pero interesados.

—Todos hemos vivido a la sombra de la silva —dijo la mujer con voz monocorde—. A todos nos han tomado muestras, y la silva nos conoce. ¿Pero podemos conocer la silva? Hay curiosidades, peculiaridades. Las zonas, ricas en vida, ¿nos detestan? ¿Notan nuestra existencia? ¿Pueden ver y pensar, o son ciegas como piedras? A veces nos sentimos envueltos en el seno de una madre desatenta, y lloramos en sueños como niños. Hay misterios que nadie desentrañará jamás. Misterios absurdos, fenómenos inexplicables. ¿Cuántos han oído historias?

Se alzaron algunas manos, luego otras.

—Yo he oído historias —continuó la mujer, asintiendo para sí, en tono de confesión y repentinamente misterioso—. Historias increíbles. Aterradoras, extrañas, pero no... sorprendentes. ¿Hay algo que nos sorprenda en este mundo que hemos escogido? —comentó con cauto resentimiento, enarcando las cejas, haciendo ondear el cabello castaño.

Me así por ambos lados al asiento de mi silla. Una bruma de irrealidad me rodeaba, no a causa del ron sino del olor animal de los cuerpos de esa estrecha sala, el áspero libzú entre los dedos, el suelo cubierto de trozos de hojas secas para absorber los líquidos derramados. El olor pegajoso de la fibra impregnaba el aire.

—Cuando mi esposo desapareció en Tasman Oriental, buscando curiosidades en la Zona de Baker, partí a buscarlo. Muchas semanas y meses en barco, luego pantanos densos, altas montañas...

—Adelante —gruñó un hombre barbudo, meciéndose en la silla, mascando fibra.

—Hasta encontrar... algo.

—¡Algo! —gritó despectivamente la multitud—. ¡Muéstranoslo!

—No está en salmuera —dijo la mujer, inclinándose hacia la multitud, extendiendo las manos, disfrutando de su melodrama—. Ni metido en un frasco.

—No es como nosotros —gritó un hombre, y la multitud se burló de sí misma con humor perverso.

—No está en un frasco. Está vivo. Vivo y lejos de su tierra, y muy solo —canturreó la mujer.

—Como nosotros —respondieron varias voces, entre risas nerviosas.

—Es extraño mirar sus ojos, si son tales, y preguntarse si piensa. ¿Echa de menos su hogar, a miles de kilómetros? ¿Echa de menos a su reina, a quien nadie ha visto? ¿Fui cruel al traerlo aquí...? ¿Buscaba vengar a mi esposo?

—Sé cruel, sé cruel —gritó un hombre ebrio que no era de nuestro barco.

Éste es el sueño, el sueño de Lenk, pensé. Alejar a su gente de Thistledown, de esas personas que ya no parecen personas, de la blasfema Vía...

El ron creaba turbias distorsiones, y ya no era agradable. Dejé el vaso y no bebí más.

Dos hombres morenos con delantal llevaron una caja de embalaje al escenario.

Brotaba líquido entre los tablones, empapando el suelo negro y alquitranado, alcanzando el borde, pensé que como oportó añejo derramado llegando al borde la mesa de un barco. Dentro de la caja, un suspiro, un tamborileo de ramas o varillas.

—¿De qué utilidad puede resultar para su zona, para su reina? —preguntó soñadoramente la mujer—. Semejante monstruo, tal vez sea totalmente inútil. Una diversión, un sueño desquiciado, una pesadilla. La silva sueña y se retuerce en su sueño. Oímos cómo exhala su negro aliento sobre la tierra, sobre nuestras cabezas, en nuestra piel y nuestro pelo. Talamos sus árboles, cosechamos sus hojas, cercamos a sus asistentes... ¿No sabrá un día lo que somos, y nos odiará? ¿Qué hará luego? Tal vez esto sea una prueba. Algo que al fin crecerá y atacará... Echemos un vistazo, y tal vez veamos nuestro futuro.

—Bah —se burló un hombre desde el fondo de la sala.

Se levantó y se fue. La mujer del escenario lo miró con ojos tristes y cansados. El aire fresco se aquietó de nuevo. La mujer se aproximó a la caja, retando al público con una mirada penetrante.

Manipuló un corroído cerrojo de bronce, abrió la parte delantera de la caja con un crujido.

Uno de los hombres corpulentos se plantó junto a una candileja y dejó caer una gelatina de color sobre la bombilla. El escenario se volvió verde, oscuro y frío.

—Desde el norte —gimió la mujer, como si llorase—. Tal vez mató a mi esposo. Quiere matarme a mí, y regresar a casa. Un monstruo, la pesadilla de la reina. Miradla.

La puerta se abrió. Dentro de la caja, detrás de unos barrotes de hierro, en una jaula, se veían patas largas, flacas y negras, docenas de ellas, con articulaciones rojas.

La mujer de cara redonda se inclinó hacia delante. El público calló. La pata de una silla raspó el suelo. La gente movió los pies.

—Por el Hado y el Pneuma —dijo una voz .

—Tal vez ansíe matarnos a todos —sugirió soñadoramente la mujer.

Las luces se encendieron arriba, bañando la jaula con un resplandor verde y amarillo. La criatura de la caja movió las patas. La mujer sacó de los pliegues del vestido una argolla de bronce con una gran llave, insertó la llave en la cerradura de la jaula, la hizo girar y abrió la puerta con un chirrido estremecedor. Los marineros de la primera fila del teatro retrocedieron con las sillas, hasta que la gente de detrás los contuvo con brazos y piernas.

—¿Qué haríamos si circularan libremente entre nosotros? —preguntó la mujer, continuando con su historia, convirtiéndose en víctima potencial mientras las patas se deslizaban hacia ella por el escenario, los pies con ventosas chapoteando en el líquido marrón. Un joven marinero que no era del Vigilante echó a correr. Shankara lo siguió con los ojos y me dedicó una sonrisa cómplice.

La criatura salió lentamente de la jaula y se detuvo bajo la luz pálida; una desmañada mole de tres metros de altura. Traté de distinguir su forma en el resplandor: un grueso tronco o abdomen que se arrastraba con la parte superior delgada, discos que giraban en los hombros. De los bordes de los discos nacían las patas largas y blandas. No tenía cabeza, sino un pedúnculo largo que surgía del tronco y se arqueaba sobre el cuerpo. De él colgaban dos globos transparentes, tal vez ojos, que dieron vueltas despacio con las pupilas negras escrutando al público. Suspiró, expandiendo el torso de forma alarmante, movió todas las patas juntas. El público gritó al unísono y retrocedió, tumbando mesas y sillas.

El vástago y la mujer parecían mirarse con igual distanciamiento.

—¿Qué deseas, monstruo? —preguntó fríamente la mujer.

La criatura alzó las patas como si la llamara.

—¿A mí? —preguntó la mujer con cierta jovialidad—. ¿A mí, además de a mi esposo?

—¡Basta! —protestó el hombre que estaba sentado frente a mí—. Por el amor de Dios, es sólo un vástago. Déjalo en paz.

La mujer lo ignoró. El público había ido en busca de un espectáculo crudo, y ella

estaba dispuesta a ofrecérselo. Los largos pliegues de su vestido contenían muchas cosas. Bajó una mano con elegancia y sacó un machete.

—¿Qué le daremos? —nos preguntó—. ¿Venganza o perdón? ¿Respeto o cólera?

De repente, yo también me encolericé y me costó contenerme. El rostro de la mujer estaba radiante de entusiasmo. Parecía dispuesta a trocear a la criatura. Entre las brumas del ron pensé: Esto no es una actuación. Pero los hombres corpulentos salieron de ambos lados y la contuvieron. Uno le aferró el brazo del machete, y ambos la alzaron. La mujer estaba tiesa como una tabla. La lenta y arácnida criatura suspiró, sola en el escenario, arqueó las patas, regresó a la jaula.

Los asistentes regresaron sin la mujer, cerraron la puerta de la caja y bajaron el telón. El público quedó aturdido un instante. ¿Eso era todo? ¿No había música de cierre, ningún anuncio?

Gruñendo desilusionados, todos se dirigieron hacia las puertas de vidrio que conducían al bar. Me quedé detrás, obnubilado y asqueado, desplomado en la silla. En cierto modo aquello me parecía tan atroz y perverso como la matanza de Claro de Luna.

La mujer de cara redonda, Shirl o Shirla, dejó su tazón de melaza y se plantó ante el escenario y el telón. En la cabeza llevaba un pañuelo y encima un sombrero negro. Su rostro parecía aniñado en la penumbra. Se volvió hacia Shankara.

—¿Qué es? —preguntó.

—Sólo un vástago del oeste de Tasman —rezongó Shankara—. No es del este. Y no es de Baker. Tal vez sea de la Zona de Kandinski. Pero es sólo una conjetura.

—¿Veremos más como ése? —preguntó la mujer.

Shankara soltó una risotada y me miró con sus ojos oscuros.

—Estremecedor, ¿verdad? Nosotros vivimos en la zona más aburrida de Lamarckia. Tenemos que importar nuestros monstruos.

—Ha sido maravilloso —dijo la mujer de cara redonda, con total sinceridad—. Pobre criatura. ¿Qué hace?

—Es un desbrozador, supongo. Algo que limpia raíces de arbóridos y prepara el suelo. Es tan peligroso como un grillo. He navegado en buques mercantes que iban a Tasman y he visto cosas mucho más extrañas.

Caminamos hacia la puerta, dejando atrás las mesas y sillas volcadas.

—Tu nombre es Olmy, ¿verdad? —preguntó Shankara.

—Sí —dije, mirando a la mujer de cara redonda, que clavó en mí sus inquietos ojos de pájaro.

—Ella es Shirla —dijo Shankara.

—Shirla Ap Nam, marinera —añadió la mujer. Se limpió los dientes con un dedo y sacudió la cabeza mientras atravesábamos las gruesas puertas—. Si tuviéramos un zoológico o algo así...

—El capitán tiene un zoológico —dijo Shankara—. Uno pequeño, en frascos.

—No me refería a eso. Si pudiéramos verlo todo en conjunto, todos los vástagos, no actuaríamos de una forma tan necia.

A medianoche, bajo un cielo sin nubes constelado con un doble arco de estrellas y una luna pequeña, los tripulantes regresaron al puerto y a sus naves, ni ebrios ni satisfechos del todo. Yo iba a varios metros de Shankara, Shirla y los demás tripulantes del Vigilante. Shirla me miraba por encima del hombro como si yo la acechara. Con su última mirada, se estremeció y frunció el ceño con aparente reprobación. Aquello contribuyó a entristecerme todavía más.

Cuando doblaron una esquina, un hombre salió de las sombras y alzó un brazo. Traté de esquivarlo por instinto, pero pronunció mi nombre. Era Thomas, el disciplinario. Llevaba un chaquetón verde y una gorra pequeña de tela con una coleta que le caía sobre el cuello.

—Esperaba que te quedaras el tiempo suficiente para responder a mis preguntas. Ahora te harás a la mar... y en una nave de investigación.

—¿Eso es sospechoso? —pregunté, hundiendo las manos en los bolsillos—. Me interesan las zonas, siempre me han interesado.

Thomas me miró con expresión indulgente.

—He tenido tiempo para verificar ciertos datos. No hay acta de nacimiento de un Olmy de los Datchetong. Ni certificados de escuela Lenk, ni consta tampoco ningún domicilio. A menos que vengas de Hsia, o de una comunidad no registrada, tú no existes.

Me sentí incómodo, y decidí arriesgarme.

—Ser Thomas, ya nadie tiene registros completos.

El silencio se prolongó vanos segundos. Al fin él miró los adoquines de piedra.

—No creo que seas brionista. No tendría sentido, a juzgar por tu comportamiento, y por el modo en que nos conocimos. Te habrías internado en la silva y luego habrías subido a un bote de pasajeros, o habrías fabricado uno. He pensado mucho en ti. Creo que te dejaré en paz y te permitiré ir a donde quieras.

—Gracias.

—Hace años existía un pequeño grupo de gente que mantenía una vigilancia secreta. Se hacían llamar adventistas. Esperaban la llegada de alguien del Hexamon.

—Parecen cristianos.

—«Advenimiento» significa la llegada de algo grande, importante. No tiene nada que ver con los cristianos. No todos expresaban su punto de vista. Uno de ellos robó algo y desapareció. Nadie conoce los detalles, salvo Lenk. Oí decir que había un adventista en Claro de Luna. ¿Lo había?

—No sé.

—¿Es una idea descabellada?

—¿Por qué no vinieron hace años? —pregunté.

Thomas sonrió.

—Pues yo tampoco lo sé. Algunos dicen que borramos el camino que conduce a Lamarckia y que estamos atrapados aquí para siempre.

—A mí no me molesta —dije.

Thomas recobró su expresión paciente.

—Si vinieran, tratarían de llevarnos de regreso a la Vía. Es la opinión general. Yo no estoy tan seguro, ahora que hemos pasado tanto tiempo aquí y nuestro número ha crecido. Somos dueños de este mundo, en la medida en que un humano es dueño de algo.

—No somos dueños de las zonas —dije, tratando de restablecer en parte mi papel.

—No —dijo Thomas reflexivamente—. Prométeme esto, por favor. Algún día, si hay tiempo, y si puedes aclararme ciertos misterios...

Sacudí la cabeza, como diciendo: Ideas descabelladas.

Thomas alzó las manos, las entrelazó y se frotó las palmas.

—La junta de ciudadanos ha tomado una decisión esta tarde. Los brionistas o sus renegados mataron a los ciudadanos de Claro de Luna. Naderville alegará que eran renegados. La junta de Athenai deberá decidir qué hacer. No tienes que volver a testificar. Eres libre de ir a donde te plazca.

Con un cabeceo, Thomas dio media vuelta y echó a andar calle arriba hasta perderse en las sombras.

Calcuta era una ciudad tediosa, pensé mientras subía la pasarela del Vigilante, al menos en lo concerniente a sus vicios. Los divaricatos no tenían talento para el libertinaje.

Ansiaba hacerme a la mar.

Permanecí insomne en el coronamiento, mirando las negras y frías aguas y la noche. El vacío que separaba las nubes oscuras estaba constelado de estrellas. Pensé en el sol de Lamarckia y en sus cinco planetas hermanos, sobre los cuales hallé muy poco en Redhill, salvo aquello que habían consignado los primeros topógrafos. Una notable laguna parparte de los inmigrantes, pensé, o un descuido de Redhill.

Lo que podía percibir a simple vista entre las nubes era tentador. Pocos grados al este del árbol mayor brillaba un punto azulado y brillante con pequeñas motas rodeando el borde de su luz concentrada. Era Pacífica, un gigante gaseoso con muchas lunas que parecía moverse con el transcurso de los minutos. Por encima del horizonte del oeste relucía un punto amarillento que sin duda debía ser otro planeta, tal vez Aurum. Alrededor titilaban miríadas de estrellas, entre ellas el doble arco, parte de la inmensa galaxia, similar a la Vía Láctea vista desde la Tierra. En los pocos

libros que Randall tenía sobre astronomía se usaban varios nombres para designar aquel borroso bucle gemelo: los Cerros, el Kraken, los Tetons. Ninguna autoridad astronómica había aprobado un nombre definitivo. Yo prefería los Tetons. Esperaba averiguar más al examinar los mapas que había en la caseta de derrota.

Dejé a mis camaradas en sus literas del castillo de proa cuando todos parecían dormidos. El navegante William French roncaba en su camarote del castillo de pup. Los libros y mapas de la caseta de derrota, iluminados por una luz tenue, añadieron mucho a lo que necesitaba saber sobre los actuales conocimientos de los inmigrantes.

No existían mapas completos ni precisos de Lamarckia. Nadie había visto el planeta desde el espacio. No se habían puesto satélites en órbita, y aún quedaba mucho por explorar, incluido todo el hemisferio opuesto a Tierra de Elizabeth, que algunos cartógrafos llamaban el Oeste Profundo y otros el Lejano Oriente.

Las cartas celestes eran bastante exhaustivas, y los inmigrantes habían realizado algunas mejoras sobre los originales de los topógrafos. Los datos sobre efemérides se guardaban en gruesos volúmenes en la caseta de derrota, muy corregidos por French, y tal vez también en la pizarra del capitán. (Nkwanno no disponía de esos datos.) Los marineros de Lamarckia sabían cómo orientarse, y cómo calcular la latitud y la longitud. Trabajar con el campo magnético del planeta era relativamente sencillo; había pocas desviaciones de la brújula en aquel hemisferio, y eran bien comprendidas.

Aun así, cualquier marino terrícola de la época del lanzamiento de Thistledown —o incluso al final del siglo XX— habría temblado ante la perspectiva de usar medios tan limitados e imprecisos. Los pocos lugares de Lamarckia que figuraban detalladamente en los mapas habían sido explorados por hombres y mujeres dotados de gran valentía.

El primer capitán de viajes de Lenk, Alphonse Jiddermeyer, había partido con dos naves de la recién fundada Calcuta cinco años después de la llegada de los inmigrantes. Su viaje de dos años lo llevó por la costa de Sumner, nombrada así por su piloto, a la punta noreste de Tierra de Elizabeth; luego al sur, donde descubrió las volcánicas islas Agni, a cuatrocientas millas de la costa este del continente. (Esas islas no figuraban en mapas posteriores. Algunas crónicas mencionaban enormes explosiones que se habían oído quince años atrás, y nubes de ceniza posándose en el sureste de Tierra de Elizabeth, el Mar de Darwin e incluso Hsia. Grandes olas habían barrido la costa de Cheng Ho y Jakarta, con graves daños para la colonia humana, y las naves mercantes y los exploradores posteriores no volvieron a ver las islas. En los mapas del Vigilante había signos de interrogación en esa región.

Tras abandonar las islas, las naves de Jiddermeyer fueron empujadas al sur por el suroeste, hacia el extremo meridional de Tierra de Elizabeth. Jiddermeyer y sus investigadores trazaron mapas de los contornos visibles de lo que luego se conocería

como las zonas cinco y seis, Petain y Magallanes. Rodearon el cabo Magallanes, internándose en una curva que sobresalía del cuerpo principal de Elizabeth como un colmillo gigante de las fauces de un tigre diente de sable, y encontraron las islas Kupe. Allí una tormenta hundió un barco, y el segundo —con Jiddermeyer y dos tercios de ambas tripulaciones— continuó rumbo al sur. Encontraron dos largas franjas de tierra, las denominaron las Alicias, por la marinera que las había avistado, y viajaron rápidamente al oeste, hacia las inmediaciones del continente del polo sur, a Tierra de La Perouse, apenas entrevista como una costa azul y lejana con un trasfondo de montañas y glaciares.

Allí se habían topado con feroces vientos del oeste que bautizaron como los Cuchillos de Hielo. Los vientos los impulsaron hacia el este a lo largo de La Perouse, el frío y tormentoso fondo del mundo. Así concluyó el proyecto de circunnavegar Lamarckia. El exhausto Jiddermeyer escapó de los Cuchillos de Hielo, reparó la nave en Alicia Sur y navegó hacia el norte, afrontando los vientos de estación. Su último y fortuito descubrimiento fue la isla de Martha, con su mar estéril y su fértil y variado ecos. Luego enfilaron hacia el sudoeste y recalaron en Jakarta.

Jiddermeyer había corrido tremendos riesgos. Nadie sabía si existían vástagos comestibles en las zonas alejadas de Tasman o Tierra de Elizabeth. Nadie sabía a ciencia cierta si la biología básica de estos dos continentes se repetiría en otros territorios. La jefa de investigación de Jiddermeyer, Kia Ry Lenk —hermana de Jaime Carr Lenk—, creía que en Lamarckia sólo encontrarían ecoi. Otros disentían.

Pero ella estaba en lo cierto, y no habían descubierto otras formas de vida. Adondequiera que iban, no encontraban vástagos dispuestos a comérselos a ellos, pero sí suficientes formas comestibles para alimentar a la tripulación. Aun así, la travesía había sido espantosa. Los desequilibrios dietéticos y los trastornos inmunológicos habían causado estragos en la salud de los expedicionarios.

De dos naves con doscientos cinco hombres y mujeres, sólo había regresado una nave con sesenta y cinco tripulantes. Muchos habían perecido en el naufragio del segundo buque, entre ellos Kia Ry Lenk, su esposo y sus dos hijos.

La exploración perdió su atractivo a ojos de Hábil Lenk. Nunca se recobró de la muerte de su hermana. Se fue de Jakarta y navegó al norte, hacia el continente más pequeño, Tasman, descubierto tres años antes por naves mercantes. Allí fundó lo que ahora era la segunda ciudad de Lamarckia, Athenai. Nunca había regresado a Jakarta ni a Calcuta. Esto había conferido a Tierra de Elizabeth una incierta independencia.

Poco después, Hoagland y su grupo de disidentes emigraron a Hsia y fundaron Godwin, más tarde Naderville.

Una sola expedición, encabezada por Dassin Ry Baker y Lucius Shulago, había seguido el ejemplo de Jiddermeyer. Veinticinco años después del Cruce, zarparon de

Jakarta, cruzaron el Mar de Darwin, se dirigieron a Hsia y bajaron hacia el estrecho de Cook y las islas de Cook, entre Tierra de Efhraia y Hsia. Rodearon la Tierra de Efhraia, regresaron al Mar de Darwin y navegaron al norte hasta llegar por accidente a la isla de Martha. Se dirigieron de nuevo hacia el sur, y una nave regresó, llevándose todos los archivos de esa expedición. Al otro lado de Hsia, en un océano ignoto, cuando buscaban dos pequeños continentes presuntamente avistados por naves mercantes extraviadas, Basílica y Nihon, Baker y Shulago desaparecieron con la segunda nave, después de enviar una débil señal de radio anunciando que todo iba bien.

El alba comenzó como una delgada línea rosada contra el cielo del este, cubierta en su mayor parte por los cerros coronados de arbóridos del este de Calcuta. Los grandes árboles-catedral se perfilaban como centinelas contra el fulgor de la mañana y, bajo sus copas, frondas plumosas se mecían en una brisa que aún no había llegado al puerto. El horizonte rosado se puso rojo y violeta, las estrellas desaparecieron, todo el cielo se llenó de rayos grises y azules.

Me desperecé y agité los brazos para combatir el frío, luego corrí por la cubierta para calentarme, junto con French el navegante y otros tres. El sol ya asomaba sobre el horizonte cuando el tañido de una campana de bronce anunció la hora de despertar.

Bajo cubierta me reuní con los demás tripulantes en el comedor. El cocinero, Leo Frey, un cuarentón apacible de cuerpo delgado pero vientre prominente y rostro triste, y su huraño asistente, llamado Passey, sirvieron melaza en cuencos de xyla y nos entregaron una gruesa tajada de apio de río. Los oficiales hacían cola con el resto y comían lo mismo, pero aparte, más allá de una puerta estrecha abierta. Los demás — incluidos el navegante, el maquinista, el velero y otros arte-sanos— se sentaban ante mesas toscas sin ningún orden en particular. La tripulación se sometió a la rutina matinal en un estólido silencio sólo puntuado por gruñidos soñolientos.

La tripulación terminó de desayunar en menos de diez minutos y se puso en fila para arrojar los cuencos en agua hirviente, fuera de la cocina. Tras unos minutos consagrados a la higiene personal (era un buque limpio con una tripulación limpia, algo que yo agradecía), todos se reunieron en cubierta para escuchar el discurso inaugural del capitán.

El capitán Keyser-Bach se plantó en el puppis, mirando a la tripulación con los ojos encendidos. Caminó hacia la borda con una sonrisa confiada y aferró la xyla bruñida.

—Hoy iniciamos nuestro viaje hacia los confines de este mundo, para comprender las formas de vida que lo habitan. Recordamos con respeto a Jiddermeyer, a Baker y a Shulago, pero no cometeremos sus mismos errores. También poseemos más años de experiencia en el mar, una nave mejor y sin duda una

mejor tripulación. —Se meció sobre las piernas, entrelazó las manos, inclinó la cabeza. La tripulación lo imitó—. Depositamos nuestra fe en las líneas trazadas por la Estrella y el Hado, confiando en que todos nuestros mundos confluirán para formar una cuerda, cada hebra un hombre o mujer, todos tirando juntos por la alegría de una vida bien vivida. En nombre de la Estrella, el Hado y el Hálito, iluminados por el Logos, inspirados por el ejemplo del Hombre Bueno, no faltaremos a nuestro deber, aunque rujan los mares y las montañas escupan fuego. —Y añadió con un hilo de voz —: Y aunque nuestra propia gente se alce contra nosotros. —Frotándose vigorosamente la barbilla, se volvió hacia Randall—. Sintonicemos nuestras pizarras con la hora de a bordo. Zarparemos dentro de quince minutos.

La brisa al fin había llegado a la bahía con renovada fuerza, y un viento del norte soplaba a cinco o siete nudos. En el mar, la distancia y la velocidad se medían, como en la Tierra, en millas náuticas y nudos, o millas náuticas por hora. En Lamarckia, cuyo perímetro era de 5.931 kilómetros, una milla náutica equivalía a 1.725 metros.

Me encargué de los obenques de los árboles de trinquete y mayor con los aprendices más jóvenes —los que habían estado a bordo un mes o menos, seis en total— y dos marineros. Mi grupo de cuatro colocó el rumbo de proa, otros desplegaron el rumbo mayor y la vela de gavia inferior. Luego pusimos las gavias superiores y las gallardas, y tres descendimos a cubierta para izar los vientres. Como la brisa soplaba de costado, perpendicular a la nave, el capitán y el segundo oficial nos enviaban de aquí para allá, para tirar de las drizas, y la nave comenzó a desplazarse, alejándose del puerto en zigzag.

En la orilla, esposas, hijos, familiares y amigos —una multitud de doscientas personas— agitaban manos, sombreros o pañuelos con sombría dignidad y pocas ovaciones. Por importante que fuera la ocasión, por monumental que fuese el alcance de aquella expedición, los ciudadanos de Calcuta no revelaban sus emociones.

Recordé las bodas y funerales de naderitas ortodoxos en Thistledown. Aunque los pechos estuvieran henchidos de emoción, los rostros no lo demostraban. Esa contención siempre me había molestado. En mi juventud, soñando con la gloria y los desafíos, siempre había deseado una despedida más cálida por parte de mi familia y mis amigos.

El Vigilante se dirigió con somnolienta lentitud hacia el centro del río. Los vigías de babor y estribor estaban ocupados en cubierta con los aparejos. El capitán iba a proa, con un pie en el bauprés, inspeccionando cada metro de agua.

Trepé por las flechaduras, con los músculos doloridos, para ajustar un motón atascado. Eché una ojeada al río y la silva; me dolían mucho las manos y los pies. Descendí rápidamente, mareado por la altura, y tiré de las drizas con mi equipo para izar la cristiana en el árbol de mesana y sujetarla a las cabillas de maniobra. Luego todos subimos de nuevo.

Las anchas aguas del delta lamían docenas de islas negras y arenosas. Las playas chispeaban como diamantes contra terciopelo en franjas de luz que irrumpían por las gruesas nubes. Eludir los bajíos y los sarmientos de viña de río requería maniobras diestras.

Al cabo de una hora, vimos rompientes que se abrían paso entre gruesas marañas de bejucos, un canal abierto de cuarenta metros de profundidad y cien de anchura, y más allá el Mar de Darwin, gris azulado y luego gris pizarra.

Mientras nos internábamos en el mar, el aire cobró un gusto salobre. El capitán Keyser-Bach permaneció a proa, la nariz apuntando al oeste. La brisa había alcanzado los doce nudos y nos desplazábamos a buena velocidad.

—Acorte las velas, señor Randall —ordenó—. Que icen dos puntos los cursores principales y dos puntos las gallardas de proa, y que desmonten los molinos por el momento. Iremos al noreste por el este hasta cruzar los Bastones. Luego iremos al este.

Aferrado de una verga, ayudando a otros cinco tripulantes a elevar y sujetar los puntos de la gallarda del árbol de proa, sentí el contacto de un nuevo aire y un nuevo viento, y un escozor en la piel. La mezcla de minerales de esas aguas no era igual que en los mares de la Tierra, y resultaba extraña para mi sangre; menos sodio, más potasio, más silicatos disueltos y más bióxido de carbono y oxígeno. Pero, a pesar del siseo constante de las burbujas de oxígeno en el agua, que parecía un refresco efervescente, aquello era innegablemente un océano.

Más tarde, cuando el viento aumentó todavía más, el capitán corrigió:

—Recoged todas las velas salvo las principales y las inferiores. Una vez que estemos en mar abierto buscaremos la mejor velocidad y nos mantendremos lejos de la costa.

—Sí, señor —respondió Randall, y llamó de nuevo a los aprendices.

A veinte millas y veintidós horas del delta, la espuma de las burbujas de oxígeno disminuyó. Rodeando los continentes lamarckianos, y en enormes franjas por los mares, vástagos microscópicos de eoi pelágicos disociaban el agua de mar en hidrógeno y oxígeno. Lamarckia había escogido la reducción del metabolismo en las primeras etapas de la historia de la vida, como la Tierra, pero los itinerarios y procesos eran muy diferentes.

Delante, erguidas como gruesos dedos, cinco torres marrones de más de cien metros de altura sobresalían del mar. Enormes «velas» rojizas se hinchaban en la cima de las torres, tejidos de una hectárea de superficie que absorbían la luz. En un momento de descanso, vi que las torres estaban mechadas de túneles.

—Los Bastones. Los Bastones de Bunyan —dijo el marinero Shankara, aferrándose al mástil—. De la zona cinco. El capitán se aproximará porque dan buena

suerte, luego nos dirigiremos al este.

La nave se deslizó entre los dos gigantes más meridionales. Las olas se encrespaban contra sus inmensas bases, retumbando en los túneles. Formas negras y bulbosas del tamaño de cabezas de vaca asomaban por los túneles más estrechos, con tres hileras de ojos que relucían en el sol del atardecer.

—Sirenas —gritó Shankara por encima del crujir de las velas y el zumbido del viento, mientras colgábamos de una verga atando puntas de rizos—. Lo observan todo continuamente. Miran el ir y venir de nuestras naves. Son espías de su zona. Su cuerpo...

Contuve el aliento ante una repentina ráfaga de viento que cantó entre las brazas y echó atrás las velas. Poco faltó para que nos derribara.

—Se deslizan por esos túneles como gusanos —continuó Shankara—. Eso me han dicho. Nunca he explorado los túneles.

—¿Crees que son inteligentes?

—Claro que no. Sólo observan. Quién sabe lo que ven.

—¡A trabajar y basta de remoloneos! —gritó el segundo oficial desde abajo.

A cien millas de Calcuta el viento arreció de nuevo, soplando con una fuerza de quince y veinte nudos, impulsando un mar rugiente bajo un cielo nocturno cubierto de nubes negras. Nos preparamos para ráfagas constantes. La quinta guardia comió la cena fría, pues Leo Frey decidió no arriesgarse a encender fuego con aquel viento ni a agotar las baterías con el uso de hornillos. Siete integrantes de la guardia de estribor y yo bajamos al comedor al terminar el turno y nos sentamos a comer con los dedos tiesos nuestra porción de masoja y fruta, agotados de cansancio. Con los molinos guardados y la nave funcionando con baterías de reserva, las lámparas eléctricas titilaban, primero las tres de un lado, luego las tres del otro, como turnándose en una guardia. Arrojabán sombras fluctuantes.

Con las velas bien firmes, se apostó una guardia para tormentas, y los demás tripulantes también fueron a cenar.

Randall se plantó en un podio delante de las mesas e hizo sonar una campanilla. Todos alzaron la cabeza sin dejar de masticar, y Randall anunció que el capitán deseaba pronunciar una breve conferencia. El capitán ocupó el podio, aferrando el atril con ambas manos cuando una ola sacudió el barco.

—Todas las noches espero continuar con nuestra educación acerca de los objetivos de este viaje —dijo—, comentar la naturaleza de los eoi y sus beneficios y peligros potenciales...

Muchos de los tripulantes más nuevos, como yo, aún no las tenían todas consigo. Llevaba tiempo acostumbrarse al movimiento de la nave y al estimulante pero fuerte olor de la espuma marina de Lamarckia. Uno por uno, con aquella pasta fría en el

estómago, los novatos le pidieron perdón al capitán y se retiraron, yendo arriba o a los gratiles, dos a proa y uno a popa. Conté seis desertiones mientras el barco se sacudía. Mi estómago también se revolvía a medida que el mar se enfurecía. El aire empezaba a tener un olor extraño, como de naranja rancia.

—Sí —dijo el capitán, al ver que mermaba su público. Repitió ese «sí», y al fin desistió, postergando la charla hasta la mañana.

—Es un buen capitán —dijo Algis Bas Shimchisko—. El mejor de Lamarckia. Un auténtico marino.

Miszta Ibert fue a servirse más pasta y la trajo sonriendo como si hubiera ganado un premio.

—Es muy buen capitán —convino el joven Ibert, comiendo con avidez—. Tal vez demasiado entusiasta, ¿pero quién puede culparlo?

Le miré comer y sentí que se me revolvían las tripas.

—Vaya —dijo Shimchisko—. Hemos perdido a algunos esta noche, ¿verdad?

—Algunos —dijo Ibert—. Tantos como esperaba.

—Se pondrán bien pasado mañana. Es el mar —explicó Shimchisko—. A veces hasta a un buen marinero le afecta el olor del mar cuando pasa un tiempo en tierra.

—¿Te sientes bien? —me preguntó Ibert.

—Nunca me he encontrado mejor —respondí, negándome a ir arriba.

En otra época mi cuerpo estaba equipado para afrontar cualquier emergencia, cualquier enfermedad, cualquier malestar. Ahora estaba realmente a solas, y ese cuerpo desnudo y natural me resultaba tan desconocido como el de un extraño.

Los días transcurrían de una manera que nunca había experimentado. El tiempo cobró una nueva cualidad. El barco se convirtió en un mundo aparte. Me costaba imaginar algo distinto, especialmente durante las guardias, cuando una tarea precedía a otra en vertiginosa sucesión. Un trabajo continuo y agotador, día y noche, aferrando flechaduras o colgando de vergas en medio de tormentas y mares encrespados, observando olas espumosas que alcanzaban la altura de las velas más altas. Momentos de calma chicha en que el Vigilante permanecía inmóvil o se deslizaba lentamente con un molino impulsado por las baterías de reserva. En lo alto de las drizas, en los mástiles y en los palos, recogiendo o desplegando, fijando el velamen para aprovechar el viento, colgando velas nuevas cuando las viejas necesitaban reparación, manejando las cabrias cuando fallaban (como sucedía con frecuencia) los motores eléctricos.

Engrasar los árboles —los árboles más bajos y gruesos consistían en tres patas rectas de árbol-catedral ceñidas con gruesas bandas de hierro—. Arrancar mechones

de fibra de grandes balas de junco para hilar bramante. Tensar los aparejos cuando se aflojaban con el uso. Frotar con piedra pómez la cubierta de xyla, dejando un tenue aroma a trébol y ajo. Limpiar a diario todas las superficies de cubierta.

Sólo al caer en mi litera, sumido en un estado casi espiritual de agotamiento físico, pensaba en mi vida anterior, en inmensas cámaras dentro de un asteroide y la infinitud onírica de la Vía. Nada de eso parecía real. Y sin embargo todavía no me sentía completamente integrado en Lamarckia. Me parecía que todos —el sabio Shankara, el displicente Ibert, los ridículos Kissbegh y Ridjel, el cínico pero inteligente Shimchisko, Shirla con su cara redonda— podían comprender con sólo mirarme que yo no era real.

Sólo los detalles que me proporcionaban los sentidos, minuto a minuto, daban a mi personalidad una solidez que la memoria no podía corroborar: el estimulante olor del aire salobre mientras capeábamos un temporal; los montañosos cúmulos que se convertían en macizos nimbos sobre las llanas y arenosas praderas y las mesetas de la costa de Sumner; los rojos y azules de los vividos ponientes a popa.

Aferrando sogas y alambres, empuñando lanzaderas de cabestrante, manipulando pasadores, mis manos se convirtieron en un laberinto de cortes, raspaduras y magulladuras, hasta que parecieron zarpas sangrientas. Lo que en Thistledown habría sanado en minutos u horas tardaba días en hacerlo. Aun así se curtieron, y ya no temía hacer cosas que, en mi inexperiencia de días antes, me habrían causado heridas dolorosas. Me agachaba, me aferraba, me colgaba, tironeaba, esquivaba, y aprendí cuándo gruñir y cuándo sudar.

Casi siempre el sol ardía, tostándome la piel. Se me formaron ampollas en los brazos y se me pelaron; seguí el ejemplo de los marineros experimentados y me unté las mejillas y los brazos con lechosa savia de lizbú, guardada en jarras de cerámica. Para combatir el resplandor del sol, me unté los párpados con rojinegro, el fino polvo que caía de los vástagos arbóridos de la silva de Liz. Mi cabello se convirtió en una mata seca, que dadas mis infrecuentes abluciones con agua dulce, solía estar cubierta de espuma salada.

Ibert me prestó un espejo de bolsillo. No me reconocí: ojos blancos aureolados de rojinegro, tez oscura, cabello tieso. Un pirata.

No había hablado con Randall desde que me habían asignado la litera. Después de la cena, cuando el tiempo lo permitía, el capitán nos hablaba sobre la visita de Jiddermeyer, Baker y Shulago a la isla de Martha. Esa isla era muy diferente de Tierra de Elizabeth. Volcánica, aislada de otras masas terrestres por miles de millas de océano, un ecos próspero en el centro de un mar estéril, era un lugar perfecto para la ciencia de Keyser-Bach. Se sabía poco sobre la isla, y había transcurrido más de una década desde el viaje de Baker y Shulago. Pocas naves viajaban ahora entre Hsia y

Elizabeth o Tasman; ninguna había pasado por la isla de Martha desde la visita de Baker y Shulago.

—Estamos practicando ciencia primaria —declaró el capitán, de pie ante el atril, mostrando las láminas ilustradas de los artistas de Shulago, reproducciones de fotografías de las cámaras de Baker.

Examiné las fotografías de los vástagos de Martha y los dibujos de Shulago con creciente desconcierto. Serpientes sin boca, arbóridos que recogían sus raíces cada varios días y recorrían el escabroso paisaje como inmensas babosas. Silvas enteras migraban de un extremo al otro de la isla en pocos días. Guardianes de duro caparazón rodaban sobre ruedas calcáreas, impulsados por vigorosos zarcillos, atentos a los intrusos, «olisqueando» a los humanos pero prestándoles poca atención. ¿Quién podría comprender semejante diversidad? El capitán a veces expresaba sus ideas sobre la organización de los eoi, acerca de las jerarquías, pero era reacio a explicar los detalles.

—Es pura especulación —dijo al final de una charla, respondiendo preguntas de los investigadores y los tripulantes—. Sabemos algunas cosas, pero no es suficiente.

La teoría no demostrada de que existían reinas o madres seminales era en el fondo una teoría que quizá respondía al deseo humano de respuestas más que a la realidad.

Al cabo de varios días, me relajé y dejé que el proceso de mi adaptación se completara. Pronto aprendí a sentir respeto por casi todos a bordo, y por la nave misma, que yo había subestimado. Nos causó pocos problemas en el mar, o tan pocos como podía causar una nave hecha con materiales primitivos e inadecuados. Sólo Shatro, el investigador, seguía sin impresionarme. Regordete, con músculos grandes pero blandos, más bajo que yo, con una cara aniñada en una cabeza ancha, era propenso por igual a temores y entusiasmos, sospechas y confianzas. Rara vez hablaba conmigo, pero yo nunca sabía si me trataría con suspicacia o diría una frase jovial. Nunca me dijo nada de excesiva importancia. Tenía la costumbre de afirmar lo obvio y luego avergonzarse de ello.

Aún no podía juzgar su aptitud científica.

En alta mar la tripulación respetaba las reglas del primer oficial acerca de las relaciones sexuales, pero el coqueteo era desenfrenado, y algunas parejas comenzaban a apartarse de los demás de manera alarmante. Los hombres se encargaban de las tareas de las mujeres, y las mujeres los acicalaban, cortándoles el cabello o curando heridas leves. Algunos hombres ocultaban sus cortes y contusiones a Shatro, el médico de a bordo, y las revelaban a sus amigas en privado. Pronto supe que muchas mujeres llevaban maletines que contenían medicamentos y ciertos manjares o golosinas que entregaban a los hombres a quienes cuidaban.

Shirla Ap Nam, la marinera de cara redonda, me reservaba a mí la mayoría de sus

atenciones, y habría sido grosero o descortés rechazarlas. Decidí tomarme con calma estas cuestiones. Yo era joven, mi cuerpo dominaba sus reacciones y no estaba aislado por implantes. El paso del tiempo complementaba el flujo de mis hormonas, y comprendí con cierta sorpresa que la socialización era una función corporal regulada por instintos profundos.

A bordo de Thistledown, la mayoría de nosotros —y casi todos los geshels— habíamos adquirido tantas capas de control consciente e intervención suplementaria que parecía, desde mi nueva perspectiva, que habíamos perdido de vista nuestra naturaleza animal. Y de eso se trataba, por supuesto. Nos habíamos elevado por encima del instinto y la rutina de la historia. Habíamos dado a la sociedad humana un carácter nuevo y más moderado.

Los inmigrantes tenían lo mejor y lo peor de su naturaleza no mejorada.

Al principio Shirla me parecía atractiva, aunque no en exceso. Habría preferido contar con la atención de alguna de las otras mujeres, pero no las alenté. Sin embargo, Shirla era agradable, y su conversación interesante. No parecía tomarse nuestros escauceos con demasiada seriedad, así que estábamos a salvo de los sermones de Talya Ry Diem, quien consideraba su deber impedir que las jóvenes resultaran lastimadas, como al parecer le había ocurrido a ella años antes, por los amoríos de a bordo, aun los no consumados. Pues la nave era tan pequeña (y el segundo oficial tan entrometido) que buscar intimidad para otra cosa era casi imposible.

Randall y el segundo oficial a menudo delegaban para resolver este tipo de problema disciplinario en Ry Diem. En parte gracias a su vigilancia, el segundo oficial no tuvo que cumplir sus masculladas amenazas de encerrar en la sentina a vanas parejas excesivamente afectuosas.

Para mi sorpresa, Ry Diem se hizo cargo de Kissbegh y Ridjel. Soterio se alegró de dejar a esos dos jóvenes problemáticos en sus tiernas manos. Ry Diem, Sonia Chung, Seima Ap Monash y las demás marineras impusieron a la tripulación su estructura social definitiva: la de una familia extensa, con Ry Diem como figura materna y Shankara y Meissner como figuras paternas. El capitán se convirtió en un severo director, mezcla de dios y profesor, y más de una vez oí que Ry Diem amenazaba a Kissbegh con llevarlo ante él. La posibilidad de tener que enfrentarse a Keyser-Bach por sus infracciones recientes, devolvía a Kissbegh por la buena senda.

Viajamos tres días impulsados por viento del oeste, luego viramos al sur-sureste, llegando a una milla de la costa oriental de Sumner, aunque siempre navegando por aguas profundas. Pocos lugares de la costa estaban explorados o tenían nombre, y mil millas de costa, llenas de caletas, desiertos y colinas, tenían un solo nombre: Sumner, por el segundo economista de Lenk, Abba Sumner, que también había proyectado Calcuta.

Oscuras corrientes impulsaban el Vigilante, y en mi poco tiempo libre yo permanecía junto a la borda escrutando las claras aguas. Keyser-Bach había acostumbrado a la tripulación a sus conferencias nocturnas, y recientemente habíamos tratado el tema de los vástagos pelágicos de la zona cinco. Los vi nadar cerca de la superficie; eran enormes píscidos llamados «tiburones-berenjena», de diez a quince metros de longitud, morados y con manchas blancas, de cuerpo grueso con simetría trilateral, de nariz roma y sin boca, y con hileras de afiladas y huesudas aletas desde la nariz hasta la cola. Giraban lentamente en el agua deslizándose bajo el Vigilante. También vimos peces-arco, de cuyas aletas nacían cintillas rojas de quince o veinte metros de largo. Había marañas de bejucos que parecían sogas, pero se separaban como el jabón en el agua cuando la nave las atravesaba, y luego se reagrupaban.

Tierra adentro una tormenta había soltado algunos árboles-globo, parientes cercanos del lizbú, según Randall. Al tercer día, el saco de gas de uno de ellos flotaba a estribor, arrugado y desinflado. Mientras yo observaba, enrollando sogas y reparando una cuerda rota con un pasador, píscidos con el tamaño y la forma de focas, aunque de color negro y plateado, atacaron enérgicamente el globo con sus colmillos externos, que el capitán denominó «dientes-espina», y sorbieron los jirones por los orificios que tenían en los costados. Echando una ojeada a uno que se acercó al barco, no vi cabeza ni boca, sólo aletas en forma de raqueta con zarpas blancas afiladas y, formando una hilera en cada flanco, pequeñas aberturas que revelaban un tejido interior azul. Nadaban rápidamente adelante y atrás, invirtiendo ágilmente la dirección con sólo girar las aletas. Algunos, entre ellos Shimchisko e Ibert, creían que los tiburones y otros grandes píscidos comían todo lo que se arrojaba al agua. Shankara pensaba que actuaban como equipos de limpieza, y que en realidad no digerían los fragmentos que tragaban, sino que los llevaban a estaciones especiales donde eran procesados.

Según el capitán, los actos de depredación entre los ecoi eran raros en Tierra de Elizabeth y Petain, o al menos estaban muy regulados.

—Observan y espían continuamente, enviando ladrones o exploradores, habitualmente por aire pero también bajo tierra, o surcando el río o el mar. Los límites entre las zonas están claramente marcados, pero en ocasiones, partidas de vástagos móviles cruzan en rebaños, arrebatan lo que pueden a los arbóridos o fítidos y regresan. No sabemos por qué. Tal vez las zonas necesiten desafiarse entre sí. Tal vez sea una especie de deporte...

Shirla lo comparó con los mordiscos entre amantes, pero no supe si hablaba en serio.

6

Al atardecer, cuando terminaba mi turno, con la labor del día concluida y la nave aparejada para hendir los fuertes vientos, me apoyaba en la borda de estribor para estudiar la costa desde una distancia de cinco millas náuticas. Los altos peñascos de aquella parte de la costa oriental de Sumner estaban hendidos por profundos surcos en forma de U que proyectaban lenguas pedregosas en el mar y luego se internaban sinuosamente tierra adentro. Supuse que los glaciares habrían tallado esos surcos en la antigüedad. Arbóridos cortos coronaban las mesetas y llanuras, y entre ellos se extendía una aterciopelada moqueta de fítidos azules y pardos, que formaban montículos suaves. El sol había alcanzado su cénit vernal cuatro horas antes y ahora huía gradualmente hacia el oeste, caldeándome el rostro y las manos, alumbrando los cielos despejados con un color azul pálido casi blanco, sobre Tierra de Elizabeth. El aire tenía un dulce aroma que yo desconocía, y el océano entonaba sus líquidos ritmos contra el casco, un metrónomo de olas y aguas arremolinadas. Nuestra estela trazaba surcos blancos, ondeantes y brillantes que pronto desaparecían.

Randall se me acercó y se apoyó en la baranda, con ánimo de hablar.

—Hace una semana que estamos navegando —dijo—. El segundo oficial y yo te hemos vigilado.

Asentí, sin saber qué decir.

—Me dijiste que aprenderías pronto, y así es. Juraría que has navegado antes.

—Soñé toda la vida con navegar.

—Eres el mejor aprendiz de a bordo, incluso mejor que Shimchisko, aunque es un tío decente, a pesar de su lengua viperina. Pronto podrías ascender a marinero si quisieras. También he notado que asistes a las charlas del capitán aunque estés muy cansado.

—Son fascinantes.

—Sí, es un buen capitán, pero tal vez sea el mejor científico de Lamarckia. Al menos tanto como Mansur Salap. Hace diez años que recorremos juntos Tasman, Elizabeth y las islas Kupe, por mar y por tierra. —Dejó que el silencio se prolongara unos minutos, escuchando el viento—. Lo que me interesa es tu rostro, ser Olmy. Los aprendices y marineros tienen rostros que me resultan familiares. Conozco sus caracteres. Tengo que juzgar a la gente, y creo que soy bueno para eso, pero a ti no puedo juzgarte por el rostro, por el Hálito ni por el Hado. —Me miró directamente, acodado sobre la borda, las manos entrelazadas—. Juraría que eres mayor de lo que aparentas y que sabes más de lo que dices.

Enarqué las cejas al oír estas inquietantes observaciones. Primero Larisa, luego Thomas, ahora Randall. Parecía transparente para ellos.

—¿Cómo te llevas con la tripulación? —preguntó.

—¿En qué sentido?

—No riñes, no discutes y desde luego no aspiras a ocupar la litera de un marinero. Eres tranquilo y modesto, ser Olmy.

—Gracias, señor. He trabado amistades y he seguido consejos. Supongo que soy popular porque sé escuchar.

Randall rió.

—Pero ocultas algo.

—¿Porqué?

—Supongo que la proscripción de tu familia afecta tu espíritu. Dos años en el corazón de Liz. Testigo de una atrocidad. —Sacudió la cabeza, chasqueó la lengua comprensivamente—. No es fácil regresar al seno de la sociedad. Quiero decir, ser Olmy, que cuando lleguemos a Jakarta y a la Estación Wallace, y recojamos a Mansur Salap y a nuestros investigadores, habrá mucho trabajo que requerirá algo más que aptitudes de marinero. Escasean los ayudantes despabilados y de mente despierta. Desde el momento en que rescatamos a esos niños en Calcuta, me has impresionado. Te observaré estos días, pero no te pongas nervioso. En cuanto pasemos Jakarta, creo que te propondré como ayudante de investigación. Me parece que nos entendemos. —Cabeceó como si saludara la costa—. Me encanta este lugar, tan diferente de la silva que rodea Calcuta.

Al terminar la guardia de estribor, Shirla y Talya Ry Diem reunieron un corro de aprendices y marineros. Shirla me cogió del codo y me arrastró hacia allí, y Meissner trajo dos largos instrumentos con dos franjas paralelas de cuatro cuerdas tensadas sobre dos cajas de resonancia adyacentes hechas de fruta fétida seca. Eran kimbores, creados por los inmigrantes durante los primeros años que siguieron al Cruce. Meissner le entregó uno a Ry Diem y se puso a afinarlo. Ry Diem tarareó y cantó varias notas de una escala pentatónica, y otros integrantes del círculo se sumaron, adaptándose a los instrumentos y a Ry Diem. Sus voces hendían el viento.

Shirla se puso un zapato de xyla en un pie descalzo, tomó el kimbor de Ry Diem, marcó un ritmo en cubierta con la punta del zapato y tocó el tronco más bajo con los dedos. De inmediato la tripulación del círculo se puso a cantar. Meissner acompañaba con notas graves y vibrantes. Shimchisko se puso de pie, extendió las manos y cantó con voz de falsete. Se me erizó el vello de la nuca. Nunca había oído nada semejante. Era primitivo, pero muy complejo. Yo ignoraba que los inmigrantes de Lamarckia hubiesen desarrollado un estilo musical tan diferente.

Shimchisko cantó una lista de nombres, empezando por la gente del círculo, y la enumeración se volvió cada vez más exótica y descabellada. Otros lo acompañaron con palabras que les agradaban, y pronto doce voces se entrelazaron creando una compleja trama. La canción terminó en carcajadas, y Shirla tamborileó cinco veces en

cubierta con el zapato.

Siguió una tranquila balada cantada por Shirla y Meissner, en claras palabras que describían los amores de un joven y la personificada reina de la Zona de Elizabeth. Al parecer era una canción tradicional, y afectó profundamente a Shimchisko y a otros. Los ojos de Meissner se llenaron de lágrimas mientras Shirla describía el inevitable fin del amor de la reina y el suicidio del joven, que saltaba desde un peñasco al corazón de una silva desconocida.

El recital se prolongó dos horas, acompañado por sorbos de cerveza de fibra.

Randall se unió hacia el final con una canción que su madre le había enseñado; trataba de niños que nombraban los vástagos que encontraban en una silva recién colonizada. Tenía una voz grave pero bien modulada. Todos cantaban bien.

La velada concluyó cuando Leo Frey sirvió unas tortas dulces. Keyser-Bach bajó del puppis, y Gusmao —la carpintera solitaria— también nos acompañó, lo cual indujo a Soterio a brindar por los artesanos. Los marineros brindaron por el capitán y el primer oficial, y Randall brindó por los aprendices, «que se iniciaban en las artes de los mares lamarckianos». A su vez Kissbegh brindó por Talya Ry Diem, «que me partió la cabeza al principio, e insufla su espíritu en este barco».

Ry Diem se sonrojó.

Las estrellas despuntaron detrás de nubes delgadas. Me fui a acostar con la cabeza llena de música.

La nave rodeó un promontorio árido y ventoso llamado cabo Tristeza. Cinco buques habían naufragado allí, según me contó Shimchisko. El capitán escrutó el cabo con un telescopio, examinando la actividad de los vástagos. Los vientos y el mar eran favorables, y rodeamos el cabo sin contratiempos.

Cincuenta millas al sur del cabo Tristeza, a sólo cien millas de Jakarta, el capitán salió a cubierta, maldiciendo y agitando la pizarra.

—¡Nos piden que nos alejemos! —exclamó, hablando con Randall y el segundo oficial—. Acabo de hablar con el disciplinario y la junta portuaria. Dicen que han localizado intrusos frente a la costa de Magallanes. Dicen que esos grupos esperan entrar de noche e incendiar la ciudad, y que capturarán cualquier nave que encuentren en el mar. Negarán la entrada a todos los buques durante los próximos días, por si sitian la ciudad. ¡Al cuerno con todos! ¡No es justo!

Escuché desde el árbol de mesana. El trío conferenció, junto con el velero Meissner, y los marineros más veteranos. Me distrajo una chispa plateada a estribor: ptéridos, vástagos relucientes con forma de bumerán que arrastraban largos flecos, aleteaban sobre las olas espumosas y azules, hundiendo las alas y los flecos en el agua, levantando milagrosamente el vuelo, saltando a la próxima ola.

—Podemos continuar hacia la Estación Wallace —dijo Randall.

Pero el capitán no estaba dispuesto a aceptarlo.

—Aquí nos esperan provisiones y dos investigadores más —dijo—. Que me cuelguen si permitiré que un hatajo de torpes burócratas nos impida entrar en el puerto. —Batió palmas, rojo de furia. Luego, como si hubiera pasado una tormenta, su rostro se despejó. Se llevó las manos a los costados y dijo—: Aun así, no quisiera toparme con una nave de Beys en esta etapa... ni en ninguna otra. —Se puso a caminar enérgicamente—. Sí, sí —dijo con una sonrisa. Los hombres murmuraron, juntando las cabezas, y se dirigieron al puppis y a los aposentos del capitán. El segundo oficial, Soterio, subió a cubierta para reemplazar al primer oficial y miró a los aprendices y marineros jóvenes con cara de pocos amigos.

Tres aprendices y yo descendimos a cubierta a la espera de otras órdenes.

—Sabéis lo que eso significa, ¿verdad? —rezongó Ibert, arrojando una cuerda contra la cubierta.

Shirla le dio un golpe en el brazo y le dijo que bajara la voz.

—Nos enrolamos para pasar años en alta mar. No te quejes por un par de días en tierra.

—No es eso —gruñó Ibert, llevándose al hombro un rollo de soga.

—¿Entonces qué?

—El mejor teatro de Lamarckia —dijo Ibert, alejándose—. Y nunca podré verlo. Shimchisko apoyó la pierna en una verga libre.

—Ibert ama el teatro. El teatro en vivo. Y Jakarta es célebre por eso.

—Lo sé —dijo Shirla con exasperación—. Qué infantiles sois.

El primer oficial salió y deliberó con el segundo oficial.

—Manos a la obra —gritó Soterio—. Anclaremos en las aguas rojas de Sloveny Caldera.

—El capitán piensa esperar —dijo Shimchisko con cierta satisfacción—. Por mi parte, no entiendo por qué hay tanto miedo en la ciudad.

—No has estado en una ciudad saqueada —dijo Kissbegh.

—¿Y tú? —preguntó Shimchisko, corriendo hacia las drizas en respuesta a otro bramido del segundo oficial.

—No. Pero entiendo que ser Olmy...

Me reuní con los aprendices arriba.

—Agua roja —gimió Shimchisko, colgando de las perneras de las arraigadas—. Huele a sentina.

El buque navegaba con viento de babor. Rodeamos rápidamente una montaña que sobresalía del mar cubierta con franjas rojas, como si le hubieran pintado las cotas de un antiguo mapa topológico. La montaña, visible a cincuenta millas, tenía en el flanco suroeste un cráter inmenso que parecía lleno de cabello espeso y ondeante.

Brotaban nubes del escabroso borde del cráter. Yo no tenía tiempo para examinarla en detalle. El capitán estaba de nuevo en cubierta, con French el navegante, guiando la nave por estrechos corredores, entre arrecifes de bejucos. El mar se arremolinaba peligrosamente a pocos metros. Los bejucos se elevaban sobre las olas y extendían anchos abanicos y brillantes pétalos rojos de veinte o treinta metros de anchura, como enormes lirios de agua. La tripulación los llamaba «flores-castillo».

—Si naufragamos, nadad hacia las flores-castillo. Hay agua dulce en su interior— advirtió Shankara mientras nos apoyábamos en las drizas.

—Esta nave no naufragará —gruñó Soterio, aunque miraba nerviosamente por la borda.

Dejamos atrás los arrecifes. El vigía de babor corría por cubierta siguiendo las estridentes órdenes del segundo oficial. El viento al fin se disolvió en ráfagas apacibles, dejando aguas calmas. Un olor agrio impregnaba el aire; ni siquiera la brisa podía despejarlo. Las aguas parecían más tranquilas, menos efervescentes. Nos deslizamos hacia la sombra vespertina de la montaña. Aprovechando un descanso, aspiré grandes bocanadas de aquel aire perfumado.

—Aspiralo mientras puedas —me aconsejó el primer oficial desde el puppis—. Luego apestará como un cuenco de pasta agria.

Pronto fue evidente que la montaña era apenas una hermana menor, un parásito en el flanco de la descomunal Sloveny Caldera. La caldera estaba un kilómetro más abajo que la montaña pero medía ocho kilómetros de diámetro. El flanco oriental se había desmoronado siglos atrás y el océano lo había inundado.

Pasamos bajo las nubes que brotaban de la hermana menor y más alta, el monte Pascal, y el mar cobró un tinte purpúreo a la sombra. Cuanto más nos internábamos en el cuenco, más roja se volvía el agua, y más fuerte era el olor a sulfuro de hidrógeno, hasta que localicé algo que parecía una llamarada y llenaba la curva occidental de aquel puerto natural. El aire apestaba, en efecto, y escamas rojas cabeceaban en las aguas como pintura descascarillada. A menos de cien metros de la curva pared occidental de la caldera, el Vigilante echó anclas. Había una profundidad de trescientos metros.

Ayudé a los demás a recoger las velas, y luego todos descendimos a cubierta a una orden del segundo oficial y formamos filas en la cubierta principal. El capitán y Randall fueron a popa y se plantaron ante la tripulación. Shatro se reunió con ellos. Randall se adelantó.

—Necesitaré a doce hombres para una incursión en la isla. El capitán propone ir a tierra a realizar algunas observaciones, consagrar nuestro tiempo a algo útil hasta que podamos entrar en Jakarta. Dudo que otras naves nos sigan hasta aquí. No es fácil entrar ni salir, y huele mal. El capitán ya ha estado aquí, al igual que yo. Los peligros son mínimos, mientras seamos cautos. Ser Shatro y yo iremos, por supuesto.

¿Voluntarios?

Alcé la mano. Ibert me miró de reojo.

—Es una región muy desagradable —susurró Shimchisko desde el otro lado.

Shirla también se ofreció, y Shankara. Haciendo una mueca sin que lo vieran el primer oficial ni el capitán, Shimchisko se adelantó, y pronto lo siguió Ibert. En pocos segundos el capitán tuvo a sus hombres. Kissbegh y Ridjel parecían aliviados.

Los dos botes avanzaron por las rojizas y malolientes aguas. Todos, salvo el capitán, Randall y Shatro, se turnaban en los remos. Mientras remaba, vi que las escamas rojas eran algo más que manchas de pigmento. Flotaban sobre las olas con la displicencia de anémonas, pero aquellos vástagos de color sangre eran achatados, y poseían diminutos zarcillos que los separaban de sus compañeros.

El capitán nos condujo hacia un desfiladero abierto en la pared occidental miles de años atrás; un hilillo de agua bajaba dejando una marca blanca y amarilla en la roca negra y parda. Amarramos los botes a rocas que sobresalían cerca de una playa escabrosa, pequeña y pedregosa, y todos bajamos a la costa salvo los dos que se quedaron a montar guardia, Shimchisko e Ibert.

El agua marina era áspera entre mis dedos y me acariciaba la cintura con un cosquilleo desagradable. Una vez en la orilla, Randall nos ofreció a todos un bulbo lleno de polvo blanco para cubrirnos la ropa y la piel.

—Bicarbonato sódico —explicó—. Aquí el agua es un poco ácida, y es mejor neutralizarla mientras estéis húmedos.

Lo hicimos en pocos minutos. La ropa aún siseaba cuando en fila, encabezados por el capitán y el primer oficial, escalamos la hendidura.

Flores de azufre cubrían la roca por doquier. No había vida a la vista, el aire apestaba y era desagradable respirar.

—Ánimo, amigos —dijo el capitán—. Será sólo por unas cuantas horas.

Su entusiasmo no era contagioso. Me ardían los ojos y los pulmones.

A mi espalda, Shirla me dedicó una sonrisa de aliento.

—No es peor que las letrinas del barco —comentó.

El desfiladero conducía a la cima del macizo cuerpo principal del viejo volcán. Una ancha y negra llanura de fragmentos de lava se mezclaba con lisos ríos de lo que antaño había sido roca fundida. Fosos abiertos escupían vapor y vaharadas amarillas. El viento alejaba esas nubes del desfiladero, pero yo temía que el viento cambiara y nos asfixiáramos.

Randall y Keyser-Bach treparon a la cresta de un risco y otearon el terreno con sus prismáticos. Los demás nos sentamos, conteniendo el aliento, entre las vaharadas

de gas sulfuroso. Shirla tosió en un puño y se enjugó los ojos con un pañuelo.

Shankara, siempre tranquilo, dobló una pierna, apoyó un pie en la piedra y se cogió la rodilla con los dedos.

—No te frotes los ojos —le dijo a Shirla—. No te ayudará, y puedes lastimarte.

—¿Has estado antes aquí?

—He estado cerca de otros volcanes, en el oeste. Lugares interesantes. Allí donde vivía, los únicos vástagos móviles que sobrevivían cerca de los volcanes eran los perros de fumarola.

—¿Qué aspecto tenían? —preguntó un joven aprendiz, un sujeto robusto de rostro radiante llamado Cham. Se cubría la cara con un pañuelo.

—Son del tamaño de un chiquillo. Rojo brillante, como todo lo que está vivo por aquí. Largos, con seis o siete patas. Las patas traseras son largas, para saltar. Velludos, con tres o cuatro ojos en la espalda o la cabeza. Cosechan frutos de fumarola, unos floridos que crecen en estos lugares. Muy poca vida... sólo los perros y la fruta.

—¿Por qué lo llaman «perro» a todo? —preguntó Shimchisko—. Yo nunca he visto un perro.

Shankara se volvió hacia mí, que estaba sentado frente a él contra otra roca manchada de amarillo y blanco.

Todos contuvimos el aliento cuando una nube de hedor sulfuroso se acercó demasiado.

—Entre mi gente, todos eran intelectuales —dijo—. No hay lugar para los pensadores, y mucho menos para los investigadores. Así que trabajamos donde podemos. Lo mismo pasa contigo, supongo.

—Aja —dije, adoptando el tono nasal y displicente de Shimchisko o Kissbegh.

—Tienes el aire de un hombre que se ha alejado de su familia. Procuro estudiar a la gente que me rodea. Al final del viaje, conoceré a los tripulantes tanto como se conocen a sí mismos. —Sus mejillas cubiertas de lágrimas, su porte estoico y su parpadeo constante le daban un extraño aire de Lewis Carroll—. Ojalá regresara el capitán.

Randall, Shatro y Keyser-Bach se habían perdido de vista al otro lado del risco. La cabeza del primer oficial apareció primero, y pronto el resto, agitando los brazos.

—¡Los de allí! —gritó—. Traed el equipo.

Nos pusimos de pie con desgana, cargamos los sacos y subimos las cajas. Yo seguí a Shirla y Cham; Shankara me siguió a mí, con Shimchisko e Ibert detrás. Avanzamos entre trozos de lava y fisuras por donde brotaba un humo viscoso y amarillo. Detrás de Randall, el capitán y Shatro estaban de pie en una pequeña depresión que descendía hacia un gran valle.

—¡Todavía está aquí! —exclamó el capitán—. Tal como lo recordaba.

El valle estaba lleno de enormes y brillantes vástagos rojos en forma de jarra, el mayor medía de ocho a diez metros de anchura por veinte de altura. Sobresalían del suelo, en general erguidos, como bolos clavados en la arena negra.

Seguimos a Randall, Shatro y al capitán entre los bolos rojos, internándonos en el valle. Una humareda fétida y amarilla brotaba como miel sulfurosa de tajos en el flanco de los bolos y formaba charcos en los que chapoteaban nuestros pies.

—Es la subzona más simple que se ha registrado —explicó Keyser-Bach, avanzando, apartando las moles rojas al pasar, como un Sansón alegre—. Aquí es donde Jiddermeyer elaboró su teoría definitiva. Hoy hace veinticuatro años que le expuso esta teoría a Lenk. Vale la pena celebrarlo.

Randall hizo un esfuerzo para liberar su bota de un charco pegajoso. Los bolos se volvían más altos hacia el centro del valle, y ahora arrojaban bastante sombra. Brumas amarillas flotaban entre los acechantes vástagos rojos.

—¿Puedes explicarlo, ser Shatro? —dijo el capitán por encima del hombro.

—He leído sobre ello en tus libros, señor...

—Claro. Pero mis libros no explican el misterio. ¿Alguien puede explicarlo? Ser Randall... Shankara... —El capitán nos estudió con una sonrisa picara, un tanto socarrona—. ¿Ser Olmy?

—Ah, Olmy —murmuró Shatro, hundiendo las manos en los bolsillos, como aburrido de aquella comedia—. Tan bueno para la teoría.

—Aún no he visto lo suficiente, señor —respondí.

Sin que la pregunta obtuviera respuesta, trajinamos entre las gruesas raíces con forma de cimitarra; el líquido amarillo que arrastraban con su movimiento nos manchaba las botas.

Shirla murmuró:

—Pronto ayudarás al capitán a pelar vástagos y a Randall a destriparlos. Te echaremos de menos cuando te gradúes, Olmy.

Se cuadró burlonamente. Delante vi un claro entre los bolos, un charco de agua estancada en medio del valle. Trepamos a una plataforma de lava, por encima del gorgoteo del líquido amarillo.

En torno a la laguna, altos depósitos formaban una muralla irregular que impedía que la mayor parte del líquido se derramara sobre las raíces. En tres puntos del perímetro de la laguna, válvulas púrpura y negras adornadas con franjas rojas cerraban huecos en la pared, permitiendo que sólo algunas gotas de fluido amarillo cayeran en la laguna.

Miré la superficie vidriosa de la laguna. Bajo la superficie, capas de minerales rojos y amarillos formaban anchos abanicos. En los sitios donde el agua interceptaba los hilillos de lodo amarillo que atravesaban las válvulas, se extendían pátinas aceitosas de reflejos irisados que brillaban al sol entre las sombras de los bolos

circundantes. Me sentía incómodo, y no sólo por el olor.

—El acertijo no está completo —admitió el capitán—. Las duras condiciones imponen al ecos la simplicidad. No posee la versatilidad evolutiva, los inmensos períodos de tiempo, la prole autónoma que caracterizan nuestra formación evolutiva. Aquí hay energía y nutrientes, pero la clave es la especialización. Y he aquí el milagro: estos vástagos, los bolos, no pertenecen a ningún ecos. Forman una subzona propia, adyacente a Petain y Elizabeth, y dependiente de ambas. Dentro de un momento, si tenemos suerte, veremos lo que vio Jiddermeyer. Sucede todos los días, haga el tiempo que haga.

El capitán nos indicó que dejáramos los petates en la plataforma, encima del lodo amarillo.

—Es muy humano —reflexionó el capitán, sacando frascos de vidrio y un tubo metálico de una caja—. Las zonas son realmente sociales, pero también son individuos. Nosotros nos preocupamos por nuestros brazos y nuestras piernas, además de por nuestros hijos... nos preocupamos por los amigos y vecinos. Los ecoi sienten similar preocupación por sus vástagos. Ahora aguardaremos unos minutos. Algo interesante sucederá.

Me llamó la atención la similitud entre el modo en que Keyser-Bach y el abrepuestas Ry Ornis usaban esa palabra, «interesante». Para el capitán —aún más que para Randall— la vida era una sucesión de acertijos que resolver y asociar.

Una paz susurrante nos rodeaba. Nada salvo los suspiros del viento en aquel exótico peristilo, la aspereza de mi aliento en la garganta, nuestros susurros y jadeos mientras ayudábamos al capitán a tomar muestras de lodo y de la laguna.

El capitán había llenado dos frascos y los examinaba con inmensa satisfacción cuando oímos un zumbido procedente del extremo del valle. El capitán y Shatro extrajeron cámaras y trípodes para instalarlos en la arena negra y el lodo.

—Abejas, cabría pensar, que llegan para sorber la miel de estas inmensas flores —dijo el capitán con entusiasmo—. Tal vez sea bastante acertado.

Escuché ese zumbido con temor. Si eran abejas, parecían ser muy grandes. Miramos al cielo. El penacho nuboso que brotaba del cráter había cambiado de rumbo y flotaba sobre nosotros, y sus distorsionadas volutas de humedad se desplegaban en vientos cruzados como las fibras en el músculo de un pez. El penacho tapaba el sol, sumiendo el valle y sus vástagos en una penumbra fresca.

El hedor era casi insoportable. Shatro se inclinó sobre la laguna, sumergió una pipeta de metal y extrajo una muestra de los minerales que había bajo la viscosidad vidriosa.

—Aquí vienen —dijo el capitán—. Cosechadores. Las criaturas más extraordinarias que uno haya visto.

El zumbido se convirtió en una reverberación aguda, como si cien niños hicieran chocar varillas al unísono. Tres platillos negros y velludos como escarabajos achatados volaron sobre la laguna. Cada una medía un metro de anchura y tenía dos extremidades largas y delgadas delante y una especie de cola detrás, que se movía hacia los costados con cada ajuste en la dirección del vuelo. Uno descendió hacia el bolo más alto, en la orilla de la laguna, y alzó las extremidades estirando delicadamente la cola. La superficie roja del bolo se partió y formó cinco tajos horizontales profundos: estomas. El platillo insertó las dos extremidades en el estoma más alto y se apoyó en él. El zumbido se redujo a un tamborileo. Los otros dos escarabajos hicieron lo mismo con otros bolos. Nos rodeó un sonido de pistones, y gotas amarillas y hediondas llovieron sobre nosotros como un rocío sulfuroso, pegándose a la cara, a los brazos, a la ropa.

—¡Maravilloso! —exclamó el capitán.

Shatro fue tomando fotos y ajustando los trípodes. Alcé un saco de instrumentos para protegerme la cara del rocío. Mirando por debajo del saco, para ver cómo lograban volar sin alas, observé el borde delantero de un escarabajo. Ocho o nueve aberturas blancas y rectangulares se abrían y cerraban deprisa, produciendo aquel zumbido crepitante. Los escarabajos bombeaban aire hacia el interior de sus caparazones planos y lo expulsaban por detrás.

—Son dirigibles —dije, comprendiendo de repente.

—Muy bien —dijo el capitán—. Y cualquiera de nosotros podría alzarlos como plumas. Y no sólo han venido a sorber lo que necesitan. También alimentan a los bolos. Satisfacen las necesidades mutuas, de una subzona a por lo menos dos zonas.

Muchos otros escarabajos sobrevolaban el valle con la brisa que soplaba desde el oeste. Mientras revoloteaban de aquí para allá, sus compañeros se apartaban de los bolos, echaban a volar y se alejaban. Con un movimiento lateral, los bolos cuya producción se había cosechado retrocedían despacio, una majestuosa retirada que permitía que otros bolos acudieran a reemplazarlos junto a la laguna.

—Suponemos que regresan a una región del interior, tal vez junto a una madre seminal, y sueltan su carga —gritó el capitán por encima del zumbido—. Nunca hemos seguido su trayectoria. Siempre he deseado tener un aeroplano o un helicóptero para seguirlos. Tal vez encontraríamos nuestra primera rema.

Una niebla de vapor impregnaba el valle de un hedor insoportable. Todos se pusieron a toser. Shatro cogió su cámara y retrocedió.

—Ya es suficiente —exclamó Randall, apartando la humareda con las manos.

El capitán titubeó y habló de esperar la próxima bandada, pero el vapor era insoportablemente denso. Tosiendo, convino en marcharse. Recogimos nuestros bártulos y regresamos deprisa a la caldera y al mar.

Sin poder dormir, me tendí de lado en la litera del Vigilante, escuchando la incesante y espectral algarabía de tierra firme. Un mugido vibrante subrayaba el estrépito, acompañado por trinos agudos.

Habíamos levado anclas al atardecer y navegado varias millas hacia el sureste, alejándonos de las traidoras aguas de la sombra del monte Pascal. Luego habíamos anclado en un lugar tranquilo, a una milla del límite de la caldera hundida.

Esa noche el capitán estaba demasiado cansado para dar su charla de costumbre. Si sentía los pulmones tan cargados como los míos, no creo que pudiera hablar. Al menos aquí el aire era más dulce.

Cogí la pizarra de Nkwanno y busqué la última parte que había leído de sus diarios. Detrás de las cortinas, el fulgor tenue de la pantalla de la pizarra bañaba mi litera con un falso claro de luna.

Cruce 29,125

Hemos sobrevivido después de tantos desastres, y justo ahora que empezábamos a sentirnos más confiados las reglas cambian y todo lo que hemos aprendido puede resultar inservible.

Hace varias semanas que circulan rumores, entre viajeros y procedentes de villorrios del sur de Liz y las fuentes del Terra Nova, de que algo está sucediendo en la franja que separa Liz de la Zona de Calder, donde viven pocos de nosotros. Los robos han aumentado, según los granjeros del lago Mareotis, y el lago mismo cambió de color, pasando de azul a anaranjado en la costa este.

Ayer unos ministros delegados de Lenk —dos hombres y una mujer— regresaron del Mareotis y pernoctaron allí. Fui al puerto con Johanna Ry Presby y los recibí en el sendero. Parecían cansados y abatidos, y al principio se negaron a responder preguntas.

Johanna los invitó al refectorio y les servimos una cena fría. Su abatimiento pareció crecer mientras comían.

Traté de sonsacarles información. Se negaban a hablar, lo cual nos exasperaba. «Si es algo importante, debemos saberlo para prepararnos con tiempo —insistí—. Guardar secretos no beneficiará a nadie.» La mujer tenía lágrimas en los ojos pero nadie quería hablar. «Llegará pronto», dijo. Nos agradecieron la comida y se marcharon por la mañana temprano.

Se han recibido mensajes por radio de Athenai y Jakarta, la mayoría en el código de Lenk, aunque hemos descifrado algunos. La crisis se ha revelado gradualmente. A partir de los fragmentos, estamos vislumbrando el panorama general de un desastre.

No es en realidad un desastre, sino un cambio sustancial aunque quizá desastroso para nosotros; pero lo cierto es que aún no tenemos palabras para describir lo que sucede.

Cruce 29, 128

Me han invitado a acompañar a Redhilly Shevkoti al Mareotis. Shevkoti pasó a ser el agro de la aldea el invierno pasado, cuando murió ser Murai. Con la bendición del alcalde Presby, iremos río arriba para examinar la zona de tregua próxima al Mareotis, con la esperanza de aclarar por nuestra cuenta qué problema hay. Athenai se niega a suministrarnos información para preparar Claro de Luna de cara al futuro.

Cruce 29,134

Hace un día que estamos en el Mareotis. Con cierto riesgo, hemos recorrido la zona de tregua y visto cosas maravillosas y terribles. El límite de la zona —un terreno muerto y vacío entre los ecoi— ha sido invadido por preparadores de suelo, incluidos los que llamo sembradores, unos vástagos nuevos o que no hemos visto hasta ahora. Se trata de formas macizas y toscas que alcanzan los ocho metros de longitud y los cinco de altura. Parecen arañas con ruedas que se desplazan metódicamente...

Había leído acerca de los vástagos con ruedas, pero hasta ese momento no había pensado hasta qué punto estas criaturas eran raras. Con algunas consultas, encontré un pequeño artículo sobre los vástagos con ruedas en la enciclopedia de Redhill:

Las formas con ruedas desafían toda explicación práctica desde el punto de vista de la biología de la Tierra. Sin embargo, no debemos olvidar que es muy probable que los vástagos no se generen a partir de semillas que contienen sus propias instrucciones genéticas, sino que se ensamblen en fábricas biológicas. Es posible que las ruedas y las criaturas que las utilizan no se fabriquen juntas y al mismo tiempo, sino en diferentes momentos y ocasiones. La dificultad de imaginar una criatura que puede desarrollar y mantener ruedas se supera. Las ruedas incluso pueden considerarse como vástagos apañe, o como construcciones realizadas con materiales orgánicos, pero que ya no están vivos.

El estudio de la Zona de Kandinsky, en Tasman, indica la presencia de vástagos de este tipo, que pueden crear sus ruedas a partir de tejidos rendados y compactados de arbóridos ofítidos, y que reemplazan o reparan las ruedas gastadas cuando lo necesitan...

Volví al diario de Nkwanno.

... que remueven el suelo y lo preparan para la ocupación. Pero entre estas formas se mueven muchas variedades de ladrones y defensores, algunos vistos en la silva, aunque con poca frecuencia, y otros totalmente desconocidos.

Los ladrones y defensores hacen lo que han hecho siempre, pero a una escala y con una frecuencia insólitas. Los defensores —serpientes y artrópodos, úrsidos traslúcidos de cinco patas con relucientes dientes de sable en las patas delanteras— se mantienen detrás del viejo límite de la zona de tregua, capturando y ejecutando a los vástagos que cruzan desde el lado opuesto. Pero cada vez cruzan más vástagos, y los defensores ya no pueden con todos. Hemos visto defensores agotados, sentados en la silva modificada como guerreros exhaustos, temblando y derramando fluido por sus articulaciones desgarradas, mientras en derredor circulan vástagos extranjeros, felices de su nueva libertad. Pero los vástagos muertos cubren la silva en ambos lados. Es como si se combinara una guerra con una orgía.

Cruce 29, 136

Se nos ha acabado la comida y corremos el riesgo de morir de hambre antes de regresar a Claro de Luna. Sin embargo nos hemos quedado.

La carnicería ha alcanzado tal nivel que nos cuesta imaginar el desenlace. ¿Los ecoi se han embarcado en una lucha a muerte? ¿Una reina o madre seminal se ha ofendido por las acciones de su vecina y ha iniciado una destrucción que inevitablemente será mutua?

Lo que teme Shevkoti —y sus temores se nos contagian fácilmente, en medio del hambre y del terror— es que los vástagos de Liz que hemos identificado como comestibles o útiles sean destruidos, lo que reduciría nuestra provisión de alimentos.

Cruce 29,137

Nuevos transportadores han llegado para llevarse los vástagos muertos o moribundos. Los terrenos otrora fértiles de la zona de tregua y de las inmediaciones del Mareotis han sido despojados, o están cubiertos de cadáveres de vástagos que no se descompondrán. Gusanos rosados rodean a los caídos, consumiendo los restos, pero luego los gusanos mismos mueren y cubren el suelo. El proceso no se completa jamás, y sólo podemos ver hectáreas sin fin de desolación y muerte.

Cruce 29,139

Hemos comenzado a buscar vástagos muertos. Con nuestra pequeña radio nos mantenemos en contacto con Mareotis, y la destrucción también llega hasta allí. Los aldeanos están aterrados. Hemos luchado contra defensores y transportadores que intentaban llevarse vástagos comestibles, pero carroñeros del tamaño de hormigas entran en nuestros depósitos y se llevan nuestros alimentos, por muy procesados que estén. Es una purga, y todas las formas viejas deben desaparecer.

Me he puesto enfermo tratando de masticar restos de vástagos que reunimos como muestras. Afortunadamente, nada de lo que he comido me ha causado otra cosa que náuseas, y me he recuperado rápidamente. Shevkoti es menos afortunado, y tiene ampollas en la boca y las encías.

Es como si empezáramos de nuevo, en una nueva Lamarckia, con nuevos peligros.

Comienzan a llegar transportadores más pequeños, llenos de jóvenes vástagos inmóviles cuya forma definitiva apenas entrevemos. Shevkoti, aun en su agonía, ha descubierto jóvenes arbóridos y los ha clasificado como combinaciones de elementos de los arbóridos de Liz y los de Calder. Cree que en este conflicto Liz se ha impuesto. Sin embargo vemos muchos vástagos nuevos que nos resultan bastante familiares, aunque presentan algunos cambios de diseño.

Cruce 29, 141

Debemos regresar a Claro de Luna para compartir nuestro destino con el de nuestros vecinos. Ni siquiera podemos comer los vástagos nuevos más conocidos, que están proliferando y cubriendo de nuevo la silva. Moriremos dentro de pocos días si nos quedamos.

La zona de tregua ha sido borrada. La zona uno y la zona dos se han fusionado. Desde Claro de Luna, por radio, oímos que los científicos de Athenai creen que esto puede ser una especie de acto sexual. Describen este acontecimiento como «sexación y flujo».

Nuestros campos de Claro de Luna han sido pisoteados por vástagos intrusos, y nuestros huertos destruidos. Los edificios de la aldea están dañados. Creo que esto puede ser el fin, a menos que logremos trasladar a Tasman a todos los habitantes de Tierra de Elizabeth. Pero esa tarea resultará imposible.

Apagué la pizarra y permanecí sentado en la oscuridad, pensando en los terrores y penurias que había afrontado la gente de Lenk. Tenía una idea general del desenlace de la sexación y el flujo entre Liz y Calder. No había explicaciones muy completas acerca de lo sucedido, pero Calder ya no existía y Liz había cambiado para siempre.

Aferré la pizarra con una emoción que jamás había experimentado en mi breve y

equivocada vida, algo semejante a la reverencia. Aquel cadáver del muelle había sido un hombre fuerte y experimentado, en ciertos sentidos mejor que yo. Y lo habían asesinado sin piedad.

No podía asimilarlo. Mi mente estaba atestada y me sentía mareado de tristeza y confusión.

Pero sobrevivieron. Sin mi ayuda, sin la ayuda del Hexamon, la gente de Lenk sobrevivió y recuperó la prosperidad.

Parecía que al fin me vencería el sueño. Caí en un vacío oscuro y nuboso; no estaba ni cómodo ni preocupado por la comodidad. Los pensamientos iban y venían mientras mi conciencia se diluía en algo más profundo y elemental. No había dormido desde hacía muchos años, y la sensación era más perturbadora que los ruidos de la costa, o que lo que acababa de leer en los diarios de Nkwanno.

Oí golpes cerca. Por un momento creí que eran amigos en mi apartamento de Alexandria, en Thistledown, tratando de reparar un juguete roto golpeándolo suavemente contra el canto de la mesa. Abrí los ojos. Vi la cara redonda de Shirla, medio oculta por la cortina de mi litera.

—Bien —dijo—. Estás despierto. Randall, Shankara, el segundo oficial y otros están hablando en cubierta. Pensaron que querías participar.

Me pregunté vagamente si querían incluirme en un motín. El día no había sido tan terrible, sin embargo, y el capitán no había demostrado ineptitud en el ejercicio de sus funciones. Me levanté, me puse los pantalones y seguí a Shirla hasta la cubierta de proa.

Un grupo de nueve rodeaba dos faroles eléctricos: Randall, Shatro y el segundo oficial, el velero Meissner, en representación de los artesanos, Talya Ry Diem y Shankara en representación de los marineros y Shimchisko y yo, supuse, en representación de los aprendices. Más allá de la proa, perfilada contra las estrellas y las nubes que fulguraban a la luz de una sola luna, se erguía la distante sombra negra del monte Pascal. Tras haberme llevado a cubierta a petición de Ry Diem, Shirla se apartó de la luz del farol.

—El capitán duerme —dijo Randall—. Tiene una ligera indisposición. Prolongó en exceso su estancia en el monte Pascal. Nos pidió a ser Sotcrio, a ser Shatro y a mí que habláramos de lo que haremos si no podemos completar este viaje... Si toman Jakarta, en definitiva, y si los brionistas invaden Tierra de Elizabeth.

—Lo cual puede suceder pronto —dijo sombríamente Shatro.

Randall se aclaró la garganta y habló con voz ronca.

—El capitán invirtió su fortuna personal en este barco. Yo he aportado lo poco que puedo ofrecer. Los demás reciben una paga adecuada... pero si nos hacemos a la mar no habiendo nada seguro en tierra, al regresar podríamos encontrarnos con que nuestro dinero no tiene validez, que Brion se ha apropiado de todo y cambiado la

moneda. No lo sabemos, ya que, francamente, no tenemos mucha experiencia en estas cosas. Así que os hemos reunido, pues sois tripulantes de fiar e inteligentes, para pedir os vuestra opinión, para ver si este viaje es viable. Si no podemos seguir más allá de Jakarta, es preciso saberlo ahora.

Shatro se puso en el centro del grupo y dijo:

—Es posible que algunos tripulantes incluso simpaticen con Brion y esperen sumarse a sus fuerzas.

Miró a cada tripulante y, deteniéndose en mi rostro, entornó los ojos.

—No sé mucho sobre Brion, excepto que ha tomado Hsia y ha robado y matado —murmuró Ry Diem, mirando a los demás.

—El capitán tenía la esperanza de que pudiéramos pasar unos días explorando el desierto de Chefla —dijo Randall—, esperando hasta ver si los brionistas se marchaban. Luego habríamos entrado en Jakarta y recogido las provisiones y a los investigadores. Eso no es posible. Parece que los brionistas mantendrán un largo asedio para forzar un convenio. Jakarta nos aconseja que nos alejemos, puesto que esto podría conducir a la guerra.

—No estamos equipados para una guerra —murmuró Soterio.

—Deberíamos seguir viaje hasta la Estación Wallace y recoger a ser Salap —dijo fatigosamente Ry Diem—. Deberíamos ir y hacer lo que podamos.

—Eso piensa el capitán —dijo Randall al cabo de un momento.

Shatro reflexionó.

—Tiene sentido —convino.

—Pero tendremos a muy pocos investigadores —observó Randall.

—Salap y yo podemos hacer el trabajo —dijo Shatro—. Tal vez podamos pedir a otra gente de Wallace que nos acompañe.

Evidentemente, Shatro veía una oportunidad de ascender rápidamente. Pero Randall no parecía convencido.

—¿Creéis que la tripulación aceptará que sigamos por la costa hasta la Estación Wallace, y que una vez allí planeemos el rumbo a seguir?

Ry Diem sacudió su melena gris.

—No somos aficionados —dijo—. Hablando en nombre de los marineros, hacemos nuestro trabajo. A mí me parece un trabajo digno.

Shimchisko y yo nos miramos, y él cabeceó.

—Los aprendices no tenemos otras obligaciones urgentes —dijo—. Adondequiera que vayamos puede haber guerra.

—Estoy de acuerdo —convine.

Randall parecía aliviado.

—Se lo comunicaré al capitán por la mañana —dijo.

8

Mientras sorteábamos Jakarta y navegábamos por la escabrosa costa de Cheng Ho, el capitán se mantuvo en comunicación constante por radio con Salap, en Wallace; con menos frecuencia recibía instrucciones o boletines de Jakarta y Athenai.

Rara vez comunicaba estos escasos datos; le pasaba alguno a Randall o a Soterio para consumo del resto de la tripulación.

Las noticias no eran alentadoras. Tal vez Keyser-Bach quería que nos sintiéramos aislados de la historia que se desarrollaba en Jakarta. En parte lo consiguió. Nos concentrábamos en tripular el Vigilante, aunque siempre nos manteníamos atentos por si aparecían naves brionistas.

Al sur de Jakarta no vimos naves. Había poco tráfico por aquellas aguas. La costa del norte y del sur de Jakarta se encontraba en la Zona de Petain, que había sido explorada por sembradores y agrimensores bajo la dirección de Jorge Sao Petain meses después de la llegada de los inmigrantes. Habían navegado en toscas embarcaciones por la costa de Cheng Ho, al sur de Jakarta, aventurándose tierra adentro a intervalos regulares; habían encontrado pocas cosas de interés desde el punto de vista de los recursos minerales.

Mientras que la Zona de Elizabeth, bendecida con precipitaciones constantes, parecía limitarse a una espesa silva con cuatro tipos principales de vástagos arbóridos y tal vez treinta tipos de fítidos, la Zona de Petain, con muchos climas diversos, era muy variada, tanto en tierra como en el mar, su ámbito favorito. La variedad era mayor en mares y ríos. La tierra del sur de Jakarta estaba cubierta con una deslucida y uniforme moqueta de fítidos negros llamados matas de hollín, que rara vez llegaban al medio metro de altura. Cuando el capitán reanudó sus charlas, nos mostró fotografías y dibujos de estas formas y sus asistentes: moscas-cuervo azules, ptéridos del tamaño de la mano humana, que funcionaban como limpiadores, carroñeros y defensores; árboles-cornamusa, cubiertos con encogidas bayas grises o blancas que servían como nutrientes de varios vástagos artrópodos, entre ellos las moscas-cuervo; y una docena de cosas más, ninguna tan grande ni difundida como las formas pelágicas.

El principal triunfo de Jiddermeyer había consistido en demostrar la teoría original de los exploradores —valiéndose de especímenes aportados por Petain y analizados con equipo médico estándar— según la cual la zona uno era un organismo individual y la zona cinco otro.

Jiddermeyer había sido el primero en establecer los principios de la biología de Lamarckia, derribando siglos de teoría evolutiva con esta excepción a las reglas establecidas. No había competencia entre lo que él denominó «vástagos» dentro de un ecos, porque formaban parte de un mismo organismo, un individuo genético,

generado de manera desconocida para desempeñar papeles específicos y realizar ciertas tareas.

Sus colegas y alumnos —incluidos el joven Baker y Shulago— habían tratado de establecer el ciclo vital de los vástagos; se habían internado en las silvas para encontrar la fuente, la cuna o el hábitat de todos los vástagos.

Nunca lo habían conseguido. Habían descubierto que los arbóridos y los fítidos comenzaban siendo formas grises semejantes a babosas (llamadas «prevástagos» o «neonatos») y que viajaban o eran transportados cientos o miles de kilómetros, guiados por el canto de la silva para hallar vástagos enfermos o moribundos y reemplazarlos. Los arbóridos y los fítidos cumplían la función de las plantas terrícolas, y constituían el noventa y ocho por ciento de los vástagos catalogados de Liz. Los vástagos móviles, que se alimentaban en estomas especiales en vez de consumir a sus camaradas, cuidaban los bosques, limpiaban el entorno, consumían y eliminaban vástagos muertos, preparaban el suelo y cultivaban arriates, y en general cumplían la función de jardineros expertos.

Otros vástagos móviles, creía Jiddermeyer, actuaban como exploradores, ojos y oídos de las hipotéticas «reinas» o «madres seminales». Otros —como los reconocedores— seguían las actividades de los vástagos, permanecían atentos a las intrusiones de otras zonas o cruzaban los límites de la zona para actuar como espías. Jiddermeyer fue el primero en encontrar y describir ejemplos de intrusos disfrazados, vástagos que cruzaban límites. Procesadores y jardineros limpiaban los cadáveres de los impostores fallidos, y en varias ocasiones los impostores que tenían éxito eran descubiertos por accidente.

Cada zona había logrado, sin competencia directa, sin obedecer las leyes de la supervivencia del más apto, llenar los nichos disponibles, aprovechar por completo el sol, el aire, el agua y los minerales, las características y los recursos ambientales de Lamarckia.

Las zonas recibían su número por orden de descubrimiento, no de identificación como organismos individuales. Los exploradores que se dirigían río arriba desde Calcuta habían descubierto las zonas dos y tres, seguidas por la zona cuatro en la costa oeste. La expedición de Petam había partido poco después.

Lo que había asombrado a los primeros exploradores —que buscaban desesperadamente tierras de labranza y recursos— era la falta de variedad en las diversas zonas. La mayoría de las zonas contenían menos de mil tipos de vástagos, incluidas las variedades microscópicas. Aún más asombrosa era la aparente falta de competencia entre los vástagos. Excepto en los límites zonales, donde se desarrollaba una especie de «guerra fría».

La noche previa a nuestra llegada a la estación, a medio día de viaje si el viento mantenía su dirección y velocidad, vimos el borde de una enorme tormenta. El sol bruñía el frente de tormenta, transformándolo en un distante y nuboso templo rojo y dorado. El capitán fruncía el ceño en cubierta, observando la tormenta con los prismáticos.

Fiel a su palabra, Randall me invitó al estudio y laboratorio del capitán para una charla con Shatro y Keyser-Bach. Me di cuenta de que mi posición era delicada, pues todavía no tenía asignado un papel, y escuché con atención.

El capitán estaba agitado. Iba de aquí para allá frente a las cajas de frascos vacíos y los estantes de libros, balanceando los brazos.

—Esperábamos tener tiempo y posibilidad de concentración —dijo—. Tal vez no tengamos ninguna de ambas cosas. Es posible que Athenai reclame todos los barcos... a menos que comiencen pronto las charlas con Naderville. El Buen Lenk no puede permitirse perder barcos, ya sea en tormentas o a manos de piratas.

Keyser-Bach dejó de pasearse para atisbar por la pequeña ventana de babor.

La tormenta lo preocupaba.

—Ser Salap quiere que pasemos dos semanas en Wallace, así podrá concluir su trabajo aquí. Le importan poco las revueltas brionistas. Ojalá yo pudiera ser tan indiferente, pero no podemos pasar más de dos días en la estación.

—Entonces nuestro siguiente paso está claro —dijo Shatro, mirando a los demás, buscando su consenso—. Tenemos que recoger a Salap, Thornwheel y Cassir... y continuar nuestro viaje.

El capitán se encogió de hombros y miró nuevamente la muralla gris que cubría el horizonte.

—En esta atmósfera, ninguna tormenta puede durar décadas. —Tamborileó sobre el antepecho con los dedos—. Podríamos estar fuera del radio de escucha en cuestión de semanas. La captación de señales de radio siempre ha sido difícil por debajo de estas latitudes.

—No tanto —dijo Randall.

—¿Algún problema, Erwin?

—Me disgusta ignorar o eludir órdenes.

—También a mí —se apresuró a añadir Shatro. Luego, sin saber a quién disgustaría más, continuó a trompicones—: Pero la recepción es nula a veces. Más al sur...

—No se trata de desobedecer órdenes —declaró el capitán—. Se trata de adelantarse a la tormenta. Soy un Ahab con dos ballenas blancas, pero no las busco, sino que huyo de ellas. —Sonrió ante su propia agudeza—. Una es la política, que me ha arrancado una pierna, y de la cual huyo siempre que puedo...

—A menos que aprovisione tu nave —intervino Randall, tratando de desbaratar la

torpe metáfora.

—Y la otra es esa tormenta. —El capitán señaló por la ventana—. Por poco me alcanza cuando dejé a Salap en la estación hace dos años. ¿Cuál de mis ballenas blancas es peor?

Shatro sacudió la cabeza, sin acabar de entenderlo.

—Señor, el ascenso de ser Olmy no me convence.

—Sin duda —replicó Keyser-Bach en tono ácido—. Me parece que este joven es brillante, y andamos cortos de investigadores. Salap me ha dicho por radio que en Wallace podrán cedernos a lo sumo dos. —Extendió la mano como invitando a Randall a participar—. ¿Pero cuan útil nos será ser Olmy?

—Que lo juzgue Salap —dijo Randall—. Me gustaría tener la mayor cantidad posible de mentes capaces trabajando en esta expedición, y a disposición del jefe de investigadores.

—¿En qué ayuda una mente más? —preguntó Shatro de mal humor.

—Esta expedición no debería afrontar el mismo problema que afrontamos todos en este planeta —dijo Randall—. Vinimos aquí sabiendo que seríamos un grupo pequeño y aislado. No comprendimos cuánto nos costaría intelectual y culturalmente.

—¿Qué tiene que ver la cultura con esto? —preguntó Shatro.

—Entiendo lo que dice Erwin —comentó el capitán—. Nos enfrentamos con un rompecabezas enorme, que desconcertaría a nuestras mentes más brillantes aunque tuvieran acceso a todos los recursos de Thistledown. Pero no tenemos acceso a esos recursos. Y este barco, con todo mi respeto por los que viajan a bordo, no rebosa de genios creativos. ¿Verdad, Erwin?

—Aunque tampoco es un barco de locos —dijo Randall, moviendo la mano.

—De ninguna manera —dijo el capitán, entornando los ojos.

Shatro se encogió de hombros.

—Me di cuenta de que Olmy era brillante el día en que subió a bordo —continuó el capitán—. Pero siento poca simpatía por los presuntos exploradores que se internan en la silva sin educación ni preparación. He visto a muchos regresar convertidos en místicos delirantes, si regresaban. ¿La enormidad de la silva no te abrumó, ser Olmy?

—Me sentí perdido en ella. Abrumado, sí. Pero regresé en mi sano juicio, si a eso te refieres.

—De acuerdo —dijo el capitán—. Aprobaré este ascenso, con el consentimiento de Salap, siempre que no tengamos que navegar con un tripulante menos.

—Disfrutaré mi trabajo en cualquier caso, señor —respondí, tratando de ser humilde.

Shatro frunció el ceño, luego recobró su máscara de aparente neutralidad.

—Me gustaría atracar en la estación mañana por la mañana —dijo el capitán.

La noche había oscurecido el océano y la costa cuando subí a cubierta, pero al mirar al norte vi relámpagos brillantes, anaranjados y rosados, a gran distancia: la tormenta inmortal del capitán.

Por la mañana, la tormenta se había perdido de vista y la tensión disminuyó en el Vigilante. El viento se mantuvo, y navegamos sin tropiezos sobre aguas azules y profundas, bajo un cielo lleno de nubes algodonosas y cirros que parecían vellocinos.

La tierra del extremo sureste de la costa de Cheng Ho consistía en una hilera de peñascos bajos con cúpulas de granito contra los cuales el mar se estrellaba en finas líneas de rompientes. Tierra adentro, llamaban la atención unas torres rechonchas, semejantes a inmensos y gruesos arbustos espinosos podados por jardineros gigantescos. Al aproximarnos a la costa, las torres resultaron ser troncos entrelazados que cubrían varias hectáreas, elevándose a alturas de más de ciento cincuenta metros, y coronados por hojas rojas, brillantes y circulares de hasta diez metros de diámetro.

El capitán ordenó que bajaran el bote. Randall y Shatro supervisaron la carga de las cajas de provisiones y el paquete de correspondencia.

Habían pasado tres meses desde la última vez que un barco había visitado la caleta.

Shimchisko, Shirla, Ry Diem, Shankara y yo tripulamos el bote. Remábamos todos menos Randall y el capitán. Ry Diem y yo saltamos a las espumosas olas, empujamos el bote por una gruesa franja de «corteza de mar» —espuma seca con la consistencia del merengue horneado—, lo arrastramos a la playa y sujetamos la cuerda a un grueso tallo de bejuco de mar bien arraigado en la arena. Avanzamos por la playa por orden de rango.

Shirla no decía nada, y apretaba los labios.

Me pregunté hasta qué punto ese coqueteo era un cortejo, y qué reglas había violado yo.

Cinco hombres y cuatro mujeres nos salieron al encuentro. El jefe de investigadores, Mansur Salap, abrazó a Keyser-Bach con una cálida sonrisa.

Salap era el mayor de los nueve habitantes de la estación; tenía cincuenta y siete años, y mechones grises en el cabello negro y la perilla. Vestía pantalones negros holgados y camisa negra, con una chaqueta también negra y larga, e iba calzado con sandalias de fibra; era más menudo que el capitán, y un poco más delgado, aunque su delgadez parecía más proporcionada. Era un sujeto elegante que no desperdiciaba un solo movimiento, y hacía gestos precisos con sus dedos largos y sus manos femeninas cuando hablaba con una agradable voz de tenor, explicando en qué había consistido su labor de las últimas semanas. El capitán caminaba a su lado, barbilla en mano, asintiendo y frunciendo concentrado el entrecejo.

Thornwheel y Cassir, dos ayudantes de Salap en la estación, eran más jóvenes que

yo, aunque aparentábamos la misma edad. La juventud pasaba más pronto en Lamarckia que en Thistledown. El capitán nos precedió en nuestra marcha hacia el laboratorio principal. Las paredes estaban hechas de bastidores delgados cubiertos con láminas correosas. El techo era de bejuco de mar trenzado.

El capitán se sentó y Salap encabezó una visita guiada del laboratorio, contando el resultado de algunos de sus experimentos más recientes.

—La pradera no es sólo un vástago continuo, como pensábamos hace un año. Consiste por lo menos en cinco tipos diferentes de ellos, adaptados a partir de una sola forma a lo largo de los siglos o los milenios; una clase de criatura que desconocíamos hasta ahora. En vez de convocar y remodelar los vástagos en un punto alejado de su hábitat, el ecos les presenta plantillas modificadas y ellos se cambian a sí mismos.

El capitán escuchó atentamente, sintiéndose cómodo con Salap, y fascinado por sus descubrimientos, pero reacio a dar su opinión.

—Con el equipo del Vigilante, podríamos comprender fácilmente las relaciones de la pradera con los bejucos de mar y otros vástagos pelágicos. Hay una acción recíproca, por supuesto, como pensaba Jiddermeyer. Es una constante en todos los eoi. Pero la naturaleza de la relación entre los habitantes de tierra y los vástagos marinos o ribereños no está claramente definida. Aquí hemos estudiado la distribución de alimentos desde el mar, hemos medido y estimado la tasa de intercambio y lo que regresa al mar... Comenzamos a entender el metabolismo, por así llamarlo, de todo Petain.

—Muy bien —dijo el capitán.

Salap se cruzó de brazos.

—¿Deseas decir algo, capitán?

—No podemos quedarnos mucho tiempo. Dos días a lo sumo.

—Por los problemas.

—Randall está de acuerdo conmigo —dijo el capitán, como si se tratara de un debate y él deseara terminarlo cuanto antes.

El primer oficial estaba sentado en un taburete. Enarcó las cejas y sonrió turbado.

—¿Crees que habrá una guerra? —preguntó Salap.

—Será una pesadilla burocrática, pase lo que pase —dijo Randall—. Y ya hemos soportado bastantes.

—Necesitaremos la mayor cantidad de investigadores que puedas prestarnos —dijo el capitán—. Erwin ya ha reclutado algunos entre nuestros tripulantes.

Me miró.

Salap se adelantó para examinarme críticamente, como si yo fuera un animal extraño, tal vez un vástago.

—¿Y él es...?

—Ser Olmy Ap Datchetong —dijo Randall—. Un estudiante de Elizabeth. Más competente que la mayoría.

—Me alegro de conocerte, ser Olmy. El primer oficial siempre ha tenido un corazón blando —dijo Salap—. Afortunadamente, también es bueno para juzgar a la gente.

—Me gustaría zarpar cuanto antes —dijo el capitán.

Salap sacudió la cabeza, disgustado por la presión.

—Dame dos días. Embalaremos el equipo que necesito a bordo, trasladaremos el que dejarás en la estación y concluiremos nuestra medición de las transferencias nocturnas ejecutadas por la tormenta.

—¿La tormenta? —preguntó el sorprendido capitán.

Salap nos miró con sonrisa satisfecha.

—Mi sorpresa especial. Hemos aprendido mucho sobre esa tormenta que ahora acecha allá, y que nos persiguió a ambos en el Mar de Darwin pero nunca nos alcanzó.

—¿Qué has aprendido? —preguntó Keyser-Bach.

—Que está viva —dijo Salap.

9

Al caer la tarde se había entregado la última carga y el capitán y Salap estaban en la playa mirando el mar. La tormenta se había acercado nuevamente a la costa, a treinta o cuarenta millas, cubriendo el horizonte noreste con columnas de nubes arremolinadas y amontonadas. Tan de cerca, las nubes parecían titilar como si estuvieran llenas de copos de mica.

Shatro, Thornwheel y Cassir aguardaban junto al bote para regresar al barco. Yo estaba junto a Randall, a pocos metros del capitán y Salap.

—Aún no se ha explicado —murmuró Randall con ansiedad—. Deberíamos zarpar de inmediato o seremos arrastrados hacia la playa o los arrecifes. Detesto enfrentarme a esa hija de perra, pero en todo caso prefiero hacerlo en el mar.

El capitán nos indicó a todos que nos reuniéramos con él y Salap.

—Hemos estado hablando —dijo—. Ambos convenimos en que podemos terminar el trabajo mañana por la tarde, o mañana por la mañana si nos empeñamos. Tendremos que ayudar a preparar y probar el equipo que hemos traído y luego... —Se interrumpió, mirando la tormenta como sumido en un sueño.

—Nunca viene a la costa —dijo Salap—. Envía emisarios.

—Mansur, cuentas con mi infinita admiración pero, hablando claro, me gustaría saber qué esperar —dijo bruscamente el capitán.

Salap parecía disfrutar de la incomodidad del capitán.

—Los emisarios son pequeños frentes nubosos, ricos en agua y materiales recogidos dentro de la tormenta misma. Difíciles de describir.

—¿Qué fuerza tienen? —preguntó Randall.

—El viento sopla con una fuerza de pocos nudos, suficientes para acercar los frentes despacio, pero no para dañar la nave ni desgarrar el paño de la pradera. —«Paño» era la palabra que Salap y sus investigadores usaban para denominar el brillante tejido marrón que cubría la planicie y ocultaba las operaciones de cinco tipos de vástagos—. En realidad, la tormenta cumple varios propósitos. Agita el mar, genera nutrientes como un biorreactor gigantesco, y controla el tiempo. A lo largo de cientos de millas no hay más tormentas que esa gran tormenta.

El capitán estaba dividido entre la euforia científica, la preocupación por la tormenta, como correspondía a un marino, y algo que parecía incredulidad.

—Notable descubrimiento —concedió—, pero creo que me sentiré más seguro cuando todos estemos a bordo.

El capitán regresó a bordo antes del anochecer, llevándose a Salap para ordenar el equipo y los especímenes que había en el Vigilante. Shatro había esperado aquel

momento, y cuando Randall se perdió de vista —para digerir la cena que Salap había preparado, un dudoso festín de extraños trozos de «pañó» de la pradera— los tres investigadores se reunieron conmigo en la playa, observando la inmóvil pero cambiante imponencia de la tormenta.

—Tenemos algunas preguntas —dijo afablemente Thornwheel. Llevaba una barba bien recortada, lo que infundía cierta madurez a su frente alta y sus mejillas mofletudas.

Se sentaron junto a mí en la arena oscura, jugando con los guijarros de cuarzo y granito.

—Matthew dice que tienes cierta preparación académica —dijo Cassir. Me miró con severidad—. Queríamos saber cuánta.

—La suficiente para apañármelas —dije. Sus expresiones adustas presagiaban algún problema.

—Sólo sentimos curiosidad —dijo Cassir—. Nos gustaría saber con quién estamos trabajando. De qué eres capaz.

—Soy autodidacta. Escuela Lenk, pero no hice la secundaria.

—Shatro dice que estuviste perdido en Liz durante dos años —dijo Thornwheel.

—Perdido, no.

—Liz ya es vieja y conocida —dijo Shatro.

—Yo nunca llegué a conocer a Liz.

Thornwheel rió entre dientes.

—Nuestros amores científicos, ¿eh? Las concubinas del erudito... los libros y sus sueños con reinas.

Shatro no desistió.

—¿Qué esperabas aprender? Sin equipo, sin formación... a nosotros nos han formado Salap y Keyser-Bach. No hay mejores maestros en Lamarckia.

—Yo no tuve esa suerte —admití, tratando de eludir la confrontación que Shatro buscaba—. Pasé casi todo el tiempo tratando de estudiar la conducta de los vástagos móviles. Sombreros blancos, vérmidos, pero sobre todo las serpientes portadoras de agua.

En la biblioteca de Randall había leído bastante sobre esos tubos de kilómetros de longitud que llevaban fluidos, parte de lo cual había visto fuera de Claro de Luna, así que me sentía capaz de afrontar una pequeña discusión.

—Yo estudié una cuando era segundo en la escuela Lenk —dijo Thornwheel—. Nunca encontré el principio, y nunca encontré el final.

—Yo estudié una que tenía tres kilómetros de longitud, por lo menos. Un extremo se sumergía en el Terra Nova...

—¿Y qué hay de las conchas rosadas? —pregunté, tratando de desviar la conversación—. Nunca he sabido de dónde proceden. ¿Crees que son restos de

vástagos?

Cassir se interesó en el tema.

—De sombreros blancos —dijo.

—No lo sabemos —comentó desdeñosamente Thornwheel—. No te fíes de las habladurías. Nunca hemos visto criaturas vivas dentro de las conchas.

—Salap dice estar seguro de que los sombreros blancos las depositan para enriquecer el suelo.

Thornwheel sacudió la cabeza.

—Son restos de vérmidos.

Shatro sacudió la cabeza a su vez, con más vigor. Había evitado el enfrentamiento, al menos por ahora. Lanzó una última provocación.

—¿Qué aprendiste que nosotros no sepamos? Pasaste dos años allí... ¿No viste depositar conchas rosadas? ¿Viste serpientes portadoras de agua conectándose para alimentar otro vástago, o irrigando un cauce de la silva?

—No.

—Nadie ha visto esas cosas —dijo Thornwheel—. No somos suficientes, y hay demasiados misterios.

Randall se acercó por la playa y se reunió con nosotros mientras la última franja de luz se disipaba al oeste.

—Me gustaría tratar de comunicarme con Athenai por radio, ahora que es de noche —dijo—. Parece que la tormenta no quiere arrojar muchos rayos, ¿verdad?

—No, ser —dijo Shatro.

—Quizá tengamos suerte.

Cassir se levantó y nos metimos en la pequeña cabaña donde estaba la radio. Pero no tuvimos suerte. La radio sólo emitía siseos y voces distorsionadas.

—El capitán podría hacer lo que quisiera, en estas condiciones —soltó Shatro.

Randall lo miró con cara de pocos amigos, pero no dijo nada.

Antes del alba desperté de un vivido sueño sobre Ciudad Thistledown. La ciudad estaba casi desierta, y los edificios parecían globos desinflados. El mensaje era bastante claro: una ciudad no era nada sin su gente.

¿Pero qué era la gente sin su ciudad?

Caminé por el linde de la pradera, saboreando su extraordinaria monotonía, preguntándome qué podía ofrecer Lamarckia que reemplazara una ciudad, o todos los elementos de la civilización.

Salap y sus ayudantes parecían bastante satisfechos. El capitán y Randall encontraban retos suficientes para mantenerse entretenidos. Pero ¿y yo qué? Me preguntaba qué echaría más de menos.

Ya echaba de menos Thistledown. Echaba de menos los coqueteos y cortejos

directos para los que yo era tan hábil. Nada constreñía ni menguaba mis necesidades físicas salvo el poder de la voluntad; eso me frustraba, me sentía incapaz de responder a los sencillos gestos de Shirla.

Cassir y Shatro me salieron al encuentro cuando regresaba.

—Sigue adelante —gritó Cassir—. Camina sobre ella. Es como madera esponjosa.

El linde de la pradera parecía una cerca sarmentosa derretida que cubriera la playa de guijarros. Cassir subió a ella de un brinco y se irguió sobre nosotros a un metro de altura, estirando las manos, sonriendo.

—La mayor criatura de Lamarckia, ¿qué apuestas?

—Salap dijo que estaba compuesta de cinco vástagos —objetó Shatro.

—Todos fusionados. Sólo los grandes investigadores como Salap y un servidor podrían descubrir los componentes. Vamos. —Cassir caminó tierra adentro. Shatro se me adelantó y ambos lo seguimos. La textura de la pradera recordaba el corcho, mullida y agradable. No dejábamos huella. Cassir corría feliz en círculos—. Ha sido magnífico estar aquí, trabajando con ser Salap, pero me alegro de irme. ¿Cómo son las mujeres del barco?

—Trabajadoras —le respondió Shatro.

—El segundo oficial y una marinera nos mantienen a raya —añadí.

Cassir hizo una mueca.

—Qué lástima que no podamos ir directamente a Jakarta. Me gustaría pasar tiempo en una ciudad. Una oportunidad de tener contacto... incluso aceptaría unirme a una tríada, si fuera necesario.

—Quién sabe adonde iremos —comentó sombríamente Shatro—. Tal vez terminemos secuestrados y trabajando para Brion.

—Matthew dice que estuvisteis en una aldea que saquearon los brionistas —dijo Cassir.

—Fue bastante espantoso —dije.

—¿Estáis seguros de que no eran piratas? Hemos visto naves sin bandera. Alguna vez tenía que ocurrir. Otra cosa en la que el Buen Lenk no pensó cuando nos trajo aquí.

—¿Qué? —exclamó Shatro—. ¿Debió esperar piratas?

—No —rió Cassir. Parecía dispuesto a reírse de todo, tan contento estaba de ver caras nuevas—. Por el Hado, me causa vértigo simplemente tener compañía. Nos hemos pasado la noche hablando, ¿verdad, Shatro?

—Y bebiendo —dijo Shatro.

—Solvente de la pradera. —Cassir se sacó del bolsillo una botella de vidrio llena de un líquido lechoso y me la ofreció. Bebí un sorbo. Fuego puro, y aun así dejaba ese regusto amargo de todas las bebidas alcohólicas de Lamarckia—. Tomamos tres

membranas de vástagos de una parte de la pradera, las reorganizamos de una manera que Lamarckia y Petain no se proponían, añadimos alcohol etílico... y sin levadura. Salap dice que podemos preparar toda clase de cosas con los vástagos que hemos descubierto. Haremos este planeta más agradable, si nos dan la oportunidad... Y espero que Lenk nos dé esa oportunidad.

—Dicen que está enfermo —dijo Shatro—. Más viejo.

Cassir se calmó de pronto, miró la botella, la guardó.

—Todos envejecemos. Querámoslo o no.

Irguió los hombros, aspiró profundamente y extendió el brazo hacia la pradera.

—Cuánta quietud, por Dios, hasta que cae la lluvia; entonces es como un tambor húmedo y opaco. ¿Crees que se preocupa?

—Nunca he visto una reina ni nada que pareciera inteligente —dijo Shatro—. Me gusta pensar que es una criatura viva y pensante.

—Oh, lo es —dijo Cassir—. Muy viva y pensante... En lo más hondo de sí. En comparación con Petain, Liz es una dulzura. Petain me parece, a decir verdad, un avaro rígido y conservador, salvo cuando se adentra en el mar... Entonces se vuelve generoso. Si tenemos tiempo antes de que llegue el bote, deberíamos ir a nadar con máscara y mirar los arrecifes de bejucos. Allí hay una gran fábrica de nutrientes. Membranas gigantes que burbujean ancladas como redes y gran variedad de píscidos, todos con un sabor espantoso. Petain es espectacular allí, pero todo está escondido bajo el agua. Pero así es Petain. Rico y mezquino con sus bellas hijas. Por el Hado, estoy bebiendo demasiado. —Cassir se tambaleó, recuperó el equilibrio con una sonrisa, estampó el pie en la tersa superficie de la pradera—. Creo que lloverá dentro de unos minutos. —Miró el mar. Un frente bajo de nubes aceitosas se aproximaba rápidamente—. Salgamos de aquí o quedaremos como esponjas, varados hasta que la pradera absorba el agua y los nutrientes. No puedes caminar con los pies hundidos en el limo.

Cassir corrió rápidamente hacia el linde de la pradera. Lo seguimos brincando sobre aquella superficie, esquivando los profundos hoyuelos.

—¿El capitán obliga a los investigadores a hacer trabajo de marinero? —preguntó Cassir mientras saltábamos del borde, aterrizando en la arena desierta y los guijarros.

—Sólo a ser Olmy —dijo Shatro—. Pero él todavía no es investigador.

—Claro —dijo Cassir, como si no importara—. Me gusta trepar a los mástiles de cuando en cuando... pero no cuando me lo ordenan.

Las nubes se deslizaban rápidamente sobre la playa; empujaban mantos de niebla fina que giraban en la luz de la mañana como remolinos de polvo de oro. Cayeron algunos discos pardos que se me pegaron a las manos y la cara. Me los quité de encima con una sacudida, al igual que Shatro, pero Cassir se los desprendió de los brazos desnudos y se los comió.

—Muy buenos. Los llamamos «monedas». Saben a pan, y no causan problemas inmunológicos.

Probé una, partiéndola en dos. Sabía a pan, rancio.

—¿Qué contienen? —pregunté.

—Lo que necesita la pradera —dijo Cassir. Mientras las nubes volaban tierra adentro, vi una bruma de monedas cayendo sobre la ancha superficie parda—. Las engulle. La tormenta, esa gran tormenta que preocupa tanto a nuestro capitán, alimenta la pradera.

—Salap nos los dijo —puntualizó Shatro, pestañeando en medio de la niebla y la lluvia de discos pardos.

—Sí, pero hay algo más. Fabrica gran cantidad de comida, que podemos aprovechar en parte. Petain hace criaturas marinas bastante indigestas, pero parece alimentar la pradera... si la tormenta está realmente viva, y pertenece a Petain, como cree Salap.

—¿Cómo podría estar viva? —preguntó Shatro.

La lluvia se convirtió en diluvio.

—¡Corramos a cubrirnos! —gritó Cassir.

Nos reunimos con Randall y Thornwheel en la cabaña, escuchando la lluvia, que sonaba como una estampida de animales. Thornwheel preparó una especie de té con piel de la pradera recogida cerca de la playa. Explicó el proceso mientras el agua hervía.

—La desollamos con cuchillos, cortamos una lámina del tamaño de una manta, nos la llevamos, la troceamos y dejamos secar los trozos. Aquí fuera nada se seca. Un retazo similar crece en la pradera al día siguiente. Asombrosos complejos de polisacáridos, y duplicación rápida. —Echó el agua sobre las «hojas» de piel y me entregó una taza—. Adelante —dijo inexpresivamente. Thornwheel parecía lo opuesto de Cassir. Apuesto, un poco adusto y triste.

Las mujeres del Vigilante tendrían ahora más donde escoger, y ofrecerían sus golosinas y dedicarían sus atenciones médicas a los nuevos hombres.

Sobre todo Shirla. ¿Qué me importaba?

Bebí el té cautelosamente. Era lodoso y espeso, como un caldo con levadura.

—Si metes dentro unas monedas, ya tienes almuerzo —comentó Cassir con entusiasmo—. Cuando vayamos a Jakarta a presentar nuestros informes, seremos famosos. En Petain hay comida para alimentar a millones.

—Si Lenk lo permite —dijo Shatro.

—No le vendría mal un condimento —comentó Randall.

El chubasco cesó a los veinte minutos, y las nubes se retiraron descubriendo la brillante luz del sol. La tormenta había desaparecido de nuevo, como siguiendo un camino habitual.

10

El Vigilante zarpó al anochecer del día siguiente. El capitán se alegró de alejarse de Wallace. Caminaba por cubierta mientras conversaba con Salap, en ocasiones acompañado por Thornwheel o Cassir. Mi ascenso a ayudante de investigación aún no contaba con la aprobación de Salap. El segundo oficial seguía dándome órdenes, y yo permanecía con la guardia de estribor, trabajando duramente de sol a sol.

Al atardecer la mayoría de los tripulantes descansaban antes de la cena. Los vientos eran leves, y la tormenta que preocupaba al capitán, y que según Salap estaba viva, parecía haberse desvanecido para siempre. El aire era fresco, y un mar que parecía espuma de cerveza acompañaba nuestras palabras con un susurro. Reflexioné sobre la descripción que había hecho Cassir de las membranas de mar, que burbujearan extrayendo oxígeno del agua, completando un ciclo respiratorio de dos fases.

Shirla estaba junto a la borda, procurando no estorbar a los de la guardia nocturna de babor, que reparaban una grieta en la cangreja de popa. La xyla de los árboles-catedral se rajaba al cabo de varios años en el mar. El Vigilante tenía diez años, y muchos de sus mástiles y vergas estaban ceñidos con sogas para impedir que las grietas se abrieran más.

Me senté junto a Shirla, la espalda contra la borda. Ella no se alejó, como yo había temido. Me sonrió, al parecer reconciliada conmigo.

—Ya ha comenzado —dijo.

—¿Qué? —pregunté.

—La formación de parejas.

—No se lo digas a Soterio.

—Es un juego. No puedes detener la vida, ni siquiera en el mar.

—Supongo que no.

—Talya siente atracción por el velero, pero es un hombre casado. Aunque eso no los detendrá si pasamos más de un día en tierra. A ella le gusta su voz. Hacen buena música juntos.

Shirla sabía estar en sintonía con la tripulación. Parecía tener ganas de hablar, aunque estaba un poco ansiosa y un poco triste.

—Pero nadie está a mi popa —dijo, fijando los ojos en el horizonte—. Nunca he sido atractiva a primera vista.

—Pero tus cualidades se manifiestan con un estudio detenido —dije, con la esperanza de animarla.

—Tú nunca lo sabrás —bromeó—. Eres un solitario. No quieres que nadie sepa nada sobre ti. ¿Qué puede darte una simple mujer?

Me eché a reír.

Arrugó la nariz y se tocó una oreja.

—Ayer oí que Salap discutía con el primer oficial.

—¿De veras?

—Discutían sobre ti. En la cabina de investigación.

—¿Y cómo lo oíste?

—Estaba pintando el lizbú con aceite aislante. Soterio dice que tengo una mano de terciopelo con el pincel. No oí mucho, pero Saíap dijo que escogería a sus propios investigadores.

Enarqué las cejas.

—Vaya.

—No sabía que te apreciaran tanto.

—Randall me tiene simpatía.

—Tal vez deberías estar a su popa —sugirió, en un tono mucho más serio.

—Es un hombre casado con cuatro hijos.

Shirla se mordió el labio.

—Yo podría juntarte con otra mujer. Las marineras de nuestro cuarto hablan de ti. Atraes a algunas. Mujeres con ojos rápidos como tú.

—No, gracias. Además me gustas tú.

Shirla me miró como si se sintiera ofendida, pero apartó la vista.

—No soy tonta. Yo también sé conversar.

—Nunca he pensado lo contrario.

—No te burles de mí.

—No es mi intención...

—Salap dijo que te observaría —interrumpió Shirla—. El capitán escuchaba la radio. Está muy pendiente de la radio.

—¿Qué oye? —pregunté.

Me lanzó una mirada de advertencia.

—Oye lo que decide contarnos. Eso es todo cuanto oye.

—Oh.

Hizo una pausa, aún en cuclillas, y dijo como si nada, como si no acabara de hacerme una advertencia.

—Es posible que Jakarta permanezca cerrada durante meses. No podremos entrar. Salap dijo que estaba enfadado con Randall, pero Randall logró que admitiera que necesitarán a más investigadores. Así que supongo que estás adentro.

—Gracias por estar al tanto.

Ella sacudió la cabeza, frunció los labios, se puso de pie.

—El maquinista es elegante. Uno de los primeros colonos. Vino con Lenk. Tal vez pruebe suerte con él.

Khovansk el maquinista rondaba los setenta, era el hombre más viejo del barco.

Pasaba casi todo el tiempo bajo cubierta, forjando nuevas piezas con metales de otras rotas. También mantenía el endeble y primitivo sistema eléctrico del barco.

—Tal vez nos capturen los brionistas y no tengas que preocuparte por nada —concluyó Shirla. Se levantó y se fue a proa, dejándome totalmente confundido.

A dos días de Wallace, el segundo oficial avistó un vástago pelágico que flotaba a estribor. Estaba lejos de Petain u otros territorios oceánicos de las zonas y parecía perdido, con el lomo agrisado y ampollado por el sol. Viramos, bajamos el bote e investigamos la criatura. Salap conducía a los tripulantes del bote, y pronto ataron el vástago y lo arrastraron lentamente hacia la nave.

Una vez que la criatura estuvo junto al Vigilante, flotando a la sombra del barco, pudimos verla mejor. Los tripulantes que estaban libres —ocho, entre ellos yo, pues Shimchisko me había despertado— miraban desde la borda mientras Salap supervisaba la preparación de una plataforma de xyla.

—Todavía está vivo —dijo Ibert, chasqueando la lengua.

—Buscando a su mamá —dijo Shimchisko con cierta sorna.

El vástago era un píscido que parecía un torpedo anaranjado y negro, con tres hileras de aletas rígidas moradas equidistantes en el lomo y los flancos.

El capitán miraba desde el puppis, tamborileando con los dedos en la borda y murmurándole algo a Randall.

—Está muy lejos de sus hermanos —observó Shirla desde los aparejos.

—¡Basta de remolones! —gruñó el segundo oficial.

Los curiosos que poblaban las cubiertas o estaban subidos a los obenques, trabajando en las velas, regresaron a sus tareas, pero sólo unos minutos. Pronto hasta el segundo oficial se puso a mirar mientras Salap y los investigadores izaban el píscido a la plataforma, lo medían y tomaban fotos.

—Que los hombres buenos nos protejan —dijo el velero Meissner, asomándose. Tiritó—. Espero que no haga subir a su reina desde las profundidades.

Ibert resopló.

Meissner sacudió sombríamente la cabeza y siguió su camino.

—Supersticiones de marinos —dijo Ibert, pero apretó los labios mientras Salap palpaba el píscido. La criatura se ondulaba despacio en la plataforma, alzando su hocico rosado y sin ojos. Abría y cerraba una mandíbula de cuatro partes, con un diente huesudo y dentado en cada una.

—Es sólo un pez —dijo Soterio, mirándonos con una mezcla de desafío y culpa, como si pudieran acusarlo de aquel sacrilegio—. Un carroñero, sin duda. De esos que envían a engullir los vástagos perdidos de otros ecoi o a reciclar vástagos muertos.

—¿Qué es esto? —preguntó Randall, acercándose al grupo como si temiera un incidente.

—Señor, el velero Meissner ha comentado que deberíamos dejar en paz a esa criatura —dijo Soterio.

—Nunca hemos tenido problemas al capturar vástagos en tierra o en los ríos —observó Randall.

—Rara vez los hemos capturado en alta mar, señor —continuó Soterio.

—¿Y? La mayoría ni siquiera son comestibles.

—Las reinas oceánicas... —murmuró Soterio.

—Ah, he oído decir eso... que las reinas viven en el océano —dijo Randall—. Que un día se levantarán para castigarnos. Buena teoría. Se la comunicaré al capitán.

—No es mi teoría, señor —se apresuró a añadir Soteno.

—Claro que no.

—Ya no está vivo —dijo Salap desde la plataforma. Se inclinó con el agua hasta los talones, alzando y soltando el hocico de la criatura—. Muy lejos de sus aguas. Se perdió en la corriente.

—Usémoslo —dijo el capitán desde el puppis.

Salap lo miró, sin entender muy bien qué le decía.

—Nuestro primer espécimen —añadió el capitán—. Subámoslo a bordo para estudiarlo.

—Cree que las reinas no lo sabrán —nos dijo Shimchisko a Ibert y a mí.

—¿Por qué tanto temor de repente? —le preguntó Ibert a su amigo—. Tú no respetas nada.

—No es temor —dijo altivamente Shimchisko—. El Hombre Bueno nos enseñó a no apartar las criaturas de su hábitat.

—Este pobre pez está fuera de su hábitat.

Shimchisko, que había palidecido, caminó hacia estribor, alejándose del vástago muerto.

—Vaya, vaya —murmuró Ibert, siguiendo a Shimchisko.

Esa noche Salap diseccionó el pícido sobre una mesa, en la cubierta principal, y las lámparas eléctricas añadían luz al crepúsculo que bañaba el Mar de Darwin. Las aguas estaban calmas, soplaban un viento constante. Una tripulación mínima se ocupaba del barco mientras la mayoría observábamos el trabajo de Salap, reunidos en torno a la mesa como el público de un espectáculo deportivo.

Salap parecía disfrutar de esa atención. El capitán estaba junto a la cola del pícido mientras su investigador principal cortaba la gruesa piel que había entre las hileras de aletas. Esto llevó varios minutos de esfuerzos que arrancaron gruñidos al impávido Salap, pero al fin quedó al descubierto el interior del pícido: una masa nudosa rodeada de fluido anaranjado y entrecruzada por racimos anaranjados y rojos. El cadáver despedía un familiar olor a jengibre y ajo, lo que provocó murmullos y

gestos. Olía como un vástago de Liz, pero se suponía que Liz no se aventuraba en el mar.

—No debemos apresurarnos a sacar conclusiones —recomendó Salap al oír los murmullos—. No tenemos registrada esta clase de vástago, aunque guarda cierta semejanza con una ballena de río. Su anatomía interior no es desconocida en un píscido: estos tejidos sarmentosos son análogos musculares, pero no poseen estructura celular propiamente dicha. Los llamamos «tejidos» sólo por su similitud con ellos. Se parecen más a manojos de fibras de actina o miosina rodeados por redes de macrotúbulos que transportan componentes de citoplasma, como los microtúbulos de la estructura celular que conocemos.

Alzó los racimos.

—Las organelas son creadas y controladas por esto, que Shulago llamó «masas estafiliformes», que también proveen y dirigen el flujo de elementos químicos y nutrientes. Los vástagos se autorreparan, y tienen suficiente material genético para saber cómo cumplir esa función, pero ningún vástago puede autorreproducirse. Esto es cosa de los centros reproductivos del ecos, que desde luego son enigmáticos.

Salap practicó una incisión entre las cuerdas, que se separaron como bandas de goma estiradas, escupiendo líquido anaranjado sobre el delantal y el rostro del capitán. El capitán sacudió la cabeza y pidió una toalla. Salap comprobó si el líquido había tocado los ojos del capitán, pero no era así.

—Los vástagos pelágicos contienen muchas sustancias que pueden causar graves reacciones químicas o alérgicas —advirtió a la tripulación—. No sólo ácido acético en concentraciones diversas, sino también etanol, metanol y componentes orgánicos... aminos, esteroides, enzimas y otras proteínas, y muchos tipos de polisacáridos. En algunas naves mercantes varadas, sin combustible, la hambrienta tripulación intentó comer píscidos de aguas profundas, y algunos murieron.

Esto no era noticia para los tripulantes. Todos cabecearon. Meissner, que estaba a dos metros de mí, sacudió la cabeza enfáticamente y dijo:

—Las reinas protegen a los suyos.

Más tripulantes se acercaron al caer la noche. El pisado parecía fascinar aun a quienes no se interesaban en la misión científica del barco.

—¿Dónde está el cerebro? —preguntó un marinero alto y nervioso llamado Wernhard.

Salap se acercó a la «cabeza» del píscido y empuñó una sierra curva de hoja fina. Seccionó la cabeza, entre el hocico y las aletas, y apartó la piel.

—No es un cerebro como el nuestro —explicó—. Hay redes de túbulos que llevan aminoácidos libres, principalmente hsmA y algunos fluidos medianamente ácidos, que pueden actuar como primitivos centros de proceso. ¿Piensan? No como nosotros. ¿Ven? Este no tiene ojos. Tal vez saborea con toda la piel.

»No posee cerebro ni sistema digestivo. Su única fuente de energía, cuando está suelto en el océano, es un pigmento fotorreceptivo, una forma avanzada de rodopsina, que tiene en las membranas translúcidas que se hallan bajo la piel del lomo y las aletas. No tan concentrado como en las membranas similares de fítidos y arbóridos... Su función principal puede consistir en recoger vástagos hermanos muertos o jirones de otros ecoi, y entregarlos a un "analizador" o "digeridor" central, que luego recompensa al píscido reaprovisionando sus reservas de energía, o los absorbe y fabrica otros. Pero quizá se trate de un ladrón o espía... una especie de reconocedor ampliado, como algunos píscidos fluviales. En ciertos sentidos, es más simple que un gusano planario.

Salap frunció los labios como para besar a alguien, la mirada ligeramente desenfocada, con expresión de estar sumido en sus especulaciones.

—Tal vez éste sea un espécimen único, tomado de un viejo catálogo de diseños, enviado para cumplir una misión específica. Ahora está gastado, perdido e inutilizado.

Me pregunté si esa descripción encajaba conmigo.

Salap cortó una membrana gris y dejó al descubierto un sorprendente arco iris de componentes dentro de la cavidad central del píscido. El capitán decidió participar.

—Como Salap nos explica —dijo, poniéndose guantes y examinando las organelas antes de guardarlas en jarras de agua que contenían sales de potasio—, los vástagos se parecen más a simples células que a organismos pluricelulares. Han evolucionado, si se me permite usar esa palabra a pesar de sus connotaciones terrícolas, hasta alcanzar un estado que denominamos megacítico.

El capitán rodeó la mesa y hundió las manos en la cavidad, palpó el interior y extrajo un bulto del tamaño de una canica. Apartando el tejido conjuntivo nacarado, lo sostuvo a la luz del farol.

—Los vástagos llevan su material genético en nódulos pétreos. Ser Salap es famoso por ser el primero en analizar este material, y en descubrir su relación química y estructural con nuestro ARN y ADN. Sin embargo, la cantidad de material genético, aproximadamente un décimo del uno por ciento del ADN de nuestras células, y la estructura genética, aun en las formas serviles de soporte, difieren de las nuestras.

»Cada ecos procura ocultar y proteger su material genético, quizá con claves o trampas, pero creo que en general los ecoi pueden reconocer y analizar vástagos con bastante eficacia. Hemos visto vástagos nuevos pronto imitados por otros ecoi, y eso nos indujo a creer que los ecoi se espían entre sí, y que son maestros en ingeniería genética.

Salap extrajo un tubo largo y translúcido lleno de un fluido gelatinoso.

—Vejiga natatoria, sustancia aceitosa admirable —comentó, pasándole el tubo al

capitán, que lo alzó, lo pesó en una balanza y lo metió en un recipiente para examinarlo después.

—¿Alguien puede decirnos por qué los ecoi querrían ocultar o cifrar su información genética? —preguntó el capitán, tratando a sus tripulantes como si fueran alumnos.

Los marineros y aprendices se encogieron de hombros, se miraron, sonrieron tímidamente. Al fin la marinera Talya Ry Diem se aventuró a dar su opinión con voz áspera.

—No quieren que otros les roben el diseño.

—Precisamente. —El capitán le sonrió, y ella se puso contenta como una niña—. Un diseño eficiente requiere mucho esfuerzo, mucho ensayo y error. El robo es más fácil. Baker presencié secuestros de vástagos en Thonessa, una pequeña zona de Tasman, cerca de Kandinsky. Nunca vio un análisis real, nadie lo ha visto, pero encontró los cadáveres abandonados en Kandinsky. Poco después, Kandinsky producía copias adaptadas de esos mismos vástagos de Thonessa.

Salap alzó las manos manchadas.

—Propongo que bauticemos esta forma como *Elizabetbae Macropisces Vigilans*, aunque su relación con la Zona de Elizabeth no está demostrada. —Cubrió el píscido con una manta—. Tenemos que responder muchas preguntas. ¿Cómo afronta un ecos la muerte? ¿Cuál es la naturaleza de su ciclo energético, su alimentación y respiración? ¿Por qué los ecoi han creado una atmósfera oxigenada, pero dependen básicamente de un ciclo fotosintético no respiratorio? ¿Los ecoi se reproducen en largos períodos de tiempo, o simplemente sexean y fluyen, se fusionan con subzonas valiosas, o entre sí? Si se reproducen, ya que prácticamente toda la tierra y la mayor parte del océano están poblados por ecoi, ¿dónde crecen y maduran los ecoi jóvenes? ¿Es posible que los jóvenes estén dentro del ecos y que no los reconozcamos? —Se enjuagó las manos en un recipiente de agua de mar, se quitó los guantes—. Son muchos misterios, y por mi parte ansío resolverlos.

A veintitrés días de Calcuta, uno de los aprendices más jóvenes, Cham, montando guardia en el árbol de trinquete, avistó al sureste lo que creía que eran naves. El capitán salió de la cabina, seguido por Randall. Luego salieron Thornwheel y Cassir, después Shatro y Salap. Fueron pasándose los prismáticos en la cubierta de proa.

—Se aproximan —observó Randall.

Ry Diem me ayudaba a reparar una red en la toldilla.

—Por el Hado y el Hálito de todos —murmuró, alzando los ojos—. Brionistas.

—No son naves —dijo el capitán en voz alta, para que todos lo oyéramos—. Pero se mueven deprisa.

Salap cogió los binoculares. Parecía dispuesto a saltar al agua.

—Maravilloso —exclamó—. Aceleradores... los más grandes que he visto.

—¿De dónde vienen? —preguntó el capitán.

—Tal vez de Petain —sugirió Thornwheel.

—No hay manera de saberlo —dijo Salap, examinando los objetos con los prismáticos. Ahora eran visibles a una milla de la nave y se aproximaban velozmente—. Van a más de treinta nudos.

El capitán recuperó los binoculares.

—Vástagos pelágicos grandes como botes. Los más grandes que he visto, a excepción de las ballenas de río.

Cuatro criaturas hendían la encrespada superficie del mar, arrojando espuma como lanchas, cantando y zumbando.

—Baker los observó —dijo el capitán, como si eso los hiciera menos interesantes.

—Yo he visto algunos más pequeños —dijo Salap.

—¿Qué hacen? —preguntó el capitán—. ¿De dónde son?

Agitando sus enormes colas, los veloces vástagos rodearon el Vigilante a cincuenta o sesenta metros. Eran como una vela alta o un estabilizador montado en un cuerpo plano. La parte delantera del cuerpo hundía dos extremidades en el agua en forma de patines de hidroplano. A popa agitaban zarcillos largos con hélices que impulsaban los animales a una velocidad cuando menos comparable a la del Vigilante. Nos rodearon diez minutos, luego uno se acercó por babor. Era azul y morado en torno al estabilizador, gris y blanco a lo largo del cuerpo y las aletas, con una franja roja en todos los bordes externos. Era estremecedoramente bello.

Shirla me cogió el brazo mientras mirábamos. Noté que estaba ruborizada con una emoción que yo compartía, pero que a ambos nos costaba expresar.

—Bendito sea Lenk por traernos aquí —dijo Shirla. Se llevó mi mano a los labios y la besó, mordiéndome suavemente un nudillo, y corrió a popa para arreglar una vela del árbol mayor con otras marineras.

El capitán y Salap comentaron aquel espectáculo durante horas, sin ponerse de acuerdo en sus conclusiones.

Meissner tendió una vela sobre la cubierta principal para examinar sus reparaciones.

—Mensajeros, fisgones —masculló—. Examinan la situación en el Mar de Darwin, para mantener informadas a sus reinas.

11

Al final de la cuarta semana la isla de Martha se encontraba a tres millas de la proa, hacia el norte, visible bajo nubes grises y rechonchas como una dentadura de seis montañas escabrosas. Oscuras franjas de tierra unían la escabrosa isla principal con los promontorios del este y el oeste, dando a la masa más ancha la apariencia de un pájaro de cabeza plumosa postrado sobre el mar, las alas extendidas con las puntas alzadas para volar.

El Vigilante avanzó despacio sobre bancos de arena desprovistos de vida, las gaviotas y la cangreja tensas en la brisa y todas las demás velas desplegadas. Un mar en calma y azul se extendía kilómetros a la redonda.

Habíamos entrado en el vacío protegido de la isla de Martha, y nos aproximábamos a la costa sureste de la isla, el único lugar seguro para desembarcar en aquel paraje montañoso. Si hubiéramos tratado de desembarcar en las playas bajas o en los promontorios para caminar tierra adentro, nos habríamos topado con un terreno árido y escarpado. Así lo había aprendido Jiddermeyer en su primera visita, y Baker y Shulago lo habían confirmado.

La mayoría de los tripulantes miraba a babor desde los obenques, los mástiles, la toldilla y la cubierta de proa, con el primer oficial y los investigadores. El capitán había instalado su silla plegable en la toldilla y escrutaba la costa y las montañas con los prismáticos. Shirla, Shimchisko e Ibert observaban con expresión sombría.

—¿Algo va mal? —pregunté.

Shimchisko se encogió de hombros y sacudió la cabeza.

—La isla de Martha no nos conoce. Nos querrá examinar.

Ibert cabeceó adustamente.

—Los reconocedores no son siempre iguales —dijo—. No siempre son pequeños ni suaves.

—Pamplinas —replicó Shirla—. Todos los ecoi son corteses.

Era una expresión que gustaba a muchos inmigrantes, que idealizaban el paisaje y los ecoi. Se había creado una especie de mitología. Las «muchas madres de la vida — se decía— eran corteses, siempre protectoras».

—No es lo que dice mi padre —observó Kissbegh. Había descendido de los obenques del árbol mayor con Riddle. Ambos se habían abierto paso hasta la borda y estaban junto a nosotros—. Jiddermeyer perdió a tres tripulantes aquí. Nadie los encontró. Mi padre navegó con Jiddermeyer.

Nos preguntamos por qué no lo había mencionado antes.

—Así fue. Dos hombres y una mujer desaparecieron. Mi padre dijo que el ecos había enviado reconocedores.

—¿Por qué no nos hablaste antes de tu padre? —preguntó Ibert.

—El no estaba orgulloso de mí. Soy un payaso.

Shimchisko resopló. Riddle e Ibert fueron más comprensivos.

—Sé lo que soy, y él también lo sabía —dijo Kissbegh—. Pero así fue como obtuve mi puesto en el Vigilante. No es preciso que todas las zonas sean tan afables como Liz. Deberíamos escuchar la voz de la experiencia.

Shirla sacudió la cabeza, poco convencida.

Los rumores circulaban rápidamente. La angustia de los tripulantes creció mientras nos aproximábamos al promontorio por estrechos de escasa profundidad. No podíamos distinguir vástagos, ni siquiera a esa distancia. Los fosos que separaban el centro de la isla de los promontorios eran un desierto arenoso.

Mientras nos preparábamos para nuestra estancia en la isla, ayudé a Salap a colocar su equipo en el bote.

—He oído que no tienes una familia fuerte —dijo Salap, ayudándome a trasladar dos cajas al bote.

—No —dije—. No la tengo.

Era un hombre menudo cuyo rostro parecía adecuado para las opiniones sardónicas; tenía los ojos oscuros y desiguales sobre unos pómulos fuertes manchados de rojinegro, barba entrecana bien recortada, y mechones de cabello que asomaban como islas sobre sus sienes. Usaba pantalones negros holgados y una chaqueta negra y larga.

—El primer oficial me ha dicho que aprendes rápidamente. —Me miró con una expresión impasible y desafiante a la vez—. Así que he aceptado llevarte.

—Es un honor —dije, descendiendo por la escalerilla al bote y bajando cuidadosamente la caja.

Cargamos un paquete atado con cables de jaulas de lizbú, para capturar pequeños vástagos vivos.

—Aun así, podría haber resentimiento. Si alardeas, volverás a ser aprendiz. Y seguirás realizando tareas de tripulante cuando no estemos en la costa y no pueda utilizarte. ¿Te parece justo?

Asentí.

—Bien. Acompañaremos a la primera partida a la costa. —Se enjugó las manos con una toalla y miró hacia la isla de Martha—. Shulago y Baker decían que la isla central y el monte Jiddermeyer estaban cubiertos de silva tupida. Algo ha cambiado. Quizá no necesitemos tantas jaulas.

El Vigilante ancló en una caleta al pie del más alto de los picos centrales, el Jiddermeyer. El sol había caído detrás del promontorio oeste y las negras montañas se perfilaban contra el cielo amarillo del crepúsculo. Encendieron los faroles eléctricos y la cubierta se convirtió en un retazo de estrellas brillantes contra el mar grisáceo y la

silueta de la isla. Los aprendices y marineros quedaron libres de sus tareas y se sentaron en cubierta, disfrutando del cálido aire nocturno, pero fijando los ojos nerviosos en la acechante negrura del monte Jiddermeyer, recortado contra las estrellas y las tenues cintas de nubes iluminadas por las lunas. Se sirvió la cena en cubierta a modo de celebración, y el capitán, los oficiales y los investigadores se reunieron con la tripulación.

Los otros investigadores se tomaron mi ascenso con hosca indiferencia.

—Es lo que esperaba de Randall y Salap —le dijo Shatro a Thornwheel, a poca distancia de mí—. Nueve días de cada diez, ser Salap se rige estrictamente por las normas. El décimo día hace gala de una generosidad sin límites.

Después de la cena compartimos un barril de cerveza de fibra en la cubierta principal. Me senté a babor con Ibert, Meissner, Shimchisko y Shirla. Nuestros pies colgaban sobre el flanco; de espaldas a la luz, mirábamos la oscuridad y escuchábamos las olas mientras sorbíamos aquella bebida floja y amarga, con sabor a ajo. De la oscura costa llegaba el suave rumor de las olas estrellándose contra las negras playas de arena de lava.

No habíamos visto vástagos hasta el momento, ni siquiera en las laderas, y eso preocupaba al capitán.

—Algo va mal —dijo desde la silla cuando Randall le llevó un pichel—. La isla de Martha tenía un ecos rico y activo cuando Baker y Shulag la exploraron, una silva exuberante cubría ambos lados de la isla. No hemos visto nada. Es como si toda la isla estuviera muerta. —Eso pareció animarlo. Se volvió hacia Salap, que se encontraba a pocos pasos—. Será ciencia primaria, pura y directa, ¿eh, Mansur?

—En efecto —replicó Salap, sonriendo con calma.

—Por el Hombre Bueno que así será —murmuró el capitán con los ojos relucientes, bebiendo un sorbo. Se relamió los labios con satisfacción—. Pensad en ello, amigos. —Echó una ojeada a la cubierta, mirando feliz a los que estábamos sentados en la borda, a los investigadores, a los demás aprendices—. ¿Cuántos científicos, cuántos humanos, en tantos años, han tenido la oportunidad de hacer ciencia primaria?

—No nos limitaremos a ordenar detalles —convino Salap, haciéndose eco de aquel entusiasmo. Se frotó la barbilla—. Brindo por ser Korzenowski, diseñador de la Vía. Por su audacia.

La tripulación guardó un incómodo silencio. Salap me miró a los ojos. Estaba tan interesado en mi reacción como yo en la suya.

Randall rompió el silencio.

—Y por el Buen Lenk, que usó la Vía como se debía usar, y rompió con el perverso desmoronamiento del Hado y el Pneuma.

—Eso es —dijo el capitán, alzando su pichel—. ¡Por el Buen Lenk, que él nos

guíe a todos!

La tripulación se sumó al brindis. Pero el momento de incomodidad no se disipó del todo. El encanto de la velada, marcado por la cálida brisa, el confortable fulgor de los faroles eléctricos y el tonel de cerveza, se perdió, y la tripulación empezó a moverse por cubierta, terminando pequeñas tareas, preparándose para colgar hamacas y dormir al aire libre.

Cuando los demás se habían instalado, Shirla y yo nos quedamos junto a la borda, escuchando las olas contra las rompientes.

—Estamos espantosamente confundidos —murmuró—. Ojalá a veces supiera qué pensar.

El bote zarpó con las primeras luces, al mando de Salap; el capitán permaneció a bordo, por si la isla resultaba ser peligrosa. No le agradaba tener que tomar esta precaución, y dio a Salap detalladas instrucciones sobre qué buscar, qué consignar en ambas pizarras y cuándo regresar con un informe preliminar. En el bote había dos aprendices, Scop y An Sking, gente apocada que rara vez se ofrecía voluntaria pero que Randall eligió para su reconocimiento, y Randall mismo. Shatro, Thornwheel y yo completábamos el grupo.

El bote cruzó los pocos cientos de metros que nos separaban de la costa, una estrecha playa de arena negra con trozos de piedra pómez y jirones de fibra de vástago. Empujamos el bote hacia la playa y caminamos de aquí para allá por la arena, haciendo crujir los granos lisos y vidriosos bajo los pies. Salap nos ordenó que juntáramos varias cajas de muestras, restos de ecori del Mar de Darwin.

—El océano nos los trae aquí gratuitamente —dijo.

Más allá de la playa, en un peñasco erosionado de diez metros de altura, una capa tras otra de cenizas volcánicas alternaban el gris con el negro. Randall y Shatro hallaron restos secos de vástagos de varios siglos de antigüedad enterrados en las capas. Exhumamos con picos y palas los delicados especímenes, hollejos encogidos y pardos, víctimas de antiguas erupciones de los mismos volcanes que surgían del mar y habían formando las islas milenios atrás.

—Si algo sabemos sobre Lamarckia —dijo Salap, pateando la escoria negra que coronaba el peñasco—, es que es mil millones de años más joven que la Tierra, tiene más actividad volcánica y quinientos kilómetros menos de diámetro. Casi todos los filones de metal son de origen volcánico. Si deseamos dar con filones ricos, tendremos que buscar a una profundidad de cinco mil metros por debajo de los continentes, o en el fondo del mar.

Dejamos las cajas de vástagos secos en la playa, sobre una roca de lava, para que las olas no las mojaran. Más allá de los peñascos de la playa, unas colinas ondulantes —antiguas fumarolas erosionadas por el viento y la lluvia— se extendían medio

kilómetro hacia las abruptas cuestas del monte Jiddermeyer. Rocas, escoria y rugosos y erosionados ríos de lava cubrían las colmas. Sin embargo, el suelo era fresco, y no brotaban vapores de las fisuras ni de las montañas de tierra adentro.

Salap escudriñó esas montañas, chupándose las mejillas reflexivamente. Con un chasquido reprobador, se volvió hacia Randall y Shatro.

—Cuando Shulago y Baker estuvieron aquí, podían oler el azufre a kilómetros de distancia, desde el mar. Ahora está muy tranquilo, y no hay olor.

—Pasaremos media hora examinando este sector —dijo Randall—. Los principales objetivos de nuestra búsqueda serán los pétridos. —Nos mostró la reproducción de un boceto de Baker: vástagos planos, del tamaño de una mano, que se aferraban a la lava y dejaban huellas blancas. Había pétridos o trituradores de roca de varias formas y tamaños en todos los ecos conocidos, y su función era similar a la de los líquenes—. También buscaremos concentraciones de vástagos.

Los excrementos, generalmente discos planos y lisos, no se encontraban casi nunca en los ecos activos, que los recogían y limpiaban. Si aquel ecos estaba en decadencia, tal vez halláramos más excrementos, o ninguno.

—Cuidado al pisar. Shulago dice que este territorio es muy traicionero. Hay muchos tubos y agujeros de lava.

Nos desperdigamos por las colinas. Yo cogí un sombrero de fibra y un saco para especímenes pequeños.

Me caí dos veces antes de acostumbrarme al terreno, y me pelé los nudillos y las rodillas. Pensé que el mejor lugar para encontrar vástagos fijos sería unos cientos de metros tierra adentro. Me los imaginé tomando el sol entre las piedras. Piensa en la energía. Un ecos administra la energía igual que cualquier organismo. Luz, aire, agua, minerales. Vástagos adaptados para aprovechar específicamente ciertos nichos por la energía y la materia prima que aportan.

Avancé por caminos de arena negra entre un laberinto de fragmentos de lava, y examiné las zonas que permanecían a la sombra bajo los salientes, raspando la arena con las botas, escarbando con una pequeña pala. Nada. Cuando hubo pasado la media hora, nos reagrupamos en la playa. Salap se cubrió los ojos para protegerse del sol y miró nuestros sacos vacíos.

—Conque el ecos se está ocultando o... —Calló, negándose a especular en voz alta—. Encontraremos el camino de Shulago a poca distancia de aquí, si no se ha borrado. Hay un pequeño valle al pie del monte Jiddermeyer. Es una buena caminata, pero creo que podemos encontrarlo y regresar antes que el capitán empiece a preocuparse.

Nos miró enigmáticamente, como un conspirador. Detecté cierta rivalidad. Salap quería explorar la isla por su cuenta.

Mientras bajábamos por la playa y buscábamos el sendero, Shatro recogió un

jirón correoso y nos lo pasó para que lo examináramos. Pardo y reseco, todavía conservaba algunas hebras en los orificios.

—Parte de un zapato —sugirió Randall.

—No es un vástago —dijo Shatro.

—Decepcionante —dijo Salap, sacudiendo la cabeza—. ¿Qué ha sucedido aquí?

No encontramos marcas, pero un sendero arenoso entre las rocas parecía prometedor. El sendero subía por el flanco de la montaña y daba la vuelta a un afloramiento de andesita.

—Es la senda de Shulago, pero los arbóridos ya no están —dijo Salap, señalando círculos vacíos de piedra y depresiones cónicas en el terreno—. Cuando estaban los arbóridos, empujaron las rocas y echaron raíces. Se han marchado o han muerto.

Avanzamos cien metros por el sendero, bordeamos el afloramiento y luego cruzamos unas piedras caídas, algunas de las cuales formaban arcos sobre el camino. El sol me calentaba los brazos y me hacía sudar. Me sentía triste y soñoliento.

Al cabo de cuatro kilómetros, unos tallos rojos y azules asomaron sobre una loma.

—Al fin —dijo Randall—. Algo vivo.

Más allá de la loma había un bosquecillo de arbóridos pequeños, macizos, semejantes a palmeras. Las hojas puntiagudas se extendían sobre troncos redondos formando un casquete velludo. Raíces pardas y traslúcidas formaban nidos sobre el suelo entre los arbóridos, y a lo largo de las raíces reptaban lustrosos vérvidos anaranjados, criaturas semejantes a gusanos de cuatro centímetros de longitud.

Nos detuvimos en el linde de aquella silva lamentable y limitada. Randall, Shatro y Salap examinaron rápidamente los vástagos, tomando notas en la pizarra de Salap. No reconocí a ninguno de ellos por las ilustraciones y fotos de las expediciones de Jiddermeyer o Baker-Shulago.

—Hay grandes diferencias —comentó Salap—. Flujo y reemisión de nuevos vástagos. La isla ya no es hospitalaria.

—¿Competencia? —preguntó Shatro—. ¿Guerra... sexación?

Salap miró al cielo y sacudió la cabeza.

—En la isla de Martha había un solo ecos, y estamos a mil seiscientos kilómetros de Tierra de Elizabeth, a dos mil cuatrocientos kilómetros de Hsia. Los vástagos de los ecoi pelágicos no se alejan de las islas y las plataformas continentales, salvo los desdichados que se pierden. Y Shulago, Baker y Jiddermeyer dijeron que el ecos de la isla de Martha dominaba su zona, hasta cien millas de tierra. Estaba bien protegido. ¿Cómo pudo haber sexación, y menos una invasión?

Shatro aún tenía la esperanza de que su idea fuera cierta.

—Vimos corredores de Petain, o quizá de Hsia o Tierra de Efhraia. ¿Por qué están aquí, a menos que una zona intuya una oportunidad?

—¿Qué oportunidad? —preguntó Salap de mal humor—. Esto está vacío, ser Shatro. Una zona se ha marchitado aquí. Está en decadencia.

—Vejez —sugerí, en parte para que Salap no siguiera atacando al infortunado Shatro.

Salap miró al cielo con enfado pero no dijo nada. Siguió caminando entre los arbóridos hasta el fondo del pequeño valle.

El aire estaba más fresco y húmedo a la sombra de los arbóridos. No olía a nada en particular. Toqué los troncos y hojas mientras pasábamos, pero no se abrieron estomas. Parecía haber sólo dos clases de vástagos, los arbóridos y los vérmidos.

—No han enviado reconocedores —dijo Randall mientras descendíamos hacia el valle.

—Yo no los echo de menos —comentó Shatro.

—Pero es significativo —dijo Randall—. Tal vez el ecos ya no sienta curiosidad. Nunca me había pasado.

—Sólo hemos estado aquí unos minutos —dijo Shatro, mirando a su alrededor—. Quizás estén esperando el momento adecuado.

El sendero se ensanchaba en una franja arenosa. En el centro de la franja, un parapeto de piedras de lava rodeaba una laguna clara y chispeante. Un manantial burbujeaba a un lado, y las aguas ondeaban sobre un lecho de arena negra que titilaba al sol. Desde el manantial amurallado hasta el bosquecillo, unos pedruscos de lava rojiza marcaban un sendero.

—No son vástagos —dijo Randall—. Alguien vive aquí.

Regresamos al bosquecillo por el sendero marcado. A cincuenta pasos del manantial, una casa gris y castigada por la intemperie se levantaba sobre estacas, rodeada por arbóridos rosados y grises. El techo era de una piel grisácea, al igual que las paredes. El resto de la tosca estructura consistía en vigas de xyla rosada.

Al oír nuestras voces, salió una mujer vestida con ropa parda, de rostro pálido y cabello negro y largo veteado de gris. Calculé que tendría setenta años. Nos miró con sus ojos claros. Tenía la tez oscura y las piernas huesudas y movía la boca como si buscara las palabras bajo la lengua.

—Soy Liasine Trey Nimzhian —graznó. Se aclaró la garganta y repitió el nombre—. Vivo aquí. ¿Qué queréis?

—¿Estás sola? —preguntó Randall.

—No te alarmes, ser Nimzhian —dijo Salap, tocando a Randall en el hombro—. Es un honor conocerte. No sabía que todavía estabas aquí. —Susurró algo al oído de Randall.

La mujer nos miró uno por uno con los ojos desorbitados.

—Mi esposo murió hace cinco años. He vivido sola desde entonces. Las voces y las caras humanas me desconciertan.

Salap nos presentó y explicó:

—Liasine Trey Nimzhian y Yeshova Nakh Rassik habían sido dados por muertos. Eran investigadores de Baker y Shulago.

—No elegimos quedarnos —dijo Nimzhian, extendiendo las manos—. ¿Tenéis un barco? Claro que sí. Me encantaría ver un barco o... cenar con el capitán.

—Será un privilegio para nosotros —dijo Salap con una reverencia.

Esa noche la mayor parte de la tripulación se sentó a comer lo mejor que Prey el cocinero podía ofrecer a bordo del Vigilante. Me senté a la mesa vecina a la del capitán, con Randall, el segundo oficial y los investigadores, entre ellos Shatro. Nimzhian se sentó con el capitán y Salap y las marineras Talya Ry Diem y Shirla, que estaban a la mesa para hacerla sentir cómoda. Las mujeres la trataban como si fuera una anciana venerable. Liasine Nimzhian pareció caer en trance aun antes de que empezara la cena.

—Tanto tiempo... —murmuró—. Esto me parece maravillosamente elegante. Han pasado años desde que comí comida humana. ¡Pan! ¡Y cuántas noticias! No puedo creer que me haya perdido tantas cosas.

—Tu historia debe ser extraordinaria —dijo el capitán.

Ella se irguió con orgullo.

—He vivido en nuestra isla durante doce años. Los primeros años fueron buenos, pero después de la muerte de mi Yeshova... casi todo fue trabajo. —Se inclinó hacia el capitán—. Vosotros seguís el itinerario de Baker y Shulago. Queréis circunnavegar Lamarckia.

—En efecto, —Eso explica el interés de ser Salap por la isla de Martha. ¿Quién se desviaría tanto para visitar un sitio tan solitario? Bien, pues, tengo una historia que contar. Es acerca de secretos, y de la muerte de la única criatura viviente que, aparte de mi esposo, he llegado a conocer y amar.

»Mañana os mostraré dónde sucedió y tal vez entre esta noche y mañana pueda explicaros por qué.

Después de la comida fuimos a la toldilla para sentarnos bajo las estrellas y escuchar la historia de ser Nimzhian.

—Cuando me uní a la expedición de Baker y Shulago, yo era una agro, una especialista en granjas. Había aprendido a desarrollar cultivos terrestres sin perturbar los ecoi ni provocar una reacción defensiva. Algo que hoy es infrecuente, sospecho, pero que entonces era muy común. Mi mentor era Yeshova, el hombre que llegaría a ser mi esposo. Yeshova —repitió, paladeando el nombre con una sonrisa—. El creía que yo podía enseñar a Baker y a Shulago un par de cosas sobre la especialización en los ecoi.

»Nos hicimos a la mar con dos buques, el Hanno y el Himilco. Eran más

pequeños que éste, y estaban peor preparados. Baker y Shulago ahora serán héroes y mártires para muchos. Acabo de enterarme de que nunca regresaron, que sólo Chuki logró regresar en la nave más pequeña. —Hizo una pausa y trató de calmarse. Con una mano en el cuello, acariciándose distraídamente la piel arrugada, ordenó sus pensamientos—. No parece tanto tiempo. Mi vida ha sido monótona durante los últimos años.

«Sabéis que viajamos desde Athenai hasta el continente septentrional, donde no crece ningún ecos, y de allí a Hsia. Navegamos junto a la costa oeste de Hsia, y luego hacia el sur, hasta el estrecho de Cook; hallamos un pasaje y descubrimos seis zonas más en las islas de Cook, eoi pequeños y sencillos en comparación con Tierra de Elizabeth y Hsia.

«Capturamos especímenes, los diseccionamos, y dondequiera que íbamos los eoi sentían curiosidad. A mí me picaron treinta y tres reconocedores. —Alzó los brazos para mostrarnos pequeñas marcas, del tamaño de huellas digitales. También señaló las marcas que tenía en el cuello y se alzó la túnica para mostrarnos varias en las piernas y los tobillos—. Seguimos por la costa este de Efhraia hasta el punto más meridional, que denominamos cabo Manu, por nuestro navegante. Rodeamos el cabo Manu y regresamos al Mar de Darwin en vez de navegar por los helados mares del este en invierno.

Miró a su público, el rostro sumido en sus recuerdos.

—Fue una travesía difícil. Siete tripulantes murieron en accidentes, mi hermano entre ellos. No podíamos luchar contra los vientos al sur de las islas Shaft. No podíamos cruzar en esa dirección, pues se nos estaba terminando la comida. Recalamos en las islas Shaft. Shulago no quería regresar a Jakarta, aunque estaba a sólo seiscientas millas. Hay pequeños poblados agrícolas en las islas Shaft. Los visitamos. Afortunadamente conseguimos provisiones suficientes para continuar.

—Todos los isleños murieron durante la hambruna del veintiséis —dijo Salap.

Nimzhian tenía una expresión ausente, como si aquel detalle no significara nada para ella, y al fin dio lo que consideró una respuesta amable.

—Lo lamento. Eran buena gente, muy ansiosa de escuchar nuestras historias. Creían que Baker y Shulago eran héroes. Creían que todos éramos héroes. Pero únicamente estábamos cansados y hambrientos.

Nimzhian parecía reacia a continuar.

—Navegasteis al norte... eso dicen los diarios de Chuki —la acució el capitán.

Nimzhian se frotó las manos.

—Baker y Shulago discutieron. Parecían monos furiosos en una jaula demasiado pequeña. Pero insistían en vivir a bordo del mismo barco. Querían vigilarse mutuamente.

«Baker quería virar al oeste, rodeando el cabo Magallanes, pero Shulago afirmaba

que no era el momento propicio, que los vientos del oeste nos matarían. Tal vez tuviera razón. Lo cierto es que navegamos hacia el norte, para dirigirnos al oeste entre Tasman y Tierra de Elizabeth. Mi esposo discutía continuamente con Baker. Encontramos la isla de Martha por accidente. Yeshova pensó que podíamos pasar años provechosos estudiando allí. Bien. Nuestro deseo se cumplió.

Calló de nuevo, tensando la mandíbula, y miró el círculo de rostros, sonriendo y sacudiendo la cabeza.

—Baker era un hombre muy desagradable —dijo—. Debía pensar que Yeshova era una influencia demasiado incómoda. Dispuso que fuéramos juntos a la costa. Las naves zarparon mientras estábamos en tierra. No se qué les contó a los tripulantes.

—Los diarios se perdieron —dijo Salap—. Chuki no lo menciona.

—Bien, Chuki zarpó antes que el Hanno nos abandonara. Al principio estábamos muy atemorizados. Sabíamos que tres tripulantes de Jiddermeyer se habían perdido aquí una década antes. Nunca los encontramos. —Se frotó los ojos con los dedos de una mano, parpadeó a la luz de los fanales eléctricos—. En cierto sentido, Baker nos hizo un favor. Aquí hemos tenido una buena vida. Martha provee. Nunca corrimos peligro de morir de inanición, aunque a menudo tuvimos hambre, y a veces nos pusimos enfermos por no comer lo debido. Llegamos a amarla. Nunca nos aburrió. A veces Yeshova se preguntaba si alguna vez se descubriría nuestro trabajo. Nos preguntábamos por qué nadie regresaba a la isla de Martha. Pero no éramos desgraciados.

—No ha habido ninguna expedición desde entonces —dijo el capitán—. La isla no se encuentra en ninguna ruta de navegación, y de cualquier modo hoy en día no circulan muchos barcos por el Darwin, a menos que sean brionistas.

Nimzhian no reconoció ese nombre.

—Baker y mi esposo confirmaron que las teorías de los primeros topógrafos y de Jiddermeyer eran correctas. La única explicación plausible de la naturaleza biológica de Lamarckia es la herencia de rasgos adquiridos. No obstante, «herencia» no es la palabra adecuada. Jiddermeyer había especulado acerca de los diseñadores y observadores, que tomaban los especímenes recogidos por los reconocedores y los ladrones y los estudiaban. Hemos añadido más detalles a esa teoría.

«Hemos visto morir un ecos. Hemos visto sus preparativos para la muerte. La isla desolada... Nos reveló su esqueleto, en cierto sentido...

—¿Y había una madre seminal, una reina? —preguntó el capitán.

—Os lo mostraré por la mañana —dijo Nimzhian. Sonrió y se meció en la silla, disfrutando del interés de su público—. Supongo que querréis explorar la isla antes de proseguir vuestro viaje.

—Puedes marcharte de aquí con nosotros —dijo el capitán.

Ella sacudió la cabeza.

—No, gracias. Regresaré a mi isla por la mañana. Queda mucho por hacer. Espero que os llevéis los resultados que hemos obtenido para presentarlos en Athenai o Jakarta.

—Sería un honor.

Nimzhian superó los recuerdos tristes. Ahora estaba llena de alegría, gozando de la compañía humana.

Tres botes zarparon a la mañana siguiente bajo un cielo encapotado y gris. Ráfagas de viento fresco y chaparrones de lluvia ligera nos saludaron cuando llegamos a la costa, al mismo lugar donde el bote había recalado el día anterior. Con ser Nimzhian a la cabeza, caminando por la arena negra con mucho aplomo, nuestro grupo de treinta —el capitán, Salap, los ayudantes de investigación, yo y ocho tripulantes que habían echado suertes— recorrimos el sendero de Shulago. El grupo formaba una larga hilera por la cuesta que bajaba hasta el valle. Algunos tripulantes cantaban al principio, pero la desolación, el ventoso silencio y el día gris pronto abatieron los ánimos.

Los investigadores contaron los círculos de piedra de la vieja silva y realizaron una estimación de su extensión y del número anterior de arbóridos. Nimzhian explicó que la silva se había retirado desde la costa hacia el interior; sus vástagos desaparecían noche tras noche, y los limpiadores del ecos absorbían sus restos. Después de los arbóridos habían muerto los pobladores de las rocas, y luego las formas más pequeñas, mes tras mes y año tras año. Tierra adentro, los vástagos más grandes habían muerto primero, y luego los más pequeños.

—Los arbóridos y los fítidos nutrían el resto —explicó Nimzhian—. Creemos que murieron por la decadencia de vástagos microscópicos.

La causa de la decadencia era desconocida. Al principio, ambos esposos habían pensado que los microbios portados por los humanos contagiaban los vástagos, pero no hallaron pruebas que respaldaran esta hipótesis.

—Siempre nos culpamos a nosotros mismos —dijo Nimzhian aproximándose a la loma desde donde se veía el último bosquecillo de arbóridos—. Nos sentimos culpables de todo, aunque no somos más que humanos. Pero pronto comprendimos que los humanos eran poco importantes.

Podía caminar y hablar con soltura sin perder el aliento. Nos costaba seguirle el paso.

—Martha nos toleraba, e incluso nos dejaba tornar algunos fítidos y arbóridos y otros vástagos para alimentarnos y como materias primas. Cuando Martha vivía, cada primavera echábamos a andar tierra adentro, nos internábamos en las montañas para estudiar la roja florescencia, el agostamiento y crecimiento de nuevos brotes entre los arbóridos flox, los enormes y raros hemohamátidos y los halímidos costeros. Cinco años después de nuestra llegada, Martha envió más reconocedores, como si fuéramos

nuevos en la isla, vástagos de tres patas del tamaño de ratones brincaban de las alsofileidas y nos mordían los brazos a fines del verano, cuando aún se sentían los últimos calores de la corriente de Jiddermeyer. Esto era inusitado en ella. Nunca descubrimos por qué Martha necesitaba reconocernos con tanta frecuencia y regularidad.

Hizo una pausa, se inclinó para ajustarse las perneras y los calcetines.

—Al cabo de ocho años, por su cuenta, Martha comenzó a desmantelarse. De noche oíamos lo que mi esposo llamaba «camiones de residuos», del tamaño de elefantes, rodando por las colinas desnudas hacia el mar. Allí estallaban como enormes globos, esparciendo restos medio disueltos en las olas y corrientes. El ecos se desintegraba hectárea a hectárea, ordenadamente. Creo que sabía que estaba agonizando y quería dejar la isla limpia cuando se hubiera ido. Comprendo que esta perspectiva es muy antropomórfica... —Nos miró, entristecida por los recuerdos—. Extrañábamos su curiosidad. Nos agradaban esos reconocimientos estacionales.

«Incluso llegamos a creer que el ecos velaba por nosotros, que nos aceptaba como partes independientes... Pero esa idea era principalmente de mi esposo.

»Hace cinco años, Yeshova sufrió una embolia o algo parecido. Algo le falló en la cabeza. No teníamos médicos ni indicios. El ecos no lo salvó. Murió después de doce días de parálisis. Lo sepulté, pero los carroñeros lo exhumaron, lo pusieron con los demás restos y se lo llevaron al mar. Martha siempre se ha mantenido limpia, muy limpia.

Entramos en el bosquecillo mientras caían goterones de lluvia que tamborileaban sobre las hojas de los arbóridos y nos mojaban la ropa.

—Éstos son decadentes —dijo Nimzhian, tocando las hojas con una mano nudosa—. Son estériles, por supuesto, como viejas abejas muriendo en una roca seca.

Siguió adelante, ignorando la lluvia, y el capitán la siguió, usando su bastón para apartar unos trepadores pardos que se interponían en el camino. Salap examinó las hojas con una lupa, observando cómo reaccionaban ante la lluvia.

—Ser Nimzhian —dijo mientras llegábamos a la casa—, creo que esta pequeña silva recibe toda su agua del manantial. ¿Estoy en lo cierto?

—Así es —respondió ella.

Salap cabeceó satisfecho y se secó la humedad de la frente.

Nimzhian subió al porche y nos habló en aquel estrecho espacio. Ya estábamos empapados, pero la lluvia amainaba, aunque grises cortinas cubrían todavía las cuevas del monte Jiddermeyer.

—Tengo algo para mostraros —dijo—. No podéis entrar todos al mismo tiempo, pero todos podéis pasar.

Fuimos pasando en grupos de seis. Subíamos la escalera y le estrechábamos la mano; luego nos enseñaba sus tesoros: armarios llenos de cientos de acuarelas

pintadas por ella y su esposo. Salap estaba atónito; se quedó dentro con Keyser-Bach mientras iban pasando los grupos, mirando una y otra vez las pinturas que les mostraba Nimzhian. Ella estaba radiante de orgullo.

—Cuando la silva estaba sana —dijo— cubría casi todo el centro de la isla; formaba dos grupos similares, dos silvas, como vieron Jiddermeyer, Baker y Shulago, y como vimos nosotros al llegar. Las montañas estaban más activas. Incluso había unos cuantos terremotos al año, y la playa donde desembarcasteis estaba llena de fumarolas que despedían azufre.

Las acuarelas mostraban con brillantez un modo de vida delicado; decían tanto sobre sus creadores como sobre la isla de Martha, primorosamente retratada con plumas muy finas hechas con el tallo central de hojas de arbóridos y con tinturas sacadas de vérmidos y de árboles flox en lo alto de las montañas.

—Registramos todo lo que pudimos en la pizarra que nos dejó Shulago, pero pronto dejó de aceptar datos. Aprendimos a fabricar una especie de papel, y aprendimos a pintar. Martha fue muy generosa. Nos suministraba todo lo que necesitábamos: pigmentos, tallos para los mangos de los pinceles, incluso cerda para los pinceles.

»Nos comíamos sus vástagos, y para nosotros pintarla era como una ofrenda.

Unas cuantas pinturas representaban las florescencias vernaes de los altos valles de montaña, cuando los arbóridos y fítidos dejaban caer sus viejos brotes y producían brillantes y nuevas hojas rojas y anaranjadas, azuladas y moradas. El ecos parecía seguir un plan muy artístico, con sus colinas cubiertas de franjas moradas con un fondo rojo y azul.

—El aire olía como el más dulce vino de primavera —dijo Nimzhian, acariciando las pinturas, sacándolas de las carpetas y guardándolas con reverencia.

Algunas pinturas representaban especímenes de los arbóridos más grandes, llamados «yggdrasils»: nidos huecos de trepadoras rígidas que crecían en gordos cilindros de hasta cien metros de altura y cuyas hojas oscuras absorbían el sol. Yeshova había trepado al tronco hueco de un yggdrasil y lo había pintado desde dentro: una intrincada urdimbre que se estrechaba hasta un círculo de cielo abierto.

—Usamos el escaso equipo de laboratorio una y otra vez, hasta que se rompió o se estropeó y sólo nos quedó mirar y saborear... A veces lo que saboreábamos nos causaba malestar, y anotábamos los síntomas. Nuestros cuerpos se convirtieron en nuestro laboratorio. Y luego...

Miró unos bocetos de lava árida, yggdrasils enmarañados, de estilo más simple, más tosco: el trabajo que había hecho después de la muerte de Yeshova.

Al capitán se le llenaron los ojos de lágrimas, que se secó con los nudillos mirando a su alrededor con embarazo. Cuando todos hubimos visto los bocetos, Nimzhian se detuvo junto a la ventana, mirando el bosquecillo que rodeaba el

manantial, la voz cascada de fatiga.

—Necesito descansar antes de la próxima parte de la excursión.

—Por supuesto —dijo el capitán, y ordenó que sacaran comida de las mochilas. Organizamos el almuerzo junto a la casa, y ser Nimzhian lo presidió como una auténtica matriarca, descansando en su silla de tallos de yggdrasil. Usaba un ancho y maltrecho sombrero de fibra para cubrirse los ojos del resplandor del sol que asomaba alguna que otra vez entre las nubes.

—Capitán —dijo—, te cedo todo nuestro trabajo. Yo lo tengo todo en la cabeza, y sólo puede ser útil si alguien se lo lleva de esta isla. No viviré mucho más, y la intemperie podría destruirlo todo.

El capitán agitó la mano como restando importancia a esa confesión de mortalidad, pero ella continuó:

—Hace cuatro años perdí cincuenta y nueve bocetos por culpa de unas goteras en el techo. Meses de trabajo. Lamarckia es indiferente. También lo era Martha, sospecho, pero aun así la amábamos. Nos hacíamos ilusiones reconfortantes, creábamos fantasmas de bondad y cariño cuando estábamos tan solos.

Descansábamos bajo un cielo donde el sol alternaba con la sombra de las nubes, rodeados por las hojas velludas y susurrantes del bosquecillo. Salap, el capitán y Randall estaban sentados en el porche con Nimzhian, que había cerrado los ojos y dormitaba en su silla.

Shirla y Shimchisko estaban tendidos a ambos lados de mí, Shirla de espaldas, siguiendo las nubes con los ojos, Shimchisko dormitando.

—Me gustaría irme a explorar —dijo Shirla—. He pasado demasiado tiempo en ese barco, con el segundo oficial vigilándome a cada paso. ¿Quieres fugarte a las colinas?

Sonreí.

—Nada de remolonear —dije.

Shirla me examinó críticamente, los ojos entornados, y se recostó.

—Es un ofrecimiento audaz —dijo Shimchisko, despertando de su siesta—. ¿Qué ves en él?

—No puedo evitarlo —bromeó Shirla—. Es su misterio. ¿De dónde has venido? Lo sé... de Jakarta, antes de perderte en Liz. Pero no hablas como un jakartano, y no actúas como nadie que yo conozca. Hay cierta frialdad en ti.

—Si el misterio me salva de limpiar la letrina, seré misterioso.

—Bien dicho —comentó Shirla—. Extraña defensa. Ven conmigo a las colinas —conspiró, suspirándome al oído. Irguió el pecho y hundió la barbilla—. Y te mostraré mis pechos.

Casi me ahogo de la risa, y ella se rió conmigo, pero no me quitaba los ojos de

encima.

—La anciana quiere llevarnos a alguna parte. Me gustaría escapar a espaldas de todos y regresar a hurtadillas. Si no quieres ver mis pechos, de acuerdo, pero hazme compañía.

El sofocón que sentí casi pudo con mi sentido del deber, si de eso se trataba.

El deber se había convertido en una ardiente curiosidad y un torrente de emociones conflictivas: fascinación, angustia, incluso cierta preocupación patriarcal.

—Me encantaría —dije.

—Soterio nos castigará. Tal vez te degraden nuevamente a aprendiz. ¿Valgo la pena?

Shirla nunca había ido tan lejos con sus insinuaciones.

—Sin duda eres la criatura más adorable del barco —dije.

—Dime más.

—Mucho más encantadora que Shimchisko. —Shimchisko abrió un ojo, lo cerró—. Y eres demasiado lista para estropear una buena carrera marítima.

Me sacó la lengua como una gata lánguida y desvió los ojos, mirando de nuevo hacia las nubes.

—Un día —dijo— veré tu secreta desnudez, y la disfrutaré.

—Puedes ver mi desnudez en cualquier momento, previa cita.

En Thistledown había tenido éxito con las mujeres. Demasiado. Había llegado a considerarlas mercancías deliciosas y valiosas, dignas de todo esfuerzo, pero esencialmente diferentes a mí. Ahora, en medio de aquella onírica experiencia, notaba que mi actitud estaba viciada por la juventud y la necedad. Shirla se parecía mucho a mí, a diferencia de Shimchisko, el capitán o Salap.

El sol asomaba entre las nubes, y en ocasiones las iluminaba con una blancura resplandeciente.

—Soy demasiado estúpido —dije.

—¿Ves? Desnudez. Muéstrame más.

Le toqué la pantorrilla con la punta de la bota.

—No me provoques —gruñí.

Nimzhian se había levantado de la silla.

—He descansado —anunció. El capitán, Salap y Randall se levantaron como criados respetuosos—. Acompañadme —dijo ella, bajando la escalera.

—Has perdido la oportunidad —dijo Shirla, poniéndose de pie.

—El tonto de Olmy —dijo Shimchisko con una sonrisa.

Las ondulantes nubes habían huido hacia el sureste. Marchamos tierra adentro subiendo la cuesta norte del valle de Nimzhian, última reserva de los vástagos huérfanos de Martha. El bosquecillo terminaba en el borde del valle, y en las laderas

del monte Jiddermeyer, de las colinas y las montañas, encontramos los caminos del desmantelamiento. Nimzhian señaló vanos rasgos mientras caminábamos por el sendero que ella y Yeshova habían seguido por la silva en sus primeros años en la isla de Martha. Aquí, el lugar que ocupaba el yggdrasil que estaba más cerca del valle y la casa, ahora una depresión cónica de diez metros de diámetro, llena de estériles trozos de lava con un fondo de sedimentos fangosos cuarteándose al sol; allí, el comienzo del sendero que conducía a la cima del monte Jiddermeyer, donde habían hallado fítidos y vérmidos aptos para fabricar tinturas para acuarelas. Un kilómetro más adelante, vimos un refugio que habían construido por si los sorprendía una tormenta, ahora en ruinas. A mayor altura, entre el monte Jiddermeyer y el monte Tauregh, al cabo de una hora de marcha, nos detuvimos un instante en lo que había sido la silva más tupida de la isla.

—Millones de yggdrasils y robles trípodes —dijo Nimzhian, protegiéndose los ojos del resplandor.

En pocas horas el lugar estaría en sombras, pero ahora era una desolación gris y brillante, kilómetro tras kilómetro de depresiones cónicas llenas de arena.

Shimchisko se frotó las rodillas cuando nos detuvimos y nos miró a Shirla y a mí.

—Suicidio —dijo oscuramente—. La reina optó por la muerte de su ecos. Por vergüenza.

Shirla torció los labios. No le interesaban las teorías místicas de Shimchisko.

El capitán, Salap, los investigadores y Randall admiraron la vista con asombro. Tampoco ellos podían explicar lo que había sucedido. Miré la cima del monte Jiddermeyer y pensé en su silencio, en sus vapores extinguidos. Ya no había seísmos, ya no había azufre en las fumarolas cercanas a la playa.

Nimzhian suspiró y nos instó a seguir adelante. Encabezó la marcha moviendo las piernas largas y flacas en un contoneo infatigable. A diez o doce pasos de distancia, yo escuchaba su conversación con el capitán y Salap.

Shimchisko se quejó entre dientes de la altitud y el esfuerzo, de la vergüenza de toda aquella destrucción. Le pedí que se callara para escuchar a Nimzhian y me miró con rencor.

—Llegamos a este lugar dos años antes de que Martha muriese —dijo Nimzhian—. Yeshova y yo recorrimos la isla, yendo adonde nunca podríamos haber ido cuando la silva era tan espesa. Con la desaparición de los arbóridos flox y de los fítidos, podíamos ir prácticamente a cualquier parte que quisiéramos, y así fue como encontramos estructuras distintas de todo lo que habíamos visto en los demás ecos. Yeshova las llamó palacios. Lo encuentro un término equívoco, pero es el que él usaba.

Entre rocas de lava desgastadas por los trituradores de roca y el incesante crecimiento y procesión de las formas arbóreas de la silva, un profundo cuenco se

abría en el flanco del monte Tauregh.

—Hay otros cinco palacios, todos similares a éste. Cuando murieron, Yeshova creyó que Martha también había muerto. Estas ruinas y el bosquecillo huérfano son los únicos vestigios.

El cuenco medía ochenta metros de borde a borde. Pilares curvos y vigas transversales del color del marfil viejo nacían en el centro del cuenco como un costillar gigantesco dispuesto por una antigua partida de caza. En el fondo del cuenco, debajo de las costillas inclinadas y caídas, había cámaras hexagonales talladas en la lava. El agua de lluvia formaba un estanque en el suelo de las cámaras.

Nos pusimos en fila al borde del cuenco. El capitán tenía el rostro pálido. Se abrió paso con el índice y apretando los labios. Salap, cruzado de brazos, se concentraba como si recordara una vieja partida de ajedrez.

—Las cámaras de la reina —rumió el capitán—. ¿Tú qué piensas? —le preguntó a Salap.

—Tal vez. —Cuanto más interesaba algo a Salap, menos demostraba su interés.

—Por el Hombre Bueno —dijo Shatro, mirando a los demás para medir la intensidad de su propia reacción.

—Tonterías —comentó Nimzhian—. No son cámaras de la reina. Nunca me gustó la palabra «palacio», tan engañosa. Encontramos cinco de éstas, todas muertas. Todas iguales. Según la teoría de la reina, sólo habría una.

—Aquí es donde se fabrican y se liberan los vástagos —dijo el capitán, señalando las cámaras y hendiduras de la roca en las paredes externas de las cámaras—. Aquí nacen. Deben ser salidas. Deberíamos investigar.

—Dentro de una hora anochecerá, capitán —le recordó Randall.

—Sí, claro. Pero si encontráramos las salidas, o aunque no las encontráramos... aquí es donde el controlador central, la madre seminal, o las madres... —Se volvió hacia Nimzhian, que lo miró con escepticismo—. Si hay cinco, ¿qué importa? ¿Qué importa si no hay una sede única y central, un solo palacio? No me aferró a la idea de una madre seminal solitaria y exclusiva. Si hay cinco, podríamos considerar a las demás como criadas, ayudantes... Una podría ser más grande.

—Todos tienen el mismo tamaño, con leves diferencias —dijo Nimzhian—. Es siempre la misma estructura.

—¡Pero no las viste con vida! —exclamó el capitán—. Puede que una tuviese festones, penachos, adornos vistosos que simbolizaban que su rango era superior al del resto. Debe haber habido un controlador, un jefe, una autoridad.

Todavía estaba desposado con su reina, a pesar de todo. Nimzhian tocó el suelo con el bastón, con el fastidio de quienes han estado solos mucho tiempo y ahora deben soportar una compañía irritante.

—Como quieras —murmuró.

El capitán ordenó a Shatro y a Thornwheel que comenzaran a medir el palacio y a recoger muestras de los restos de tejido. Shatro me miró con satisfacción mientras se iba. Sentí ganas de pegarle, no porque el capitán lo hubiera escogido para aquella tarea, sino porque parecía atribuirle tanta importancia y pensar que a mí me molestaría.

—Agua del suelo de las cámaras... —reflexionó el capitán, ajeno a aquel breve encontronazo—. Podría haber tejidos, residuos, material genético. Podemos conservarlo y analizarlo después.

Shatro, Thornwheel y Cham comenzaron a descender por el tosco talud de las cámaras hasta el fondo del cuenco. Sacamos una cinta de agrimensor de la caja del equipo, para consignar en la pizarra del capitán medidas que permitieran comparaciones posteriores.

Randall miró el sol y luego el largo y sinuoso sendero que bajaba a la playa.

—Capitán, tal vez Nimzhian quiera regresar a su casa... y deberíamos avisar a los del barco.

Keyser-Bach se detuvo, temblando de entusiasmo. Frunció el rostro como un niño. Por un momento pensé que tendría un berrinche, pero se sentó de golpe en una roca de lava y se palmeó las rodillas.

—De acuerdo —murmuró, y se dirigió a los hombres que estaban cuesta abajo—. Esperad, regresaremos mañana. Traeremos más equipo. Hagamos esto bien.

Randall asintió, Shirla y los demás tripulantes se alegraban de no pasar la noche en esa desolación. Shimchisko miró el palacio con espanto. No quiso contarnos qué lo inquietaba hasta que estuvimos otra vez en el sendero, caminando entre los fosos cónicos a la luz evanescente.

—Es feo —murmuró al fin, siguiéndome a pocos pasos—. Pensé que serían bellas. Remas. Pero es sólo un viejo salón derrumbado. Vigas y habitaciones. Nada más que un hotel.

—No sabemos qué aspecto tenía cuando estaba viva —dijo Shirla—. Tal vez haya sido encantadora.

—Se esconden. Nadie puede llegar a ellas, dondequiera que estén —dijo sombríamente Shimchisko—. Eso significa que son feas, estén muertas o vivas. ¿Y qué las mató?

Me abstuve de opinar.

En el bosquecillo huérfano, el capitán preguntó si Nimzhian prefería dormir en el Vigilante.

—Por el Hado y el Hálito, no, gracias —dijo ella—. Soy una anciana de costumbres arraigadas. Vine aquí con Lenk cuando era una mujer mayor, me casé con Yeshova en mi madurez, y ahora que soy vieja tengo aquí a toda mi familia.

—Mañana regresaremos para realizar una buena inspección —dijo el capitán—.

Instalaremos un campamento y examinaremos los demás palacios. Sin duda vamos a emprender un largo viaje, pero estarás más segura si vienes con nosotros.

—No —dijo Nimzhian—. No estoy dispuesta a emprender otra expedición.

—Podemos ofrecerte un alojamiento cómodo.

—Capitán, he pasado aquí los mejores años de mi vida —replicó Nimzhian—. Baker y Shulago nos hicieron un favor. Por lo que me has dicho, nuestro mundo es cada vez más conflictivo y confuso. Sin duda conoces la profunda paz de la dedicación a la investigación. He presenciado el final de un ecos, algo que nadie ha visto. Pero la historia aún no ha terminado. Hay muchas preguntas. Por qué permanecen los huérfanos, cómo se las apañan para seguir con vida, por qué los palacios optaron por desmantelarse y morir en vez de desplazarse... Son preguntas suficientes para mantenerme ocupada el resto de mi vida.

El capitán sonrió.

—Siento envidia. Pero hay acertijos más grandes para resolver.

—Este acertijo tiene la magnitud apropiada para mí. Haz lo que debas hacer, llévate nuestros dibujos y nuestros resultados. Pero yo me doy por satisfecha.

Randall ordenó a Shatro, Cham y Kissbegh que se quedaran. Los demás regresamos a la playa cuando oscurecía y volvimos al Vigilante.

En el bote me senté junto a Shirla, que meditaba con la cabeza entre las manos.

—¿Triste? —pregunté.

Ella frunció el ceño, hizo una mueca, irguió la cabeza.

—Un poco desorientada.

—¿Por qué?

—Las reinas pueden morir.

—¿Sí?

—Es algo que no quería saber, y mucho menos ver.

—Todo acaba muriendo —dije.

—En Thistledown, según me contó mi padre, la gente podía optar por vivir para siempre. Tenían máquinas que se metían en la cabeza, máquinas para el cuerpo. Nuevos cuerpos. Cerebros adicionales. Supongo que yo esperaba... —Alzó las manos—. Olvídalo. Ni siquiera puedo pensar con claridad.

—Querías que las reinas, los ecoi, fueran más fuertes y mejores que los humanos, que durasen para siempre.

Negó con la cabeza, pero un destello en sus ojos me indicó que mi sugerencia no estaba lejos de la verdad.

—Un día quería visitar una reina. Me uní a esta expedición, fui a la escuela Lenk y me especialicé en ecología... y aunque no continué como investigadora, me embarqué como tripulante, como aprendiz, sólo para encontrar una reina. Supongo que quería sentarme a charlar con ella.

—¿De mujer a mujer?

—Desde luego. Madre Naturaleza en persona.

Me miró con severidad, como retándome a reírme.

—Es un mito encantador.

—Mito. —Shirla arrugó la nariz—. Quería que ella me contara qué tenía de malo estar vivo.

Miré hacia el agua, pues ahora el turbado era yo. Las luces del Vigilante titilaban en el límite entre el mar negro y el cielo estrellado. Nunca me había sentido cómodo con los sueños vagos y las asociaciones poéticas. Había abandonado a los naderitas con la esperanza de encontrar una filosofía que no estuviera enturbiada por deseos inciertos y sueños altisonantes.

—De cualquier modo, estas reinas están muertas —continuó Shirla—. Todavía pienso que las matamos nosotros. Una enfermedad, o quizá mera repulsión.

—¿Qué hicieron Nimzhian, su esposo u otra persona para provocar la repulsión de Martha? —pregunté en tono jocoso, con la esperanza de animarla.

—Oí lo que la anciana le dijo al capitán. Baker y Shulago los dejaron aquí. Los abandonaron.

—Aunque los traicionaron, ¿qué significaría eso para una rema?

—No sé.

—Una reina tiene que luchar con otros eoi, proteger un territorio y crear vástagos. Los trae de regreso cuando están agotados y fabrica otros nuevos. Tiene que pensar las cosas de otra manera. No podría tener preocupaciones humanas. Yo dudo que sea hembra.

—Eso no me importa —replicó Shirla con terquedad.

Shimchisko, sentado en el banco de atrás, nos había escuchado en silencio.

—Tal vez no sea hembra, pero no cabe duda de que es madre. Así es como yo la veo.

Shirla miró el fondo del bote. A la luz del fanal de proa vi lágrimas en sus ojos y sentí la repentina necesidad de consolarla. Le rodeé el hombro con el brazo, pero ella me rechazó.

Cuando subimos a cubierta por la escalerilla de cuerda, llevé a Shirla aparte un momento y dije algo que no tenía demasiado sentido para ninguno de los dos, pero para mí menos.

—Cuando entremos en una silva viva y exuberante —dije— y me pidas que vaya contigo, si quieres pedirme que vaya contigo... iré.

Ella parecía dispuesta a replicarme con furia, y se sonrojó a la luz de los faroles eléctricos de cubierta. Luego se apartó de mí y se dirigió hacia el castillo de proa, pero se detuvo y regresó, contoneándose al andar. Me apoyó la mano en el brazo, me miró con severidad y dijo:

—Ser Olmy. Estaba bromeando.

Dio media vuelta y se dirigió hacia el castillo de proa sin mirarme. Pero después de ayudar al capitán y a Salap a guardar los especímenes recogidos aquel día en los armarios que había junto a la cabina del capitán, me fui a la litera del castillo de proa y allí encontré dos golosinas envueltas en papel sobre mi almohada, un silencioso regalo.

Mantener las distancias y aislarme va en contra de mi carácter. Tenía que adaptarme a los demás, y Shirla podía brindarme una especie de refugio. Al menos, eso me servía de excusa. Lo cierto es que esas golosinas habían reavivado en mí el calor hormonal. La tristeza de Shirla, el elegante contoneo con que regresó para ponerme en cintura, me hacían ver su cara redonda y sus ojos oscuros bajo una nueva luz. En comparación, las mujeres que había conocido en Thistledown me parecían frías y calculadoras. La comparación era ciertamente injusta, porque mi ánimo estaba influido por el entorno, y el entorno era exótico y perturbador.

Yo también había mirado los costillares y restos del palacio y había sentido algo que no podía expresar. Yo también había abrigado la secreta esperanza de que los ecoi representaran algo mejor y superior. Pero la muerte de Martha, que el triste bosquecillo de huérfanos hacía todavía más inquietante, me demostraba a mí, aunque no se lo demostrara a Shirla, que Lamarckia no era un paraíso arruinado por la presencia de los humanos.

Aquí la vida seguía el mismo ciclo natural que en cualquier otro mundo. Las criaturas vivían, competían, triunfaban durante un cierto tiempo o fracasaban y perecían.

No habíamos estropeado nada.

Aun así, parte del misticismo de Shimchisko se me había contagiado. Lo que era perturbador, incluso temible, pensé mientras me comía la golosina echado en mi litera, era que el conflicto fuera inevitable, no sólo entre los humanos, sino entre los ecoi y los humanos. Los ecoi eran curiosos. Tal vez los irritábamos.

Tal vez tuvieran un plan.

Desperté a la mañana siguiente cuando sonó la campana que llamaba para la guardia de estribor. Los que no estaban de guardia siguieron durmiendo. Me levanté, me vestí y me comí la segunda golosina, pensando nuevamente en mi misión.

Sin razón, estos pensamientos me llevaban de vuelta a Shirla; nuestros flirteos en la isla de Martha me parecían absurdos e improductivos. Casi todas mis relaciones con las mujeres habían cobrado tintes absurdos, sobre todo mi frustrado intento de vincularme.

Las mujeres naderitas —sobre todo las divaricatas— parecían una raza aparte, eran muy diferentes de las geshels. Cuando yo era más joven, antes e incluso un poco

después de cambiar mi actitud hacia los geshels, me parecía que las características de las mujeres naderitas se combinaban con diferentes resultados a partir de un mismo surtido. Yo había salido con mujeres geshels y las encontraba encantadoras, pero en cierto modo menos atractivas, más calculadoras, más duras. Creía que todas las mujeres eran calculadoras, aunque sus maquinaciones no fueran del todo conscientes. Todas las mujeres sopesaban y medían; aunque no siempre se atenían a los resultados racionalmente, se orientaban en esa dirección de una manera que la mayoría de los hombres que yo conocía no podían imitar ni comprender. Las mujeres naderitas, en cambio, y sobre todo las que no eran conversas, adoptaban un enfoque más inocente de este cálculo. No hacían que te sintieras inferior si no estabas a la altura. Se limitaban a no alentarte, o dejaban que los impedimentos sociales te desalentaran, mientras te convencían de que no te consideraban inadecuado.

Uleysa me había demostrado mi ignorancia. En su dulzura, su tímida reserva y su serenidad, yo había encontrado todo lo que creía necesitar. Lo que aprendí de sus amantes del pasado —pues la vinculación entre los naderitas viajeros no requería eludir a todos los demás— era que ella presentaba rostros muy diferentes a diferentes hombres. Nos daba lo que creía que más necesitábamos, y en general no se equivocaba.

Pero saber quién era Uleysa... ah, comprendí que eso sería imposible. Sus intentos de agradar ocultaban algo que me perturbaba, una especie de reprobación oculta, como si yo fuera un niño que la necesitaba pero al que ella no respetaba de veras.

Conocía mejores lugares donde buscar incertidumbre y misterio... y reprobación, oculta o manifiesta.

Pero seguía teniendo debilidad por las mujeres nádenlas.

Una vieja historia, pensé mientras preparaba el equipo y el bote para el tercer viaje a la isla de Martha. Vi a Shirla, que esta vez no iría a, la costa. Me miró con añoranza. No podía conocer mis pensamientos. Afortunadamente, no estaríamos juntos ni a solas el tiempo suficiente para que mi actitud la afectara demasiado. Y yo tenía una misión. Los recuerdos y el sentido del deber podían apagar el fuego hormonal.

Durante los tres días siguientes escalamos las laderas del monte Jiddermeyer y acompañamos un equipo hasta la cumbre, donde William French estudió la isla, midió las elevaciones y las comparó con medidas tomadas por Baker y Shulago. Nimzhian observaba nuestras idas y venidas desde su porche, acompañaba a ciertos equipos en algunas excursiones y repasaba los resultados. Su ojo crítico y su experiencia resultaron de un valor inestimable.

Trabajando a partir de los mapas que ella y Yeshova habían trazado, recorrimos los desnudos valles de montaña que flanqueaban el monte Tauregh y examinamos los otros cinco palacios, todos en ruinas, aún más decrepitos que el primero. Como nos había dicho Nimzhian, había muy poca diferencia entre esos cuencos llenos de desechos. El capitán se tomó esta evidencia con una insistente decepción que me resultaba exasperante. Si las pruebas contradecían la teoría, pensé, era preciso desestimar la teoría. Keyser-Bach aún no estaba dispuesto a desestimar la suya. Incluso nos soltó una de esas elucubraciones que sólo sirven para ocultar que una teoría es débil amparándose en lo que no puede ser comprobado.

—Los palacios adicionales pueden ser trampas para confundir —sugirió jovialmente en la toldilla del Vigilante una noche—. Tal vez sólo uno sea el auténtico domicilio o refugio de la reina...

Salap estaba cada vez más irritable. Ladraba sus instrucciones a los investigadores y recibía los resultados de mala gana. Randall apenas le hablaba, y mascullaba que la isla no era buena para nosotros.

—Demasiado lúgubre —dijo—. Yo me iría cuanto antes.

Shirla llegó a la costa con Ibert y Kissbegh, pero había poco contacto entre nosotros. Yo estaba tierra adentro, midiendo el palacio dos; cuando regresé, un día y medio después, la habían enviado en un bote a acompañar a Thornwheel mientras medía el extremo occidental de la isla y su bulboso promontorio.

Al caer la tarde, mientras los investigadores jóvenes y Randall se iban al extremo oriental de la isla y el capitán estudiaba los resultados en el barco, Salap se reunió conmigo en el bosquecillo de huérfanos, donde yo estaba descansando y merendando.

—Creo que deberíamos ir a motarnos los pies en el manantial y charlar —dijo.

Preguntándome qué se proponía, seguí al jefe de investigadores entre los arbóridos, hasta la laguna que se extendía pálida y quieta bajo la sombra vespertina del monte Tauregh.

—Erwin insiste en que aquí hay pocas cosas que nos interesen, y quizá tenga razón —dijo Salap, quitándose los zapatos y sentándose a orillas de la laguna.

El cuenco pedregoso de la laguna estaba vacío, y sólo lo visitaban las raíces de los vástagos. En ninguna parte de la isla de Martha encontrábamos la profusión de vida que habría brindado un ecosistema de la Tierra en las mismas condiciones: ni semillas, ni microbios ni aves.

—Me temo que de las cámaras palaciegas no sacaremos nada en claro, que serán tan estériles como el resto de esta isla. No me gusta estar aquí, ni siquiera entre estos huérfanos. —Señaló los arbóridos—. Ella aún tiene su lugar —continuó, señalando la casa donde Nimzhian dormitaba a solas en el porche—. Ella morirá feliz aquí, pero...

Calló. Chapoteó en el agua un instante.

—Este lugar me hace sentir mi propia condición de mortal como un cuchillo entre las costillas. ¿Y a ti?

Sacudí la cabeza.

—A todos nos afecta de una manera distinta —dije.

La isla no me inquietaba tanto como a los demás. Salap nunca me había tomado por confidente, y su actitud me intrigaba. El jefe de investigadores nunca hacía nada —ni siquiera trabar una conversación— sin tener algún objetivo en mente.

—Si esto puede morir, entonces otros ecoi también pueden morir, y tal vez sea así. ¿Te imaginas qué efecto tendrá sobre Calcuta o Jakarta si las zonas mueren?

—Desastroso —dije.

—French dice que eres el más hábil con los instrumentos de agrimensura. Incluso mejor que mis investigadores.

—Me gusta el trabajo. Ayudar es para mí un privilegio.

—Sí, sí. —Salap rechazó esas palabras como la paja que eran—. Randall cree que deberías unirme a los investigadores. No estoy por completo satisfecho con ellos. Hasta ahora sólo nos has seguido los pasos a distancia. Tal vez deberíamos formalizar tu ascenso.

—No quiero ser motivo de conflictos.

Salap me clavó una mirada penetrante.

—Randall también dice que parece tener un objetivo en mente, y no tiene necesariamente que ver con la nave ni con nosotros. Pero me gustaría acelerar nuestro trabajo en esta isla antes de que todos sucumbamos a su lobreguez. Es como realizar una enorme autopsia. ¿Aceptarás?

Salap desvió los ojos mientras agitaba ondas con el pie en el agua clara.

—Sería un honor —dije.

—Bien. No te preocupes por el resentimiento de la tripulación. El capitán te interrogará de nuevo para preguntarte sobre tu formación. Él está orgulloso de su propia educación. Pero yo también creo en el talento innato. Lo convenceré.

Asentí con la mayor humildad posible. Salap rechazó mi actuación con un gesto.

—Siéntate aquí y háblame de esta laguna. Yo tengo mis sospechas.

—¿Sobre la laguna?

—El manantial y la laguna. Los huérfanos. De cuando en cuando, sentado aquí, huelo rastros de sulfuro de hidrógeno. La laguna es moderadamente ácida.

—He tratado de no expresar opiniones antes de lo debido...

—¿Sí?

—Sabemos muy poco sobre lo que un ecos necesita para sobrevivir.

—Sospecho que pensamos de la misma manera, ser Olmy —dijo Salap, dirigiéndose a mí por primera vez usando aquel tratamiento de respeto. Movié los dedos para alentarme.

—El vulcanismo ha cesado. El monte Jiddermeyer fue el último volcán en morir. Con el tiempo, el ecos agotó los elementos que necesita...

—Cromo, selenio, cobalto, cinc, manganeso —sugirió Salap—. Todos ellos han sido hallados en los tejidos de los vástagos, en concentraciones estables, sea cual fuere el ecos, pero rara vez en suelos nativos.

—Y para un ecos aislado como Martha, no hay lugar adonde ir.

—Ella se marchita. Pero este manantial... —De nuevo sumergió el pie.

—Es la última fuente de microelementos. Una pequeña fisura bajo tierra, todavía caliente.

—Ella abandona a sus huérfanos aquí. ¿Para Nimzhian? ¿Un último obsequio entre amigas? —suspiró Salap, con un sentimentalismo que jamás le había visto.

Yo también guardé silencio un rato. Él me clavó sus ojos oscuros.

—Lo que más me molesta de vivir en Lamarckia es la falta de variedad intelectual. Tal vez necesitemos unas cuantas generaciones para construir una base intelectual suficiente que nos permita comprender Lamarckia, resolver sus mayores enigmas. Cuando encontramos ese intelecto, no podemos permitirnos el lujo de ignorarlo. —Echó a andar, alejándose de la laguna—. Convenceré al capitán.

Durante los dos últimos días el capitán había pasado casi todo el tiempo a bordo, aprovechando las buenas condiciones para captar mensajes de radio y escuchando con cierta preocupación los transmitidos entre Hsia y Tierra de Elizabeth. No había revelado el contenido de tales mensajes a nadie salvo a Randall, pero Randall también parecía inquieto y retraído. No hacía falta esforzarse mucho para detectar indicios de creciente tensión en el pequeño pero extendido mundo político de los inmigrantes.

Las lagunas de las cámaras palaciegas se habían enturbiado con los desechos de las frágiles paredes. Un aprendiz, Scop, había caído en uno de los estanques cuando se derrumbó una pared, lo que dio a Randall la idea de abrir agujeros en las paredes para drenarlos, creando una especie de canal en el suelo del palacio.

Ayudé a instalar filtros para atrapar los residuos sólidos, y Salap tomó muestras del líquido de todas las cámaras antes de que comenzaran las perforaciones. El agua olía a lodo, frío y mohoso.

Pasé la mitad de la semana siguiente en la costa y la otra mitad en el barco, donde mi ascenso provocó ciertas chanzas de los tripulantes, algunas bienintencionadas y otras maliciosas. Shirla era cortés, pero nada más. ¿Yo estaba por encima de ella, o todavía era de su mismo rango? ¿Esquivaría a una simple marinera, aunque tuviera pretensiones científicas?

Por mi parte, estaba demasiado ocupado para hacer algo más que dormir y comer a bordo, y realizar los preparativos para el próximo viaje a la isla.

Una noche, mientras comíamos una cena fría en la isla, bautizamos los palacios con nombres de antiguas reinas: Cleopatra, Hatshepsut, Catalina, Semíramis e Isabel. En nuestro duodécimo día en la isla, Salap y yo supervisamos el drenaje del Palacio Uno, Cleopatra. Al mismo tiempo Randall, Shatro, Cassir y Thornwheel comenzaron a drenar los otros palacios.

El agua de Cleopatra descendió por los secos y rocosos declives durante veinte minutos. Quedaban pocos centímetros de líquido en las celdas de la cámara. A flor de agua, rodeados por los reflejos del cielo, yacían los restos de los últimos vástagos de Martha. Salap trepó a lo alto de una pared, bajo la curva de una viga oscura, y tomó fotos de aquellos restos decrepitos a medio disolver. Luego trajimos cuerdas y entramos en las cámaras.

La melancolía que nos embargaba era general y difícil de explicar. En una masa húmeda en el fondo de las cámaras yacían larvas a medio desarrollar de arbóridos y fítidos. Mezclados con sus primos de la silva, había descoloridos ptéridos de cuerpo delgado y segmentado y alas membranosas, frágiles como papel de seda mojado; los había a cientos, de no más de veinte centímetros de diámetro. Salap recogió uno con una red.

—Tal vez hayan sido los ojos y oídos de Martha. Creo que son iguales que los artroptéridos de Nimzhian.

—Reconocedores —sugerí.

—Tal vez. ¿Pero todos estaban a punto de nacer, o los trajeron aquí para desmembrarlos?

—A punto de nacer. Recuerda que Nimzhian vio que arrojaban los vástagos muertos al mar.

—¿Entonces Martha aún abrigaba esperanzas de engendrar más hijos? —preguntó Salap.

Ridjel, Kissbegh y Cham, de pie en el agua o sobre las paredes desmoronadas, hablaban poco mientras les pasábamos fragmentos de caparazón, rollos de cable muscular gomoso, zarpas puntiagudas, «huesos» marrones dispuestos como varillas largas y esbeltas o delicados cestos tejidos, trozos de fibra aislante. Era evidente que algunas formas larvarias eran pelágicas. Tal vez patrullaban por las costas de Martha, impidiendo las intrusiones y conservando la zona árida que bordeaba la isla.

También era evidente la estrecha relación entre aquellos vástagos y los de otros ecoi. Por independientes que fueran los ecoi, muchos vástagos se parecían a sus homólogos por similitud de diseño o porque eran copias.

Cuando Baker y Shulago habían visitado la isla, sin embargo, los años de aislamiento habían producido muchos vástagos singulares, cuya función era

desconocida en algunos casos. Encontramos restos de algunos de ellos en las primeras fases de desarrollo en las cámaras de Cleopatra: esferas con patas conectadas por toscos cables para formar cadenas móviles; grandes tambores con asideros en el borde y tapa hermética, tal vez para llevar nutrientes de un lugar a otro, o para transportar vástagos microscópicos desde los palacios; diminutas criaturas de cuatro extremidades con tres mandíbulas equiláteras que Salap llamó múscidos.

Al final del día, cuando salimos del palacio y descansamos en la árida ladera, habíamos catalogado setenta especies de vástagos, y hallado fragmentos de unos veinte más, demasiado difíciles de ensamblar y visualizar. De los setenta, Baker y Shulago habían catalogado veinte, y Nimzhian y Yeshova cuarenta y cinco. Nadie había visto nunca los otros cinco.

—Martha fue creativa hasta el final —dijo Salap, apoyando la espalda en una roca, alzando un frasco lleno de fragmentos óseos y jirones plumosos.

De madrugada, Shatro llegó al campamento y nos despertó alumbrándonos con la linterna.

—Isabel —jadeó—. El número cinco. Ser Randall dice que vengáis deprisa.

No sabía qué era tan importante, y su caminata en la oscuridad por el escarpado terreno lo había dejado sin aliento. Lo recogimos todo deprisa y llenamos nuestras cantimploras. Hacía días que llovía poco y tal vez no hubiera depósitos de agua entre las rocas. Shatro nos condujo por el sendero a la luz del alba.

El monte Beduino se erguía entre nosotros y el sol naciente, un triángulo negro y dentado contra el cielo. Una pequeña luna se elevaba sobre la cuesta norte del viejo volcán, y al cabo de un kilómetro viramos hacia la luna y esa cuesta, donde se hallaba Isabel. El trayecto desde Cleopatra era de diez kilómetros a través de lo que había sido una silva impenetrable, y llegamos al quinto palacio casi al mediodía.

Randall y su equipo habían drenado y medido casi todas las cámaras el día anterior, dejando sólo tres sin perforar. Agotados, Randall y Cassir habían decidido empezar a abrir un boquete en la pared de una cámara interior para continuar la tarea a la mañana siguiente.

—Estábamos a punto de regresar a nuestras tiendas cuando Cassir alumbró la cámara con una linterna —explicó Randall, conduciéndonos hacia la cuenca. Sorteamos con mucho cuidado los frágiles soportes de las vigas del techo, nos arrastramos por una sucesión de agujeros que atravesaban las paredes y llegamos a la antepenúltima cámara.

Randall no tenía palabras para describir lo que habían visto. Entro en la cámara a regañadientes, detrás de Salap. Arriba, haciendo equilibrio sobre las paredes, Shimchisko, el único tripulante presente, me hizo una seña desganada.

—Nunca oí hablar de un ecos que comiera humanos —dijo Cassir con voz queda.

Chapoteamos con cuidado entre montones de huesos pardos y blancos, descoloridos y sin olor. En las paredes, vástagos desconocidos del tamaño de pelotas de fútbol, con las extremidades encogidas y arrugadas como arañas muertas, colgaban de cordeles marrones retorcidos que goteaban.

Salap apartó los montones para ver la cosa que Cassir y Randall habían visto desde arriba. Yacía medio sumergida, las cuencas oculares vacías mirando al cielo, la mandíbula desdentada y caída, con una turbadora expresión jocosa. Salap vaciló antes de agacharse y extender las manos hacia la forma redonda, el montón de huesos rotos y un fragmento de caparazón gris que parecía una coraza manchada y cubría lo que tal vez había sido un pecho o un tórax.

—Es pequeño —dijo Salap—. Mide menos de un metro de longitud.

—Un niño —dijo Randall con voz trémula.

—Imposible —dijo Salap—. No es un niño humano.

—El cráneo —exclamó Shatro, torciendo los labios.

—Los huesos de las piernas y las manos —dijo Cassir.

Me arrodillé junto a Salap y examiné las manos. Tenían cinco dedos, pero los dedos no tenían articulaciones y eran flexibles, como de goma. La muñeca también era de una sola pieza, y la articulación que la unía a un largo antebrazo de dos huesos —los huesos unidos por una especie de nudo cartilaginoso— no era humana.

—He desconfiado de esa mujer desde el principio —dijo Shatro—. ¿Por qué iban a abandonarla aquí? ¿Qué pudieron haber hecho ella y Yeshova... o ella sepultó al esposo?

—Éste no es Yeshova ni ningún otro humano. Aquí no hubo asesinato —concluyó Salap, tosiendo y poniéndose de pie—. Esta criatura no se ha desarrollado. Está inconclusa.

El rostro de Randall palideció aún más. Nos miraba como si fuéramos ángeles espantosos.

—¿Entonces qué es, por Dios?

—Algo fabricado aquí —dijo Salap. Alzó la mano izquierda imperiosamente y tosió de nuevo en la otra. Algo de lo que contenían las aguas turbias le irritaba la garganta. Nos miró y dijo—: Traed los frascos más grandes. Dejad otros especímenes si es preciso. —Maldijo entre dientes y fulminó con la mirada a los hombres y mujeres que estaban de pie sobre la pared y atisbaban por el agujero abierto en la cámara—. Ni una palabra de esto a Nimzhian, y ni una palabra a nadie del barco. Se lo contaremos después de haber estudiado el espécimen, y en el momento oportuno. Randall, ¿me lo garantizas?

Randall cabeceó, aún pálido.

—Bien.

Cavando en el suelo de la cámara, al cabo de una hora habíamos hallado tres

vástagos inconclusos, si de eso se trataba. Ayudé a Salap a fotografiar los restos, usando las manos y una cinta métrica para comparar su tamaño por si los especímenes se desintegraban, como ya había ocurrido con algunos.

—Bajadnos cera caliente —ordenó Salap mientras bajaban los frascos de vidrio.

Llené los frascos con agua de la cámara y, uno a uno, levantamos los frágiles restos y los metimos delicadamente en los frascos.

Mientras sellaba los frascos con parafina, Salap me dijo, con una sonrisa de vampiro:

—Una buena imitación, ¿verdad?

Almacenamos los frascos en una cueva volcánica cercana a la playa, lejos del sol, y los cubrimos con lonas húmedas para mantenerlos frescos. Salap y Randall nos dejaron montando guardia y se fueron en bote al Vigilante; pasaron vanas horas a bordo. Shatro y Cassir discutieron sobre el sentido de los restos humanoides. Shatro defendía que se trataba de una especie de conspiración entre Nimzhian y la reina. Había llevado la obsesión del capitán al extremo de la ridiculez.

Me di cuenta de que Shatro se limitaría siempre a repetir las opiniones de los que mandaban, volviéndolas más absurdas en vez de mejorarlas.

Shimchisko permanecía sentado en silencio, la cabeza gacha, mirando la arena. Me senté junto a él, preocupado al ver que su cinismo se había desvanecido por completo.

—Olmy, esto es lo peor que ha podido suceder —me confió.

—¿Por qué?

—Nos dividirá. Salap no puede guardar el secreto para siempre. A Randall no le gusta, a mí no me gusta. —Sacudió la mano, como desechando a Cassir y Shatro—. En cuanto lleguemos a puerto...

Por el momento me contenté con escuchar. Desde luego, yo también estaba pasmado.

—Mi fe se tambalea —dijo Shimchisko—. Primero, descubrimos que la isla ha muerto. Luego, que trata de crear a uno de nosotros... —Se encogió de hombros. Shimchisko era astuto, pero no un pensador ágil si se trataba de temas profundos—. ¿Por qué?

—No sé —dije.

—Siempre envían reconocedores —continuó Shimchisko, frunciendo el ceño—. Se roban entre sí. ¿Ahora piensan robarnos a nosotros?

El capitán llegó a la costa con Salap una hora después. Entraron en la cueva a solas. Salap le mostró los frascos y le describió lo que contenían. Cuando salieron de

la cueva, el capitán parecía presa de una fiebre. Rojo y tambaleante, cogió el brazo de Salap, nos miró a Randall y a mí.

—Debemos zarpar dentro de dos días —rezongó—. Iremos directamente a Jakarta. No sabemos lo que tenemos. Podríamos permanecer aquí y estudiar durante años. Ciencia primaria. Pero no podemos permitirnos ese lujo. Anunciad a Nimzhian que partimos. Mañana le entregaremos las provisiones prometidas.

—¿Debemos contárselo? —preguntó Shatro, siempre sospechando una conspiración. Todos lo ignoraron y él bajó la cabeza huraño.

El capitán susurró algo al oído de Randall y éste se volvió hacia Shimchisko y Shatro, alzó la mano y la movió para incluirnos a Cassir y a mí en sus órdenes.

—Volvamos al barco. Debemos hablar en privado.

Thornwheel no parecía contento de quedar excluido.

—Que Olmy se quede —dijo Salap—. Lo necesitaré.

El capitán pestañeó pero no se opuso. Cuando los ojos de Shatro se cruzaron con los míos, los cerró y los desvió con disgusto. Se unió a los otros para subir al bote del capitán.

—Ojalá pudiera hablar con el Buen Lenk o alguno de sus funcionarios acerca de esto —continuó el capitán. Golpeaba la arena negra con el bastón, mirando la azul extensión de mar estéril. La arena emitía chasquidos con cada bastonazo—. Los mensajes por radio dicen que Lenk ha tomado un barco rumbo a Jakarta. El propio Brion se reunirá con él. Habrá una conferencia. Por ahora no podemos hablar con Lenk, aunque el éter esté despejado.

Al parecer Randall estaba enterado de aquello, pero Salap no.

—¿Por qué debemos consultar a Lenk? —preguntó Salap con cautela, intrigado por el razonamiento del capitán.

Keyser-Bach enrojeció.

—Tenemos una responsabilidad, y no sólo como científicos.

Salap pareció comprenderlo, pero yo no lo entendía. No había trabajado mucho tiempo con el capitán y no conocía sus actitudes. Salap me llevaba la delantera, y también a Randall.

—¿Lo consideras una amenaza? —preguntó Salap.

—¿Qué otra cosa habría sido, si el ecos hubiera sobrevivido? Y además, ¿cómo sabemos que no está meramente aletargado? La reina puede estar oculta en alguna parte, enquistada para aprovechar una nueva ocasión...

—No estoy de acuerdo con eso. La arboleda es huérfana de veras.

—El peligro es inmenso —dijo el capitán—. En esta expedición hemos aprendido más que en cualquiera de las anteriores, que en todas las décadas que hemos pasado en Lamarckia. Y lo que hemos aprendido quema, —Tal vez sea inofensivo —objetó Salap, acalorándose.

Randall vio venir la discusión y trató de intervenir, pero Salap y el capitán alzaron las manos, apartándolo.

—Ser Salap, ¿cómo puede ser inofensivo o inocente que un ecos procure imitarnos?

—Siempre han sido curiosos. Somos forasteros, una nueva clase de vástago, pero tenemos reacciones que nos protegen contra los ladrones o espías. No olemos como olería un vástago de otro ecos. Los reconocedores estudian nuestra forma, toman muestras de cada individuo, las llevan a alguna parte, tal vez para analizarlas. Pero estas muestras son mucho más enigmáticas que los tejidos de un vástago de otro ecos. El lenguaje de nuestros genes tiene una estructura muy diferente. Lleva tiempo conocerlo, aun para un experto... o una experta. —Los ojos de Salap ardían de entusiasmo, como si expresara su sueño o pesadilla secreta, tal vez una esperanza religiosa—. En alguna parte hay un componente del ecos, tal vez una reina o madre seminal, o muchas de ellas, examinando el problema, analizando nuestro material genético, estudiando los enigmas del ADN humano, tratando de entender las funciones que codifica y de imitarlas, comenzando por las proteínas más simples. Tienen tantos problemas para resolver... hay un abismo inmenso entre un vástago megacítico y un organismo pluricelular.

Imaginé fábricas clandestinas en las silvas, tal vez en fortalezas orgánicas similares a los palacios, donde inteligencias desconocidas trabajaban infatigablemente durante décadas.

Bien podríamos llamarlas reinas.

—Esto es evidente —dijo el capitán—. Se sienten amenazados por nosotros. Robamos sus vástagos, los talamos y fabricamos barcos con ellos, o los cosechamos para comerlos. Tenemos el potencial para poblar toda Lamarckia y adueñarnos de todos los recursos. Una reina intuiría esto, por instinto. Lo sabría. Ser Salap, ¿no esperabas encontrar algo parecido a los palacios, alguna vez?

—Desde luego, era mi gran esperanza.

—Sé lo que debemos hacer —insistió Keyser-Bach—. No podemos correr riesgos. Debemos asegurarnos de que Martha está muerta.

Salap lo miró con desdén. Caminó por la playa de mal talante.

—¿Pretendes destruir todo lo que hemos estudiado?

—Conservaremos las muestras, para llevárselas a Lenk. Pero incendiaremos la arboleda y trataremos de hallar la reina oculta.

—¡No hay tal reina oculta! —protestó Salap, perdiendo los estribos—. ¡Martha ha muerto!

El capitán se amilanó con este estallido. Apoyó el bastón en la arena y se acuclilló, los brazos en las rodillas. Salap se arrodilló junto a él y le apoyó una mano en el hombro.

—No es necesario actuar con precipitación —dijo Salap, recobrando la calma—. No sé qué se proponía Martha, pero ese proyecto se ha cancelado. Al menos parece estar muerta, o tan débil y reducida que es como si lo estuviera. Tenemos tiempo para reflexionar y deliberar. Iremos a Jakarta, explicaremos nuestros hallazgos a Lenk. Podemos solicitar una audiencia, aunque esté ocupado con Brion. Y podemos preguntar a Lenk y a sus consejeros qué debe hacerse. No pueden negarse. Nuestra curiosidad ya no es un lujo. Debemos encontrar una respuesta a nuestras preguntas. Debemos comprender estos procesos.

El capitán también se había calmado.

—¿Crees que Nimzhian lo sabía? —preguntó.

—Shatro es un tonto. Ella no sabía nada —dijo Salap. Aunque el capitán se había calmado, Salap era presa de un entusiasmo que le costaba disimular. Sabía que podía ganar la discusión y obtener cierta ventaja en una guerra más grande. Se me acercó y dijo en voz alta—: ¿Eres ambicioso, ser Olmy?

—Siento avidez de aprender —respondí.

—Hace diez años que el capitán, Randall y yo tratamos de convencer a los demás de que la ignorancia es peligrosa, de que vivimos en un mundo peligroso, por apacible y benigno que parezca. Hay muchos más peligros que el hambre.

El capitán miró al jefe de investigadores con una mezcla de irritación, asombro y extrañeza, entornando los ojos. Keyser-Bach nunca había sido un pensador político. Salap, en cambio, compensaba sobradamente esa carencia.

—Hemos luchado y nos hemos topado con muchas negativas —continuó Salap—. Nuestra victoria con esta expedición, con un solo barco y una tripulación mal preparada, fue pequeña. Pero Martha nos deja un legado más temible que todo lo que hemos visto en Lamarckia. Y más precioso que una montaña de metales.

El capitán regresó a la nave con Shimchisko, Shatro y Cassir. Salap los había convencido a todos de la necesidad del silencio. Shimchisko recibió esta advertencia con expresión sombría.

Mientras el bote se alejaba, el capitán dijo:

—Despídeme de ser Nimzhian.

—Lo haré —dijo Salap.

—Dile...

—Le diré lo que necesite oír —dijo Salap.

El capitán pareció satisfecho, y aliviado de no haber tenido que decir él mismo esas palabras.

—¿Por qué no quiere hablar con ella? —les pregunté a Salap y Randall.

Randall se encogió de hombros, pero Salap estaba desbordante de energía, y mientras iba a preparar a Nimzhian para nuestra partida me endilgó un largo discurso sobre el carácter del capitán.

—Es un estudioso. Es un hombre tímido, y a veces temible. Lo criaron padres severos, como a mí, pero en general mis padres tenían razón. Los suyos eran un poco locos, a mi juicio. Le gusta buscar motivaciones ocultas, y demuestra esta tendencia en los momentos más inoportunos. Creo que todavía sospecha que Nimzhian está liada en esto.

—¿Cómo podría estarlo? —pregunté.

—Es una opinión que no comparto, así que no la explicaré ni la defenderé —dijo Salap—. Aunque Shatro la expresa sucintamente. A veces Shatro es como una versión más joven y más estúpida del capitán, con pocas de sus virtudes. —Miró a Randall ceñudo—. No debiste traerlo a bordo.

—Bien, quizá ser Olmy compense mi fallo en ese sentido.

—Veremos —dijo Salap.

Nimzhian parecía cogida totalmente por sorpresa.

—Queda mucho para estudiar —le dijo a Salap, el rostro arrugado de preocupación y decepción—. Aún no tenemos una idea de conjunto.

—No —concedió Salap—. Pero se acercan mayores tormentas. Creemos más conveniente seguir otro rumbo.

Ella caminó hacia la puerta del porche. Por un instante creí que rompería a llorar.

—La mitad de nuestros dibujos y pinturas están todavía aquí.

—Los recogeremos mañana. Y te reaprovisionaremos con las reservas del barco.

—En realidad necesito muy poco. He disfrutado de vuestra compañía y vuestra charla. ¿Iréis a Jakarta?

—Haciendo antes un par de escalas, si la situación lo permite.

Nimzhian se sentó en su silla tejida.

—¿El capitán regresará?

—El capitán expresa su pesar, y dice que jamás olvidará nuestras conversaciones. Tu trabajo enaltece nuestra expedición.

—Dile al capitán que echaré de menos su compañía. Admiro su fervor. Mi esposo habría disfrutado de vuestra visita. —Frunció el ceño y sacudió la cabeza—. Parecís tan interesados en los palacios, tan ávidos de comprenderlos. Vaya, tal vez lleve años estudiarlos.

—Nos vamos contra mi voluntad. Como he dicho, existen presiones.

—Cuando os vayáis, ¿vendrán los brionistas? —preguntó Nimzhian, con los ojos abiertos de par en par.

Alzó la mano y Salap la cogió entre las suyas en un gesto de caballero. Randall permanecía en la puerta, sumido en sus cavilaciones.

—Dudo que se detengan aquí si ven que la isla es estéril —dijo Salap.

—Pero si llegan científicos, científicos brionistas, ¿os molestará si soy franca con

ellos?

—En absoluto. Es tu deber. Espero que la verdad nos haga entrar a todos en razón. No hay tiempo para guerras ni divisiones.

El tercer bote había regresado. En él iban Shirla, Meissner, Ry Diem y Thornwheel. La partida de reemplazo había caminado desde la playa hasta la arboleda huérfana y nos salió al paso junto a la laguna cuando salimos de la casa.

Shirla y yo tuvimos un momento para charlar mientras Salap impartía órdenes a Thornwheel.

—Nos cruzamos con el bote del capitán —dijo Shirla—. Dijo que nos marcharemos, pero que viniéramos a la isla a hacerle compañía a Nimzhian. Parece muy serio. ¿Puedes decirnos algo, ahora que eres nuestro superior?

Ensayé una sonrisa conciliatoria, pero ella me respondió con un bufido de irritación.

—Parecía que Shatro quería matar a alguien, y que Shimchisko quería morir. ¿Están todos locos?

Negué con la cabeza.

—Presión desde ultramar. Ése es el motivo principal.

—¿Los brionistas?

Asentí.

—¿Adonde iremos, pues?

—A Jakarta. Después, a Athenai.

—No habrá silvas exuberantes para nosotros, ¿eh, Olmy? Digo...señor.

Evidentemente estaba de mal humor, y yo no estaba precisamente de humor para aguantar insolencias. Le palmeé el brazo y seguí a Salap, que se iba del valle. La boquiabierta Nimzhian nos siguió con la mirada, meneando la cabeza. Luego se puso a hablar con Shirla y Ry Diem.

Trasladamos los especímenes de la cueva al segundo bote y remamos hacia el barco en medio de aguas encrespadas. Una vez allí, los llevamos, cubiertos con mantas, a los aposentos del capitán, donde los almacenaron en un armario, detrás de las cajas de especímenes que ya estaban a bordo.

Cerraron el armario con candado y cerrojo, y Randall entregó la llave a Salap.

—Esta noche sacrificaremos un espécimen para realizar un estudio anatómico general —dijo Salap—. Olmy, tú asistirás.

Fui a cubierta y observé cómo la guardia de estribor llevaba a cabo las labores vespertinas, trepando a los árboles para preparar las velas para la próxima etapa de la travesía. Sentía la necesidad de unirme a ellos. Pero yo había ascendido, y no había modo de regresar a las comodidades de la vida de aprendiz.

Pronto anochecería, y los tripulantes podrían descansar.

Recordé las palabras del abrepuestas en la Vía: Busco cosas de interés para los

humanos, ser Olmy, y las encuentro.

Si el capitán iba a conseguir una audiencia con Lenk, tal vez yo pudiera participar. Tendría más posibilidades de encontrar la clavícula.

Al amanecer, una última partida de doce fue a la isla para entregar a Nimzhian las provisiones prometidas. Yo los acompañé en el bote. Esa mañana Shatro parecía resignado a los cambios jerárquicos. Remaba con aparente buen humor. Shimchisko, Kissbegh, Cham y French el navegante también iban en el bote. French quería verificar unas cuantas altitudes más.

Nimzhian estaba en el porche; apenas nos miró mientras descargábamos las cajas de comida y provisiones.

Kissbegh y Cham empezaron a almacenarlas en un cobertizo que había detrás de la casa. French le habló a la anciana, pero ella apenas respondió con un cabeceo. Luego él entró en la casa y pasó allí unas horas, con Shatro.

Nimzhian se levantó cuando ellos se marcharon y nos llamó a Shirla y a mí.

—He estado pensando mucho —dijo—. ¿Podéis comunicar mis ideas a Salap? No son muy complicadas, y desde luego no están completas.

—Lo intentaré —dije.

—Tú eres el investigador más joven, ¿verdad? —preguntó Nimzhian.

—Sí.

Shirla me sonrió brevemente.

—Yo era la investigadora más joven del Hanno, también. Casarme con Yeshova fue socialmente conveniente para mí. Tú y yo no hemos hablado mucho, pero me siento cómoda contigo. Transmite mis ideas a Randall y al capitán. El capitán tal vez no entienda claramente lo que está sucediendo aquí. En cuanto a ti, querida Shirla, ha sido maravilloso hablar con las mujeres...

Los ojos de Nimzhian se humedecieron.

—Debo quedarme aquí. Echaré de menos vuestra compañía, pero mi vida está aquí. El espíritu de Yeshova sigue aquí.

Shirla le acarició la mano. Nimzhian reclinó la cabeza y cerró los ojos. Parecía haber envejecido diez años desde nuestra llegada. El deber la había mantenido en marcha todo este tiempo. Me pregunté si revelaría un último secreto y luego se dispondría a morir.

—¿Comprendéis lo simple y primitiva que es la vida en Lamarckia? ¿Lo delicado que es su equilibrio? Cuanto más explorábamos y aprendíamos, Yeshova y yo, más nos asombraba la exquisitez y la tosquedad de Martha. Es como un sueño. Y luego despertamos.

—¿Por qué como un sueño? —preguntó Shirla.

—No hay competencia ni sinergia entre plantas y animales para impulsar el

cambio. Todos los cambios se originan desde el interior, desde los observadores, trátense de reinas, fábricas o palacios. Y hay muy poca competencia entre los ecoi. Casi toda la vida en este planeta lucha día a día simplemente para obtener la energía necesaria y no perecer. Algo falta, una estrategia o truco vital. Lamarckia tal vez florezca un día. ¿Pero los diseñadores ocultos son suficientemente creativos para proporcionar lo que falta?

—Tal vez nosotros seamos lo que falta —dijo Shirla. Ella no sabía nada sobre los esqueletos a medio formar—. Pero ahora estamos aquí. Las reinas, los observadores, deben aprender a utilizarnos.

—Admirablemente antropocéntrico —murmuró Nimzhian, mirando soñadoramente a lo lejos—. Eso forma parte de nuestra fuerza, colocarnos siempre en el centro. Pero a pesar de todas las pruebas recientes... —Me miró intensamente, dolida por el secretismo que imponía el capitán—. A pesar de eso no creo que seamos el elemento fallante. Creo que es una técnica, un truco que ningún ecos ha descubierto aún. La pobre Martha confiaba excesivamente en esos míseros microelementos. Martha no tuvo fuerzas para sobrevivir cuando cambiaron las cosas.

Se inclinó hacia delante, aferró con fuerza las manos de Shirla.

—¿Qué falta en isla de Martha, y en todas las otras partes que hemos visitado en Lamarckia?

—¿Qué? —pregunté.

—Verdor. Un brillante y encantador verdor. Shirla, tú naciste aquí, y piensas poco en la Tierra. Pero la Tierra era un mundo verde.

12

Cuando zarpamos de la isla de Martha, el océano permaneció durante dos días plano como un espejo; el aire caliente, quieto y húmedo, olía a rancio. Frentes de tormenta se amontonaban al oeste. Todas las noches, una vez terminada nuestra labor —calafatear cubiertas, tensar aparejos para contar con un margen de varios centímetros (producto, a mi juicio, de la imaginación de Soterio), tender redes para capturar muestras (aquí el océano era estéril y las redes salían vacías)—, los tripulantes que no montaban guardia comían maso) a y frutos secos y bebían cerveza de fibra en el comedor; luego se tendían en cubierta al igual que el día anterior, y que al día siguiente y durante mil días. Cada cual tomaba un trozo de cubierta como territorio propio. Acostados, miraban a los pocos infortunados que todavía trajinaban en los aparejos o tiraban de escotines, brazas y drizas, y murmuraban entre sí.

Yo estaba en el puppis, esperando que el sofocante laboratorio se enfriara. Los investigadores se reunían en el laboratorio contiguo al camarote del capitán todos los días, varias horas después del poniente, y trabajaban durante la parte más fresca de la noche, a veces hasta la mañana, diseccionando y midiendo los componentes de un esqueleto humanoide. Sin embargo, aquella noche el aire de cubierta no era mucho mejor que el aire de abajo. Todos aguardábamos una brisa refrescante, pero no llegaba.

Randall no esperaba que el descubrimiento permaneciera en secreto mucho tiempo, y así fue. Cundía el desaliento. Randall lo percibía, el capitán estaba demasiado preocupado para interesarse por ello. Shimchisko cargaba de mala gana con el peso de lo que sabía. Aunque no le contaba la verdad ni siquiera a Ibert, su mejor amigo, daba a entender que habían hallado algo muy malo en la isla de Martha, algo importante para todos. Los tripulantes acudían a Ry Diem y el velero Meissner —madre y padre sustitutos— para sonsacarles información sobre el capitán y los investigadores.

Yo me sentía culpable de no difundir la información, pero mis lealtades habían cambiado, alejándome de la tripulación. Ry Diem y Meissner hicieron una petición a Randall, y Randall habló en privado con el capitán. Luego convocó una reunión de toda la tripulación y expuso detalladamente lo que se había descubierto en la isla de Martha, en los palacios de las presuntas reinas.

Todos digerían aún la noticia. Cambió el concepto que todos tenían de Lamarckia.

Para Keyser-Bach, pensé, el viaje había concluido. Lo sacrificaría en aras de una expedición más grande e importante. El capitán tenía siempre una expresión calculadora, pues ya sumaba los equipos cuya fabricación ordenaría al artesano de Lenk, o que confiscaría en Elizabeth y Tasman. Sólo debíamos seguir viaje hasta Jakarta y comunicar nuestros hallazgos a los funcionarios de Lenk. La causa del

capitán —la causa de la ciencia y la exploración de Lamarckia— recibía un inesperado impulso.

A medianoche Salap subió al puppis, cansado y abrumado por el calor, desnudo hasta la cintura, la tez morena brillando a la luz del fanal.

—Será mejor que empecemos. No refrescará.

Shatro, Cassir, Thornwheel y yo lo seguimos abajo para reanudar nuestro estudio de los homúnculos.

Al realizar incisiones en las extremidades, encontramos polisacáridos fibrosos, no auténticos huesos ricos en calcio. La «cabeza» estaba compuesta por tres secciones, y en vez de cerebro contenía una masa húmeda de tejido aceitoso apoyada en una esterilla de fibras delgadas y traslúcidas. Cassir, que había estudiado medicina en Jakarta, comentó:

—No sé cuánto aprendió Martha con sus muestras humanas, pero no aprendió a hacer un cerebro.

El capitán realizaba su trabajo con adusta resolución. No le agradaban aquellas pobres imitaciones. Eran su gran esperanza, pero las encaraba con más revulsión que desapasionamiento científico.

Shatro, Thornwheel y Cassir organizaban las disecciones de modo tal que yo realizara las tareas más sencillas y serviles. Tracé bocetos de las piezas del seudoesqueleto, les puse encima delgadas hojas de papel cuadriculado, y comparé sus dimensiones con las de los huesos humanos. Llevé agua para todos, y mezclé soluciones para preservar los especímenes.

Al cabo de varias horas de trabajo, Salap despidió a los investigadores. Salí a cubierta y encontré a los tripulantes tal como los había dejado, despatarrados bajo las brillantes estrellas del alba, mientras despuntaba el doble arco y una luna solitaria arrojaba una luz tenue al oeste. Estaban inquietos, la mayoría despiertos y conversando.

Oí la voz áspera de Kissbegh y me acerqué para escuchar.

—Si todos seremos reemplazados por vástagos, ¿entonces para qué nos trajo aquí Lenk?

—Él no lo sabía —repuso Ry Diem con fatigado desdén.

—Pero quiero decir que nos han inculcado un gran respeto por Lenk, pues nos apartó de las «distorsiones y jactancias de Thistledown». Así lo llamaban mis maestros.

Tenían razón —dijo Shimchisko—. Thistledown habría sido peor.

—Pero aquí todos moriremos —dijo Kissbegh—. ¿Cómo podría ser mejor, y por qué Lenk ni siquiera intuyó en qué metía a su gente? ¿No se supone que los grandes hombres son afortunados?

—No sabemos si vamos a morir —dijo Shirla con voz somnolienta.

—Si las zonas se alzan contra nosotros... —insistió Kissbegh.

—Tampoco lo sabemos. No sabemos qué se proponían las reinas de Martha —dijo Shirla. Su voz sonaba clara y sensata en la noche. Yo quería acercarme para sentarme junto a ella. Hacía varios días que no hablábamos.

Me sentía más a mis anchas entre los tripulantes que con nadie desde que era adulto, pero ya no era uno de ellos. Su charla me parecía ingenua y perfecta a la vez, la charla de humanos que vivían de un modo simple y sencillo, sin las complicaciones que yo me había buscado.

—Ojalá tuviera una mujer que me amase, allá en casa —dijo Kissbegh—. Siempre he sido demasiado payaso para trabar amistades o atraer a mujeres serias.

—Yo soy tu amigo —dijo Ridjel.

—Tú no eres mujer —observó Shankara.

—Gracias a nuestros hados —murmuró Ry Diem.

—Sí, eres mi amigo —dijo Kissbegh—, pero estás aquí, y si muero, es probable que tú también. Quiero que alguien esté vivo para recordarme.

—Mi esposa es una buena mujer —dijo Shankara—. Pero es la perfecta mujer del marinero. Ahora eso me entristece.

—¿Por qué? —preguntó Shirla.

—Si no regreso, me echará de menos durante una temporada, pero se las apañará. Mi desaparición no le desgarrará el corazón.

—Así son las cosas —dijo Ry Diem, tratando de tranquilizarlo.

—Me gustaría que alguien me echara de menos siempre, que pensase siempre en mí —continuó Shankara—. Mi esposa encontrará a otro marido y él colmará su corazón tanto como yo. No porque sea desapegada...

—Si yo tuviera una buena mujer en tierra —dijo Ridjel— la amaría con tal intensidad que ella nunca me olvidaría. Su corazón se rompería si yo no regresase a casa.

—La memoria es como este océano —dijo Ry Diem.

Siguió un breve silencio mientras todos reflexionaban sobre esto, y luego decidieron ignorarlo, pues no era fácil de desentrañar.

—¿Lamarckia nos recordará? —preguntó Shimchisko.

Se pusieron a hablar de lo que Lamarckia sabía sobre nosotros, y sobre cuánto de nosotros guardaría la reina (o reinas) de Tierra de Elizabeth y Petain en una especie de memoria biológica si no regresábamos a Calcuta o Jakarta, o en caso de que llegaran a reemplazarnos. Shimchisko se embarcó en especulaciones fantásticas. Se preguntó si crearían duplicados de nosotros tan perfectos que viviríamos de nuevo, aunque muriésemos.

Randall se me acercó por detrás.

—Se están poniendo demasiado metafísicos —se quejó en voz baja—.

Shimchisko se ha vuelto muy religioso. Pero nos está contagiando a todos.

Asentí, pero me pregunté quién me recordaría en Thistledown.

En Lamarckia no dejaría la menor huella.

Mi añoranza de Thistledown se había convertido en una sombra oscura que mezclaba la duda con el sueño, el deseo con el rechazo de mí mismo. Las fisuras de mi blindaje se multiplicaban y eran muy manifiestas. Yo no sabía quién ni qué era, mi pasado parecía un caos, mi presente un desquicio que jamás ordenaría del todo.

Si yo servía de ejemplo, era dudoso que los ecoi de Lamarckia aprendieran algo útil de los humanos, pero no lograba olvidar las últimas palabras que había dicho Nimzhian antes de que abandonáramos la isla.

Las maravillas de Lamarckia eran sencillas y delicadas, como si hubiera sufrido una desventaja natural desde sus comienzos. Había florecido de manera maravillosa pero vacilante.

Nuestros pasajeros naturales —las bacterias y virus que los humanos encontraban valiosos— no habían dejado huella en los ecoi de Lamarckia. Pero nosotros éramos una especie de plaga, injertada en los tejidos del planeta por el más sofisticado sistema de distribución, la Vía, una jeringa infinitamente larga con una gama infinita de aberturas. ¿Qué les diría yo a mis superiores de Ciudad de Axis y Thistledown, si podía presentar un informe?

Lamarckia todavía conserva la salud. Pero los humanos y los ecoi provocarán cambios mutuos e inconmensurables, y muy pronto.

Lamarckia no es para nosotros.

Somos demasiado fuertes.

Venimos de un planeta verde.

El tiempo era un lujo con el que yo no contaba. Para preservar Lamarckia, tenía que obrar rápidamente. Tenía que localizar la clavícula de Lenk y comunicar mis hallazgos al Hexamon cuanto antes.

A quince días de la isla de Martha nuestras baterías se agotaron, pues los molinos no funcionaban. Ibert, que tenía muy buena vista, montaba guardia en el árbol mayor. Cerca del mediodía avistó algo en el horizonte y llamó al primer oficial. Yo estaba reparando una red en la cubierta de proa, cerca del bauprés.

Soterio bajó de su hamaca y siguió a Randall medio dormido. El capitán permaneció abajo. Randall escrutó el horizonte siguiendo las indicaciones de Ibert, desde estribor. Yo me cubrí los ojos para protegerlos del sol. Al principio no distinguía nada, pero pronto avisté una delgada voluta de humo, y luego otra.

—Allí no hay tierra —dijo Ry Diem, acercándose—. No pueden ser incendios.

Se acercaron Shirla y Shankara, luego Cham y Shimchisko. Soterio seguía a Randall como un perro fiel, con expresión preocupada.

Salap salió a cubierta, tan elegante e impasible como de costumbre. Miró al grupo reunido a proa y fue a reunirse con Randall.

—¿Es un corredor? —preguntó Soterio.

—Los corredores no humean —le respondió Randall—. Dos naves. Están quemando algo.

—Buques de vapor, entonces —dijo Salap.

—Es probable.

—Brionistas —dijo Soterio, con la esperanza de que lo contradijeran.

—Desde luego no son de Calcuta, Jakarta ni Athenai —aseguró Randall—. Que suba el capitán.

Keyser-Bach subió a cubierta en delantal, las manos enguantadas. Se quitó el delantal y los guantes, se los entregó a Thornwheel y cogió los prismáticos de Randall.

—No llevan bandera —dijo al cabo de unos minutos—. Claro que eso no quiere decir nada. —Miró hacia arriba y sacudió la cabeza—. Nosotros no izamos nuestra bandera desde que salimos de la isla de Martha. Están a diez millas. Nos han visto. —Bajó los prismáticos—. Están virando hacia nosotros.

Thornwheel le entregó el delantal y los guantes a Shatro, y éste se los pasó a Cassir. Todos necesitaban hacer algo. Nadie habló durante unos minutos. Keyser-Bach observaba las volutas de humo con el rostro impasible. Luego se pellizcó la barbilla con tres dedos y dijo:

—Ser Soterio, viremos y esperemos que sople viento.

Miré las velas. Una ráfaga de viento me había dado en la espalda, y vi que los paños flojos flameaban. Todas las mañanas a esa hora, vientos de velocidad y dirección variables nos cruzaban, encrespando las aguas pero sin refrescar el aire ni dar mucha velocidad al Vigilante. El viento no significaba mucho. Hacía cuatro días que no teníamos buen viento.

Sin embargo, el capitán se puso a silbar entre dientes. Fue hasta el bauprés y miró a los cuatro que estábamos reunidos allí. Soterio lo siguió.

—No hay suficiente viento para efectuar un viraje —dije.

—Lo habrá —dijo el capitán. Siguió silbando entre dientes, luego frunció la boca y emitió un pitido agudo.

—Él puede sentirlo —dijo Randall.

Ambos miraron las velas, y por un momento creí estar en un sueño, perdido entre salvajes supersticiosos en cierto modo más profundamente conectados con la naturaleza, capaces de sentir la presencia de los dioses, los espíritus y el viento.

—¿No podemos aprovecharlo? —preguntó el capitán displicente, como si habláramos de la cena en el comedor.

—El mar tiene ese color —dijo Randall.

Soteno miró por encima de la borda. Se irguió. Parecía confundido.

—Si son brionistas y usan naves de vapor, no necesitan viento —dijo Shatro, sólo para sumarse a la conversación.

El capitán alzó los prismáticos y miró hacia el suroeste.

—Allá está —dijo.

Todos nos volvimos. Un espeso banco de nubes se elevaba bajo los frentes de tormenta del sur, como un depredador cazando inmensas jirafas grises.

—Nos ha arrastrado a su círculo —dijo Salap—. Está muy al norte de su rumbo acostumbrado.

El capitán se llevó las manos al pecho y las entrelazó, suplicando.

Salap se sentó en el extremo del bauprés.

—Hace tres días que nos tantea con sus zarcillos —dijo—. Esas ráfagas de viento de todas las mañanas.

—¿Qué haremos? —preguntó Soterio, relamiéndose los labios y mirando a su alrededor.

—Por ahora nada —respondió el capitán—. Esperaremos a ver quién nos pillaprimerero.

—Soplará más viento —dijo Salap—. Suficiente para maniobrar. Si aguardamos aquí, la tormenta nos atraerá hacia sí.

El capitán nos entregó los prismáticos para que miráramos. Shatro los recibió de Thornwheel. Yo era todavía el último en rango. Me los entregó al cabo de unos segundos, el rostro pálido, y miré.

—¿Qué ves? —preguntó Salap.

—Chispas —dije—. Como reflejos de mica en el agua. —Moví los prismáticos. Debajo de las volutas de humo distinguía dos chimeneas, cada una sobre un largo casco blanco. Los vapores navegaban a unos diez nudos. Nos alcanzarían al cabo de una hora y media.

La nubosa masa de la tormenta estaba a unas cuarenta millas. Los «zarcillos», como los llamaba Salap, ya habían cobrado fuerza.

—¿Deberíamos saludarlos por radio? —preguntó Randall.

—No —dijo el capitán—. No tengo dudas sobre su origen ni su propósito. Somos un trofeo, si pueden capturarnos.

Se sacudió de repente, los músculos tensos, e impartió sus órdenes. Las velas se hincharon y Soterio reunió a los de la guardia de estribor para que hicieran virar la nave. Contra el viento, navegaríamos rumbo al sur. La gente de los vapores vería la tormenta y tal vez renunciara a la persecución.

Soteno llamó a la guardia de babor. Salap cruzó la cubierta y apoyó una mano en mi hombro, la otra en el de Thornwheel.

—Esto será lo que el capitán llama «ciencia primaria» —dijo. El viento le agitaba

la barba y el cabello negros—. Apostaré investigadores en todo el barco, y uno en un mástil... ser Shatro, por favor ve con Ibert al árbol mayor.

Shatro puso cara de ofendido, pero trepó por los obenques. Hacía mucho tiempo que no lo hacía.

—Ser Olmy, permanecerás en la proa con ser Thornwheel. Ser Cassir, tú y yo permaneceremos a babor y estribor, en el centro de la nave. Tomaremos nota de la velocidad y la dirección del viento, y de todo lo que nos resulte de interés.

Sacó papel y lápices del bolsillo.

El capitán seguía mirando los vapores y la tormenta.

—Esto será muy complejo —dijo Salap—. Las chispas de las nubes deben ser el modo en que la tormenta regula su presión y temperatura. Yo sugiero que se trata de tejidos livianos con diferente capacidad para reflejar la luz, impulsados por vientos controlados y dirigidos por formaciones oceánicas.

Una brusca ráfaga nos golpeó y el barco tembló, tironeando de los foques como un caballo atado a una cuerda. Cuando tuvimos viento de babor, Soterio ordenó plegar los foques, recoger los cursores de proa e izar la cangreja de popa. Girábamos en el agua como un tiovivo.

—Si terminamos en medio de la tormenta —dijo Salap—, podemos aprender cómo se mantiene.

Palmeó el hombro del capitán y se marchó a popa con Cassir. El capitán ni siquiera lo notó. El barco se escoró diez grados. Salap se tambaleaba en la cubierta inclinada, pero se mantenía digno mientras su chaquetón ondeaba como una cola. Cassir se aferró a una braza y Soterio se la arrebató.

—Ésta no, ser —le dijo, irguiendo la barbilla.

—Lo lamento —murmuró Cassir, tomando su posición.

Desplegadas las velas, Soterio puso a Shirla al timón, en sustitución del agotado Kissbegh, y permaneció detrás de ella. Ahora venía la espera. La distancia entre los vapores y el Vigilante creció brevemente. Luego ambos viraron y nos siguieron a toda máquina. El espeso humo gris de las chimeneas subía en volutas como el aliento de dos volcanes.

—Nos persiguen, en efecto —confirmó Soterio desde detrás del timón. Thornwheel, de pie junto a mí, trató de conservar el equilibrio cuando el viento zarandeó la nave con más fuerza. La cubierta se tambaleó. Soterio ordenó a ambas guardias que desplegaran todos los cursores y las gallardas inferiores e inclinasen las vergas para aprovechar al máximo la disposición de las velas. El capitán procuraba reducir el ángulo de cada maniobra, obtener la máxima velocidad.

Pero estaba claro desde el principio que no ganaríamos aquella carrera. La tormenta creció en altura y mostró faldas largas, gruesas y negras, mientras nos rodeaba un mar verde moteado de penachos blancos. Viramos de nuevo y la nave se

inclinó a estribor. Al cabo de media hora, con la tormenta a sólo treinta millas y el viento soplando a veinte nudos, el capitán mantenía la nave en un curso estable, avanzando a diez nudos con la esperanza de rodear el extremo norte de la tormenta y escabullirse de ella y de las naves perseguidoras. Pero el avance de la tormenta no disuadía a los vapores.

—Son unos tontos —murmuró Thornwheel—. No conocen este monstruo.

—¿El capitán nos llevará hacia la tormenta? Tú has navegado con él más tiempo que yo.

—Es posible —dije.

—Pero lo aterra —chilló Thornwheel en medio del canturreo y el silbido del viento entre los cordajes.

Sacudí la cabeza y sonreí.

—Es mejor eso que los brionistas. No es cobarde, pero quiere que esta nave llegue a Jakarta.

En la cubierta principal, Cassir y Salap estaban junto a la borda, a babor y estribor. Arriba, Shatro se aferraba desesperadamente a los obenques, e Ibert escrutaba el oeste, gritando al capitán y a Soterio observaciones que nosotros no podíamos oír. Randall se adelantó, sonriendo como un perro feliz.

—Por el Hálito y el Hado —gritó—, ahora estamos en sus fauces. Podrás volver a demostrar tu valentía, ¿eh, Olmy?

Yo nunca lo había visto de aquel talante.

Seguimos maniobrando durante una hora. La tormenta se cernía sobre nosotros, tras haber engullido y decapitado los nubarrones, que se extendían sobre la masa gris y blanca en largas serpentinadas que pronto se disolvieron.

Me pregunté si el capitán habría cometido un error de cálculo. Pronto nos enfrentaríamos a vientos que soplarían de popa por estribor, y tendríamos que luchar para no ser arrastrados al centro de la tormenta.

En cierto modo no importaba. Yo siempre había sabido que mi vida era trivial, algo que no era común entre mis iguales, rodeados por el grueso blindaje de la inmensidad de Thistledown. Siempre había calculado los riesgos que amenazaban mi naturaleza efímera y apostado a favor de vivir sensaciones y obtener conocimiento a pesar del peligro. Entrar en esta tormenta sería una experiencia memorable, y aunque aquel recuerdo durase apenas un instante para caer pronto en el olvido, al menos quedaría el momento real de la experiencia. En Thistledown no habría conocido nada similar.

Mantuve esta actitud valiente, firme y admirable sólo unos minutos, hasta que mi cuerpo me hizo saber de forma inequívoca que estaba aterrorizado. Sudaba a pesar del viento frío, me temblaban las manos. Thornwheel miró al oeste y al norte, y sujetó una cuerda corta alrededor del extremo del bauprés. Pasé un minuto corriendo

por cubierta buscando otra, maldiciendo mi suerte, hasta que al fin encontré una colgada de una cabilla de maniobra. La até alrededor del bauprés y me acuclillé en cubierta. Por todo el barco, los tripulantes apostados en cubierta tendían cabos de borda a borda, o los ataban a las escotillas y los árboles. Mirando a popa, mientras plegaban los cursores de trinquete y mayor para darle más control al timón, vi a Shirla y a Soterio y sentí una punzada de angustia.

Luego recobré la calma. No podía hacer nada más. Sostuve el lápiz y la libreta y apreté la mandíbula. Gruesos goterones de lluvia tamborilearon en la cubierta y las velas.

Detrás, el foque se desgarró con estrépito y echó a volar tras el botalón como un fantasma enloquecido. Kissbegh y Ridjel pasaron corriendo y treparon por el bauprés para cortarlo.

Por encima del hombro, vi que el cielo caía por debajo de la proa, como desplomándose en el horizonte de aguas encrespadas. La nave tembló y saltó. El cielo retrocedió súbitamente al elevarse una muralla de agua; la proa se sumergió entre las olas y nos lanzamos contra esa muralla verde. Me golpeó con fuerza y me aferré al extremo de la cuerda como un pez, nadando y reptando en la cubierta sumergida. Luego el agua se abrió como un telón y se esparció por doquier en torrentes. Caí de espaldas, tosiendo agua, enjugándome el rostro. Había perdido el lápiz y la libreta. Thornwheel se aferraba a la borda, el cabello sobre los ojos, escupiendo. Kissbegh regresó por el bauprés, milagrosamente vivo. Ridjel estaba en el botalón como un espíritu marino, los brazos alrededor de los estays de trinquete, y me reí de su gracia y su jactancia.

—¡Al cuerno! —me gritó Kissbegh, regresando a cubierta y ayudando a Ridjel en medio de la maraña de cuerdas—. ¡Al cuerno con todos!

Thornwheel recobró el equilibrio a pesar del zarandeo de la cubierta. Las olas nos habían embestido tan repentinamente que la nave tardó un buen rato en atravesarlas. Ambas guardias recogían y plegaban velas frenéticamente. El cursor de trinquete estaba desgarrado y sus jirones aleteaban chasqueando como un látigo. Ahora soplaba un fuerte viento de estribor, como yo había temido, arrastrándonos hacia la tormenta.

No veía los barcos de vapor. Habíamos hecho nuestra apuesta, y habíamos escogido lo que ahora parecía el mayor de dos males. Me imaginaba sobreviviendo entre piratas, pero sobrevivir a la tormenta parecía mucho más improbable.

—¿Cuántos nudos? —gritó Thornwheel. Todavía aferraba su libreta, que estaba empapada.

Miré la espuma que caía de la borda goteante y de los estays y escotines.

—Cuarenta —calculé.

Thornwheel metió un brazo bajo la cuerda sujeta al extremo del bauprés, se acuclilló y escribió la cifra en la libreta mojada.

—¿Qué hora es? —preguntó.

Yo no lo sabía.

Nuestro mundo parecía limitado a la cubierta del castillo de proa. La tormenta y las súbitas olas nos habían privado de todo sentido del tiempo. No podía regresar al amparo de mi litera.

—Es por la tarde —dije.

Thornwheel frunció el entrecejo y sacudió con fastidio la libreta goteante.

El viento cobró fuerza rápidamente, era de cincuenta nudos. El Vigilante ya estaba preparado para una tormenta, con todos los cursores plegados, salvo los de trinquete y del árbol mayor, que estaban pegados a las vergas, tirando de sus badernas. Vi hombres y mujeres que corrían por la cubierta, o que bajaban por los obenques con prudente lentitud, pero no pude distinguir sus rasgos entre la espuma. En medio de tanta algarabía no parecía importar quién era quién. Mientras yo mantuviera mi posición, nadie podría acusarme de faltar a mi deber, y de pronto eso tenía más importancia de lo que hubiese creído. Les debía algo a mis camaradas, a mi capitán, me debía al barco. Si no era así, entonces no formaba parte de algo fuerte y capaz de sobrevivir. Bien podía estar perdido en la espuma del oleaje. Lo vi claramente. Me vi a mí mismo rodeado por montañas de agua fría. Mis pulmones brincaron en el repentino zarandeo del viento espumoso, mi cuerpo creyó que me ahogaba. Mi cuerpo ya no confiaba en mis sentidos.

El capitán fue hacia proa, aferrando las cuerdas tendidas entre los mástiles y la borda. Salap lo siguió, pero pronto cayó sobre nosotros otra ola y ambos perdieron el equilibrio. Poniéndose de pie, sujetándose las cuerdas a la cintura, avanzaron hacia el castillo de proa, treparon, siguieron adelante.

Salap vio que yo ya no tenía la libreta y sacudió la cabeza.

—Ser Olmy, ¿cómo legarás esto a la posteridad? —me reprochó. Y le gritó a Thornwheel—: Espero que tú hayas apuntado algo.

—No sabemos la hora —dijo Thornwheel.

Eso contuvo a Salap. Miró al capitán, que nos miró a todos y se echó a reír.

—Por Dios, son más de las cuatro y media. Creo.

La tormenta parecía igualarnos a todos, como niños en un juego.

—Cassir acaba de arrojar una nota atada a un objeto. Casi descerebra al segundo oficial —dijo Salap—. Dicen que ven agua en calma más adelante, una milla a estribor.

—Están locos —gritó Keyser-Bach, procurando ver en medio de la espuma de las olas que se partían sobre la proa. Las olas habían menguado un poco en los últimos minutos.

—¿Ven algún barco? —preguntó Thornwheel.

—No —dijo Salap—. ¡Ojalá esos bastardos se hundan!

Sonreía con malicia, y los ojos le relucían como si disfrutara de aquel enfrentamiento.

El viento soplaba con mayor fuerza que nunca —el medidor registraba cincuenta y cinco nudos— y la nave trepaba y brincaba y hendía las olas, pero las olas disminuían cada vez más. Vi objetos flotantes en las relucientes columnas de agua, formas grises y rosadas como paraguas cerrados volando sobre las aguas. Otra ola enorme se desplomó sobre el barco y nos aferramos a las cuerdas y a todo lo que pudimos hallar. Thornwheel alzó triunfalmente su libreta sobre un torrente de aguas azules, se levantó escupiendo y gritando; Salap resbaló y patinó por cubierta hasta que la cuerda lo detuvo bruscamente, la chaqueta empapada y pegada a las piernas flacas y tambaleantes, el rostro y la barba chorreando. El capitán logró mantener el equilibrio, pero tenía mal aspecto y buscaba un lugar tranquilo como si fuera nuestra" única esperanza.

Miré los árboles y las vergas, las velas plegadas, las jarcias, el cielo verdoso. Todo brincaba y saltaba menos el cielo, que formaba franjas grises perpendiculares a la nave. Dentro de esas franjas vi un resplandor cortante, el flujo cegador de miríadas de corpúsculos chispeantes.

La nave giraba como un patinador que se hubiera caído y se deslizase sobre el trasero. El mar amenazaba con partirla en dos y matarnos a todos.

A popa, al descender el casco, veíamos olas furiosas y una bruma de espuma arremolinada. Pero unos cientos de metros más adelante las olas se achataban, aplastadas por gruesas capas de almohadillas pardas, rojas y amarillas. Del centro de cada almohadilla salía una especie de paraguas plegado, y en la punta de cada paraguas se abría un abanico de dos metros de diámetro, negro de un lado, blanco del otro. Parecíamos atrapados en el campo de juego de un deporte imposible. El viento aún sacudía los aparejos, pero no podía agitar aquel retazo de mar dentro de la tormenta.

El viento soplaba de estribor. Al darme la vuelta sentí su soplo en la boca entreabierta. Me esforcé para llenar mis pulmones de aire. Salap aferró la borda y se asomó para mirar las aguas bajo la proa. Yo hice lo mismo, y vi que el tajamar hendía las anchas almohadillas, apartando los abanicos, algunos de los cuales se curvaban y giraban a poca distancia. En el borde de las almohadillas, brotes gruesos y romos como dientes de engranajes encajaban en las almohadillas contiguas y las impulsaban al girar. Cuando la proa del barco apartaba las almohadillas, con un sonido de ventosa, el agua que se veía era negra como la noche.

Triángulos plateados de hasta medio metro de largo surcaban el cielo en gruesas cortinas de humedad. El aire era alternativamente helado o caliente y húmedo, como si el barco estuviera atrapado en un clima inseguro, entre el invierno y el verano tropical.

—¡Está viva! —gritó Salap sobre el bramido del viento—. ¡Tiene el control!

—¿Qué? —respondió Keyser-Bach—. ¿Qué es lo que tiene el control?

Una bandada de triángulos chocó con los mástiles, se despedazó, se perdió en la tormenta. Los trozos cayeron y giraron, arrastrándose por la cubierta como hojas.

—¡Es una bestia-tormenta! Es dueña de las aguas cálidas y del aire que sube y baja. No estamos cerca del centro, sino apenas en los bordes. ¿Cómo será más adentro?

Thornwheel garabateaba en la libreta. Las páginas gemían bajo el lápiz, pero él seguía anotando: velocidad del viento, presión, las cosas que veíamos en el aire y en el agua. Miró hacia arriba, frunciendo los labios, escrutando esos vientos calientes y fríos.

Salap señaló hacia delante.

—Aquí todo vive y florece. Un jardín en un remolino. Aun así, si es ciclónico, debe haber un centro en calma.

Randall fue hacia proa, sorteando con cuidado cada cuerda de seguridad, sujetando la suya, desatándola de la guía y atándola de nuevo. Subió a la cubierta del castillo de proa.

—Entra agua como por un colador —le gritó al capitán—. Todas las tablas están rajadas. La mitad de la tripulación está bombeando y calafateando, pero no creo que duremos más de una hora.

—Fija el cursor de trinquete y las gallardas del mayor —dijo Keyser-Bach—. Mantén el viento a babor.

—Eso nos llevará directamente al centro.

—Allí quiere ir Salap —replicó el capitán, casi asfixiado por el viento.

—¡De acuerdo! —dijo Randall, alzando las manos y disponiéndose a regresar a popa. Alzó el puño contra el caótico cielo hasta que llegó a la escalerilla, luego miró hacia atrás y dijo algo que nadie oyó.

Miré hacia delante. Los abanicos ondulantes y giratorios habían quedado atrás. El océano estaba cubierto por una hierba plateada más alta que nuestras gallardas; producía grandes olas constantes en la dirección de las agujas del reloj, como los cilios en la piel de una célula.

—¡Una célula tormentosa! —le grité a Thornwheel.

Salap se volvió hacia mí. Ambos preguntaron:

—¿Qué?

—Estamos dentro de una célula de tormenta —dije, pero no pude transmitir la broma, si era una broma. Tal vez fuera una observación seria, una metáfora inteligente, un modo descabellado de abordar fenómenos incomprensibles. No me importaba. Me sentía maltrecho y deslumbrado, estaba más allá del miedo, y caía lentamente en un agotado distanciamiento. La hierba plateada y ondulante podría

haberse transformado en el cabello de un gigante que emergiera del mar como el viejo Neptuno, y no me habría sorprendido.

Orientadas las velas, nuestra velocidad aumentó y el Vigilante se desplazó a quince o veinte nudos hacia la inmensa y rodante muralla. La tripulación trabajaba sin cesar en la cubierta y los aparejos. Soterio los dirigía como podía desde la cubierta principal. Randall había trepado a los obenques para inspeccionar algo en el árbol de trinquete. Me pregunté si Shirla seguiría a cargo del timón. Vi que Ry Diem y Meissner levantaban los jirones de una vela arrancada a popa.

El trinquete y el árbol mayor y sus velas se perfilaban contra una franja de luz semejante al haz de un faro; miré aquel resplandor que se alzaba sobre la muralla de hierba. Las chispas se habían unido hasta formar una fluorescencia concentrada que alumbraba el mar como una lente o un espejo cóncavo. Toda la tormenta era un sistema para reflejar y absorber la luz solar, y los vástagos atmosféricos estimulaban el calentamiento o el enfriamiento del aire mientras lo surcaban, poniéndose blancos o negros. Los vástagos de la superficie oceánica giraban controlando los vientos, y tal vez también conservaban o irradiaban el calor del agua.

Salap se paseaba por cubierta, mirando como un halcón a babor y estribor, tratando de verlo y entenderlo todo. El capitán sólo prestaba atención a la nave y a los obstáculos inmediatos. Alzó el brazo, bramó algo, y todos miramos a babor. Si podíamos lograr que la nave virase un poco más a estribor, atravesaríamos una abertura en la muralla de hierba, un espacio de aguas anchas como la brecha dejada por una guadaña.

Randall fue a proa y el capitán impartió órdenes. La tripulación trabajó —Ridjel cogió una braza de estribor con Shankara y Kissbegh e hizo girar la verga del cursor de trinquete— y lentamente el Vigilante se dirigió hacia la entrada.

—Entraremos en su vientre —dijo Thornwheel—. ¿Cuánto nos hemos internado ya?

—No lo sé. Siete u ocho millas.

—Por lo menos veinte, con este viento —dijo Salap.

A ambos lados, la ondulante y plateada hierba se elevaba sobre nosotros. El Vigilante entró en la brecha. De pronto el viento cesó y las velas colgaron flojamente.

Keyser-Bach las miró frunciendo el ceño, desconcertado. ¿Qué haría a continuación? ¿Desplegar más velas para aprovechar el poco viento que soplaba, o ir a la deriva y esperar otra ráfaga? Salap no ofreció ningún consejo. Estábamos más allá de toda experiencia humana.

Discos rojos y negros se alternaban en las aguas que rodeaban el barco; un mar moteado bajo una luz titilante. Los discos cabeceaban en el suave oleaje, y más allá de la abertura el viento gemía como un eco que se pierde en la distancia.

El cielo estaba cubierto de gruesas y negras masas de nubes. Llovía. Un viento

cálido sopló de cara y el barco se inclinó a estribor. El viento cesó tan de repente como había comenzado.

Reinaba la calma, aunque no un completo silencio. Una corriente nos empujaba despacio por la curva de la entrada. Randall fue bajo cubierta para supervisar el bombeo. Me sentí culpable de no participar, pero Salap sacudió la cabeza al ver mi expresión.

—Ojos y oídos —dijo—. Que ahora trabajen los músculos. Colaboraremos si el segundo oficial lo exige.

Esto no me hizo sentir más cómodo, pero era una orden.

Cientos de metros después de la entrada, oímos un estruendo monótono, como un enorme corazón palpitando, aunque rápido, como el de un ave. Las velas estaban orientadas a satisfacción del capitán, las bombas de mano expulsaban el agua de la bodega y tanto el primero como el segundo oficiales estaban en cubierta para observar la escena.

Thornwheel había tomado todas las notas que se podían tomar. El viento soplaba a cinco nudos, la hierba ondulaba como lo había hecho en los últimos diez o quince minutos, y él había anotado el momento del inicio de aquel ruido. Nos miramos, cabeceamos como si nos saludáramos y seguimos observando la hierba, el agua moteada, las masas de nubes y los vástagos que giraban en lo alto.

—¿Vale la pena? —le preguntó el capitán a Salap. Nos habíamos habituado tanto a gritar que su voz tronó en cubierta.

—¿Quieres decir si vale la pena arriesgar la vida para experimentar esto? —preguntó Salap.

—Hemos visto muchas cosas juntos —dijo el capitán—. Sería adecuado morir en estas circunstancias.

Lamarckia es un buen lugar para morir. Morir devorado por una tormenta viviente, sin la menor oportunidad de ser útil para el Hexamon, ya no me parecía el mejor final para mí. Yo había respondido a esa pregunta horas antes, pero luego había cambiado de parecer.

—Hay muchas cosas más que me gustaría ver —dijo Salap—. Cosas aún más notables. Y morir sin contarlos... Con lo que sabemos...

—No tengo la intención de morir —dijo el capitán—. Pero mis intenciones no cuentan mucho aquí.

—Cassir y yo iremos a recoger especímenes a popa —dijo Salap.

Bajó por la escalerilla y se alejó, llevándose a Cassir. Trozos de vástagos destrozados yacían marchitos en cubierta, y su gloriosa blancura plateada se desvanecía rápidamente. Cassir recogió algunos y los metió en frascos, luego guardó los frascos bajo cubierta y regresó con una red y una caña para colaborar con el jefe de investigadores.

La palpitación era más fuerte. Las murallas de hierba se volvieron rojizas, aunque las hojas aún tenían la punta plateada. Las puntas se achataron, los tallos se acortaron, el ritmo de la ondulación se aceleró. A ambos lados, brechas en las murallas permitían que fuertes brisas zarandearan la nave.

Soterio se aproximó. El capitán preguntó quién llevaba el timón, y el segundo oficial replicó que Shimchisko había reemplazado a Shankara, y que Ry Diem estaba como refuerzo. Shirla había dejado el timón poco después del comienzo de la tormenta.

Todo parecía producto de un sueño, más aún, producto de un delirio febril. Una luz rosada y blanca nos iluminaba el rostro, las nubes eran pinceladas de plata. El cursor de trinquete se hinchaba y deshinchaba con el viento. Las hojas ondulantes se elevaban a la altura de la verga del cursor, y desde arriba Ibert anunció que la hierba terminaba unos cientos de metros más adelante.

El Vigilante salió de la hierba diez minutos después. Frente a nosotros vibraba una densa muralla de nubes blancas y relucientes. En la ancha franja de mar que la precedía, docenas de vástagos de distintas especies serpenteaban y flotaban en las aguas, pasando entre masas anchas y negras como islas bajas. De esas masas se elevaban columnas traslúcidas que relucían como si fuesen de vidrio, pero que con cada latido temblaban como gelatina rígida. Dentro de las columnas había largos cilindros grises y azules embutidos como cables dentro de una funda aislante. Las columnas eran dos veces más altas que el árbol mayor y casi tan anchas como largo el Vigilante desde el botalón de trinquete hasta popa.

El cielo estaba poblado de detalles desconcertantes. Vi ruedas de tinieblas girando con agilidad sibilina. Uno de esos vórtices atravesó la muralla y se precipitó en forma de lluvia negra en el mar, que hervía como una sopa viviente. La palpitación comenzaba a lastimarnos los oídos, era una rápida oleada de presión y sonido, y ya no podíamos hacernos oír.

No podíamos controlar el Vigilante. Sin importar hacia dónde moviéramos las velas o el timón, la gruesa masa de vástagos nos llevaba con su flujo, dejando atrás la hierba ondulante, como pardos peñascos elevándose a una pradera plateada sobre una colina. Detrás todo estaba envuelto en volutas de nubes blancas, atravesadas por haces brillantes. Un inmenso telón negro mechado de abanicos de oro en polvo se elevaba miles de metros en el aire. Nunca había visto nada tan sobrecogedoramente bello, ni siquiera la muralla de una ofensiva jart.

Me sentía como un Jonás perdido en el vientre de un monstruo divino; la bestia-tormenta, como había dicho Salap, el justo castigo del capitán. El pecho me dolía de temor y de algo parecido a la vergüenza. Se me cerraba la garganta, y no habría dicho nada aunque hubiera podido hablar.

De pronto todos mis pensamientos se concentraron en Shirla. Era lo más parecido

a una amiga que tenía en este planeta. Estar cerca de ella me parecía esencial. Miré por cubierta, di un paso para ir a popa, me contuve y miré a Thornwheel. El había guardado la libreta empapada y estaba acurrucado junto al bauprés, las manos sobre los oídos, tratando de protegerse de aquella vibración estentórea. Salap había caído de rodillas junto a la borda, a babor, la sogá enredada en torno a las piernas. El capitán aún estaba de pie, pero apoyado contra el conducto curvo de la cocina, el rostro demudado en una mueca de dolor, los ojos entrecerrados.

Cuánta energía, pensé. Di media vuelta y lo observé todo, olvidándome por el momento del dolor en los oídos, llamando a Shirla. Me preguntaba si estaría viva o muerta. Si salía bien librado de aquel trance, pensé, renunciaría a todo —mi misión, mi poca disposición a unirme a los inmigrantes—, a todo con tal de estar con Shirla.

Pero Shirla se convirtió en una abstracción. De pronto eché en falta a Ulcysa de Thistledown. Recordé con extraordinaria claridad el rostro de varias mujeres, amigas y amantes, o meras conocidas. Estaba rodeado por ellas. Vi a mi madre, el rostro anguloso, colérico, intrigado, incapaz de comprender que acababa de lastimar a su hijito con una palabra brusca, y la amé, la perdoné, la necesité.

La vibración cesó. El Vigilante flotaba en relativa calma. Los otros ruidos —el silbido del viento a estribor, el gorgoteo del agua y el susurro de los vástagos— regresaron gradualmente, como si hubieran estado escondidos y sólo ahora emergiesen.

La calma parecía el aliento que se aspira antes de un alarido, pero no hubo alarido.

—Saldremos de ésta —dijo Keyser-Bach, pronunciando cada palabra como un maestro de escuela. Se acercó a la borda—. Por el Hálito y el Hado, espero que Cassir esté recogiendo especímenes. —Señaló las aguas, contando con los labios—. No puedo contar cuántos tipos de vástagos hay aquí. ¿Qué hacen?

Las aguas que rodeaban la nave hervían de formas y colores, como si el Vigilante estuviera atrapado en una red llena de las criaturas de todo un océano terrícola. Soteno llegó a proa, la cabeza envuelta en un paño blanco sucio. Se quitó el paño y acercó la oreja izquierda a la boca del capitán para recibir órdenes. Pero el capitán dijo una cosa y se retractó, luego otra y también se retractó. No había lugar adonde ir. Girábamos dentro de aquella criatura, y nuestra brújula no servía de mucho. La tormenta podía haber cambiado de curso mientras nosotros estábamos en su interior. Hacía cinco horas que estábamos dentro de aquel organismo. Podíamos estar a treinta o incluso a cuarenta millas de su borde.

—Maldición —exclamó al fin el capitán, alzando las manos.

Se volvió, miró la muralla de bruma, se volvió de nuevo y miró un corredor entre las falsas colinas pardas y la pradera de hierba plateada. Más allá había más niebla, mechada de oro y plata, —Es puro instinto o conjetura, ser Soterio.

—Que sea el instinto, señor —dijo Soterio.

Salap y Cassir se aproximaron. Cassir depositó el contenido de una abultada red en un tonel, echó un cubo de agua sobre el hirviente contenido. Con fascinación, cautela, y cierta repulsión, Cassir le puso la tapa al tonel.

—¿Qué veis? —les preguntó Randall a Ibert y Shatro, que estaban en la cima del árbol mayor. Me cubrí los ojos para protegerlos de un fogonazo y vi que los dos hacían equilibrios en la cofa. Shatro alzó un brazo y se arrodilló, aferrando los obenques. Escudriñó el mar circundante.

—No sé —respondió.

—Nada tiene sentido —añadió Ibert.

—Estamos buscando una salida. ¿Qué veis? —respondió Randall de mal humor.

—¿Qué aspecto tendría? —preguntó Ibert plañidero.

—El de una puerta —se burló Thornwheel—, con un gran picaporte de bronce.

Una mancha de tinta negra cayó a sus pies, salpicándole los zapatos y los pantalones. La miró incrédulo, nos miró a nosotros. ¿Y ahora qué? Cayeron más gotas, y brotaba vapor de las manchas. Una me dio en la espalda y estaba tan caliente que me quemó.

—¡Maravilloso! —gritó Shatro desde la cofa—. ¡Nos hemos metido de cabeza en el infierno!

Nos dispersamos por cubierta para evitar aquel chaparrón de gotas de tinta caliente. El moteado mar rodaba con la oscura lluvia, y la masa de vástagos serpenteantes se hundió con un coro de gorgoteos. Shatro e Ibert gritaron desde el mástil. Ibert bajó por los obenques a toda prisa, deteniéndose para gritar cuando una salpicadura de lluvia humeante le mojó la cabeza y la espalda. Casi se cayó. Shatro se quedó en la cofa, cubriéndose la cabeza con las manos, gritando incoherencias.

En el castillo de proa no había lugar donde ocultarse. Vi a Meissner corriendo con trozos de vela destrozada, y arrojándolos a los tripulantes que se agachaban en cubierta. Ibert saltó de los obenques, aterrizando pesadamente en cubierta, y arrebató al velero un trozo de lona. Todos buscaron las escotillas, abriéndose paso a empellones.

En medio de aquel tumulto, me encontré junto a la carpintera Gusmao, en su lugar de trabajo, en el centro del barco, bajo la cubierta superior. Miró con mal ceño a los intrusos. No había estado en cubierta desde que entramos en la tormenta. No era una persona curiosa.

—Por Dios, sois un desastre —nos dijo a los cuatro—. ¿Qué sucede allá arriba? Nadie respondió enseguida.

—Lluvia negra —dijo Kissbegh, el rostro cubierto de manchas, casi irreconocible junto a la robusta y negra figura de Ry Diem.

—¿Quién lleva el timón? —preguntó Shirla, caminando por el pasillo entre el

taller de carpintería y el cobertizo de las velas.

—Shimchisko todavía está allí. Soterio está con él —dijo Shankara.

La nave se mecía. La pesada lluvia tamborileaba en cubierta. El aire era sofocante, y la humedad aumentó hasta que apenas pudimos respirar. Shirla me apoyó la mano en el brazo, solícita. Le puse la mía encima y me sentí como un niño. Thornwheel se acercó por el pasillo, llamándome.

—Salap está a proa, en el laboratorio —dijo—. Tienen los especímenes dentro.

Me limpié la viscosidad negra de la cara. Al secarse, formaba una costra que se desprendía sin dejar manchas en la piel. Toqué la cara de Shirla y traté de limpiársela. Ella me contuvo la mano y retrocedió ligeramente, pero sonrió.

—Tengo en los ojos —dijo.

Gusmao se recobró y nos ordenó que saliéramos del taller.

—No sé qué sucede arriba, pero el capitán quiere sus cajas y toneles.

Nos empujó al pasillo, donde el aire, lejos de los conductos de ventilación, era cada vez más denso.

—¿Vasa trabajar en medio de esto? —preguntó Kissbegh, mirando el estrecho espacio donde trabajaba la carpintera.

—Voy a respirar, demonios —dijo Gusmao, y le cerró la puerta en la cara.

Al cabo de unos minutos cesó el tamborileo. El viento arreció, y también el crujido de los árboles, las vergas y los cordajes. Encargamos a Ridjel que asomara la cabeza para comprobar qué se veía. Subió la escalera, alzó la escotilla.

—Salap está afuera. Esa cosa negra ha dejado de caer, pero cubre toda la cubierta. Veo al capitán y a Randall.

Trepamos al alcázar y regresamos al lugar que ocupábamos antes de que comenzara la lluvia; todos menos Ibert, que permaneció junto a los obenques, llamando a Shatro. Shatro respondió diciendo que bajaría enseguida. Pasó Soterio, medio cubierto de tinta, como un arlequín en carnaval. No hizo comentarios sobre la renuncia de Ibert a subir de nuevo.

La nave avanzaba entre rizos de niebla. La temperatura del aire había subido por lo menos diez grados, pero las cubas de agua de cubierta se habían volcado, perdiendo la tapa, y estaban sucias de tinta. El cocinero Leo Frey y su asistente Passey las vaciaron y bajaron a buscar más agua.

El rostro y la barba de Salap brillaban de tinta. Sus vividos ojos blancos miraban desde su rostro negro, la tinta vidriosa y cuarteada.

—El agua cálida será expulsada hacia fuera, para impulsar los bordes de la tormenta. Si nos dejamos llevar por ella, podremos salir.

El capitán estaba junto a Salap, con una toalla ennegrecida en la mano.

—¿Por qué crees eso? —preguntó.

Salap alzó las manos.

—En lo alto de la tormenta hay vástagos que derraman pigmento negro en la humedad suspendida, y el pigmento absorbe la luz del sol. Cuando las nubes alcanzan su temperatura máxima, sueltan una lluvia caliente en el mar, entibiándolo. Forma parte de la maquinaria infernal de este monstruo. Los vástagos del agua absorben el pigmento negro, vuelven lechoso el mar y lo empujan hacia fuera, lleno de calor... — Se encogió de hombros, como si aquello fuera elemental—. Me imagino que en el corazón de esta bestia hay grandes láminas de hielo, como en el interior de una nevera. El aire se enfría y desciende. —Cogió la toalla del capitán y se limpió la cara—. El barco parece triste.

El capitán negó con la cabeza.

—¿Sólo seguimos la corriente?

—Supongo que volverá a ponerse difícil. Pero quizá podamos salir, y de paso lavarnos.

El mar comenzaba a cobrar una palidez lechosa. Salap asintió satisfecho. Thornwheel sonrió y meneó la cabeza, como si le divirtiera ver un truco nuevo de magia.

El capitán estaba sumido en sus cavilaciones; se acariciaba la barbilla con la mirada perdida.

—La tormenta llevará el agua al borde exterior cuando anochezca. ¿En eso estás pensando? —le preguntó a Salap.

—Precisamente —dijo Salap—. El aire nocturno se calentará en torno al borde, y se elevará rápidamente al enfriarse el aire circundante. El aire del centro del sistema descenderá, y la tormenta habrá reunido la energía suficiente para mañana.

—Podremos presentarle a Lenk dos milagros —dijo Keyser-Bach.

El viento comenzó a arreciar de nuevo. Procesiones de vástagos negros, semejantes a anguilas, trazaban largas y delgadas curvas siguiendo la dirección del viento, encauzando el lechoso mar. Dispusimos la nave para seguir el viento, y nos deslizamos entre esas líneas como por la superficie de un mapa inmenso. Las olas crecían mientras navegábamos hacia la muralla de niebla, ahora hecha jirones, que más allá revelaba profundidades de nubes torturadas, blancas y ondulantes.

Nuestra salida de la tormenta fue menos memorable y fatigosa que nuestro viaje hacia su interior. Avanzamos muchas millas por el mar lechoso, a través de velos de bruma, nubes, chubascos que dejaban largas estrías y manchas negras en la cubierta y el casco. La cangreja de popa, la cristiana y todos los cursores, que llevábamos desplegados para impulsarnos con rapidez, lucían borrones y regueros negros.

Detrás de nosotros, la palpitación recommenzó; era un trueno estentóreo que me helaba la sangre. No quería oír nunca más aquel sonido. Me sentía como un germen invadiendo un corazón enorme y palpitante.

Todavía temía morir. También lo temían los demás tripulantes, creo, y su

conducta era realmente meritoria. Trabajaban en silencio, concentrándose en la nave. Cabía la tentación de dejarse vencer por el terror frente a los misterios y poderes que nos rodeaban.

Bandadas de ptéridos semejantes a murciélagos llenaron el cielo, perforando las nubes hirvientes y deshilachadas, lanzándose hacia un lugar ignoto dentro de la extensión de la tormenta. El mar lechoso se agitaba con olas de ocho metros como picos de un merengue viviente, arrojando regueros plateados y espuma gris sobre la cubierta. Las olas crecieron hasta medir diez metros y luego se convirtieron nuevamente en monstruos amorfos y devastadores en cuya furia desaparecían las líneas de «anguilas».

Ráfagas de aire más fresco se precipitaban por aberturas entre las nubes, haciendo humear el mar, hasta que nos rodeó una blancura que no permitía ver nada. Thornwheel y yo seguíamos efectuando mediciones con el barómetro y el termómetro; nos acercábamos los instrumentos a los ojos en la niebla impenetrable, tratando de tomar anotaciones en nuevas libretas, o gritándole cifras al capitán, que las anotaba en su pizarra.

Al cabo de una tensa media hora, la niebla se despejó.

Fuera de la tormenta anochecía, pero en su interior el mar titilaba con el resplandor pálido de las nubes. Por primera vez vibraron relámpagos en esas nubes, silenciosos y borrosos como velas detrás de cortinas. Estos breves fulgores estallaban aquí y allá, un naranja tibio en la lividez general.

El agua que se estrellaba contra la proa y burbujeaba en las cubiertas olía a suelo mojado, y luego empezó a despedir un hedor insoportable que combinaba la dulzura de la melaza con el olor a amoníaco. Nos tapamos el rostro con paños; usamos incluso los duros y sofocantes trozos de lona que Meissner nos había dado para protegernos de la lluvia de tinta caliente, pero el olor persistía.

Después de la lluvia negra el aire estaba tibio; la temperatura llegó a treinta y dos grados. Ahora, atravesábamos con mayor frecuencia masas de aire fresco que el mar debía entibiar. Pero en su plateada palidez, el mar no podía liberar su calor con eficiencia. El próximo paso —si yo había entendido el razonamiento de Salap— sería que el océano se ennegrecería de nuevo, o que usaría algún otro truco para liberar el calor con mayor rapidez.

El segundo oficial había ido abajo para consultar el reloj de la nave. Nos dijo que eran las seis y media de la tarde. Hacía veinte minutos que se había puesto el sol. Navegábamos en un crepúsculo fantasmagórico, apenas podíamos ver nada en cubierta. Los fanales titilaron espasmódicamente cuando el maquinista logró poner los molinos en funcionamiento. Las baterías de la nave se habían empapado con el oleaje; habría que lavar las membranas y reemplazar el agua destilada para que volvieran a funcionar. Trabajábamos con circuitos conectados directamente a los

molinos, y sus aspas estaban mojadas y giraban al viento con dificultad.

Delante, yo sólo veía fogonazos anaranjados detrás de grasientas nubes negras y brillantes crestas de olas. Los brincos de la nave me producían dolor en las rodillas y de cabeza. Tenía el estómago revuelto, ya fuera por el hedor, el zarandeo o el agotamiento. No sabía por qué ni me importaba. Salap me entregó un pequeño termómetro y yo leía la temperatura cada varios minutos; Thornwheel hacía lo propio con el barómetro. La presión atmosférica sobre el nivel del mar, en Lamarckia, equivalía a nueve décimos de la presión terrícola normal, alta para los ciudadanos de Thistledown, que estaban acostumbrados a algo menos; por conveniencia lo llamaban un «bar».

Treinta grados y novecientos cuarenta milibares. Treinta y un grados, novecientos cuarenta y tres milibares.

El capitán apuntaba las cifras cuando no estaba impartiendo órdenes al segundo oficial, y nosotros procurábamos consignarlas en nuestras libretas. Al cabo de un tiempo, descompuesto como estaba, no pude contener una carcajada mientras gritábamos nuevas cifras. Thornwheel sonrió también, su cara borrosa en la oscuridad.

Los relámpagos se volvieron más brillantes cuando salimos de una gruesa muralla de nubes. Delante, en medio del miasma, oímos un coro de gorjeos y silbidos que iban de babor a estribor, como si aves desconocidas nos acecharan en las tinieblas.

Los fogonazos revelaron cabezas de serpiente que asomaban del agua, perfiladas contra el azul, cabeceando, trinando y cantando.

—¡Sirenas! —le grité a Thornwheel.

El capitán me fulminó con la mirada, pero el sonido creció. Traté de ver las serpientes con más claridad, pero eran siempre lisas, y se elevaban y revolcaban despacio, o se hundían doblando su extremo, como ganchos blandos. De nuevo vimos islas llanas y bajas flotando entre las serpientes, pero sin torres, cubiertas con bultos redondeados.

Mis pocos pensamientos eran delirantes. Imaginé sistemas de control cibernético, guías y detectores, las reinas de aquella bestia-tormenta enviando bandadas de ptéridos, ordenando a los cardúmenes de vástagos que fueran hacia allá, conduciendo serpientes y anguilas por mares blancos, haciendo que se elevaran las olas y soplasen vientos calientes y fríos. Mis pensamientos se enmarañaron y cuando gritaba las temperaturas el aire parecía responder. Llegué a creer que era yo quien lo controlaba todo, orquestando lo que apenas veíamos y apenas comenzábamos a comprender.

Nos encaramamos a una ola enorme y nos sumergimos en una noche aún más muerta y oscura. Perdí nuevamente la libreta, me deslicé hacia el final de mi cabo de seguridad, giré, me golpeé, caí en cubierta. En el agua, oí ruidos ahogados semejantes a susurros, murmullos y burbujeos, y sentí que algo me exploraba la pierna. Bajé la

mano a tientas y lo aparté, y mis dedos se cerraron sobre una superficie lisa y fría semejante a goma dura. Se me deslizó entre los dedos y me mordió. Casi abrí la boca para gritar, pero me contuve por instinto.

Con los ojos irritados por el agua del mar, tratando de encontrar el camino hacia la superficie y la seguridad, cabeceé en el aire y pensé que me había caído por la borda. La soga se había cortado. Caí nuevamente en cubierta, me levanté, y resistí la cascada de agua en los imbornales. Había luces arriba y a los lados. Me había deslizado desde la cubierta del castillo de proa hasta la cubierta principal. Mis compañeros se reunieron a mi alrededor.

—¿Dónde está el capitán? —pregunté—. ¿Dónde está Thornwheel?

La persona más cercana a mí, Meissner, había caído contra la escotilla y se encorbaba como un niño asustado. Me miré la mano a la luz de los faroles, y vi que tenía un borroso hilillo de sangre en la palma. Me pregunté si iba a morirme y luego comprendí que había sido un reconocedor.

Eso me arrancó otra carcajada. Al oír que Thornwheel llamaba desde la proa, y que el capitán maldecía e impartía órdenes para mantener el rumbo de la nave, me puse a rebuznar como una muía. Shatro pasó, me miró, sacudió la cabeza, siguió de largo. Eso me pareció todavía más gracioso. Cham y Shimchisko se asomaron por una escotilla. Shimchisko se me acercó y me cogió por los hombros.

—No me sacudas —grité—. No estoy histérico. Sólo me hace gracia.

Para demostrar mi cordura, puse cara sena y apreté mi nariz contra la suya, mirándolo con severidad.

—El agua está negra —gritó él, retrocediendo. Miré a nuestro alrededor; la cubierta estaba llena de tinta, igual que yo—. ¿Qué significa eso?

—Creo que es bueno —respondí. Me zafé de sus manos, le estreché una vigorosamente, sonreí y regresé a mi puesto.

En aquel momento lo único que me importaba era estar vivo. Si alguien me hubiera preguntado por mi misión, por los secretos que antes guardaba tan celosamente, se lo habría revelado todo.

Sólo me importaba la risa y el hecho de estar vivo.

La súbita negrura del agua pareció calmar el oleaje, que apenas llegaba a la borda. Golpeaba el barco como un tamborilero, pero la cubierta no brincaba tanto y tuvimos la oportunidad de despejar las vergas rotas y los cordajes enredados. Todos se sumaron a la tarea, incluso Salap y el capitán.

Soterio se había roto la muñeca en el diluvio que había partido mi cabo de seguridad, pero guió a Cassir y Ry Diem en la tarea, y prestó tanta ayuda como podía con el brazo sano, aunque tenía el rostro gris de dolor.

Las negras aguas llevaban la nave por danzarinas columnas de niebla. La humedad era insoportable y el viento soplaba de estribor a la misma velocidad que la corriente que impulsaba el casco, de modo que parecíamos estar suspendidos en el aire inmóvil.

A través de brechas en las nubes vi retazos de estrellas. French el navegante se guió por las constelaciones para tener una idea de nuestro rumbo, íbamos hacia el sur. Nadie sabía lo que eso significaba; una oscuridad impenetrable bloqueaba el horizonte, sin relámpagos ni nada que lo iluminara.

Las aguas se calmaron aún más. Deambulábamos por cubierta temblando de cansancio. Kissbegh e Ibert dormían profundamente. Logré encontrar a Shirla a la luz tenue de los pocos fanales que funcionaban y la rodeé con el brazo. Ella no me rechazó, sino que me cogió la mano, apretando los dedos como una niña. Era un gesto tan espontáneo como si hubiéramos sido amantes durante años.

—¿Sabías que sería así? —preguntó. Sus ojos eran adorables, castaños y vividos.

—No.

—¿Crees que ha terminado?

—No.

—¿Todavía estamos dentro?

—Creo que sí.

Randall recorrió lentamente la cubierta. El trabajo que podía hacerse estaba hecho, dijo. Era hora de descansar.

La mayoría nos derrumbamos donde estábamos y nos acurrucamos en cubierta sobre los pegajosos charcos de agua negra, sudando en el sofocante calor. Shirla se quedó junto a mí, dobló las rodillas y se durmió de inmediato. Habíamos estado nueve horas dentro de la bestia-tormenta.

Yo había perdido la necesidad de dormir. Estaba agotado, pero tenía la mente tan despejada como un cielo estival. Miré las estrellas y vi cómo se apagaban una por una. Las nubes se estaban espesando.

Al este continuaba aquella estruendosa pulsación. Ya no sacudía el aire ni nuestros cuerpos, aunque Shirla se quejaba en sueños.

A popa, los generadores ronroneaban, los molinos se detuvieron. Por el ruido, supe que los estaban desconectando. Los fanales eléctricos restantes se apagaron de inmediato. Alguien, no vi quién, pasó con una pequeña linterna, mascullando maldiciones.

Todavía dentro. Todavía Jonás.

Las negras aguas irradiaban calor en torno al barco y, por la mañana, cuando una luz grisácea se filtraba por las nubes y los rizos de niebla, el mar cobró un color verdoso y polvoriento. Me puse de pie, dejando que Shirla durmiera, y miré a mi alrededor para ver qué sucedía.

Salap estaba en el puppis, mirando hacia delante. Me saludó sin sonreír. Cham estaba adormilado junto al árbol de mesana. Los cordajes se tensaban silenciosamente y las vergas crujían. La nave avanzaba por un mar normal. Olas de medio metro nos adelantaban velozmente como ansiosas por ganar una carrera. Me asomé a la borda y tuve la impresión de que navegábamos hacia atrás.

Me reuní con Salap en el puppis. Acababa de sacar una red del agua. Me la mostró y estaba vacía. El capitán había bajado. Randall estaba sentado cerca de la popa, detrás del timón, que gobernaba Ry Diem.

—¿Tienes idea de dónde estamos? —preguntó Salap.

—No. ¿Cómo iba a saberlo?

Salap rió entre dientes.

—Eres un tío listo. Pensé que tendrías alguna teoría reconfortante.

—Pues no —dije.

El tiempo que habíamos pasado en el interior de la bestia me había cambiado, al menos por el momento; no sentía respeto por ningún hombre ni tenía sentido de la discreción.

Salap no protestó por mi cambio de tono. Evidentemente, no daba demasiada importancia al rango ni al protocolo.

—Creí que ya estaríamos fuera de la tormenta.

—Me sorprende que estemos vivos —dije.

Frente a nosotros, la negrura se había convertido en una masa gris igualmente impenetrable.

—Hay un patrón, un proceso —dijo Salap. Por un momento esperé que me revelara una creencia religiosa, pero continuó—: La tormenta es un sistema bien organizado, mantenido por cientos de tipos de vástagos. Ojalá pudiéramos haber capturado una muestra de cada uno. Tenemos algunas de esas formas volantes, un par de toneles de agua de mar y todo lo que haya caído sobre cubierta.

—Algo tomó una muestra de mí —dije, alzando la mano.

Salap miró la picadura con interés.

—La tormenta no es parte de la zona cinco, pues —dijo.

En Tierra de Elizabeth, casi todos habían sido picados por un reconocedor fluvial en alguna ocasión, y se creía que todos ellos procedían de Petain.

—Supongo que no.

—Es un ecos aparte. Pero alimenta la pradera.

Asentí.

—Cada vez sabemos más. Las zonas cooperan con las subzonas, como en el yermo de Chefla... Y la tormenta tiene alguna relación con Petain, aunque no forma parte de ella. Eso demuestra que yo estaba equivocado. —Aspiró profundamente, sonrió—. Equivocarme tan a menudo me hace sentir joven.

—Aquí las aguas parecen vacías. Allí había muchos vástagos... ¿por qué aquí no hay ninguno?

—Aunque no hayamos salido de la tormenta, debemos estar cerca del fondo de la misma, de su parte caudal, por usar un término anatómico. Aquí hay pocas cosas importantes.

—Pensé que las aguas negras nos impulsarían hacia el borde del ciclón, no hacia su parte trasera.

Salap se encogió de hombros.

—Era sólo una teoría. Quizás una esperanza.

La masa gris que teníamos delante se partió a medida que avanzaba el alba.

Parecíamos estar cerca de tierra, pues una oscura línea de cerros se perfilaba en el horizonte.

—Tal vez hallemos una bahía y podamos reparar el barco —dijo esperanzadamente Ry Diem.

El capitán subió al puppis, la cabeza envuelta en un paño manchado de negro.

—Buenos días, si es de día —dijo.

—Así parece —repuso Ry Diem. Randall señaló los cerros. El capitán los miró, apretando las mandíbulas dentro del vendaje. Me miró de soslayo, se cubrió los ojos—. Anoche me golpeé la boca. Me he roto algunas muelas. ¿Soterio ya se ha levantado?

—El brazo se lo está haciendo pasar mal, pero jura que estará en cubierta en cuanto pueda vestirse. Una de las mujeres lo está ayudando —dijo Randall.

—No sé qué será aquello, pero no es tierra —aseguró el capitán—. No hay tierra en esta parte del mundo.

Alzó los prismáticos, se los pasó a los demás. Todos miraron salvo Ry Diem. Cuando me tocó el turno, Shatro, Thornwheel y Cassir se reunieron con nosotros; apenas miré la formación antes de pasarles los prismáticos a ellos. No pude distinguir ningún detalle, sólo protuberancias nudosas y pardas. La masa gris parecía más clara, y en ocasiones se abría para revelar nubes más gruesas y densas.

—Todavía es parte de esta maldita bestia —dijo el capitán.

—Nos aproximamos deprisa —comentó Cassir.

—Lanza una corredera para ver a qué velocidad vamos —le dijo el capitán a Randall. Randall le encomendó la tarea a Shankara, el cual nos anunció minutos después que íbamos a cuatro nudos. Keyser-Bach examinó la masa distante, moviendo los labios como si hiciera cálculos—. Nuestra velocidad respecto a esa cosa es de nueve nudos. Y calculo que no está a más de cinco millas. ¿Erwin?

—Seis a lo sumo —dijo Randall.

—Es parte de esta bestia, y nos embestirá.

—O encallaremos en ella —dijo Randall.

—No es una masa sólida, lo garantizo —dijo Salap, sacudiendo la cabeza—. Debe estar dividida en estructuras más pequeñas.

Soplaba poco viento para maniobrar. El capitán ordenó bajar dos botes con cuerdas sujetas a la proa. Esta vez tuve que ofrecirme como voluntario, al menos para conservar la cordura, y bajé al bote. Ni Salap ni Randall se opusieron. Shatro se ofreció después de que yo lo hiciera, pues no quería que lo superase en nada.

Shirla subió al bote y se sentó junto a mí, sonriéndome. Tenía la tez pálida. Estaba aterrorizada.

La masa estaba a menos de siete millas cuando tensamos la soga para que el Vigilante virara. Veinte en un bote, doce en el otro, tiramos con todas nuestras fuerzas.

El Vigilante parecía estar posado en la cima de una montaña sumergida. El mar apenas se movía bajo la quilla. La oscuridad se había convertido en un telón gris deslucido. El sudor me perlaba la frente en medio de la humedad y el calor. La camisa se me pegaba. Todo parecía ir mal. Quería estar en cualquier parte menos donde estaba. Shirla, remando conmigo, era poco consuelo. Yo sabía, con un instinto animal que no había sentido ni siquiera durante la tormenta, que algo terrible se avecinaba.

A nuestra espalda, Shimchisko e Ibert compartían un remo, maldiciendo rítmicamente como si cantaran una canción. Enfrente, en el mismo banco, Shatro y Cham se concentraban en su remo. Shatro me miró de soslayo, pero nuestros ojos no se cruzaron mucho tiempo. Nos esforzábamos demasiado para preocuparnos por otra cosa que no fuera mover el Vigilante.

Fue inútil. A la media hora habíamos reducido la velocidad de la nave en un nudo. El capitán ordenó que regresaran los botes, pero no los hizo subir a bordo. Dejó a cuatro tripulantes en cada bote y ordenó a los demás que ocupasen sus puestos. Soterio seguía a los tripulantes ladrando órdenes.

A menos de una milla, la larga y oscura masa susurraba, como niños en una habitación oídos a través de una puerta entornada. En la base el agua formaba

espuma, como las olas en una rompiente. En la nudosa superficie ahora se veían estrías verticales; no era tanto una hilera de cerros como una pared irregular, cortada como queso en rodajas. Se extendía a ambos lados hasta donde alcanzaba la vista, y no había escapatoria.

En torno al barco, el agua se llenó repentinamente de vástagos. Se elevaron rodando como ballenas, escupiendo oscuros penachos que flotaban como una bruma pardusca. Las nubes que cubrían el cielo se abrieron dejando ver retazos azules. La luz se colaba por esos retazos e iluminaba las fecundas aguas; pensé en un grabado antiguo, una evocación de los mares de la Tierra llenos de grotescas criaturas con alas de murciélago, mandíbulas flojas y muchos ojos. Estos vástagos —por lo poco que podíamos ver— no parecían criaturas barrocas, sino que su diseño era típico de la tormenta: serpientes multicolores, largos pisados negros o rojos sin rasgos salvo por sus aletas ahusadas, cilindros huecos y sinuosos de un metro de anchura con rebordes toscos que parecían fosas nasales velludas (y algunos se movían desde dentro hacia fuera); formas chatas de tres puntas, rojizas y orladas de azul, que llenaban los intersticios que había entre las demás. No era capaz de fijarme en todos los diseños: los había a centenares.

—¡Están escupiendo sangre! —gritó Shimchisko. Ante la muralla que avanzaba, los vapores que expulsaban los vástagos se volvieron de un rojo vivo. A menos de media milla de distancia, vimos que la muralla embestía contra los vástagos, arrollándolos a su paso, aunque se hubieran sumergido para alejarse a nado. Pero antes de desaparecer escupían penachos de brillante líquido rojo que manchaba la pared. Cuando la pared susurraba, las manchas se desvanecían, absorbidas por las arrugas.

Vi al capitán Keyser-Bach de rodillas, rezando. Habíamos abandonado nuestros cabos de seguridad a pesar de los gritos de Soterio, y por último hasta el segundo oficial dejó de proferir sus frenéticos alaridos, pues ya no servían de nada. William French, Frey el cocinero y Gusmao la carpintera —que habían subido a cubierta— estaban junto a la borda, anonadados. Shankara pasó corriendo hacia proa.

Shirla y yo nos reunimos en el centro de la cubierta, lejos de la borda, como si tratáramos de contener el ímpetu del mar. Salap y yo vimos que el capitán iba hacia proa con un saco en las manos. De pronto comprendí que el saco contenía los restos de un esqueleto de humanoide. Trataba de salvarlo.

Shirla se aferró a mí. Sabíamos que estábamos muertos. El susurro de la pared, a pocos metros, sonaba como una flauta estridente. Las arrugas se habían convertido en cuchillas a lo largo de una pared incesante que superaba en por lo menos cien metros el mástil más alto. La sombra de la pared cayó sobre el barco y cubrió la popa. Con una sacudida, empujó la nave, y por un instante comenzamos a aplaudir a pesar de nuestro terror. Todo había sido una falsa alarma, nuestro destino era simplemente ser

empujados por la pared, tal vez para siempre. Me imaginé trepando por la pared vertical, viendo lo que había del otro lado. Miré a Shirla, acurrucada en mis brazos, y ella me sonrió.

Entonces las cuchillas astillaron la popa. La nave tembló y se zarandeó. Shirla y yo nos caímos. Astillas de xyla llovieron sobre nosotros. Oí la succión de un casco partido, la penetración del agua; algunas escotillas saltaron al salir el aire. Los tablones de cubierta se rajaban.

Alzando a Shirla con todas mis fuerzas, le sostuve la mano y ambos corrimos hacia delante, hacia donde supuse que aún estarían los botes, procurando mantener el equilibrio mientras la cubierta se ladeaba cinco, diez grados. Otros tuvieron la misma idea. Cham, Ibert, Kissbegh, Riddle, el velero Meissner y el cocinero Leo Frey, Passey y Thornwheel, Gusmao, Pyotr Khovansk el maquinista, todos corrieron con nosotros. Khovansk cayó en una fisura que le atrapó una pierna. Gritó de dolor. El barco volcó a babor y Kissbegh cayó y rodó con él.

Los mástiles y cordajes que hasta entonces habían sobrevivido a la tormenta cedieron y las vergas cayeron, sus racamentos abiertos, golpeando a la gente de ambos lados. Cassir fue aplastado. La verga del cursor de trinquete se retorció en el mástil, se soltó y cayó delante de nosotros, arrastrando motones, obenques y escotines. Quedé aturcido bajo una telaraña de flechaduras y obenques caídos. Shirla me liberó con su cuchillo.

—No hay botes —dijo, levantándose.

Vimos ambos botes más allá, cargados con cinco o seis tripulantes que remaban con todas sus fuerzas.

El barco estaba hecho pedazos. Detrás de nosotros la cubierta se inclinaba veinte grados; los vástagos reptaban y pataleaban sobre las ruinas ante la muralla trituradora.

—Tendremos que nadar —dije, Shirla negó con la cabeza. La cubierta se inclinó a estribor y caímos contra el astillado mástil de trinquete, luego hacia las bordas. Shirla tenía la cara ensangrentada. El agua se la mojó y lavó. De inmediato su nariz y el tajo de su mejilla comenzaron a sangrar de nuevo.

—¡Salta! —grité.

—¡Estamos muertos! —respondió ella. No quería sumarse a los vástagos que chapoteaban. Tampoco yo, pero el Vigilante no tenía futuro. Podíamos durar unos segundos o unos minutos más en el agua. Le aferré los brazos y salté.

Caímos de cabeza. El agua me entró por la nariz y avancé entre masas gomosas y resbaladizas, tratando de ascender a la superficie. Shirla y yo subimos al mismo tiempo. Ella jadeó y gritó cuando una forma gris se deslizó por el agua entre los dos. Una espuma sanguinolenta saltó unos metros y nos roció en una llovizna sofocante que olía a aliento rancio y pan fresco.

Shirla sabía nadar tan bien como yo, pero los vástagos nos impedían distanciarnos

del Vigilante. Logré avanzar hasta ella, y juntos luchamos para permanecer a flote y alejarnos del casco, que ya estaba destrozado a medias. No tenía tiempo para pensar en nadie más. Shirla parecía una obligación importante, pero estaba dispuesto a abandonarla, a abandonar cualquier cosa con tal de mantener la cabeza por encima del agua, de no ser arrastrado por esa maraña de criaturas frenéticas que me rodeaban.

Logramos permanecer a flote cada uno por su lado, separados por un par de metros de sopa sanguinolenta, espumosa y multicolor.

—¿Adonde? —gritó Shirla.

—No sé.

Un macizo hocico sin ojos apareció junto a nosotros, azul y gris a lo largo, la piel ondeando en jirones. Se hundió con un ruido de succión que casi nos arrastró.

—La nave —dijo Shirla, escupiendo agua.

Vi que los restos del Vigilante seguían peligrosamente cerca, a cinco o seis metros. Las oscilantes cuchillas que formaban la muralla habían triturado siete u ocho metros de proa, arrastrando cuerdas, vergas y trozos de xyla en un montón que amenazaba con derrumbarse sobre nosotros en cualquier momento. No vi a nadie en cubierta. Todos habían saltado, pero tampoco vi a nadie en el agua. Al parecer, estábamos solos.

Una espuma sanguinolenta salpicaba por doquier. Busqué a Shirla para tocarla por última vez antes de morir, y entonces las aguas se arremolinaron y nos separaron. Sin poder respirar en aquel espeso vapor rojo, giré en el remolino, ahogándome y pataleando. La bruma espesa y cegadora me llenó los ojos.

Tuve una oscura y borrosa impresión de murallas que se elevaban, de masas que pasaban a ambos lados de mí. Shirla gimió y oí otras voces, algunas rezando, otras gritando. Se me despejó la visión y vi el codaste del Vigilante sobre mí, subiendo y bajando con majestuosa lentitud. Ridjel se aferraba al bauprés destrozado como un mono, cerrando los ojos.

El casco giró entre dos murallas que avanzaban, arrastrándome en su ímpetu.

Todo giró violentamente y me hundí varios segundos. Abriendo los ojos, vi formas pálidas a mi alrededor, algunas hundiéndose en la oscuridad, otras contorsionándose en el agua. No tenía dudas de que iba a morir. Sólo tenía que abrir la boca para no prolongar la agonía.

Mantuve la boca cerrada. Pateé y agité los brazos. El agua que me rodeaba parecía clara. No podía sentir los cuerpos de los vástagos ni nada. Rodaba en un universo de burbujas y rayos de sol. Gradualmente me orienté y floté hacia el resplandor, los brazos flojos, las piernas colgando, mi cuerpo hambriento de aire.

Eché la cabeza hacia atrás, emergí. Exhalé, sentí que los pulmones se me aflojaban como si antes los ciñera una faja, y el pecho se me llenó como un globo. El aire me mareó.

Floté de espaldas, subiendo y bajando en un oleaje suave; arriba, el cielo estaba despejado y azul. Cuando subí a la cresta de la ola, vi una costa en declive, parda y arrugada, coronada por una niebla espesa y marrón. En el agua, unos discos diminutos y cobrizos flotaban como trozos de xyla. Al principio pensé que eran restos del Vigilante, pero unos píscidos pequeños subieron y los recogieron de la superficie, dejando ondas en las suaves olas.

Todavía vivo. Todavía respirando, todavía flotando. No parecía real. Con perezosa indiferencia rodé en el agua y traté de mirar a mi alrededor. Al principio no recordaba qué había sucedido. Sabía que había habido un barco, y camaradas en el agua, pero nada más parecía claro.

Encontré la nave. El bauprés y la proa cabeceaban en el agua a doce metros, las cuerdas colgando. Ridjel había desaparecido. Restos de naufragio se deslizaban sobre el mar ondulante. Extendí la mano hacia una verga larga, pero no logré aferrarla. Un trozo plano de xyla, parte de una escotilla, me llamó la atención y nadé hacia él; me aferré al marco y salí del agua como pude. Era una balsa aceptable, de dos por dos metros, con dos de los bordes astillados pero que flotó sosteniendo mi peso.

Recobré la memoria al comprender que no moriría de inmediato. Pensé en Shirla y me arrodillé torpemente sobre la escotilla, protegiéndome los ojos del sol. Un cuerpo flotaba de bruces a treinta metros, más allá de la proa y el bauprés. Reconocí los hombros fuertes y el cabello corto de Talya Ry Diem. Me volví con un gemido, esperando encontrar a alguien con vida.

Miré hacia lo que Salap había llamado «el extremo caudal de la tormenta». Más restos flotaban en esa dirección: una hilera de tablones rotos, cordajes y objetos redondos; quizá motones, boyas o... cabezas.

Traté de ponerme de pie, pero la escotilla se ladeó peligrosamente y volví a agazaparme.

—¡Shirla! —grité—. ¡Salap! ¡Capitán! ¡Alguien!

Dos o tres débiles voces me respondieron. Entre ellas, la de una mujer, tan ronca que no pude identificarla. Agarré un tablón astillado y traté de remar hacia las cabezas. Avancé a tontas y a locas hasta descubrir qué parte de la escotilla era la mejor para usarla de proa.

La tormenta todavía cubría el horizonte por el este; columnas de niebla parda se elevaban en las corrientes de aire, fluyendo separadamente, y eran sorbidas a ambos lados por grises masas de nubes. Estaba a seis millas de distancia. Remé y miré los discos pardos que los vástagos a la deriva recogían de la superficie. Traté de deducir qué había ocurrido, cómo habíamos sobrevivido, pero estaba demasiado confundido.

Tres personas se aferraban a una verga. No podían apoyar todo el peso en la verga, porque se habría hundido, así que dos nadaban y una tercera descansaba. Me llamaron roncamente en medio del burbujeo de las olas.

—Olmy —dijo una, y se separó de la verga para nadar hacia mi escotilla.

Vi que era Shatro y me sentí defraudado, pero luego vi a Shirla aferrada a la verga, el rostro manchado de marrón, el cabello en mechones pegajosos, pero viva, y le di la bienvenida a Shatro como si fuera mi mejor amigo. Juntos remamos con las manos hacia la verga, y Salap, vestido sólo con pantalones negros, nadó débilmente hacia un lado de la escotilla. Shirla extendió un brazo y yo la subí por el otro lado. Cuatro éramos demasiados, y la escotilla empezó a hundirse, así que salté al agua y los dejé acomodarse mientras yo me aferraba a un borde. Estábamos demasiado exhaustos para hablar. Shirla me palmeó la mano, mirándome con ojos fascinados y una sonrisa débil.

—¿Dónde estamos? —preguntó, y tosió.

—En cualquier parte —respondí.

Shatro miró sobre nuestras cabezas.

—¿Has visto a Randall o al capitán? —atinó a preguntar Salap, flotando junto a la inestable balsa.

—No.

—Los otros. Tal vez fueron devorados...

—Nosotros fuimos escupidos —dijo Shatro—. Lo vi. La muralla se partió en dos y nos dejó pasar a través de ella.

—Pero antes devoró el barco —dijo Shirla.

—Un bocadillo que no quería —dijo Salap.

Apoyándose en la escotilla, procurando respirar sin tragar agua, parecieron rehacerse un poco. El agua se enfriaba rápidamente después de la tormenta. Pronto estaría helada. El sol apretaba, por otra parte, y pronto nos abrasaría.

Salap estudió la masa de nubes con los ojos entornados.

—Toda la expedición —dijo, sacudiendo la cabeza.

Todos callaron un buen rato; traté de sentir algo, pesadumbre o euforia por haber sobrevivido, pero mis pensamientos eran confusos y no sentía con claridad.

—¿Adonde iremos ahora? —preguntó Shirla.

—A ninguna parte —dijo Shatro.

Desde cierta distancia nos llamó otra voz. Con un repentino arrebató de energía, nos dispusimos a nadar y remar hacia la nueva voz. Erwin Randall se aferraba a un gran trozo de cubierta de cinco metros de longitud y dos metros de anchura, todavía unido a varias cuadernas. Estaba tendido sobre él. Sujetamos la escotilla a aquel trozo de cubierta y salimos todos del agua.

—El capitán ha muerto —dijo Randall—. Vi su cadáver antes de que la tormenta nos escupiera.

Salap se frotó fatigosamente las mejillas y cabeceó frunciendo los labios, preguntando en silencio con los ojos: ¿Qué debemos hacer?

Nos tendimos para pensar sobre nuestras últimas horas en ese mundo, o en cualquier otro.

La noche llegó como un gran alivio. Sentíamos mucha sed y el sol sólo empeoraba nuestra situación. Nos mecíamos suavemente bajo un poniente metálico y un cielo crepuscular despejado, entre las caricias del agua. Salap y Shirla durmieron un rato. Unos meteoritos surcaron el cielo estrellado.

Yo estaba muerto de cansancio pero no tenía sueño. Comprendí con tranquilizadora certidumbre que estábamos totalmente aislados en un mundo escasamente poblado, y que la muerte era el único desenlace que cabía esperar.

Randall no estaba de acuerdo. Respondió a mi tácita y sombría certidumbre con un:

—Todavía nos quedan los vapores.

Shatro gruñó. Yo no quería discutir. Tenía la boca tan seca y la lengua tan pegada al paladar que me parecía estar a punto de ahogarme. Las aguas oceánicas de Lamarckia se estaban secando. Sales de potasio y otros minerales formaban costras en mis piernas y mis brazos.

—Podríamos capturar un vástago —continuó Randall con la boca espesa—. Deberíamos remar en busca de otros.

No respondí. No teníamos herramientas, ninguna carnada que pudiera atraer un vástago. Los discos pardos que había dejado la tormenta habían sido devorados antes del anochecer. Podríamos haberlos comido nosotros, de haber tenido la presencia de ánimo suficiente para atrapar algunos.

—Tengo sed —murmuró Shatro. Se encorvó y se durmió, roncando ruidosamente.

Había oído decir que el desastre estimula la lucidez. A mí me parecía tener una niebla espesa en el cerebro. Moriría cómodamente. Como estaba demasiado aturdido para recordar nada, la muerte simplemente apagaría un opaco instante de incongruencia. Olmy ya se había ido.

Pensé poco en las responsabilidades que tenía en Thistledown. La familia, el Nexo, el Hexamon mismo, mis deberes secretos, parecían sueños recordados a medias.

—El capitán era un buen hombre —dijo Randall.

Salap se había despertado.

—En efecto.

Shatro y Shirla todavía dormían. La acerqué a mí para darle calor, y ella gimió, pero cerró los ojos con más fuerza.

—Ojalá hubieran más como él en este mundo —dijo Randall.

—Lenk lo ha querido así —dijo Salap con voz neutra—. Los mejores divaricatos.

Pocos como el capitán o como nosotros.

—El Pneuma nos libre —dijo Randall, y lo repitió varias veces, hasta quedarse dormido.

—Olmy —dijo Salap—, ¿no sientes curiosidad por la bestia-tormenta?

No sabía si Olmy sentía curiosidad o no. A mí me importaba poco.

—Veo mentalmente un esquema de su anatomía —dijo Salap—. Un esquema general. Se me ocurrió mientras dormía.

—Bien —gruñí.

—Un vacío central, como el ojo de una tormenta, lleno de témpanos de hielo. El aire y el océano se unen, se mezclan violentamente, se baten para controlar las energías que se utilizan para generar los vástagos en su interior. La parte caudal debe ser una vasta fábrica de nutrientes, que se alimentan con la tormenta y son cosechados por la muralla de cuchillas. Los vástagos que ya no son útiles, agotados por la acción de la tormenta interior, son sacrificados, transformados en los discos pardos, que ascienden a los niveles inferiores y luego se esparcen por tierra... o dondequiera que la tormenta haya establecido alianzas con otros ecoi. Estoy seguro de que la tormenta es un ecos aparte, autónomo, que prevalece en su región del Mar de Darwin.

Pensé vagamente que Salap hablaba desde hacía un buen rato.

—No éramos sabrosos, presumo —concluyó y guardó silencio.

Más meteoros. Eso significaba que había cometas y otros restos en el sistema de Lamarckia, además de los cinco planetas localizados por los topógrafos originales. No había cinturones de asteroides. El gigantesco Pacifica, ahora visible como un punto azul brillante, el más brillante de todos los puntos del cielo, apagaba todo lo demás. Pensar de aquel modo me asombró. No sabía a qué se debía.

—¿Sabes mucho sobre ser Randall? —me preguntó luego Salap, interrumpiendo mi examen de los astros.

—No —dije—. Me cae bien.

Me parecía un comentario cordial, aunque intrascendente.

—Él habla muy bien de ti. Pero cree que eres especial. Cree que acabas de llegar de Thistledown.

Esto bastó para que se me despertaran unas cuantas neuronas; traté de concentrarme en lo que me decía Salap.

—Se lo oyó decir a Thomas, el disciplinario de Calcuta. Mucha gente que goza de autoridad ha esperado una aparición de este tipo. Randall me dijo que eres diferente, que tienes una calma que aquí no tenemos. Utilizó algunas palabras clave... sí, las conozco. Yo era adventista hace años. En mis tiempos de estudiante, en Jakarta.

—Adventistas —grazné.

—Los que esperaban que el Hexamon abriera otra puerta. Me imagino que si

abrieran una puerta Lenk se enteraría, pues tiene la otra clavícula. No se aparta de ella.

—Había un viejo en Claro de Luna —dije—. Cuando me encontré con él creyó que yo era de Thistledown. —Me eché a reír con voz cascada—. Ojalá lo fuera. Alguien vendría a rescatarme. Se abriría una puerta justo sobre nosotros.

Dibujé el fenómeno contra las estrellas, con un dedo trémulo.

—Randall te trajo en la nave y te ascendió, tan seguro estaba.

—Oh.

—Pocos saben que éramos adventistas. Eso no favorece los ascensos.

Randall se movió, y Shirla se apretó contra mi pecho. Salap, una sombra borrosa bajo la brillante luz de las estrellas, se llevó un dedo a los labios.

—La gente moribunda dice cosas. Cosas estúpidas. Hace confidencias.

—¿Qué es estúpido? —preguntó Randall.

No le respondimos. Shirla se desesperó, metió un pie en el agua fría. Lo sacó.

—¿No hay barcos? —preguntó.

—No.

Shatro dejó de roncar y se incorporó de golpe.

—¿Alguien ha tratado de empujarme? —preguntó con los ojos desorbitados.

—No —dijo Shirla—. Aunque yo estaba durmiendo.

—Merezco estar aquí tanto como los demás.

—Innegablemente —murmuró Shirla para calmarlo.

—Todavía soy fuerte —dijo Shatro, sacudiendo la cabeza como un toro cansado.

Randall le tocó el hombro, palmeándose como si fuera un niño. Shatro lo miró de soslayo y apoyó la cabeza entre las rodillas.

El alba tardó en llegar. Shirla y yo nos abrazamos. Salap hablaba de la estructura de la tormenta, y Shatro guardaba silencio. Randall, sentado en los tablones, movía los dedos de los pies.

En la oscuridad las aguas susurraron, y largos cuellos o troncos de cabeza chata emergieron del mar. Nubes esponjosas cubrían un cielo lechoso, nadando en una viscosidad constelada de estrellas. Las altas siluetas titilaban a la intermitente luz de los astros. Permanecían firmes, silenciosas, y no pude evitar pensar que nos estudiaban. Alcé una mano y dije:

—Mordedme. Sabréis quién soy.

Pero se sumergieron en el agua, y el susurro cesó.

Por la mañana, una febril lucidez se adueñó de mí.

14

Hacia el este el cielo se puso amarillo, luego cobrizo, y extendió una suave pátina azul hacia el oeste. Unos jirones de nubes moribundas acechaban al sur. La calma que seguía a la tormenta se estaba inestabilizando.

Vi a mis compañeros, los restos del Vigilante, las olas más encrespadas que nos rodeaban, con la nitidez de un trazo, y cada línea vibraba y parecía zumbar en mis oídos. Supe con absoluta seguridad que no moriríamos. Allí se representaba un inmenso drama, y estábamos en su centro. El abrepuestas me había situado dentro de un proceso de gran interés, la humanización de Lamarckia. Los humanos poblarían la mitad del planeta y los humanoides la otra mitad. La línea divisoria sería el ecuador. Escogí el hemisferio norte para los humanos, para evitar inconvenientes. Creí oír que Shimchisko me daba los detalles. El tiempo se volvió borroso y algunas cosas sucedían antes de lo que correspondía en la secuencia, y otras después.

De repente oí el ronco grito de Salap, que había avistado un barco. Claro que sí, pensé. Es inevitable. Si no vamos a morir, tiene que haber un barco.

—Uno, dos, tres —dijo—. Cuatro barcos. Dos vapores y dos goletas... Deben ser de Athenai. Allí hay goletas.

Miré con poco interés hacia donde él señalaba. Dos columnas de humo se elevaban sobre el frío mar; las seguían dos veleros. Estaban muy cerca, tal vez a una milla. Salap se puso de pie. Shatro se le colgó de los raídos pantalones negros, implorándole que se sentara.

—Si tienen vapores, son brionistas —insistía Shatro.

—Son nuestra única esperanza, sean quienes sean —dijo Randall, y se levantó torpemente, meciendo la balsa, para sumar sus señas a las de Salap.

Shirla los miraba abriendo la boca, para no cuartearse los labios resecos. Parecíamos fantasmas, blancos de sal, el cabello erizado.

—No nos verán —gimió Shatro.

—Están virando —dijo Randall, y nos sonrió como un niño que ve llegar a su padre a casa.

—Creo que nos han visto —convino Salap.

Inevitable.

Las naves tardaron media hora en rodearnos y mandar un bote salvavidas a rescatarnos. Los vapores medían cien metros de eslora y veinticinco metros de manga. Eran las naves más grandes que había visto en Lamarckia. Sus cascos anchos y abombados, pintados de blanco, estaban contruidos con tablones gruesos, pero grandes planchas de metal integraban la superestructura. Cada nave llevaba cañones

dobles a proa y popa, y una única chimenea que expulsaba una nube opaca. Dentro de los cascos resonaba la palpitación de potentes motores. Eran naves poco elegantes, pero macizas y resistentes.

Hombres y mujeres de uniforme gris y negro estaban junto a la borda y cerca de la proa, mirando y hablando mientras bajaban un bote de una de las dos goletas.

Las goletas habían soltado los cabos de remolque. El viento arreciaba, y los tripulantes preparaban las anchas velas de los tres árboles, disponiéndose a proceder en cuanto estuviéramos a bordo. Eran más largas que el Vigilante pero no tan anchas, y parecían rápidas, como galgos esbeltos junto a los robustos mastines que eran los vapores.

Shirla se arrodilló cuando se aproximó el bote, cruzando los brazos sobre el pecho. El bote tenía cinco ocupantes, cuatro remeros y un hombre rechoncho a proa, vestido de blanco y con una gorra negra.

Cada vapor llevaba un número en la proa pintada de blanco, el 34 y el 15 respectivamente, pero ningún nombre. Las goletas se llamaban Khoragos y Vaca. Vaca parecía un nombre extraño para una nave tan elegante.

El hombre rechoncho nos saludó con el brazo, sonriendo jovialmente.

—¿Qué nave, y de qué puerto? —preguntó cuando el bote estuvo a menos de veinte metros.

—Del Vigilante de Calcuta —dijo Randall.

—¿Qué sucedió?

—Nos hundió una tormenta.

—¿Cuánto hace de eso? —preguntó el hombre, demostrando interés.

—Un día. Tal vez dos.

—¿Una nave de tres árboles?

—Sí.

—La vimos, y vimos la tormenta. Algo aterrador. Escapamos de ella poco después de perderos de vista.

—¿Eran vuestras naves? —preguntó Randall, cuando el bote se aproximó a la balsa—. No vimos goletas.

—Íbamos muy atrás. Los vapores son feos, pero rápidos, especialmente cuando no hay viento.

—¿Quiénes sois? —preguntó Shatro.

—Somos de Athenai —respondió, incómodo, el hombre rechoncho—. Vamos rumbo a Naderville. Los vapores son nuestra escolta, y entiendo que ocupaban posiciones cerca de Jakarta. Mi nombre es Charles Ram Keo.

Nos tendió una mano y Randall se la estrechó. Luego nos ayudaron a subir al bote. Una vez a bordo, vimos lo frágil que era nuestra balsa. Pero era lo último que veíamos del Vigilante, y mientras los remeros nos llevaban al Khoragos, sentí

tristeza. Shirla permaneció cerca de mí y aceptó una taza de agua que le sirvieron. Mientras, una mujer delgada de rostro preocupado nos hacía preguntas sobre nuestro estado de salud. Era Julia Sand, médico del Khoragos.

—No nos habrían hundido —murmuró Shatro.

Salap parecía muy solemne, poco dispuesto a hablar. Me pregunté si habría notado algo que los demás pasábamos por alto.

Randall estaba eufórico.

—Sois un auténtico regalo de los vientos —le dijo a Keo, bebiendo el contenido de la taza a sorbos cortos, tal como le indicaban.

Estábamos cerca de la más grande de las dos goletas cuando Salap se inclinó hacia delante y me susurró al oído.

—Khoragos. Eso significa el director de un coro. Es la nave de Hábil Lenk.

Se apartó. Keo y Randall habían captado parte del murmullo y el hombre rechoncho parecía todavía más incómodo.

—Tendréis que venir con nosotros, por supuesto —dijo—. Supongo que sabéis lo que sucede.

—¿Lenk está a bordo? —preguntó Randall.

—Así es.

—Se dirige hacia Naderville para negociar con Brion —aventuró Salap.

Keo no respondió.

Nos subieron a bordo en camillas y nos depositaron en la cubierta de la goleta. Las otras naves ya se habían alejado. Ahora estaban repartidas por una milla de agua; los dos vapores abrían la marcha.

Lenk iba a parlamentar.

El Khoragos era un barco majestuoso. Llevaba setenta personas a bordo. La tripulación estaba compuesta por treinta marineros, cinco aprendices (todos hijos de notables de Athenai, nos dijeron) y quince oficiales y artesanos. Los otros veinte eran los consejeros, diplomáticos y ayudantes y, por supuesto, el propio Lenk. El Vaca llevaba cuarenta tripulantes y quince diplomáticos más.

No nos impusieron ninguna restricción, salvo la de no molestar a Lenk si lo veíamos en cubierta, lo cual era improbable. Pasaba casi todo el tiempo en la cabina más grande, los aposentos del capitán en el castillo de proa, en compañía de sus asesores y diplomáticos, trabajando día y noche, según dijo Keo. Randall y Salap dedujeron que las naves se dirigían, en efecto, hacia Naderville.

Los oficiales y notables se alojaban a popa. Los tripulantes se alojaban en el centro del barco. Todas las literas del Khoragos estaban ocupadas. Nos dieron ropa nueva, y a Randall, Shatro, Salap y a mí nos asignaron un camarote antes ocupado por tres marineros jóvenes. No nos dijeron adonde los habían trasladado. Shirla compartía un camarote con tres marineras.

Nos trataron con notable cortesía, y pronto descubrí por qué. Keo, que debía cerciorarse de que estuviéramos cómodos, nos hizo saber que el Buen Lenk estaba muy disgustado por la pérdida del capitán Keyser-Bach y el Vigilante.

—Cree que el capitán podría habernos abierto los ojos en cuanto a Lamarckia —dijo Keo, de pie en nuestra cabina, dándonos camisas y pantalones. Salap examinó las prendas nuevas con cierto disgusto, pues no eran negras ni holgadas, pero se las puso sin quejarse—. Lenk esperaba recibir noticias sobre los descubrimientos en persona.

—Hemos perdido todas nuestras pruebas —dijo Salap—. Aun así, solicito una audiencia con el Buen Lenk, en nombre del capitán Keyser-Bach.

—Sin duda planea reunirse con todos vosotros —dijo Keo—. Cenaréis con los oficiales y la tripulación esta noche. Esta tarde os traerán comida al camarote, si lo pedís. —Nos sonrió como si fuera un camarero dándonos la bienvenida a un crucero de lujo—. Me alegra saber que no estáis tan mal después de vuestra odisea.

Shatro se acarició el rostro enrojecido e hizo una mueca.

—¿Qué sucederá en Naderville? —preguntó.

Keo sacudió la cabeza.

—No me corresponde a mí decirlo. Con el tiempo, todos regresaremos a Athenai.

Randall terminó de abotonarse la camisa y se incorporó, agachándose para no chocar con las vigas del cielo raso, muy bajo.

—Necesito presentar un informe sobre la pérdida de un barco al capitán y al primer oficial —dijo.

—Desde luego. Organizaré una reunión formal para mañana.

—No hay culpas ni motivos para una investigación —murmuró Randall—. La tormenta hundió el barco. El capitán hizo todo cuanto pudo.

—Sin duda —dijo Keo con toda solemnidad—. Necesitamos evaluar las pérdidas para la junta naviera de Athenai, por supuesto.

Randall asintió sombríamente.

Keo preguntó qué más necesitábamos. Shatro quiso saber si tenían savia de lizbú.

—Para las quemaduras —dijo, tocándose el brazo con otra mueca de dolor. Todos teníamos la piel enrojecida por el sol y la intemperie.

—Seguro que tenemos algo parecido —dijo Keo, cerrando la puerta.

—Es deprimente —comentó Shatro cuando Keo se alejó por el corredor.

Salap palmeó el colchón y las mantas de la litera superior, miró por el ojo de buey, alzó una bacía de cerámica.

—¿Les hablarás de los esqueletos? —preguntó Shatro.

—Sí.

Shatro contrajo la cara y se la cubrió con las manos, sin llorar pero frotándose frenéticamente, como para borrar las quemaduras y todo lo que había sucedido en los últimos días.

—Todo aquello por lo cual trabajamos. Mi educación...

—Tenemos suerte de estar vivos —dijo Randall.

Toqué el brazo de Shatro, sintiendo compasión.

—Déjame en paz —gruñó.

—Por favor —dije—. No te frotes la cara así.

—¿Qué te importa? —preguntó, levantándose y golpeándose la cabeza contra la baranda de la litera.

—Ya basta —dijo Salap—. ¿Por qué estás tan furioso con este hombre?

Shatro guardó silencio.

—Ahora somos todos iguales —dijo secamente Randall—. Tratemos de no empeorar las cosas.

—Pasará mucho tiempo hasta que regresemos a Calcuta —dijo Salap.

Shatro se acercó al ojo de buey y miró el mar, el rostro rojo como un melocotón en el resplandor.

—Solicito la rescisión de mi contrato —dijo—. Puedo buscar empleo en Naderville. —Nos miró a todos—. Sin duda necesitan investigadores.

—Tal vez —convino Randall—. Aunque no creo que el Buen Lenk te lo agradezca.

Shatro hizo un gesto despectivo.

—Él va a Naderville para rendirse. Brion no va a él.

Una vez más, Shatro declaraba lo que parecía obvio para todos.

Por la tarde, después de almorzar auténtico pan de trigo y queso salado de zarzarroja —un manjar de la silva de Tasman—, caminé con Shirla por el barco, repasando las elegantes líneas del Khoragos, admirando la belleza artesana de la nave personal de Lenk. Se decía que Lenk había ignorado a sus consejeros cuando le sugirieron que se permitiera aquel lujo, y que habían tardado años en convencerlo. Precisaba viajar cómodamente con la gente necesaria para el creciente gobierno, del cual aún era el líder político y espiritual. Su presencia en el barco infundía al Khoragos un aura especial de la que carecía el Vigilante, un aura de imponencia, aunque no había grandes diferencias entre ambas naves, dejando al margen la suntuosidad.

En realidad, yo prestaba más atención a Shirla que a los detalles del barco. Parando de vez en cuando para charlar con tripulantes curiosos que nos saludaban y se interesaban por nuestra salud, caminamos en silencio, hombro con hombro. Ya no había un Soterio que nos sorprendiera «remoloneando» ni una Ry Diem que nos impusiese su pudor, y no había sentido de la oportunidad ni del deber; nos habíamos librado de eso.

La cercanía de la muerte había activado en mí algo que no podía negar ni justificar, una necesidad inmediata de confirmación. Mi vida era demasiado frágil para renunciar a lo básico, y Shirla satisfacía una necesidad básica: la de compañía femenina.

No me planteé demasiado hasta dónde llegaríamos. La dirección parecía obvia. Cuando llegara el momento oportuno, haríamos el amor.

Mientras caminábamos, examiné a Shirla con otros ojos. No era bella ni fea. Rostro y brazos enrojecidos por la intemperie, cutis embadurnado de unguento que comenzaba a pelarse, caderas anchas, piernas cortas pero bien formadas, tronco largo, cuello largo, cabeza y cara redondas, cabello desgredado, ojos castaños pequeños pero intensos. En todo momento parecía dispuesta a ser satírica o crítica, pero no lo era. Por sus movimientos y las pocas palabras que pronunciaba parecía muy vulnerable, muy abierta.

En la proa, lejos de la actividad general, miramos el ancho océano azul y el cielo nublado y lechoso, la esfera borrosa del sol.

—¿Alguna vez has pensado que debimos morir? —me preguntó, torciendo los labios en una mueca.

—¿Porqué?

—Ellos eran nuestros camaradas. Nuestro capitán murió.

—No hay motivo para seguirlos —dije, tal vez con excesiva precipitación.

—Me pregunto...

—No te preguntes nada. Así sólo empeoras las cosas. Estamos aquí porque sobrevivimos, gracias al azar y a nuestros esfuerzos. Nadie puede culparnos de esas

muertes.

—¿Alguna vez formarás parte de algo? —me preguntó, mirándome con ojos inquisitivos.

No pude darle una respuesta franca.

—Siempre has sido un riesgo terrible, ser Olmy —dijo ella, desviando los ojos.

Traté de cambiar de tema.

—En realidad, he tenido una suerte increíble.

—¿Por qué suerte? ¿Y por qué nunca...?

—Tuve suerte de encontrar un puesto en el Vigilante. Tuve suerte de sobrevivir al naufragio. Y ahora tengo la suerte de navegar hacia Naderville con Hábil Lenk.

Ella no podía adivinar hasta qué punto esto era verdad. Si yo debía estar en el centro de las cosas, había estado con frecuencia en las circunstancias más apropiadas. El abrepuestas había encontrado su marca con habilidad sobrenatural.

Ella hinchó los carrillos dubitativamente.

—Estás diciendo tonterías.

—Tengo suerte de estar contigo.

Nuestros escauceos se reiniciaban.

—¿Quieres verme los pechos? —preguntó ella, con absoluta seriedad.

De nuevo reí, y esta vez ella entornó los ojos dolorosamente.

—Eres un caso —dije.

—¿Sabes qué quiero decir cuando digo eso? —preguntó.

—No.

—Es evidente. Estoy bromeando. Y esta vez no estoy bromeando, ¿de acuerdo?

Me dejó desconcertado.

—Ser Olmy, seas quien seas, y quieras lo que quieras, creo que sé algo sobre ti, algo seguro. Estuvimos a punto de morir. Eso nos estimula. Tu cuerpo me desea. Quieres llevarme a un lugar íntimo pero primero ejecutaremos nuestra danza social en cubierta. Mentalmente crees que con un mínimo compromiso bastará, que soy débil y que mi cuerpo te desea lo suficiente para que así suceda. —Sonrió mientras decía esto—. Y no te equivocas.

—¿Tu cuerpo me desea?

Ella asintió.

—Cuando llegue el momento oportuno. No ahora, porque estamos muy cansados, y estoy triste. Pero lo superaré. Y cuando lo supere, será mejor que digas que sí y no desperdicies la oportunidad, porque no habrá otra.

En mi experiencia con las mujeres, nunca había afrontado un abordaje tan analítico y verbal. En Thistledown, los refinamientos de siglos de civilización espacial, la alta tecnología, la estrecha cercanía y la sutil educación habían facilitado muchas maneras de que las parejas se unieran en el acto físico del amor, hasta el

punto de que, en cierta medida, había perdido el interés.

Por primera vez comprendí por qué había roto mi vínculo en Alexandria.

Miré por la borda.

—Te he desconcertado —observó Shirla.

—No por primera vez.

—Mis pechos no son lo mejor de mí.

—¿Qué es lo mejor de ti?

—Mi corazón. Es un corazón fuerte. Podría latir con el tuyo.

La calidez se difundió desde mis mejillas al centro de mi pecho y a mi entrepierna. Estaba en presencia de un genio natural.

Éramos parias a quienes trataban con delicado respeto, como si fuéramos fantasmas o deidades de mal agüero. Los naufragos rara vez sobrevivían en Lamarckia. Los humanos eran escasos en aquel mundo. Perder un barco equivalía a perder la vida. Aun así, los oficiales y políticos nos trataban con bastante amabilidad, y durante nuestra primera cena en el comedor de oficiales, Randall contó nuestra historia a los presentes.

El capitán, Lenk y la mayoría de sus ayudantes estaban ausentes, pero Lenk había delegado en su lugarteniente, una mujer esbelta y madura llamada Alinea Fassid, que escuchó el relato de Randall completamente fascinada.

Randall no mencionó los esqueletos humanoides, según lo acordado con Salap, que pensaba que esa noticia debía reservarse para los oídos de Lenk. Sospecho que todavía creían que podían iniciar una nueva expedición en cuanto se solucionaran aquellos problemas. Finalizado el relato, la primera oficial, una mujer alta y robusta llamada Helmina Leschowcz, pidió un brindis por los supervivientes.

Tres camareros limpiaron las mesas y sirvieron un picante vino de Tasman en copas de cristal. Yo todavía no había cultivado el gusto por las bebidas alcohólicas de Lamarckia, pero Salap, Randall y Shatro paladearon el suyo con una delectación que hizo sonreír a los presentes. Shirla aceptó una copa, pero apenas la tocó.

Las luces se mecían en el suave mar. En torno a las paredes, algunos marineros y aprendices se habían reunido para escuchar la historia.

—Es una historia estremecedora —dijo Fassid, mientras nos preparábamos para otro brindis tradicional—. Vuestra supervivencia es un don del Hado. Vuestro coraje es un ejemplo para todos.

Alzaron las copas.

—Al margen de la pérdida de humanos de valía, la pérdida peor es la de inteligencia y conocimientos —continuó—. El propio Lenk financió las empresas del capitán Keyser-Bach.

Estudí a Fassid, pero era demasiado diestra para revelar demasiado sobre sí

misma. Como los mejores políticos que he conocido, parecía presente y real, pero brindaba poca información útil. Había aprendido su oficio en tiempos difíciles, junto a un maestro.

Al dejar el comedor, se acercó a Salap, le susurró algo al oído y se retiró. Salap se acercó a Randall, que estaba con Shirla y conmigo en un rincón. Shatro estaba a la sombra de un dintel. Cuando estuvimos a solas en cubierta, envueltos en una brisa fresca, Salap dijo:

—Hábil Lenk solicita nuestra presencia hoy a medianoche.

Shirla suspiró. Todos estábamos muy cansados.

—Desea nuestro consejo —continuó Salap—. Hay noticias inquietantes de Hsia, de Naderville. Lenk sólo trajo un investigador experimentado consigo, pensando que sería un viaje de carácter puramente político. Podemos ser útiles.

—¿Contaremos esta noche lo que hemos visto? —preguntó Randall.

Salap frunció el ceño y ladeó la cabeza.

—No sé. Nada de esto parece correcto.

Acabada la cena, faltaban cuatro horas para nuestra cita con Lenk. En cubierta había pocos tripulantes de noche, con tan buen tiempo. Shirla y yo recorrimos de nuevo la cubierta, hablando poco pero tratando de evitar intrusiones. En la proa, detrás de un armario, había un rollo de fibra en las sombras. Las lunas estaban bajas y nos sentamos a la luz de las estrellas; al cabo de cinco minutos de charla nos desvestimos hasta donde lo permitían la cautela y la necesidad.

Me aceptó con una tensa avidez que me resultó muy excitante. Rara vez había hecho el amor con tanta sencillez y celeridad. En Thistledown las modas y los siglos de desarrollo habían dado a la sexualidad un alambicado estilo ceremonial. Shirla no sabía nada de esto. Como ella había dicho, su cuerpo me deseaba, y eso era más que suficiente. Cuando terminamos, ella tenía el rostro brillante de sudor y lágrimas que brillaban a la luz de las estrellas. Contuvimos el aliento, nos vestimos en la oscuridad.

—Hace mucho que no lo hacías —dijo ella.

—¿Cómo lo sabes?

—¿Es verdad?

—Sí.

—No te lo he enseñado todo.

—¿Te refieres a tus pechos? —pregunté, pero mi rostro estaba en sombras y ella no pudo ver mi sonrisa.

—No, idiota —murmuró—. En mi aldea, cuando una mujer escoge a un hombre...

—¿No al revés?

Me apoyó un dedo en los labios.

—Cuando eso sucede, preparamos una merienda y la llevamos en un cesto a la silva, encontramos un claro, tal vez debajo de un árbol-catedral, tendemos una

manta... Yo pregunto por tu familia, y tú por la mía. Hablamos de los amigos comunes, de nuestros planes. La regla es que pronto tendremos hijos. Hablamos de eso.

—Conocí aquí a una mujer a quien le molestaba haberse dedicado a ser madre de una prole.

Después de decir esto noté que la frase sonaba rara. Estaba hablando como un extranjero. Shirla reflexionó.

—¿Quién era?

—La madre vincular del primer oficial. En Calcuta.

Nos sentamos en el improvisado colchón. Shirla acarició la fibra.

—Algunas mujeres lo sienten así. Tal vez muchas.

—¿Y tú?

Ella alzó los ojos, que titilaron en la oscuridad.

—Creo que Lamarckia será la próxima Tierra. No sé por qué, pero creo que prosperaremos aquí. Aún lo creo, a pesar del descubrimiento de Salap.

—Así que no te molestará tener muchos hijos.

—Nunca he tenido ninguno. ¿A ti te molestaría?

Jamás había pensado en tener hijos. En Thistledown la reproducción era una actividad aún más formal y ritual que las relaciones sexuales. La mayoría de las parejas geshels escogían el nacimiento ex útero. Muchos naderitas también. Era más limpio y menos doloroso. Pero nada de eso me había parecido real. Era demasiado joven para ser padre. La única capacidad artificial que no me había quitado del cuerpo era la elección consciente de ser o no fértil.

—Yo te lo he preguntado antes —dije. Se me cerró la garganta y tosí.

—Te pone nervioso.

—Supongo que sí. Es natural.

—También a mí. Siempre he sido un poco rara. No sé si el mundo necesita hijos que se me parezcan.

—Todo el mundo opina igual —dije, aunque no podía saberlo.

—No mis hermanas. Ellas ya tienen muchos niños. En cualquier caso... —Me apretó los hombros—. No hago esto para que contraigas una obligación.

No dije nada. No podía decirle hasta qué punto me era imposible contraer obligaciones.

—Pero nunca me he protegido, tampoco. Sigo los dictados de Lenk. Me estremece un poco que esté en la misma nave que nosotros.

Tuve una repentina visión de Lenk exhortando a Shirla a reproducirse.

—Ahora será un hombre sombrío —dijo Shirla—. Y viejo. Todo esto debe desgastarlo.

—¿Qué? ¿Reunirse aquí con nosotros?

Shirla me pellizcó la nariz.

—Siempre he tenido mal gusto para los hombres.

Salap, Randall, Shatro, Shirla y yo recorrimos el pasillo hacia los aposentos de Lenk. Keo nos salió al encuentro en medio de la nave. La artesanía del Khoragos se reveló particularmente bella cuando nos aproximamos al castillo de proa. En las relucientes paredes, negras, grises y pardas, había incrustaciones de un arbórido de Tasman que no pude identificar. Las lámparas eléctricas se sucedían cada dos metros, alumbrando una elegante alfombra tejida con dibujos florales terrícolas. Nuestras pisadas pusieron sobre aviso a un guardia, que se cuadró, empuñando un rifle corto con sus gruesos brazos marrones.

—Es la primera vez en la historia de Lamarckia que Hábil Lenk se siente obligado a tener guardias armados —explicó Keo y saludó al guardia, que nos miró inexpresivo. Hacía calor en el corredor, y el hombre tenía la cara perlada de sudor.

Keo llamó a la puerta dos veces. Abrió un joven elegante vestido con un traje formal gris. Extendió el brazo con una sonrisa cauta.

—Hábil Lenk acaba de despertar de una siesta. Estará con nosotros dentro de unos minutos. Mi nombre es Ferrier, Samuel Inman Ferrier. —Nos estrechamos la mano con formalidad.

Un reloj mecánico instalado sobre la puerta dio la medianoche. Salap se sentó en un diván. Shatro se sentó al lado, moviendo nerviosamente los ojos, como un niño a punto de ver al médico. Shirla, Randall y yo nos sentamos en sillas individuales dispuestas en el camarote, que ocupaba la proa del barco. El camarote contiguo, el dormitorio de Lenk, era mucho más pequeño. Me pareció raro que eligiera la proa. Los aprendices preferían mantenerse alejados de la proa, sobre todo en mares encrespados. Quizá tuviese un sentido perverso del ascetismo.

Los estantes de la pared contenían varios volúmenes, ninguno de ellos encuadernado lujosamente, y todos muy usados. Parecían ser estatutos y resúmenes municipales.

Me pregunté dónde guardaría la clavícula. ¿Lenk la llevaría consigo en un viaje tan incierto?

Ferrier nos sirvió té de fibra en una bandeja de lizbú negro. Mientras bebíamos, oí pasos suaves detrás de la puerta del dormitorio.

La puerta se abrió, y entró Jaime Carr Lenk. Yo había visto fotos suyas de hacía cuarenta y cinco años. Entonces era un hombre vigoroso, maduro, apuesto, vestido de forma conservadora, con una presencia que irradiaba prestancia y poder. Lenk todavía era alto y erguido, conservaba el pelo oscuro; tenía arrugas en el rostro pero en los lugares adecuados, las comisuras de los labios y los ojos, y una frente monumental lisa e imperturbable, una frente alta cuyo dueño había dormido tranquilo y seguro de

la verdad durante muchas décadas. Usaba una túnica sencilla, larga y verde. Llevaba los pies anchos calzados con sandalias. Nos saludó uno por uno.

—Gracias por vuestra paciencia —dijo, mirándonos como si fuéramos viejos amigos—. Ferrier, aceptaré una taza de ese té. —Se sentó en una silla amplia y negra, bajo los libros, y nos miró con tristeza—. Lamento profundamente la pérdida del capitán Keyser-Bach y sus investigadores. La pérdida de un barco lleno de hombres y mujeres ya es bastante mala y difícil de sobrellevar, pero la muerte de semejante hombre... —Sacudió la cabeza, aceptó la humeante taza de té y la dejó en una mesilla—. Me alegro, claro, de que hayáis sobrevivido. Ser Keo y ser Fassid me han contado parte de vuestra historia... la tormenta, el hecho de que nuestra escolta brionista os asustó...

Tragó saliva, moviendo la nuez de Adán en la arrugada garganta. Su tristeza era auténtica. A pesar de la frente despejada, era obvio que últimamente había experimentado mucha tristeza.

—No podías saberlo, ser Lenk —dijo Salap—. Ha sido una gran suerte que nos rescataras.

—Poca gente surca estos mares. Era improbable que os avistara una nave, y menos aún una que formara parte de este absurdo séquito. Y ahí está el meollo de la cuestión, ¿verdad? Voy a Hsia, a Naderville, precisamente porque hemos tenido muy poca comunicación con la gente que vive allí. —Nos examinó atentamente. Alzó la taza y bebió un sorbo. El líquido tibio pareció darle vigor—. Tú eres ser Salap. Y tú eres ser Randall. Ambos navegasteis a menudo con el capitán Keyser-Bach. Cuando él presentó su solicitud, os mencionó como miembros necesarios de la expedición.

Randall inclinó la cabeza, miró a Lenk con tranquilidad.

—Hemos realizado importantes descubrimientos, ser Lenk —dijo Salap.

Lenk continuó con sus reflexiones.

—Leeré vuestros informes cuando estén redactados. Ahora hay poco tiempo... He necesitado más investigadores. Se han planteado preguntas de considerable importancia. Hay dificultades de un cierto calibre.

Salap, tras este suave desaire, miró a Lenk un poco desconcertado, pero ni siquiera él tenía agallas para interrumpir a Jaime Carr Lenk.

—Los investigadores de Naderville afirman que han realizado grandes avances con el ecos de Hsia. El investigador de mi nave no da crédito a estos informes. No sé qué pensar.

—¿Qué clase de avances? —preguntó Salap.

Lenk nos miró, alzó la taza, sonrió como si recordara una broma.

—Reinas y amos ocultos, palacios en las nubes, las siete ciudades de Cíbola, la Atlántida, el Trasmundo. No sé qué se propone Brion. Pero veo sus naves y conozco el poder que nos demuestra, que ha acumulado durante estos dos años y que ha usado

contra nosotros. —Se encogió de hombros y bajó la taza—. No está loco, al margen de lo que hagan sus generales.

—Bloqueos, asedios, piratería —dijo Randall.

Lenk ladeó la cabeza, rascándose el lóbulo de una oreja.

—El general Beys nos acompaña —dijo.

—Saqué diecinueve aldeas antes de que zarpáramos de Calcuta —continuó Randall, rojo de furia—. Robó herramientas y metales. Se llevó a niños. Mató a ciudadanos.

—Me duele pensar en los niños y los ciudadanos —murmuró Lenk—. Odio negociar en estas circunstancias, pero no había opción.

—Brion lo niega todo, por supuesto —dijo Alinea Fassid, entrando en el camarote con pisadas suaves. Cerró la puerta, saludó a Lenk, dirigió a Randall una mirada severa y se disculpó por llegar tarde—. Acabo de regresar del número quince. Beys y el capitán Yolenga dicen que han recibido sus instrucciones definitivas. ¿Puedo hablar delante de nuestros huéspedes?

Lenk la autorizó con un gesto.

—Debemos navegar hasta el puerto principal y remontar un canal hasta un lago interior. Nuestros mapas indican que ese canal ha sido modificado por el ecos, y que el lago está aislado de Naderville. Tal vez sea la sede de esas presuntas investigaciones. Ser Keo, ¿has dicho a nuestros huéspedes qué esperar?

—Todo lo que sabemos —dijo Keo—. Con una total falta de detalles.

—Bien. Tendremos poco tiempo para conversar cuando lleguemos, y no mucho más durante el viaje. Pero debéis mantener los ojos abiertos y digerir lo que veis. Puede ser crucial para las negociaciones.

—Tenemos que saber si se trata de una baladronada —dijo Keo, y se sonrojó como si hubiera hablado inoportunamente.

—No lo es —dijo Lenk, sacudiendo la cabeza.

—No todos están de acuerdo contigo, Jaime —dijo Allrica—. Personalmente, pienso que Brion es un mentiroso compulsivo.

—Es una fuerza de la naturaleza. Yo di rienda suelta a su especie cuando traje a mi gente aquí.

—No debemos confundir a Brion con los adventistas. —Miró significativamente a Salap—. Brion no tiene honor. Ama el poder y el prestigio. Usa a Beys como su puño de hierro, y espera librarse de las consecuencias morales. —Fassid se aproximó a Lenk y lo examinó solícita, tocándole la muñeca en su papel de médico—. Estás cansado, Jaime. Es hora de descansar.

Él nos miró con una sonrisa ambigua.

—No duermo toda la noche. Eso me deja demasiado tiempo para pensar. Pero, Allrica, creo que ser Salap quiere decirnos algo.

—¿Puede esperar? —le preguntó Allrica a Salap desafiante.

—Preferiría hablar ahora —dijo Salap serenamente.

—¿Tan importante es?

—Eso creemos.

—¿De qué se trata? —preguntó Lenk, inclinándose hacia delante, entrelazando las manos.

Miré a Shirla y a Shatro. Shatro parecía sumido en sus propios pensamientos, mirando la alfombra tejida. Su callada concentración me intrigó. Shirla parecía intimidada por la presencia de tantos notables, pero se mantenía alerta.

Salap les contó lo que habíamos hallado en la isla de Martha, concluyendo con la pérdida de nuestros especímenes en la tormenta. Allrica apretó los labios hasta formar una línea recta. Lenk encorvó los hombros.

—Santo Dios —dijo, sin dar a entender si le creía o no.

—Eso no tiene sentido —dijo Fassid, aunque sin convicción.

Keo y Ferrier guardaban silencio, como si asimilaban la noticia de la muerte de un ser querido.

—Es verdad, al margen de lo que deseemos creer —dijo Salap.

—Un error de interpretación. Restos de humanos, no vástagos —murmuró Fassid—. Has dicho que tres personas de la expedición de Jiddermeyer desaparecieron... y el cuerpo de su esposo fue exhumado y llevado por vástagos.

Salap sacudió la cabeza, y Randall habló al fin.

—Eí capitán y yo los vimos. No eran restos humanos, y eran reales. Son reales. Tal vez todavía haya especímenes en la isla de Martha.

—Todos los vimos —dijo Shatro, aún mirando la alfombra.

—Otra expedición —resopló Fassid—. El capitán nos presionó durante años. Ahora, después de oír esto, debemos empezar de nuevo. Esto me recuerda mucho la idiotez de Brion.

Salap optó por callar. Randall se movió en el asiento, pero Salap le tocó el brazo y lo calmó.

—Dentro de dos días estaremos en Naderville —murmuró Lenk. Se puso de pie, y Ferrier y Fassid le cogieron cada uno de un brazo, llevándolo a la puerta del dormitorio. Ferrier abrió la puerta, y Lenk miró a Salap antes de trasponerla—. ¿Fue un error venir aquí? ¿Este mundo nos rechazará como una plaga?

Nadie habló. Fassid lo ayudó a pasar, y Ferrier lo acompañó. Luego ella se volvió hacia nosotros y fulminó a Salap con la mirada.

—¿Cómo te atreves? —escupió—. ¿Cómo te atreves a decir semejantes pamplinas para obtener provecho político?

Salap entornó los ojos, aferrando con fuerza los brazos de la silla.

—Ese hombre maravilloso carga en sus hombros con el peso del planeta entero, y

tú le traes cuentos de fantasmas. ¡Todo para mantener tu amado prestigio científico!

Randall habló con voz ronca.

—Ser Fassid, estás muy equivocada...

Fassid alzó las manos con disgusto y se alejó. Keo no sabía si respaldar a Fassid o mantenerse en su papel de anfitrión cordial.

Randall se enfrentó a ella en medio de la cabina.

—Ya estoy harto de naves y del mar. Con gusto me retiraré a Jakarta o Calcuta, o incluso a Naderville... Pero eso no evitará que sea cierto lo que vimos.

»Te opusiste siempre a nuestras investigaciones por ignorancia y devoción a una filosofía poco concisa que nunca nos ha hecho bien. El capitán Keyser-Bach discutió contigo una y otra vez, con la esperanza de despertar en ti una pizca de sensatez. Has aconsejado mal al Buen Lenk, ser Fassid. Y si sigues haciendo el ridículo, te hundiré.

Esta sombría declaración tenía un toque de ópera cómica, pero Randall era sincero.

Los ojos de Fassid parecían sumidos en las sombras.

—No hay tiempo para esto —murmuró—. Lo que suceda en los próximos días puede ser la ruma de todos. Comparadas con las del general Beys, tus amenazas tienen poco valor.

Se marchó por la puerta lateral.

Randall aspiró profundamente y miró a Keo como si todavía estuviera dispuesto a descargar su cólera si alguien se atrevía a retarlo. Keo alzó las manos.

—Creo que todos deberíamos descansar —dijo—. Ha sido una reunión muy tensa.

—Ya lo creo —dijo Salap, cogiendo por el brazo a Randall, que se dejó llevar con un suspiro—. Vámonos.

Nos retiramos a nuestros aposentos.

Randall se reunió con Shirla y conmigo en cubierta a la mañana siguiente, para examinar las naves y las aguas. El tiempo estaba en calma, el océano liso.

—Salap ha pedido libretas. Está preparando un informe completo para Lenk —dijo, sacudiendo la cabeza con tristeza—. Debí callarme la boca. Sólo he logrado que tengamos una enemiga más enconada.

16

Por la mañana Hsia era ya una línea oscura en el horizonte, cubierta por gruesos nubarrones.

Mientras las cuatro naves se aproximaban a tierra soplaron varias ráfagas, y el Khoragos y el Vaca aprovecharon el nuevo y vigoroso viento, desplegaron sus velas y se alejaron de los vapores.

A diez millas, las cuatro naves fueron recibidas por tres balandras rápidas. Una llevaba dos pilotos para nuestras goletas, y subieron a bordo para guiarnos al puerto.

Nuestro piloto se apostó junto al timón e impartió órdenes rápidas y precisas.

Conocía aquel tipo de gente. Jóvenes, ávidos, nerviosos, temerosos de cometer un error. Se habían criado en condiciones duras, en una sociedad presionada hasta el límite.

Shirla permanecía a mi lado.

—No me gusta —dijo—. Los vapores, los tripulantes, los pilotos... todos parecen rígidos.

Las nubes volaban hacia el sur. Las naves de Lenk constituían un glorioso espectáculo con las velas blancas y brillantes bajo el sol de la mañana; incluso fueron por delante de los vapores durante un rato, hasta que los pilotos nos ordenaron plegar velas.

Nos ordenaron. Yo había tomado partido en aquella disputa. Tal vez desde el momento de mi llegada, cuando vi la matanza de Claro de Luna, no había podido ser objetivo. Cuanto más veía, más me comprometía. Pero no podía descartar del todo mi objetividad. No debía nada a nadie salvo al Hexamon, y todas aquellas personas eran infractoras.

Baker creía que Hsia era más antiguo que la mayoría de los ecoi, y que se había desarrollado tempranamente en la historia de la biosfera, antes de que el oxígeno hubiera alcanzado los niveles actuales. La fibrosa cubierta de la silva podría haber sido una protección contra la luz ultravioleta, que penetraba fácilmente en la atmósfera antes de la formación de una capa de ozono.

Pensé en los inmigrantes que estudiaban Lamarckia desde una puerta abierta precipitadamente, tratando de escoger el mejor sitio para colonizarla, escogiendo Tierra de Elizabeth porque era lo más parecido a un paisaje de la Tierra, aunque de colores algo raros.

Salap subió a cubierta, la libreta bajo el brazo, y miró la costa, el cabello negro al viento.

Entornó los ojos y señaló.

—Esto es como todo este continente. Lúgubre. Un lugar terrible para colonizar. Los seguidores de Hoagland tuvieron que abrirse paso a hachazos, vivir sin sol

durante meses, como bestias en una caverna. Pero a pesar de todo fundaron una ciudad.

Naderville era más pequeña que Calcuta.

Aun ahora, en el mejor de los casos, contaba con menos de cuatro mil ciudadanos. Tuve que adaptar mi sentido de las proporciones para considerar esa limitada población como una fuerza militar digna de consideración.

Shirla y yo íbamos sentados cerca de la proa, un poco incómodos por no tener trabajo que hacer. El hábito del mar estaba más arraigado en ella que en mí, y el nerviosismo de estar ociosa la volvió más locuaz que de costumbre.

Me habló de su familia en Jakarta. En realidad vivía en un villorrio llamado Resorna, en la punta de una franja de tierra nueve kilómetros al sur de Jakarta. No le resultaba fácil hablar del pasado, y con frecuencia hacía una pausa para concentrarse, no porque le fallara la memoria sino porque había consagrado un gran esfuerzo a olvidar los malos tiempos.

Durante el flujo, cuando ella era pequeña, su familia se había ido de Calcuta y había viajado con otras familias a Jakarta, a la Zona de Petain, donde los fítidos comestibles eran más abundantes y donde había tierras más ricas en minerales naturales y más fáciles de desbrozar para la siembra. Los inviernos en Jakarta eran siempre templados, pero habían tenido ciertas dificultades. La Zona de Petain se había preparado para un ataque de las zonas recién unidas, y la mayoría de sus vástagos —arbóridos, fítidos y tipos móviles por igual— se habían revestido con un blindaje gomoso y habían hibernado durante tres meses.

—Teníamos comida suficiente gracias a nuestras cosechas, pero yo estaba asustada. Mis hermanos y yo teníamos un vástago mascota, un zambullidor, y una mañana lo encontré en el porche de casa, cubierto con un caparazón. Al día siguiente se fue. Había roto su correa, cosa que nunca había hecho antes. Luego Petain volvió a la normalidad. Supongo que decidió que Elizabeth no atacaría.

Me habló de su familia: tíos, primer padre y primera madre —sus padres biológicos— y el segundo padre y la segunda madre, que no tenían hijos propios y los trataban a ella y a sus hermanos con bondadoso afecto.

No recordaba un tercer conjunto de padres. Eso tenía sentido. Las familias triádicas, diseñadas por una sociedad en la que rara vez una pareja de padres tenía más de dos hijos, se volvían inmanejables cuando cada una tenía seis o siete hijos. Shirla dijo que ella era afortunada de haber tenido unos segundos padres, aunque le daba pena que ellos no hubieran tenido hijos biológicos.

Habló de varias mujeres de su aldea que fueron víctimas de una rara disfunción, no exactamente una enfermedad, sino una especie de trastorno inmunológico que les causaba inflamación de los ovarios. A varias hubo que extirpárselos.

—Las demás tuvieron suerte. Conservaron los ovarios.

En cierto sentido, eso le parecía más importante que la supervivencia.

Algo había cambiado en los divaricatos al llegar a Lamarckia. Lenk había alentado nuevos nacimientos, pero los divaricatos de Thistledown no tenían más hijos que otros naderitas, incluso que la mayoría de los geshels.

En Lamarckia tener hijos se convirtió en una obsesión, como si un impulso oculto hubiera despertado, y la raza humana —aislada como una pequeña semilla en un vasto mundo— hubiera necesitado extender sus ramas y su follaje una vez más.

Por la tarde las naves entraron en el puerto de Naderville. La ciudad se hallaba sobre un promontorio en el lado norte de la bahía, de espaldas a un gigantesco seto lleno de túneles; al sur había una extensión natural de rocas y arena donde rompían las olas.

Naderville era muy parecida a Calcuta: edificios dorados y blancos elevándose sobre colinas bajas frente al puerto. En el lado este del promontorio, sin embargo, en el cráter de un pequeño volcán extinguido, habían establecido un campamento militar cinco años atrás. La médico del Khoragos, Julia Sand, había estado en Naderville varios años antes como parte de una poco exitosa embajada diplomática, y nos explicó estos detalles. Tierra adentro, el puerto se comunicaba con un canal ancho que tal vez hubiera sido un río natural pero que el ecos había adaptado a sus propias necesidades.

Unos potentes remolcadores nos llevaron hacia el lado oeste de la bahía y la desembocadura del canal. Miré los vapores mientras nos alejábamos, preguntándome si alguna vez conocería personalmente al general Beys.

El viento que soplaba desde tierra estaba impregnado de un penetrante aroma aceitoso con un toque de hierbas, orégano tal vez; también flotaba un perfume alquitranado. No era desagradable, pero pensé que a la larga ese olor podía resultar irritante.

Durante varias millas seguimos lentamente al remolcador, y luego viramos hacia el norte por una esclusa de ladrillos que conducía a un pequeño lago. Se elevaban colinas por todas partes, cubiertas de antiguas y oscuras matas. En las colinas más altas, unos cuantos edificios blancos y azules asomaban por encima de las matas. Distinguí agujeros entre los matorrales, como túneles para carreteras. En un peñasco del extremo norte de la bahía habían desbrozado el terreno y dejado un suelo pelado con edificios, una torre de vigilancia y cobertizos.

Julia Sand no había visto esa parte de Naderville en su última visita.

—Todo es nuevo para mí —dijo.

En un lado del lago estaban las rampas y los diques secos de un astillero paralizado.

Randall y Salap se reunieron con nosotros. Shatro seguía bajo cubierta. Estaba

deprimido y hacía un día que no lo veíamos.

—Es una tierra lúgubre —comentó Randall.

Salap escrutó el pequeño lago.

—Tres naves —dijo—. Esperaba muchas más.

Las tres naves no eran vapores. Había dos balandras y un catamarán con velas raídas colgando de dos mástiles. No era una armada imponente.

—Todas están haciendo incursiones o asediando Jakarta —dijo Shirla.

—Tal vez —dijo Salap dubitativamente.

Pasando los diques secos vacíos, los pilotos nos guiaron hacia un pequeño muelle del extremo norte del lago. Estimé que habría espacio para cinco o seis naves del tamaño de los vapores, no más. Eso sería una armada importante en Lamarckia, pero no había modo de saber cuántos vapores habían construido. Busqué depósitos de combustible, pero no encontré ninguno. Había hombres y mujeres en las dársenas, mirándonos, pero el muelle estaba desierto. Ningún comité de recepción aguardaba la llegada de Lenk.

Los remolcadores nos soltaron. La leve brisa bastaba para que nuestras goletas atracaran en el muelle.

Ferrier y Keo subieron a cubierta vestidos con pantalones grises y chaqueta negra, la ropa de rigor para una ocasión solemne. Miraron el muelle con expresión lastimera. Ambos sacudieron la cabeza ante el agravio.

—Esta no es manera de tratar al Buen Lenk —dijo Keo—. Me pregunto para qué ha venido, si piensan restregárnoslo por la cara.

—Es debilidad —dijo Ferrier con un enfado que antes no había demostrado.

Keo le cogió el brazo y ambos se situaron junto a la pasarela. Lenk subió ayudado por Fassid, que pestañeó bajo el brillante sol. Lenk usaba gafas de sol.

Por un momento se tambaleó como si estuviera ciego, sonriendo, buscando a Fassid. Pero al cabo de un instante se quitó las gafas y nos miró con los ojos entornados. Estudió los diques secos, la costa oeste del lago, el muelle.

Cinco hombres y tres mujeres salieron de un cobertizo gris y esperaron a que nuestras naves se acercaran. Tres hombres jóvenes les arrojaron cabos desde la proa, y arrastraron y sujetaron nuestra nave. Plegaron todas las velas.

Aguardamos varios minutos. El lago estaba plácido, la silva no había emitido un sonido desde nuestra llegada. Una sola carretera avanzaba desde la bahía, por las colinas, hasta un túnel en la espesura. No parecía prometedor.

—¿Esperan que caminemos? —preguntó Ferrier molesto.

—Es intolerable —comentó Fassid, pero Lenk alzó la mano.

—Está demostrando su poder —dijo. Apretó los dientes e irguió los hombros. Creí ver un breve destello de furia, pero pudo haber sido un retortijón, una articulación dolorida u otro achaque de la edad—. Que se dé ese gusto.

«Un comité de recepción», por así llamarlo, acababa de llegar por el camino. Un camión eléctrico atravesó la puerta principal del puerto, seguido por cuatro coches eléctricos y una serpenteante columna de hombres y mujeres en bicicleta.

Shirla silbó al ver los vehículos.

—No hay tantos en toda Calcuta, a no ser tractores.

Lo que a primera vista había parecido una ceremonia deficiente, pues, logró impresionar a la gente que me rodeaba. Bajaron la pasarela y la aseguraron.

Los peones colocados en torno a las amarras del Khoragos estiraban el cuello con curiosidad, buscando a Lenk. Al margen de los cambios sociales y las presiones políticas de Brion, los ciudadanos de Naderville todavía expresaban su interés por el Buen Lenk, que los había llevado allí.

El camión, los coches y las bicicletas entraron en el muelle. El camión se detuvo con un gemido. Los coches aparcaron detrás, y los ciclistas, todos vestidos de gris y marrón, frenaron entre ellos. Todos aguardaron unos segundos, y luego se abrieron las puertas del camión y salieron un hombre y una mujer.

Los conductores de los coches también abrieron las puertas y salieron. Todos vestían de negro, con sombreros redondos ceñidos a la cabeza como gorras de natación.

El hombre y la mujer del camión vestían un traje blanco muy formal. Parecían anfitriones en una ceremonia de gala de la Thistledown del siglo I. Con un bastón en la mano, el hombre caminó con la mujer hacia la planchada, donde se detuvieron. Ahora esperaban que nuestro grupo desembarcara, aunque hasta el momento nadie había dicho ni una palabra. Sólo se oían las voces de los tripulantes, arreglando las velas y el cordaje, y aun ellos murmuraban las frases.

Ferrier y Keo cruzaron la pasarela primero y se inclinaron ante el hombre y la mujer de blanco, que devolvieron el saludo con el ceño fruncido. A continuación bajó Alinea Fassid, tocando las sogas con nerviosismo, como si alguien pudiera volcar la plataforma y hacerla caer al agua.

Después bajó Lenk, a solas, haciendo gala de prestancia y energía. Cinco hombres y cuatro mujeres lo siguieron, todos vestidos de verde y marrón, los colores de la guardia personal de Lenk. Por último, tres hombres a quienes no conocíamos —con edad suficiente como para haber servido a Lenk desde la inmigración— se sumaron al grupo del muelle, intercambiando saludos.

Nosotros no bajaríamos, por lo visto. Salap, con una sonrisa filosófica, se dispuso a ir bajo cubierta. Randall vio que los tripulantes levantaban la pasarela y cerraban la puerta.

—Maldición —gruñó.

Shirla suspiró de alivio y decepción.

—No me gusta estar en el centro de las cosas —dijo.

—Me siento tan innecesario como los pezones de un hombre —dijo Randall.

Pocos minutos después, una caravana de cuatro autobuses eléctricos grises atravesó la puerta y aparcó junto al Khoragos y el Vaca. Doce adustos hombres vestidos de gris y negro bajaron de los autobuses y hablaron con sus colegas.

Subieron guardias a las naves e informaron a los oficiales de que todo el mundo tendría que subir a los autobuses, salvo cuatro tripulantes. Al parecer, iban a confiscar los barcos.

Randall miró estas actividades frunciendo el ceño.

—Esto no es diplomacia —masculló—. Es un acto de guerra.

Íbamos apiñados, tres en cada asiento. Había dos asientos a cada lado dispuestos en siete filas de toscos bancos de xyla. Conducían los autobuses hombres mayores de uniforme, blanco y gris. Viendo la variedad de uniformes y su importancia, me estremecí al reconocer una sociedad estrictamente reglamentada. Cada trabajo tenía su rango, su lugar y su indumentaria; los antiguos y presuntuosos esquemas restablecidos en Lamarckia.

Los autobuses se internaron en los túneles que atravesaban la espesura y nos rodeó la oscuridad. Shirla se acurrucó contra mí. Shatro iba junto a ella. A la luz de los faros que se reflejaban atrás, vi la expresión huraña de Shatro, que sudaba a pesar del frío. Había estado muy taciturno en las últimas horas, y no miraba a nadie mucho tiempo.

Randall iba en el banco de delante, y Salap dos bancos más atrás. No hablábamos. Todos nos sentíamos como si nos llevaran a una ejecución, tal vez la nuestra.

Los túneles formaban una especie de red vial en la espesura y los conductores parecían conocer bien las rutas. Al cabo de veinte minutos vimos acercarse la luz del día y los autobuses salieron a un claro natural. Detrás la espesura se elevaba en una suave curva, como el borde de un cuenco, y parecíamos estar en un ancho cráter pintado de follaje rojo y marrón.

Más adelante, en una planicie cubierta con una moqueta de fítidos anaranjados y pardos, el interior del ecos de Hsia era seductoramente terrícola. Era como atravesar una pradera tropical, aunque en vez de árboles había marañas de lianas, de un metro de grosor y altas como torres, coronadas por ramas cuyas puntas se alzaban al cielo tierra adentro. Al cabo de otros diez minutos de viaje vimos grandes montículos purpúreos semejantes a proliferaciones de moho, pero que medían dos kilómetros de anchura y uno de altura. En la cima de los montículos sobresalía una aguja negra y monumental, una espina capaz de pinchar el pulgar de un dios.

Los guardias del autobús miraban todo aquello con indiferencia. Hacía décadas que estaban familiarizados con ese paisaje. Salap parecía igualmente desinteresado, pero Shirla se inclinó para mirar por la ventanilla.

—Nos llevan a un gran hotel —dijo el hombre que teníamos detrás. Era un

camarero del Khoragos vestido de uniforme blanco—. Nos alimentarán como a reyes.

—Tom es un bromista —gruñó una mujer.

El autobús viró bruscamente hacia una carretera polvorienta. Más allá se erguía otra muralla de matas, pero esta vez verdes (el primer verdor que yo veía en una silva lamarckiana), coronadas con lanzas rojas. Por encima de esas matas volaban ptéridos semejantes a murciélagos de medio metro de envergadura. Cuando nos aproximamos, los ptéridos descendieron y aferraron las lanzas rojas, como moscas posándose en puntas de espadas ensangrentadas.

Los autobuses se internaron en otro túnel oscuro, y las luces flotaron sobre nosotros.

—El complejo interior —anunció el conductor por encima del hombro—. Bajaremos aquí y caminaremos hasta la Ciudadela.

—Ciudadela —repitió Shirla, enarcando las cejas.

Los autobuses se detuvieron en fila junto a un camino pavimentado con anchos adoquines planos y negros unidos con argamasa blanca. Nos apeamos y formamos grupos en el borde del camino, bajo un sol brillante y caliente y un sol teñido de naranja. Cubriéndome los ojos, vi que el cielo estaba plagado de criaturas voladoras anaranjadas, amarillas y marrones, de un centímetro, que formaban densas nubes a veinte metros por encima de nuestra cabeza.

Al final del camino se elevaba una maciza pared de piedra. Era tan alta que su parte superior se perdía entre esas nubes amarillas y anaranjadas. La pared atravesaba una brecha entre dos extensiones de espesura verde.

Los guardias nos apartaron de los autobuses con un mínimo de cordialidad, nos alinearon en dos filas y nos hicieron avanzar hacia la pared de piedra. Shirla se quedó junto a mí. Shatro, Randall y Salap iban delante.

—Perdón, ¿es aquí donde se aloja Lenk? —le preguntó un marinero del Vaca a un guardia de cara musculosa.

El guardia asintió con la cabeza, torció los labios en algo que podía ser una sonrisa pero que se parecía más a una mueca y señaló la pared.

Estudí el rostro de los guardias procurando no llamar su atención. Predominaban las expresiones adustas y los músculos. Cabello cortado a cepillo con un único mechón hasta el hombro en el costado izquierdo. Llevaban el uniforme pulcro y, a juzgar por sus maneras, eran militares. Algunos hablaban o sonreían brevemente mientras caminábamos, pero su carácter y su conducta no eran tranquilizadores. Me sentí como si estuviera otra vez en la arrasada aldea de Claro de Luna, y se me erizó el vello de la nuca como sólo me había sucedido durante la tormenta.

Cuanto más me quedaba en Lamarckia, más seguro estaba de que moriría allí, de una manera antigua y degradante. Echaba de menos Thistledown y no entendía por qué había aceptado semejante misión.

—Ojalá la tormenta nos hubiera devorado —murmuró Shirla.

Le rocé el hombro, un gesto que llamó la atención del guardia. Me miró por el rabillo del ojo, frunció los labios, sacudió la cabeza.

Las filas se detuvieron a la entrada de la muralla —una puerta de dos hojas por la que a duras penas pasaban dos personas a la vez—, y los guardias nos dieron un repaso de última hora. Nos palparon y cachearon como si fuéramos animales, deliberaron, y el oficial superior —un sujeto alto de hombros encorvados con las mangas del uniforme arremangadas— dio una orden.

Las puertas se abrieron y entramos.

Piedra oscura, sombra fresca a lo largo de varios metros, luego una luz intensa, verde y lechosa, que parecía colgar como un dosel de niebla. El aire tenía un sabor agridulce.

—No os alarméis —gritó el oficial mientras nos internábamos en el verdor—. Será como darse una ducha. Todos lo hemos hecho. Vuestro Hábil Lenk lo hizo y dijo que era un placer.

Vástagos diminutos llenaban el aire formando una niebla arremolinada. Se posaron sobre nosotros y se nos metieron en la ropa hasta que todos estuvimos cubiertos de verde. Shirla tembló y trató de sacudírselos, pero se aferraban con tenacidad, como aceite viviente.

—No os alarméis —repetían los guardias, y el sujeto de cara musculosa le tocó la espalda con una vara. Contuve el deseo de aferrar la vara y golpearlo—. Son sirvientes, no plagas. Os limpian para vuestra visita a ser Brion.

Al cabo de unos minutos de incomodidad —más por la idea que por la sensación real— las criaturas se elevaron en el aire y revolotearon sobre nuestras cabezas, llenando los recovecos altos de una gran celda de paredes blancas cuya parte superior estaba abierta al cielo. Eché un vistazo a Randall y a Salap. Salap alzó los brazos, y el último de aquellos vástagos diminutos se despegó de él subiendo como vapor. Parecía aturdido, el rostro flojo; estaba más sorprendido que en el momento de ver los esqueletos humanoides.

Jamás en la historia de los inmigrantes de Lamarckia los vástagos habían servido a los humanos ni interactuado intensamente con ellos.

Randall estaba completamente envarado, tenía los ojos entornados y sacudía los hombros para cerciorarse de que estaba libre de esas criaturas. Cruzando la puerta del otro extremo del cubículo blanco, los guardias nos hicieron pasar a un patio ancho rodeado por edificios de ladrillo gris. En el patio no había nadie más que nosotros, y pronto fue evidente que no estábamos en el centro de Naderville, sino en un complejo especial, tal vez una especie de prisión. Shirla me aferró el brazo a pesar de la vara del guardia. Cuando el guardia la empujó con fuerza, no pude contenerme más. Di media vuelta, cogí la vara, se la arrebaté y la partí en dos.

El sujeto de cara musculosa me miró con atónita sorpresa. Los demás guardias comenzaron a dividirnos en grupos de cuatro o cinco. Yo me enfrenté al hombre vanos segundos, hasta que él señaló la vara rota y dijo:

—Recógela.

Shirla se agachó para hacerlo, pero la obligué a levantarse. Ella nos miró con los ojos entornados, me aferró el brazo.

—Recógela —repitió el guardia, enrojeciendo.

Avanzó un paso. Ninguno de ellos tenía armas de fuego. Todos mis sentidos se agudizaron y estudié la situación desapasionadamente, comprobando cuántos guardias había cerca, juzgando cómo reaccionarían los demás cautivos si se producía un incidente.

Randall intervino.

—¡En nombre del Hombre Bueno! ¿A qué viene todo esto? —exclamó, plantándose entre ambos con los puños apretados, como disponiéndose a pelear con el guardia—. ¿Por qué esta brutalidad?

El oficial alto de hombros encorvados había visto el breve enfrentamiento y se acercó a Randall.

—Perdón, por favor —dijo con suavidad—. No ha sido con mala intención. No ha sido con mala intención.

Calmándonos y separándonos, puso fin al incidente; nos dividieron pacíficamente y nos condujeron por diferentes puertas. Shirla y yo fuimos separados, pero nada podíamos hacer, salvo provocar otro incidente, y temí que no terminara de modo favorable para nosotros. Shirla me miró con los ojos desorbitados y se marchó con las otras mujeres por una angosta puerta de xyla. No supe si se sentía traicionada o si simplemente se había resignado a lo que ocurriría.

Ella odiaba el encierro, y a mí no me resultaba agradable.

Las habitaciones de aquel edificio de ladrillo gris eran uniformes; había cuatro en la planta baja y supuse que cuatro en la planta alta, a la cual se accedía por una escalera que subía desde el centro hacia el fondo. Cada habitación tenía una ventana pequeña y cuadrada, dos camastros dobles, una mesa y sillas. Olían a limpio, pero las instalaciones sanitarias eran primitivas: un agujero en el suelo, en un rincón, y un solo grifo de agua que también servía para limpiar el agujero.

—Sólo estaréis aquí unas horas —dijo el guardia de cara musculosa.

Cerró la puerta, y dentro quedamos Salap, un camarero llamado Rissin, un joven marinero llamado Cortland y yo.

Nos acomodamos como pudimos, nos presentamos, tratamos de matar el tiempo. Al tenderme en el camastro para echar una siesta vi unos trazos en los ladrillos de la pared. Era un dibujo tosco: una cabeza de ojos redondos y boca arqueada de la cual partían los brazos, las piernas y unos mechones de cabello; debajo, unas letras garrapateadas. Buscamos otros dibujos y los hallamos, por toda la habitación, tanto en las paredes como en el suelo.

—Niños —dijo Cortland.

Salap bajó los hombros y se sentó en el catre con abatimiento.

—Ser Olmy —dijo—, me siento avergonzado.

Sacudí la cabeza, pero nadie supo qué responder.

Pasaron las horas, y fuera oscureció. Nadie vino a buscarnos y nadie nos trajo

información.

Una sola bombilla se encendió en la habitación, arrojando un fulgor rosado y lúgubre, un color deprimente y mórbido dadas las circunstancias.

—¿Nos matarán? —preguntó Rissin.

—No —dijo Salap.

Rissin comenzó a moverse en su catre, que estaba encima del mío.

—No creí que sucediera esto —dijo—. No mientras estuviésemos con Lenk.

Traté de analizar la situación. O bien los brionistas eran los salvajes peores que había producido la historia humana, o simplemente estábamos detenidos hasta que Brion y Lenk hubieran concluido sus negociaciones. Traté de imaginar en qué se basaría Lenk para negociar.

Se abrió la puerta y el guardia de rostro musculoso vigiló mientras un hombre y una mujer en delantal azul traían cuatro bandejas tapadas. Ahora el guardia iba armado con una pistola pequeña. Tomamos las bandejas y cerraron la puerta. Las bandejas contenían una verdura verde cocida y una ración de pastosa melaza de trigo.

La luz se apagó. El camarero y el marinero no lo notaron, pues estaban dormidos. Salap gruñó y se movió en la oscuridad.

—Olmy, ¿estás despierto?

—Sí.

—Lenk dijo que Brion tenía un gran secreto. ¿Crees que se refería a usar los vástagos como sirvientes?

—Quizá.

—¿Sabes lo que eso implica?

—Creo que sí.

—Podría reducir la importancia de nuestros pequeños esqueletos. Cambia el modo en que debemos concebir los ecoi...

Guardó silencio, de pie en medio de la habitación, mirando el pálido fulgor de la ventana.

—Estoy confundido —dijo—. Todo lo que sabía está patas arriba. Todos mis estudios... Todo lo que encontraron los exploradores, o creían haber encontrado... Brion ha ido más lejos que todos nosotros. —Salap se acercó a mi catre y susurró—: ¿Qué piensas hacer?

—Pienso quedarme aquí, igual que tú, hasta que vengan a buscarnos.

—A menos que seas del Hexamon.

—¿Qué crees, que enviarían a una especie de superhombre? ¿Quieres que derribe las paredes para que escapemos?

Salap rió secamente.

—Si fueras del Hexamon, ¿te presentarías ante Brion o el general Beys ? Eso causaría gran impresión.

—Estás diciendo tonterías. El disciplinario estaba loco. Randall es muy crédulo. No soy un superhombre.

Salap se incorporó. Oí que se frotaba las manos en la oscuridad.

—No tengo esposa ni hijos, ninguna alianza con una familia —dijo—. Nunca me ha interesado la vida familiar. Pero siempre he cuidado de mis investigadores, de mis ayudantes, de mis estudiantes. He fracasado.

—Nadie puede hacer nada.

—No entiendes a qué me refiero. Siempre he visto la hebra de un destino brillante extendiéndose ante mí. Y siempre he pensado que quienes me rodeaban estarían a

salvo mientras existiera esa hebra...

—Aún no estamos muertos —dije, pues esa conversación me parecía tan inútil como la anterior.

—Nunca supe qué pensar del Buen Lenk. Cuando lo seguimos aquí, parecía omnisciente, muy meticuloso. Pero él no ha sabido manejar las facciones. Tanto resentimiento, tan poca resolución... Creo que no está dispuesto a cortar cabezas.

—¿Crees que tendría que haber cortado algunas cabezas?

—Creo que debería haber estado dispuesto a hacer lo necesario. Dispuesto para lo que sucedió. Tal vez el sueño haya terminado para Lenk.

Cortland se movió y asomó la cabeza por el borde del catre.

—Ten un poco de valor —susurró—. No especules sobre cosas que no puedes saber. Tal vez Brion se lleve una sorpresa.

—¿Qué clase de sorpresa? —pregunté, con repentina curiosidad.

La situación había sido excesivamente simple, cuando la historia exigía que fuera compleja y dinámica.

—Yo soy sólo un marinero. No sé mucho sobre nada. Pero Lenk nunca obra por debilidad.

Salap resopló incrédulo.

—¡Que me sorprenda, y estaré aún más en deuda con él!

—Todos estamos en deuda con él —dijo Cortland, con la confianza de un chiquillo—. Él nos trajo de Thistledown. El general Beys no lo sabe todo.

—Tú naciste aquí —dijo Salap—. Nunca has visto Thistledown.

—¿Qué edad tenías tú cuando llegaste?

—Veinte.

—¿Y tú? —me preguntó a mí el marinero.

—Yo nací aquí —dije—. Nunca he visto Thistledown. Sólo he leído acerca de ese lugar.

Salap no dijo nada.

—Nunca me ha gustado escuchar historias sobre Thistledown —dijo Cortland—. Te hacen pensar demasiado.

—¿Y las de Lamarckia no? —pregunté, riendo entre dientes.

—Lamarckia es como Lenk. Benévola, pero llena de sorpresas.

—El verdor —dijo Salap.

—Sí —dijo Cortland—. ¿Por qué ese verdor?

Salap no respondió.

Rissin el camarero seguía roncando.

Dormí unas horas y desperté poco antes del amanecer. Por la ventana vi una superficie de piedra natural rojiza con formas verdes y oscuras que parecían helechos. Unos estampidos en el patio despertaron a Salap, Rissin y Cortland. Usaron las

modestas instalaciones y todos aguardamos cerca de la puerta, esperando el desayuno, la libertad o lo que pudiera presentarse.

El guardia de cara musculosa abrió la puerta y nos hizo salir con una seña. Nos desperezamos, pestañeando en el resplandor, mientras otros salían por las demás puertas. Salap se ciñó la camisa y los pantalones, notó que yo lo observaba y se rió de su presunción.

Habían puesto mesas en el centro del patio. Shirla estaba junto a una, y miré a los guardias, que parecían atentos a otras cuestiones, como charlar con otros sirvientes de delantal azul o contar a la gente que salía por las puertas. Caminé hacia ella y la abracé.

—No ha sido una noche agradable —dijo Shirla, aferrándose a mí. Me soltó con un estremecimiento y miró a su alrededor, apretando los labios—. Pero no estamos muertos. Esto parece ser el desayuno...

Los sirvientes trajeron bandejas en carritos y comida en grandes cuencos de cerámica. Randall, con el pelo desgredado, se sentó a la mesa frente a Shirla y a mí. Nos sirvieron más verduras y melaza. Los guardias se alejaron como si no tuviéramos importancia, o como si simplemente no estuviéramos. Todos iban armados.

Randall se comió su ración en silencio, con la mirada perdida.

Shirla habló sobre las instalaciones, que no eran diferentes de las nuestras.

—Ve a Salap —dijo—, ¿pero dónde está Shatro?

—No está aquí —dijo Randall.

—¿Por qué?

—Dijo que tenía algo que decirle a Brion. El guardia lo dejó salir anoche. — Randall me miró—. Les hablará de ti.

—¿Qué pasa contigo? —me preguntó Shirla.

Fruncí el ceño y sacudí la cabeza.

—Una historia estúpida —respondí.

Randall volvió a mirar el vacío.

El oficial de hombros encorvados caminó hacia el lado norte del complejo, seguido por otro guardia que llevaba una caja. El guardia puso la caja en el suelo y el oficial se subió a ella, pasándose un bastón curvo de una mano a la otra. La espesura que rodeaba el complejo irradiaba un resplandor verde oro bajo el sol de la mañana.

Un zumbido distante que alternaba con chasquidos suaves y breves rodeaba el complejo; los primeros sonidos que oía que parecían provenir del ecos.

—Hola —saludó el oficial a la gente reunida alrededor de las mesas. Movié las piernas, incómodo, aferrando el bastón con ambas manos—. Comprendo que esta parte de vuestra visita ha sido un poco tediosa, pero espero que lo comprendáis. Os puedo anunciar que las conversaciones entre ser Lenk y ser Brion han ido bien.

Hizo una pausa y nos miramos, no demasiado esperanzados.

—No hay peligro. Nuestros modales pueden parecer rudos, pero no tenemos intención de causaros daño alguno. Hemos reaccionado a circunstancias muy difíciles con creciente resolución y orden. No debéis creer esos rumores, esas cosas de las que nos han acusado. —La torpe frase pareció irritarlo. Unió las cejas, se calzó el bastón bajo el brazo y entrelazó las manos—. Ahora que habéis terminado de comer, limpiaremos las mesas y vosotros... —Deliberó con el guardia, que le susurró algo al oído—. Formaréis un solo grupo en esta esquina del complejo.

Empuñó nuevamente la vara y la usó para señalar la esquina noroeste.

—¿Qué demonios es eso? —preguntó Shirla—. ¿Un látigo?

—Parece un bumerán delgado —dijo una marinera madura.

—Por favor, pues, comencemos —concluyó el oficial. Y de pronto añadió, como si lo hubiera olvidado—: Mi nombre es Pitt, Suleiman Ab Pitt. Vuestros asistentes responderán a las preguntas que tengáis.

La preocupación de Shirla se había convertido en sereno desdén.

—Qué payasos —murmuró—. Se creen que somos idiotas.

Los guardias, con una sonrisa fatua, nos ordenaron ponernos de pie y los seguimos hasta una ancha puerta doble que había al otro lado del patio, todavía en sombras. Brion debía tener alguna razón para someter a los recién llegados a aquel recorrido de puerta en puerta, pensé, aunque no se me ocurría ninguna. Mi viejo cinismo regresaba con fuerza redoblada. Nada tenía sentido. Traté de mantener la mente en blanco. Lo único positivo en aquel barullo personal de emociones negativas era la proximidad de Shirla. Parecía que a través de ella yo podía atenerme al sencillo hecho de ser humano. Por muchos malos ejemplos que acudieran a mi mente, ella los contrarrestaba.

Pero Shirla tampoco estaba de un humor muy optimista. Seguimos a Pitt, el oficial de hombros encorvados y, rodeados de guardias, cruzamos la ancha puerta de cuatro en fondo hasta llegar a un espacio verde y llano en el otro lado. Por un instante mis ojos se negaron a creerlo, pero al fin vi de qué se trataba: era un parque bien cuidado, de veinte hectáreas. Nos rodeaban árboles —variedades terrícolas: robles, arces, olmos—, que proyectaban su sombra en la niebla deshilachada. En los lindes del jardín, matas intensamente verdes se elevaban en una tortuosa pared hasta una altura de veinte metros, arrojando su propia sombra sobre la hierba. Los guardias nos hicieron entrar en el jardín. Salap se agachó para tocar la hierba, y sus ojos se cruzaron con los míos. Ahora siempre buscaba mi rostro cuando se topaba con lo inesperado, como si yo pudiera explicarle las cosas.

—No es hierba —dijo sin embargo.

Shirla temblaba espasmódicamente, como tocada por un fantasma.

—Nunca he visto hierba —dijo.

—No trajimos este tipo de hierba con nosotros —comentó Randall.

Los tripulantes permanecían como ovejas en aquel parque inesperado, sin saber qué se esperaba de ellos.

—Brion os muestra las maravillas del mundo que tiene previsto —declaró Pitt. No estaba bien en el papel de maestro de ceremonias. Seguía con los ojos duros como pedernal y los hombros encorvados, por ancha que fuera su sonrisa y generosa su voz—. Hemos formado una alianza con el ecos, y trabaja con nosotros, para nosotros.

Salap sacudió la cabeza, incrédulo. Uno a uno, incómodos pero con creciente coraje, los tripulantes se agacharon para palpar la hierba, o caminaron hacia los árboles y tocaron lo que parecía corteza, ramas y hojas.

Ni una hoja fuera de lugar, el césped perfecto como una alfombra.

Me arrodillé para tocar las hojas. Eran frescas y tiesas, mucho más rígidas que la hierba que yo había pisado en los parques de Thistledown.

Se produjo una conmoción en el lado sur del jardín. Keo y Ferrier discutían con varios guardias. Pitt se les acercó como un cuervo gris, bastón en mano. Hubo más discusiones. Salap y Randall se acercaron a Shirla y a mí.

—Alguien está alterado —dijo Salap.

Una mujer alta de tez morena y cabello largo, que usaba una túnica blanca y gris, entró en el jardín y se llevó a Pitt aparte. Pitt escuchó atentamente.

Keo y Ferrier miraron con cierta satisfacción. Los tripulantes estaban paralizados, desperdigados sobre el falso césped, mirando a la mujer y a Pitt como si sus vidas dependieran del resultado.

Por último, Pitt se aproximó a un grupo de cuatro guardias, les dio rápidas instrucciones y gritó:

—Ha habido un malentendido. Las siguientes personas darán un paso al frente.

Keo le entregó una lista y él leyó:

—Nussbaum, Grolier, Salap, Randall, Olmy, Shatro.

Shirla me soltó el brazo y se apartó. La miré intrigado, pero ella señaló a Ferrier, Keo y Pitt.

—Ve —dijo.

Yo no quería dejarla. Salap caminó unos pasos y se detuvo, mirando hacia atrás. Randall se reunió con él, y Shirla me dio un codazo.

—Tal vez sea algo importante. Regresa para contármelo.

Keo y Ferrier saludaron a Nussbaum y Grolier y se volvieron hacia nosotros.

—Lenk no sabía que os sacarían del barco —dijo Keo, caminando hacia la puerta—. Está muy enfadado. —Todos lo seguimos. La alta mujer de blanco y gris se quedó hablando con Pitt—. Está llamando a sus investigadores. ¿Dónde está Shatro?

—Se fue anoche del complejo —dijo Randall—. No sabemos adonde lo llevaron.

—Bien, lo encontraremos. Hemos visto cosas bastante aterradoras. Os aseguro que cambian nuestra perspectiva.

Atravesamos las puertas y cruzamos el complejo.
—Hierba —dijo Ferrier, sacudiendo la cabeza con asombro.

—Brion ha confesado que él envió a los piratas —dijo Keo. Caminábamos entre tres guardias y detrás de la mujer de cabello rojizo, cuya ubicua presencia aún nadie había explicado. Ni siquiera sabíamos su nombre—. Todos los demás lo niegan. Creo que puede estar un poco loco.

—No está loco —replicó la mujer.

Caminaba erguida, con pasos delicados, deslizándose sobre el suelo. La túnica le golpeaba los tobillos produciendo un ruido líquido. Tenía la tez de un tono moreno claro y unas pupilas muy oscuras en contraste con la blancura de la esclerótica. No parecía impresionada por nosotros.

Keo se aclaró la garganta y enarcó las cejas. Llegamos a una pared de piedras redondas del tamaño de cabezas humanas, lisas como perlas, unidas con una argamasa traslúcida y reluciente. La pared tenía quince metros de altura y estaba coronada por los mismos helechos que yo había visto por la ventana de nuestra habitación del complejo. Habían abierto un boquete en la base de la pared, y una puerta de xyla lo bloqueaba. Parecía fuera de lugar. Salap tocó las piedras al pasar.

Nuestros ojos se acostumbraron lentamente a la penumbra. La mujer de cabello rojizo cogió un farol de la pared y lo encendió. Las piedras devolvieron un reflejo apagado, rodeándonos con miles de ojos opacos y somnolientos. Las piedras se elevaban formando un arco que se unía en un punto a diez metros de altura. Más allá del arco, unas columnas se internaban en una oscuridad sólo rota por algunos faroles. El suelo era elástico bajo los pies.

Me costaba creer que la gente de Brion fuera responsable de aquella construcción. Parecía inapropiada para el uso humano. Si algo me recordaba su arquitectura eran los palacios de la isla de Martha.

Sin embargo, aunque estas cámaras estaban vacías, no estaban en ruinas. Hsia parecía construida para durar siglos.

La mujer nos guió entre las columnas hacia un punto de luz naranja rodeado por una aureola granulosa, a veinte o treinta metros de distancia. La luz y la aureola resultaron ser un gran farol montado sobre la pared de piedra perlada, junto a otra entrada. La pared emitía un fulgor tenue, y la luz del sol atravesaba la argamasa traslúcida que rodeaba las piedras.

Un guardia se adelantó para abrir la puerta. Deslumbrados por la luz diurna, avanzamos por una tupida maraña vegetal de lianas verdes, ramas lisas, hojas extensas, trepadoras en espiral y raíces aéreas, helechos, frutos colgantes cerosos; una orgía de verdor.

El brillante sol de la mañana arrojaba motas de luz multicolor sobre una alfombra de hojas y ramas secas. Randall murmuró algo que no oí con claridad. Salap esbozó

una sonrisa maliciosa, como si ya nada le sorprendiera.

—Esto es el vivero —dijo la mujer—. Mi hermana pasó mucho tiempo aquí, antes de morir.

—Es maravilloso —dijo Salap.

La mujer siguió su camino.

Al cabo de un rato llegamos a un amplio claro cubierto de aquella misma hierba pulcra y bien recortada que habíamos visto antes. Un dosel de ramas verdes y brillantes, como la trama de un cesto de mimbre, cubría con su sombra tres edificios cuadrados de ladrillo gris que había en el borde del claro.

—Algunos de los vuestros se alojan aquí —dijo la mujer de cabello rojizo. Se detuvo ante la puerta del edificio más próximo, negándose todavía a mirarnos directamente.

Los guardias se apartaron y cruzamos la puerta. Entramos en una pequeña habitación cuadrada de ventanas estrechas; estaba iluminada por dos faroles eléctricos y amueblada con divanes y dos sillas.

Allrica Fassid entró por una puerta que estaba frente a la entrada, la tez pálida, con profundas arrugas en torno a la nariz, los labios y en la frente. Susurró unas palabras a Keo, luego nos miró a Salap, Randall y a mí. Irguió los hombros, ladeó la cabeza como una chiquilla antes de realizar una tarea desagradable.

—Uno de vuestros investigadores intentó visitar a Brion. Parece que Brion lo recibió. No sabemos de qué hablaron. —Tensó el rostro, clavó en nosotros los ojos, pero pronto recobró su expresión de agotamiento—. ¿Ser Keo os ha dicho lo que hemos aprendido?

—Sólo que Brion ha hecho algunas confesiones —dijo Randall.

—En cierto modo. Yo lo llamaría jactancia. Tiene una sonrisa que me inspira deseos de matarle. —Sorbió, echó atrás la cabeza, forzó la voz—. Ha hecho afirmaciones increíbles. Necesitamos toda la pericia que podamos reunir para evaluarlas.

—Han hecho cosas extraordinarias con el ecos —dijo Salap—. Eso es obvio.

Fassid miró a Salap y aspiró una trémula bocanada de aire. Se tragaba el orgullo, la furia y la frustración, y aquel esfuerzo hacía que pareciera una marioneta en manos de un titiritero nervioso.

—Mis disculpas. Ojalá también pudiese disculparme con el capitán Keyser-Bach.

Salap dejó de sonreír. La miró con esa absoluta falta de emoción que yo había aprendido a interpretar como irritación.

—¿Por qué? —preguntó.

—Brion nos ha cogido por sorpresa. Si hubiéramos sabido más... sobre Lamarckia, sobre Hsia, habríamos previsto algunas cosas de las que hemos presenciado en las últimas horas.

Salap entrelazó las manos, sin regodearse en su triunfo.
—¿Cómo podemos ayudar al estimado Lenk? —preguntó serenamente.

20

Lenk estaba junto a una ancha ventana que daba sobre el vivero. El mobiliario y el decorado de esas amplias pero austeras habitaciones asignadas a Lenk y sus ayudantes encajaban en el ambiente de monotonía general. Brion no parecía regodearse en el lujo.

Lenk aparentaba los ochenta y cuatro años que tenía y más. Con los hombros encorvados y la cabeza inclinada, la barbilla clavada en el cuello, parecía dolorosamente viejo.

—Brion sigue hablando de su triunfo —dijo Fassid, apoyando un dedo en la ventana—. También lo llama su error. Dice que transformó Hsia en una ofrenda. De alguna manera ha colaborado con el ecos, se ha aliado con él.

—¿Es seguro? —preguntó Salap.

Estábamos sentados frente a la ventana, bañados por la fresca luz verde del exuberante vivero.

—Es lo que él dice —murmuró Lenk.

—¿Qué dice tu investigador? —preguntó Salap.

—Ser Rustin no quiere aventurar una opinión.

—Brion y su esposa han persuadido al ecos para que les proporcione alimento —continuó Fassid—. Libraron Naderville de la peor hambruna que había sufrido, pero según nuestros datos Brion tuvo que afrontar un conato de rebelión. Algunos de los suyos pensaban que se había cometido un sacrilegio.

—No fue lo que dijo Brion —comentó secamente Keo.

—Brion no ha gobernado sin oposición. Pero nuestra información sobre Hsia siempre ha sido fragmentaria —dijo Fassid—. Supimos aún menos cuando Brion delegó casi toda su autoridad en Beys.

Salap sacudió la cabeza, tratando de dejar de lado detalles que él consideraba irrelevantes.

—Ya bastante nos costaba soportar nuestro propio dolor —dijo Lenk con voz trémula.

—¿Sabes dónde está Shatro? —preguntó Randall.

—No —dijo Keo—. Nuestro principal negociador dice que ha ofrecido sus servicios a Brion.

—Ha afrontado muchos problemas —intercedió Salap, como una madre protegiendo a un hijo descarriado. Esta repentina moderación nos sorprendió a Randall y a mí. Salap nos miró con los ojos entornados, recobrando su sonrisa picara.—. Ahora no nos serviría de mucho. Es estrictamente un técnico, y no tiene muchas luces. —Salap hundió las manos en el regazo.

Se abrió la puerta de la habitación y entró un hombre alto y desmañado de mi

edad, con el cabello castaño claro y el rostro ancho de carnero; iba seguido por una mujer baja y joven de ojos inteligentes. Fassid presentó al hombre, el principal investigador de Lenk, Georg Ny Rustin. Salap y él parecían conocerse, y Rustin no estaba cómodo en presencia de Salap.

—No hemos aprendido nada nuevo —les dijo Rustin a Lenk, Keo y Fassid—. Nada sorprendente, al menos.

Salap se volvió hacia el investigador de Lenk. Rustin viajaba en el Vaca y hasta ese momento no se habían encontrado.

—Ser Rustin, al parecer trabajaremos juntos.

—No creo haber llegado todavía a mis límites —dijo rápidamente Rustin, mirando a Fassid y Lenk. Comprendiendo que se había puesto en evidencia, añadió —: Por supuesto, acepto tus opiniones.

—¿Tú opinas que este ecos ha comprendido nuestro lenguaje genético?

—En absoluto. Todo lo que nos han mostrado hasta ahora podría ser una imitación, una adaptación. Lo hemos visto antes. La imitación de la forma física externa de los vástagos, pero no de su estructura interna.

Salap ladeó la cabeza.

—Estas formas que parecen plantas terrícolas... ¿son puras imitaciones?

—Sólo he podido realizar análisis preliminares, y esa mujer, Chung, no ha cesado de molestarnos... pero sí, yo diría que son puras imitaciones, con pocas semejanzas en la estructura profunda.

—¿ Los investigadores de Brion han descubierto si estas formas, estas colaboraciones, por así llamarlas... usan nuestros métodos genéticos, una sintaxis genética terrícola?

Rustin sacudió la cabeza.

—No es así. Son megacíticas; poseen tejidos esponjosos y llenos de fluidos en vez de una auténtica estructura celular. Lo hemos confirmado de manera fehaciente con muestras que sometimos a pruebas de laboratorio.

La mujer morena alzó una caja negra que presuntamente contenía los equipos de laboratorio. Parecía ansiosa de hablar, pero el protocolo la obligaba a contenerse.

—¿Has reflexionado sobre lo que Brion se propone hacer con estas nuevas formas?

Rustin negó con un gesto.

—Al margen de lo que me han dicho... no.

—Bien, nunca te ha gustado ir más allá de las pruebas tangibles y sacar conclusiones rebuscadas.

Rustin no sabía si tomárselo como un cumplido.

—¿Estos nuevos vástagos verdes son similares a las variedades alimenticias que según Brion los han salvado?

—No lo sé —dijo Rustin.

—¿Has encontrado clorofila en estas imitaciones?

—Hemos examinado toda la gama de pigmentos. Además de las habituales variedades de pigmento lamarckianas, contienen clorofila alfa y beta. Estos pigmentos no aparecen en otras partes de Lamarckia.

—¿Y eso qué te sugiere?

Rustin pestañeó.

—Es nuevo —dijo—. Es posible que Brion haya logrado... —Alzó la mano en un gesto vago—. Pasarle pistas al ecos. Pero no veo cómo.

Salap miró a la mujer.

—Tú eres Jessica McCall, si no recuerdo mal.

—Tienes una memoria maravillosa —dijo la mujer, obviamente halagada de estar en su presencia.

—¿Qué piensas, ser McCall?

McCall estudió rápidamente los rostros de Fassid y Rustin, y miró de soslayo a Lenk, que nos daba la espalda.

—Estoy muy preocupada, ser Salap —dijo al fin—. Si el ecos se da cuenta de los beneficios que aportan estos pigmentos fotosintéticos más eficaces...

—Yo también estoy preocupado —la interrumpió Salap—. Ser Rustin, has hecho bien tu trabajo.

—La gente de Brion no colabora demasiado —dijo Rustin. Y añadió, en un arrebato de frustración—: Hyssha Chung se ha puesto muy difícil. Afirma que el vivero es un monumento en honor de su hermana. Se niega a dejarnos realizar estudios exhaustivos sobre los notables vástagos que contiene.

Salap canturreó y cabeceó.

—Hábil Lenk, me gustaría reorganizar este equipo de investigadores, para aprovechar todos nuestros talentos del modo más eficaz.

—¿Por qué? —preguntó Rustin, consternado por la inesperada petición.

Lenk miró tristemente a Salap.

—Si es necesario —dijo.

—Lo es.

Rustin se puso a tartamudear, hablando de su renuncia. Salap le apoyó una mano en el hombro.

—No tenemos tiempo para juegos sociales —le dijo.

—Me he ganado este puesto, y siempre he contado con la confianza de Hábil Lenk —exclamó Rustin, con lágrimas en las achatadas y rojas mejillas.

—Todos podemos ser útiles —concluyó Salap al cabo de un instante de doloroso silencio.

Rustin pestañeó, se pasó la mano por la boca.

—Me sentiría honrado si ser Salap me dijera qué sucede aquí —dijo Lenk.

—Evidentemente, Brion revela sólo parte de la verdad —dijo Salap—. Se ha producido alguna forma de colaboración.

—¿Pueden ir más lejos? —preguntó Fassid.

—¿Qué temas que hagan?

—Mencionaste que la isla de Martha estaba creando vástagos de forma humana. Salap sacudió la cabeza.

—Es posible que eso no signifique nada aquí. Lo que ha logrado Brion podría ser mucho más peligroso. Brion puede tener razón... podría obtener un triunfo y al mismo tiempo cometer un error.

—No es un hombre fácil de entender —dijo Fassid.

—Yo le entiendo bastante bien —dijo Lenk.

—¿Qué más ha confesado Brion? —pregunté impulsivamente.

Fassid me miró como si yo fuera un insecto molesto.

—Ser Olmy presenció el exterminio de una aldea hace pocos meses —dijo Randall, justificando que hubiese hablado, que no me hubiera sabido mantener en el lugar que me correspondía.

Todos cabecearon comprensivamente, salvo Lenk y Fassid. Había demasiadas cosas tácitas en aquella habitación, y yo no podía detectarlas todas.

Lenk se volvió hacia la ventana.

—Es una buena pregunta —dijo Keo—. Brion ha cedido la autoridad militar, y casi toda la civil, al general Beys. Beys ha tomado la mayoría de las decisiones importantes durante dos años. Empezó a enviar naves para recoger provisiones, es decir, para saquear aldeas, el año pasado. Este año ha acompañado a los piratas personalmente, con el propósito de obligar a Lenk a ceder su autoridad. Ha realizado incursiones en Elizabeth, y robado niños. Construyó barcasas de vela a lo largo de la costa y envió el equipo robado, la comida y los niños a Naderville. Están vivos, dice Brion, y los cuidan bien.

—Sus padres han muerto —dijo amargamente Fassid—. Desprecio a ese hombre.

—¿Por qué se llevó Beys a los niños? —pregunté.

Lenk me miró como para evaluarme nuevamente. Randall y Salap me miraron con una intensidad que podía significar fascinación, o una advertencia.

—Perdieron más de la mitad de sus hijos por culpa de la hambruna —me respondió Keo—. Fue realmente grave.

—Brion no acudió a mí —dijo Lenk—. Si lo hubiéramos sabido, habríamos compartido lo poco que teníamos.

—Él no quería tu ayuda porque lo habría hecho parecer débil —dijo Fassid—. Tal vez Beys no haya actuado obedeciendo órdenes directas, pero sabía lo que quería Brion. Un futuro, un pueblo que gobernar.

—Los niños estaban en el complejo donde hemos pasado la noche —dijo Randall.

—Sí. Algunos niños están aquí —confirmó Lenk, moviendo la garganta, entornando los ojos—. Eso complica las cosas. Hay rehenes.

Los niños no podían ser considerados rehenes a menos que estuvieran presionando a Lenk para hacer o aceptar algo, o a menos que él planeara ejercer sus propias presiones y temiese una negativa de Brion.

—Creo que esta conversación no conduce a ninguna parte —intervino Rustin—. Estamos aquí para hablar del ecos y de los logros de Brion.

—En efecto —dijo lánguidamente Salap.

El rostro de Lenk se aflojó, perdió vitalidad. Recordé los rasgos de aquel soldado en la proa de la chalana. Preso en las garras de una historia abrumadora. Aquí no se decía toda la verdad.

Yo aspiraba a admirar a Lenk en cierto sentido, por su carácter de líder, por su presencia, como una fuerza de la sociedad divaricata. En cambio me inquietaba. Sentía su poder, respetaba su presencia, pero parecía ser apenas la mitad del hombre que era con nosotros. La otra mitad estaba oculta y quizá no la mostrara nunca.

—No tenemos más reuniones a la vista —dijo Fassid—. Brion ha cancelado la reunión de mañana con Hábil Lenk. Ha sugerido que tratemos ciertos temas con el general Beys.

—No negociaré con ese hombre —dijo Lenk.

—No, hemos acordado que es Brion quien debe hablar con nosotros —suspiró Keo—. Es un hombre enigmático y difícil, y esa mujer, Chung, es otro enigma.

—Os ha escoltado hasta aquí —explicó Fassid—. Caitla Chung, la esposa de Brion, era su hermana. Creo que también es la amante de Brion, aunque es difícil de juzgar... puede que tenga muchas.

El rostro de Lenk sufrió una repentina y brevísima transformación. Entre lo que hasta ahora había sido mera fatiga entreví un espasmo de profunda cólera.

En un santiamén reapareció la fatiga.

21

Desperté en la oscuridad y no supe de inmediato dónde estaba ni dónde había estado. Recordé un corredor largo y brillante que quizá conducía a otra habitación. Eso era un sueño. Al fin habían comenzado los sueños.

No me agradó recordar que aún estaba en la pesadilla de Brion. Tenía el presentimiento de que pronto se abriría otra puerta y me llevarían ante la ministra presidenta para presentar un informe. Sería una historia sombría, pero no tan sombría como el miedo que yo había sentido en el sueño ante la idea de entrar en esa otra habitación. Rodé en el camastro, me pellizqué el lóbulo de la oreja hasta causarme dolor, procurando recobrar la lucidez de pensamiento.

Una lámpara eléctrica se encendió.

Me senté. La habitación me parecía aún más sórdida e impersonal que la noche anterior. A Salap, Randall y a mí nos habían asignado unos aposentos privados cerca del complejo, a cierta distancia del palacio de piedras y del vivero. No tenía ventanas. Era prácticamente una celda, salvo por el mobiliario, que al menos era comfortable.

La luz eléctrica del cielo raso canturreaba. Oí una voz de mujer del otro lado de la puerta.

—Ser Olmy, te esperan.

Era Hyssha Chung.

—¿Quiénes?

—Ser Brion y el general Beys.

Me levanté.

—Voy a vestirme —dije—. ¿Qué hora es?

—De madrugada.

Esta vez, cuando salí por la puerta, Chung me miró con cierto interés.

—Llevas la camisa por fuera detrás —me dijo.

Tratándose de ella, parecía una frase muy afectuosa. Resultaba casi encantadora.

Me metí la camisa por dentro y la seguí hasta un sendero de tierra entre paredes altas de ladrillo. Más allá, comenzaba la densa espesura; entramos en un túnel que la atravesaba. Las paredes del túnel susurraban a nuestro paso, y ramas oscuras y entrelazadas se movían a menos de un centímetro mientras la gran masa de la espesura realizaba pequeños ajustes sobre nuestras cabezas.

—¿Estos túneles vuelven a llenarse alguna vez? —le pregunté a Chung.

—No.

Nos reunimos con Salap y Randall en la confluencia de cuatro túneles. Los acompañaban dos guardias, ambos armados con pistola. Lámparas eléctricas pendían de los techos de los túneles, colgadas de lianas secas y duras, gruesas como la pierna de un hombre. Chung cogió por la izquierda en la bifurcación —me pareció que

conducía al sur, pero no estaba seguro— y la seguimos con los guardias detrás.

A cincuenta metros llegamos a un recodo, y más allá vimos la luz del día. El túnel terminó, y salimos al fondo de un cráter de un kilómetro de diámetro en forma de cuenco. Estábamos en una brecha, allí donde la pared del cráter se había derrumbado; la brecha estaba llena de matas.

El aire del cráter era tibio y quieto. Arriba la espesura susurraba como olas en una playa distante.

En el centro del cráter, una masa de semiesferas lustrosas y negras, erizadas de pinchos y rodeadas de arcos, parecía un montón de enormes arañas muertas. Un sendero conducía por el fondo pedregoso del cráter hasta el montón. Chung cogió por aquel sendero, y de nuevo la seguimos. Me pregunté si le agradaba el papel de guía silenciosa.

El cráter parecía yermo. Me recordaba la isla de Martha, pero aquí y allá había hendiduras de las que brotaban vapores y gases sulfurosos.

—¿Vienes aquí con frecuencia? —preguntó Randall.

—Con demasiada frecuencia —dijo Hyssha Chung.

El sendero bordeaba la base de un arco lustroso, curvado entre dos semiesferas negras tan perfectas como burbujas de cristal, y nos detuvimos ante un edificio bajo de piedra blanca que hasta el momento habría permanecido oculto.

—Nosotros construimos esto —dijo Chung.

Abrió una puerta doble de xyla, ingeniosamente disimulada, y entramos en una habitación fresca y oscura que olía a hierba cortada.

Largas ranuras en el cielo raso permitían que el sol trazara líneas brillantes sobre el suelo de lava.

Vi a dos hombres de pie en las sombras, junto a una mesa en el centro de la habitación blanqueada. Cruzamos la habitación, haciendo crujir la gravilla de lava, deslumbrados por los haces de luz.

La estancia contenía estantes repletos de grandes botellas de líquido, la mayoría de color verde o pardo. El suelo liso de cemento descendía hasta un desagüe central. El suelo estaba cubierto de manchas verdes y pardas, a pesar de que al parecer lo habían fregado recientemente. Manchas húmedas y un hilillo de agua oscurecían el cemento.

El aire olía a vegetación. En el techo se encendieron tres bombillas eléctricas, y vi a los dos hombres claramente.

Un sujeto menudo y nervudo estaba a la derecha de la mesa; el rostro enjuto, la nariz ganchuda, mejillas huecas que le daban una apariencia de niño. A primera vista parecía de mi altura, pero medía algunos centímetros menos. El pelo castaño y desgredado le colgaba por debajo de las orejas. Tenía grandes y líquidos ojos verdes, cutis cetrino. Parecía dispuesto a sonreír como si fuéramos amigos que no se veían

desde hacía tiempo. Llevaba una chaqueta y pantalones plateados; chaqueta con encaje delante, entreabierta para mostrar una camisa blanca y sin cuello. Tenía las manos enfundadas en unos guantes marrones sucios. En una mano llevaba un trozo de cordel que se anudaba sobre un dedo de la otra.

—Ser Brion, general Beys, éstos son ser Salap, ser Randall, y ser Olmy.

Brion me miró con picardía, frotándose el hombro con una mano como si le doliera, luego tamborileó con los dedos sobre los bíceps. Se aproximó y me miró como si estuviera decidiendo si aceptarme o no. Sonrió.

—¿General? —preguntó.

Beys llevaba un traje gris. Un poco más alto que Brion, era más fornido y de hombros más anchos, un pequeño toro de manos gruesas y rojizas. Sus ojos parecían casi joviales, hundidos en un semblante lechoso sobre mejillas rubicundas. Beys se encogió de hombros.

—Rara vez puedo juzgar a los hombres por su apariencia. Sabemos ocultarnos muy bien.

Randall estaba envarado, las manos entrelazadas a la espalda, escudriñando a los demás uno por uno. Por su postura y la tensión de sus dedos era evidente su animadversión por Beys y Brion.

Brion alzó los ojos y me miró con una sonrisa franca y vivaz.

—De acuerdo. Muéstrame algo. Mátame ahora en vez de esperar. Sin duda la gente de Lenk te ha llenado de odio.

Creo que esperaba que yo alzara un dedo y lo redujese a cenizas. Parecía feliz con ese pensamiento, y un poco defraudado cuando no hice nada. Sus ojos perdieron brillo y su sonrisa se atenuó.

—¿No quieres matarme?

—No.

—¿Podrías matarme si quisieras?

—No tengo armas.

Me examinó de nuevo, como si la primera vez no hubiese sido suficiente.

—¿Ni siquiera fuera de aquí?

—Ningún arma —insistí.

Se volvió hacia Salap.

—Tú eres Mansur Salap. Conozco tu nombre, claro. Tu ayudante, Shatro, parece creer que me ha sido útil. En realidad, hace tiempo que estoy al corriente de la presencia de ser Olmy en Lamarckia.

Me miró de nuevo, con una sonrisa más intensa, como si me leyera el pensamiento.

—Habitualmente recibo noticias acerca de farsantes e infortunados. En tu caso, es posible que mis contactos hayan dado con algo real. ¿Cuánto hace que estás aquí?

—Ciento cuarenta y tres días.

—¿Lenk sabe quién eres?

—No lo sé.

Brion retrocedió sin dejar de mirarme.

—Esperaba que el Hexamon enviara un ejército para castigarnos y llevarnos de vuelta a Thistledown.

—Yo nunca esperé eso —comentó Beys.

—Bien, yo esperaba que fuera así —dijo Brion. Nos indicó que nos sentáramos en las sillas de xyla. Formamos un círculo en torno a la mesa del centro de aquella habitación cuadrada—. Ser Shatro pensaba que obtendría alguna ventaja o que podría vengarse entregándote. No te tiene simpatía. Ahora no siente simpatía por nadie. Es un hombre muy frustrado.

—No es mi mejor estudiante —dijo Salap.

—Es curioso. La primera vez que tengo la oportunidad de reunirme con Lenk y me trae a personas más interesantes que él... entre ellas, importantes científicos rescatados de un naufragio. Una nave capitaneada por Keyser-Bach... Me habría gustado conocer a ese hombre. Lamento su muerte. Es para mí un honor conocerte, ser Randall, y también a ti, ser Salap. He recibido ejemplares de todas vuestras publicaciones.

Salap asintió en silencio. Mi admisión había creado cierta confusión. Sólo Brion parecía conservar un sentido del rumbo.

Se volvió hacia mí, las manos en las rodillas.

—¿Estás aquí para juzgarnos? —preguntó.

—Estoy aquí para ver si los humanos han perjudicado Lamarckia.

—Habéis tardado tiempo en llegar a nosotros —dijo Brion—. Tiempo suficiente para que naciera una nueva generación... y para que muchos muriesen. ¿El Hexamon piensa descender aquí para reclamar nuestro planeta?

—No estoy en comunicación con el Hexamon.

—¿Tienes una clavícula?

—No.

—¿Ninguna manera de comunicarte con Thistledown?

—No.

—¿Lenk ha traído su clavícula en la nave? —le preguntó Brion a Beys.

—Sí —respondió el general, irguiendo la barbilla y rascándose el cuello. Sus dedos dejaron marcas pálidas en la piel rojiza. Sus ojos, un ojo castaño, otro verde, parecían pequeños en un rostro tan ancho.

—Ya no funciona —le confió Brion—. Todavía la lleva consigo pero la rompió hace años en un arranque de cólera. Se supone que esto es un secreto. —Brion sorbió y fijó su mirada en mí con velocidad de pájaro—. Pues si nadie viene a buscarte, no

puedes regresar a la Vía. Eres uno de nosotros.

Beys negó con la cabeza.

—Nunca será uno de nosotros. Shatro nos cuenta que presenciaste la destrucción de una aldea en el río Terra Nova.

—En efecto. La aldea Claro de Luna.

—¿Estás aquí para juzgarnos por eso, y comunicar al Hexamon que somos unos criminales?

No respondí.

Beys movió la cabeza lentamente.

—Algo ha salido mal, ¿verdad? No creen que valga la pena enviar un ejército.

—Tal vez no puedan abrir una puerta el tiempo suficiente —comentó Brion.

—Yo tenía quince años cuando mis padres me trajeron aquí —dijo Beys—. He pasado hambre y sufrido enfermedades. Vi a mi hermana y mi madre morir de parto. Lenk nos hizo esto a todos. Si el Hexamon viene, estoy dispuesto a ser juzgado. Hemos hecho lo necesario para sobrevivir. —Desvió los ojos—. El sí que es un agente —concluyó, mirando el suelo—. Tiene aspecto de serlo. Los demás no lo tenían. Tal vez deberíamos matarlos a todos.

Brion pareció alarmarse ante la sugerencia.

—No creo que representen una amenaza.

La noticia —o rumor— acerca de la clavícula de Lenk comenzaba a pesar sobre nosotros.

Si estaba rota, y nadie más había llegado a Lamarckia, era improbable que yo terminara mi misión.

Mejor dicho, mi misión se había convertido en mi vida.

Eso me perturbó más de lo conveniente. Tenía que conservar la calma delante de aquel hombre pueril y simiesco y del jovial y fornido Beys, con sus mejillas alegres y sus mortales palabras.

—Aun así, eres interesante —dijo Brion—. He respetado a ser Salap durante muchos años. Algunas de sus obras me han dado las claves que necesitaba para realizar mis mayores descubrimientos. También debo mucho al general Beys. El me ha dado tiempo para concentrarme.

—Espero que tengamos tiempo para mantener una larga conversación —dijo Beys—. Lamento no poder quedarme mucho tiempo. Me gustaría saber qué ha sucedido en Thistledown y en la Vía.

—Debemos resolver las cuestiones diplomáticas, deliberar con Lenk —dijo Brion—. Si podemos llamarlo deliberar. El Hombre Hábil no escucha demasiado. Hay muchas cosas que planear, muchos proyectos para concretar. Tenemos que estar atentos. Ser Salap, ¿por qué viniste a Lamarckia?

—Creía en Lenk.

—¿Crees en lo que ves aquí, en el vivero, en todo nuestro trabajo?

—Sí.

—¿Colaboración, comunicación?

Salap asintió.

—¿Ser Randall?

—Parece real —dijo Randall.

Brion rió entre dientes.

—Todo esto, el cráter, las cámaras de piedra, era la sede de la madre seminal. Hace miles de años la madre seminal se trasladó a otro sitio, canal arriba. Iremos allí. Quiero mostraros parte de lo que hemos hecho. Mi esposa y yo. Hace meses que no remonto el canal. Pero con caballeros tan ilustrados, y con un visitante tan especial como ser Olmy, creo que las negociaciones pueden esperar. —Cabeceó decisivamente—. Es importante que veáis lo que hemos logrado.

Brion se inclinó hacia mí como si hablara con un niño.

—No sé qué estás pensando. Tienes carácter y eres disciplinado, ser Olmy. Eso te hace diferente de la mayoría de nosotros. Fuimos traídos aquí por un tonto, con una promesa que se rompió en cuanto llegamos. Desde entonces nos estamos hundiendo.

»Ven mañana canal arriba y te mostraré cuánto nos queda por recorrer antes de tocar fondo.

El general Beys me miró con sus ojos hundidos y arrugó las mejillas rosadas en una sonrisa amistosa. Cabeceó como despidiéndose de un camarada de armas.

Esta vez los guardias nos juntaron en una sola habitación, en otro túnel, supuestamente más cerca del lago. No dormí mucho esa noche. Me quedé en el catre duro y estrecho preguntándome qué habrían hecho otros agentes de estar en Lamarckia. ¿Habrían revelado su identidad con tan poco provecho?

Salap se movió en el catre de arriba. Bajó la escalerilla.

—Me siento como si fuera de mañana. Me siento encerrado.

Se alisó la chaqueta negra y se pasó la mano por el cabello, luego fue al lavabo a enjuagarse la cara.

Randall se incorporó en su catre y se desperezó.

—¿Qué crees que se proponen? —preguntó.

—No lo sé —dijo Salap—. Me niego a sorprenderme.

Randall me miró.

—¿Y tú puedes hacer algo que nos sorprenda?

—No lo creo.

—¿En qué eres diferente de Mansur o de mí?

—Nunca he dicho que fuera diferente.

—¿Eras todo lo que podían enviar... un explorador, para tantear el terreno? ¿Y

nadie después de ti?

—Supongo que eso es lo que ha sucedido.

Salap apoyó una mano en la pared de ladrillo.

Randall miró la pared con los ojos húmedos.

—En todas estas décadas hemos esperado como niños a que alguien nos rescatara de nuestra propia estupidez. Y el Hexamon sólo envía a un hombre.

—Un mortal como nosotros —murmuró Salap.

—¿Ambos erais adventistas? —pregunté.

Salap asintió.

—Yo simpatizaba con la causa —dijo Randall—, pero sabía de qué lado quedarme.

Salap sonrió como un demonio que comprende demasiado bien la naturaleza humana.

—¿Crees que Shatro estaba escuchando en la balsa?

—Eso parece —dije.

—Tal vez hubiera sido mejor que le revelases quién eras a la primera persona con la que te encontraste —comentó Randall.

—La primera persona con la que me encontré fue Larisa Strik-Cachemou —dije—. En aquel momento no me pareció buena idea.

La lancha aguardaba frente a la dársena ministerial del canal, y sus dos tripulantes vestían de blanco immaculado. Medía dos metros de eslora y estaba hecha de xyla blanca pintada, con un solo árbol de metal en el medio, en el cual ondeaba una bandera gris con una mancha blanca en el centro. Disponía de dos motores eléctricos situados debajo de un compartimiento de metal a popa; delante del árbol, un dosel blanco cubría un cuadrado de bancos acolchados, hundidos bajo cubierta. Delante del dosel había una pequeña cabina y una cocina destinada a Brion y sus huéspedes.

Salap y yo cruzamos el muelle y subimos a la lancha, escoltados por nuestros guardias. Randall no estaba invitado.

Lo que hacía diferente a Brion —más parecido a Lenk que otros líderes de Thistledown— era su papel de figura de culto. Los líderes de Thistledown eran administradores, burócratas; de ahí los poco atractivos títulos de los altos cargos. Brion era un jefe tribal que recibía de su gente un poder discrecional, aunque tuviera recursos limitados y pocos súbditos. Comprenderlo, saber qué decir y qué esperar, podía salvarnos la vida. Esperaba que Salap pensara de la misma manera, y me alegraba de que Randall no nos acompañase. Randall estaba harto de Naderville, Lenk, Fassid y la maraña de mundolíneas de Lamarckia. Tal vez no le importara encender la ira de Brion.

Brion llegó minutos después, con cuatro soldados armados y un hombre ágil y moreno de cabello erizado y negro. Brion parecía ansioso.

—Os presento a ser Frick —dijo—. Hace muchos años que está conmigo, desde que vine a Godwin.

Nos presentamos como si estuviéramos en un crucero de placer, luego nos acomodamos en los asientos acolchados, y nuestros guardias y tres de los guardias armados regresaron al muelle.

Brion llevaba guantes, pantalones color caqui y una camisa parda, y en una mano un trozo de cordel ceñido en torno al índice.

Frick vestía una chaqueta negra holgada, un chaleco rosa y pantalones marrones anchos.

—Hoy el tiempo será cálido canal arriba —dijo Frick, acomodándose en el asiento—. Hace semanas que ella lo mantiene cálido.

Brion cabeceó y miró la ribera de enfrente, enarcando una ceja. Anudaba y desanudaba el cordel.

—¿Cuánto dura este viaje? —preguntó Salap.

—Dos días de ida, dos de vuelta —dijo Frick.

El piloto encendió los motores eléctricos y el bote se internó en la corriente, que fluía hacia el oeste desde el interior de Hsia.

—Esa mujer es terrible —dijo Brion minutos después, alzando la barbilla e irguiéndose en el asiento.

—¿Qué mujer? —preguntó Salap.

—Fassid. Esta mañana hemos tenido una discusión. Muy injusta. Creo que ayer expliqué muy bien mi posición, diciéndoles que no podía hacer mucho más aunque negociáramos durante meses. De nuevo me pidieron que retuviera aquí al general Beys y a sus soldados, y les dije que no podía.

—Beys secuestró niños y asesinó aldeanos —dije.

—No defiendo todos sus actos, pero me es demasiado útil para retenerlo aquí. Es una espina en el flanco de Lenk. —Brion evitaba mi mirada, pero hizo una serie de muecas y gestos mientras miraba el río—. Ni siquiera sé si defendería mis propios actos si decidieras llevarme ante un tribunal del Hexamon —continuó.

Salap aguardaba como un gato paciente, el rostro distendido pero los ojos alerta. Ambos sabíamos que aquellos hombres podían ordenar a los tripulantes que nos mataran y nos arrojasen al canal en cualquier momento, y habría pocas repercusiones.

Las nubes que se desplazaban sobre el canal rodeaban una espesa silva. Los oscuros riscos eran cada vez más bajos, incluso de menos de doce metros, a medida que el barco avanzaba por el canal, y habían quemado y despejado amplias zonas para instalar granjas.

Los campos gredosos que había al pie de los matorrales parecían poco fértiles para la siembra, sin embargo; al parecer habían abandonado las tierras, dejando cicatrices tristes y desnudas a lo largo del canal.

Un camarero de chaqueta blanca salió de la cabina de proa y nos sirvió vasos de agua y tajadas de una fruta dulce y verde que sabía a melón. Frick insistía en preguntar detalles de Thistledown mientras comíamos.

—¿Cómo es ahora? He tratado de plantearme la posibilidad de demoras temporales en las pilas geométricas. ¿Cuántos años han pasado allí desde que nos fuimos?

No vi motivos para no responder.

—Unos cinco años, en tiempo de la Vía.

A Frick se le demudó el rostro.

—¿Eso es todo? He pasado aquí mi vida entera y tengo menos de cinco años.

—Nadie comprendió a qué nos enfrentábamos, y Lenk menos que nadie —dijo Brion .

—Creo que Hábil Lenk reconoce sus errores —intervino Salap—. Es demasiado tarde para acusaciones y recriminaciones.

—Si evaluamos quién mandará y quién prevalecerá cuando se tomen las decisiones importantes, sin duda debemos juzgar. Los errores pesan.

—Lenk lamenta no haberos enviado más ayuda —dijo Salap.

Brion entornó los ojos y torció los labios con desprecio.

—Fue una decisión calculada, no un descuido. Godwin y Naderville han cuestionado su legitimidad.

—Me interesa lo que vas a mostrarnos —dijo Salap—. Me interesa menos el desacuerdo entre tú y Lenk, o quién prevalecerá sobre quién.

—Agradezco tu franqueza. Es lo que esperaba de ti, ser Salap. Muy poca gente me habla sin rodeos. Me tratan como a un chiquillo terco. No soy tan temperamental. —Pareció relajarse—. No me preocupan mis errores con Lenk, ni los errores de mis predecesores. Aunque ellos consolidaron nuestro aislamiento antes de que yo llegara... Pero quizá tengas razón. Esas recriminaciones no tienen fin. Lenk no es un santo, en absoluto.

Contuve el ansia de preguntar por las órdenes impartidas al general Beys, y si tendría que rendir cuentas. Brion podía tomarse las palabras de Salap con cierta calma, pero quizá no reaccionara igual al oír las mías.

El camarero nos trajo pan y frutas azuladas que parecían uvas.

—Fundamentalmente, hemos entendido mal este planeta —dijo Brion—. Yo soy tan culpable como cualquiera. Lo mirábamos con ojos tendenciosos, esperando relaciones simples entre organismos simples, por grandes que fueran. Pensábamos en autoridades centrales, en una inteligencia o personalidad consciente. No había conciencia ni personalidad en Lamarckia. Había dirección vital, orden, y desde luego cambio; a veces un cambio frenético, pero no lo que llamaríamos un yo.

—¿Cuáles han sido tus errores? —preguntó Salap al cabo de un momento de silencio.

Me pregunté si Salap habría sido una elección tan afortunada. Randall se habría comportado con más discreción. Esperaba que supiera qué se proponía, y cuánto podía costarnos.

—Yo lloraba una muerte —dijo Brion—. No actuaba racionalmente. Sentía que no tenía amigos en este mundo, salvo la tierra, el ecos. Me sentía muy cerca de él, y aún me siento así. Mi mayor error.

—¿Una muerte? —pregunté.

—Caitla, mi esposa. La hermana de Hyssha. Nacimos en la misma familia triádica de Tierra de Elizabeth, crecimos juntos, vivimos casi toda nuestra vida juntos. Fuimos los primeros en viajar a las fuentes del canal. Yo dependía de ella.

Frick, sin que Brion lo viera, se llevó los dedos a los labios y meneó la cabeza, instándonos a no tocar ese tema.

De pronto los secretos de Lamarckia dejaron de importarme, como si el interés y la pasión de Brion me hubieran manchado.

Hora tras hora, kilómetro tras kilómetro, el canal continuaba hacia el este,

internándose en Hsia con una serie de recodos casi imperceptibles, curvas suaves en este viaje continuo. Las aguas, decía Brion, habían fluido aquí por lo menos diez millones de años. El canal y los cientos de ramificaciones que nacían de aquellas aguas, internándose en la tierra como sangre en un tejido, habían sido parte de un sistema fluvial natural que el ecos había adaptado a sus propias necesidades.

—Hasta hace poco, estas aguas llevaban vástagos de reemplazo en racimos flotantes, semejantes a balsas. El canal estaba lleno de ellos.

Las aguas fluían limpias y vacías.

—¿Qué ha sucedido con ellos? —preguntó Salap.

—Dejaron de venir hace un mes. Algo está sucediendo, tal vez un flujo. Hace varios meses que no visito el valle del Alba. Dejé a Caitla allí y... supongo que no he tenido valor para regresar. Además, los preparativos para la visita de Lenk me han distraído. Ahora que él está aquí, me pregunto para qué he trabajado tanto.

Frick trató de cambiar de tema, de guiarlo nuevamente hacia los asuntos de Thistledown, cualquier cosa con tal de mantener a Brion alejado de su obsesión, pero de nada sirvió.

—Me he sentido solo sin mi esposa. —Brion me miró con el rostro inexpresivo—. Estar con ella, es otra clase de soledad.

—¿Con tu esposa? —preguntó Salap, desconcertado.

Frick palideció.

—No —dijo Brion con aire distante—. Caitla murió.

—Siento gran curiosidad por la actual actitud del Nexo hacia Lamarckia —dijo Frick, inquieto.

Brion se volvió hacia él con sus grandes y líquidos ojos verdes llenos de dolor, como si Frick lo hubiera insultado. Frick se puso todavía más nervioso. Por un momento pensé que saltaría de la embarcación.

Brion desvió los ojos, me miró a mí.

—Me siento muy mal al pensar en ello —dijo—. Me hace sentir inferior. Y he trabajado con empeño para ganarme este orgullo. Tomé esa nave náufraga que era Godwin, la reparé y la guíé en medio de peligrosas tormentas. Es un milagro que estemos vivos... y no es gracias a Lenk.

«Debería tener la libertad de sentirme orgulloso, pero ella, me la ha quitado. Sin duda. Hace semanas que el canal está vacío.

Salap me miró solapadamente. La conversación terminó, para alivio de Frick.

El sol salió de detrás de unas nubes y el aire se volvió denso y húmedo. Habíamos dejado atrás los sembradíos estériles. A lo largo de la costa, los negros riscos de la espesura se elevaban treinta y cuarenta metros sobre el canal, y el agua tintineaba y gorgoteaba internándose en túneles laterales que se la tragaban como gargantas.

El camarero puso esteras acolchadas en cubierta y dormimos bajo el doble arco de estrellas. Miré las estrellas a través de una delgada bruma, preguntándome si soñaría de nuevo al dormir.

Ahora mi madre me reconocería. Indefenso, mortal, durmiendo sin sueños.

Las aguas del canal lamían el casco de la lancha, acunándome. A proa, Brion y Frick dormían, uno de ellos roncando. Salap estaba en el techo de la cabina. Si dormía, no roncaba.

Si no sabes dónde estás, no sabes quién eres.

Yo empezaba a saber dónde estaba.

Despertamos en medio de una niebla dorada. El brumoso aire de la mañana titilaba sobre el canal. El camarero trajo un brebaje caliente y espeso en un recipiente de plata y lo sirvió en tazas, luego sirvió tortas calientes y que crujían para el desayuno. Nos sentamos bajo el dosel mientras se disipaba la niebla, todos menos Brion, quien se quedó solo a proa.

Frick hablaba de temas sin importancia, llenando el tiempo con anécdotas sobre las trivialidades sociales que rodeaban a Brion. Sus anécdotas no me resultaban divertidas, pero nos entretenía a todos sin ofender a nadie.

Me dolía el trasero de estar sentado. Me levanté y me marché a popa, a mirar la estela que dejábamos en las aguas vacías.

Las matas de las costas del canal eran cada vez más nudosas, y sus bordes negros y cortantes se volvieron morados e irregulares. Sólo una vez vi algo que se movía entre las ramas, como una enorme lombriz parda. Salap se me acercó y se quedó sentado junto a mí hasta el atardecer.

—El capitán y yo estudiamos esta costa hace años —dijo—. Aunque nunca remontamos este canal, y nunca llegamos al lago. En los matorrales hay muchos tipos de vástagos. Eso era cuando Lenk trataba de congraciarse con las mujeres que estaban al mando en Godwin. Volverlas al redil... Pero ahora no veo mucha actividad. Tal vez Brion tenga razón, y un flujo sea inminente.

—¿Estás seguro de que no hay más ecoi en Hsia? —pregunté.

—No hemos descubierto ninguno. Este es antiguo, tal vez el más antiguo de Lamarckia. Baker creía que podía ser el primero de todos los ecoi. Creo que cubre el continente entero.

Esa tarde nos cruzamos con una barcaza cargada de montones de tierra oscura, una especie de mineral. Brion se quedó sentado a proa, las rodillas dobladas, y la miró pasar por el canal. Vanos hombres de pecho desnudo saludaron jovialmente desde la barcaza, y Brion les devolvió el saludo.

—De nuevo una carga ligera —le dijo a Frick—. Ella no está produciendo como antes.

Salap se acuclilló junto a mí y frunció el ceño.

—¿Quién es esa «ella» de la que tanto habla? —susurró—. ¿Qué tiene que ver «ella» con esos montones de tierra? Estoy harto de este misterio.

—Brion dirige esta función —respondí, y pensé en el Mar Sin Peces y su enigmática atracción.

Al atardecer nos cruzamos con otra barcaza, medio cargada con troncos marrones y rojos, como montones de salchichas.

—Comida —dijo Frick—. Más de la que nosotros podríamos cultivar.

Pero algo de lo que vio en la barcaza le molestaba, y se aproximó a Brion. Hablaron en murmullos un rato; Brion se impacientó y acabó alejando a Frick.

Más adelante el canal se ensanchó formando un pequeño lago. En la costa, se internaban en el agua largas y oscuras estructuras como capullos enormes de fibrosas paredes grises. Entre los capullos había espacios abiertos, y en uno de esos espacios una grúa flotante con pala cargaba cuatro montones de mineral en una tercera barcaza. El mineral se amontonaba escasamente en un claro que antes habría contenido docenas de montículos del mismo tamaño.

—¿Sentís curiosidad? —preguntó Brion.

—Mucha —respondió Salap.

—Que aumente, que aumente. Rara vez tengo tantos testigos inteligentes. Permitidme un poco de dramatismo.

Salap tamborileó con los dedos en la borda, la cabeza gacha.

—Ten compasión de nosotros, ser Olmy. Lenk siempre se ha comportado como un niño, Brion es otro.

Había una máxima que nos enseñaban en las clases de ciencias políticas de Thistledown: los gobernados modelan a sus gobernantes. Esto no era lo mismo que decir que el pueblo obtenía el gobierno que se merecía, pero apuntaba en esa dirección. Lo que me exasperaba era el dolor y el sufrimiento de los inocentes, los que eran demasiado jóvenes para elegir, los nacidos en Lamarckia.

Pero Brion había sido uno de ellos.

—Si yo hubiera sido científico en Thistledown, o en la Vía —dijo Salap—, ¿cuántos hombres y mujeres más inteligentes y más capaces estarían por encima de mí, ocupando los mejores puestos, realizando los más grandes descubrimientos?

—¿Entonces? —pregunté intrigado.

—Me conozco, ser Olmy. Soy una de las personas más inteligentes de este planeta.

—Y eso te preocupa.

—Me aterra. Echo de menos el estímulo de otras mentes. —Miró las tranquilas aguas de aquel extraño lago—. ¿Quién explota esos filones? ¿De dónde viene el mineral?

—Ella —sugerí—. Su esposa muerta, Caitla.

—Estamos en una tierra de sueños, ser Olmy —reflexionó Salap.

El lago quedó atrás, el canal se hizo más estrecho y más profundo, y no vimos más barcazas ni otras embarcaciones. El piloto nos guiaba por esas aguas lentas con un ronroneo de motores eléctricos. Las hélices dejaban una estela vibrante, incrustada con las gemas del sol poniente.

La luz del ocaso convirtió a Salap en un pirata bronceo. Hablábamos poco.

Creo que ambos esperábamos morir pronto. O bien la premonición de Brion acerca del cambio era acertada, y ese cambio nos mataría, o bien el mismo Brion cambiaría y nos mataría...

No parecía que tuviéramos muchas oportunidades.

Pensaba a menudo en Shirla, y esperaba que la trataran bien, pero a decir verdad toda la gente que habíamos dejado atrás —muerta o viva— parecía alejarse no sólo en el tiempo sino en la memoria. Mi universo se limitaba a la lancha, el canal, Salap y Brion. Todo lo demás —incluso Frick y los tripulantes— era accesorio.

Frick se acercaba a menudo a popa para hablar con nosotros. Parecía aún más consciente de su mortalidad. Su nerviosa cháchara se convirtió en una molestia, y rara vez era informativa. No respondía preguntas directas, y prefería respetar la falta de claridad de Brion, que iba sentado a proa como un mono triste e inquieto.

Antes de la cena, fui a proa y me acerqué a él. La actitud de Salap se me estaba contagiando, y empezaba a perder los estribos. Él me miró con expectación.

—Nos pones nerviosos a todos —murmuré—. ¿Es lo que deseas?

—Soy un hombre poderoso, ser Olmy. Pero no soy caprichoso. He gobernado esta parte de Lamarckia con mano firme y lo hice bien, dadas las circunstancias. Los tiempos duros requieren decisiones duras.

—A riesgo de disgustarte, me gustaría que describieras lo que vi cerca de Calcuta. Brion desvió los ojos.

—Sin duda las andanzas del general Beys.

—No uno de sus éxitos.

—No he hablado de esas cosas con el general Beys.

—¿Le ordenaste buscar recursos, recoger niños y equipo en aldeas indefensas?

—Le conozco bien. No es un monstruo. Lo designé después de la peor hambruna; él había perdido esposa e hijos, ya no tenía familia. Su expresión me decía que nos sería útil. Le quedaba muy poco por lo que vivir.

—Llegué a Lamarckia por una aldea llamada Claro de Luna. Habían matado a casi todos sus habitantes. No habían accedido a entregarle a Beys pequeños depósitos de mineral. Supongo que Beys quería apoderarse de los minerales sin tratar con Lenk... y que los minerales que obtenéis aquí no son suficientes.

—¿Vas a someterme a un interrogatorio? Renuncié a la autocrítica después de la muerte de Caitla.

—Sólo quiero compartir este mal recuerdo.

Brion pestañeó.

—Si te hace falta, adelante —dijo.

Le hablé de los cuerpos amontonados dentro de los edificios de Claro de Luna, de los implacables soldados de las chalanas del Terra Nova, de la emboscada en Calcuta y los niños caídos en el río. Le describí la expresión de aquel soldado que disparaba metódica y fríamente desde la proa de la chalana.

—Les disparaba a todos. Incluso a los niños caídos.

—Estaba muerto de miedo.

—Él era tu mano. Tu mano asesina.

Mi furia había crecido tan de repente que me silbaban los oídos y el corazón me palpitaba; me mordí el labio hasta que logré dominarme.

—No entiendo a qué te refieres —dijo Brion con un hilo de voz—. Él era un soldado.

—Tú lo hiciste —murmuré.

Salap se acercó, temiendo que mi actitud nos pusiera en peligro. Tal vez me estuviese extralimitando.

Pero Brion estaba de buen humor.

—Dime por qué crees que soy responsable de todos en Lamarckia —dijo—. Es una idea extraña.

—¿Qué bien haces a tu gente cuando dejas sueltos monstruos y locos que matan sin necesidad, que destruyen lo que no pueden aprovechar?

—Esperaba algo mejor del Hexamon. ¿Estás seguro de que no eres un farsante?

Brion rió entre dientes, sacudió la cabeza.

Tenía razón, desde luego. Yo no me expresaba con coherencia.

—El general Beys no hizo nada para ayudar a Naderville, ni para ayudarte a ti —dije—. Has hecho matar gente sin motivo. Has abierto las compuertas de una historia antigua y maligna. No podrás cerrarlas cuando Lenk se haya ido.

Brion se inclinó hacia delante con mirada vivaz, estirando los labios en una sonrisa primitiva.

—He pensado mucho sobre estas cosas, ser Olmy. Lo que tú llamas «una historia antigua y maligna» es el crecimiento y la maduración de pequeños grupos humanos. Si Lamarckia estuviera poblada tan densamente como Thistledown, nos comportaríamos de otra manera, Lenk abrió las compuertas de la historia cuando nos trajo aquí, cuatro mil personas solas en un mundo enorme. Si quieres hallar al padre de ese pobre bastardo de la chalana, no me mires a mí... mira a Lenk.

Agitó la mano, y Frick nos llevó a los bancos del centro de la lancha, bajo el

dosel, contando una historia inocua sobre las celebraciones que se habían realizado cuando comenzó a llegar comida en las barcazas.

Al anochecer cayó una pequeña llovizna. Brion se quedó bajo la lluvia, mirando la ribera norte del canal, enjugándose el agua de la cara con gesto mesurado y preciso.

El camarero, un hombre que se caracterizaba por su eficiencia y su reserva, cuya presencia pasaba inadvertida y se olvidaba, sirvió una cerveza oscura y dulzona y tortas frías con un jarabe picante. Encendió las luces. Navegábamos por el centro del canal a siete u ocho nudos, y la lancha era una pequeña mancha de luz en una oscuridad fija e incesante.

Brion regresó al dosel calado hasta los huesos, el cabello desgredado y lustroso, y aceptó la toalla que le daba el camarero.

—No soy un monstruo —dijo.

Se sentó, alzando la copa de cerveza dulce.

—No soy un monstruo —repitió—. No vine aquí para imponer una filosofía estrecha sobre la extrañeza y el asombro. No convencí a cuatro mil personas de que cada una de mis palabras era cierta y de que el mundo donde habían crecido, que había modelado su pensamiento, era un lugar maligno plagado de intrigas, de donde debían escapar.

—Culpas a Lenk de todo esto —dije—. Incluso de lo que haces u ordenas hacer.

Frick se quedó en un rincón, sombrío. Salap murmuró que aquella discusión no llevaba a ninguna parte.

Pero Brion se exasperó.

—¿Sabes cómo empezó todo esto, ser Olmy? ¿Alguien ha descubierto mi pequeña historia personal en el dominio privado de Lenk? Caitla y yo nos amábamos desde muy jóvenes. Fuimos a Athenai como maestros de las escuelas Lenk, y tuvimos el privilegio de conocer a Lenk en persona, el Buen Lenk, el Hábil Lenk. Lenk se enamoró de Caitla y su hermana...

—Ser Brion... —quiso interrumpirlo Frick. Parecía dispuesto a saltar por la borda una vez más.

—Ésta es mi historia, maldición —dijo Brion, apartando la mano de Frick—. Si ser Olmy es del Hexamon, desempeña el papel de juez, pues no puede ser de otra manera, ante la gente que más me gustaría emular. Yo era muy pequeño cuando mis padres me trajeron aquí. Siete años. No tenía opción. Caitla tampoco.

Se apoyó en el cojín del banco y me miró con cara de pocos amigos. Maldijo entre dientes y se inclinó hacia delante, uniendo las manos como en una plegaria, tocándose la nariz con los pulgares.

—Lenk se enamoró de Caitla. La cortejó. El ya estaba casado, claro, y ella lo rechazó. El no aceptó ese rechazo. Era un anciano respetable, para nosotros. Hyssha

sabía que estábamos enamorados y fue a verle. El la aceptó... pero eso no le bastó. Quería a Caitla. Al fin Caída y yo no tuvimos más remedio que irnos de Athenai. No podíamos ir a ninguna parte de los dominios de Lenk sin que nos encontraran y nos llevaran de vuelta. No pensaba matarnos, claro. No era esa clase de monstruo. Pero consideraba que tenía ciertos privilegios, que ciertas cosas eran su recompensa por ser quien era, por lo que representaba para su pueblo. Aceptaba unos cuantos bocados selectos, de vez en cuando, para compensar la desdicha de ser un líder, un profeta, casi un dios. Así que robamos una embarcación y nos fuimos a Hsia, a Godwin. Así fue como empezó, ser Olmy. Hace diez años.

Frick cerró los ojos y se sentó frente a Brion, temblando como si el pesar fuera suyo.

—Nos criamos en Lamarckia. Cuando yo era joven, me parecía un mundo rico y maravilloso que no nos combatía, pero que tampoco nos aceptaba. Pronto aprendí que no formamos parte de la carne de este mundo viviente. Hemos padecido y muerto porque vacilábamos entre dos filosofías: adueñarnos de este lugar, someterlo a nuestras reglas o dejar que se desarrollara como si no existiéramos. Lenk no era capaz de decidirse.

Clavó los ojos en mí.

—¿Y qué has decidido tú? —pregunté.

—Estoy a favor de Lamarckia. Pero he combatido contra ella, ordené que rasgaran sus tejidos y expusiesen su suelo para sembrarlo, para producir alimentos humanos... y cuando los cultivos fracasaron, traté de domar el ecos, de acostumbrar a mi gente a lo que teníamos a mano. Aun así sufrimos hambre. Por amor a mi pueblo profané este continente, como otros antes que yo. Hasta que encontré otra solución.

»No me sometí a Lenk, ni le entregué a mi esposa, así que él dejó morir a mi pueblo sin mover un dedo.

—Él alega que no pediste ayuda —dijo Salap.

Brion montó en cólera. Se volvió hacia él, el rostro contraído, las mejillas rojas, una vena palpitando en la frente.

—¡Por el Hado y el Hálito, yo le puse al corriente de lo que sucedía! Yo tenía responsabilidades. Le pedí ayuda a pesar de mi odio. Las penurias de mi pueblo no eran un secreto.

Salap permaneció frío como el hielo. Su bigote delgado y negro apenas se movió.

—Aunque ser Olmy esté aquí para juzgarnos, yo no juzgo, y he estado apartado tanto tiempo de la política que obviamente estoy fuera de onda.

Brion permaneció entre nosotros con una expresión salvaje de angustia durante unos segundos dolorosos. Luego recobró la calma con una celeridad que sólo una gran destreza, o la presencia de un profundo abismo en sus emociones, de una especie de grieta en su ser, podía explicar. Yo había conocido a otros líderes con esa

habilidad; tenían la capacidad de asumir máscaras con tanta frecuencia y convicción que desconocían sus propios sentimientos. Ser sinceros consigo mismos es un lujo que los líderes rara vez pueden costearse o tolerar. Pero en Brion aquel talento se había convertido en algo más, era incluso enfermizo.

Ahora comprendía a Brion. No era un gran hombre, ni siquiera en el sentido de impulsar o guiar grandes acontecimientos. Era un hombre de talentos limitados y específicos. Y había sufrido mucho. Yo no podía saber si nos decía la verdad, pero su dolor era real.

—Lamarckia está a punto de florecer —murmuró—. Caitla y yo hicimos eso, al menos. Y cuando florezca, ¿qué lugar nos dará a nosotros, qué lugar podremos ocupar?

El campo cubierto de matorrales, cuyos brotes negros o purpúreos se elevaban en las márgenes del canal como setos ornamentales, se terminó cuando llegó la mañana. Había tenido el mismo sueño desagradable de la puerta la otra vez: en una sartén se freían tortas; percibía un olor penetrante y vegetal, como de alquitrán caliente mezclado con té negro, melaza con rosas, resma de abeto con aroma de hierba recién cortada. Era un perfume que jamás he podido volver a oler ni recordar: el olor de los palacios vivientes de las grandes madres seminales de Hsia.

Habíamos llegado a un mar o lago interior de agua dulce. La costa meridional y la oriental se perdían detrás del horizonte, la septentrional estaba a unos dos kilómetros. Olas cristalinas y azules lamían la lancha, y desde la costa —una costa verde y brillante, baja y llana, cubierta de inmensos y ahusados tallos verdes semejantes a brotes de plantas jóvenes, pero sin hojas— llegaba un sonido ventoso, más extraño que todo lo que había oído en Lamarckia.

«La Tierra era un mundo verde», había dicho Nimzhian en la isla de Martha. En ninguna parte de Lamarckia había existido jamás tanto verdor.

Brion estaba de pie en la proa, a medio vestir, fascinado por lo que veía. Salap se lavaba la cara en las aguas del lago. Me miró mientras yo me ponía la camisa y aceptaba una taza de brebaje espeso.

—¡Mirad lo que ella ha hecho! —exclamó Brion—. ¡En sólo tres meses ha cambiado miles de hectáreas!

Salap se me acercó y miró la costa con los ojos entornados. El camarero trajo una bandeja de tortas y nos las ofreció. Frick se apoyó en el dosel. Una brisa ligera le agitaba el cabello, y llevaba la camisa blanca abierta debajo del chaleco rosado. Sonreía como si estuviera ebrio.

—¿Cómo dices que has logrado esto? —le preguntó Salap a Brion.

—No me limito a decirlo. Sé la verdad, porque cuando ella creó seres a nuestra imagen y semejanza, y le mostramos en qué se había equivocado... luego ella preparó

alimentos que podíamos comer y filtró del suelo los minerales y los dejó donde podíamos recogerlos, y yo le pagué. La he estudiado durante años, y conocía su debilidad, su deficiencia.

Miró a Salap, pestañeando.

—¿Qué le diste? —preguntó Salap.

—¿Qué es ella? —pregunté simultáneamente.

Brion sacudió la cabeza, pasmado y asustado por lo que veía en la costa. Se dirigió hacia popa, cogió una torta de la bandeja de Frick, y la engulló como un niño hambriento.

—Más de lo que yo podía imaginar —dijo—. Olvidémonos del intento de reemplazar a nuestros niños muertos. Olvidémonos del intento de enseñar a sus vástagos a hablar. Nada de eso le interesaba. Ella no lo entendía. Podía imitarlo, pero no entenderlo. El contenido de nuestro frasco, en cambio, la apasionó.

—Nosotros no lo entendemos —dijo Salap con paciencia.

—Yo lo destilé y lo purifiqué a partir de hierbas, en un estanque, frente a nuestro dormitorio. Hierbas decorativas que Lenk trajo de Thistledown, sencillas y encantadoras. Era fácil aislar lo que ella necesitaba y entregárselo en un frasco, concentrado, inconfundible.

—Clorofila —dijo Salap.

Brion sonrió.

—La debilidad de Lamarckia —dijo, con migajas en la boca—. No sólo la clorofila, sino los cloroplastos, las complicadas estructuras fotosintéticas de nuestras plantas, por separado y en conjunto. Almidones, azúcares, todo el ciclo en un frasco. Y lo comprendió. Nos dio los experimentos que visteis en Naderville, el jardín de Caitla. Los fítidos aéreos purificadores, más comida. Pude haber ordenado a Beys que regresara a casa, porque entonces supe que habíamos vencido. Podríamos alimentar a nuestra gente, fabricar máquinas, fundar nuestro propio enclave. No necesitábamos a nadie.

—Pero no le ordenaste que regresase —dije.

—No, Caitla dijo que teníamos que cumplir nuestra promesa. Teníamos que buscarte a ti, ser Olmy, el agente o los agentes del Hexamon, y teníamos que humillar a Lenk, para dejar bien claro que los humanos no podían sobrevivir aquí. Y entonces abandonaríamos Lamarckia dejándole nuestro obsequio.

—Sigues refiriéndote a ella. ¿Quién o qué es ella? —insistí—. ¿La madre seminal, la reina?

Brion señaló hacia el este. Sobre una bruma azul vimos siete enormes troncos o torres negras que se elevaban tierra adentro; medían cuatrocientos o quinientos metros de altura, y entre setenta y cien metros de diámetro en la base.

—No sé qué es ella, con exactitud. Es decir, qué parte es, con una forma nueva...

O si es algo totalmente nuevo. Tal vez aún no esté creada. Pero la reconoceremos en cuanto la veamos.

Brion se volvió hacia Salap y hacia mí.

Vaciló, pero al fin clavó sus ojos en mí con determinación y desesperación.

—El Hexamon debe venir para llevarnos de vuelta. Ella tiene lo que necesita. Ahora ningún ecos puede vencerla.

El piloto nos condujo a una caleta estrecha que se curvaba al este y luego al norte de la costa del lago. Avanzamos en silencio entre densas paredes de brotes verdes y azulados, anchas hojas de helecho en cuyos miles de puntas relucía el agua, delgados tallos helicoidales que sobresalían de los matorrales y se elevaban docenas de metros sobre aquella masa móvil y trémula; los inmensos tallos verdes que habíamos visto desde lejos eran brotes del tamaño de secuoyas gigantes. Salap tenía una expresión que yo no le había visto ni siquiera cuando descubrimos los homúnculos en la isla de Martha: asombro y desconcierto.

—Es una nueva silva —dijo—. Todo es diferente.

La luz de la mañana que se reflejaba en esa exuberancia verde nos hacía parecer criaturas nadando en un bajío. El cutis pálido de Brion cobró un tinte verdoso. Se agazapó a proa, los codos sobre las rodillas, flexionando los dedos como patas de araña, relamiéndose los labios.

—Ojalá hallemos el fondeadero —dijo—. Ya no está lejos... Espero que no lo haya arrasado en su entusiasmo.

Los vástagos del vivero imitaban variedades concretas de vida vegetal terrícola. Aquí la imitación era superficial o paralela. Aquello que controlaba los nuevos brotes creaba nuevos planes y proyectos con prodigiosa celeridad a partir de principios sencillos.

Unas sombras cruzaron el cielo: inmensos globos que arrastraban largos cables negros sobrevolaban la nueva silva, el vientre festoneado de cestos de encaje llenos de esferas verdes del tamaño de mi puño. Los cables ondeaban sobre la silva, bajando, contrayéndose, guiando el globo ora con un rumbo ora con otro, mientras otro cable le hacía virar treinta o cuarenta grados en otra dirección. Los globos viajaban a cinco o seis nudos, y pasaron tres sobre nosotros antes de que llegáramos al fondeadero que buscaba Brion.

El piloto maniobró cuidadosamente para aproximarse a la punta del muelle de xyla, que estaba casi totalmente cubierto de vegetación. Brion saltó al muelle y alzó los brazos. Una tupida maraña de hojas de helecho y tallos verdes y amarillentos se curvó y se separó a sus pies.

—¡Ella me recuerda! —exclamó—. Vamos. Desde aquí tenemos una buena caminata... hay tres kilómetros hasta las torres.

Los tripulantes y los guardias no iban a acompañarnos. Parecían aliviados.

Frick cogió varias bolsas de comida y cuatro cantimploras que le dio el camarero, quien miraba la exuberante silva con nerviosismo. Antes de bajar de la lancha, Frick se sacó una pizarra del bolsillo, la abrió, nos indicó a Salap y a mí que mirásemos. Una mujer morena, de fría belleza, con un evidente parecido con Hyssha, nos miraba con escepticismo desde la pantalla.

—Ésta era Caitla —murmuró. Y nos invitó a seguirlo.

Brion avanzaba con maniática energía en medio de aquella vegetación que le cedía el paso, como un bote abriendo una estela al revés. Al cabo de vanos minutos lo perdimos de vista, pero lo seguimos por el sendero que trazaba en la nueva silva.

—¿Cómo sabe adonde ir? —le preguntó Salap a Frick.

—La silva traza un sendero. Ella nos muestra adonde ir —dijo Frick, sudando en el calor húmedo.

Detecté un aroma de azufre. Más actividad volcánica. Cada doce metros atravesábamos una especie de claro donde los nuevos vástagos verdes se aferraban al suelo, y podíamos ver las torres; estaban cubiertas con un grueso revestimiento de trepadoras y brotes rojos o negros, no verdes. Poco a poco nos acercábamos.

Otro globo oscuro surcó el cielo llevando su cargamento hacia el oeste.

—Experimenta con las nuevas formas verdes —dijo Salap— pero mantiene sus partes centrales intactas. —Señaló las torres—. ¿Brion nos lleva allí? —le preguntó a Frick.

Frick asintió.

—He venido aquí cinco veces —dijo—. Nunca había tenido este aspecto.

Al cabo de quince minutos de marcha localizamos a Brion. Miraba al norte desde la cima de una loma de diez metros de altura, cubierto hasta las rodillas por una maraña de trepadoras verdes más gruesas que cordeles.

—Ahora veis lo que se propone —dijo—. Desde aquí podéis ver todo su plan.

Subimos la cuesta. El olor de las trepadoras que pisábamos era intensamente frutal, y nubecitas de polvo rojo subían hasta nuestras rodillas. Ahora, a la misma altura que la mayor parte de la silva nueva —sólo los inmensos brotes verdes sobresalían por encima de la loma— vimos una moqueta de un verde azulado intenso, con rizos concéntricos amarillo verdosos. Veíamos el centro de la floración, al norte, y el límite entre la silva vieja y la nueva, allí donde el verdor reemplazaba la espesura marrón, negra y púrpura. En todo el ecosistema, cientos de globos negros y rojos enfilaban hacia el perímetro externo partiendo de los siete pilares, para reemplazar desde el aire los vástagos moribundos por nuevos brotes verdes.

—¿Cuánto falta para que llegue a Naderville? —preguntó Frick.

—No lo sé —dijo Brion.

—Una semana o menos, calculo —intervino Salap—. ¿Tu gente está preparada?

—No veo cómo podríamos estar preparados —dijo Brion.

Bajó por la ladera opuesta de la loma. Me volví para observar desde aquella altura, y localicé la caleta, las aguas del lago que llegaban hasta el horizonte por el sur, y de nuevo los pilares. Un silbido jadeante, suave y plañidero llegaba del sur, quizá desde la costa del lago. Me estremecí al escucharlo. Parecía típico de Lamarckia, y aterrador, que un poder y un cambio tan arrolladores emitieran un sonido tan simple como un gorjeo.

Al oeste, los cúmulos y frentes de tormenta construían blandas montañas. Brion gritó desde el linde de la silva, que nuevamente le cedió el paso.

—El ecos construye su propio clima. Habrá lluvia dentro de unos días... esperad y veréis.

—Sí —murmuró Salap—. Hemos experimentado ese fenómeno.

Alcanzamos nuevamente a Brion cinco minutos después. Estaba en un callejón sin salida, y los vástagos se negaban a apartarse. Caminaba de aquí para allá, sudando a mares. Frick le alcanzó una cantimplora marcada y él bebió ávidamente y se enjugó la boca con la mano. Frick nos entregó otras cantimploras. Brion bebía únicamente de la suya.

Suspiró.

—Es raro que sólo nos deje llegar hasta aquí.

Siguió paseándose nerviosamente. De nuevo, desde el sur, ese gorjeo jadeante. Salap aprovechó la pausa para inspeccionar más atentamente la morfología de los nuevos vástagos verdes.

—Creo que todos son variedades experimentales de productores de alimento —concluyó—. El ecos está probando las estructuras más eficaces, almacenando nutrientes, usándolos para generar vástagos en el centro... Al cual nos dirigimos.

Bajo nuestros pies, marañas marrones y trozos que parecían ser ramas muertas y astilladas cubrían el suelo de la silva. Tubos blancos y pálidos avanzaban entre los detritos. Si pisábamos un tubo cerca de la superficie, brotaba de él un fluido lechoso. Salap se llevó una gota del fluido a la lengua.

—Es dulce —dijo.

Una nueva máquina, un nuevo experimento.

—¿Tú habrías hecho una cosa así? —le pregunté a Salap, mientras Brion se paseaba nerviosamente a cierta distancia.

—No lo sé —dijo Salap reflexivamente. Enarcó las cejas—. Si se me hubiera ocurrido, quién sabe qué habría hecho. No sabemos con quién negociaba él... con qué clase de forma u organismo se comunicaban él y su esposa. Ni cómo se comunicaban.

—Yo los vi —dijo Frick, agachándose para esperar. Se enjugó la frente con un paño—. Eran pequeños gusanos negros de siete o nueve patas. Emitían sonidos semejantes al lenguaje humano. Se llevaban comida y equipo nuestro, y a cambio

traían otras cosas. Brion y Caitla les mostraron plantas en macetas y frascos, y al cabo de pocos días los gusanos negros trajeron imitaciones. Caitla estaba eufórica. Luego, en mi tercer viaje, vi el primero que trató de parecer humano. Incluso trataba de hablar. Nos comunicábamos con gestos, pero no tenía verdaderos ojos. Trataba de parecer mujer, y creo que nos localizaba por el calor. Ser Brion y Caitla le mostraron más plantas, las favoritas de Caitla. Logró imitaciones aún mejores y nos las llevamos al vivero.

»Pero yo nunca la he visto a ella. La que él espera. La última vez que estuvimos aquí después de la muerte de Caitla, yo me quedé en la lancha. Esta jungla no existía.

—¿Él está esperando algo semejante a su esposa? —pregunté—. ¿Una imitación?

A Frick no le agradaba esa idea. Cambió de postura y se restregó los ojos con una mueca.

—Yo conocí a Caitla —dijo—. Era una mujer severa pero bondadosa. Congeniaba maravillosamente con ser Brion. Cuando ella murió, todos lamentamos su pérdida. Ser Brion estaba deshecho, y también Hyssha.

Me costaba entender la relación entre aquello y los saqueos y asesinatos. En medio de tanto cambio, la muerte, la impiedad y la incompetencia dejaban de tener importancia. Mi propia muerte podía ser totalmente apropiada, o carecer de sentido. Decidí renunciar a comprender aquellos actos de crueldad. Después de mi exabrupto ante Brion, había perdido todo sentido de la misión que tenía, de mi papel. No era mejor ni más poderoso que Frick. Al fin me había ganado mi humildad, mi perfecto sentido de la mortalidad.

Me pregunté qué se sentiría estando a solas en medio de aquella silva verde y proliferante durante días o semanas.

Shirla constituía el único marco de referencia del cual no podía desprenderme. Quería verla, cerciorarme de que estaba bien. Si podíamos encontrarnos de nuevo, yo tendría un nueva prestancia, un nuevo sentido del propósito, libre de Thistledown y la Vía.

Brion regresó a la trémula barricada y agachó la cabeza.

—Soy paciente —murmuró—. Soy paciente.

Pero la barricada permanecía.

—Tenemos suficiente agua y comida —dijo—. Esperaremos aquí hasta mañana. Lo lamento. Esto nunca había sucedido. —Nada de esto había sucedido —comentó Salap.

Dormimos en el suelo mientras la silva temblaba y crecía alrededor. Cada pocas horas, una ráfaga de movimiento sacudía las paredes que bordeaban el sendero emitiendo un sonido corno el del viento soplando entre los árboles. Dormí profundamente y no recordé ningún sueño; me desperté sintiéndome aturdido,

incapaz de nada. Al cabo de varios minutos, después de comer una torta y de beber de la cantimplora que compartíamos Salap y yo, recobré la lucidez. La ración de agua no era suficiente y yo tenía sed, pero al menos no tenía la boca seca.

Brion se arrodilló ante la barricada.

—Está preparando algo —dijo—. Ella no nos traería hasta aquí para cerrarnos el paso.

—¿Entonces ella es inteligente? —preguntó Salap.

Brion se echó a reír.

—¿Cuántas veces me he hecho esa pregunta? ¿Cuántas veces hablamos Caitla y yo de ello? Y después de la muerte de Caitla... Claro que me gustaría que ella regresara. Sería maravilloso. Que toda su belleza, todos sus pensamientos fuesen absorbidos por algo más grande. Inteligente.

Pensé en la discusión que habíamos tenido a bordo del Vigilante. Lamarckia sería un pobre sustituto de la dicha eterna, pero una opción aceptable en comparación con el vacío de la muerte.

A nuestra espalda, en el sendero, todos oímos simultáneamente voces humanas. Brion se volvió bruscamente. La expresión de pánico que puso, y su búsqueda entre las paredes trémulas y susurrantes que flanqueaban el sendero, me dolieron como una puñalada. El suyo era el rostro de un hombre que no quería ver ese fantasma que deseaba por encima de todo lo demás.

La conciencia de Frick debía estar limpia. Al menos fue él quien primero reconoció las voces.

—Es Hyssha —dijo—. Y creo que Grado... y Ullman.

Un hombre alto de pelo moreno y corto y ojos negros y suspicaces dobló el recodo a diez metros del final del sendero, nos vio y se detuvo. Miró hacia la derecha y gesticuló como si se hubiera topado con fieras y pidiese silencio a quien lo seguía.

La imponente y adusta mujer de cabello rojizo, Hyssha Chung, lo rodeó sin vacilar y se nos acercó. Mejor dicho, se acercó a Brion, pues no prestó la menor atención a los demás.

—No deberías estar aquí —le advirtió—. Maldito sea tu Hálito, no deberías estar aquí, y menos ahora.

Brion alzó las manos a la defensiva.

—Allí no pasa nada —dijo.

—¿Y qué hay aquí que sea más necesario y urgente? —preguntó ella.

Por un instante pareció reconocer que yo al menos existía, con una ojeada en mi dirección, pero luego frunció aún más el ceño y se inclinó hacia Brion, quien alzó las manos.

—Lenk está reuniendo a su gente y se dispone a regresar a sus naves. Fassid dice que tu ausencia no les deja elección.

—¿Se niegan a hablar con Beys?

—¿Por qué pensaste que hablarían con él?

—Beys maneja todo eso. ¿Qué importa donde esté yo? ¿Y qué puede hacer Lenk, de todos modos?

Ante aquella mujer imponente, su voz parecía la de un niño a la defensiva.

—¿Cómo sabes qué puede hacer Lenk y qué no? —continuó Chung, enfrentándose a él severa—. Hay más cosas en juego que esta silva monstruosa.

—Mira cómo ha cambiado —dijo Brion, plantándose ante la mujer, pero recurriendo a la persuasión, no a la autoridad.

Frick presenciaba aquel diálogo con cierto aburrimiento. Chung no lo amilanaba, al menos mientras concentraba su atención en Brion.

—Me importa un bledo que haya cambiado —dijo ella con voz cascada, cogiéndole las manos—. ¿Qué puedes hacer aquí?

—Aquí está nuestro legado —dijo Brion. Su rostro se arrugó como cuero blando. Sacudió suavemente las muñecas, no para zafarse de ella sino para enfatizar sus palabras—. Ella está aquí. Yo esperaba convencer al Hexamon...

Chung me miró con absoluto desprecio.

—Fassid me habló de este farsante —declaró—. Él y la credulidad de este tonto —señaló a Salap— los han puesto en una situación embarazosa. Incluso Lenk puede hallar un modo de usarlo contra nosotros. ¡Pero tú te lo crees!

—No tiene ninguna prueba, pero es muy convincente —comentó Frick—. Creo que está plenamente justificado que ser Brion...

Chung extendió la mano agresivamente.

—No importa quién o qué es. ¿Dónde están los ejércitos, las fuerzas que nos sacarían de aquí?

—No han venido —dijo Brion, como si fuera una insignificancia.

Ella entornó los ojos castaños, frunció los labios, me miró por el rabillo del ojo. No pude contener mi reacción. Nunca había sido caballeroso cuando tenía que enfrentarme a la cólera desatada de una mujer. De hecho, el histrionismo no formaba parte de mi vida en Thistledown.

Me eché a reír. Chung no se inmutó.

—Sois hombres muertos —nos dijo a Salap y a mí—. No diréis nada de esto a Lenk.

—Hyssha —dijo Brion, zafándose de sus manos—. Nada de eso significa nada. Nada importa lo que haga Lenk, ni lo que haga yo. Nada. Mira el verdor. Le he dado las herramientas. La ventaja. Presenté claramente mi petición.

—Caitla ha muerto —dijo Chung—. Mi hermana no regresará.

La muralla verde del final del sendero tembló violentamente, y se formó una hendidura en el centro que adquirió profundidad mientras los bordes se desplazaban

hacia ambos lados. En ese mar verde que se entreabría, nuestro Moisés biológico parecía tan sorprendido como nosotros. Una bruma de polvo rojo llenó el aire hasta que fue cayendo lentamente. El sendero pronto se extendió cien metros más, hasta el borde interior de la nueva silva y el linde del terreno donde se erguían los pilares.

—No quiso abrirse para mí —le dijo Brion a Chung—. Se está abriendo para ti. Te huele. Y tú hueles como Caitla.

Chung miró sendero abajo, menos desdeñosa y airada que un instante antes. Vaciló. Se estremeció. Miró a Salap.

—Eso es ridículo —dijo.

—Vayamos a ver —dijo Salap, siguiendo a Brion, que ya había reanudado la marcha.

—Ella está muerta —nos dijo Chung a Frick y a mí, pero sin certidumbre—. Nada puede traerla de regreso.

Al final del camino se extendía una desolada extensión de lava resquebrajada, trozos pequeños y regulares como guijarros en el cauce de un antiguo río. El campo de lava cubría varios kilómetros, interrumpido por seis montículos parduscos de cincuenta o sesenta metros de altura, coronados por cráteres, como montes amarillos cubiertos de nieve sucia. Aguas termales brotaban del centro de esos montículos y formaban hilillos oscuros e irregulares en los flancos, gorgoteando alrededor de su base.

Bordeando el campo de lava, los pilares rojos y negros cubiertos de lianas arrojaban largas sombras sobre la grava y dos montículos.

En el cielo, en número creciente con los rayos del sol de mediodía, cientos de globos llevaban su cargamento de vástagos larvarios, rozando con los cables la planicie de lava, moviendo sólo las puntas, que tocaban delicadamente la inhóspita grava y retrocedían como tentáculos de pulpos. Los globos se elevaban desde el centro del campo, oculto por el montículo más cercano.

Salap no pudo disimular su fascinación.

—Hemos visto muchas cosas y sobrevivido, ser Olmy —me susurró—. Pero nunca hemos visto nada semejante.

Frente a nosotros, una laguna de líquido rojizo y humeante, que no era lava sino agua termal sobresaturada, rica en minerales, con la consistencia del vidrio fundido, burbujeaba entre los trozos de lava y se solidificaba con ruidos crepitantes, mientras su lisa superficie se oscurecía y enturbiaba. Más allá de esa laguna ya se habían endurecido otras y formado sendas llanas en la rugosa grava. Brion se detuvo sobre la superficie pardusca y brumosa, caminó a paso vivo hacia la siguiente.

Las lagunas vitrificadas nos permitieron llegar al montículo más próximo. Aguas sulfurosas, humeantes y efervescentes se deslizaban por el flanco del montículo a sólo diez metros de nosotros. Del otro lado teníamos una clara visión del centro del campo. Una semiesfera roja y grande como un estadio se erguía al final del camino como una inmensa burbuja de sangre, pero sólida y reluciente bajo el sol.

Alrededor de la semiesfera, los globos cargados se elevaban lenta y obstinadamente desde cráteres de borde rojo, e iniciaban su viaje aéreo hacia la verde silva.

—No es diferente. Salvo por los globos, esto no ha cambiado —dijo Brion por encima del hombro, avanzando a brincos.

Todos nuestros rostros cobraron un tinte rojo cuando nos aproximamos a la cúpula. Chung había perdido su arrogancia. Lo observaba todo con callada y nerviosa atención. Brion, por su parte, estaba exaltado, y corría de aquí para allá bajo el fulgor rojo de la semiesfera, los ojos relucientes de lágrimas, como si al fin hubiera llegado

a casa.

Salap iba por su cuenta, sumido en sus contemplaciones, pisando con cuidado, como si las parduscas baldosas del sendero pudieran rajarse y succionarnos. Frick permanecía cerca de mí.

El sendero terminó en una línea rugosa que parecía una cicatriz en la cúpula. Brion tocó la larga cicatriz, pero no logró que se abriera.

Salap cogió a Chung por el codo, empujándola hacia Brion.

—Te toca —murmuró ante su resistencia.

—Ella te huele. Ella cree en ti —le dijo Brion—. Ella cree en nosotros.

En presencia de Chung, la cicatriz se abrió con un ruido de ventosa y los bordes se retiraron como una cortina para formar un orificio redondo en el flanco de la semiesfera.

Lo atravesamos. Dentro, nuestros ojos se habituaron a un interior umbrío de color sangre. Arcos traslúcidos se elevaban desde el suelo, a nuestra izquierda, sosteniendo el perfecto exterior de la cúpula. Unos metros a la derecha se levantaba otro conjunto de arcos. Suspendidos de gruesas hondas nudosas entre los arcos, o de las vueltas de los propios arcos, colgaban enormes sacos semejantes a globos desinflados cuyo fondo llenaban depósitos de líquido oscuro.

A izquierda y derecha, vejigas traslúcidas de tres a cuatro metros de anchura y uno de altura interrumpían el suelo flexible. Dentro de las vejigas, tubos en espiral y oblongos se aplastaban contra la membrana, pálidos pero rodeados por un fluido negro y espeso como petróleo.

A una docena de pasos, los arcos se encontraban con una cámara interior cuyas paredes se curvaban hacia dentro como la intersección de seis enormes burbujas. Todas las superficies de la semiesfera eran secciones de grandes burbujas, modeladas con pericia y cortadas o cruzadas por otras superficies curvas de diversos tamaños. Era como meterse en el interior de un radiolario enorme, una de esas diminutas criaturas marinas microscópicas con esqueleto de silicio de los mares de la Tierra.

Caminamos despacio entre aquellas maravillas. Un nuevo olor impregnaba el aire, un perfume dulzón y almizclado.

—El velo externo. Oledlo —dijo Brion, agitando la mano—. Hay ocho velos, ocho capas aéreas de aroma. Una vez traje aquí un pequeño vástago, hace seis meses. Luchaba en mis brazos, y cuando atravesó el tercer velo quedó convertido en un líquido espeso y se me escurrió entre los dedos. Lo que está dentro no tolera a sus hijos... a menos que tengan autorización. Y los únicos vástagos que tienen autorización son los espías, reconocedores y recolectores que traen información. Lo que está dentro siempre tiene hambre de diseños, planos, diagramas... información.

Vimos una zona de almacenamiento para losas y trozos de roca: pizarra, piedra arenisca, conglomerados, pedernal y otras variedades, dispuestos en montones,

aparentemente de manera caótica; cubrían unos cien metros cuadrados en el reborde de un arco principal de soporte. Los montones se elevaban sobre nuestra cabeza. A un lado, un vástago de tamaño elefantino con muchas zarpas permanecía inmóvil; sólo un leve temblor agitaba sus extremidades delanteras, zarpas con pinchos largas como mis piernas, algunas de punta afilada. En la base había fragmentos de piedra partida desparramados que contenían bellos fósiles. Brion avanzó entre dos montones y separó un fragmento de piedra caliza de treinta centímetros de lado.

—Ella hizo juntar estas piedras para que se las trajeran. Las usa como una especie de biblioteca.

Nos alcanzó la losa de veinte kilogramos. Había un perfil negro incrustado en la piedra caliza, un artrópodo de muchas patas rodeado de gruesos zarcillos plumosos.

—Cuando mi esposa y yo llegamos aquí, ella no veía. Ella almacenó estos fósiles y los estudió sin ojos, saboreándolos y palpándolos.

Salap se acercó a Brion, las manos extendidas, los dedos ávidos. Cogió el fósil con los ojos desorbitados.

—¿Esto era un vástago? —preguntó.

—No sé —dijo Brion—. Tiene por lo menos diez millones de años. Si es más antiguo, pertenece a la época de las criaturas con concha que cubrieron gran parte de Lamarckia con capas de piedra caliza y que dificultan el hallazgo de metales y otros minerales. ¿Qué edad crees que tienen los ecoi?

—He calculado que cientos de millones de años —dijo Salap.

Brion sacudió la cabeza.

—Hsia fue el primero, y quizá tenga menos de veinte millones. En cuanto a los demás, a lo sumo tienen unos cuantos millones de años. La vida era poca y muy simple antes de Hsia.

»Cuando Hsia se aventuró en tierra, había muy poco oxígeno, y no había ozono en las zonas superiores de la atmósfera. Se cubrió con una gruesa capa protectora. El oxígeno habrá tardado quince millones de años en alcanzar los niveles actuales.

Desde más adelante nos llegaba un olor dulzón y penetrante. Mientras avanzábamos hacia el cubo interior, atravesamos diversas variantes del mismo olor, como velos de incienso rodeando el cuerpo de un santo reverenciado.

Brion se detuvo. Los hollejos marchitos de lo que parecían cuerpos humanos yacían amontonados al pie de un arco. El arco se elevaba por lo menos sesenta metros hasta las borrosas y rojizas alturas de la cúpula. Los cuerpos tenían un tamaño que oscilaba entre menos de un metro y más de dos. Tejidos secos se estiraban sobre soportes internos toscamente parecidos a esqueletos. Rostros de tejido duro nos miraban con ojos vidriosos; cabezas de muñeca creadas por un torpe fabricante de juguetes que había desechado los resultados fallidos.

—Esto eran experimentos —murmuró Brion—. Ella nos los mostró la primera

vez que vinimos aquí. Sabía lo que quería... algo para comunicarse con nosotros. Sabía que no formábamos parte de ningún ecos, y necesitaba desesperadamente descubrir qué éramos. El mejor modo de aprenderlo, para ella, era imitarnos. Es su modo de aprender.

El almacén cúbico que teníamos delante era más grande y estaba más lejos de lo que yo había creído. Empezaba a unos cincuenta metros del cementerio de formas humanas desechadas. El último aroma nos rodeaba, y era repugnante y atractivo a la vez: pan horneado, alquitrán caliente, metano, sales y mucho más.

Brion se acercó al almacén caminando como un viejo cansado. Traté de imaginar su estado emocional y no pude. Lo que él esperaba, lo que tal vez viera, habría enloquecido a muchos hombres. Mientras nos precedía, nos dio una entrecortada explicación de su última visita. Había llevado a su esposa moribunda al interior de la semiesfera sanguinolenta, se había quedado con ella escuchando su último aliento, sus últimas palabras.

—Padecía dolor —dijo con voz trémula y ronca. Se secó la cara con el dorso de la mano, el cordel todavía atado en torno al dedo—. Nadie podía salvarla. —Tocó la pared membranosa del almacén y me miró—. Era extraordinaria. Ambos rezamos para que viniera el Hexamon a traernos la medicina de Thistledown, aquello que Lenk había dejado atrás. Al fin Lenk se vengó de nosotros. Mucha gente de mi pueblo murió como mi esposa. Ella duró más que la mayoría. Su hígado y sus riñones se pudrían. Una enfermedad muy sencilla de curar en Thistledown. Pero no vinisteis. Cuando ella murió... murió. —Apartó la mano—. Fue un alivio. Me sentí como si hubiera muerto con ella, y eso también fue un alivio. La dejé en el suelo, dentro... Salí y acampé cinco días en el linde del campo de lava. Ser Frick me traía comida de la lancha. Nada sucedió. Nadie salió del domo. No pude volver a entrar. Todos regresamos a Naderville.

Frick miró las sombras de todos los costados con una mueca de temor. Hyssha Chung se quedó cerca de Brion. Había odio en sus ojos cuando me miraba. Yo encarnaba todas las esperanzas perdidas, la decepción final. Para ellos yo representaba el fracaso: no habría rescate inminente, ni cambios y explicaciones, ni regreso a los brazos de padres sabios y protectores.

—Ella está dentro —murmuró Brion—. Es decir, está por todas partes, pero el corazón de su corazón está aquí. El corazón de la vida de Hsia.

Fuera de la semiesfera, las nubes debían haber tapado el sol, pues la sombra nos envolvía. Haces tenues pinchaban la profunda oscuridad roja y parda, como estrellas en el firmamento. Una luminosidad violeta fluctuaba dentro del almacén. Un sonido grave gruñó bajo nuestros pies. A metros de distancia, más allá de vanas filas de paredes y soportes traslúcidos, algo se hinchó como la garganta de un enorme sapo y se desinfló, expulsando un dulce y repulsivo aroma a alquitrán y resina ardiente.

Brion se apoyó en la pared, una sombra clara contra la membrana. Esta vez no hubo preferencia por Hyssha. La pared pareció absorberlo, y el tejido que estaba bajo nuestros pies gruñó de nuevo.

Oímos una voz extraña, y Salap saltó como si le hubieran pegado en las costillas. Aguda, dulce, como el chirrido de un gran insecto mezclado con el silbido de una flauta; infantil, pero afectada y madura, llegaba desde el interior del almacén.

—Nombres claros ahora —dijo—. ¿Nombres son y claros?

El tiempo se ha vuelto muy confuso. Me estoy recuperando, dicen los ayudantes. Soy una celebridad en el Hexamon. Yanosh flota junto a mi diván.

—¿Era la esposa de Brion? —me pregunta Yanosh.

Estamos en la Vía, en caída libre, en la unidad hospitalaria de Ciudad de Axis. No sé con certeza si estoy soñando o estoy muerto. Recuerdo que le conté mi historia a Yanosh y tal vez a otros, pero me ha llevado un tiempo —un tiempo indefinido— llegar a este punto. Los acontecimientos se confunden.

Yanosh ha cambiado. Ha adoptado un rostro más viejo, para tener la apariencia de haber tomado muchas decisiones, de poseer madurez política. Aquí han pasado sólo unos años, tal vez diez. ¿Qué significa eso?

—¿Era la esposa de Brion? —repite con paciencia. Es primer asistente del recién elegido ministro presidencial geshel, pero ha pasado mucho tiempo en mi unidad, hablándome, aguardando el regreso de todos mis recuerdos.

Sé que soy un viejo; tengo noventa o noventa y un años de Lamarckia. Debo estar muerto, o moribundo, y todo esto es un fragmento menguante de mi imaginación.

—Estaba muerta —logro decir.

—¿Qué fue lo que os habló, entonces?

Su curiosidad me ofende, como si su deseo de saber qué aspecto tenía la madre seminal o la reina delatara una mentalidad pueril o trivial. Hay muchas otras cosas importantes. Lo que hizo Lenk, o permitió que su gente hiciese. El verdor, una ola de cambio, un flujo a través de las generaciones, el uso que hizo Hsia del don de Brion, su «nombre».

Todo me parece comprimido, y tengo que ordenar mis pensamientos y encontrar nuevamente su ilación. La fuga sumada al dolor y el hambre. Las migraciones desde los lugares adonde llegaba el verdor, donde dominaba Hsia. Y cómo el nombre de la esposa de Brion le fue impuesto a esa marea que habían iniciado, a ese ecos transfigurado que ahora se llamaba Caitla, un vasto y vibrante espectro que tenía tanto que ver con esa voz, y nada que ver con Caitla misma, pues ella había muerto. Su cuerpo permanecía intacto allí donde Brion lo había dejado, dentro del armazón, en las profundidades de la madre seminal, la enorme burbuja de color sanguinolento.

—No había nadie detrás de esa voz —digo.

—Quieres decir que no había inteligencia.

—No había un yo, no había un tú.

Recuerdo el dolor de mis piernas y mis brazos, el ardor en mis articulaciones, un ardor de años. Ese dolor ya se ha ido. Muevo los dedos y las articulaciones se doblan limpiamente, con una docilidad que he olvidado.

—Tenemos trabajo que hacer, Olmy —dice Yanosh—. No puedo quedarme aquí

para siempre. Ordené un esfuerzo masivo para abrir las pilas geométricas. No pretenderé que es mérito mío que te hayan propuesto para una segunda encarnación. Te lo ganaste y el Nexo lo aprobó, y ni siquiera se descontará de tus renacimientos autorizados...

No siento gratitud. Comprendo el valor de la muerte. Mi cuerpo —el cuerpo que ya no poseo— preparó mi alma mediante su deterioro en el curso de una vida natural. En tantos años de hambre, fuga, pesadumbre y dificultades, mi cuerpo se volvió resistente, y rehusaba morir fácilmente. Pero mi mente conocía el valor de la muerte. No siento gratitud. No siento gratitud si la vida es algo que se me ha devuelto.

Había sobrevivido a dos esposas. Mi pueblo se había asentado en las islas Kupe, frente al cabo Magallanes, al sur de Tierra de Elizabeth. Sólo recuerdo fragmentos: los agentes de Yanosh entrando en mi choza, encontrándome en un jergón de juncos, un lecho especial para morir.

—Elizabeth sabía morir —le digo a Yanosh.

—El ecos —dice él.

—Sí. El ecos. El nombre de mi esposa era Rebecca.

—Se negó a venir aquí —dice Yanosh—. Nos dijo que éramos ángeles y que podíamos llevarte de vuelta al lugar donde habías nacido.

—Sí.

—Era tu tercera esposa.

—Sí. ¿Quieres que te cuente todo lo que sucedió? He vivido mucho tiempo, Yanosh.

Yanosh parece francamente angustiado.

—No era nuestra intención abandonarte, Olmy. Debes creerme. Los naderitas llegaron al poder y no pudimos organizar el proyecto durante años. Cuando los geshels recobraron el poder, los jarts nos obligaron a retroceder. Y cuando al fin regresamos, la pila geométrica estaba aún más enmarañada, y no podíamos abrir una puerta. Creímos que Lamarckia estaba perdida.

—Entiendo —digo.

Aún hablo en el tono de un viejo cansado, aunque mi voz es joven. No me interesa acusar a nadie. He tenido una vida larga y plena. Conocí a Shirla, y después a Sikaya, y al fin a Rebecca. que era una anciana cuando descubrí su belleza y la amé.

Con mi muerte, seré finalmente humano. Sabré dónde estoy.

—Quieres saber qué apariencia tenía —digo.

—El campo y la cúpula ya no existen —dice Yanosh—. Los pilares están desnudos, la cúpula ha desaparecido. La jungla lo invadió todo. Sólo queda lo que has visto y recuerdas.

Él lo llama «jungla», no silva. Y en eso se ha transformado.

—Todo verde. Los últimos vestigios de la antigua Hsia.

Veo fantasmas alrededor de Yanosh, imágenes incorpóreas de otros que escuchan.
Se lo estoy contando a todo el Hexamon. Soy una celebridad.

Me acerqué al armazón. Chung se negaba a entrar. Frick siguió a Brion, pues él había estado antes dentro. No le gustaba estar allí, pero era leal a Brion. Salap estaba en éxtasis. Su rostro brillaba de entusiasmo, y sombras pardas le lamían la tez cremosa cuando nubes de tormenta cruzaban el cielo. Me palmeó el hombro, sonrió y atravesó esa membrana semejante a un telón para entrar en la cámara interior. La membrana se cerró detrás de él como la pared invertida de una gruesa pompa de jabón.

La voz habló de nuevo, aguda y perfecta. Brion sollozaba como un niño. Apoyé la mano en la membrana, sentí que me rodeaba los dedos, la muñeca y el brazo como un labio carnoso.

Dentro de la membrana, ella estaba en medio de una masa de lustrosas semiesferas negras, erizadas de pinchos negros y coronadas por arcos negros. Estaba desnuda y su piel ondulaba como si fuera una imagen mal proyectada.

Brion estaba a dos pasos de mí, Frick junto a él. Brion sacudió la cabeza, llorando. Salap se acercó a aquella forma femenina, con la barbilla en la mano, estudiándola. El largo e inmóvil cabello de la mujer, de un rojo lodoso y opaco, bajaba en mechones que le llegaban a los hombros. El rostro estaba modelado toscamente, un rostro de marioneta creado por un aficionado. No les prestaba atención.

No movía la boca al hablar.

—No conozco nombres.

—¿Puedo hablarle? —preguntó Salap.

Brion cayó de rodillas y tocó el suelo con la cabeza, aplastando las palmas contra aquella superficie irregular que palpitaba como una ola.

—Esto no es lo que él esperaba —dijo Frick.

Salap se acercó a la criatura.

—Mi nombre es Mansur Salap. Me gustaría hablar contigo —dijo, como si se presentara en una fiesta.

La criatura volvió la cabeza, pero sus ojos —azulados, con los párpados fijos e inexpresivos— no podían encontrar los de él. Carecía de refinamiento y no podía expresar nada humano salvo a grandes rasgos. Si algo había aprendido, era de forma totalmente parcial.

—Representas a otra, ¿verdad? —preguntó Salap.

—Brion no con nombres —dijo la voz, que venía de todas partes. Las paredes del armazón vibraban como diafragmas, y esos sonidos y otros parecían ráfagas de susurros, un gruñido constante y difuso.

—¿Reconoces a Brion? —preguntó Salap.

—Habla.

—Hablo y mi nombre es Salap.

—Traje a Caitla aquí. ¿Dónde está? —preguntó Brion.

Otra membrana de tejido se retiró, y vimos el cadáver sobre una protuberancia del cuerpo viviente, carcomido por meses de deterioro.

—Tú nos comprendes —dijo Salap.

Chung había entrado sin que yo la viera y estaba un paso detrás de mí.

—¡Por la Estrella, el Hado y el Hálito! —exclamó.

La criatura se volvió hacia su voz.

—Dos hablas dieron a usar lo que usar. Dos ahora aquí.

Chung se sorprendió de que la confundieran nuevamente con su hermana.

—No soy Caitla —dijo—. Tú has tratado de convertirte en Caitla. —Y le gritó a Brion—: Ella está muerta, y has querido traerla de vuelta.

Brion dejó de llorar y examinó críticamente a la criatura.

—Podrías intentarlo de nuevo. Más trabajo, más detalle.

—Tardará mucho en comprendernos —dijo Salap.

—¿Por qué? —preguntó Brion—. ¿Por qué necesita tanto tiempo? Ella toma muestras de nosotros, debe saber cómo somos.

—Nos hemos equivocado —dijo Salap.

Noté que la criatura no había avanzado un paso. Crecía del suelo y no podía alzar los pies. Era apenas un poco más refinada que los hollejos desechados que habíamos visto antes.

—Caitla y yo le dimos la clorofila —alegó Brion—. Ella tomó el frasco y lo utilizó. Le hizo a Caitla plantas para su jardín, trabajando con las plantas reales que Caitla le mostraba.

Salap me miró.

—¿Puedes decíselo, ser Olmy? ¿Puedes aportar la sofisticación de Thistledown a este pequeño ejercicio de monstruosidad?

Por un instante no supe qué quería Salap de mí. Entonces afloró un pensamiento que durante meses había retenido en el fondo de mi mente.

—Nunca tomaron muestras de nuestra estructura genética.

—¿Sí? —me alentó Salap, el rostro reluciendo de nuevo como un faro.

La criatura tembló haciendo un rudimentario ajuste.

—El muestreo es una manera de identificar otros vástagos. Cada ecos lleva sus propios marcadores, su propio esquema químico. Nosotros no encajamos en ningún esquema. No provenimos de otros ecoi. No pueden analizar nuestra estructura desde el nivel de nuestro material genético. Así que tienen que copiarnos a partir de lo que les indican otros sentidos.

—¿Pero qué hay de la clorofila? —insistió Brion.

—Ella comprende la química —dijo Salap—. Puede analizar y utilizar sustancias orgánicas. Tú debes haberle proporcionado las pistas definitivas que necesitaba... le has dado los pigmentos en un contexto que ella podía entender. Pero no puede descifrar nuestro código genético. Somos demasiado diferentes.

—Nombres —dijo la criatura—. Nombres no conozco.

Chung estaba estupefacta.

—¿De veras entiende lo que decimos? ¿O sólo trata de hilar las palabras?

—Las entiende —dijo Brion.

—Eso ya es un milagro —dijo Chung. Se acercó más a la criatura y a Brion, superando en parte su repugnancia.

—¿Con qué hablabas antes? —le preguntó Salap a Brion, señalando la criatura: antes de que creara, esta cosa.

—Cuando Caitla y yo veníamos aquí, esta cámara interior estaba llena de tejidos... herramientas. Era una fábrica de prototipos. Se generaba parte de un vástago aquí, parte allá. Vimos zarcillos gigantes que los desplazaban por la cámara y los ensamblaban con otras partes. Y vimos cómo los disolvían en grandes estanques, convirtiéndolos en gelatina o cieno. Rechazados.

«Caitla comprendió de qué se trataba. Dijo que estábamos en una enorme célula, con todas sus partes agrandadas, pero por eso mismo no era una célula. Ignorábamos por qué nos habían permitido entrar aquí. En nuestra última visita, antes de que Caitla enfermara, la madre seminal... —Señaló la cámara—. La madre seminal nos mostró los mejores vástagos con forma humana, aún más toscos que éste. Sólo podía tararear y silbar y pronunciar palabras a medias. Caitla pasó una semana enseñándole a hablar antes de que tuviéramos que regresar a Naderville. Sabíamos que ella quería comunicarse con nosotros directamente.

—Traed —dijo la voz—. Traed nombres para conocer.

—Traje a Caitla aquí cuando agonizaba. Caitla me dijo que la dejara aquí. «Déjame donde dejamos mis plantas», dijo. Sabíamos que ella podía hacer algo mejor.

Brion miró las paredes rojas del armazón. No sabía si interpelar a la criatura directamente o si hablarle al armazón, a toda la semiesfera.

—¡Puedes lograr mucho más!

—No hacer más para este hijo —dijo la voz; su timbre era vibrante y había adquirido un matiz que, de haber sido humana, yo habría interpretado como convicción—. Nuevos nombres, no hacer más, no hacer más para este hijo.

—¿Por qué? —preguntó el consternado Brion.

La criatura se hinchó de nuevo, llenándose de fluidos frescos que venían de abajo. Alzó los brazos. El color de su cutis mejoró, y los movimientos de la piel se redujeron y coordinaron, pareciéndose más al movimiento de los músculos. Miré con

turbada fascinación el desarrollo de sus rasgos faciales, el refinamiento del abdomen y los pechos, que todavía parecían de muñeca pero eran una mejor imitación de Caitla. O de Hyssha.

—Está aprendiendo de ti —le dijo Salap a Chung.

Ella escrutó las sombrías alturas del almacén, buscando ojos entre los resplandores y fulgores. Brion pareció contrariado por esto. Retrocedió un paso.

—No es Caitla —dijo.

—Nunca lo será —dijo Salap—. Has interpretado mal lo que el ecos puede hacer. Todos hemos proyectado nuestras pesadillas y esperanzas.

La criatura movió la cabeza, abrió la boca. Ahora la voz salía de la boca.

—Sonidos como olores, nombres más profundos de lo que conozco. Dos son una, pero permanecen. Hago tercera, pero dentro. Tercero es hijo, pero no como este hijo. No de mí, ni de ningún yo, de dónde.

Luego añadió el signo de interrogación:

—¿De dónde"?

Ninguno de nosotros comprendía.

—No somos de este planeta —murmuró Brion, como si se tratara de una confesión devastadora. Creo que trataba de renunciar a su última esperanza de recobrar a Caitla, y pagaba un alto precio. Aún le quedaba cierta valentía o cierta curiosidad que le permitía hablar con la criatura.

—Sólo esto es. Sólo esto es.

La criatura alzó un pie, giró levemente sobre el otro y bajó el pie libre torpemente, inclinándose hacia delante para conservar el equilibrio. Volvió a su postura original, pero quedó una mancha allí donde había levantado el pie. Aunque sabía que esa imagen de Caitla/Hyssha nunca pasaría desapercibida dentro de un ecos humano, quería terminar aquel vástago peculiar, el comunicador para satisfacer su curiosidad eterna e impersonal, el más puro y biológico afán de saber.

—Hay más —susurró Brion—. Planetas y planetas y planetas. En el cielo. Dondequiera que haya estrellas.

Ante la mención de las estrellas, las luces del almacén interior se multiplicaron sobre los soportes y paredes, azules y blancas, brillando con repentino esplendor.

—Estrellas —dijo la criatura.

Brion se volvió hacia Frick y Chung.

—Sé que no es Caitla. Sé que nunca más veré a Caitla. Pero podría quedarme aquí para guiarla. Sería feliz haciendo eso.

Frick se frotó las manos, diciendo a su pesar:

—Ser Brion, te necesitan. Te necesitamos.

El breve asomo de esperanza de Brion se marchitó. Arrugó la cara y también se frotó las manos, se apretó la nariz con la punta de los dedos.

—Beys puede encargarse de esas cosas —dijo.

—Delegas demasiado en Beys —dijo Chung—. Algún día descubrirá que no nos necesita.

Brion gesticuló bruscamente, como si fuera a replicarle, pero se volvió hacia la criatura y perdió toda expresión.

—Tienes otras responsabilidades —afirmó Salap en tono conciliador—. Aquí todos tienen otras responsabilidades. Disculpa, ser Brion, pero ninguno de vosotros está preparado para estudiar y enseñar aquí. Yo sí.

—¿Qué le enseñarías? —preguntó Brion con resentimiento, reacio a abandonar aquella última posibilidad de plenitud, de paz.

—La estudiaría —dijo Salap—. Y luego la miraría morir. No creo que este palacio, este campo, permanezca vivo mucho más tiempo, ni ninguno de su especie en Hsia. Tú y Caitla le disteis un «nombre» muy poderoso. Creo que usa «nombre» para referirse a la clorofila que le regalasteis. Ella usó el nombre. Y eso lo cambia todo.

—Los globos —dije.

Salap asintió.

—Llevan madres seminales larvarias, no sólo vástagos. Si estoy en lo cierto, dentro de pocas semanas todo esto se marchitará.

—Viejos nombres mueren —dijo la criatura.

—Una pesadilla —dijo Brion con abatimiento—. Es una pesadilla. —Se volvió hacia mí—. Ser Olmy, tú sabes historia. Sabes que el exceso de cambio significa muerte y destrucción por doquier. El Hexamon debe venir. Lo he dicho, lo he sentido. Debes reparar la clavícula de Lenk, contarle al Hexamon lo que ha sucedido aquí.

No había nada que yo pudiera decirle. Parecía ridículo que Brion hablase en nombre de los humanos de Lamarckia. Pero tenía razón. Quedaba una última cosa por hacer: encontrar la clavícula y ver si era posible repararla.

Brion se acercó a la criatura y le tocó la cara. La criatura no reaccionó, pero mientras él la acariciaba dijo:

—¿Hay más nombres? Traed más nombres.

Dejamos a Salap con provisiones para varias semanas, sacadas de las dos lanchas, la de Brion y la de Hysha Chung y sus ayudantes.

—No me moriré aquí, no temas —me dijo Salap, regresando conmigo por el mar de verdor—. Soy un buitre viejo y resistente, como bien sabes. Brion, en cambio...

Brion había regresado a la lancha como obnubilado, ignorándonos, y estaba acuclillado a proa, mirando el canal. Se había desatado el cordel; lo llevaba entre el pulgar y el índice y lo dejaba caer sobre la bruñida cubierta de xyla pintada.

—Míralo —me dijo Salap—. Todavía posee una peligrosa cantidad de poder

político, al igual que Lenk. Es preciso unirlos... o separarlos del todo.

Estábamos en el muelle, y la nueva silva —la jungla— susurraba como hierba en el viento, aunque apenas soplaba brisa. Salap me cogió por los hombros.

—Aunque nunca llegues al Hexamon, aunque ellos nunca vengan, algunos podemos sobrevivir.

26

—¿Encontraste la clavícula? —pregunta Yanosh.

Estoy terminando mi narración fuera del hospital. Yanosh tiene grandes responsabilidades que lo mantienen ocupado; ha vuelto para descubrir que he progresado. Salimos del hospital para contemplar las vistas de Ciudad de Axis.

Me aparto de los recuerdos de una vida larga y difícil.

Ahora deambulamos juntos por el Wald, el gran bosque verde ingrátido de Axis Euclides. Mi cuerpo me resulta más grato y confortable, pero todavía echo de menos mi antigua vida, mi muerte inminente, y siento tanto dolor que pienso continuamente en el suicidio. Si regreso a Lamarckia y trato de encontrar a Rebecca...

Pero no puedo hacerlo. Yanosh me dice que la puerta es esporádica, que han pasado años en Lamarckia desde que me rescataron. No quiero esta nueva vida, pero no la rechazaré. En este aspecto mi sentido del deber me compromete con algo mucho más alto que el Hexamon.

—Lo encontré —digo. El verdor de Wald me oprime, como el verdor de Lamarckia cuando errábamos de un continente a otro, y al fin de isla en isla.

Huyendo del poder del «nombre» de la clorofila.

—¿Qué hiciste? —pregunta Yanosh.

En realidad quiere saber cómo actué. La historia que he contado hasta ahora es de observación y ocultamiento, el intento de ensamblar las partes para comprender un diseño. Pero nunca lo comprendí del todo. Las partes nunca encajaron del todo.

Tomé mi decisión en medio de la ignorancia y la incertidumbre.

Brion no dijo una palabra a nadie durante las dieciocho horas que tardamos en recorrer el canal de regreso a Naderville. El verdor había avanzado docenas de kilómetros por la silva, y en los bordes de la espesura las antiguas matas se habían marchitado, cediendo el paso a las nuevas. Los globos moteaban el horizonte y nos sobrevolaban, liberándose del suelo, dejándose llevar por los vientos.

Observé esto con sombrío aturdimiento y una sensación de abyecto fracaso. No podía juzgar a Brion como antes. En todo caso, me había enfurecido con Lenk. Pero Lenk era viejo y no podía sobrellevar el peso de toda la culpa.

La futilidad de las acusaciones era manifiesta, pero no me levantaba el ánimo. Necesitaba a Shirla para que me devolviera mi sentido de la vida y de la realidad.

Frick recibió mensajes codificados por la radio de la cabina y se los llevó a Brion, quien los leyó y se los devolvió ceñudo. Frick estaba cada vez más agitado. Algo estaba sucediendo.

Brion fue a proa. Abrazándose las rodillas escrutó el poniente con los ojos entrecerrados, los labios contraídos en una mueca de asombro.

Dejamos atrás la entrada del lago. Traté de convencer a Frick de que me llevara al lago, al encuentro de las naves allí ancladas. Frick miró a Brion, sacudió la cabeza como si yo fuera una mosca zumbona y finalmente me ignoró.

Los guardias me vigilaban desde la cubierta trasera de la elegante lancha. Pensé en zambullirme en el canal y nadar hasta la costa, o por el canal hasta el lago, pero sabía que me dispararían si lo hacía.

El humo se elevaba desde el alto linde de la silva cuando nos aproximamos a Naderville, pero durante unos minutos la ciudad en sí permaneció oculta. La bahía apareció primero, y estaba llena de naves. Conté ocho, diez, doce, y cuando pude ver la bahía entera, diecisiete. Naves de todo tipo: goletas, macizos barcos de cuatro árboles, barcazas. Estallaban fogonazos en los flancos de varias naves y eran seguidos por el estruendo de los cañonazos y el silbido de las balas. Más fogonazos de la costa, bocanadas de humo, detonaciones.

El piloto aceleró, y la lancha de Chung se apresuró a seguirnos. Mientras las lanchas salían del canal, vi de nuevo Naderville, cientos de casas y edificios que cubrían varias colmas, con un fondo de matas oscuras.

Lenguas de fuego trepaban de calle en calle por las colinas, y caían más bombas que hundían los tejados de los edificios y provocaban más llamaradas. Un tercio de la ciudad ardía. Gritos y alaridos flotaban por la bahía. Brion miró las negras columnas de humo con una expresión atónita y lastimera; fue hasta el centro de la lancha y pidió los prismáticos.

—Lenk mintió —masculló, observando la ciudad con los prismáticos—. Se usó a

sí mismo como señuelo.

Bajó los binoculares y gritó:

—¿Por qué Beys no lo sabía? General Beys, ¿dónde estás?

Enfilamos hacia la costa norte y atracamos al atardecer en un muelle privado. La lancha de Chung atracó al lado, y Chung nos miró con cara de pocos amigos, abatida y atemorizada. Sus ayudantes, Ullman y Grado, saltaron de la lancha, la amarraron, ayudaron a Chung a descender.

A cien metros, los almacenes ardían perezosamente, arrojando un humo negro, espeso y acre. La casa contigua al muelle también comenzó a arder cuando cayeron brasas en el tejado.

Brion apoyó un pie en la borda y me miró con desprecio.

—Tú no eres nada —dijo—. El Hexamon no nos mandó nada.

Parecía dispuesto a ordenar que me fusilaran, pero sacudió la cabeza y cogió la mano de Frick, trepando al parapeto del muelle.

Brion, Chung, Frick y los criados y guardias huyeron del muelle, dejándome solo en la lancha. Tomaron por el camino que conducía a Naderville.

Me quedé inmóvil unos minutos. Sentía un cosquilleo en los brazos y las piernas. Estaba paralizado, mirando el fuego que se acercaba al muelle y las lanchas, la xyla que ardía con llamas lentas, rizadas, anaranjadas, un humo grueso y aceitoso que manchaba el cielo azul. Bajé de la lancha y me paré en el camino del puerto. El viento me soplaba en la espalda, alimentando los fuegos de Naderville. Una mujer de vestido largo y negro con ceñidor rojo corría en solitario por el camino. Seguramente habían evacuado aquella parte de la ciudad en cuanto las naves entraron en el puerto.

Mi primer impulso fue regresar a la lancha y cruzar el puerto, aguardar en la costa sur hasta que los incendios y el combate hubieran terminado. Conocía mi misión. Yo no debía interferir, y debía llevar información al Hexamon. No podría hacerlo si estaba muerto.

Busqué el Khoragos y el Vaca entre las naves de la bahía pero, tal como había sospechado, no estaban allí. Sin duda Lenk las mantenía fuera del puerto y lejos del combate. Esperaba que Shirla estuviera con él, y también Randall.

Estaba harto de los divaricatos y sus intrigas políticas, de las obsesiones y cálculos de Lenk, todos errados, y de su manera de perseguir a Brion y Caitla (si eso era verdad). No entendía por qué Brion delegaba el poder en Beys, y el hecho de que le hubiera regalado a Hsia su verdor me parecía un obscuro y ridículo acto de arrogancia.

Si en ese instante se abría una puerta, me arrancaba del asiento del piloto y cerraba Lamarckia para siempre, no lamentaría mi partida.

Salvo por Shirla. Ella era esencial, el ancla que me impedía hundirme en aquella locura. No era especialmente bella, ni especialmente inteligente, nada en ella brillaba

de manera inefable. Era sólo una mujer con convicciones decentes y objetivos sencillos. Quería vivir su vida entre amigos e iguales, vivir y amar a un hombre decente, criar hijos que fueran seres humanos en un lugar conocido y entrañable.

Yo detestaba las partes de mí que veía reflejadas en Lenk o Brion. Sus mezquindades y fracasos bien podían ser los míos. Hasta la pesadumbre de Brion por Caitla desmerecía debido a su arrogancia, a su presunción de que gente de su alcurnia no podía morir, de que alguna magia debía mantenerlos con vida.

¿En qué se diferenciaba de mí? En Thistledown sin duda yo optaría por el rejuvenecimiento: extensión de la vida e incluso reemplazo del cuerpo.

Caitla y Brion habían actuado guiados por sus creencias, por equivocadas o inaceptables que fueran, y hasta ahora yo no había hecho nada. No había usado mi pericia, no había aprovechado mis escasas posibilidades. Siempre me las había apañado para encontrarme en situaciones en las que mantenerse distante era lo mejor.

El activismo de Lenk había traído a su gente a aquel lugar y la había abocado a intensos padecimientos. La impulsiva militancia de Brion había desembocado en la guerra y el asesinato y había culminado en la locura de ese verdor proliferante. El relativo equilibrio que existía antes se había roto y era imposible restablecerlo.

En comparación, mi inacción parecía digna de un santo.

El rostro de Shirla seguía apareciendo en mis pensamientos.

Mi misión había concluido.

Tenía que tomar una decisión, o sólo sería un hombre vacío, una nulidad en precario equilibrio.

La pared de la casa se derrumbó. Me alejé de la llamarada. La ráfaga de aire caliente me hizo tiritar y me volví hacia el muelle.

Con el rugido de las llamas a mi espalda, estudié la bahía, juzgando la posición estratégica de las naves y las lanchas, la configuración de Naderville. Había combates en la ciudad. Veía tropas que avanzaban por las calles, oía los crepitantes estampidos de armas cortas.

Lenk le había mentado a Brion, en efecto, o bien esperaba lo peor y estaba preparado. Había mantenido en reserva una improvisada flota armada con naves mercantes y transportes. Ahora sitiaba Naderville. Las catorce naves habían entrado en el puerto unas horas antes, tal vez advertidas por la partida de las naves diplomáticas Khoragos y Vaca. Los vapores no estaban a la vista. Beys debía haberlos sacado del puerto, tal vez regresando a Jakarta para reforzar el sitio. Las naves de Lenk habían sorprendido a la pequeña fuerza defensiva, y varios centenares de soldados habían desembarcado. Todo había sucedido muy deprisa.

No había maestros en Lamarckia, sólo niños. Algunos de esos niños, sin embargo, eran más astutos de lo que yo había creído. Lenk había resultado ser más listo —o más afortunado— que Brion, a pesar de' todo. Sospeché que Lenk contaba con

fuerzas superiores, escogidas entre los más aptos de los airados ciudadanos de Tasman y Tierra de Elizabeth. Los efectivos de Brion —a juzgar por el pobre tonto de la chalana— quizá sólo fueran matones oportunistas, mal entrenados y crueles, que no podían competir con esa pasión vengativa.

Brion había dejado de ser invencible. Los últimos estertores de un hombrecillo asustado, dolido y colérico estaban a la vista en las colinas y calles de Naderville.

Mientras la casa derrumbada crujía y estallaba a mi espalda, regresé a las lanchas abandonadas y examiné las provisiones y las reservas de energía. Las baterías de la lancha de Chung estaban casi agotadas, pero la lancha de Brion aún tenía una de repuesto, totalmente cargada. Llevé las baterías de repuesto a la lancha de Chung, más discreta que la fastuosa nave de Brion, arrié la bandera de proa y me dispuse a zarpar. Navegué entre vaharadas de humo asfixiante, no hacia el sur de la bahía, donde había pocos edificios y no había bombardeos ni combates, sino hacia el oeste, a lo largo de la costa, bajo la línea de fuego de las naves.

El crepúsculo avanzaba deprisa. Sorteé una mole humeante que había sido un buque mercante. Sus árboles retorcidos sobresalían del agua como dedos rotos. Quería comprender cabalmente la situación estratégica, encontrar la mejor perspectiva y luego entrar en la ciudad para sumarme a los efectivos de Lenk.

El abrepuestas me había colocado en una época realmente interesante, y yo estaba apresado en ella como una mosca en ámbar. No habría regreso posible.

Naderville descansaba sobre dos colinas principales, con una hilera de colinas más pequeñas a lo largo de la península, entre el puerto y el océano, al norte.

Al este, entre la ciudad, el lago y la Ciudadela, aún quedaba un retazo de vieja silva. Esa espesura estaría atravesada por túneles, y si Beys o sus subalternos habían apostado tropas de última defensa —o esperaban librar una batalla final— debían estar escondidas allí o en la Ciudadela. Cuando se presentara la oportunidad, después del bombardeo con artillería, tomarían una o ambas colinas.

Un grupo de soldados marchaba calle abajo por una colina, al amparo de las sombras de una hilera de edificios aún intactos. Estaban a un kilómetro y medio de la lancha. Yo no podía distinguir a quién pertenecían esas tropas. Era posible que los soldados de Lenk no llevaran uniforme, pero no atinaba a ver el corte de la ropa, ni siquiera a determinar su color.

Era necesario examinar la ciudad desde más al sur para tener una vista mejor de las calles y edificios, los centros de conflicto potencial. Guié la lancha hacia el sur, alejándome de las naves de Lenk.

Trabando el timón para hurgar en la cabina, encontré un papel en una gaveta; no tardé en terminar un boceto del puerto, la ciudad y las calles visibles. Usé los prismáticos para captar los detalles: edificios administrativos, una torre de agua, algo que parecía una antena de radio al oeste. Cualquiera de aquellos puntos podía

constituir un objetivo crucial.

A estas alturas comenzaba a llamar la atención de las naves de Lenk, que estaban a menos de dos kilómetros. Un artillero apuntó a la lancha y una bomba estalló a unos diez metros. Yo no sabía qué clase de cañones tenían, ni lo precisos que eran, pero no podía arriesgarme a permanecer más tiempo en el agua. Enfilé de nuevo hacia las dársenas. Otra explosión me cubrió de espuma. Estaba a menos de doce metros de la costa cuando un impacto directo partió la lancha en dos y me arrojó al agua.

Aturdido, floté de espaldas en las negras aguas de la bahía varios minutos antes de nadar hacia la dársena.

Me agarré a una escalerilla y subí en la oscuridad, entre dos almacenes, uno de ellos destrozado por el bombardeo, aunque no estaba en llamas. Traté de recobrar la compostura. Un trozo de xyla me había abierto un sangriento corte en la frente. Me enjuagué la sangre con la manga mojada. Había perdido el mapa, pero había memorizado la mayoría de los detalles.

Naderville estaba dividida por cuatro calles principales que circulaban de este a oeste y siete u ocho calles anchas que circulaban de norte a sur, desde el puerto hasta las colinas. Los edificios que posiblemente eran administrativos —todavía intactos, asombrosamente— ocupaban las laderas de la colina más oriental, frente a un paseo norte-sur. Caminé hacia ellos.

Algunos civiles todavía seguían en la ciudad, y las escenas que vi mientras iba hacia la colina oriental podrían haber tenido miles de años.

Unos cadáveres cubrían un pequeño patio donde había estallado un proyectil: dos grandes, dos pequeños. Niños. Me pregunté si Lenk habría matado a alguno de sus propios hijos.

Cinco hombres mayores y varias mujeres, las cabezas envueltas en un paño para protegerse del humo, empujaban un carro con sus pertenencias, entre cascotes y restos de xyla.

Me oculté en el portal de un edificio derruido para evitar toparme con una hilera de hombres y mujeres jóvenes, sin saber si eran soldados. Cruzaron una calle alentándose a gritos. Algunos llevaban linternas eléctricas.

A la luz de una linterna reconocí un rostro: Keo, uno de los ayudantes de Lenk, que seguía la hilera de cerca. Lo llamé por su nombre. Se volvió bruscamente, alzó la linterna y me localizó en el portal.

—¡Olmy! ¡Por el Hálito del Hado! ¡Todavía estás vivo! Estábamos seguros de que os habían matado a todos al comenzar los ataques.

Llamó a gritos a los hombres y mujeres que se alejaban. Dieron media vuelta y se apiñaron a nuestro alrededor. Jadeaban como ciervos asustados, pero procuraban conservar el aplomo.

—¿Qué sucede? —pregunté.

—¿Dónde está Salap? —preguntó él.

No quería perder tiempo con explicaciones.

—¿Habéis tomado la ciudad?

Algunos jóvenes negaron con la cabeza, otros rieron nerviosamente. Conté cabezas y sexos: ocho hombres, cinco mujeres.

—Todavía no —dijo Keo—. Hay combates cerca de la carretera del Sol. Mucha resistencia. Beys se había hecho de nuevo a la mar, aunque no vio nuestras naves. Ahora ha regresado al lado norte de la península, y sus tropas han desembarcado. Vuelven a la ciudad para reemplazar a los soldados que fueron a la península oeste. Una maniobra de distracción. Los auxiliares de Lenk (ahora todos somos auxiliares) hicieron encallar allí una pequeña nave e incendiaron algunas casas y edificios. Yo no sabía nada de esto... —Jadeó en su nerviosismo—. Antes de irse, Randall nos habló de ti.

—¿Shirla está con Lenk?

Keo pareció abatido.

—¿La mujer? No. Ella y Randall fueron capturados hace dos días por la policía de Brion, poco después de que Salap y tú os fuerais con Brion.

—Tenemos que irnos —gritó uno de los jóvenes, un aprendiz de una de las goletas, a juzgar por su indumentaria. Se enfrentó a mí—. Seas quien seas, no podemos quedarnos aquí a remolonear. Tenemos que informar de si vienen tropas por el este de la ciudad.

—Es verdad —dijo Keo, evidentemente incómodo en su papel de líder.

—Él es el hombre del Hexamon —dijo una joven, mirándome con curiosidad. La roña y el sudor le manchaban el rostro delgado, y parecía idiotizada por el miedo y la agitación—. Estaba a bordo del Khoragos. Es la persona de la que tanto hablaban.

Apenas oí todo esto. No hacía sino preguntarme adonde habrían llevado a Shirla.

Tal vez estuviera de nuevo en el lago, escondida en los edificios del antiguo palacio de la madre seminal.

—He estado en el puerto, y no hay combates al este... todavía —dije—. Pero podría haber un contingente en el lago. Beys podría usarlo para hostigarnos... ¿Dónde están los vapores?

—La última vez que los vimos estaban al norte de la península.

Repasé mentalmente el plan que seguramente tenía Beys —el mejor plan dadas las circunstancias—. Había hecho desembarcar en el norte las tropas que viajaban en las naves, tal vez dos compañías de hombres y mujeres bien entrenados, una fuerza eficaz en esas circunstancias, aunque insuficiente para tener un gran impacto.

Los soldados del viejo palacio serían unos cientos. Si la ciudad estaba mal defendida —con tropas concentradas en las naves de Beys y en los cuarteles de Brion—, era probable que Beys sólo contara con unos centenares de soldados. Los demás

estarían operando en Tasman y Tierra de Elizabeth.

—¿Cuántos soldados tiene Lenk?

Keo me miró inseguro, sudando a la luz de la linterna. Asomaron estrellas entre las volutas de humo. El bombardeo había cesado por el momento.

—Tú eres un soldado del Hexamon —dijo—. ¿Con quién estás?

—No estoy con Brion. Necesito encontrar a Shirla... y vosotros necesitáis asegurar la ciudad. Como has dicho, soy un soldado... estoy mejor entrenado que Lenk, y tal vez mejor que Beys.

Casi podía ver los pensamientos de Keo. Lo habían puesto al mando de aquellos jóvenes, pero no tenía formación militar. Pocos inmigrantes de Lamarckia la tenían. Constituirían una fuerza improvisada, en el mejor de los casos. Yo ignoraba sus planes estratégicos. Era evidente que Beys no estaba preparado para aquello, pero tal vez pronto organizara una defensa efectiva. Keo tenía suficiente seso para comprenderlo.

—Lenk no nos confió sus planes hasta último momento. Quizá tengamos seiscientos voluntarios.

—Siete u ocho compañías.

—Creo que Lenk los ha repartido de otra manera.

—¿Quién es su general?

—El mismo planeó la operación. Fassid ayudó.

Sacudí la cabeza con desaprobación. Keo iba a defender la pericia de Lenk, pero le interrumpí.

—Hay que establecer una defensa consistente al este de la ciudad. Al menos doscientos hombres. Beys sin duda desplegará sus fuerzas en el lago. ¿Tienes radio?

—Sí —dijo Keo. Uno de sus hombres, en realidad apenas un muchacho, alzó una caja pequeña—. No tiene mucho alcance, lamentablemente.

Los jóvenes se juntaron a nuestro alrededor, más serenos. Sentí una turbada euforia.

Allí, entre aficionados, enfrentándome con un carnicero que en el mejor de los casos era astuto, yo podía ser útil. Los soldados de Lenk se habían hecho fuertes en el cabo y el promontorio, según Keo. Al norte y al este, las posiciones aún no estaban consolidadas.

—Necesitaré cinco de estos buenos soldados —dije—. Deberíamos dividirnos en dos grupos.

—Tengo un mapa... por así llamarlo —dijo Keo, alzando un morral de tela y extrayendo de él un papel doblado. Lo desdobló a la luz de la linterna. Era un boceto original a lápiz y tinta, y más detallado, de lo que yo había visto en el puerto, sobre todo de los caminos que atravesaban la silva entre Naderville y el lago. La zona de la Ciudadela no figuraba en él.

—Podemos utilizarlo. Ve con un grupo a vigilar el extremo oriental de la ciudad. Mis cinco hombres y yo peinaremos la silva, entre Naderville y el lago. Por ahora, di a los comandantes de Lenk, o a Lenk mismo, que hay que mandar por lo menos un centenar de hombres bien armados para que se encuentren con vosotros al extremo de la ciudad.

—No creo que tengamos cien hombres bien armados de los que podamos prescindir.

Lo que al principio había parecido un golpe devastador estaba cada vez menos claro. No hay maestros, sólo niños.

—No le digas eso a Beys —le dije.

Escogí a los cinco que me parecían más aptos y entusiastas, y el grupo de Keo y el mío avanzaron en dos filas por la calle hasta que llegamos a un claro de las afueras.

Más allá se extendía la alta espesura de la silva y los agujeros negros de dos caminos subterráneos.

—Buena suerte —me dijo Keo.

Yo me sentía increíblemente vivo, y muy, muy estúpido.

Avanzamos por el camino de Sanger, a través de un túnel. El de Sanger era uno de los dos caminos paralelos que según el mapa conducían al lago. Las luces del túnel estaban apagadas, así que nos alumbramos con una linterna. Yo esperaba toparme en cualquier momento con un contingente de tropas de Beys.

La espesura estaba silenciosa por la noche. Marchamos treinta minutos por el túnel y al fin salimos al exterior bajo un brillante cielo cuajado de estrellas, con el doble arco elevándose al este. Unas luces titilaban más adelante. Estábamos en un ancho claro que tal vez había sido un sembrado y ahora era un campo yermo. La carretera lo cruzaba en dirección hacia otra espesura situada aproximadamente a un kilómetro de distancia, y allí entraba en otro túnel. Supuse que la Ciudadela estaría a unos dos kilómetros.

No conocía bien el palacio, y podíamos extraviarnos fácilmente.

Una joven llamada Meg, de rostro moreno y ojos grandes, se mantenía cerca de mí. Llevaba una de las tres armas de fuego que Keo nos había cedido.

—Esto será duro, ¿verdad? —preguntó.

—Tal vez.

—¿Sabes adonde vamos?

—He estado allí.

—Y dices que hay muchos soldados.

—Meg se preocupa en nombre de todos —comentó el hombre de más edad, un sujeto alto y encorvado de veinticinco años llamado Broch.

—Hay muchos soldados —dije—. Pero vamos a evitarlos. No queremos pelear, sino aprender cosas.

—¿Cómo? —preguntó Meg, relamiéndose los labios y mirando hacia la muralla del próximo tramo de espesura.

—Nos ocultaremos entre las entradas de los túneles. Es decir, vosotros lo haréis. Tal vez yo me lleve a uno conmigo. Iré al viejo palacio. Es probable que los soldados pasen por uno o ambos túneles. Podréis ver ambos caminos desde vuestro escondrijo. Si aparecen antes de que yo vuelva, enviaremos al que corra más rápido...

—Ésa es Youk —dijo Meg, señalando a una mujer menuda y esbelta con rasgos de fauno.

—Youk —dije—. Tú corres e informas a ser Keo. El avisará a los demás por radio.

—¿Y si usan camiones? —preguntó Youk.

—Entonces cambiaremos nuestros planes. Pero es probable que las tropas vayan a pie.

Por lo que yo había visto, Beys había concentrado la tecnología de la que tanto

alardeaban allí donde era más visible. Dudaba de que hubiera muchos más vehículos o tractores que en Calcuta.

—¿Qué harás tú?

—Iré al viejo palacio —repetí—. La Ciudadela.

—Insistes en decir «palacio». ¿Qué clase de palacio? —preguntó Rashnara, el hombre más bajo.

—Es donde vive Brion —dije. No hacía falta dar más explicaciones.

Aproximándonos a la entrada del túnel siguiente, nos alejamos del recodo de la carretera en dirección a la muralla de espesura que había entre las entradas norte y sur. Tropecé y Youk me ayudó a levantarme. El suelo era duro y polvoriento y hacía meses que no lo araban. Nos aplastamos de espaldas a la espesura contra los lisos troncos de los arbóridos más extensos, que se entrelazaban formando una muralla oscura.

—¿Por qué ser Keo nos ha puesto en tus manos? —preguntó Meg.

—No creo que esa pregunta sea pertinente —dijo Broch.

—Es una buena pregunta —dije—. No dejéis nunca de hacer preguntas.

—Entonces, ¿por qué? —preguntó Meg.

Estábamos a cincuenta metros de ambos caminos. Veíamos claramente el pavimento de los dos: bandas delgadas y grises en contraste con el suelo negro.

—Un amigo común le dijo que yo había sido miembro de Defensa del Hexamon. Broch resopló.

—¿Tan viejo eres?

—No. No tan viejo. —No mucho más que estos chiquillos, me recordé.

—¿Entonces qué significa eso? —insistió Meg.

Vi algo que bloqueaba las estrellas y miré hacia arriba. Globos surcando el cielo nocturno. Uno soltó sus tentáculos en el campo, rozando la tierra a veinte metros de donde estábamos agazapados.

—¿Qué es eso? —preguntó Olivos, un hombre bajo de cabello hirsuto y barba abundante.

Youk se dispuso a correr para investigar, pero la agarré del brazo.

—Es del interior —dije—. Una nueva clase de transportador. —Me puse de pie y los miré—. Ser Broch, tienes un arma. ¿Vendrás conmigo?

—¿Me lo pides? ¿No me lo ordenas? —preguntó Broch, incrédulo.

—Sí, porque lo que debo hacer es en parte personal.

Roch se levantó.

—¿De veras trabajaste en Defensa de la Vía?

—Hace mucho tiempo.

—Iré.

—Si no hemos regresado dentro de dos horas, dad por hecho que nos han

capturado —dije al resto—. Meg, quedas al mando.

—Gracias..., creo —dijo Meg—. ¿Alguien tiene reloj?

Nadie tenía.

—Entonces contad —dije.

Broch y yo caminamos hacia la carretera de Godwin y nos detuvimos en medio del camino de piedra y grava, escrutando la impenetrable oscuridad del túnel. No teníamos linterna. Sólo el ruido de goteo del agua quebraba el silencio que reinaba en su interior.

—Vamos —dije.

—¿Qué haremos?

—Ver qué se proponen las tropas, y rescatar a una amiga. Si todavía están allí.

—¿Crees que pueden haber venido navegando?

—Si son listos, no. Lenk controla el puerto, de momento. —Parecía probable que Beys intentara recuperar el puerto. Yo esperaba estar de vuelta antes de que eso sucediese—. No hablaremos mientras estamos en el túnel, ¿de acuerdo?

Broch cabeceó.

—Apoya tu mano en la pared izquierda. Yo iré por la derecha.

Caminamos cincuenta metros en completa oscuridad. El aire era cada vez más denso y olía a rancio. Broch tosió y se disculpó con un susurro. Un penetrante y desagradable olor a amoníaco nos recibió más adelante. Oíamos sonidos procedentes de arriba: susurros, pisadas. Con cierto alivio alcanzamos el final del túnel y salimos a un campo. Había algunas luces, faroles eléctricos, y captamos voces apagadas.

Al oeste, más explosiones, y el detonar distante de los cañones. Supuse que estábamos en el extremo norte del lago, al oeste de la Ciudadela. Apenas podía distinguir la forma negra de los edificios. Se encendió una luz en una ventana. Una voz protestó y la luz se apagó rápidamente.

—Soldados de Brion —susurró Broch, de pie junto a mí.

—Podrían ser civiles evacuados —dije—. Aún no lo sabemos.

No creía que nadie pudiera vernos si cruzábamos hacia la derecha, donde la silva se presentaba nuevamente como una muralla maciza. Con pocas palabras y gestos indiqué nuestra ruta, y atravesamos un campo llano y desierto que nunca había sido cultivado.

—Dame el arma —dije.

—¿Porqué, ser?

—¿Quieres tener que matar a alguien?

Me entregó el arma. Era un rifle pesado de cañón corto y diseño sencillo.

Seguimos lentamente por el borde de la espesura, tratando de mantener el equilibrio en aquel terreno desigual. Había una forma en el suelo, a pocos metros, un

borrón negro en la oscuridad iluminada por las estrellas. Por un instante creí que era un cuerpo humano, pero despedía un fuerte olor a amoníaco. Me agaché y vi una maraña de extremidades, un largo cuerpo cilíndrico con pinchos afilados de cavador. Se me erizó el vello de la nuca. Un vástago muerto. Nadie había ido a recogerlo y llevárselo. Así era el olor de la muerte en Lamarckia. El olor del túnel también era olor a muerte.

—Por el Hado y el Hábito —dijo Broch—. ¿Qué es eso?

—Un vástago. Está muerto.

—¿Por qué los limpiadores no vienen a buscarlo?

—Las cosas están cambiando —dije.

Lo sorteamos. Sin duda era uno de los vástagos móviles de la espesura, rara vez vistos fuera de los bosques de arbóridos. La espesura, al cabo de decenas o centenas de millones de años, recibía la orden de morir.

En los edificios de la izquierda oímos pisadas y voces, órdenes. Soldados organizándose. Capté fragmentos de una conversación.

—Los atraparemos en una pinza en Jallpat.

—Son unos tontos. Tontos de capirote.

—¿Quién tiene la radio del escuadrón?

Conque ésas eran las tropas, compuestas por la mayoría de los guardias y agentes de seguridad del viejo palacio. No podía calcular cuántos eran. Un centenar, por lo menos.

—¡A formar! —ordenó una estentórea voz femenina—. Al oeste dentro de diez minutos.

Me detuve y Broch tropezó conmigo.

—¿Has oído eso? —le susurré al oído. El asintió—. Eso es lo que necesitábamos saber. Regresa a avisar a los demás para que informen a ser Keo de esto.

—¿No vendrás conmigo? —preguntó. Evidentemente le disgustaba la idea de regresar a solas, y para colmo por aquel túnel hediondo—. Creí que me necesitabas.

—Te necesitaba para esto. Ya está. Has cumplido con tu deber. Yo iré a buscar a mis amigos. —Le entregué el rifle—. Llévatelo. Espero no necesitarlo.

Roch titubeó un instante, retrocedió con los brazos cruzados, los bajó, dio media vuelta y echó a andar. Sorteó el vástago muerto y se perdió en la oscuridad.

Me las había apañado para estar solo de nuevo. Siempre había preferido trabajar en solitario, aun en Defensa de la Vía. Me pregunté si la historia de nuestra vida sería el resultado de mundolíneas derrumbándose simplemente en respuesta a la fuerza de carácter. Mil años de filosofía humana no habían resuelto la incógnita.

Caminé deprisa y sigilosamente entre dos edificios. Una luna despuntó y arrojó más luz. Eso no me convenía. Traté de permanecer en las sombras más profundas todo lo posible. Debía de estar a cien metros del viejo palacio.

Entré en un patio por un estrecho pasillo abierto. De una fuente en el centro del patio brotaba un surtidor de agua, cantando y gorgoteando. Me mantuve cerca de la pared y, haciendo crujir levemente un sendero de grava, pasé ante una hilera de puertas y ventanas oscuras hasta otro pasillo. Algunas luces bailaban en un pasadizo, entre el patio y un muro. Me aplasté contra el muro y toqué las grandes y lisas piedras redondas del viejo palacio. Pasaron las luces —dos hombres con linternas— ante la boca del callejón.

Si el que estaba al mando pensaba que la situación era desesperada, y Brion ya no estaba allí, aquella zona podía estar casi desierta.

Al cabo de un par de horas el fulgor del alba comenzaría a aclarar el cielo. Seguí la curva de la antigua pared de piedra, cincuenta o sesenta metros, hasta llegar a una puerta. Había tres hombres junto a la puerta, hablando en la oscuridad. Traté de imprimir a mi voz el volumen y tono de preocupación adecuados.

—Perdón. No os alarméis. Ser Frick...

Las tres armas me apuntaron al instante, y oí tres chasquidos simultáneos cuando cargaron balas en la recámara.

—Soy uno de los huéspedes de Brion. No voy armado. Ser Frick me ha dejado en un bote, en Naderville.

—¿Quién eres?

—Mi nombre es Olmy.

—Frick no está aquí —dijo el guardia más alto, una sombra corpulenta de voz áspera.

—¿Adonde debo ir?

—No tenemos órdenes concernientes a ti.

—Ser Brion me ha dicho que regresara aquí navegando, pero han destruido mi lancha. He tenido que caminar. Ha sido estremecedor.

—¿Estabas con Brion? —preguntó la voz rasposa.

—Yo he oído hablar de ti —dijo otro guardia, y deliberaron unos instantes en voz baja—. Tú fuiste con Frick y ser Brion, ¿verdad? ¿Adonde fuisteis?

—Canal arriba.

—Ven aquí.

Me detuve y el guardia alto me alumbró la cara con una linterna.

—Creo que es él —dijo el segundo guardia.

—Entra y averigua si alguien lo busca.

Hyssha Chung estaba en el vivero, y el alba bañaba el jardín de su hermana con una luz azulada y borrosa. El olor era espantoso: amoníaco y aire quieto y rancio. A su alrededor, el jardín yacía deshecho en oscuros jirones. Los guardias que me escoltaban se cubrían la nariz con un trapo para no respirar el polvo que levantaban nuestros pies.

—¿Ya has encontrado tu puerta para regresar a la Vía? —preguntó Chung con voz cansada pero incisiva.

—No. He regresado para ver dónde están mis amigos. Una mujer llamada Shirla. Y Randall, el científico que trabajaba con Salap.

Hyssha calló varios segundos, luego despidió a los guardias diciendo que me conocía y que yo no era peligroso.

Los guardias se marcharon y nos quedamos solos en aquella azulada quietud.

—Has logrado entrar aquí sin que te mataran. Parece magia —dijo ella.

—Me he hecho el estúpido y el inocente. He fingido que me había perdido.

—Tal vez seas la única persona inocente de este planeta. La inocencia es un lujo para forasteros.

—¿Por qué estás aquí?

—No quiero presenciar los combates.

—¿Dónde está Brion?

—En Naderville. Tal vez Beys lo haya recogido. En realidad no sé dónde está. Esa mujer y tu amigo Randall... creo que Beys se los llevó consigo en las naves.

Sentí un mareo.

—¿Por qué?

—No sigo de cerca a Beys. No nos tenemos mucha simpatía.

—Miró a su alrededor, observando el jardín muerto con los labios fruncidos—. Un globo transportador soltó ayer algunas larvas de madres seminales. Todas las creaciones de Caitla murieron en cuestión de horas. La provisión de alimentos se ha perdido. Todo se ha podrido. Debe de quedar muy poca comida en Naderville. El aire está impregnado de instrucciones de las madres seminales verdes, órdenes de morir y pudrirse, de crear nutrientes para las nuevas formas.

—¿Sabes con certeza que Shirla y Randall no están aquí?

—No me importa dónde están. Todos moriremos, a menos que Lenk triunfe y nos envíe comida, o que Brion triunfe y todos naveguemos hacia Tierra de Elizabeth o Tasman. Ella nos hizo esto. —Acercándose y mirándome a la cara, preguntó—: Odias a Brion, ¿verdad?

—Sí —dije. Mis emociones no eran tan sencillas, pero decir otra cosa habría sido mentir.

—¿Lo matarías si pudieras?

—No.

—¿Y a Beys?

—No estoy aquí para matar.

—Crees que Brion está débil ahora, y que Beys regresará para adueñarse totalmente del poder.

—Ya lo ha hecho, ¿o no?

Hyssha Chung se mordió los labios, llorosa.

—Siento lo que sentiría Caitla. Todo ha sido en vano: el sufrimiento y las muertes. Ella adoraba a Brion. El la amaba muchísimo. Pero el amor no es excusa, ¿verdad?

—No.

—Tú nos has juzgado, ¿verdad?

—No a ti. No sé mucho sobre ti.

—Soy cómplice —murmuró Hyssha—. ¿Lenk volverá a aceptarnos?

—No lo sé.

Se tocó las mejillas, se secó las lágrimas.

—Tú no crees en el dramatismo, ¿verdad? Brion, en cambio, cree mucho en el dramatismo. Pero Beys es como tú. Él tiene a esa mujer y a tu amigo. Tal vez te esté esperando. Ve a matar a Beys.

Hacia el este, el alba había pintado el cielo de verde. Los guardias estaban apostados en la puerta principal del viejo palacio, sin decir nada, empuñando los rifles indolentemente, cuando me alejé. Temía que en cualquier momento me dispararan por la espalda. El sendero que iba de los edificios a la carretera estaba desierto. Las tropas de la Ciudadela habían partido hacía horas.

En la carretera de Godwin, yendo hacia el oeste, encontré dos cadáveres de bruces en los campos yermos. Les habían disparado en el pecho y la mandíbula. Youk, la joven corredora, yacía a varios metros, al otro lado del camino, de espaldas, los ojos tranquilos clavados en el polvoriento cielo de la mañana. A mi alrededor la espesura emitía desagradables gruñidos y crujidos, asentándose, arrojando oleadas de polvo gris. El túnel era una pesadilla, y el polvo caía por doquier como volutas de ceniza. Algunos tramos se habían derrumbado y el aire era casi irrespirable. Creí que me asfixiaría, pero al fin llegué a la luz. El túnel se desmoronó a mi espalda y quedé rodeado por una espesa nube de polvo acre que olía a amoníaco. Cerré los ojos y eché a correr, luego caí de rodillas, jadeando, los ojos inflamados, cubierto de viscosidad. Me picaba la piel. Había enviado a Broch hacia su muerte, había guiado a Youk y tal vez a los demás hacia la muerte, y no sabía si había logrado algo. Los soldados habían atravesado las carreteras y quizá ya estuvieran en Naderville, luchando contra los jóvenes imberbes de Keo. Lenk perdería, Beys tomaría el mando.

Me imaginé a Shirla muerta, y a Randall con ella. Encorvado en la carretera, rascándome los brazos, el pecho y la cabeza, alcé los brazos al cielo y grité:

—¡Venid a llevarme! ¿Dónde estáis? ¡Llebadme ya!

Creo que estaba pidiendo que abrieran una puerta, aunque quizás estaba pidiendo mi muerte.

Yanosh y yo nos hemos instalado en un apartado distrito del Wald. Almorzamos y compartimos una botella de vino. Hago una pausa en mi relato, tratando de recobrar la compostura, aun después de tantas décadas y en el inicio de una nueva vida.

Yanosh llena esos minutos con anécdotas sobre los meses que ha sido asistente del ministro presidencial. Luego callamos, y al final, instándome a continuar, él dice:

—Te escucho.

Sé que tendré grandes dificultades para describir esta parte. Han transcurrido más de sesenta años desde ese día, según el tiempo de mi cuerpo anterior, ahora abandonado en alguna parte, tejido inútil junto con toda su historia.

—La ciudad no tenía buen aspecto, ¿verdad? —pregunta Yanosh.

—Las naves habían demolido la mitad. Los soldados del viejo palacio se abrieron paso a tiros por el sector oriental de la ciudad para ir al norte. Todavía se combatía en el norte. La batalla entre las tropas de Lenk y los soldados del viejo palacio fue rápida y sangrienta. Encontré a Keo muerto, y a dos de sus muchachos tambaleándose entre los cadáveres de sus amigos. Lenk no había enviado refuerzos.

Yanosh mira la verde extensión de hierba, los árboles esféricos, gruesas lianas y largos troncos entrelazados que forman una urdimbre en torno al perímetro del Wald.

—Algunos dirían que esa destrucción es trivial en comparación con lo que ha sucedido entre nosotros y los jarts. Hubo un momento, hace dos años, en que creímos que tomarían Ciudad de Axis.

Sacudo la cabeza en brusco desacuerdo.

—Nada que llene los ojos de horror es trivial. Casi podía acostumbrarme a esa escala de destrucción. Eso me horrorizó.

—Así que Lenk hacía tiempo que fabricaba armas —dice Yanosh—. En secreto.

—Él no creía que Beys o Brion le escucharían. Fabricó cañones con troncos de árbol-catedral, los endureció al fuego y con vapor. Sólo podían disparar cuatro o cinco veces, pero cargó sus naves con recambios.

No me gusta hablar de táctica y logística. Todo se ha vuelto vago y aburrido para mí. Cuando los humanos nos empeñamos en algo, cuando nos arrinconan, podemos obrar milagros de destrucción.

—Cuéntame qué le pasó a Shirla. Debe haber sido una mujer fascinante.

—Era sencilla. Cuando estaba con ella, también yo era sencillo.

—Cuéntamelo —insiste Yanosh.

Estoy de nuevo en Naderville. Se parece muchísimo a mis primeras horas en Claro de Luna. Revivo mis primeros instantes en Lamarckia.

Había cadáveres en las calles, hombres y mujeres, algunos niños. Brion había valorado a sus ciudadanos, sobre todo a los niños, pues los necesitaba para un futuro de Lamarckia al que luego renunció. Y allí yacían muchos de ellos, los cuerpos de Keo y sus jóvenes entre ellos. Los combates habían sido cruentos y Keo se había llevado a muchos consigo.

Caminé por las calles, sollozando, y al fin me negué a mirar a los muertos. Los equipos médicos —no supe si eran brionistas o civiles— habían instalado campamentos en el centro de la ciudad, al pie de una colina baja, y yo llevé allí a algunos heridos desde las manzanas cercanas, que ahora no eran más que escombros. Nadie me preguntó quién era ni en qué bando estaba.

Naderville sucumbía. El movimiento político de Brion llegaba a su fin. En torno a la ciudad, la silva se estaba volviendo gris y se desmoronaba. La negra espesura se derrumbaba, y los desechos obstaculizaban los caminos. Los globos soltaban su cargamento, y algunos habían caído entre los escombros de la ciudad.

Tenía que ir a donde se combatía. Oí disparos y más cañonazos al norte, así que me dirigí hacia el norte después de hacer lo poco que podía hacer en el este de la ciudad.

Pasé frente a edificios vacíos, casas y mercados derrumbados, las ruinas del edificio administrativo, mientras aclaraba mis ideas. Desde la cima de la colina occidental miré el puerto; vi un vapor que rodeaba el promontorio oeste dejando una estela de humo gris. La mayoría de las naves de Lenk habían dejado el puerto. Sólo quedaban cuatro, y de inmediato lanzaron descargas contra el vapor. Varios proyectiles hicieron blanco en él, pero siguió disparando cañonazos y acercándose.

Los grandes cañones tronaron, y un impacto directo partió una nave de Lenk en dos.

Las naves restantes habían recargado sus cañones y dispararon de nuevo. El vapor recibió dos impactos más y por unos minutos perdió velocidad y enfiló despacio hacia el centro de la bahía. Me animé con la esperanza de que estuviera fuera de combate. Pero sus cañones de proa y popa dispararon de nuevo y otras dos naves recibieron impactos, una en el centro, otra en plena proa.

Quedaba una nave, y yo no quería ver más, pero no podía irme. Cabía la posibilidad de que Shirla y Randall estuvieran a bordo del vapor, de que los cañonazos los hubiesen herido o matado.

El último velero de la bahía disparó dos cañonazos más. El primero alzó una torre de espuma a cincuenta metros del vapor. El segundo voló el puente en pedazos. El vapor viró a la izquierda, luego a la derecha, dejando una espumosa estela, y al fin encalló en un banco de arena y se escoró. La popa se hundió debajo del agua.

El velero que quedaba flotó triunfante en el puerto, pero sólo un momento. Había estallado un incendio en cubierta y se propagaba deprisa. Los árboles y las velas se

inflamaron y el humo impregnó la bahía. Ya había visto lo suficiente.

Caminé otra manzana hacia la calle del Sol, llegué a ver el borde norte de la península que ocupaba Naderville. Una niebla gruesa cubría el océano, pero a través de la niebla oí más cañonazos y vi un relámpago anaranjado. Un hongo de humo y astillas se elevó sobre el techo de niebla, a tres kilómetros de la costa.

Sonó un estampido ensordecedor, aparentemente a mis pies. Me volví y miré a la izquierda, al noroeste de la península. Un perezoso rizo de humo y un resto de llamas salían todavía de un gran cañón que acababa de disparar. Lo habían arrastrado en un carro por un camino de tierra y ahora estaba camuflado y apoyado en gruesos arbóridos, en la cima de la colina que se hallaba al oeste. Me pregunté quién manejaba el cañón, y pronto comprendí que eran fuerzas de Beys.

La niebla no tardaría en levantarse. Era muy probable que por las cercanías merodeara el otro vapor, causando estragos entre los veleros de Lenk. El cañón era inútil por ahora, y sólo lo habían disparado una vez para practicar, pero cuando se despejara la niebla terminaría rápidamente su trabajo.

Corrí hacia el este por una calle, entre desconcertados civiles que regresaban a aquel sector de la ciudad ahora que habían terminado el bombardeo y los combates.

Me topé con los primeros piquetes de Lenk en los aledaños de las colinas. Supe que eran tropas de Lenk porque no usaban uniforme como las de Beys, y porque su disciplina se había desmoronado por completo.

Vieron que yo no iba armado, y estaban demasiado agotados para prestarme atención. También aquí los combates habían sido cruentos; los cadáveres cubrían los achaparrados fétidos y arbóridos de los campos que rodeaban las colinas. Algunas chozas habían quedado reducidas a escombros, y hombres y mujeres —la mayoría hombres— descansaban mientras otros les llevaban agua y medicinas. Los heridos gemían y gritaban tendidos en el suelo, vigilados por enfermeros extenuados.

Parecía una antigua batalla, un episodio de una guerra del pasado, algo que yo había creído imposible que se repitiera entre los humanos, y menos entre humanos nacidos en Thistledown.

Me crucé con cuatro hombres que estaban frente a un parapeto de piedra, pasándose una botella. Me miraron con suspicacia.

—¿Quién está al mando? —pregunté.

—Ahora nadie —dijo uno—. Los oficiales han regresado al cabo, o están muertos. Estamos esperando a que nos llamen... para ir a donde sea. ¿Quién eres?

Les dije mi nombre y también que había un cañón que no tardaría en empezar a disparar contra la flota. Estaba a punto de exponer un plan para apoderarnos del cañón, sabiendo que tenía que empezar por alguna parte, cuando un hombre fofo de barba desgredada y cejas gruesas me señaló con el dedo.

—Tú eres el agente del Hexamon, ¿verdad? Abrirás una puerta para llevarnos de

vuelta a Thistledown.

Lo miré un instante, sorprendido, sin saber qué hacer ni qué decir.

—Estamos hartos de esto —dijo el hombre fofo—. Hoy he matado a cuatro personas. He matado a una mujer. Eso es un error mortal. —Retrocedió, agachando la cabeza—. He matado a una mujer.

—Puedes llevarnos de vuelta, ¿verdad? —El más joven del grupo me aferró el brazo. La conmoción del combate y la esperanza bañaban su rostro con un fulgor pálido—. Necesitamos regresar. Aquí está sucediendo algo espantoso. ¿No puedes olerlo?

—¿Eres lo que dicen? —me preguntó el más alto y mayor. Tenía mi edad, y llevaba un brazo y una pierna vendados—. No sé qué haríamos si resultaras ser un impostor.

Oí una algarabía a mi espalda. Varios hombres con rifles corrieron para enfrentarse a un grupo de brionistas uniformados, diez o doce en total. Empuñaban banderas blancas y no llevaban armas. Pronto los rodearon, y el griterío se convirtió en tensa discusión. Les obligaron a alzar las manos a punta de rifle.

—No se pueden estar rindiendo —gruñó el hombre vendado—. Sólo están descansando mientras se preparan para empujarnos hacia el promontorio.

Oí fragmentos de la conversación y me acerqué al grupo. De nuevo sentía esa turbada euforia, el cosquilleo que me indicaba que sucedía algo significativo.

—Es él —dijo uno de los brionistas, señalándome.

Reconocí al oficial que había hablado ante los tripulantes de nuestras naves en la Ciudadela y traté de recordar su nombre. Pitt. Llevaba un uniforme raído y manchado de barro. Se me acercó con las manos tendidas.

—Sé quién eres. Corre el rumor de que estás aquí. —Me miró con intensidad lobuna—. Tu nombre es Olmy. Sabes lo que está sucediendo. La silva está agonizando.

Me temblaban las manos.

—Lo sé —dije, recobrando el aplomo—. ¿Viniste con las tropas de la Ciudadela? Pitt asintió.

—Luchamos al oeste de aquí. —Miró a los hombres y mujeres que lo rodeaban, escrutando aquellos rostros hostiles—. La espesura está agonizando. Lo podemos oler. Los vástagos salen a rastras y mueren, por todas partes. La comida se pudre en los almacenes.

—¿Estás al mando? —pregunté.

—Soy capitán, segundo de mi compañía.

—¿Renuncias a la lucha?

—¿De qué sirve? ¿Qué podemos hacer? —preguntó lamentándose—. La comida se pierde. La comida que llevamos en las alforjas se convierte en polvo. Desde

anoche... Toda la comida procedente de la silva, toda. Dependemos de ella. Casi no hay nada más...

La mayoría de los combatientes de la colina, unos ciento cincuenta, se había reunido a nuestro alrededor y me miraban en busca de una explicación. Las voces pedían respuestas insistentemente. Vi los grises uniformes brionistas mezclados con las variadas indumentarias de los soldados de Lenk. El agotamiento, el combate y el miedo común eliminaban las últimas barreras.

La sangre se me subió a la cabeza, me rugía en los oídos y me enturbiaba la visión. Encontré un parapeto roto y trepé como pude a las piedras.

—Escuchad —grité, alzando las manos—. Ser Brion ha soltado algo nuevo en Hsia. Hablé con él, lo vi. El ecos sufre un flujo mayor. Dentro de pocos días o semanas no habrá comida procedente del ecos, y muy pocos podrán sobrevivir aquí. La batalla ha terminado.

—Está muriendo —exclamaron unas voces.

—Tenemos que comunicarlo a todos para que cesen los combates.

—No tenemos más radios —me gritó el hombre vendado—. Las tienen los oficiales.

Miré a Pitt.

—¿Tenéis radio? —pregunté.

Negó con la cabeza.

—Las controlan los ayudantes del general Beys.

—¿Dónde está Beys? —pregunté.

—En el 15 —dijo Pitt, señalando hacia el norte—. Quieren hundir el resto de la flota de Lenk. También esperan capturar a Lenk y matarlo.

—Hábil Lenk —murmuró una mujer. No logré distinguir si reprochaba a Pitt su falta de respeto o si expresaba la suya.

Me agaché y apoyé la mano en el hombro de Pitt. Había logrado perder todo sentido de mis limitaciones. La vocecita de la razón me dijo: Ahora sí que eres como Lenk y Brion.

Pero no podía hacer nada, salvo dejarme llevar por esa presión interior. Yo era la encarnación de una leyenda otrora temida, un coco de otra época y otro lugar. Percibía una fusión: rostros erguidos, desesperación, esperanza y fatiga; debilidades y pasiones entre las que yo podía encajar mejor que nadie, como un enchufe en una toma de corriente.

—¿Cuántos soldados te seguirán? —le pregunté a Pitt.

—Cincuenta. Están esperando mi regreso. Te recordé cuando empezó a correr el rumor. Había un mensaje de la Ciudadela que hablaba de ti. Otros te vieron atravesar la ciudad.

Escruté de nuevo la muchedumbre, buscando al soldado vendado; vi demasiados

vendajes, demasiadas heridas y mugre, demasiados rostros asustados. Encontré al hombre, lo miré.

—¿Cuántos de vosotros me seguiréis?

—¿Qué haremos? —me preguntó el hombre vendado.

—Hay un gran cañón en aquella colina. Ayudará a Beys a hundir las naves de Lenk. Necesitamos esas naves. Debemos hacernos con ese cañón.

Pitt arrugó el rostro, esta vez con franca angustia. Me agaché de nuevo y le aferré el hombro.

—Has venido aquí por una razón —dije—. Beys no se rendirá, ¿verdad?

—No sé qué hará Beys.

Usé la frase que había usado el hombre barbudo y fofo.

—Beys te ha inducido a cometer un error mortal.

Pitt cerró los ojos, suspiró, contrajo las cejas.

—Si hunden las naves... ¿Qué podemos hacer? —pregunté.

—No necesitarán el cañón. El 15 puede destruir la mayoría de la flota por su cuenta. —El rostro de Pitt brilló por última vez con esprit de corps—. Lenk logró introducir sus naves en la bahía cuando nuestros vapores estaban en alta mar. Beys regresó en cuanto lo supo, y Lenk ordenó que sus barcos abandonaran el puerto. Pero Beys los acorraló contra la ensenada que hay al norte de la península; ya puedes dar las naves por hundidas.

—Beys nunca se rendirá —repetí.

El silencio cayó sobre la multitud. Los que seguían a Lenk sabían que eso era verdad, y los soldados de Beys y Brion estaban asimilando las implicaciones.

—¿Ser Brion ha hecho esto? —preguntaron algunas voces entre los uniformes grises—. ¿Envenenó la silva?

Sacudían la cabeza, murmuraban con amargura.

Pitt reaccionó, tomando una decisión.

—Hace dos años hubo una rebelión. Temíamos que hubieran profanado el ecos. Se lo advertimos, a él y a Caída Chung, pero entonces Brion nos trajo comida. Teníamos hambre.

La muchedumbre digirió esta información en silencio. Examiné los rostros, tratando de descubrir hacia dónde se encauzarían la unanimidad y la pasión. Una palabra errada o una frase irritante podían estropearlo todo. Matarían a los soldados brionistas a golpes. La batalla se reanudaría, y yo no conseguiría nada. Pensé en sufrimientos comunes y miedos profundos.

—No hay más comida —dije.

—¡Unios a nosotros! —gritó el hombre vendado.

La muchedumbre alzó los brazos, juntando las manos. No pude creer lo que veía. La multitud se había unido y estaba preparada para crecer.

Pitt me informó de que sólo podíamos aproximarnos al cañón por el camino de tierra. La niebla del norte de la península se estaba levantando y se veían algunos retazos de mar y algunas naves. Era casi mediodía.

Estudí la situación atentamente. Si dejábamos el cañón fuera de combate, el vapor de Beys aún podía causar considerables daños a la flota de Lenk. Con cuatro naves hundidas en el puerto, las cuales se habían llevado por delante el 43, quedaban diez buques en grave peligro.

La situación también era clara para Pitt. Estaba sentado en una roca al borde del camino, cerca de un destacamento que protegía la carretera. Los miembros del destacamento ya habían hablado con él y reconocían su autoridad.

Me senté junto a Pitt. Kristof Ab Seija, el hombre vendado, estaba detrás de nosotros.

—Puedo seguir hablando con ellos —dijo Pitt—, pero no sé de qué servirá. Es un contingente especial que sólo recibe órdenes directas de Beys. Después de los vapores, ese cañón es el orgullo del general.

—No tenemos mucho tiempo —dije.

El cañón escupió llamas y humo desde la ladera. El obús voló sobre el agua con un ruido chirriante. Segundos después, a varios kilómetros, oímos una explosión.

—Tiene un alcance de siete kilómetros —dijo Pitt—. Tal vez más.

—Tendremos que matarlos —dijo Seija.

Pitt se cubrió la cara con las manos y se frotó los ojos.

—No es fácil —dijo.

—¿Matarlos? —preguntó Seija.

—Ser un traidor —replicó Pitt, mirándome, implorándome que lo inspirase de algún modo. Yo me había puesto en esta posición. Ahora no podía defraudarlo.

Escuché atentamente los mensajes conflictivos que oía en mi interior, tratando de hallar esa arrogancia que había conocido antes.

Sentí otro cosquilleo en el vello de la nuca. «Interés». Una palabra que describía tantas cosas y explicaba tan pocas. Oí más voces procedentes del llano que había entre las colinas, la mayoría femeninas.

El hombre barbudo, Hamsun, corría a nuestro encuentro. El destacamento que estaba camino arriba preparó las armas, intuyendo que estaba a punto de suceder algo.

—Mujeres —dijo Hamsun, sin aliento—. De Naderville. Ancianas que regresan ahora que han cesado los combates.

En una ciudad tan pequeña como Naderville, todos se conocían. Habían compartido penurias y pesares. Traté de imaginar la profundidad de esas relaciones

sociales, la influencia que debían poseer algunas personas. Beys podía ser una auténtica aberración que contara con poco respaldo; la insensible calma del hombre de la chalana también podía ser entumecida aquiescencia.

Y ahora las mujeres estaban allí, tal vez también la madre o la esposa de ese hombre. Por un instante me sentí perdido en aquel nuevo sentimiento de simpatía. El enérgico odio que sentía antes me dejó un vacío confuso.

—Ser Pitt —dije—, ¿puedes explicarles la situación a las mujeres, traer a algunas aquí?

—¿Quieres que ellas suban a la colina delante de nosotros?

—Madres, hermanas, esposas.

Pitt se puso de pie.

—Trataré de explicárselo —dijo—. Conozco a algunos de los artilleros. Conozco a sus familias.

Yanosh trata de asimilar esto.

—Conque te convertiste en general. Aprendiste a movilizar a las masas.

Son palabras irónicas, un poco escépticas.

—Pitt y yo caminamos con las mujeres. Colina arriba. Los soldados no podían disparar contra sus propias mujeres.

—Les explicaste qué pasaba con la comida —dice Yanosh.

—Era algo más que la comida. Era el agotamiento sumado a más de treinta y siete años de frustración, recriminaciones y desdicha. Y ahora a la profanación de algo sagrado.

—Eso es lo que más me cuesta entender —dice Yanosh—. ¿Cómo es posible adorar un ecos? ¿No formaba parte de su desdicha?

—No —digo, sin saber cómo explicarlo. Yanosh nunca verá los ecoi tal como eran. Nadie los verá de nuevo.

Las mujeres sortearon a los guardias y subieron hacia el cañón. Las tropas de Lenk se quedaron abajo. No eran necesarias.

Los artilleros no eran los guerreros devotos que Beys habría deseado. Sucumbieron rápidamente a las súplicas de sus madres y esposas, y pidieron instrucciones por radio al 15. Beys no podía explicar el flujo a sus soldados, ni por qué debían continuar respaldando a Brion cuando sus alimentos se estaban pudriendo.

El cañón no volvió a disparar. Beys había perdido a sus adeptos, y se estaban difundiendo rumores desfavorables sobre Brion.

Pitt se sentó conmigo después, y el capitán de los artilleros se nos unió a la sombra del enorme cañón, oteando el mar por el que navegaban el vapor y la cercada

flota de Lenk. El capitán arrojó su gorra al polvo, junto a la maciza rueda.

—Tengo dos hijos —dijo, mirándome como un niño tímido y asustado—. Mi esposa no ha venido aquí con las demás. —Señaló a las mujeres que aguardaban en el camino o rodeaban el emplazamiento—. Si todavía viven, ¿adonde irán? ¿Qué comerán? He tratado de hablar con Beys, pero él no ha respondido por radio desde que dejamos de disparar.

—¿Hay una lancha? —pregunté.

—En la playa —dijo el capitán, señalando colina abajo.

La lancha había servido a las necesidades del gobierno en el lado norte de la península. Menos lujosa que la de Brion y que la de Chung, todavía tenía un conjunto de baterías cargadas y un resistente motor eléctrico. Pitt subió a ella conmigo, llevando una radio de los artilleros. Hamsun nos seguía. Seija se quedaría para mantener la paz entre los soldados de Lenk, los artilleros y el resto de los soldados brionistas, muchos de los cuales veían a sus esposas y madres por primera vez en días.

En la playa se extendía una marchita devastación gris. La espesura de la orilla había muerto. Un globo había soltado las últimas larvas de madre seminale y ahora yacía desinflado en la extensión negra de arena y lava, meciéndose en un oleaje lento e insistente. La nueva madre seminal se había instalado en una maraña de fítidos la noche anterior y de inmediato los había esclavizado para protegerse de la intemperie. Habían formado un pequeño refugio sobre el cuerpo delicado y verde, y en el centro, bajo el dosel, la madre crecía y generaba hojas anchas, planas y verdes que se extendían bajo el sol de la tarde.

El arrugado saco del globo cabeceaba en el oleaje. Mientras nos preparábamos para subir a la lancha, el centro verde que estaba debajo de la seca y crujierte protección de los fítidos estalló y arrojó unos granos diminutos, como de maíz, que de inmediato hundieron sus zarcillos exploradores en la tierra y la arena húmeda.

Pitt miró el nuevo ecos con repulsión. No me molesté en decirle qué era. No teníamos tiempo.

El vapor navegaba en círculo a cuatro kilómetros de la costa. Los veleros que habían bombardeado Naderville se encontraban en apuros, encerrados en una ensenada que se extendía siete kilómetros al norte de la península. Era evidente, por la posición amenazadora del vapor, que si intentaban marcharse los bombardearían hasta hundirlos. Pero por el momento no había acción. Los veleros no podían disparar contra el 15 a esa distancia, pero el vapor podía disparar contra ellos, y Beys parecía estar sopesando sus posibilidades.

Hamsun y Pitt insistieron en que les permitiera conducir la lancha.

—Necesitas tiempo para pensar —dijo Pitt.

Su deferencia me ponía nervioso. De nuevo había perdido la confianza en mí mismo. La mirada de Pitt me revolvía el estómago.

Temía reunirme con Beys. Sabía que su maldad estaría por encima del escaso talento que yo podía tener para la persuasión y la política. El sabía que yo no era un profeta. Simplemente me dispararía, o me haría fusilar. Pero yo no temía eso. La muerte era la última de mis preocupaciones.

Esperaba que Shirla y Randall estuvieran a bordo. Por otra parte, me molestaba que ella me viera en aquel nuevo y falso papel de diplomático y mesías. Sabría al instante que era una farsa. Si Beys veía su reacción, la reconocería.

Sin embargo, ¿qué podía hacer Beys? Podía matarnos. Podía disparar contra los veleros. Pero Lenk y el Khoragos no estaban en la ensenada. Sin respaldo de Naderville, Beys no era más que un pirata. Su fuerza decrecería rápidamente.

La situación en Naderville distaba de ser estable, sin embargo. Brion podía reaparecer en cualquier momento, saliendo de su escondrijo para convencer al pueblo de someterse a su viejo líder y sus viejas costumbres. Sabía desempeñar su papel mucho mejor que yo. Beys podía estar en contacto con Brion, y ese par de presuntos enemigos podían estar tendiendo líneas de fuerza entre ellos, de norte a sur, esta vez dispuestos no sólo a conquistar Naderville sino todos los demás asentamientos humanos.

Pitt había puesto al corriente a los del vapor de que nos aproximábamos, y de que yo iba a bordo para parlamentar. Iba junto a mí en la proa. Hamsun pilotaba la lancha a popa.

—¿Nos hará volar en pedazos? —preguntó Pitt.

—Yo iba a preguntarte lo mismo.

—El estómago me da vueltas.

—A mí también.

Pitt me miró entornando los ojos.

—El general es un hombre poderoso —dijo—. Creo que me aplastará como se aplasta un insecto.

—¿En qué cree él? —pregunté.

Pitt frunció el ceño. Era un burócrata delgado y cansado vestido con un uniforme que ya no parecía sentarle bien. Las largas muñecas le sobresalían de las mangas, y entrelazó las manos huesudas.

—Hace unas horas, yo habría dicho que él creía en Brion y en Naderville; en introducir la planificación y el pensamiento racional en Lamarckia. Yo estudiaba en la academia antes de alistarme y vestir uniforme. No cumplí ninguna misión fuera de Naderville. Me quedé aquí y observé cómo cambiaban las cosas. Brion se volvió más distante, Beys más poderoso. Yo no lo desaprobaba. ¿Me equivoqué?

Sacudí la cabeza. Si no podía juzgar a Brion, menos podía juzgar a aquel hombre,

ni a otros como él. El vacío confuso persistía.

No había bien ni mal, sólo fuerzas de la naturaleza, como vientos impulsándonos de aquí para allá. El nudo de mi estómago se cerró aún más. Estábamos a menos de un kilómetro del 15. El vapor navegaba con mayor lentitud. Había echado un ancla para mantener su posición. Pitt se frotó la nariz y dijo que eso era buena señal.

—El 15 nos ha dado autorización para anclar a su lado —dijo Hamsun desde popa.

Pitt se arregló el uniforme y se alisó el cabello que la brisa marina le había despeinado. El olor a amoníaco y podredumbre persistía aun a esta distancia de la costa. En tierra debía ser espantoso.

—Algunos de nosotros adorábamos Hsia —dijo Pitt—. No era culpa suya no poder alimentarnos. Algunos creían que ella hacía lo que podía, que nosotros nos habíamos extralimitado. Por eso muchos se molestaron cuando Brion dijo que la volvería fecunda, que la cambiaría. En ese momento Brion estuvo a punto de perderlo todo. Pero trajo la comida por el canal en barcazas, y habíamos padecido hambre durante tanto tiempo... la rebelión terminó antes de empezar.

»Estos dos últimos días... no sé. He vivido aquí toda mi vida. La espesura tiene millones de años, según dicen. Creo que si yo fuera otra persona, rompería a llorar. ¿Cómo pudo Brion hacer algo semejante?

No pude darle una buena respuesta.

La lancha se detuvo junto al vapor y bajaron una pasarela hasta nuestra cubierta. Amarramos la lancha a la pasarela y subimos. Un hombre de rostro estrecho y cabello castaño e hirsuto nos saludó rígidamente en la borda.

—El general Beys está ocupado. Pronto vendrá a recibirnos.

Nos llevaron a proa, más allá del gran cañón, gemelo marino del arma que habían llevado colina arriba. La construcción de aquellas armas debía haber requerido un gran esfuerzo, pero no habían impedido que primitivos cañones de xyla hundieran el 43. No lograba comprender los motivos de ese afán armamentista. ¿Brion o Beys habían previsto un gran enfrentamiento en el mar?

El hombre de cabello hirsuto se presentó como el mayor Sompha y nos hizo sentar bajo un dosel de observación frente al cañón de proa.

—¿Es tan malo como parece? —preguntó, señalando la tierra firme.

Desde el 15, la silva se veía pálida e irregular, y los claros límites se agrisaban a medida que avanzaba el día.

—Todo está cambiando —dijo Pitt.

—¿Cuál es la peor parte? No recibimos muchas noticias.

—La comida —dijo Pitt.

Hamsun describió la situación de los almacenes. El mayor Sompha se lo tomó con estoica serenidad, pero obviamente la noticia lo afectó. Preguntó por su familia

en Naderville.

—Algunos están regresando a la ciudad, pero... —Hamsun sacudió la cabeza.

—¿Tú estás con Lenk? —me preguntó Sompha.

—No.

—Él dice ser del Hexamon —explicó Pitt—. Mucha gente le cree.

Sompha cabeceó, reflexionando y llegando a su propia conclusión.

—Pienso que el general Beys le cree —dijo—. De lo contrario, ¿por qué le dejaría venir aquí? Estamos esperando a que anochezca. Entonces hundiremos la amenazadora flota de Lenk barco por barco.

—No hay comida —gruñó Pitt—. ¿De qué nos servirá hundir los barcos que podrían llevarse a algunos de los nuestros, o traer alimentos desde Tasman o Elizabeth?

—Antes Lenk no quiso hacer nada por nosotros —dijo Sompha.

—Necesito saber si hay dos personas a bordo —interrumpí, perdiendo la paciencia—. Un hombre y una mujer. La mujer se llama Shirla Ap Nam, el hombre Erwin Randall.

—Los rehenes. Están aquí. Beys los ha encerrado abajo. Tal vez él esté preocupado por ti.

Sompha se encogió de hombros y nos dejó sentados a la sombra del dosel, fuera de la lechosa luz del sol.

Una hora más tarde regresó con unos vasos de agua. Se quedó con nosotros unos minutos, mirando la costa cenicienta con expresión sombría.

—Es como si hubiera habido un gran incendio —dijo—. ¿Creéis que está ocurriendo en todas partes?

—Ocurrirá —dije.

—Entraremos en el puerto mañana por la mañana, después de hundir esos barcos, si está despejado —dijo Sompha—. Necesito ver las cosas con mis propios ojos.

Regresó nuevamente una hora después. La distante costa tenía un color blanco cremoso en la luz del atardecer. El sol descendía hacia el oeste. Dentro de la ensenada, los barcos de Lenk habían anclado.

A los hombres y mujeres de esos barcos, pensé, debía parecerles que el mundo llegaba a su fin. Tal vez intentarían romper el cerco al cabo de una hora, con la esperanza de que el monstruo de Beys no pudiese atraparlos ni detectarlos a todos, o de que pudieran responder con andanadas suficientes para dejar el vapor fuera de combate. Me imaginé a mí mismo en uno de esos barcos.

—El general Beys dice que está preparado para recibirnos —dijo Sompha. Nos pusimos de pie y Sompha se plantó delante de mí—. Si eres el juez del Hexamon, necesito decirte algo ahora. A mi esposa y a mí nos ordenaron aceptar a tres niños de Tierra de Elizabeth. Nos lo ordenaron. Hemos cuidado bien de ellos.

Nos miramos un largo instante, y luego Sompha dio media vuelta, murmurando:
—Sólo quería que lo supieras.

Nos llevó al puente por una escalerilla y una galería externa, hasta las cabinas de la cubierta superior. Sompha abrió una puerta, y una imponente mujer morena, más alta y quizá más fuerte que yo, nos miró con ojos claros y penetrantes y se apartó.

El general Beys estaba sentado a una mesa. Todo estaba pintado de blanco, y un mantel blanco cubría la mesa. Habían puesto sobre ella una jarra de agua y varios vasos, y a su alrededor sillas plegables de xyla.

Beys miró a los hombres que me acompañaban.

—Tú eres Suleiman Pitt, rango dos. No recuerdo el nombre de este otro...

—Hamsun, señor. Tarvo Hamsun.

—¿En la costa todo va tan mal como parece?

—Sí, señor —dijo Pitt.

Beys nos indicó que nos sentáramos. Sus mejillas rubicundas se habían puesto violáceas en los últimos días, y tenía el cutis amarillo de fatiga. Su mano izquierda temblaba sobre el mantel blanco y decidió ocultarla bajo la mesa.

—Brion debió mataros a todos hace días, incluso a Lenk —dijo Beys—. Teníamos a Lenk en nuestras manos. Ambos cometimos un grave error de cálculo.

—¿De qué serviría seguir matando? —pregunté.

—Ha sido culpa mía —dijo Beys; su voz era tensa pero serena—. Subestimé a Lenk, y en mi profesión eso es un crimen imperdonable.

Se inclinó hacia delante.

—¿Aún no has recibido ayuda del Hexamon? ¿La clavícula de Lenk no te sirve?

—No la he visto.

—Brion te llevó canal arriba y te mostró más de lo querías ver, sin duda.

—Nos llevó canal arriba.

—¿Qué pensaba el científico... Salap?

—Todavía sigue allí.

—¿Es Brion el responsable de lo que está sucediendo en la costa? ¿Él y su esposa?

—Así parece.

—Él lo sabía, maldito sea —dijo Beys mirando al techo y mirándome de nuevo a mí—. Se comportó como un chiquillo cuyos pequeños secretos pronto quedarían al descubierto. ¿Sabes dónde está?

Negué con la cabeza.

—Yo tampoco. No puedo comunicarme con él por radio, y en la costa nadie le ha visto. —Beys se reclinó y miró a Pitt y Hamsun con cara de pocos amigos—. Salid de aquí —ordenó. Se pusieron de pie y la imponente mujer morena los acompañó—. Aphra, cierra la puerta y quédate también fuera.

—Sí, señor —dijo la mujer.

Beys apoyó ambas manos sobre la mesa.

—Ahora hablaremos de igual a igual. El Hado nos maldiga si mentimos.

—De acuerdo.

—Asumido el juramento —añadió, clavándome los ojos.

—Asumido el juramento.

—Brion te dio a entender que yo soy el responsable de todo este caos, ¿verdad?
—preguntó Beys.

—Creo que obedeciste órdenes imprecisas siguiendo tu propio criterio.

Beys levantó la mandíbula, alzó la cabeza.

—¿Brion te mostró el ejército que quería construir? Mejor dicho, que quería que la madre seminal construyera. Diseños de vástagos que utilizar como soldados o armamento.

Me miró con intensidad.

—No —dije.

Su sonrisa amarga se convirtió en una mueca de repulsión.

—Él quería empezar de nuevo. Quería que toda la gente de Lenk comprendiera lo que Lenk nos había hecho. Cualquier cosa con tal de promover que esa causa era legítima. Estábamos trabajando para estabilizar todos los asentamientos de Lamarckia, para transformar este planeta. La comida fue el primer logro. Los vástagos soldado habrían sido el siguiente. Pero su esposa murió. Eso lo hundió. Creí que Brion era fuerte, de lo contrario no me habría aliado con él, pero eso lo hundió.

Beys respondió a mi silencio con un chasquido de la lengua.

—Si destruyo la flota de Lenk dentro de una hora, ¿qué harás?

Evité dar una respuesta directa a esa pregunta, y en cambio le di explicaciones sobre las larvas de madre seminal y los vástagos que se pudrían en Hsia.

—Todos morirán de hambre en Naderville —dije.

—Si dejas que Lenk se marche y hago todo lo que consideres honrado o justo, ¿qué harás?

—Será preciso evacuar Naderville. Eso podría llevar meses. Mucha gente morirá, pero no toda.

Beys reflexionó, frotándose la mejilla con un dedo corto y gordo. Luego enarcó una ceja.

—¿Qué harías en mi lugar?

—¿Por qué mataste a tantas personas? —pregunté a mi vez.

Beys se movió ligeramente en la silla, pero su expresión no cambió.

—¿Por qué matar a los adultos? —pregunté, enfocándolo desde otro ángulo.

—Lealtad irracional a Lenk y todo lo que él representaba.

—Sí, pero, ¿por qué matarlos?

—Para terminar con lo viejo y empezar algo nuevo. ¿Tú qué habrías hecho en mi lugar?

—En realidad no sabes por qué ordenaste matarlos, ¿verdad?

Beys bajó los párpados hasta parecer un somnoliento animal de granja, un perro o un cerdo.

—Me juzgas. ¿Has juzgado a Brion?

—No soy un juez.

—Brion creía que no tenías ningún poder. Creía que eras una pieza aislada de una operación fallida. Le dije que el Hexamon no trabaja así. Se rió y me dijo que yo era un idealista. Creo que sólo tienes que hacer un guiño, el adecuado, para que todo esto termine. ¿Por qué no lo haces?

No respondí.

Evitaba mirarme a los ojos, y noté que sudaba.

—Tengo algo para ti. Brion me pidió que me llevara a tus compañeros Ap Nam y Randall en esta nave. Se enteró de que tú y Ap Nam erais amantes. Están aquí.

—Me gustaría verles.

Beys apretó los puños y golpeó la mesa con los nudillos.

—Habría dado cualquier cosa por no haber venido aquí. Yo habría ascendido en Defensa de la Vía. —Endureció el tono—. Estoy en un lugar perdido, sin tener adonde ir. Cuando murió mi familia, Brion era todo lo que tenía.

—Déjame ver a Shirla y a Erwin.

—Si te los entrego y dejo que se vaya la flota, ¿qué harás?

No vacilé en decirle una media verdad.

—No te entregaré a la justicia del Hexamon.

—¿Dónde viviré?

—En cualquier lugar al que puedas llegar sin mi ayuda.

Beys caviló.

—Puedes quedarte con este barco. Mantenerlo es una pesadilla. Puedo quedarme con una goleta de Lenk y diez tripulantes. Con diez me basta. Si quieres, hundiré este barco.

—Necesitaremos todos los barcos.

Su rostro rubicundo tenía el color del engrudo. Beys me miró a los ojos.

—Un barco pequeño. ¿Adonde sugieres que vaya?

—No me importa.

—Lenk pudo haber bombardeado a sus propios hijos, ¿sabes? —murmuró Beys—. Podrían haberlos retenido en Naderville como protección.

—¿Fue así?

—Si yo hubiera pensado en ello, habría ordenado que los retuviesen allí, pero estaba sesenta millas mar adentro cuando se inició el ataque. Pensaba ir a Jakarta y

luego a Athenai.

Sacudí la cabeza.

—Me quedaré en Lamarckia, pase lo que pase. No permitirás que me lleven de vuelta a la Vía.

—De acuerdo —dije.

Beys apoyó las manos en la mesa. .La Estrella, el Hado y el Pneuma se apiaden de mí: estreché la mano de aquel hombre.

Shirla y Randall estaban a la sombra del cañón de popa, custodiados por tres soldados vestidos de gris y marrón; Pitt y Hamsun aguardaban no muy lejos. Recorrí el pasillo que conducía a la cubierta de popa. Shirla me vio y corrió hacia mí. Nadie intentó detenerla.

Ella se aferró a mí y yo la abracé con fuerza, sepultando mi rostro en su cuello y su cabello perfumado. No dijimos nada durante un rato.

—¿También eres un prisionero? —preguntó.

—No lo creo.

—¿Regresaremos a Liz? He oído decir que no podemos permanecer aquí, que el ecos está enfermo.

Conque el rumor se estaba difundiendo por el barco. Me pregunté si Beys o Brion lograrían sobrevivir.

—Espero que podamos ir allí, y pronto —dije—. Hay mucho trabajo que hacer, muchos preparativos.

—¿Sin magia?

—Me temo que no.

—¿Sólo tú?

—Sólo yo.

Randall se nos acercó.

—Espero que contigo sea suficiente —dijo.

Yanosh y yo hemos regresado al nuevo apartamento que me han asignado. Tiene que marcharse pronto. El ministro presidencial le ha concedido bastante tiempo para cuidarme y obtener de mí un informe, pero hay otros asuntos urgentes, y Yanosh no siempre puede delegar su tarea en fantasmas incorpóreos. A veces se requiere el cuerpo de su autoridad.

En diez años ha habido muchos cambios en el Hexamon. El arte de crear fantasmas —de proyectar personalidades parciales que realicen nuestro trabajo— ha alcanzado un grado increíble de sofisticación.

—¿Alguna vez llegaste a saber por qué Lenk destruyó la clavícula? —pregunta Yanosh.

Shirla estaba conmigo cuando fuimos a la costa con el séquito de Lenk para rendir homenaje a los muertos. Habían encontrado a Brion, Hyssha Chung y Frick asesinados, sus cuerpos mutilados. Lenk sostenía que soldados resentidos del ejército de Brion los habían capturado y matado. Nunca oí nada que me llevara a creer lo contrario. Los presuntos culpables serían juzgados en Tasman.

Los cadáveres serían sepultados con una ceremonia naderita divaricata que permitiría a Lenk demostrar que el tiempo y el honor curan cualquier herida.

Días después, el Khoragos zarpó de Hsia. A causa del extraordinario flujo, estaban enviando naves desde Tasman y Tierra de Elizabeth, y se estaban realizando esfuerzos para evacuar a los ciudadanos de Naderville. La evacuación duraría meses, y Lenk no quería estar allí cuando las cosas se pusieran feas. Insistió en que Shirla y yo lo acompañásemos a Tasman.

Beys se fue de Naderville en una pequeña goleta, con cinco tripulantes, los únicos dispuestos a acompañarlo. Nunca más tuvimos noticias de ellos.

Shirla estaba sentada en una silla plegable en la cubierta del Kboragos, bebiendo té. Me sonrió cuando me acerqué, temerosa pero tratando de no demostrar su temor. Me senté a su lado y ella me ofreció la taza. Bebí un sorbo.

—¿Cuándo nos la enseñará? —preguntó.

—Esta noche. Ahora está ocupado con los preparativos. Todavía es Hábil Lenk.

Shirla miró el mar. Los dientes le castañeteaban. No pudo ocultar su temblor y puso cara de tristeza.

—Te irás pronto —dijo.

Habíamos tenido poco tiempo para hablar, con tantas reuniones antes de salir de

Hsia. Aún no habíamos hablado de nuestras cosas.

—No lo creo —dije.

—Si puedes reparar la clavícula...

—Ferrier dice que no cree que eso sea posible.

—Pero si puedes, regresarás a la Vía.

Le cogí la mano.

—No sé qué sucederá.

—Vienes de un lugar más grande que todo lo que yo pueda imaginar. Toda mi vida me han enseñado a temer ese lugar, a despreciarlo. Ahora eres mi amor y vienes de allí.

—Todos venimos de allí.

—Pero yo no quiero irme de aquí, tú debes.

Le apreté la mano. En realidad, nadie sabía qué sucedería.

—Él quiere que también estés presente —dije.

—¿El Buen Lenk me ha invitado?

—Así es.

—Olmy —dijo Shirla, poniendo su otra mano sobre la mía—. Yo quería...

Lo intentó de nuevo.

—Quería...

Le rodaron lágrimas por las mejillas.

—Yo quería —atinó a decir, temblando en un espasmo para ahuyentar su locura—. Nunca, nunca quieras algo con toda tu alma. Nunca. Te lo arrebatarán. Te irás.

—Yo también lo quiero. Ahora sé dónde estoy —dije.

—¿Y quién eres? —preguntó ella.

Lenk estaba en la cabina donde nos habíamos reunido la primera vez. Allrica Fassid estaba junto a él, pero se marchó en cuanto entramos Shirla y yo. Sobre la mesa había una ornamentada caja de xyla.

—Nadie puede aportar pruebas de que eres del Hexamon —dijo mientras nos sentábamos frente a él—. Quiero recalcarlo. Acepto que lo eres por lo que has hecho. Sé cómo funciona la historia, y esto me huele bien.

Se volvió hacia Shirla.

—Eres una buena mujer, y nunca has querido nada más que tener una familia y vivir una vida decente.

Shirla parpadeó y me miró atónita.

—¿No es así? No seas tímida.

Shirla cabeceó. Era así. Lenk conocía bien a su gente.

—Has hecho el amor con este hombre, en circunstancias difíciles, y eso significa que tienes un compromiso con él, y crees que él tiene un compromiso contigo. ¿Lo aceptas por lo que es?

—No creo que hayamos venido aquí a hablar de eso —murmuró Shirla.

Lenk fijó en mí sus ojos hundidos. Por un instante pareció casi un cadáver.

—He oído decir que Brion y Beys pensaban que tú podías juzgarnos, que Beys temía que lo partieras como si fuese una fruta madura. Fueron unos cobardes. El Hexamon no puede juzgarnos.

Abrió la caja. Dentro estaba la clavícula, rota en muchos trozos, algunos de ellos fundidos. Al cabo de tantos años, en el extremo de dos protuberancias dentro de la esfera partida, aún ardía un débil fulgor, el último vestigio de un pequeño universo artificial finito que congeniaba con la Vía. Pero faltaban los controles, y me di cuenta de que sería imposible repararlo.

—Fuiste un necio al venir aquí solo —dijo Lenk—. El que te envió también fue un necio. Me las he visto con Lamarckia, con la traición y con los demonios de mi propia naturaleza. No tengo miedo de ti ni del Hexamon. Brion ha muerto, lo cual es una lástima, aunque aún conservaba gran parte del espíritu del Hexamon en sí, y Beys se ha ido. ¿Qué haremos entonces, tú y yo?

Miré al hombre que había iniciado todo aquello, medí su fatigado desafío y su fuerza.

Noté que Shirla aún lo miraba con reverencia. Él ocupaba su centro de poder, y la fuerza necesaria para expulsarlo de ese centro causaría más derramamiento de sangre y a fin de cuentas no le haría bien a nadie, pues toda Lamarckia estaba cambiando.

—Has iniciado una carrera —dijo Lenk—. Te has ganado adeptos. Podrías ser como Brion, aunque sospecho que serías un poco más frío que él, y nunca te fiarías de una persona como Beys. Podrías ser temible, Olmy.

Estudí a Lenk y noté que el resto de mi odio se disolvía, no porque disminuyeran mi indignación y mi furia, sino porque él formaba parte de un río de historia humana que no podría desviarse sin un inmenso dolor. Él no era lo peor, aunque distaba de ser lo mejor, pero inevitablemente estaba en su lugar, y oponerme a él sería una crueldad más, no hacia él, que tal vez disfrutara del enfrentamiento, sino hacia su gente.

Hacia Shirla.

No podía garantizar nada. Tal vez el Hexamon no viniera nunca, y yo no pudiese regresar a la Vía.

Mi misión había concluido.

Al cabo de un instante, Lenk se reclinó y dijo:

—Te agradezco lo que has logrado hasta ahora. Te bendigo por tu trabajo. Eres un hombre listo y decente, ser Olmy, pero no eres como yo ni como Brion. Ve a vivir tu vida con esta mujer.

Yo no quería tener hijos en Lamarckia. Shirla quería hijos. Llegamos a un acuerdo.

Shirla y yo vivimos en Athenai durante diez años. Allí adoptamos a nuestro primer hijo varón, Ricca, uno de los muchos huérfanos a los que llamaban hijos de Beys. Con el tiempo casi llegué a olvidarme del Hexamon. Pasaba semanas sin pensar en mi pasado. En todas partes yo era conocido como el agente del Hexamon, pero ni siquiera en los peores momentos nadie me guardó rencor, o al menos nadie me expresó su resentimiento. Los adventistas, los pocos que quedaban, venían de cuando en cuando, y Lenk no se oponía a sus visitas. Él sabía que yo no los alentaría.

Cuando Lenk murió, Allrica Fassid tomó las riendas del poder durante un tiempo, pero cinco años después comenzó la primera hambruna y ella se suicidó. Otros la siguieron. Los divericatos mantenían su proyecto político, y nunca vi un sitio para mí en ese proyecto. Esto era algo que Shirla agradecía.

Abandonamos Tasman cuando inició su propio flujo. Adoptamos a nuestro segundo hijo, Henryk, en Calcuta.

Con el paso de los años, el cambio se difundía cada vez más. Gran parte de la belleza y variedad de Lamarckia huía ante el verdor que había sido el regalo de Brion. Era reemplazada por ecoi sencillos y diminutos que sólo abarcaban algunas hectáreas y eran cada vez más pequeños. Algunos vástagos —fítidos, incluso vástagos móviles— parecían gozar de autonomía, y quizá se reproducían por su cuenta.

Randall los estudió y escribió más monografías. Nos visitábamos con frecuencia.

Shirla, nuestros dos hijos y yo vivimos nuestros cinco años más felices en Jakarta. La Zona de Petain resistió contra el verdor más tiempo que las demás, salvo las zonas isleñas del sur, donde la mayoría de los supervivientes se apiñaron durante décadas. En esos felices cinco años, sin embargo, Jakarta se convirtió en una ciudad febril, una isla de efervescencia creativa y relativa prosperidad en medio del cambio.

Volvimos a ver a Salap. Sí, él había sobrevivido y había vuelto a la Estación Wallace, pero hizo un viaje a Jakarta.

Muchos perecían debido a nuevas reacciones inmunológicas a medida que Petain probaba diversas defensas contra Hsia y el verdor. Salap había estudiado la proliferación de nuevos procesos químicos entre los vástagos, y llegó cuando Shirla estaba muy enferma. Había viajado especialmente para vernos, creo, pero también como parte de su investigación.

Shirla y yo nos reunimos con él en la habitación de ella. Henryk y Ricca, que entonces tenían diez y quince años respectivamente, entraban y salían, llevando comida, sábanas limpias, agua. Shirla se había convertido en una auténtica madre para ellos, y yo, a mi manera distante, había hecho lo posible para ser un buen padre.

Salap realizó sus pruebas, tomó muestras del cuerpo marchito de Shirla, nos dijo que tal vez dentro de algunos meses tuviéramos un modo de curar aquellos trastornos. Vanas esperanzas, según resultó al fin.

Salap me contó la historia de sus últimos días con la criatura femenina de la semiesfera.

—Se esforzaba por ser humana. Habiendo observado a las hermanas Chung y a Brion, y prestándome atención a mí, el único modelo que le quedaba, observándome a mí mientras yo la observaba a ella, aprendimos mucho el uno de la otra. Pero ella no podía pensar como nosotros, y mucho menos comprender nuestra forma. Nunca fue más que una meticulosa y hábil observadora, sin ese nudo de conciencia de nosotros mismos que siempre nos separará de los ecoi. Sin embargo, al final, logró liberar el segundo pie y fue independiente durante unos días. Logró caminar. Lo hacía bastante bien, dadas las circunstancias.

—¿Qué quería? —preguntó Shirla.

—El ecos había observado a los humanos cuando tenían relaciones sexuales. Sentía curiosidad por ese proceso. Pensaba que podría producir otro «nombre», como la clorofila que le había regalado Brion. Se volvió realmente seductora hacia el final.

Nos miró con ojos inquietos. Por primera vez, Salap parecía incómodo.

—¿Lo hiciste? —preguntó Shirla.

Salap sonrió y ladeó la cabeza.

—Tres meses después de vuestra partida, la semiesfera se marchitó —continuó—. Había fabricado los últimos globos y los había enviado con los vientos.

—¿Qué pasó con ella, con la imitación de Caitla? —preguntó Shirla.

—También se marchitó. Siguió interesada hasta el final, tratando de hablar, procurando sonsacarme secretos biológicos con la esperanza de crear más «nombres». Al fin dejó de moverse, y sólo emitía silbidos estridentes y ladridos.

»Cuando murió, la diseccioné para estudiarla, pero no había nada nuevo en su anatomía. La sepulté junto al cuerpo de Caitla Chung, en la nueva silva.

—Ella era una reina —dijo Shirla, tragando saliva, mirando el techo de fibra, mirándome a mí—. Viste a una auténtica reina, Olmy. Ojalá yo también hubiera podido verla. No creo que volvamos a tener esa oportunidad.

Shirla murió aquel invierno. Muchos murieron ese invierno, cuando el tiempo cambió y Petain empezó a decaer. El verdor llegó con su calamitosa primavera, pero entonces yo era otro hombre, sin Shirla. Fluía con la gente, con el río de la historia de Lenk.

34

Voy con Yanosh por la Vía en una fallonave, hasta la puerta de la pila geométrica. Los últimos evacuados de Lamarckia están subiendo a las naves de transporte. La situación se ha vuelto crítica allí, y el Hexamon ha ordenado que los evacuen a todos.

Dadas las dificultades de abrir una puerta en la pila geométrica, han pasado quince años desde que me rescataron. Rebecca ha muerto.

Todos salvo trescientos de los nueve mil lamarckianos restantes han pasado por la puerta. Mis dos hijos no están entre ellos. Han preferido quedarse, afrontar lo peor de los cambios, aunque sus probabilidades de supervivencia son casi nulas. En cierto modo, creo que les he dado una parte de mí mismo, haciéndolos como yo; un mal favor, a decir verdad.

Observo desde una nave deltoide mientras el último agente del Hexamon deja la puerta.

La puerta se cierra sola, y las pilas se vuelven inestables a pesar de los notables esfuerzos de los mejores abrepuertas.

La muralla de la Vía refulge con brillante luz violeta, luego parpadea verde y vibrante. El hoyuelo se llena y se alisa, y la superficie recobra el color del bronce recién fundido.

El fogonazo verde persiste en mis pupilas.

Me transformo en quien soy ahora.

FIN

Biografía

Greg Bear, nacido en 1951, vive en Seattle, en el estado de Washington con su esposa Astrid (hija de Poul Anderson) y sus dos hijos. Bear se especializó en lengua inglesa por la Universidad de San Diego, aunque también utiliza los temas científicos en sus narraciones. Por ello ha sido considerado por algunos comentaristas y editores como uno de los modernos exponentes de una determinada ciencia ficción de tipo hard: la escrita por profesionales de la literatura interesados por la ciencia.

También es autor de varias novelas de fantasía: *THE SERPENT MAGE* e *INFINITY CONCERTO*, y ha sido ilustrador de revistas de ciencia ficción, lo que no suele ser habitual en los autores claramente encuadrados en la ciencia ficción hard, más caracterizados por su carrera profesional científica. Publicó su primera narración a los quince años de edad y, hasta la fecha, ha obtenido ya dos premios Hugo, cuatro premios Nébula y el premio Apollo de Francia. Entre 1988 y 1990 ha sido presidente de la *Science Fiction Writers of America (SFWA)*.

Los primeros Hugo y Nébula los obtuvo con el relato «Blood Music» (1983) cuya versión más extensa, *MÚSICA EN LA SANGRE* (1985), no obtuvo ningún galardón pese a lo que pueda sugerir la engañosa portada de la edición en castellano. Trata de un tema de biotecnología con la presencia de células capaces de pensar y que componen una especie de ordenador biológico que reconstruirá la humanidad.

Alcanzó un gran éxito con la novela *EÓN* (1985, prevista en *NOVA ciencia ficción*), que continúa en *ETERNITY* (1988, prevista en *NOVA éxito*). Trata de un nuevo mundo-universo descubierto en un asteroide hueco que se acerca a la Tierra. La fascinación por un universo alternativo y su nueva y enorme ingeniería aproxima esta obra a sus evidentes inspiradores: Clarke, Niven y Varley. Bear ha recuperado elementos de esa idea en la más reciente de sus novelas: *LEGADO* (1995, *NOVA éxito*, número 10), en torno a un mundo cuya biología permite la herencia de los rasgos adquiridos.

Otra obra de interés, una novela sobre una catástrofe planetaria, se titula *LA FRAGUA DE DIOS* (1987). Finalista al premio Hugo, su éxito popular fue la razón de que Bear escribiera la continuación en *ANVIL OF STARS*, que expande el último capítulo de *LA FRAGUA DE DIOS*.

También cabe citar la novela corta *HEADS* (1990) y la recopilación de relatos *THE VENGING* (1992), que incluye narraciones como «*Tangents*» (1986) que fue premio Hugo y Nébula, y «*Hardfought*» (1983) que fue premio Nébula. En colaboración con Martin Greenberg, Bear ha editado recientemente una antología de relatos de diversos autores con el título *NEW LEGENDS* (1995).

Con *MARTE SE MUEVE* (1993, *NOVA ciencia ficción*, número 79), indiscutiblemente una de las mejores entre las recientes novelas sobre Marte, Bear ha

obtenido el premio Nébula 1995. Su anterior novela, *REINA DE LOS ÁNGELES* (1990, *NOVA ciencia ficción*, número 5 4), fue finalista al premio Hugo de 1991 y obtuvo un gran éxito de crítica y público.

Datos actualizados a partir de CIENCIA FICCIÓN: GUÍA DE LECTURA de MIQUEL BARCELÓ, NOVA ciencia ficción, núm. 28, Ediciones B, Barcelona (1990).